







**MARGARITA DE VALOIS.**



# MARGARITA DE VALOIS,

NOVELA HISTORICA, ESCRITA EN FRANCES

POR

**ALEJANDRO DUMAS,**

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

*por*

**R. A. G.**

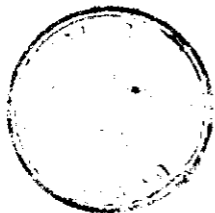
---

TOMO I.

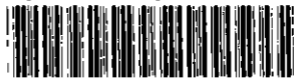
---

SEVILLA.

Imprenta de Gomez editor, calle de la Muela,  
núm. 32. = 1849.



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104876921





*¡Qué noche de boda! murmuraba: el esposo  
huye de mí, y el amante me abandona!*



---

# MARGARITA DE VALOIS.

---

## CAPITULO I.

### *El latin' de Mr. de Guisa.*

**E**L lunes 18 de agosto de 1572, habia gran funcion en el Louvre. Las ventanas de la antigua morada real, ordinariamente tan sombrías, estaban iluminadas con la mayor profusion: las plazas y las calles cercanas, habitualmente tan solitarias, apenas daban las nueve en San Germain l' Auxerrois, estaban apiñadas de gente á pesar de ser ya la media noche.

Este concurso amenazador, oprimido y bullicioso, parecía en la oscuridad una mar sombría y alterada, en la que cada movimiento formaba una ola rugiente; esta mar esparcida sobre el muelle donde desaguaba por la calle de San Germain y por la de Lastruce, venia á herir con su flujo el pié de las murallas del Louvre, y con su reflujó las del palacio de Borbon, situado en frente.

A pesar de la fiesta real, y quizá á causa de la misma fiesta real, habia en este populacho algo de amenazador, porque el pueblo presagiaba que esta solemnidad, á la que asistia como mero espectador, era solo el preludio de otra señalada para dentro de ocho dias, á la que seria convidado, y donde se divertiria de todo corazon.

La córte celebraba las bodas de Margarita de Valois, hija del rey Enrique II y hermana del rey Carlos IX, con Enrique de Borbon, rey de Navarra. El cardenal de Borbon habia unido en la misma mañana los dos esposos, sobre un tablado erijido á la puerta de nuestra Señora, con todo el ceremonial acostumbrado en las bodas de las princesas de Francia.

Este matrimonio habia admirado á todo el mundo, y daba mucho en qué pensar á los que veían algo mas claro que los otros; no podia comprenderse la alianza de dos partidos tan enconados como lo estaban entonces, el partido protestante y el partido católico. Se preguntaban mútamente, cómo perdonaria el jóven

príncipe de Condé al duque de Anjou, hermano del rey, la muerte de su padre asesinado en Jarnac por Montesquieu, y cómo perdonaría el joven duque de Guisa al almirante de Coligny la muerte del suyo, asesinado en Orleans por Poltrot de Méré.

Habia mas aun: Juana de Navarra, la valerosa esposa del débil Antonio de Borbon, que habia acompañado á su hijo á los reales desposorios que le aguardaban, habia muerto hacia apenas dos meses, y acerca de su muerte repentina se referian anédoctas bastante singulares.

Por todas partes se decia en voz baja, y en algunas en voz alta, que Juana habia sorprendido un secreto terrible, y que Catalina de Médicis temiendo la revelacion de este secreto la habia envenenado con unos guantes perfumados, confeccionados por un tal René, su compatriota, y muy hábil en esta clase de negocios. Estos rumores estaban tanto mas esparcidos y confirmados, cuanto que despues de la muerte de la gran reina, accediendo á la peticion de su hijo, habian sido autorizados dos médicos, entre ellos el famoso Ambrosio Paré, para abrir y examinar el cuerpo, pero no el cerebro. Luego como era por el olfato por donde habian envenenado á Juana de Navarra, el que debia presentar las señales del crimen era el cerebro, única parte de su cuerpo escluida de la autopsia.

Decimos crimen, porque nadie dudaba que

se hubiese cometido. No era esto todo; el rey Cárlos particularmente se habia interesado con una persistencia parecida ya á la necesidad por este matrimonio, que no solo restablecia la paz en su reino, sino que atraía á Paris los principales hugonotes de Francia.

Como los dos prometidos pertenecian el uno á la religion católica y el otro á la protestante, se habian visto obligados á solicitar una dispensa del papa Gregorio XIII, que estaba entonces en Roma. La dispensa tardaba, y este retardo inquietaba mucho á la difunta reina de Navarra; Juana indicó un día á Cárlos IX sus temores de que la dispensa no llegase nunca, á lo que el rey le habia respondido: «No temais, mi buena tia, yo os respeto mas que al papa, y amo mas á mi hermana que le temo á él. No soy hugonote, pero tampoco soy necio, y si el señor papa se empeña en hacer el oso, yo mismo tomo á Margarita por la mano y la llevo á casarse con vuestro hijo, aunque sea en medio de un sermón.»

Estas espresiones se habian divulgado por el Louvre y por la ciudad, y al mismo tiempo que halagaban á los hugonotes daban mucho en qué pensar á los católicos, que preguntaban en voz baja, si el rey les hacia realmente traicion, ó si esto era solo una comedia que tendria una hermosa noche ó una mañana el desenlace mas inesperado.

Sobre todo, lo que parecía mas inexplicable, era la conducta de Carlos IX para con el almirante Coligny, que desde cinco ó seis años á esta parte hacia una guerra encarnizada contra el rey; despues de haber ofrecido por su cabeza cincuenta mil escudos de oro, el rey juraba siempre por su nombre, le llamaba su padre, y decia en voz alta que á él solo queria confiar en adelante la direccion de la guerra; esta predileccion llegaba á tal punto, que Catalina de Médicis, que hasta entonces habia dirigido la voluntad y las acciones del jóven príncipe, empezaba á inquietarse, y no sin razon, porque en un momento de efusion Carlos IX habia dicho al almirante, hablando de la guerra de Flandes: «Padre mio, hay una cosa con la que es preciso estar alerta: y es, que la reina madre, que como sabeis quiere mezclarse en todo, no sepa nada de esta empresa: es preciso guardar tal secreto, que no pueda ella distinguir la menor luz, porque siendo tan embrollona como es, nos lo echará todo á perder.»

Por muy prudente, por muy experimentado que fuese Coligny, no habia podido guardar secreto sobre una confianza tan ilimitada; y aunque habia llegado á Paris con el alma llena de recelos, aunque á su partida de Chatillon una paisana se habia arrojado á sus pies gritando: «¡Oh! señor! señor! nuestro buen amor no vayais á Paris; si vais,

morireis vos y cuantos os acompañen.» Estas sospechas se habian estinguido poco á poco en su corazon, así como én el de su yerno Teligny, á quien el rey hacia tambien grandes agasajos llamándole hermano, lo mismo que llamaba padre al almirante, y tuteándole como hacia con sus mas íntimos amigos. Los hugonotes (si esceptuamos algunos espíritus tristes y desconfiados) estaban enteramente tranquilizados: la muerte de la reina de Navarra decian haber sido causada por un dolor de costado, y los vastos salones del Louvre estaban llenos de todos los bravos protestantes á quienes el matrimonio de su gefe el jóven Enrique prometia un cambio de fortuna bien inesperado.

El almirante Coligay, Larochefoucault, el príncipe de Condé, (hijo), Teligny, todos los principales del partido, triunfaban en fin, al ver llenos de poder en el Louvre y tan bien recibidos en Paris los mismos á quienes el rey Carlos y la reina Catalina querian colgar tres meses antes, en horcas mas altas aun que las de los asesinos.

En vano se buscaba entre sus hermanos al mariscal de Montmorency; ninguna promesa habia podido seducirle, ningun semblante habia logrado engañarle; permanecia retirado en un castillo de Pisle Adam dando por excusa el dolor que le causaba todavía la muerte de su padre el gran condestable Anne de Montmorency, muerto de un pistoletazo por Roberto Stuart, en la batalla de Saint Denis.



Pero, como habían pasado ya mas de dos años despues de este suceso, y la sensibilidad era una virtud muy poco á la moda en esta época, el pueblo interpretó segun su antojo este duelo singularmente prolongado.

Todos culpaban al mariscal de Montmorency: el rey, la reina, el duque de Anjou, y el duque de Alençon hacian maravillosamente los honores de la fiesta real.

El duque de Anjou recibia hasta de los hugonotes merecidos elogios sobre las dos batallas de Jarnac y de Moncontour, que habia ganado antes de cumplir diez y ocho años, mas precoz aun en hazañas que César y Alejandro con quien le comparaban, dando por supuesto la inferioridad á los vencedores de Issus y de Pharsalia.

El duque de Alençon lo contemplaba todo con una espresion falsa y adulatora. La reina Catalina estaba radiante de alegría, felicitando graciosamente al príncipe D. Enrique de Condé, sobre su reciente enlace con Maria de Cleves; en fin, los mismos Guisas se sonreían con los mas esforzados enemigos de su casa, y el duque de Mayenne discurría con Mr. de Tavannes y el almirante sobre la próxima guerra que se trataba de declarar á Felipe II.

En medio de todos estos grupos pasaba y repasaba un jóven de diez y nueve años: con la cabeza ligeramente inclinada, el oido atento á todas las conversaciones, la mirada penetrante, los cabellos negros y muy cortados,

las cejas espesas, la nariz encorbada como el pico de un águila, una sonrisa burlesca, y el bigote y la barba apenas visibles aun. Este jóven, que solo se habia hecho notable en el combate de Arnay-le-Duc, donde habia combatido como un bravo, y por lo que recibia mil elogios de todos, era el discípulo bien amado de Coligny, y el héroe de la época; tres meses antes, es decir, en la época en que su madre vivía aun, le llamaban el príncipe de Bearne, hoy se le llamaba «el rey de Navarra,» en tanto que llegaba á ser Enrique IV.

De vez en cuando pasaba sobre su frente una nube rápida y sombría: era sin duda el recuerdo de que apenas habian trascurrido dos meses despues de la muerte de su madre, y nadie creía mas firmemente que Enrique que habia sido envenenada. Pero esta nube era pasajera y desaparecia como una sombra flotante, porque los que le hablaban, los que le felicitaban, los que le rodeaban, eran los mismos que habian asesinado á la valerosa Juana de Albret. A algunos pasos del rey de Navarra, y casi tan pensativo como Enrique afectaba estar alegre, el jóven duque de Guisa hablaba con Tetigni. Mas dichoso que el Bernés, aunque á la edad de veinte y dos años, su fama casi llegaba ya á la de su padre el gran Francisco de Guisa. El jóven duque era un elegante de alta estatura, de mirada fiera y orgullosa, y sobre todo dotado de esa mages-

tad natural que hacia decir á todos cuando pasaba: «á su lado, los príncipes parecen hijos del pueblo.» A pesar de ser tan jóven, los católicos veían en él el gefe de su partido, así como los hugonotes veían el suyo en el jóven Enrique de Navarra cuyo retrato acabamos de trazar. Enrique de Guisa habia llevado el título de príncipe de Joinville, y habia peleado por la primera vez en el sitio de Orleans al lado de su padre, que murió entre sus brazos, designando al almirante Coligny como su asesino. Entonces el jóven duque hizo como Aníbal un juramento solemne: el de vengar la muerte de su padre sobre el almirante, sobre toda su familia, y perseguir á los de la religion protestante sin trégua ni descanso, habiendo prometido á Dios ser un ángel exterminador sobre la tierra, hasta el dia en que fuese exterminado el último herege. Por tanto, no podia menos de causar una profunda admiracion, ver á este príncipe ordinariamente tan fiel á su palabra, tender la mano á los que habia jurado mirar como á sus enemigos mortales, y hablar familiarmente con el yerno de aquel cuya muerte habia prometido á su padre moribundo.

Pero ya lo hemos dicho, esta noche, era la noche de las sorpresas. En efecto, con ese conocimiento del porvenir que falta felizmente á los hombres; con esa facultad de ver en los corazones que desgraciadamente solo pertenece á Dios; el observador privilegiado á

quien se hubiese permitido asistir á esta fiesta, hubiera gozado ciertamente del espectáculo mas interesante que ofrecen los anales de la triste comedia humana.

Pero ese observador que faltaba en las galerías del Lovre continuaba en la calle, lanzando sobre el palacio sus ojos de fuego y murmurando con una voz amenazadora: este observador era el pueblo, que con su instinto maravillosamente aguzado por el ódio, miraba danzar las sombras de sus implacables enemigos, y traducía sus impresiones lo mas claramente que puede hacerlo un curioso delante de las ventanas de un salon de baile herméticamente cerrado.

La música embriaga al bailarín y regla sus pasos, en tanto que el curioso ve solo el movimiento y se rie de ese figurín que se agita sin motivo, porque el curioso no oye la música.

La música que embriagaba á los hunogotes, era la voz de su orgullo. Estas luces que pasaban ante los ojos de los parisienses en medio de la oscuridad de la noche, eran los relámpagos de su ódio que iluminaban el porvenir.

No obstante, todo continuaba bello y risueño en el interior; un murmullo mas dulce y mas grato que nunca corria entonces por todo el Louvre. La jóven desposada despues de haber ido á despojarse de su traje de etiqueta, de su largo manto, y de su velo blanco como la nieve, habia vuelto á entrar en la sala

de baile, acompañada de la hermosa duquesa de Nevers, su mejor amiga, y conducida por su hermano Carlos IX; quien la presentaba á sus principales huéspedes.

Esta desposada era la hija de Enrique II, era la perla de la corona de Francia, era Margarita de Valois, á quien el rey Carlos IX en su ternura familiar por ella, llamaba siempre «mi hermana Margarita.» Nunca una acojida semejante por magnífica que fuese, habia sido mejor merecida que la que se hacia en este momento á la reina de Navarra. Margarita tenia entonces apenas veinte años, y era ya el objeto de las alabanzas de todos los poetas, que la comparaban unos á la Aurora y otros á Citera; era en efecto una hermosura sin rival en esa corte donde Catalina de Médicis habia reunido, para transformarlas en sirenas, las mugeres mas bellas que se habian podido hallar.

Tenia los cabellos negros, la tez brillante, los ojos voluptuosos y velados por largas pestañas, los labios rojos y finos, el cuello elegante, el talle rico y flexible, y un pié de niña perdido en una babucha de raso. Los franceses se enorgullecian al ver florecer en su pais una flor tan magnífica, y los extranjeros que atravesaban la Francia, volvian la cabeza para mirarla deslumbrados por su hermosura si la habian visto, admirados de su ciencia si la habian escuchado.

Margarita era no solamente la mas hermo-

sa, sino la mas sábia de todas las mugeres de su época, y se referia por todas partes el dicho de un sábio italiano que le habian presentado, y que despues de haber hablado con ella durante una hora en italiano, español y latin, habia exclamado con entusiasmo al partir: «ver la córte sin ver á Margarita de Valois, es no ver ni la Francia ni la córtel»

Por todas partes se dirijian arengas al rey Cárlos IX y á la reina de Navarra; ya se sabe que los hugonotes tenian gran placer en arengar. En medio de estas arengas iban diestramente dirijidas al rey muchas alusiones á lo pasado, muchas peticiones para el porvenir; pero á todas estas alusiones, el rey respondió mostrando sobre sus lábios pálidos una sonrisa sutil: «Dando mi hermana Margarita á Enrique de Navarra, la doy á todos los protestantes del reino;» espresion que tranquilizaba á los unos, y hacian sonreir á los otros; porque esta espresion tenia realmente dos sentidos; uno paternal, dicho sencillamente por Cárlos IX segun su pensamiento, el otro injurioso para la desposada, para su esposo y para el mismo que lo decia, porque con sus palabras recordaba algunos escándalos referidos á media vez, con que la crónica cortesana habia ya manchado el manto nupcial de Margarita de Valois.

Mr. de Guisa, hablaba como hemos dicho con Teligny; pero no le prestaba una atencion tan sostenida, que dejase de volver la cabeza de cuando en cuando, para lanzar una mirada so-

bre el grupo de damas en cuyo centro resplandecía la reina de Navarra. Si las miradas de la princesa se encontraban entonces con las del joven duque, una lijera nube obscurecía por un momento aquella frente encantadora, alrededor de la cual las estrellas de diamantes formaban una aureola flectible, y en su actitud impaciente y agitada se percibía un designio vago é indefinible.

La princesa Claudia, hermana mayor de Margarita, casada hacia algunos años con el duque de Lorena, habia notado esa inquietud, y se acercaba para preguntarle la causa, cuando separándose todos para dejar paso á la reina madre que se adelantaba apoyada en el brazo del joven príncipe de Condé, la princesa, empujada por el tropel, se halló bastante lejos de su hermana. Hubo entonces un movimiento general, del que se aprovechó el duque de Guisa para acercarse á Mdma. de Nevers, su cuñada, y por consiguiente á Margarita: madama de Lorena, que no perdía á la reina de vista, vió entonces que en lugar de la nube que le empañaba la frente, una llama ardiente pasaba sobre sus mejillas. El duque se acercaba cada vez mas, y cuando se halló á dos pasos de Margarita, esta que parecia sentirle mas bien que verle, se volvió haciendo un esfuerzo violento, para dar á su semblante la calma de la indiferencia; entonces el duque la saludó respetuosamente, é inclinándose delante de ella murmuró á media voz:

*Ipsè attuli.*

Que quiere decir:

La he traído, ó la he traído yo mismo.

Margarita volvió el saludo al duque, y al levantar la cabeza dejó percibir esta respuesta.

*Noctu pro more.*

Que significa:

Esta noche como de costumbre.

Estas dulces palabras, perdidas entre la enorme gorguera almidonada de la princesa, como entre el cañon de una bocina, solo fueron oídas de la persona á quien iban dirigidas; pero por muy corto que parezca este diálogo, sin duda abrazaba todo lo que los dos jóvenes tenían que decirse, porque despues de este cambio de dos palabras contra tres, se separaron, Margarita con el rostro mas pensativo, y el duque con la frente mas radiante que antes de haberse acercado. Esta escena habia pasado sin que el hombre mas interesado en observarla pareciese poner la menor atencion, porque el rey de Navarra, por su lado, tampoco tenia ojos mas que para fijar en una persona que reunia en rededor suyo una corte casi tan numerosa como la de Margarita de Valois: esta persona era la hermosa Mdma. de Sauve.

Carlota de Beaune Semblancay, nieta del desdichado Semblancay y esposa de Simon de Fiezes baron de Sauve, era una de las damas camareras de Catalina de Médicis, y uno de los mas terribles auxiliares de esta reina que presentaba á sus enemigos el filtro del amor,



cuando no se atrevia á ofrecerles el veneno florentino: pequeña, rubia, radiante de vivacidad, ó dulcemente lánguida de melancolía, siempre pronta al amor y á la intriga, las dos grandes ocupaciones que desde hacia 30 años ocupaban la corte en los tres reinados que se habian sucedido; muger en toda la acepcion de la palabra, y con todos los encantos de su sexo, desde los ojos azules, lánguidos ó flámígeros, hasta los menudos pies, rebeldes y encorvados en sus babuchitas de terciopelo, Mdme. de Sauve se habia amparado hacia ya algunos meses de todas las facultades del rey de Navarra, novicio entonces en la carrera amorosa así como en la carrera política, de tal modo, que, Margarita de Navarra, belleza magnífica y real, no habia encontrado en el corazon de su esposo ni un sentimiento de admiracion; y cosa estraña que admiraba al mundo, á pesar de que conocian aquella alma llena de tinieblas y de misterios, Catalina de Médicis, al mismo tiempo que arreglaba el proyecto de union entre su hija y el rey de Navarra, no habia dejado de favorecer casi abiertamente los amores de este con madama de Sauve. Pero á despecho de esta ayuda poderosa, y á despecho de las costumbres ligeras de la época, la bella Carlota habia resistido hasta entonces, y esta resistencia desconocida, increíble, inaudita, mas bien que la hermosura y la imaginacion de la que resistia, habia hecho nacer en el corazon del Bearnés una pasion que

no pudiendo satisfacerse, se reconcentró en sí misma y devoró en el corazón del joven rey, la timidez, el orgullo y hasta esa indiferencia, mitad pereza, mitad filosofía que formaba el fondo de su carácter.

Madama Sauve acababa de entrar en la sala del baile hacia algunos minutos; sea despecho, sea dolor, se había resuelto en un principio á no asistir al triunfo de su rival, y bajo el pretesto de una indisposición, había dejado á su marido, secretario de Estado hacia cinco años, asistir solo al Louvre; pero Catalina de Médicis, notando que el baron de Sauve no estaba acompañado de su muger, se apresuró á informarse de las causas que detenían á su bien amada Carlota, y sabiendo que solo era una leve indisposición, le escribió algunas palabras invitándola, cuya orden se apresuró á obedecer la joven dama.

Éorique, atristado en un principio por su ausencia, respiró con mas libertad cuando vió á Mr. de Sauve llegar solo: pero en el momento en que no aguardando ninguna aparicion se dirigia suspirando hácia la amable criatura que estaba obligado á amar, ó al menos á tratar como esposa, vió aparecer á Mdma. de Sauve en el extremo de la galería; entonces permaneció clavado en su sitio, con los ojos fijos sobre esa Circe que le encaenaba con un nudo mágico, y en lugar de continuar su marcha hácia su esposa, se lanzó hácia madama de Sauve con un ligero movimiento de duda, que indicaba

mas bien la admiracion que el temor. Los cortesanos por su parte, viendo al rey de Navarra (cuyo corazon inflamable conocian) acercarse á madama de Sauve, no tuvieron el valor de oponerse á esta dulce reunion, y se alejaron sonriéndose de modo que en el mismo instante en que Margarita de Valois y el duque de Guisa cambiaban algunas espresiones latinas que hemos citado ya, Enrique entablaba con madama de Sauve una conversacion mucho menos misteriosa, y en francés bastante inteligible, aunque salpicado de acento gascon.

—Oh! amiga mia, le dijo, he aquí que volveis en el momento en que se me habia dicho que estábais enferma, y cuando ya habia perdido toda la esperanza de veros.

—Tendrá vuestra magestad, respondió madama de Sauve, la pretension de hacerme creer que le ha costado mucho perder esa esperanza?

—Sangre de Dios! replicó el Bearnés; ya lo creo. ¿No sabeis que sois mi sol durante el dia, y mis estrellas durante la noche? En verdad, me creia en la oscuridad mas profunda, pero aparecísteis, y ya lo habeis iluminado todo.

—En ese caso, os hago muy mal tercio, monseñor.

—¿Qué quereis decir? preguntó Enrique.

—Quiero decir, que cuando uno es dueño de la mujer mas hermosa de Francia, lo que uno debe desear es que la luz desaparezca, y nos deje en la oscuridad... porque es en la oscuridad donde nos aguarda la dicha.

—Esa dicha infame sabeis muy bien que solo está en las manos de una persona y que esa persona se rie del pobre Enrique.

—Oh! replicó la baronesa; yo habia creído todo lo contrario, es decir, que esa *persona* era el juguete del rey de Navarra.

Enrique quedó espantado al ver esta actitud hostil, pero reflexionó que en ella se traslucía el despecho, y que el despecho es la máscara del amor.

—En verdad querida Carlota, le dijo, que me haceis un reproche injusto, y no puedo comprender como una boca tan bonita, es al mismo tiempo tan cruel, ¿creeis por ventura que soy yo el que me caso? Eh! no! ¡ventre saint gris! no soy yo.

—Vaya, pues, seré yo, replicó agriamente la baronesa, si alguna vez puede parecernos agria la voz de la muger que nos ama, y nos reprocha que no la amemos.

—Con tan hermosos ojos, baronesa, ¿no habeis visto mas lejos? No, no; no es Enrique de Navarra quien se casa con Margarita de Valois.

—¿Y quién es entonces?

—¡Eh, sangre de Dios! es la religion reformada que se casa con el Papa, he aqui todo lo que hay.

—Neni, neni, monseñor, no me dejo yo prender por los resortes de vuestra imaginacion: vuestra magestad ama á madama Margarita, y estoy muy lejos de acusaros por

ello. Dios me libre! Es bastante hermosa para ser amada.

Enrique reflexionó un instante, y en tanto que reflexionaba, una sonrisa sagaz replegó los extremos de su boca hácia las mejillas.

—Baronesa, la dijo, se me figura que os quereis querellar conmigo, y sin embargo, no teneis derecho para hacerlo, veamos. ¿Qué habeis hecho para impedir mi enlace con Margarita? Nada; al contrario, me habeis desesperado.

—Y he hecho muy bien, monseñor, respondió madama de Sauve.

—Cómo?

—Porque hoy os casais con otra.

—Ah! yo me caso con ella porque vos no me amais.

—Si os hubiera amado, señor, me seria preciso morir dentro de una hora!

—Dentro de una hora! ¿qué quereis decir? y de qué muerte?

—De celos. . . . Sí, de celos, porque dentro de una hora la reina de Navarra despedirá sus camareras, y vuestra Magestad sus gentiles hombres.

—Es verdaderamente esa idea la que os preocupa, amiga mia?

—Yo no digo eso... yo digo que si os hubiera amado, me preocuparia horriblemente.

—Y bien! exclamó Enrique lleno de alegría al escuchar esta confesion, la primera

que habia oido de boca de la Sauve, y bien! si el rey de Navarra no despidiese esta noche sus gentiles hombres?

—Señor, dijo Carlota mirando fijamente al rey con una admiracion que por esta vez no era fingida, estais diciendo cosas imposibles, y sobre todo increíbles.

—¿Qué es preciso hacer para que las creais?

—Seria preciso darme pruebas, y estas pruebas no podeis dárme las.

—Sí, baronesa, sí, todo al contrario, os las daré.... lo juro por S. Eugenio, exclamó el rey devorando á la jóven con una *ardiente mirada* llena de pasion.

—Oh! murmuró la bella Carlota bajando la voz y los ojos al mismo tiempo.... no comprendo... no.... no.... imposible que renunciéis á la felicidad que os espera.

—Hay cuatro Enriques en esta sala, adorada mia, replicó el rey: Enrique de Francia, Enrique de Condé, Enrique de Guisa; pero no hay mas que un Enrique de Navarra.

—¿Y bien?

—Y bien; si tuviérais cerca de vos ese Enrique de Navarra toda esta noche?

—Toda esta noche?

—Sí; ¿Estaríais cierta entonces de que no la habia pasado con otra muger?

—Ah! si baceis eso, señor, exclamó madama de Sauve....

—Lo haré á fé de gentil hombre.

Madama de Sauve levantó sus grandes ojos húmedos y llenos de promesas voluptuosas hacia Enrique, cuyo corazón estaba embriagado de alegría, y se sonrió.

—Veamos, la dijo: ¿En ese caso qué diríais?

—Oh! en ese caso, replicó Carlota, en ese caso diría que soy verdaderamente amada de vuestra magestad.

—Ventre saint gris! lo direis, baronesa, porque es verdad.

—Pero ¿cómo hacer?..... murmuró madama de Sauve.

—Por Dios, baronesa, no tenéis alguna camarera, alguna dama de compañía, de quien podáis fiaros?

—¡Oh! Tengo á Dariola, que se dejaría hacer tajadas por mí: es un verdadero tesoro.

—¡Sangre de Dios! Baronesa, decid á esa jóven que yo me encargo de hacer su fortuna cuando sea rey, como me lo predicen los astrólogos.

Carlota se sonrió, porque en esta época ya tenía el Bearnés bien establecida su reputación, respecto á la fidelidad con que cumplía sus promesas.

—¿Qué deseais de Dariola? preguntó á Enrique.

—Bien poco para ella y todo para mí.

—¿En fin....?

—Vuestra habitacion está precisamente encima de la mia.

—Es cierto.

—Que aguarde detrás de la puerta. Daré dulcemente tres golpes. Dariola me abrirá, y tendreis la prueba que os he ofrecido.

Madama de Sauve guardó silencio durante algunos minutos; luego, como si mirase en rededor suyo para no ser oida, fijó un instante la vista sobre el grupo donde estaba la reina madre; por corto que fuese este instante, bastó para que Catalina y su camarera cambiasen una mirada de inteligencia.

—¡Oh! si yo quisiera, dijo madama de Sauve, con un acento de sirena que hubiera penetrado hasta en los oídos de Ulises, si yo quisiera coger á vuestra magestad en una mentira.

—Ensayad vida mia, ensayad...

—¡Ah! os confieso que estoy combatiendo ese deseo.

—Dejaos vencer, las mugeres nunca son mas fuertes que despues de su derrota.

—Señor, retengo la promesa que habeis hecho para cuando seais rey de Francia.

Enrique arrojó un grito de alegria.

En el momento que se escapaba este grito de la boca del Bearnés, era cuando Margarita respondió al duque de Guisa.

Noctu pro more.

Alejóse entonces Enrique de madama de Sauve, tan feliz como lo era el duque de Guisa separándose de Margarita de Valois.

Una hora despues de la doble escena que acabamos de referir, el rey Cárlos y la reina



madre se retiraron á sus habitaciones; casi al mismo tiempo, los salones fueron quedando despoblados, las galerías dejaron ver la base de sus columnas de mármol. El almirante y el príncipe de Condé partieron acompañados de cuatrocientos gentiles hombres hugonotes en medio de un populacho que murmuraba haciéndoles paso. Luego salieron Enrique de Guisa, los señores de Lorena, y los católicos, escoltados por los gritos de alegría y los aplausos del pueblo.

En cuanto á Margarita de Valois, Enrique de Navarra y madama de Sauve habitaban en el mismo Louvre.



---

## CAPITULO II.

### *La cámara de la reina de Navarra.*

**E**L duque de Guisa acompañó á su cuñada la duquesa de Nevers hasta su palacio situado en la calle del Chaume, enfrente á la de Brac, y despues de haberla entregado á sus doncellas, pasó á su habitacion para mudarse de trage, tomar una capita de noche, y armarse con uno de esos puñales cortos y agudos que se llevaban sin espada, á los que llamaban entonces «una fé de gentil hombre;» pero en el momento en que tomaba el puñal de sobre la mesa, reparó en un billetillo oculto entre la hoja y la vaina. Le abrió y leyó lo que sigue:

«Espero que el señor de Guisa, no volverá esta noche al Louvre, ó que si vuelve tomará al menos la precaucion de armarse con una cota de malla y una buena espada.»

—Ah! ah! dijo el duque volviéndose hácia su ayuda de cámara, he aquí un aviso singular, maestro Robin: hacédme la gracia de decirme ¿qué personas han penetrado aquí durante mi ausencia?

—Una sola, monseñor.

—Cuál?

—Mr. Du Gast.

—Ah! ah! en efecto, me parecia reconocer la escritura; ¿y estás seguro de que haya venido Du Gast? Le has visto tú?

—He hecho mas, monseñor, le hablé.

—Bueno; en ese caso seguiré el consejo. Vamos, mi cota, y mi espada.

El ayuda de cámara acostumbrado á estas mutaciones de traje, trajo ambas cosas. El duque se puso entonces la cota que estaba hecha de malla tan fina, que la trama de acero no abultaba mas que si fuera de terciopelo; luego se puso encima un capuchon, y una ropilla de seda gris y plata que eran sus colores favoritos, unas botas largas que le subian hasta la mitad de los muslos, cubrió su cabeza con una gorrita de terciopelo negro, sin pluma ni pedrerías, se envolvió en una ancha capa de color sombrío, colocó un puñal en su cinturon, y poniendo su espada en manos de un page, única escolta

que quiso le acompañase, tomó el camino del Louvre.

En el momento en que ponía el pie fuera del palacio, el vigia de Saint Germain l'Auxerrois acababa de cantar la una de la mañana.

A pesar de la hora avanzada, y de lo poco seguras que eran las calles en esta época, nada sucedió al príncipe aventurero durante su camino, y llegó sano y salvo delante de la masa colosal del caduco Louvre, en el que todas las luces estaban ya estinguidas, y que se levantaba como un fantasma formidable en medio del silencio y de la oscuridad.

Delante del palacio real se estendia un foso profundo sobre el cual daban la mayor parte de las habitaciones de los príncipes que habitaban en el palacio. La habitación de Margarita estaba situada en el primer piso.

Pero este primer piso, bastante accesible, si no hubiese foso, se hallaba, gracias á esta trinchera, como á treinta pies de elevacion y por lo mismo, fuera de los ataques de amantes ó ladrones; pero esto no impidió que Mr. de Guisa bajase resueltamente al foso.

En el mismo instante se oyó el ruido de una ventana que se abria en el piso bajo. Esta ventana tenia rejas; pero apareció en ella una mano, levantó una de las barras de hierro desvencijada ya de antemano, y dejó colgar por la abertura un cordon de seda.

—¿Sois vos, Gillona? preguntó el duque en voz baja.

—Sí, monseñor, respondió una voz de mujer en voz mas baja aun.

—Y Margarita?

—Os aguarda.

—Bien.

A estas palabras el duque hizo una seña á su page, quien abriendo su capa desenvolvió una escalerita de cuerdas. El príncipe ató uno de los extremos de la escala al cordón que pendia de la ventana. Gillona tiró por la escalera hácia arriba, la sujetó sólidamente y el príncipe despues de haber abrochado su espada al cinturón, empezó á subir por la escalera y llegó arriba sin ningun accidente.

Apenas subió, la barra de hierro volvió á ocupar su lugar, la ventana se cerró, y el page despues de haber visto á su señor entrar tranquilamente en el Louvre, adonde le habia acompañado del mismo modo mas de veinte veces, fué á acostarse envuelto en su capa á la sombra del muro sobre las yerbas del ancho foso.

La noche era sombría, y de las nubes cargadas de azufre y electricidad, se desprendian grandes gotas de agua tibia.

El duque de Guiso siguió á su conductora, que era nada menos que la hija de Jacobo Matignon, mariscal de Francia, era la confidenta particular de Margarita, que no tenia secretos para ella, y se decia que entre los misterios que encerraba su incorruptible fidelidad, los habia tan terribles,

que eran los que la obligaban á guardar los restantes con igual sigilo.

Ninguna luz brillaba en los cuartos bajos ni en los corredores; de cuando en cuando un relámpago lívido iluminaba las sombrías habitaciones con un reflejo azulado que desaparecía en el mismo instante.

El duque, siempre guiado por su conductora que le llevaba de la mano, llegó al fin á una escalera en espiral, practicada en el grueso de una pared que comunicaba por una puerta secreta é invisible con la antecámara de la habitación de Margarita. En la antecámara así como en las salas del piso bajo, los corredores y la escalera reinaba la oscuridad mas profunda.

Apenas llegaron á esta antecámara, Gillon se detuvo.

—¿Habeis traído lo que tanto desea la reina? preguntó en voz baja.

—Sí, respondió el de Guisa, pero á S. M. lo entregaré.... á ella sola.

—¡Venid, pues, sin perder un instantel exclamó una voz en la oscuridad.

Esta voz hizo estremecer al duque; era la de Margarita.

Levantóse entonces una cortina de terciopelo de color de violeta cubierta de flores de lis bordadas en oro, y el duque apercibió en la sombra á la reina que en su impaciencia le salía al encuentro.

—Aquí estoy, señora, dijo entonces el de Guisa, y pasó rápidamente del otro lado de la

cortina, que volvió á caer á sus espaldas.

Margarita de Valois sirvió entonces de guía al duque en esta habitación, que ya tenía bien conocida, en tanto que Gillona, que había quedado á la puerta, ponía un dedo en los labios para tranquilizar á su real señora.

Margarita como si hubiera conocido la celosa inquietud del duque le condujo hasta su alcoba: allí se detuvo.

—Y bien, estais contento, duque?

—Contento, señora? preguntó este; contento? de qué?

—De esta prueba que os doy, respondió Margarita con una ligera expresión de despecho, de que pertenezco á un hombre que en el día de su matrimonio, en la noche de boda me estima bastante poco, para no haber venido siquiera á darme las gracias, por el honor que hice no en elegirle, sino en aceptarle por esposo.

—Oh señora! respondió tristemente el duque; tranquilizáos; vendrá, sobre todo si vos lo deseais.

—Y sois vos quien decís esto, Enrique? exclamó Margarita; vos que sabeis mejor que nadie todo lo contrario de lo que estais diciendo? Si tuviese el descao que me suponéis ¿os habría suplicado que viniérais al Louvre?

—Me habeis suplicado que viniese al Louvre, Margarita, porque queréis extinguir hasta el menor vestigio de lo pasado, y este pasado existe no solo en mi corazón sino en este cofrecillo de plata que os devuelvo.

—Queréis que os diga una cosa, Enrique? respondió Margarita mirando fijamente al duque; mas bien pareceis un estudiante que un príncipe. ¡Negar yo que os he amado! querer yo extinguir una flama que morirá tal vez, pero cuyo reflejo durará siempre! porque los amores en las personas de mi rango, iluminan y muchas veces devoran toda la época contemporánea; no, no, duque mio! podéis guardar todas las cartas de vuestra Margarita, y el cofrecito que ella os ha dado. De todas las cartas que contiene, solo os pide una, y si os la reclama es porque esa carta es tan peligrosa para vos como para ella.

—Está á vuestra disposicion, dijo el duque; escojed entre ellas la que queréis destruir.

—Margarita registró vivamente el cofrecillo abierto, y con mano temblerosa tomó una á una hasta una docena de cartas, contentándose con mirar los sobres, como si solo con inspeccionar así las cubiertas recordase en su memoria el contenido de estas cartas. Concluido su exámen, miró fijamente al duque y palideció.

—Señor, le dijo, la que busco no está aquí; ¿la habreis perdido? porque en cuanto á haberla entregado....

—Cuál es la que buscáis, señora?

—Aquella en que os decia que os casáscis sin tardanza.

—Para excusar vuestra infidelidad?

Margarita alzó las espaldas.



—No; sino para salvaros la vida. Aquella en que os decia que el rey viendo nuestro amor, y los esfuerzos que yo hacia para impedir vuestra futura union con la infanta de Portugal, habia hecho venir á su hermano el bastardo de Angulema, y le habia dicho mostrándole dos espadas: «Mata con esta á Enrique de Guisa, en esta misma noche, ó te mato yo á tí mañana con la otra.» Esta carta dónde está?

—Héla aqui, dijo el duque de Guisa sacándola del pecho.

Margarita casi se la arrancó de las manos, la abrió ávidamente, se aseguró de que era aquella la que buscaba, arrojó un grito de alegría, aproximó la carta á la bujía, el fuego se comunicó al instante de la mecha al papel, que fué consumido por las llamas en un segundo. Luego, como si temiera que pudiesen descubrir su imprudente consejo por las cenizas, Margarita las pisoteó.

Derante esta accion febril, el de Guisa tenia los ojos fijos en su querida.

—Y bien, Margarita, dijo el duque luego que la reina hubo concluido; ¿estais ahora contenta?

—Sí, porque ahora os habeis casado con la princesa de Porcian, y mi hermano me perdonará vuestro amor, así como no me perdonaría nunca la revelacion de un secreto, como el que en mi debilidad por vos no he tenido valor para ocultaros.

—Es verdad, respondió Guisa; en aquel tiempo me amábais.

—Y os amo todavía, Enrique, tanto ó mas que nunca.

—Vos?

—Sí, yo, porque hoy mas que nunca, tengo necesidad de un amigo sincero y fiel: reina, no tengo trono; muger, no tengo esposo.

El jóven príncipe, sacudió tristemente la cabeza.

—Cuando os digo, Enrique, que mi marido, no solo no me ama, sino que me aborrece, que me desprecia.... además, vuestra presencia en la cámara donde él debería de estar, prueba bastante este ódio y este desprecio.

—No es tarde todavía, señora: el rey de Navarra necesita algun tiempo para despedir á sus gentiles hombres, y si no ha venido aun, no tardará.

—Os digo, exclamó Margarita con un despecho que aumentaba por grados, os digo que no vendrá.

—Señora, exclamó Gillona abriendo la puerta y levantando la cortina; señora, el rey de Navarra sale de su habitacion.

—Oh! yo sabia bien que vendria! exclamó el de Guisa.

—Enrique, dijo Margarita con voz breve, tomando al duque por la mano; Enrique, vais á ver si soy muger de palabra, y si se puede contar sobre lo que yo digo. Enrique entrad en este gabinete.

—Dejadme partir, señora, dejadme partir

si aun es tiempo, porque, pensadlo bien, á la primera muestra de amor que os dé, salgo del gabinete, y entonces... ay de él!

—Estais loco?... entrad, entrad os digo.... yo respondo de todo.

Y empujó al duque en el gabinete.

Ya era tiempo, porque apenas se cerrió la puerta por donde entró el príncipe, apareció en el umbral de la habitación el rey de Navarra, corriendo y escoltado por dos pages que llevaban ceho antorchas de cera rosada sobre dos candelabros.

Margarita ocultó su turbacion haciendo una profunda reverencia.

—¿No estais aun acostada, señora? preguntó el Bearnés con su fisonomía franca y alegre. ¿Me aguardábais acaso?

—No, señor, respondió Margarita, porque me habeis dicho ayer que sabiais muy bien que nuestro matrimonio era solo una alianza política y que no me contrariarais nunca.

—Enhorabuena; pero eso no era razon para que no hablemos un poco. Gillona, cerrad la puerta y dejadnos.

Margarita que estaba sentada se levantó, y estendió la mano como para ordenar á los pages que se quedasen.

—¿Quereis que llame vuestras doncellas? preguntó el rey; lo haré si tal es vuestro desco, aunque os lo confieso, para lo que tenia que deciros, preferiria que estuviésemos solos.

Y el rey de Navarra se adelantó hácia el gabinete.

—No! exclamó Margarita lanzándose delante de él con impetuosidad; es inútil, estoy pronta á escucháros.

El Bearnés sabia ya lo que deseaba saber, y lanzó una mirada rápida y profunda hácia el gabinete, como si á pesar de la puerta quisiera penetrar en sus sombríos rincones; luego volviendo sus ojos á su bella esposa que estaba pálida de terror, la dijo con una voz perfectamente tranquila.

—En ese caso, señora, hablemos un instante.

—Como guste S. M., dijo la jóven cayendo mas bien que sentándose sobre el sillón que le indicaba su marido.

El Bearnés se sentó cerca de ella.

—Señora, continuó, por mucho que digan, yo creo que nuestro matrimonio, es un buen matrimonio. Yo soy todo vuestro y vos sois mia.

—Pero.... dijo Margarita asustada.

—Debemos en consecuencia, continuó el rey de Navarra fingiendo no apercibir la turbacion de Margarita, debemos obrar como dos buenos aliados, pues que hoy mismo nos hemos jurado alianza delante de Dios. ¿No es este vuestro parecer?

—Sin duda, señor.

—Yo sé muy bien, señora, cuán grande es vuestra penetracion; sé que el terreno de la corte está sembrado de abismos peligrosos; luego yo soy jóven, y aunque nunca hice mal á

nadie, tengo un buen número de enemigos. ¿En qué campo debe colocar á la que lleva mi nombre, y que me ha jurado afeccion al pie del altar?

—¡Oh! señor, podeis pensar...

—No pienso nada, señora; espero y quiero asegurarme de que mi esperanza es fundada; porque es muy cierto que nuestro matrimonio no es mas que un pretesto ó un lazo.

Margarita se estremeció. Tal vez el mismo pensamiento se habia presentado en su imaginacion.

—Ahora ¿cuál de los dos? continuó Enrique de Navarra. El rey me aborrece, el duque de Anjou me aborrece, el duque de Alençon me aborrece. Catalina de Médicis odiaba demasiado á mi madre, para no aborrecerme.

—Oh! señor, ¿qué decís?

—La verdad, señora, replicó el rey; y desearia á fin de que no creyesen haberme engañado, respecto el asesinato de Mr. de Monty, y del envenenamiento de mi madre, desearia que hubiese aqui alguno que pudiese oirme.

—Oh! señor, dijo vivamente Margarita con la expresion mas tranquila y mas dulce que pudo tomar, sabeis muy bien que aqui no hay mas que vos y yo.

—Hé aqui lo que me hace hablaros con abandono, hé aqui lo que me hace atreverme á decir, que ni me engañan las caricias que me prodiga la casa de Francia, ni las de la casa de Lorena.

—Sire! respondió Margarita.

—Y bien, ¿qué hay, amiga mía? preguntó á su vez Enrique sonriendo.

—Hay, señor, que semejantes discursos son bien peligrosos....

—Pero no cuando estamos solos. Yo os decia, pues....

Margarita estaba visiblemente en un suplicio, hubiera dado su vida por detener las palabras sobre los labios del rey; pero Enrique continuó con su aparente hombría de bien.

—Os decia que estaba amenazado por todos lados; amenazado por el rey, amenazado por el duque de Alençon, amenazado por el duque de Anjou, amenazado por la reina madre, por el duque de Guisa, por el duque de Mayenne, por el cardenal de Lorena, amenazado en fin, por todo el mundo. Esto se conoce por instinto, ya lo sabeis, señora. Y bien, contra todas estas amenazas que no pueden tardar en convertirse en ataques, solo con vuestro socorro puedo defenderme; porque vos sois amada de todas las personas que me detestan.

—¿Yo?

—Sí, vos, replicó Enrique de Navarra con una serenidad perfecta; sí, vos sois amada del rey Carlos, amada (y acentuó fuertemente esta palabra) del duque de Alençon, amada de la reina Catalina, amada en fin, del duque de Guisa.

—Señor!.... murmuró Margarita.

—Y bien, ¿qué tiene de particular que todo

el mundo es ame? Todos los que acabo de nombrar son vuestros hermanos ó parientes. Amar á sus parientes y á sus hermanos es vivir según la ley de Dios,

—Pero.... replicó Margarita oprimida, á donde vais á parar, señor?

—A lo mismo que os he dicho ya: que si os hacéis, no digo mi amiga, sino tan solo aliada, puedo hacer frente á todo, en tanto que al contrario, si os hacéis mi enemiga, estoy perdido.

—Oh!.... vuestra enemiga.... jamás, señor! jamás! exclamó Margarita.

—Pero tampoco mi amiga?

—Tal vez.

—Y mi aliada?

—Oh! eso sí.

—Y Margarita se volvió tendiendo su mano á Enrique.

El rey la tomó, la besó con galantería, y guardándola entre las suyas, mas bien por un deseo de investigación que por un sentimiento de ternura.

—Os creo, señora, la dijo, os creo, y os acepto por aliada. Así, pues, nos han casado, y sin que nos conociésemos, sin que nos amásemos; se nos ha casado sin consultarnos siquiera. Como marido y mujer nada nos debemos. Ya veis, señora, que adivino vuestros sentimientos, y que os confirmo esta noche lo mismo que os he dicho ayer; pero ahora nos aliamos libremente, sin que nadie nos obligue á ello. Nos aliamos como dos co-

razones leales que se deben proteccion mútua; ¿lo entendéis vos así?

—Sí, sí, respondió Margarita queriendo retirar su mano.

—Y bien, continuó el Bearnés con los ojos siempre sobre la puerta del gabinete, como la primera prueba de una alianza franca, es una confianza absoluta, voy á participaros con todos sus detalles el plan que he formado para poder combatir victoriosamente todas estas enemistades.

—Señor.... murmuró Margarita volviendo á su vez los ojos hácia el gabinete, en tanto que el Bearnés viendo el buen éxito de su astucia, se sonreía maliciosamente.

—He aquí lo que voy á hacer, continuó él sin que pareciese notar en lo mas mínimo la turbacion de su esposa; voy....

—Señor! exclamó Margarita levantándose vivamente y cogiendo al rey por el brazo.... permitidme que respire; la emocion.... el calor.... me ahogo....

Y en efecto, Margarita estaba pálida y convulsa como si fuese á dejarse caer sobre la alfombra.

Enrique se dirigió á una ventana situada á buena distancia, y la abrió. Esta ventana daba sobre el río.

Margarita le siguió.

—Silencio! silencio! sire! por piedad por vos! murmuró ella.

—Eh! señora, dijo el Bearnés sonriendo—



se á su manera, ¿no me habeis dicho que estamos solos?

—Sí; pero no habeis oido decir que por medio de una cerbatana introducida en un cielo raso ó una pared se puede oír todo?

—Bien, bien, respondió vivamente en voz baja el Bearnés, no me amais, es cierto, pero sois una excelente muger.

—Qué quereis decir, señor?

—Quiero decir, que si fuéseis capaz de hacerme traicion, me hubiérais dejado continuar ya que yo mismo me vendía.... Vos me habeis detenido. Yo sé ahora que alguno está oculto aquí.... conozco que sois una esposa infiel, pero una fiel aliada, y en este momento, añadió sonriendo, confieso que tengo mas necesidad de felicidad en política que en amor.

—Sirel murmuró Margarita confusa.

—Bueno, bueno; mas tarde ya hablaremos de esto, dijo Enrique.... cuando nos conozcamos mejor.

Luego alzando la voz:

—Y bien, señora, ¿respirais ya con mas libertad?

—Oh! sí, sí, murmuró la reina.

—En este caso, continuó el Bearnés, no quiero importaros mas. He debido venir á ofrecer mis respetos, y algunas ofertas de una buena amistad. Dignáos aceptarlas porque os las ofrezco de corazon; descansad, y buenas noches.

Margarita fijó en su esposo una mirada ra-

dante de reconocimiento, y le tendió la mano diciendo:

—Estamos convenidos.

—Alianza política, franca y leal? preguntó Enrique.

—¡Franca y leal!

Entonces el Bearnés se dirigió hácia la puerta, atrayendo á Margarita con sus miradas como si la hubiese fascinado. Luego que la cortina que cerraba el dormitorio volvió á caer á sus espaldas, cuando ya estuvieron separados en la alcoba:

—Gracias! dijo vivamente Enrique en voz baja; gracias, Margarita, sois una verdadera hija de Francia, partotranquilo; á falta de vuestro amor, vuestra amistad no me hará traicion. Cuento con vos, lo mismo que vos podeis contar conmigo. Adios, señora.

Y Enrique besó la mano de su esposa, estrechándola dulcemente; luego se volvió con agilidad á su habitacion, preguntándose en voz baja en tanto que atravesaba el corredor:

—Quién diablos estará en su cuarto? ¿Será el rey, el duque de Anjou, el duque de Alençon ó el duque de Guisa? ¿Será un hermano, un amante, ó ambas cosas? En verdad, casi me pesa haber pedido ahora esta cita á la baronesa; pero ya que la he dado mi palabra y que Darioia me espera.... no importa; Carlota perderá un poco... tal creo...: en que yo haya pasado por la alcoba de mi

muger, para ir á la suya.... porque ¡ventre saint gris! esta Margarita, como la llama mi cuñado Carlos IX, es una criatura adorable!

Y Enrique de Navarra subió la escalera que conducia á la habitacion de Mdna. de Sauve, con un paso que indicaba una ligera duda. Margarita le siguió con la vista hasta que le vió desaparecer, y entonces se volvió á su cuarto. El duque estaba ya á la puerta del gabinete.... esta vista casi le inspiró un remordimiento. El duque por su parte estaba sério, y la contraccion de sus cejas indicaba una preocupacion amarga.

—Margarita es neutral hoy, la dijo. Margarita será hostil dentro de ocho dias.

—Ah! habeis escuchado? dijo la reina.

—Y qué queriais que hiciese en este gabinete?

—Y os parece que obré de otro modo que como debe obrar la reina de Navarra?

—No; pero sí muy diferentemente de como debía hacerlo la querida del duque de Guisa.

—Señor, respondió la reina, yo no puedo amar á mi marido, pero nadie tiene derecho á exigir de mí que le haga traicion. Decidme de buena fé, hariais traicion á los secretos de vuestra esposa la princesa de Porcian?

—Vamos, vamos, señora, dijo el duque meneando la cabeza, está bien. Ya veo que no me amais como en aquellos dias en que me deciais todo lo que el rey tramaba contra mí, y contra los míos.

—El rey era el fuerte y vosotros los débiles. Hoy Enrique es el débil y vosotros los fuertes. Ya veis que defendiendo siempre la misma causa.

—Con la diferencia que os pasais de un campo á otro.

—Es un derecho que adquiriré salvándoos la vida.

—Bien, señora; pero como cuando dos amantes se separan se devuelven todo lo que se han dado, os salvaré la vida á mi vez, y quedaremos iguales.

Y el duque se inclinó y salió sin que Margarita hiciese el menor gesto para detenerle. En la antecámara encontró á Gillona que le condujo hasta la ventana del piso bajo, y en el foso á su page que le acompañó al palacio de Guisa.

En tanto, Margarita triste y pensativa se arrió á la ventana.

—¡Qué noche de boda! murmuraba: el esposo huye de mí, y el amante me abandona!

—En este momento pasó del otro lado del foso, viniendo del lado de la torre del Bosque y remontando hácia el molino de la Moneda, un jóven estudiante, apoyando la mano sobre la cadera y cantando:

¿Por qué si quiero, ángel bello,  
tocar tu hermoso cabello,  
ó besar tu boca amada,  
y tu garganta bendita,  
imitas á la monjita

dentro del claustro encerrada?

—  
¿Para qué guardas tus ojos?  
¿Para qué tus labios rojos  
y tu rosada mejilla?  
¿Para besar á Pluton  
aquel día en que Caron  
te conduzca en su barquilla?

—  
Ayl tarde entonces será  
bellal pues allí estará  
tu boca descolorida;  
y aunque aquí tanto te amé,  
nunca á las sombras diré  
que tú fuiste mi querida.

—  
Entanto que tengas vida  
muda de epinion querida,  
dame tu boca de miel,  
porque el día en que te mueras  
yo sé que te arrepintieras  
de haber sido tan cruel.

Margarita escuchó esta canción sonriendo con melancolía; luego cuando ya la voz del estudiante se perdió en el espacio, cerró la ventana y llamó á Gílona para ayudarla á desnudarse.

---

## CAPITULO III.

### *Un rey poeta.*

El dia siguiente y muchos dias despues se pasaron en fiestas, bailes y torneos. La misma fusion continuabá entre los dos partidos. Caricias, enternecimientos que hacian perder la cabeza aun á los hugonotes mas exaltados. Se habia visto al padre Cotton comer y tener orgias con el baron de Courtaumer, y al duque de Guisa remontar el Sena en una barquilla al son de una sinfonía con el príncipe de Condé. El rey pareció estar divorciado con su melancolía habitual, y no podia pasar sin su cuñado Enrique. En fin, la reina madre estaba tan alegre y tan ocupada en bordados, joyas y penachos, que apenas dormia.

Los hugonotes, un poco afeminados en esta nueva Cápuá, empezaban á vestir ropillas de seda, á arbolar las divisas y á pasearse delante de algunos balcones, como si fuesen católicos: por todas partes se veía una reac-

cion tal en favor de la religion reformada, que haria creer á cualquiera que la corte iba á volverse protestante.

El mismo almirante á pesar de su experiencia se dejó al fin eugarñar como los demás, y tenia ya la cabeza montada de tal modo, que una tarde olvidó durante dos horas su limpia-dientes, ocupacion á que se entregaba siempre desde las dos de la tarde en que acababa de comer, hasta las ocho de la noche, hora en que volvía á sentarse á la mesa para cenar.

La tarde en que el almirante habia tenido este olvido increíble, el rey Carlos IX habia invitado á cenar á Enrique de Navarra y al duque de Guisa.

Apenas se concluyó la colacion pasó el rey con ellos á su cámara, donde se ocupaba en explicarles el ingenioso mecanismo de una trampa para cojer lobos, que era invencion suya, cuando interrumpiéndose de repente preguntó:

—¿No vendrá esta noche el señor almirante? Quién le ha visto hoy que pueda darme noticias suyas?

—Yo, dijo el rey de Navarra, y en el caso de que S. M. esté inquieto por la salud de Coligny, yo puedo tranquilizarlo, porque le he visto á las seis de la mañana y á las siete de la mañana.

—Ah! exclamó el rey cuyos ojos se fijaron con la mayor curiosidad sobre su cuñado Enriquito,

madrugais bastante para ser un marido jóven.

— Ciertamente, sire, respondió el rey de Bearn, queria preguntar al almirante, que lo sabe todo, si algunos gentiles-hombres que aguardo, están ya en camino para venir.

— Todavía mas gentiles-hombres! ya teniais ochocientos el dia de boda, y cada día os llegan otros nuevos; ¿quereis invadirnos? añadió Carlos IX riendo.

El duque de Guisa frunció las cejas.

— Sire, replicó el Bearnés, se habla de una tentativa sobre Flandes, y por eso reuno en rededor mio todos los que creo que os pueden ser útiles; ya sean de mi pais ó de las cercanías.

El de Guisa, recordando entonces el proyecto de que el Bearnés habia hablado á Margarita el dia de su boda, escuchó con mas atencion.

— Bueno, bueno, replicó el rey con su sonrisa leonada. Cuantos mas haya mejor; traed, Enrique, traed, ¿pero quienes son estos caballeros? espero que serán valientes.

— Sire, ignoro si mis gentiles-hombres igualarán á los de V. M., á los del duque de Anjou, ó á los del duque de Guisa; pero les conozco muy bien, y estoy seguro de que harán todo lo que pueden.

— Aguardais muchos?

— Diez ó doce.

— Cómo se llaman?

— Sire, he olvidado sus nombres, á escepcion del de uno que me ha recomendado Teligni, co-



mo un gentil-hombre cumplido, y que se llama Mr. de la Mole, no podré decir....

—De la Mole? replicó el rey extraordinariamente versado en la ciencia genealógica, ¿no es un tal Lerae de la Mole, un provenzal?

—Precisamente, sire: ya veis que recluto hasta en Provenza.

—Y yo, dijo el duque de Guisa con una sonrisa burlona, yo voy mas lejos aun que S. M. el rey de Navarra, porque traigo hasta del Piemonte cuantos católicos fieles puedo hallar en él.

—Católicos ò hugonotes, interrumpió el rey, poco me importa con tal que sean valientes.

Al pronunciar estas palabras que mezclaban en su imaginacion los católicos y los hugonotes, el rey tenia un semblante tan indiferente, que el mismo duque de Guisa quedó admirado.

—V. M. se ocupa, pues, de nuestros flamencos, dijo el almirante á quien el rey habia concedido pocos dias antes el favor de entrar en su cámara sin ser anunciado, y que acababa de oír las últimas palabras de S. M.

—Ah! he aquí á mi padre el almirante, exclamó Carlos IX abriendo los brazos; se habla de guerra, de caballeros valientes, y ahí está: es como el iman que atrae el hierro; mi cuñado el de Navarra y mi primo Guisa aguardan refuerzos para vuestra armada: he aquí de lo que hablábamos.

—Y estos refuerzos llegan; dijo el almirante.

—Teneis ya algunas noticias, señor? preguntó el Bearnés.

—Sí, hijo mio, y particularmente de Mr. de la Mole que estaba ayer en Orleans, y llegará á Paris mañana ó pasado mañana á mas tardar.

—Peste! es preciso que el señor almirante sea nigromántico para saber todo lo que pasa á treinta ó cuarenta leguas de distancia. Yo al menos desearia mucho poder saber con tanta certeza lo que pasará ó lo que ha pasado cerca de Orleans.

Coligny permaneció impassible á este dardo sangriento del duque de Guisa que aludia evidentemente á la muerte de Francisco de Guisa, su padre, asesinado cerca de Orleans por Poltrot de Mére, no sin que se sospechase que el almirante le habia aconsejado aquel crimen.

—Señor, replicó friamente y con dignidad, soy nigromántico siempre que quiero saber positivamente lo que interesa á mis negocios ó á los del rey. Mi correo ha llegado de Orleans hace una hora, y gracias á la posta, hizo treinta y seis leguas en un dia; Mr. de la Mole que viaja en su caballo, no anda mas que diez por dia, y no puede llegar hasta el 24: he aquí toda la magia.

—Bravo! padre mio! bien dicho, dijo Carlos IX, haced ver á estos jóvenes que no solo es la edad la que ha hecho blanquear vuestra barba y vuestros cabellos, sino tambien la sabiduria: con que vades á enviarles á que hablen de sus torneos y de sus amores, y quedémonos juntos para hablar de nuestras guerras. Padre mio, los buenos conse-

peros hacen los buenos reyes. Señores, retírense Vds., tengo que hablar con el almirante.

Los dos jóvenes salieron, el rey de Navarra primero, luego el de Guisa; pero apenas fuera de la puerta, se separaron haciéndose una fría reverencia.

Coligny los había seguido con la vista manifestando cierta inquietud, porque nunca veía acercarse estos dos ódios, tan arraigados, sin el temor de ver salir de ellos un nuevo relámpago. Carlos IX comprendió lo que pasaba en la imaginacion del almirante, se acercó á él y apoyándose en su brazo:

—Estad tranquilo, padre mio, le dijo, que aun estoy yo aquí para mantener á cada uno en su deber, en la obediencia y el respeto. Soy realmente el rey desde que mi madre ha dejado de ser reina, y ella ha dejado de serlo desde que Coligny es mi padre.

—Oh! señor! dijo el almirante, la reina Catalina...

—Es una embrollona; no es posible tener paz con ella.... Estos católicos italianos no saben mas que esterminar. Yo, todo al contrario; no solamente quiero pacificar, sino dar el poder á los de la religion. Los otros son demasiado disolutos, padre mio, y me escandalizan con sus amores y sus desarreglos. Escucha; ¿quieres que te hable francamente? prosiguió Carlos IX redoblando su expansion. Yo desconfio de todo lo que me rodea excepto de mis nuevos amigos. La ambicion de Tavan-

nes me es sospechosa. Vieilleville solo ama el buen vino, y haria traicion á su rey por un tonel de malvasia. Montmorency solo piensa en la caza, y pasa el tiempo entre sus perros y sus halcones. El conde de Retz, es español; los Guisas, lorenos. No hay mas franceses verdaderos en Francia, tal creo, ¡Dios me lo perdone! que yo, mi cuñado de Navarra y tú. Pero yo estoy encadenado al trono y no puedo mandar los ejércitos.

Si me dejan cazar á mi gusto en el bosque de San German y Rambouillet, es todo. Mi cuñado el de Navarra es demasiado joven y poco experimentado. Por otra parte me parece que tiene muchos puntos de su padre Antonio, á quien echó á perder en todo tiempo su pasion por las mugeres. Solo tú, padre mio, sólo tú eres á la vez bravo como Julio César y sábio como Platon; de manera que no sé en verdad lo que he de hacer.... ¿Te guardaré como consejero, ó te enviaré á la guerra como general? Si me aconsejas, quién mandará? Si mandas, ¿quién me aconsejará?

—Sire, dijo Coligny, es preciso vencer primero, luego el consejo vendrá despues de la victoria.

—Es tu parecer, padre mio; ¡bien! sea, se hará segun dices. El lúnes tú partirás para Flandes y yo para Amboise.

—V. M. deja á Paris?

—Sí; ya estoy fatigado con tanto ruido y

tanta fiesta. Yo no soy un hombre de acción, sino un visionario. No había nacido yo para rey sino para poeta. Formarás una especie de consejo que gobierne; en tanto que estés en él, todo irá bien. En cuanto á mí, ya he prevenido á Ronsard para que se reúna conmigo, y allí, lejos los dos del ruido, lejos del mundo, lejos de los malvados, bajo nuestras grandes bóvedas del bosque, á orillas del río y escuchando el murmullo de los arroyos hablaremos de Dios, única compensación que existe en el mundo para las cosas de los hombres.... Escucha, escucha estos versos con que le invito á reunirse conmigo; los hice esta mañana.

Coligny se sonrió. Carlos IX pasó la mano sobre su frente pálida y amarilla como el marfil; y recitó con una especie de canto acompañado los siguientes versos:

- (1) Ronsard, yo conozco que léjos de mi  
Olvidas muy pronto la voz de tu rey,  
A mí tus recuerdos me sirven de ley,  
Y escribo mis versos por pensar en tí;  
Y porque entusiasta remontes tu vuelo,  
Te envío este escrito con férvido celo.

---

(1) *La demasiada trivialidad con que están escritos estos versos hace su traducción casi imposible, por lo que he preferido traducirlos lo mas literalmente que me ha sido posible, á prestarles un lenguaje florido que no tienen en el original. (N. de la T.)*

No mas te entretenga doméstico afán;  
Deja tus jardines que no es tiempo ahora,  
Y sigue los pasos del rey que te adora  
Por los dulces versos que gloria te dan;  
Y si no vieres á Amboise á encontrarme,  
Con un grande enojo juro que has de hallarme.

—¡Bravo! bravo! dijo Coligny, y entiendo algo mas de guerra que de poesía; pero me parece que esos versos pueden competir con los mejores de Ronsard, Dorat, y aun con los de Mr. Miguel del Hospital, Canciller de Francia.

—¡Ah, padre mio! que no digas la verdad! porque mira ante todas cosas el titulo de poeta, es lo que yo ambiciono; y como yo decia á Ronsard hace algunos dias:

El arte adorable de la poesía  
Merece mas premio que no el de reinar;  
Si entrambos coronas llevamos hoy dia,  
Yo rey las heredo; tú las puedes dar.  
Tu mente inflamada de celeste fuego  
Brilla por sí sola, yo por mi esplendor;  
Y si entre los dioses ventajas anhelo,  
Si yo soy su imágen, Ronsard es su amor:  
Tu lira que amante las almas seduce,  
De los mil vasallos la mente encantó,  
Y te hace su dueño, y allá te introduce  
Do nunca el tirano su imperio llevó.

—Sire, dijo Coligny, ya sabia yo que V. M. se entretenia con las musas, pero ignoraba que ellas fuesen su consejero principal.

—Despues de tí, padre mio, despues de tí; y precisamente por lo que yo quiero ponerte á la

cabeza de to-lo, es para que no me turben en mis relaciones con ella. Escucha, es preciso que yo responda ahora mismo á un nuevo madrigal que me ha enviado mi grande y querido poeta.... por consiguiente no puedo darte ahora todos los papeles que necesitas para ponerte al corriente de la gran cuestion que me malquistia con Felipe II. Hay ademas una especie de plan de campaña hecho por mis ministros. Yo te lo buscaré todo y te lo enviaré mañana por la mañana.

—A qué hora, sire?

—A las diez: y si por casualidad estoy ocupado en hacer versos, si estoy encerrado en mi gabinete de estudio.... entrarás y tomarás todos los papeles que haltes sobre esta mesa encerrados en esta cartera encarnada; el color es bien vivo, y no podrás equivocarte; yo voy á escribir á Ronsard.

—Adios, sire.

—Adios, padre mio.

—Vuestra mano?

—Qué dices? mi mano? Ven á mis brazos, sobre mi corazon, que aqui es tu lugar. Ven, mi antiguo guerrero, ven.

Y Carlos IX atrayendo á Coligny que se inclinó, posó sus lábios sobre sus cabellos blancos.

El almirante salió enjugando una lágrima.

Carlos IX le siguió con la vista en tanto que pudo distinguirle, y tendió el oido en tanto que pudo oirle; luego cuando ya no

vió ni oyó nada, dejó caer su cabeza pauda sobre la espalda como lo tenia de costumbre, y pasó lentamente de la habitacion donde se hallaba á su gabinete de armas.

Este gabinete era la morada favorita del rey; allí era donde tomaba sus lecciones de esgrima con Pompeyo, y sus lecciones de poesia con Ronsard.

Habia reunido en él una grande cantidad de armas ofensivas y defensivas; de las mas hermosas que se habian podido hallar. Las paredes estaban tapizadas de hachas, escudos, picas, alabardas, pistolas y mosquetes, y aquel mismo dia le habia traído un célebre armero un magnífico arcabúz, sobre cuyo cañon estaban incrustados en plata estos cuatro versos que habia compuesto el mismo poeta real.

Para sostener la fé,  
Soy tan bello como fiel,  
Rey, para tus enemigos  
Tan bello como cruel.

Cárlos IX entró como hemos dicho en este gabinete, y despues de haber cerrado la puerta principal por donde habia entrado, levantó un tapiz que ocultaba un pasadizo que conducia á un cuarto pequeño; en él estaba una muger rezando arrodillada sobre un reclinatorio.

Como este movimiento habia sido ejecutado con lentitud, y que los pasos del rey ahogados por la alfombra no habian reso-



nado mas que si fuesen los de un fantasma, la muger que rezaba que nada habia oido, ni siquiera se volvió y continuò rezando.

Cárlos permaneció un momento pensativo contemplándola con atencion.

Era una muger como de treinta y cuatro á cuarenta años, cuya hermosura fuerte y enérgica, estaba aun realzada por el traje de las paisanas de los alrededores de Caux. Tenia puesto el alto gorro que habia sido tan de moda durante el reinado de Isabel de Baviera, y su corpiño encarnado estaba bordado de oro como lo están todavía los corpiños que llevan las aldeanas de Nettuno y Lora. El aposento que ocupaba hacia veinte años estaba contiguo al dormitorio del rey, y ofrecia un aspecto singular de elegancia y rusticismo.

El palacio se habia mezclado con la cabaña, y en proporcion casi igual, la cabaña se habia mezclado con el palacio. De suerte que esta habitacion era un término medio entre la sencilléz de la paisana y el lujo de la gran dama. En efecto, el reclinatorio sobre que estaba arrodillada era de madera de encina maravillosamente esculpido, y cubierto de terciopelo con franjas de oro, en tanto que la Biblia (porque esta muger pertenecia á la religion reformada) en tanto que la Biblia por donde leia sus oraciones era uno de estos libros antiguos medio des-

trozados, como suelen verse en las casas mas pobres.

Todo estaba allí por el estilo del reclinatorio y la Biblia.

—¡Eh! Medaleneta! dijo el rey.

Al oír esta voz familiar, la muger que estaba de rodillas se sonrió, luego dijo levantándose.

—¡Ay! eres tú, hijo mío?

—Sí.... nodriza, ven acá.

Cárlos IX volvió á dejar caer la cortina, y vino á sentarse de nuevo sobre el brazo de un sillón.

La nodriza se presentó.

—¿Qué me quieres, Carlitos? le dijo.

—Ven aquí, y responde en voz baja.

La nodriza se acercó con una familiaridad que podia proceder de la ternura natural que una muger concibe por el niño á quien ha criado, pero á lo cual los foiletos satíricos dan una causa mucho menos para.

—Heme aquí, habla.

—El hombre que hice llamar, está ahí?

—Hace ya media hora.

Cárlos se levantó, se acercó á la ventana, miró si no estaba nadie en acecho, se acercó á la puerta, escuchó para ver si alguno le espiaba, sacudió el polvo de sus trofeos de armas, acarició á un gran lebrél que le seguía paso á paso, parandose cuando su amo se paraba, volviendo á andar cuando su amo se ponía en movimiento; y luego volviéndose hácia su nodriza:

—Bien, le dijo, hazle entrar, nodriza.

La buena muger salió por el mismo pasadizo que le habia dado entrada, en tanto que el rey fué á apoyarse en una mesa, sobre la que estaban puestas armas de todas clases.

Apenas se habia acercado ella cuando la cortina se levantó de nuevo, y dió entrada al que él aguardaba.

Este era un hombre como de unos cuarenta años, ojos grises y falsos, nariz encorvada como el pico de una lechuza y el rostro muy ensanchado por los huesos de las mejillas que eran en extremo abultados; su semblante se esforzó en espresar el respeto, pero lo único que consiguió fué hacer brillar una sonrisa hipócrita, sobre sus lábios pálidos de miedo.

Cárlos alargó dulcemente una mano por detras de sí, y la apoyó sobre un puño de pistola de nueva invencion, que se disparaba por medio de una piedra puesta en contacto con una rueda de acero en lugar de dispararse por medio de una mecha, y contempló con sus ojos empañados durante algunos instantes, al personaje que acabamos de introducir en la escena; en tanto que le examinaba, silbaba con un compás y una melodía notables una de sus cauciones favoritas de caza.

Despues de algunos segundos, durante los cuales el rostro del extranjero se descomponia mas y mas:

—Sois vos, le dijo el rey, el que llaman Francisco de Louvier-Maurevel?

—Sí, Sire.

—¿Comandante de petarderos?

—Sí, Sire.

—He querido veros.

Maurevel se inclinó.

—Sabeis, continuó Carlos acentuando fuertemente cada palabra, que yo amo igualmente todos mis súbditos?

—Sé, balbuceó Maurevel, que V. M. es el padre de su pueblo.

—Y que hugonotes y católicos son igualmente mis hijos.

Maurevel permaneció mudo, y solo el temblor de su cuerpo se hizo visible á la mirada penetrante del rey, bien que aquel á quien dirigia la palabra estuviese casi oculto en la sombra.

—Esto os contraría, continuó el rey, vos que habeis hecho una guerra tan cruel á los hugonotes.

Maurevel cayó de rodillas.

—Sire, balbuceó, creed....

—Creo, continuó Carlos IX, clavando sobre Maurevel una mirada que empañada en un principio, se transformó luego en casi flammígera, creo que teníais grandes deseos de matar al almirante que acaba de salir de aquí en Montcontour: creo que habeis errado el golpe, y que entonces os pasásteis al ejército del duque de Anjou.... de mi hermano;

en fin, creo que os habeis pasado á los príncipes por segunda vez, y que habeis entrado á servir en la compañía de Mr. de Mony de San-Phale.

--Oh! Sire.

—Un bravo caballero picardo.

—Sire! Sire! exclamó Maurevel, no me abruméis.

—¡Era un digno oficial! continuó Cárlos IX, y segun hablaba, su rostro iba tomando una espresion de crueldad casi feroz; era un digno oficial que os acogió como á un hijo, os hospedó, os vistió, os alimentó.

Maurevel dejó escapar un suspiro de desesperacion.

—Hasta creo que le llamábais vuestro padre, continuó implacablemente el rey, y que os ligaba á su hijo el jóven de Mony, la amistad mas tierna.

Maurevel siempre arrodillado se encorvaba mas y mas, destrozado por las palabras de Cárlos IX, que permanecia de pie impasible y semejante á una estatua que solo tuviese vida en los lábios.

—A propósito, continuó el rey, ¿no eran diez mil escudos los que debia pagaros el duque de Guisa, en el caso de que hubiéseis muerto al almirante?

El asesino consternado, golpeaba el suelo con la frente.

—En cuanto al señor de Mony, vuestro padre, le escoltábais un dia en un reconocimiento

que quiso hacer hácia Chevreux. Dejó caer su látigo, y se apeó para recogerlo. Estábais solo con él, tomásteis una pistola de vuestras pistolas, y en tanto que él se inclinaba, le rompisteis los riñones; luego, viéndole muerto, porque le matásteis del primer tiro, os fugásteis en el mismo caballo que os habia dado. Creo que ésta es la historia; y como Maurevel permanecía mudo á esta acusacion, cuyos detalles eran tan verdaderos, Carlos IX se puso de nuevo á silvar con la misma precision, y la misma melodía, la misma cancion de caza que habia silvado antes.

—Hola! hola! señor asesino, dijo despues de un instante. ¿Sabéis que tengo grandes deseos de haceros ahorcar?

—¡Oh! magestad! exclamó Maurevel.

—El jóven de Mony me lo suplicaba aun ayer, y á la verdad yo no sabia qué responderle, porque su petición era muy justa.

Maurevel juntó las manos.

—Con tanto mas motivo que como vos me decíais soy el padre del pueblo, y que como yo respondí, «ahora que estoy reconciliado con los hugonotes, son tan hijos míos como los católicos.»

—Sire, dijo Maurevel completamente desanimado, mi vida está en vuestras manos, haced de ella lo que queráis.

—Tencis razon, y yo no daria por ella un óbolo.

—Pero Sire, preguntó el asesino, ¿no habrá un medio de redimir mi crímen?

—No sé ninguno.... en fin, si me hallase en lugar vuestro, lo que no sucede, ¡a Dios gracias!....

—¿Y bien, sire ¿si estuviéscis en lugar mio? murmuró Maurevel con la mirada suspendida en los lábios de Carlos...

—Creo que sabria salir del apuro, continuó el rey.

Maurevel se levantó sobre una rodilla y una mano, fijando sus miradas sobre Carlos, para asegurarse de que no se burlaba de él.

Sin duda que amo mucho al jóven de Mony prosiguió el rey, pero tambien amo mucho á mi primo Guisa, y si este me pidiese la vida de un hombre cuya muerte me hubiese pedido el otro, confieso que me veria muy embarazado para decidir. No obstante, en buena política como en buena religion, deberia conceder lo que me pidiese mi primo Guisa, porque de Mony, aunque es un capitán valiente, es bien poco comparado con un príncipe de la casa de Lorena.

En tanto que el rey pronunciaba estas palabras, Maurevel se incorporaba lentamente como un hombre que vuelve á la vida.

Luego, en la situacion estrechosa en que os halláis, lo único que os seria útil era ganar la voluntad de mi primo Guisa; y á propósito, recuerdo una cosa que me contaba ayer.

Maurevel, dió un paso para acercarse.

—«Figuráos, sire, me decia, que mi enemi-

go mortal pasa todas las mañanas á las diez por la calle de San Germain-l'Auxerrois, de vuelta del Louvre, yo le veo desde una ventana enrejada del piso bajo; es la ventana de la habitacion de mi antiguo preceptor, el canónigo Pedro Pile. Veo, pues, pasar á mi enemigo todos los dias, y todos los dias ruego al diablo para que lo abisme en las entrañas de la tierra.» Decidme, maestro Maurevel.... Si vos fuéseis el diablo, eso agradaria quizás á mi primo Guisa.

Maurevel volvió á tomar su sonrisa infernal, y sus lábios pálidos de espanto todavía, dejaron caer estas palabras.

—Pero sire, yo no tengo el poder de abrir la tierra.

—Y sin embargo, se la habeis abierto al bravo de Momy, si mal no me acuerdo. Es verdad que me direis que era con una pistola... y bien ¿esa pistola no la teneis ya?

—Perdonad, sire, respondió el asesino casi tranquilizado, pero tiro aun mejor con arcabuz que con pistola.

—¡Oh! oh! dijo Carlos IX, poco le importa á mi primo Guisa, que sea con pistola ó arcabuz; estoy seguro de que no disputará sobre la clase de medios.

—Pero sire, necesito una arma sobre cuya precision pueda contar, porque tal vez tendré que tirar de lejos.

—Hay aquí diez arcabuces, con los que acierto á un escudo de oro, á ciento cin-



cuenta pasos. ¿Queréis probar uno?

—Obl señor, con el mayor placer... exclamó Maurevel, dirigiéndose hácia el que estaba colocado en una esquina, y que era el mismo que acababan de traer á Cárlos IX en el mismo día.

—Ese no, ese no, gritó el rey, ese me le reservo para mí. Uno de estos días tendré una gran caza, en la que espero servirme de él; pero podeis escojer cualquiera otro.

Maurevel desprendió un arcabuz de uno de los trofeos.

—Y ahora, sire, preguntó el asesino. ¿Quién es este enemigo?

—¿Acaso lo sé yo? respondió Cárlos IX, confundiendo al miserable con sus miradas desdenosas.

Lo preguntaré entonces á Mr. de Guisa, balbuceó Maurevel.

El rey alzó las espaldas.

—No le preguntéis nada, dijo al fin; Mr. de Guisa, no os responderá. ¿Acaso se responde á semejantes preguntas?

Los que no quieren ser ahorcados deben adivinar.

—Pero en fin, ¿como le conoceré?

—Ya os digo que pasa todas las mañanas á las diez por delante de la ventana del canónigo.

—Por delante de esa ventana muchos pasarán: dígnese V. M. indicarme siquiera una señal cualquiera que sea.

—¡Oh! eso es bien fácil; mañana, por ejemplo, llevará debajo del brazo una cartera de tafete encarnado.

—Basta, sire, me basta.

—¿Teneis aun aquel caballo que os ha dado Mr. de Mony, y que corre tanto?

—Sire, tengo un caballo árabe de los mas veloces.

—Oh! no temo por vos, solamente que es bueno que sepais, que el claustro tiene una puerta trasera.

—Gracias, sire. Ahora rogad á Dios por mí.

—Ehl con mil demonios! Rogad mas bien al diablo, pues solo con su proteccion podreis libraros de la cuerda.

—Adios, sire.

—Adios. ¡Ahl á propósito, Mr. Maurevel, sabed que si de una manera ó de otra, se oye hablar de vos mañana antes de las diez de la mañana, ó si no se oye hablar despues, hay una cárcel perpétua en el Louvre.

Y Carlos IX se puso á silvar tranquilamente, y con mejor compás que nunca su canción favorita de caza.

---

## CAPITULO IV.

*La tarde del 24 de agosto de 1572.*

**N**o habrá olvidado el lector que en el capítulo anterior se hace mención de un gentilhombre llamado la Mole, á quien Enrique de Navarra aguardaba con la mayor impaciencia. Este jóven segun lo habia anunciado el almirante, entraba en Paris por la puerta de San Marcelo, á una hora bastante avanzada de la tarde del 24 de agosto de 1572, y arrojando una mirada desdeñosa sobre las numerosas fondas que desplegaban á derecha é izquierda sus pintorescos targetones, dejó penetrar su corcel humeante hasta el centro de la ciudad, donde despues de haber atravesado la plaza Maubert, el petit-pont, el puente de Nuestra Señora y paseado á lo largo del muelle, se detuvo al estremo de la calle de Bresec, á la que hemos dado despues el nombre de la calle del Arbol seco,

y á la que para mayor claridad, llamaremos por su nombre moderno.

Este nombre le agradó sin duda, porque entró en ella, y llamándole la atención una magnífica plancha de hierro batido chillando sobre una varilla de hierro, también ornada de campanillas, volvió la vista hácia la izquierda y se detuvo para leer estas palabras: «A la buena Estrella,» escritas como lema bajo una pintura que representaba el simulacro mas encantador para un viajero hambriento: era una polla asada en medio de un cielo negro, en tanto que un hombre de capa encarnada, tendia sus brazos, su bolsa y sus deseos, hácia este astro de nueva especie.

—He aquí, dijo el jóven, una fonda que se anuncia bastante bien y el huésped debe de ser sin duda un compadre muy ingenioso. He oido decir siempre que la calle del Arbol seco estaba en el cuartel del Louvre; y por muy poco que el interior del establecimiento corresponda con el anuncio, estaré aquí á las mil maravillas.

En tanto que el recién llegado ejecutaba este soliloquio, otro jóven que entraba por el extremo contrario de la calle, es decir, por la calle de San Honorato, se detenía y permanecía con igual éstasis, delante de la muestra de la Buena Estrella.

El que conocemos, al menos de nombre, montaba un caballo blanco, de raza española, y vestía una ropilla de terciopelo negro guarneci-

Ja de azabache. Su capa era de terciopelo color de violeta oscuro; llevaba botas de piel negra, una espada con empuñadura de hierro cincelado, y un puñal, parecido. Ahora si pasamos de su vestido á su rostro, diremos que era un jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años, tez tostada, ojos azules, bigote fino, dientes brillantes, en tal grado, que parecian iluminar su rostro cada vez que su boca de una forma esquisita, se abria para sonreirse con una sonrisa dulce y melancólica.

El segundo viajero, formaba respecto al primero, el contraste mas perfecto. Bajo su sombrero de anchas alas levantadas hácia el borde, se dejaban ver ricos y abundantes cabellos mas bien encarnados que rubios. Bajo este sombrero, se divisaba un ojo gris brillando á la menor contrariedad, con un fuego tan radiante que se hubiera creído que era un ojo negro. El resto de su fisonomía, se componia de una tez rosada, lábios delgados, cubiertos por un bigote aleonado y dientes magníficos. Era en suma con su tez blanca, su gallarda estatura y ancha espalda, un hermoso caballero, en la acepcion ordinaria de esta espresion, y en tanto que levantaba los ojos hácia todas las ventanas con el pretesto de buscar muestras de fondas, las mugeres no habian cesado de mirarle: en cuanto á los hombres á quienes habia quizá movido á risa su capa estrecha, sus calzones ajustados y sus

botas de forma antigua, habian concluido la risa empezada, por un «Dios es guarde» de los mas graciosos, examinando esta fisonomía, que tomaba en un minuto diez espresiones diferentes, conservando siempre, sin embargo, la espresion benevolente que caracteriza en todas ocasiones el rostro de un provincial embarazado.

Este fué el que se dirigió el primero al otro caballero, que como ya hemos dicho, contemplaba como él la fonda de la Buena Estrella.

—Mordid caballero, le dijo con ese acento horrible de la montaña, que haria conocer á un piemontés entre cien extranjeros, ¿no estamos cerca del Louvre? De todos modos, creo que tengais el mismo gusto que yo, y eso es muy lisonjero para mi señoría.

—Caballero, respondió el otro con un acento provenzal que no cedia en nada al acento piemontés de su compañero, creo en efecto que esta fonda está cerca del Louvre. No obstante, me pregunto todavia si tendré el honor de ser de vuestra opinion. Lo estoy pensando.

—¿No estais aun decidido? La casa es encantadora. Luego yo me he dejado tentar al veros aquí. Confesad al menos que es una linda pintura.

—Oh! sin duda! y eso es justamente lo que me hace dudar de la realidad: me han dicho que Paris está lleno de tramposos, y lo mismo se puede engañar con una muestra que con cualesquiera otra cosa.

—Mordi! replicó el piemontés, yo no me inquieto por las trampas, y si el huésped me presenta una polla peor asada que la que está en la muestra, le pongo á él mismo en el asador, y no le quito hasta que esté regularmente achibarrado. Entremos.

—Me habeis decidido, dijo el provenzal riendo, tened la bondad de servirme de guía, os lo suplico.

—Oh! por mi alma que no lo haré, porque no soy mas que vuestro servidor el conde Anuibal de Coconnas.

—Y yo no soy mas que vuestro servidor el conde José Bonifacio de Lerac de la Mole.

—En ese caso, caballero, dadme el brazo y entremos juntos.

El resultado de esta proposicion conciliadora fué que los dos jóvenes se apearon de sus caballos, pusieron las bridas en manos de un palafrenero, se cojieron del brazo y se adelantaron hácia la puerta de la hostería: el huésped estaba de pie, sobre el umbral.

Pero contra la costumbre de esta clase de gentes, el digno propietario pareció no hacer la menor atencion á los recién llegados, ocupado esclusivamente en hablar con interés á un joven, alto, seco y oculto bajo una capa de color de yesca, como un buho bajo sus plumas.

Los dos jóvenes habian llegado ya tan cerca del huésped y del hombre de la capa de color de yesca, que Coconnas impacientado al ver la poca importancia que les daban, asi á él como

á su compañero, tiró al huésped por la manga de la ropilla. Entonces se volvió como quien despierta sobresaltado, y despidió á su interlocutor con un «adios hasta la vista, venid pronto, y sobre todo no dejéis de decirme la hora.»

—Eh! tunante, dijo Coconnas, ¿no veis que hablamos con vos?

—Ah! perdon, señores, dijo el huésped, no os habia visto.

—Eh! Mordil era preciso vernos; y ahora que ya nos habeis visto, en lugar de decirnos, señor, á secas, decid *señor conde*, si os place.

La Mole estaba un poco mas atrás dejando hablar á Coconnas, que parecia haber tomado el negocio por su cuenta. No obstante, era fácil leer en sus cejas fruncidas, que estaba pronto á venir en su ayuda apenas llegase el momento de obrar.

—Bien... ¿y qué deseais, señor conde? preguntó el huésped con la mayor calma.

—Bien!.... esto es ya algo mejor ¿es verdad? dijo Coconnas volviéndose hácia la Mole que hizo una señal afirmativa con la cabeza. El señor conde y yo, atraidos por vuestra muestra, deseamos cenar y dormir en vuestra hostería.

—Caballeros, mucho siento deciroslo, pero solo hay un cuarto, y temo que no sea de vuestro gusto.

—Tanto mejor, dijo la Mole, iremos á alojarnos á otro lado.

—Eh! no, no, replicó Coconnas, yo me quedo; mi caballo está cansado y pues vos no le quereis, yo tomo el cuarto.



—Esta es otra! dijo el huésped conservando siempre la misma flemma impertinente. Si no sois mas que uno no puedo alojaros tampoco.

—Mordi! he aquí el animal mas burlon que he visto! hace un momento, dos éramos mucho, y ahora uno no es bastante! Tunante, dí que no quieres hospedaros.

—Señores, á fé mia, ya que lo tomáis por ese tono, os hablaré con toda franqueza.

—Pues habla, pero pronto, pronto.

—Pues bien; prefiero no tener el honor de hospedaros.

—Por qué? preguntó Coconnas palideciendo de cólera.

—Porque no teneis lacayo, y con daros un cuarto de caballero me quedarian los de lacayo vacios. Luego, si os doy la habitacion de amo, me arriesgo á no alquilar las otras dos.

—Mr. de la Mole, dijo Coconnas volviéndose, ¿no os parece lo mismo que á mí, que vamos á hacer tajadas á este bribon?

—¡Es insufrible! respondió la Mole preparándose como su compañero á dar de latigazos al huésped.

Pero á pesar de esta doble demostracion que no tenia nada de broma de parte de los gentiles-hombres que parecian estar bien determinados, el huésped ni siquiera se asustó, y contentándose con dar un paso atrás á fin de estar en su casa.

—Bien se conoce, les dijo, que estos caballeros llegan de las provincias. En Paris ya pasó

la moda de asesinar á los fondistas que no quieren alquilar sus habitaciones. Los que se matan son los grandes señores y no los paisanos: y si gritais muy alto, voy á llamar á mis vecinos, de suerte que á vosotros serán á los que molearán á palos.... tratamiento bastante indigno para gentiles-hombres.

—Se burla de nosotros, exclamó Coconnas exasperado, Mordil Mordil

—Gregorio, mi arcabuz; dijo el huésped á su criado con el mismo tono que si hubiera dicho, *una silla á este caballero.*

—Tripa del Papa! gritó Coconnas con un rugido, calentáos, Mr. de la Mole, calentáos.

—No tal, si os place.... porque en tanto que nos calentamos, la cena se enfriará.

—Cómo ¿ereis? murmuró Coconnas.

—Creo, que Mr. de la Buena Estrella, tiene razon, solamente que no sabe portarse bien con los viajeros, sobre todo cuando son caballeros. En lugar de decirnos brutalmente: caballeros, no os quiero hospedar; hubiera hecho mejor en decirnos políticamente, entrad, señores, y poner despues á la cuenta: «habitacion de amo, tanto; habitacion de lacayo.... tanto;» atiendo á que si no tenemos lacayos pensamos tomarlos.

Y diciendo esto, la Mole separó dulcemente al fondista que ya estendia la mano hácia su arcabuz, y haciendo pasar á Coconnas el primero, entró detrás de él en la casa.

—No importa, dijo Coconnas, me cuesta mu-

cho trabajo meter mi espada en la vaina, sin haberme asegurado antes de que pica tan bien como los cuchillos de mechar de este tudiante.

—Paciencia, mi querido compañero, le dijo la Mole, todas las hosterías están llenas de gentiles-hombres, que las fiestas del matrimonio real, y la próxima guerra de Flandes, han reunido en Paris, y así no hallaríamos donde hospedarnos; luego tal vez sea uso en Paris recibir así á los extranjeros.

—Mordil! teneis buena paciencia, Mr. de la Mole, murmuró Coconnas retorciendo su bigote con una espresion de rábía y devorando al huésped con sus miradas. Pero que tenga cuidado consigo ese bribon, porque si su cocina no es de lo mejor, si la cama está dura, si su vino no está embotellado al menos desde hace tres años, si su lacayo no es flexible como un junco....

—Ah! ah! caballero mio, dijo el huésped afilando sobre un cuero el cuchillo que llevaba á la cintura, tranquilizáos, estais en el pais de Cocagne.

Luego añadió en voz baja y sacudiendo la cabeza:

—Este es sin duda algun hugonote; los infames están tan ufanos é insolentes desde el enlace de su Bearnés con la señorita Margarita! Luego, añadió de nuevo con una sonrisa que hubiera hecho estremecerse á sus huéspedes, si la hubiesen visto.

—Eh! eh! seria una cosa linda, que justamente me hubiesen caído aquí los hugotones.... y que....

—Eh? cenaremos? preguntó ágricamente Coconnas interrumpiendo los apartes de su huésped.

—Como querais, señor conde, respondió este un poco mas contento, sin duda por el pensamiento que acababa de tener.

—Y bien? queremos.... prontamente, prontamente, respondió Coconnas.

Y volviéndose hácia la Mole:

—Señor conde, le dijo, en tanto que nos preparan el cuarto, decidme, ¿qué os parece de Paris? Hallais alegre la ciudad?

—No, á fé mia, respondió la Mole, me parece que no he visto aun otra cosa mas que rostros ásperos ó espantados. Tal vez los parisienses temen la tempestad. Mirad, ¿no veis que negro está el cielo, y qué pesado es el aire que corre?

—Decidme conde, ¿buscáis el Louvre, no es verdad?

—Y vos tambien, señor de Coconnas.

—Bueno; si quereis le buscaremos juntos.

—Mein! murmuró la Mole, no es ya un poco tarde para salir?

—Tarde? oh! no, es preciso que yo salga. Tengo órdenes precisas de llegar lo mas pronto á Paris, y apenas llegue, comunicar con el duque de Guisa.

Al nombre de Guisa el huésped se acercó muy atento.

—Creo que ese tunante nos escucha, dijo Coconnas que en su cualidad de piemontés era estremadamente rencoroso, y no podia perdonar al dueño de la Buena Estrella las maneras poco civiles, con que recibia á los viajeros.

—Sí, señores, os escucho, dijo este llevandola mano á su gorra, pero es para servirlos. Oigo hablar del gran duque de Guisa, y llego ¿en qué puedo servirlos, señores míos?

—Ah! ah! ese nombre es mágico sin duda, porque de insolente te has vuelto obsequioso. Mordi! maestro....maestro.... ¿Como te llamas?

—Maestro la Hurriere, respondió el huésped inclinándose.

—Y bien, maestro la Hurriere, crees que mi brazo sea menos pesado que el del duque de Guisa, que tiene el privilegio de hacerte político?

—No, señor conde, pero es menos largo, replicó la Hurriere; por otra parte, añadió, es preciso decirlo que este gran Enrique es nuestro ídolo, el ídolo de todos los que somos parientes.

—Qué Enrique? preguntó la Mole.

—Creo que no hay mas que uno, respondió el fondista.

—Y cuál?

—Enrique de Guisa.

—Perdonad, amigo mio, pero hay otro, del que os aconsejo no decir mal; es Enrique de

Navarra, sin contar Enrique de Cendé, que no deja de tener su mérito.

—No los conozco, respondió el huésped.

—Pero los conozco yo, dijo la Mole, y como vengo recomendado al rey Enrique de Navarra, os invito á no hablar mal de él delante de mí.

El huésped sin responder á la Mole, se contentó con tocar ligeramente á su gorra, y siguió poniendo un semblante dulce y como de inteligencia á Coconnas.

—Con que el señor va á hablar al gran duque de Guisa? El señor conde es un caballero muy dichoso, y sin duda viene para...

—Para qué? pregunto Coconnas.

—Para la funcion, respondió el huésped con una sonrisa singular.

—Mejor hubiérais dicho para las funciones, porque segun he oido decir, Paris se deshace en fiestas; á lo menos no se habla mas que de bailes, festines y carreras; eh! ¿no es cierto que la gente se divierte mucho en Paris?

—Moderadamente, señor, al menos hasta la presente; pero creo que se va uno á divertir ahora luego.

—Las bodas de S. M. el rey de Navarra atraieron mucha gente á Paris, dijo la Mole.

—Muchos hugonotes, sí, respondió bruscamente la Hurriere; luego recordando: ah! perdon; tal vez estos señores son tambien de la religion?

—Yo de la religion! exclamó Coconnas; soy

tan católico como nuestro santo padre Papa.

La Hurriere se volvió hácia la Mole como para interrogarle; pero la Mole ó no comprendió su mirada, ó juzgó mas á propósito no responder á ella.

—Si no conocéis á S. M. el rey de Navarra, maestro la Hurriere, conoceréis tal vez al señor almirante. He oido decir que este gozaba de algun favor en la córte, y como soy tambien su recomendado, desearia, si es que las señas de su casa no os abrasan la lengua, saber dónde vive.

—Vivía en la calle de Bethisty, aquí á la derecha, respondió el huésped con una satisfaccion tan interior, que no podia menos de conocerse aun esteriormente.

—Como? vivía? preguntó la Mole, pues qué se ha mudado?

—Sí, acaso de este mundo al otro.

—Qué queréis decir? exclamaron á un tiempo los dos jóvenes. El almirante mudarse de este mundo al otro?

—Cál Mr. de Coconnas, prosiguió el huésped con una sonrisa maligna, sois de los de Guisa, y lo ignorais?

—¿Pero qué?

—Que antes de ayer pasando el almirante por la plaza de Saint Germain l'Auxerrois, ha recibido un tiro de arcabuz delante de la casa del canónigo Pedro Piles.

—Le han muerto! exclamó la Mole.

—No, no, el tiro solo le rompió el brazo, y le llevó dos dedos; pero se espera que las balas estuviesen envenenadas.

—Cómo, miserable! exclamó la Mole; se espera!...

—Quiero decir, que se cree, replicó el huésped, no nos enojemos por una espresion; me he equivocado: y maestro la Hurriere volviendo la espalda á la Mole, sacó la lengua frente á Coconnas del modo mas picaresco, acompañando este gesto con una mirada de inteligencia.

—En verdad! dijo Coconnas radiante.

—En verdad! repitió la Mole con una estupefaccion dolorosa.

—Es lo mismo que he tenido el honor de referiroslo, añadió el huésped.

—En ese caso, dijo la Mole, voy al Louvre sin perder un momento. ¿Encontraré allí al rey Enrique?

—Es probable, porque allí habita.

—Tambien yo voy, gritó Coconnas. ¿Encontraré allí al duque de Guisa?

—Es probable, porque acabo de verle pasar hace un instante con doscientos gentileshombres.

—Entonces venid, Mr. de Coconnas, dijo la Mole.

—Ya os sigo, respondió el piemontés.

—Y vuestra cena, caballeros? preguntó la Hurriere.

—Ah! dijo la Mole; yo cenaré quizá con el rey de Navarra.



—Y yo con el duque de Guisa, dijo Coconnas.

—Y yo, añadió el huésped despues de haber seguido de vista largo tiempo á los dos jóvenes que tomaban el camino del Louvre, yo voy á limpiar mi celada, á mechar mi arcabuz y afilar mi partesana. Nadie sabe lo que puede suceder.

## CAPITULO VI.

*del Louvre en particular y de la viriud en general.*

**L**os dos jóvenes, guiados por la primera persona que hallaron, tomaron la calle de Averon, la de Saint Germain l' Auxerrois, y se hallaron bien pronto delante del Louvre, cuyas torres empezaban á confundirse en las primeras sombras de la noche.

—Qué teneis? preguntó Coconnas á la Mole, que admirado á la vista del antiguo edificio contemplaba con una especie de respeto esos puentes levadizos, esas ventanas estrechas, y esos

campanarios agudos que se ofrecían de repente á sus ojos.

—No lo sé, á fé mía, dijo la Mole, el corazón me late sin cesar. No soy tímido en demasía, pero no sé por qué este palacio me parece sombrío, casi terrible.

—Y bien, yo no sé lo que me pasa, dijo Coconnas; pero experimento una alegría rara. El traje es un pozo á la negligé, añadió recorriendo de una ojeada su vestido de viaje; pero vaya, vaya, tiene uno maneras de caballero y esto basta. Luego mis órdenes me recomendaban la prontitud, y seré bien recibido, pues que obedecí puntualmente. Y los dos jóvenes continuaron su camino agitados por los diversos sentimientos que acababan de experimentar.

Había buena guardia en el Louvre: al parecer habian doblado todas las centinacias. Nuestros jóvenes se hallaban en extremo embarazados, cuando Coconnas, que habia notado que el nombre del duque de Guisa era una especie de talisman para con todos los parisienses, se acercó á un centinela, y reclamando ese nombre Todo-poderoso, preguntó si con esa salvaguardia no podía penetrar en el Louvre.

Este nombre pareció hacer sobre el soldado su efecto ordinario; sin embargo, preguntó á Coconnas si no tenia la contraseña.

Coconnas se vió forzado á confesar que no la tenia.

—Entonces largo.... caballero mio, dijo el soldado.

En este instante un hombre que hablaba con el oficial de la guardia, y que en tanto que hablaba había oído á Coconnas reclamar su admision en el Louvre, interrumpió su conversacion, y viniendo hacia el Piemontés, le dijo:

—¿Querer los á monser Gouisa?

—Yo querer hablarle, dijo Coconnas sonriendo.

—Imposible! El duque estar con el rey.

—No importa, traigo una carta en que se me ordena venir pronto á Paris.

—Ah! los, hafer una carta de afiso?

—Sí, y llevo de muy lejos.

—Ah! los llegar de muy lejos?

—Vengo del Piemonte.

—Pien, pien, eso es otra cosa. Y los llamar....?

—El conde Annibal de Coconnas.

—Tadme la carta, monsier Annibal, tadme.

—He aquí un buen hombre, se dijo la Mole. ¿No podré yo hayar otro semejante para introducirme con el rey de Navarra?

—Pero, tad la carta, continuó el gentil hombre alemán, estendiendo la mano hacia Coconnas que aun dudaba.

—Mordi! replicó el Piemontés, desconfiado como un medio italiano, no sé si debo ... No tengo el honor de conoceros.... caballero.

—Soy Pesme, y perteneco al duque de Gouisa.

—Pesme... murmuró Coconnas, no conozeo ese nombre.

—Es Mr. de Besme, caballero, dijo el centinela; la pronunciacion os engaña, he aquí lo que hay. Dad vuestra carta al señor, que yo os respondo.

—Ah! Mr. de Besme! exclamó Coconnas..... Yo lo creo, que os conozco, y con el mayor placer, hé aquí mi carta, y escusad mi desconfianza, porque es preciso desconfiar cuando se quiere ser fiel.

—Bien, bien, no tenéis necesidad de esgusa.

—A fé mia, caballero, dijo la Mole acercándose á su vez, pues que sois tan bondadoso, ¿querriais encargarnos de mi carta al mismo tiempo que lleváis la de mi compañero?

—Como los llamar?

—El conde Lerac de la Mole.

—El gonte Lerag de la Mole?

—Sí.

—Mi no gonocer los.

—Es bien sencillo, que no me conozcais; soy extranjero. y llego esta tarde de bien lejos, lo mismo que el conde de Coconnas.

—¿Y te tonde llegar los?

—De Provenza.

—¿Con cina carta tampien?

—Sí, con una carta.

—Para monsir de Gouisa?

—No; para S. M. el rey de Navarra.

—Yo no soy de Navarra, monsir, respondió Besme con una frialdad súbita, y así no puedo encargarme de vuestra carta.

Y volviendo la espalda á la Mole, entró en

el Louvre, haciendo una seña á Coconnas para que le siguiera.

La Mole quedó solo.

En el mismo instante, salió por la puerta del Louvre, paralela, á la que habia dado entrada á Besme y á Coconnas, una tropa de gentiles-hombres á caballo, que ascendia lo menos á ciento.

—Ah! ah! dijo el centinela á su camarada, es de Mouy con sus hugonotes, están radiantes. El rey les habrá prometido la muerte del asesino del Almirante, y como es el mismo que mató al padre de Mouy, el hijo matará dos pájaros de un tiro.

—Perdonad, respondió la Mole, dirigiéndose al soldado; ¿pero no habeis dicho, mi bravo camarada, que este oficial era Mr. de Mouy?

—Justamente.

—Y que los que le acompañaban eran...

—Eran parpaillotes (1).

—Gracias, dijo la Mole fingiendo no apercibirse del término despreciativo empleado por el centinela. He aquí todo lo que descaba saber.

Y dirigiéndose hácia el jefe de los caballeros;

—Señor, le dijo abordándole, acabo de saber que sois Mr. de Mouy.

—En efecto, respondió el oficial con cortesania.

---

(1) Nombre despreciativo con que designa el pueblo á los protestantes.—N. de la T.)

Vuestro nombre, harto conocido entre los de la religion, me anima á dirigirme á vos para pedir os un favor.

—Cuál?... Pero antes de todo, ¿á quién tengo el honor de hablar.

—Al conde Lerac de la Mole.

Los dos jóvenes se saludaron.

—Os escucho, dijo de Mouy.

—Llego de Aix con una carta de Mr. de Annac, gobernador de Provenza. Esta carta contiene noticias importantes y urgentes, y está dirigida al rey de Navarra. ¿Cómo podré remitírsela? ¿cómo podré entrar en el Louvre?

—Nada mas fácil que entrar en el Louvre, caballero, solo temo que el rey de Navarra esté ahora demasiado ocupado, para recibirnos. Pero no importa, si quereis seguirme, os conduciré hasta su cuarto. El resto es cuenta vuestra.

—Gracias, gracias mil veces.

—Venid, venid, dijo de Mouy.

De Mouy se apeó, puso la brida en manos de un lacayo, se encaminó al postigo, se hizo reconocer por el centinela, introdujo á la Mole en el palacio, y abriendo la puerta de la habitación del rey de Navarra.

—Entrad, le dijo, é informáos.

Y saludando á la Mole, se retiró.

Apenas la Mole se vió solo, arrojó una mirada en rededor suyo. La antecámara estaba vacía, pero una de las puertas interiores

estaba abierta, dió algunos pasos, y se halló en un pasadizo.

Tocó á la puerta, llamó, nadie respondia. El mas profundo silencio reinaba en toda esta parte del Louvre.

—Y me hablaban de esta etiqueta tan severa! pensó la Mole, cuando se viene y se va en el interior del palacio, como en una plaza pública.

Llamó de nuevo, pero sin obtener mejor resultado que la primera vez.

—Vamos, vamos adelante, tarde ó temprano acabaremos por hallar á alguno.

Y echó á andar por el pasadizo que era cada vez mas sombrío.

Abrióse de repente la puerta situada al extremo opuesto del pasadizo, y aparecieron en ella dos pages que llevaban antorchas en las manos, iluminando á una muger de una estatura imponente, de un rostro magestuoso, y sobre todo de una hermosura admirable.

La luz dió de lleno sobre la Mole, que quedó inmóvil.

La dama se detuvo, lo mismo que la Mole.

—Qué queréis? preguntó al jóven con una voz que resonó en sus oídos como una música deliciosa.

—Oh! señora! dijo la Mole bajando los ojos, escusadme, os lo suplico. Acabo de separarme de Mr. de Mouy, que ha tenido la bondad de conducirme hasta aquí, y busco al rey de Navarra.

—S. M. no está en este cuarto, me parece que está con su cuñado. Pero en su ausencia ¿no podríais decir á la reina?

—Sin duda, replicó la Mole, sin duda si alguno se dignase conducirme delante de ella.

—Ya estais.

—Como! exclamó la Mole.

—Yo soy la reina de Navarra, dijo Margarita.

La Mole hizo un movimiento tan brusco de pavor y de temor, que la reina se sonrió.

—Hablad pronto, pronto, le dijo, porque me aguardan en la habitacion de la reina madre.

—Oh! señora! si os aguardan por instantes, permitidme que me aleje, porque me seria imposible esplicarme ahora.... No puedo reunir dos ideas; vuestra vista me ha deslumbrado. Ya no pienso; admiro.

Margarita se adelantó llena de gracia y de bondad hácia el hermoso jóven, que sin saberlo, acababa de esplicarse como el cortesano mas refinado.

—Tranquilizáos, jóven, aguardaré, y me aguardarán, dijo la reina.

—Oh! perdonadme, señora, si no he saludado á V. M. con todo el respeto que tiene derecho á exigir de sus mas humildes servidores, pero....

—Pero, continuó Margarita, me habíais tomado por una de mis mugeres.



—No, señora; os habia tomado por la sombra de la hermosa Diana de Poitiers. Me han dicho que se aparecia en el Louvre.

—Vamos, caballero, ya no me inquieto por vos: hareis fortuna en la corte. Me habeis dicho que traeis una carta para el rey, ¿es verdad? Era inútil, pero.... Pero no importa, dádmela. ¿Donde está? Yo se la entregaré. Despacháos; os lo suplico.

La Mole desabrochó en menos de un segundo los alamares de su ropilla, y sacó del pecho una carta envuelta en una cubierta de seda.

Margarita tomó la carta y miró el sobre.

—No sois Mr. de la Mole?

—Sí, sí, señora. Oh! Dios miol tendria yo la dicha de que mi nombre fuese ya conocido de V. M.?

—Le he oido pronunciar al rey mi esposo y á mi hermano el duque de Alençon.

Y deslizó en su seno cubierto de bordados y pedrerías, aquella carta que salia de la ropilla del jóven, y que estaba tibia aun del calor de su pecho.

La Mole seguia ávidamente con los ojos, todos los movimientos de Margarita.

—Ahora, caballero, bajad á la galería, y aguardad hasta que venga alguno de parte del rey de Navarra ó del duque de Alençon. Uno de mis pages os conducirá.

A estas palabras Margarita continuó su camino.

La Mole se arrimó cuanto pudo á la pared,

pero el pasadizo era tan estrecho y las faldas del vestido de la reina tan anchas, que la seda tocó al pasar el vestido del jóven, en tanto que un perfume penetrante se esparcía por donde ella habia pasado. Un estremecimiento súbito recorrió todos los miembros de la Mole, y conociendo que iba á caer se apoyó contra la pared. Margarita desapareció como una vision.

—Venís, caballero? le preguntó el page encargado de conducir á la Mole á la galería inferior.

—Sí, sí, exclamó la Mole embriagado, pues como el jóven le indicaba el camino por donde habia desaparecido Margarita, apresurando el paso tenia todavía esperanza de alcanzarla y volverla á ver.

En efecto, al llegar á lo alto de la escalera pudo apereibir el piso inferior, y sea casualidad, sea que el ruido de sus pasos hubiese llegado hasta Margarita, esta levantó la cabeza y la Mole tuvo el placer de volverla á ver.

—Oh! exclamó siguiendo al page, esta no es una mortal, es una diosa, y como dice Virgilio Maro:

*Et vera incessu patuit dea.*

—Y bien? preguntó el joven page.

—Aquí estoy, respondió la Mole; perdon, ya os sigo.

El page precedió á la Mole; bajó un piso, abrió una puerta, luego otra, y deteniéndose en el umbral:

—Hé aquí donde debéis aguardar, le dijo.

La Mole entró en la galería, y sintió la puerta cerrarse á sus espaldas.

La galería estaba vacía, á escepcion de un jóven que se paseaba en ella, y que parecia tambien aguardar alguna cosa.

La tarde empezaba ya á hacer descender largas sombras de lo alto de las bóvedas, y aunque los dos jóvenes estaban á veinte pasos uno de otro, no podian distinguirse el rostro.

La Mole se acercó.

—Dios me perdone! marmuró cuando estaba á cinco ó seis pasos de su compañero, es el señor conde de Coconnas el que hallo?

Al ruido de sus pasos el piamontés se habia ya vuelto, y miraba á la Mole con igual admiracion.

—Mordil exclamó, el diablo me lleve si no es Mr. de la Mole ¿ouff que hago? jurar en palacio? pero.... bath! parece ser que el rey jura todavia mas que yo, y hasta en la iglesia..... Vamos, hénos aquí en el Louvre.

—Ya veis, Mr. de Besme os ha introducido.....

—Sí; este Mr. de Besme es un buen alemán, pero.... vos... quién os ha servido de guía?

—Mr. de Mouy... bien os decia yo que los hugonotes no estaban del todo mal en la córte. Y habeis hablado al duque de Guisa?

—Todavia no.... y vos ¿habeis obtenido audiencia del rey de Navarra?

—No; pero no puede tardar: me han conducido aquí, y me han dicho que aguardase.

—Ya vereis como se trata de alguna gran cena y como estamos á la mesa uno al lado de otro... vaya, á la verdad... qué suerte tan singular! hace dos horas que el destino nos casa... pero... qué teneis? Parece que estais preocupado.

—Yo? preguntó vivamente la Mole estremeciéndose, porque aun permanecía deslumbrado por la vision que se le habia aparecido; yo? no; pero el sitio en que nos hallamos hace nacer en mí un tropel de reflexiones.

—Filosóficas, ¿es verdad?... vaya, lo mismo que á mí; justamente cuando entrásteis se me estaban viniendo á la imaginacion todas las recomendaciones de mi preceptor. ¿Señor conde, conocéis á Plutarco?

—Como! dijo la Mole sonriendo, es uno de mis autores favoritos.

—Pues bien, continuó Coconnas con gravedad, me parece que ese grande hombre no se ha engañado comparando los dones de la naturaleza con las plantas balsámicas de un perfume perenne, y de una eficacia soberana para curar las heridas.

—¿Sabeis, pues, el griego, Mr. de Coconnas? dijo la Mole mirando fijamente á su interlocutor.

—No; pero mi preceptor lo sabia, y me ha recomendado que cuando estuviese en la corte reflexionase mucho sobre la virtud. Esto,

me dijo él, es muy útil, de modo que sobre este particular estoy defendido por una buena coraza. A propósito ¿tenéis hambre?

—No.

—No obstante, me pareció que mirábais con buenos ojos á la polia que está en el asador de la Buena Estrella; yo al menos me estoy muriendo de inanición.

—Y bien, Mr. de Coconnas, hé aquí una hermosa ocasión de utilizar vuestros argumentos sobre la virtud y de probar vuestra admiración por Plutarco, porque este grande hombre dice en sus obras: «es bueno ejercitar el alma en el dolor, y el estómago en el hambre.» Prepon estiten men psuchen odune tonde gastera semo askain.

—Ah! con que sabéis el griego? exclamó Coconnas estupefacto.

—Sí, á lé mia, respondió la Mole, mi preceptor me lo ha enseñado.

—Mordi! conde, ya está hecha vuestra fortuna, porque en ese caso, haréis versos con el rey Carlos IX y hablareis el griego con la reina Margarita.

—Sin contar que puedo hablar el gascon con el de Navarra, añadió la Mole riendo.

En este momento, el extremo de la galería que llegaba á las habitaciones del rey se abrió, oyéronse algunos pasos y distinguióse en la oscuridad una sombra que se acercaba. Esta sombra se trasformó en un cuerpo, y este cuerpo era el de Mr. de Besme.

Miró, se acercó á los dos jóvenes para reconocer el suyo, é hizo una seña á Coconnas para que le siguiese.

Coconnas saludó á la Mole con la mano.

De Besme condujo á Coconnas al extremo de la galería, abrió una puerta, y se hallaron en la escalera.

Detúvose entonces Besme, y mirando en redor suyo y al suelo y al techo;

—Monsir Gogonas, le dijo, dónde vivís?

—En la hostería de la Buena Estrella, calle del Arbol seco.

—Pueno, pueno, estar á dos pasos de aquí; folleos luego á vuestra casa, y esta noche....

Y arrojó en rededor cuyo otra mirada.

—Y bien, qué hay esta noche? preguntó Coconnas.

—Sta noche folleer aquí con una cruz planca en fuestro sombrero. La contraseña será «Gouisa.» Chut! poca cerrada.

—Pero, á qué hora vendré?

—Guando oigais le doguesin.

—Como le doguesin?

—Sí, le doguesin: pum! pum!

—Ahl le tocsin! (1)

—Sí, sí, eso es lo que yo decia.

—Bien, no faltará....

Y Coconnas saludando á Besme se alejó, preguntándose en voz baja:

—Qué diablos quiere decir esto? A qué asun-

---

(1) *Le tocsin, tocar á arrebató.*

to tocarán á arrebató? ¡No importa! persisto en mi opinion, este Mr. Besme es un alemán encantador. ¿Aguardaré al conde de la Mole?... Ah!.... no, no, es probable que cene con el rey de Navarra.

Y Coconnas se dirigió á la calle del Arbol seco, donde le atraía como un iman la muestra de la Buena Estrella.

En tanto una puerta de la galería que correspondia á las habitaciones del rey de Navarra, se abrió, y un page se adelantó hácia la Mole.

—Sois el conde de la Mole?

—El mismo.

—Dónde habitais?

—Calle del Arbol seco, en la Buena Estrella.

—Bueno, es á la puerta del Louvre. Escuchad... S. M. dice que no puede recibiros ahora, pero que tal vez os enviará á buscar esta misma noche. De todos modos, si mañana no habeis tenido noticias suyas, venid al Louvre.

—Y si la centinela me rehusa la entrada?

—Ah!.... es verdad... la contraseña es «Navarra;» pronunciad esta palabra y todas las puertas se os abrirán.

—Gracias.

—Aguardad, caballero, tengo órden de conducirlos hasta el postigo, de miedo de que se perdais en el Louvre.

—A propósito ¿y Coconnas? se dijo la Mole al

verse ya fuera del palacio. Oh! sin duda se ha quedado á cenar con el duque de Guisa.

Pero al entrar en casa del maestro la Hurriere, la primera persona que apereibió fué Coconnas sentado á la mesa, disponiéndose á devorar una gigante tortilla de tocino.

—Oh! oh! exclamò Coconnas riendo á carcajadas, parece que habeis cenado con el rey de Navarra, lo mismo que yo con el duque de Guisa.

—No, á fé mia.

—Y el hambre va llegando?

—Creo que sí.

—Y Plutarco?

—Señor conde, respondió la Mole riendo, Plutarco dice tambien en otra parte, «que es preciso que el que tiene parte con el que no tiene:» ¿quereis, pues, por amor á Plutarco, partir vuestra tortilla conmigo? En tanto que comemos os prometo hablar de la virtud.

—Oh!... no... no, dijo Coconnas, es bueno hablar de la virtud cuando uno está en el Louvre, que teme que le escuchen, y que tiene el estómago vacío. Ahora sentáos ahí y cenemos.

—Vamos, está decidido; la suerte nos hace inseparables. ¿Dormís aquí?

—No sé nada.

—Ni yo tampoco.

—De todos modos sé muy bien donde he de pasar la noche.

—Dónde?

—=Donde la paseis vos; esto es infalible.



Y los dos jóvenes se echaron á reir, haciendo los honores á la tortilla del maestro la Hurriere, lo mejor que les fué posible.

## CAPITULO VI.

### *La deuda pagada.*

**S**i el lector tiene curiosidad de saber por qué Mr. de la Mole no ha sido recibido por el rey de Navarra, por qué Coconnas no habia podido ver al duque de Guisa, y por qué en fin, en lugar de cenar en el Louvre faisanes, perdices y cabrito, cenaban en la hostería de la Buena Estrella una tortilla de tocino, es preciso que tenga la complacencia de entrar con nosotros en el antiguo palacio de los reyes, y de seguir á la reina Margarita de Navarra, cuando la Mole la perdió de vista á la entrada de la galeria. En tanto que Margarita bajaba la escalera, el duque Enrique de Guisa, á quien no habia vuelto á ver desde la noche de boda, estaba en el gabinete del rey. En la escalera que bajaba Margarita habia una salida, en el gabinete donde estaba el duque de Guisa, habia una puerta y esta puerta y esta salida daban á un gran corredor que conducia á las habitaciones de la reina madre Catalina de Médicis.

Catalina de Médicis estaba sola, sentada cerca de su mesa, el codo apoyado sobre un li-

bro de horas entrecubierto, y la cabeza apoyada sobre su mano, notablemente bella aun, gracias á los cosméticos que le proporcionaba el florentino Bené, que reunia el doble empleo de perfumista y envenenador de la reina madre. La viuda de Enrique II llevaba aun el luto que no habia dejado desde la muerte de su marido; era en esta época una muger de 52 á 53 años poco mas ó menos, pero que conservaba gracias á su fresca robustéz, algunos rasgos de su primera belleza. Su habitacion, así como su traje, exhalaba viudéz. Todo era allí de un carácter sombrío: telas, paredes, muebles. Solamente que encima de una especie de dosel que cubría un sillón real, sobre el cual dormía en este momento la galgita favorita de la reina madre, que era un presente de su yerno Enrique de Navarra, y á la que habian dado el nombre mitológico de Phœbé, se veía pintado al natural un arco iris, rodeado de esta divisa griega que le habia dado el rey Francisco I: «Phos phereis é de kai aithzen» que puede traducirse así:

«El trae la luz y la calma.»

De repente y en el momento en que la reina madre parecia sumergida en un pensamiento profundo, que hacia aparecer sobre sus labios pintados de carmin, una sonrisa lenta y llena de dudas, un hombre abrió la puerta, levantó la tapicería, y mostró su rostro pálido esclamando:

— ¡Todo va mal!

Catalina levantó la cabeza y reconoció al duque de Guisa.

—Cómo? todo va mal! respondió ella: qué quereis decir, Enrique?

—Quiero decir que el rey está apasionado mas que nunca por esos malditos hugonotes, y que si aguardamos su permiso para ejecutar la gran empresa, tendremos que aguardar largo tiempo.... tal vez siempre.

—Qué ha sucedido? preguntó Catalina con ese rostro tranquilo que le era habitual, y al cual sabia dar sin embargo las espresiones mas encontradas, segun lo requerian las circunstancias.

—Hay, que en este mismo instante quise por la centésima vez saber de S. M. si habíamos de seguir sufriendo las bravatas que se permiten los de la religion despues de la herida de su almirante....

—Y qué os ha respondido mi hijo? preguntó Catalina.

—Me ha respondido: «Señor duque, el pueblo debe sospechar que sois el autor del asesinato cometido en mi segundo padre el señor almirante. defendéos como querais. En cuanto á mí si me insultan yo me defenderé:» y me volvió la espalda para ir á dar de cenar á sus perros.

—Y no habeis intentado detenerle?

—Sí; pero me ha respondido con esa voz que conocéis muy bien, y mirándome con esa espresion que él solo posee: «Señor duque, mis

perros tienen hambre, y no son hombres para que yo les haga esperar» He aquí por qué he venido á preveniros.

—Habeis hecho bien.

—Pero, qué resolvéis?

—Tentar el último esfuerzo.

—Y quién le tentará?

—Yo! Está solo el rey?

—No, está con Mr. de Tavannes.

—Aguardadme aquí ó mas bien seguidme de léjos.

Catalina se levantó y tomó el camino de la habitacion donde reposaban sobre tapices de Turquía y cogines de terciopelo, los galgos favoritos del rey; sobre perchas sujetas á la pared estaban dos ó tres halcones escogidos y una peguita silvestre con la que se divertía el rey Carlos en hacer volar á los pajaritos del jardin del Louvre y á los del jardin de las Tullerías que se empezaban entonces á edificar.

Durante el camino, la reina madre habia dado á su semblante una palidéz y una expresion llena de agonía. Sobre sus mejillas rodaba la última ó mas bien la primera lágrima. Catalina se acercó sin hacer el menor ruido á Carlos IX que estaba repartiendo á sus perros fragmentos de torta, cortados en porciones iguales.

—Hijo miol.... dijo Catalina con una voz tan temblorosa, que hizo estremecer al rey.

—Qué teneis, señora? preguntó Carlos volviéndose vivamente.

—Tengo, hijo mio, que vengo á pedir os el permiso de retirarme á uno de vuestros castillos, cualquiera que sea... poco me importa dónde, con tal que esté bien lejos de Paris.

—Y por qué, señora? preguntó Carlos IX fijando sobre su madre sus ojos variados que tan penetrantes eran en algunas ocasiones.

—Porque cada dia recibo nuevos ultrages de los de la religion, porque hoy mismo he oido á los protestantes amenazaros en vuestro mismo Louvre y no quiero asistir á semejantes espectáculos.

—Pero en fin, madre mia, dijo Carlos IX con una espresion de conviccion; les han querido matar su almirante. Un infame asesino les habia asesinado ya al bravo de Mouy, á esas pobres gentes; por vida de muerte, madre mia! que es preciso hacer justicia para sostener el reino.

—Oh! estad tranquilo, hijo mio.... no les faltará justicia; porque si vos no se la haceis, ya se la tomarán ellos á su manera; hoy sobre Mr. de Guisa, mañana sobre mí, mas tarde sobre vos.

—Señora! exclamó Carlos IX dejando percibir en el acento de su voz un movimiento de duda, ¿creéis?

—Eh! hijo mio, replicó Catalina abandonándose á toda la violencia de sus pensamientos, no veis que no se trata ya de la muerte de Francisco de Guisa, ni de la del al-

mirante de la religion protestante, ni de la católica, sino de sustituir muy sencillamente el hijo de Antonio de Borbon al hijo de Enrique II?

—Vamos.... vamos, madre mia, he aquí donde volveis á caer en vuestras exageraciones habituales.

—¿Cuál es vuestra opinion, hijo mio?

—Aguardar, madre mia, aguardar. Esta palabra encierra toda la sabiduría humana. El mayor, el mas fuerte, y sobre todo el mas sutil, es el que sabe aguardar.

—Pues aguardar enhorabuena pero yo.... no aguardaré.

Catalina hizo una reverencia, y acercándose á la puerta, se dispuso á tomar el camino de su habitacion.

Cárlos IX la detuvo.

—Pero en fin ¿qué es preciso hacer, madre mia? Porque ante todas cosas soy justo, y quisiera que todos estuviesen satisfechos de mí.

Catalina se acercò.

—Venid, señor conde; dijo á Tavannes que acariciaba la peguita del rey, venid, y decid al rey lo que es preciso hacer, segun vuestra opinion.

—Lo permite V. M.? preguntó el conde.

—Habla, Tavannes, habla.

—Qué hace V. M. en la caza cuando el javali herido se arroja sobre ella?

—Muerte de Dios! le aguardo á pié fir

me, respondió Carlos IX, y le paso la garganta con mi venablo.

—Únicamente para impedirle que os haga daño, añadió Catalina.

—Y por divertirme, dijo el rey con una sonrisa que indicaba el valor llevado hasta la ferocidad; pero no me divertiría en matar vasallos, porque al fin los hugotones son mis hijos, lo mismo que los católicos.

—Entonces, sire, dijo Catalina, vuestros súbditos los hugotones, harán lo que el jabalí á quien no se pasa la garganta con un venablo.... derribarán el trono.

—Bath! ¿y lo creéis, señora? preguntó Carlos IX con un aire que indicaba la poca fé que le inspiraban las predicciones de su madre.

—Pero no habéis visto hoy á Mr. de Mouy y á los suyos?

—Ya se vé que los he visto, pues que los acabo de dejar; pero ¿qué me ha pedido que no sea justo? Me ha pedido la muerte del matador de su padre, y la del asesino del almirante: pues qué, madre mia, ¿no hemos castigado nosotros tambien á Montgouery por la muerte de mi padre y vuestro esposo, aunque esta muerte fuese una simple casualidad?

—Bien, bien, sire, dijo Catalina picada, no hablemos mas de este asunto. V. M. está bajo la proteccion del Dios que dá la fuerza, la sabiduría y la confianza. Pero yo, pobre muger, á quien Dios abandona, sin duda á causa de mis muchos pecados, yo temo, y cedo.

Y Catalina saludó por segunda vez, y salió haciendo una seña al duque de Guisa que acababa de entrar, para que tentase aun el último esfuerzo.

Cárlos IX siguió á su madre con la vista, pero esta vez sin llamarla; luego se puso á acariciar sus galgos, silvando una cancion de caza.

De repente se interrumpió:

—Mi madre es toda una imaginacion real.... de nada duda.... ¡id ahora á matar á sangre fria algunas docenas de hugonotes, tan solo porque han venido á pedir justicia! pues qué ¿no tienen derecho para ello?

—Algunas docenas! murmuró el duque de Guisa.

—Hola! ahí estais vos, caballero mio?... dijo el rey fingiendo que le aperecibia en aquel momento. Sí, algunas docenas, ¿mire V. qué merma! si alguno me dijese: Sire, quedareis desembarazado de todos vuestros enemigos á la vez, y mañana ni uno solo existirá para reprocharos la muerte de los otros. ... ah! entonces no digo que no,

—Y bien, Sire...

—Tavannes, le interrumpió el rey, fatigais demasiado á Margarita; volvedla á poner sobre la percha; aunque lleva el nombre de mi hermana la reina de Navarra, esa no es una razon para que todo el mundo le haga caricias.

Tavannes volvió á poner la pega sobre su patito, y se puso á artollar y desarrollar las orejas de un galgo por diversion.



—Pero sire, ¿y si dijeseñ á V. M.: mañana quedará libre de todos sus enemigos?

—Y por intercesion de qué santo obraríaís ese milagro?

—Estamos á 24 de agosto, y seria por intercesion de San Bartolomé.

—Un bello santo por cierto, que se ha dejado desollar vivo!

—Tanto mejor, sire! cuanto mas haya sufrido, mas rencor guardará á sus verdugos.

—Y sois vos, primo mio, dijo el rey, sois vos el que ha de matar de aquí á mañana diez mil hugonotes.... con vuestra espadita de puño de oro? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! por vida de mi muerte que me haceis reir, Mr. de Guisa.

Y el rey reventó á reir, pero con una risa tan falsa, que el eco la hizo resonar por toda la habitacion como un son lúgubre.

—Sire, una palabra, una sola, prosiguió el duque estremeciéndose á pesar suyo, al ruido de esta risa que nada tenia de humano. Una seña y todo está pronto.... Tengo los suizos, tengo mil y cien gentiles-hombres, los caballos ligeros y los paisanos; por su lado, S. M. tiene sus guardias, sus amigos, su nobleza católica.... Somos veinte contra uno.

—Y bien, pues que sois tan fuerte, primo mio, ¿á qué diablo venís á romperme la cabeza con todo eso?... haced, haced sin contar conmigo.... haced.... Y el rey se volvió hácia sus perros.

En este momento la cortina de la puerta se levantó y apareció Catalino.

—Todo va bien, dijo al duque, insistid y cederá.

Y la cortina volvió á caer sin que Cárlos IX viese á su madre, ó al menos sin que aparentase haberla visto.

—Pero siquiera, dijo el duque de Guisa, es preciso que yo sepa, si obrando segun mi desco tendré la dicha de agradar á V. M.

—En verdad, primo Enrique, que me poneis el cuchillo sobre la garganta; pero yo me defenderé... Muerte de Dios!... No soy yo rey?

—Todavía no, sire, pero si quereis lo sereis mañana.

—Sí, sí, continuó Cárlos IX. ¿Conque tambien matarian al rey de Navarra y al príncipe de Condé... y en mi mismo Louvre..... ¡ah!

Y añadió con una voz apenas inteligible:

—Fuera... no digo que no.

—Sire, exclamó el duque, ambos salen esta noche á correr calles en compañía del duque Alençon.... de vuestro hermano.

—Tavannes, dijo el rey con una impaciencia admirablemente fingida, ¿no veis que molestais á mi perro? Ven, Acteon, ven.

Y Cárlos IX salió, sin querer escuchar mas, y volvió á su habitacion, dejando á Tavannes y al duque de Guisa casi tan indecisos como antes.

Entretanto pasaba en la habitacion de Catalina otra escena de un género bien diferente. Catalina, despues de haber dado al duque de Guisa el consejo de sostenerse contra el rey, ha-

bia vuelto á su habitacion, donde habia ya encontrado reunidas todas las personas que la acompañaban ordinariamente á la hora de acostarse.

A su vuelta, Catalina entró con una fisonomía tan radiante cuanto descompuesta al tiempo de salir. Poco á poco fué despidiendo con la espresion mas agradable sus doncellas y sus cortesanos, y bien pronto solo quedó cerca de ella madama Margarita, que sentada sobre un cofre cerca de la ventana abierta, miraba el cielo, completamente absorta en sus pensamientos.

La reina madre, hallándose sola con su hija, abrió dos ó tres veces la boca para hablar, y dos ó tres veces un pensamiento sombrío rechazó hasta el fondo de su corazon las palabras que se iban á escapar de sus labios.

En este momento levantó una mano la cortina de la entrada y apareció Enrique de Navarra.

La pequeña Enriqueta que dormia sobre el trono saltó y corrió hácia él.

—Vos aquí, hijo mio? dijo Catalina estremeciéndose, cenais acaso en el Louvre?

—No, señora, esta noche corro la ciudad en compañía de los señores de Alençon y Condé... creía encontrarlos aquí ocupados en haceros la corte.

Catalina se sonrió.

—Id, caballeros, id.... id.... los hombres son bien infelices en poder correr así... No es verdad hija mia?

—En verdad, respondió Margarita, la libertad es tan bella y tan dulce!

—Esto quiere decir que yo encadeno la vuestra señora? dijo Enrique inclinándose delante de su esposa.

—No, señor, no me quejo..... sino que lamento la condicion de las mugeres en general.

—¿Vais, tal vez, á ver al señor almirante, hijo mio?

—Sí, tal vez.

—Id, id, será un buen ejemplo y mañana me dareis noticias suyas.

—Iré, señora, puesto que lo aprobais.

—Yo! dijo Catalina, yo no apruebo nada..... pero ¿quien vá?..... despedid, despedid.

Enrique dió un paso hácia la puerta para ejecutar la órden de Catalina; pero en el mismo instante levantóse la tapicería y madama de Sauve asomó su cabeza rubia.

—Señora, dijo, es René el perfumista que V. M. ha hecho llamar.

Catalina lanzó sobre Enrique de Navarra una mirada rápida como un relámpago. El rostro del jóven príncipe se coloreó lijera-mente, y luego casi al mismo tiempo palideció de una manera espantosa. En efecto, acababan de pronunciar el nombre del asesino de su madre. Sintió que su rostro demostraba su emocion, y fué á apoyarse contra la barra de la ventana.

La galguita exhaló un gemido.

En este instante entraron dos personas, una la anunciada y otra que no tenía necesidad de serlo.

La primera era René el perfumista, quien se acercó á Catalina con todas las obsequiosas ceremonias de los sirvientes florentinos. Traía una caja, que abrió, y cuyas divisiones interiores estaban llenas de polvos y frasquitos.

La segunda era madama de Lorena, hermana mayor de Margarita. Esta entró por una puertecita secreta que daba al gabinete del rey, y pálida, convulsa creyendo no ser apercebida por Catalina, que examinaba con madama Sauve el contenido de la caja de René fue á sentarse al lado de Margarita, cerca de la cual estaba el rey de Navarra de pié, pasándose la mano por la frente, como un hombre que trata de reponerse de un desvanecimiento.

En este momento Catalina volvió la cabeza.

—Hija mia, dijo á Margarita; podeis retiraros á vuestro cuarto.... Hijo mio, podeis salir á divertir os por la ciudad.

Margarita se levantó y Enrique medio se volvió.

Madama de Lorena estrechó la mano de Margarita.

—Hermana mia, la dijo en voz baja y con la mayor volubilidad, en nombre del duque de Guisa que os salva como vos le habeis

salvado, no salgais de aquí, no volvais á vuestro cuartel

—Hein! qué decias, Cláudia? preguntó Catalina volviéndose.

—Nada, madre mia.

—Habeis hablado en voz baja á Margarita.

—Tan solo para darle las buenas noches, y para decirle mil recuerdos de parte de la duquesa de Nevers.

—Y dónde está esa bella duquesa?

—Con su cuñado Mr. de Guisa.

Catalina lanzó sobre las dos jóvenes una mirada llena de sospechas, y dijo frunciendo las cejas.

—Venid aquí, Cláudia.

Cláudia obedeció: Catalina la tomó una mano.

—Qué le habeis dicho, imprudente? murmuró apretando la muñeca de su hija hasta hacerla gritar.

—Señora, dijo á su esposa Enrique, el que sin oír no habia perdido un solo punto de la pantomina de la reina madre, de Cláudia y de Margarita; señora, ¿me hareis el honor de darme á besar vuestra mano?

Margarita le tendió una mano convulsa.

—Qué os ha dicho? preguntó Enrique bajándose para acercar sus labios á esta mano.

—Que no saliese ... ¡en nombre del cielo! no salgais vos tampoco!

Esto fué un relámpago, pero á la luz de este relámpago por rápido que fuese, Enrique adivinó todo el complot.

—No es esto todo, dijo Margarita, he aquí una carta que ha traído un gentil-hombre provenzal.

—Mr. de la Mole?

—Sí.

—Gracias, dijo Enrique tomando la carta y guardándola cuidadosamente en su ropilla; y pasando por delante de su esposa atónita fué á apoyar su mano sobre la espalda del florentino.

—Y bien, maestro René, cómo van las especulaciones comerciales?

—Bastante bien, monseñor, bastante bien, respondió el envenenador con una sonrisa pérfida.

—Lo creo, dijo Enrique, lo creo, cuando uno es proveedor de todas las testas coronadas.

—Esepto de la del rey de Navarra.

—Ventre saint gris! que teneis razon; y sin embargo, mi pobre madre á la hora de morir os ha recomendado á mi, maestro René. Venid á verme á mi habitacion, mañana ó pasado mañana, y traerme vuestros mejores perfumes.

—No será mal visto, dijo Catalina sonriendo, porque dicen...

—Que tengo buen olfato.... respondió Enrique riendo. Y quién os ha dicho eso? Ha sido Margarita?

—No, hijo mio, es madama de Sauve.

A este tiempo la duquesa de Lorena, que á pesar de los esfuerzos que hacia no pudo con-

tenerse, prorrumpió en sollozos.

Enrique ni siquiera se volvió.

—Hermana mía! exclamó Margarita lanzándose hacia Cláudia. Qué teneis?

—Nada, interrumpió Catalina pasando entre las dos jóvenes, nada; es una calentura nerviosa que M. de Mazille le aconseja curar con plantas aromáticas.

Y apretó de nuevo y con mas vigor aun que la primera vez, el brazo de su hija mayor, luego volviéndose hacia la menor:

—Ehl Margarita, la dijo, no me has oido invitarte ya por dos veces á que te retirases á tu cuarto? Si esto no basta te lo mando.

—Perdonad, señora, perdonad, dijo Margarita pálida y temblando.... deseo que V. M. pase buena noche.

—Espero que vuestro deseo será oido. Buenas noches, buenas noches.

Margarita se retiró vacilante, y queriendo en vano encontrar una mirada de su esposo que ni siquiera se volvió hacia aquel lado.

Hubo un instante de silencio, durante el cual Catalina permaneció con los ojos fijos en la duquesa de Lorena, la que ya por su parte muda, y con las manos juntas, contemplaba igualmente á su madre.

Enrique estaba vuelto de espaldas, pero veía toda la escena por un espejo, en tanto que fingía estar arreglando el bigote con una pomada que acababa de darle René.

—Y vos, Enrique, dijo Catalina, saldreis al fin?



—Ah! es verdad, exclamó el rey de Navarra. A fé mia me olvidaba de que el duque de Alençon y el príncipe de Condé me esperan. Estos perfumes son admirables, me embriagan y creo que hasta me hacen perder la memoria. Hasta la vista.

—Hasta la vista! mañana me dareis noticias acerca del almirante. No es verdad?

—No faltaré... ¡y bien! Phoebé, qué hay?

—Phoebé! gritó la reina madre con impaciencia.

—Llamadla, señora, llamadla dijo el Bearnés, porque no quiere dejarme salir.

La reina madre se levantó, cojió á la perrita por el collar, y la detuvo en tanto que Enrique se alejaba con un rostro tan tranquilo y tan risueño como si no hubiese conocido en el fondo del alma, que corría peligro de muerte.

La perrita, que Catalina acababa de soltar, se lanzó tras él para alcanzarle; pero la puerta se habia cerrado, y no pudo hacer otra cosa que deslizar su hociquito aguzado por debajo de la tapicería, exhalando un quejido lúgubre y prolongado.

—Ahora, Carlota, dijo Catalina á madama Sauve, ve á buscar al duque de Guisa y á Tavannes que están en mi oratorio, y vuelve con ellos para hacer compañía á la duquesa de Lorena, que se halla indispuesta de vapores.

Cuando la Mole y Coconnas concluyeron su escasa cena, porque las pollas de la hostería de la Buena Estrella no ahumaban mas que so-

bre el targeton de muestra, Coconnas hizo rodar su silla sobre un pié, estendió las piernas, apoyó el codo sobre la mesa, y paladeando el último vaso de vino:

— Vais á acostaros inmediatamente, Mr. de la Mole? le preguntó.

— A fé mia que me dan ganas de hacerlo, porque es muy posible que vengan á despertarme esta noche.

— A mí tambien, dijo Coconnas, y me parece que en este caso, en lugar de acostarnos y hacer esperar á los que nos envien á buscar, haríamos mejor en pedir la baraja y ponernos á jugar. Esto hará que nos hallen preparados.

— De buena gana aceptaría vuestra proposicion; pero en cuanto á jugar tengo poco dinero, apenas traigo cien escudos de oro en mi maleta, y este es todo mi tesoro. Ahora debo procurar hacer mi fortuna con ellos.

— Cien escudos de oro! y os quejais? exclamó Coconnas. Mordil yo.... caballero, no tengo mas que seis.

— Vamos, replicó la Mole, que os he visto yo sacar del bolsillo una bolsa, no solo muy llena, sino algo sobrecargada.

— Ah! eso es para satisfacer una antigua deuda que vengo encargado de pagar á un antiguo amigo de mi padre, el que sospecho que es un poco hugonote.... así como vos.... sí, sí, aquí hay cien *nobles á la rosa*, prosiguió Coconnas poniendo la mano sobre su faldriquera: pero estos cien *nobles á la rosa* (moneda antigua)

solo pertenecen al mercader; en cuanto á mi patrimonio personal, se limita, como ya os he dicho, á seis escudos.

—Entonces cómo jugar?

—Precisamente por eso es por lo que yo queria jugar; por otra parte, se me ha ocurrido una idea.

—Cuál?

—No venimos ambos á Paris con el mismo objeto?

—Sí.

—No tenemos ambos un protector generoso?

—Sí.

—Contais con el vuestro como yo cuento con el mio?

—Sí.

—Pues bien, se me ha ocurrido la idea de jugar primero nuestro caudal, y luego la primera gracia que alcancemos sea de la corte, ó de nuestra querida.

—En efecto, es una invencion verdaderamente singular, dijo la Mole sonriendo; pero confieso que no soy bastante jugador para arriesgar mi vida por un azar de naipes ó de dados, porque de la primer gracia que alcancemos, así vos como yo, dependerá sin duda nuestra vida.

—Bueno, pues dejemos á un lado la primer gracia de la corte, y juguemos la primera que nos conceda nuestra querida.

—No tengo mas que un inconveniente, dijo la Mole.

—Cuál?

—Que yo no tengo querida.

—Ni yo tampoco, pero cuento que no tardaré mucho en tener una gracias á Dios! estamos tallados de una manera que no nos faltarán mugeres.

—Teneis razon, Coconnas, no os faltarán como decís; pero yo no tengo la misma confianza en mi estrella amorosa, y creo que jugar con vos sobre este punto seria robaros. Juguemos, pues, vuestros seis escudos, y si por desgracia los perdeis y quereis seguir jugando.... bueno, sois caballero, y vuestra palabra es oro.

—Enhorabuena, exclamó Coconnas, bien dicho, la palabra de un caballero es oro, y sobre todo cuando este caballero tiene crédito en la córte: así, creedme que no arriesgo mucho, en jugar contra vos, la primera gracia que obtenga, porque la obtendré.

—No dado que podreis perderla, pero yo no podria ganarla aunque vos la perdiéseis, porque siendo de los del rey de Navarra, no puedo esperar cosa alguna del duque de Guisa.

—Ah! parpailot! murmuró el fondista limpiando su antiguo casco. ¡Qué bien te habia yo olfateado! y se interrumpió para hacer la señal de la cruz.

—Ah! dijo Coconnas barajando los naipes que acababa de traer el muchacho de la fon-

da, con que decididamente sois....

—De qué?

—De la religion.

—Yo?

—Sí, vos.

—Y bien, suponed que lo sea, dijo la Mole sonriendo: ¿teneis algo contra nosotros?

—Ah! no, á Dios gracias; eso me es igual. Aborrezco profundamente la heregía, pero no detesto los hugotones; además, es la moda no aborrecerlos.

—Sí, replicó la Mole sonriendo. Testigo el arcabuzazo del señor almirante ¿jugamos tambien los arcabuzazos.

—Como querais, dijo Coconnas, con tal que juegue, poco me importa que....

—Juguemos, pues, dijo la Mole volviendo á coger los naipes y arreglándolos en la mano.

—Sí, si, jugad con confianza, porque aunque llegase á perder cien escudos como los vuestros, mañana por la mañana tendria ya con qué pagarlos.

—Pues qué ¿la fortuna os vendrá en tanto que dormís?

—No, pero iré yo á buscarla.

—Donde? decídmelo y voy con vos.

—Al Louvre.

—Volveis allá esta noche?

—Si, tengo una audiencia particular con el gran duque de Guisa, esta misma noche.

Desde el momento en que Coconnas habló

de ir á buscar fortuna al Louvre, maestro la Hurriere habia dejado de limpiar su celada, viniendo á colocarse detrás de la silla de la Mole, de modo que solo Coconnas pudiese verle, y desde allí le hacia señas sin cesar, pero el piemontés engolfado en el juego, ni siquiera las habia notado.

—Esto es milagroso, dijo la Mole, ¿teníais razon en decir que hemos nacido bajo la misma estrella, yo tambien tengo una cita en el Louvre para esta misma noche, pero no es con el duque de Guisa, es con el rey de Navarra.

—Teneis la palabra de contraseña?

—La tengo.

—Y una señal de reunion?

—No.

—Pues yo sí.... Tengo una.... mi contraseña es....

Al oir estas palabras del piemontés, la Hurriere hizo un gesto tan espresivo, en el momento en que el indiscreto caballero levantaba la cabeza, que Coconnas quedó petrificado, mas por el gesto que acababa de ver que por la jugada en que acababa de perder tres escudos.

Al ver la admiracion que espresaba el rostro de su compañero, la Mole se volvió, y solo halló á sus espaldas el huésped con los brazos cruzados, y adornado con la celada que le habia visto estar limpiando algunos momentos antes.

—Qué teneis? preguntó la Mole á Coconas.

La Hurriere conoció que era preciso venir en auxilio del jóven.

—Es que.... dijo rápidamente, me gusta mucho ver jugar, y como me habia acercado para observar mejor la baza que acabais de ganar, el señor me habrá visto armado como un guerrero, y como no soy mas que un pobre paisano le habrá causado sorpresa.

—Buena figura en efecto! exclamó la Mole reventando de risa.

—Eh! señor, replicó la Hurriere con una hombría de bien admirablemente finida, y un movimiento de espaldas que parecia espresar de lleno el conocimiento de su inferioridad, nosotros no somos valientes, y por lo mismo no tenemos aire de guerra; el hacer relucir el casco dorado y la espada fina, se queda para los gentiles-hombres valientes, como vuestras señorías, y con tal que los demás montemos exactamente la guardia...

—Ah! ah! dijo la Mole barajando á su vez, con que tambien montais la guardia?

—Dios mio! sí, señor conde, soy sargento de una de las compañías de milicia ciudadana.

Y diciendo esto la Hurriere se retiró en tanto que la Mole daba las cartas, pero poniendo un dedo sobre los labios para recomendar la discrecion á Coconas, que se sentía cada vez mas indeciso.

Esta precaucion fué sin duda la causa de que Annibal perdiese la segunda jugada, casi tan rápidamente como habia perdido la primera.

—Muy bien, dijo la Mole, he aquí que habeis perdido vuestros seis escudos; quereis tomar el desquite sobre vuestra fortuna futura?

—De mil amores, respondió Coconnas, de mil amores.

—Pero antes de empeñaros mas... ¿No me deciais que teniais una cita con el duque de Guisa?

Coconnas volvió la cabeza hácia la cocina, y halló los grandes ojos de la Hurriere que le repetian el mismo aviso.

—Sí contestó, es verdad, pero no es hora todavía; ademas, hablemos un poco de vos, Mr. de la Mole.

—Creo que seria mejor que hablásemos del juego, porque ó mucho me engaño, ó estoy en camino para ganaros otros seis escudos.

—Mordi! y es verdad; me han dicho siempre que los hugotones son felices en el juego. ¡El diablo me lleve si no me dan ganas de hacerme hugotone!

Los ojos de la Hurriere brillaron como dos carbones encendidos; pero Coconnas engolfado en el juego, ni los apercibió.

—Haccos, conde, haccos hugonote, dijo la Mole, que aunque la vocacion os haya venido de una manera bastante singular, sereis bien recibido entre nosotros.



Coconnas se rascó la oreja.

—Si estuviese seguro de que vuestra fortuna viene de allí, le dijo, os aseguro.... porque al fin yo no tengo mucho apego á la misa, y desde que al mismo rey no se le dá mucho tampoco....

—Y luego, es una religion tan pural tan bellal tan sencilla! dijo la Mole.

—Y luego es de moda, respondió Coconnas; y luego dá fortuna á sus hijos en el juego porque el diablo me lleve, no hay ases mas que para vos, y sin embargo os estoy mirando desde que tenemos las cartas en la mano, jugais con rectitud, no hacéis trampas. Vaya, es preso que sea la religion....

—Me debéis seis escudos mas, dijo tranquilamente la Mole.

—Ah! cómo me tentais, exclamó Coconnas, y si esta noche no quedo contento del duque de Guisa....

—Qué?

—Qué? que mañana me presentais al rey de Navarra, y estad tranquilo, que si una vez me hago hugonote, he de ser mas hugonote que Lutero, que Calvino, que Melanchton, y que todos los reformistas de la tierra.

—Çbut! dijo la Mole, vais á poneros mal con nuestro huésped.

—Es verdad, dijo Coconnas volviendo los ojos hácia la cocina. Pero no nos escucha, está muy ocupado en este momento.

—Que está haciendo? preguntó la Mole que

no podia verlo desde su sitio.

—Está hablando con.... ¡el diablo me lleve!  
es él.

—Quién?

—Esta especie de ave nocturna con quien estaba hablando cuando llegamos: ese hombre de la ropilla amarilla y la capa de color de yesca. Mordil y con qué fuego... Eh! decid, maestro la Hurriere, ¿bablais acaso de política.

Pero esta vez la respuesta del maestro la Hurriere fué un gesto tan enérgico y tan imperioso, que á pesar de su amor al carton pintado Coconnas se levantó y fué hácia él.

—Qué teneis? preguntó la Mole?

—Quereis vino, caballero mio? dijo la Hurriere tomando vivamente la mano de Coconnas; ahora se os va á dar. Gregoriol vino á estos señores! luego al oido:

—Silencio! le dijo, silencio, por vuestra vida, y despedid al compañero.

La Hurriere estaba tan pálido, el hombre de la ropilla amarilla era tan lúgubre, que Coconnas sintió una especie de estremecimiento, y volviéndose hácia la Mole:

—Mi querido la Mole, le dijo, os suplico que me escuseis: he aquí que pierdo ya cincuenta escudos en un momento; estoy en desgracia esta noche, y temo hallarme en un embarazo.

—Bien, muy bien, contestó la Mole, como querais, por otra parte, no haré mal en acostarme un instante sobre la cama. Maestro la Hurriere!

—Señor conde?

—Si viniesen á buscarme de parte del rey de Navarra, me despertareis. Estaré vestido, y por consiguiente pronto.

—Como yo! dijo Coconnas, que por no hacer esperar á S. A. ni un solo instante, voy á preparar la señal. Maestro la Hurriere! dadme las tijeras y un papel blanco.

—Gregorio! gritó la Hurriere, papel blanco para escribir una carta... unas tijeras para cortar el sobre!

—Ah! se dijo á sí mismo el piemontés, sin duda hay en todo esto algo de extraordinario.

—Buenas noches, Mr. de Coconnas, dijo la Mole, y vos, huésped mio, tened la bondad de enseñarme el camino de mi cuarto. Buena fortuna, amigo mio.

Y la Mole desapareció por la escalera de caracol seguido de la Hurriere.

Entonces el hombre misterioso asió del brazo á Coconnas, y atrayéndole hácia atrás, le dijo con volubilidad:

—Caballero, poco ha faltado para que reveláseis mas de cien veces un secreto del que depende la suerte de todo el reino. Dios ha querido que os cerrasen la boca con tiempo. Una palabra mas, y yo os hubiera abatido de un tiro de arcabuz. Ahora estantos sois.

—¿Pero quién sois vos para hablar con ese tono de superioridad?

—¿Habeis oido hablar acaso del sire de Mau-revel?

—¿El matador del almirante?

—Y del capitán de Mouy.

—Sin duda.

—Pues bien; yo soy el sire de Maurevell

—Oh! oh! exclamó Coconnas.

—Escuchadme!

—¡Mordil ya creo que os escucho.

—¡Cht! murmuró el sire de Maurevel, llevando un dedo á sus lábios.

Coconnas permaneció con el oído atento.

Oyóse entonces al huésped cerrar la puerta de la habitación, luego la del corredor, echar los cerrojos, y volver precipitadamente al lado de los dos interlocutores.

Ofreció entonces la Hurriere una silla á Coconnas, otra á Maurevel, y tomando otra para sí:

—Todo está bien cerrado, dijo, y podeis hablar sin temor, Mr. de Maurevel.

El reloj de San Germain l' Auxerrois, dió entonces las once, que resonaron vibrantes y lúgubres en el silencio de la noche, y luego que la última vibración se perdió en el espacio:

—Señor, dijo volviéndose hácia Coconnas, que tenía erizados los cabellos al ver el aspecto de las precauciones que tomaban aquellos hombres; señor ¿sois un buen católico?

—Así lo creo al menos, respondió Coconnas.

—Caballero, prosiguió Maurevel, ¿sois fiel al rey?

—De alma y de corazón y aun creo que me ofendeis al hacerme semejante pregunta.

—No reñiremos por eso, solo que ahora vais á seguirnos.

—Dónde?

—Poco os importa; dejaos conducir, va en ello vuestra fortuna, y tal vez vuestra vida.

—Os prevengo, señor, que á media noche tengo que hacer en el Louvre.

—Precisamente es allá donde vamos.

—Mr. de Guisa me aguarda.

—Y á nosotros tambien.

—Pero yo tengo una contraseña particular, continuó Coconnas un poco mortificado de tener que partir el honor de su audiencia con el sire Maurevel y maestro la Hurriere.

—Tambien nosotros.

—Pero yo tengo ademas una señal de reunion.

Maurevel se sonrió, sacó de entre su ropilla un puñado de cruces de tela blanca, dió una á la Hurriere que la pegó á su casco, Maurevel hizo otro tanto, poniendo la suya en el sombrero, y dando otra á Coconnas.

—Oh! exclamó Coconnas estupefacto; la cita, la contraseña, la señal de reunion, eran, pues, para todo el mundo?

—Si, es decir, para todos los buenos católicos.

—Luego ¿hay funcion en el Louvre, hay banquete real, exclamó Coconnas, y quieren escluir de él esos perros hugonotes?... Bueno, bueno, maravillosamente! hay largo tiempo que hacen aiarde....

—Sí; hay funcion en el Louvre, hay banquete real, y los hugonotes serán convidados á él, hay mas, serán los héroes de la funcion, pagarán el banquete, y si quereis ser de los nuestros, vamos á invitar el primero á su principal campeon, á su Gedeon como ellos dicen.

—Al señor almirante? preguntó Coconnas.

—Sí, al viejo Gaspar á quien dejé escapar como un imbécil, cuando le disparé un tiro con el mismo arcabuz del rey.

—Y he aquí por qué, caballero mio, yo limpiaba mi celada, afilaba mi espada, y repasaba mis cuchillos, dijo con una voz estridente la Huriere transformado ya en guerrero.

Entonces Coconnas se estremeció y se puso pálido, porque empezaba á comprender.

—Qué! de veras? esclamó. Esta funcion... este banquete... es... se... va...

—Habeis tardado bien en adivinar, caballero, le dijo Maurevel, y se conoce que no estais tan cansado como nosotros de las insolencias de esos hereges.

—Y tomais por vuestra cuenta el ir á casa del almirante?

Maurevel se sonrió, y atrayendo á Coconnas hácia la ventana:

—Mirad, le dijo, ¿veis sobre esa plazuela al estremo de la calle, detrás de la iglesia, veis esa tropa que se forma silenciosamente en la oscuridad?

—Sí.

—Pues los hombres que componen esa tropa tienen una cruz en el sombrero lo mismo que vos, la Hurriere y yo la tenemos.

—Y qué?

—Y qué? que esos hombres son una compañía de suizos de los cantones pequeños mandados por Toquenot; y ya sabéis que los suizos de los cantones pequeños son los partidarios del rey.

—Oh! oh! exclamó Coconnas.

—Ahora veis esa tropa de caballería que pasa por el muelle? Reconocéis el jefe de ella?

—Cómo quereis que le reconozca, respondió Coconnas estremeciéndose, si he llegado á Paris esta tarde misma?

—Pues bien, es el que os ha dado una cita para el Louvre á la media noche... ved como os va á esperar.

—El duque de Guisa?

—El mismo; los que le escoltan son Marcel,, ex-prevoste de los comerciantes, y J. Choron que es el prevoste actual. Estos dos van á formar sus compañías de milicia ciudadana; pero aguardad: he aquí el capitan de este cuartel que entra ya en la calle; mirad bien lo que hace.

—Llama á todas las puertas. Mas ¿qué es aquello que hay sobre todas las puertas donde llama?

—Una cruz blanca, jóven, una cruz semejante á la que llevamos en el sombrero. En otro tiempo Dios se tomaba el trabajo de señalar

à los suyos. Hoy estamos mas civilizados y le ahorramos esa molestia.

—Pero las casas adonde llama se abren y salen de ellas paisanos armados.

—Y llamará á la nuestra como á las demas, y saldremos.

—Pero, dijo Cocomas, ¿todo el mundo sobre las armas para matar un viejo hugonote! Mordí! es vergonzoso! parece mas bien negocio de matahines que de soldados.

—Jóven, dijo Maurevel, si os repugnan los viejos podreis escojerlos jóvenes. Los habrá de todas clases, y para todos los gustos. Si despreciáis el puñal, podreis servir de la espada, porque los hugonotes no son gente que se dejen matar sin defenderse, y ya sabéis que los hugonotes jóvenes sueltan mal la vida.

—Pero, ¿han de matarlos á todos?

—A todos.

—Por orden de quién?

—Por orden del rey y de Mr. de Guisa.

—Y cuando?

—Cuando oigais sonar la campana de Saint-Germain l'Auxerrois.

—Ah! luego era por eso por lo que ese amable alemán que pertenece á Mr. de Guisa... cómo le llamáis?

—Mr. de Besme.

—Justamente. Luego era por eso por lo que Mr. de Besme me decía, que me presentase apenas oyese tocar á arrebato?

—Pero ¿habéis visto á Mr. de Besme?



—Le he visto y le he hablado.

—Dónde?

—En el Louvre; él es quien me ha hecho entrar, quien me dió la contraseña, quien....

—Mirad.

—Mordi! es el mismo.

—Quereis hablarle?

—Por mi alma que no sería malo.

Maurevel abrió vivamente la ventana. Besme pasaba en efecto con unos veiate hombres.

—«Guisa y Lorena,» dijo Maurevel.

Besme se volvió, y comprendiendo que era á él á quien llamaban se acercó á la ventana.

—Ah! ah! ser fos, sire de Maurevel?

—Sí, soy yo, ¿á quien buscáis?

—Pusco la fonda de la Buena Estrella para preferir á un tal Mr. Gogonnas.

—Aqui estoy, Mr. de Besme! gritó el joven.

—Ah! pueno, pien... estais pronto?

—Sí; ¿qué es preciso hacer?

—Lo que os dirá monsir de Maurevel. Ser un puen gatólico.

—Lo oís? dijo Maurevel.

—Sí, respondió Coconnas. Pero ¿y vos, Mr. de Besme, adónde vais?

—Yo? dijo Besme riendo.

—Sí, vos.

—Yo foy á decir una palabra al señor almirante.

—Decidle dos si es preciso, le gritò Maurevel, y esta vez si se levanta del primero, que no se levante del segundo.

—Quedad tranquilo, monsieur Maurefel, quedad tranquilo, y dirijirme bien ese jòfen.

—Sì, sì, no tengais pena, los Cocornas son sabueses finos, y los buenos perros cazan bien por herencia.

—Adios.

—Adios.

—Y vos?

—Comenzad bien la caza, que nosotros llegaremos al tiempo de echar de comer á los perros.

De Berme se alejó y Maurevel cerró la ventana.

Cocornas cada vez mas atardido de lo que oía, de lo que veía, miraba alternativamente á su hósped, que tomaba un aspecto formidable, y á Maurevel que sacaba tranquilamente un papel del bolsillo diciendo:

—Por lo que hace á mí, he aquí una lista; trescientos: que todos los buenos católicos hagan tan solo esta noche la décima parte de lo que yo haré, y mañana ya no habrá en todo el reino ni un solo herege.

—Chó el dijo la Herriere.

—Qué exclamaron á un tiempo Cocornas y Maurevel.

—Y oyóse vibrar la primer campanada en Saint Germain l' Auxerrois.

—La señal exclamó Maurevel; han adelan-

cado la hora; me habian dicho que á la media noche, tanto mejor! cuando se trata de la gloria de Dios; mas vale que los relojes adelanten que no que atrasen.

Empezó á tocar lúgubremente la campana de la iglesia, oyóse un tico, y casi en el mismo instante, la claridad que despedian innumerables antorchas, iluminó como un relámpago la calle del Arbol seco.

Coconnas se pasó la mano por la frente cubierta de sudor.

—Han empezadol gritó Maurevel.... en marcha!

—Un momento, un momento, dijo el huesped antes de salir á campaña, aseguremos la casa, como decimos en la guerra. No tiene gracia que en tanto que yo esté fuera, degüellen á mi muger y á mis hijos.... hay aquí un hugonote.

—Mr. de la Mole? exclamó Coconnas, con sobresalto.

—Si, el herege: se ha metido en la boca del lobo!

—Cómo? dijo Coconnas osariais atacar á vuestro huesped?

—Precisamente, para él es para quien yo reparaba mi espadon.

—Oh! oh! gritó el piemontés frunciendo las cejas.

—Yo nunca maté á nadie mas que á mis conejos, mis patos y mis pollas, replicó el digno fondista, de modo que no sé

muy bien cómo componerme para matar á un hombre; pero me ensayaré en este. Si no le mato como se debe, al menos nadie estará allí para hacerme burla.

—Mordi! es bien duro, objetó Coconnas, Mr. de la Mole es mi compañero, Mr. de la Mole ha cenado conmigo, Mr. de la Mole ha jugado conmigo.

—Sí, pero Mr. de la Mole es un herege, dijo Maurevel, Mr. de la Mole está condenado, y si nosotros no le matamos otros le matarán.

—Sin contar que os ha ganado cincuenta escudos, dijo el huésped.

—Es verdad, respondió Coconnas pero estoy seguro de que me los había ganado lealmente.

—Lealmente ó no, tendreis que pagarcelos, en tanto que si le matais quedais libre.

—Vamos, vamos, señores despachémonos, gritó Maurevel, un arcabuzazo, una estocada, un martillazo, un golpe de cualquiera clase que sea, pero acabemos si queremos llegar á tiempo para ayudar al duque de Guisa en casa del almirante, segun lo hemos prometido.

Coconnas suspiró.

—Voy allá, gritó la Hurriere, ayudadme.

—Mordi! esclamó Coconnas, vá á hacer sufrir mucho á ese pobre jóven, y acaso á robarle; quiero estar allí para rematarle si es preciso, ó impedir que le toquen al dinero.

—Y movido por esta dichosa idea, Coconnas subió la escalera detrás de la Hurriere á quien aleanzó muy pronto, porque á medida que subia la Hurriere, por un efecto de la reflexion acertaba el paso.

En el momento en que llegaba á la puerta, siempre seguido de Coconnas, resonaron en la calle repetidos tiros de fusil. Oyóse entonces á la Mole saltar de su lecho, y el piso chillar bajo sus pies.

—Diabla! murmuró la Hurriere algo turbado, creo que está despierto.

—Así me parece, respondió Coconnas.

—Se defenderá?

—Es muy suficiente para hacerlo. Decid, maestro la Hurriere, tendría gracia que os matase?

—Hum! hum! hum! dijo por lo bajo el huésped.

Pero viéndose armado con un buen arcabuz, se tranquilizó, y dió á la puerta un puntapié tan vigoroso que se abrió.

Apareció entonces la Mole, sin sombrero, pero completamente vestido, atrineberado detrás de su cama, con la espada entre los dientes y las pistolas en las manos.

—Oh! oh! dijo Coconnas abriendo las narices como una fiera salvaje que huele la sangre, esto se hace interesante, maestro la Hurriere. Vamos, vamos, adelante.

—Ah! segun veo quieren asesinar me! gritó la Mole, cuyos ojos arrojaban llamas, y eres tú, miserable!

La Hurriere solo respondió á este apóstrofe bajando su arcabuz y apuntando al jóven; pero la Mole habia visto el movimiento, y en el momento en que salió el tiro se dejó caer de rodillas y la bala pasó sobre su cabeza.

—A mí! gritó la Mole, á mí Mr. de Coconnas!

—A mí Mr. de Maurevel! á mí gritó la Hurriere.

—A fé mia, Mr. de la Mole, dijo Coconnas, todo lo que puedo hacer en este caso, es no ir contra vos; parece ser que esta noche matan todos los hugonotes por órden del rey. Libráos como podais.

—Ah traidores! asesinos! aguardad.

Y la Mole apuntando á su vez, soltó el gatillo de una de sus pistolas. La Hurriere que no le perdía de vista tuvo tiempo para arrojar se á un lado, pero Coconnas que no aguardaba esta respuesta permaneció en su sitio y la bala pasó rasando su espalda.

—Mordil exclamó rechinando los dientes.... estoy.... á los dos, pues así lo queréis!!

Y sacando su espada se lanzó hácia la Mole; si hubiese sido Coconnas solo, la Mole le hubie-  
ra aguardado á pié firme, pero tenia detrás de sí á la Hurriere que estaba cargando de nuevo su arcabuz, sin contar á Maurevel que respondiendo á la invitacion de su huésped, subia los escalones cuatro á cuatro. La Mole se lanzó á un gabinete inmediato y echó el cerrojo por dentro.

—Ah infame! gritaba Coconnas ferioso, golpeando la puerta con el pomo de su espada; aguarda, aguarda. He de darte tantas estocadas en el cuerpo, como escudos me has ganado esta noche! Ah! vengo para evitarte el sufrimiento, para impedir que te roben, y me recompensas enviándome una bala á la espalda? Espera, bribon, espera!

Entretanto acercóse la Hurriere, y de un solo golpe que dió con la culata de su arcabuz, hizo volar la puerta en astillas.

Coconnas se precipitó en el gabinete, pero dió con la nariz en las paredes: el gabinete estaba vacío y la ventana abierta.

—Se habrá arrojado á la calle, dijo el huésped, y como estamos en el cuarto piso ya estará muerto.

—O se habrá salvado por el tejado de la casa inmediata, dijo Coconnas poniendo un pié sobre el dintel de la ventana, y disponiéndose á seguirle por aquel terreno escarpado y resvaladizo.

Mr. de Maurevel y la Hurriere se precipitaron sobre él y le volvieron á la habitación.

—Étais loco? exclamaron á un tiempo, vais á mataros.

—Bath! respondió Coconnas, soy montañés y estoy ya bien acostumbrado á correr.

Por otra parte, cuando un hombre me ha insultado una vez, subiria trás él á los cielos, ó descenderia trás él á los infiernos, por cualquiera camino que tomase para llegar allá. Dejadme hacer.

—Vamos, vamos, dijo Maurevel, ahora, ó ya está muerto, ó al menos bien léjos de aquí; venid con nosotros, y si ese se os escapa hallareis otros mil en su lugar.

—Teneis razon, respondió Coconnas con una especie de rugido. Muerte á los hugotones! necesito vengarme, y cuanto mas pronto mejor.

Y todos tres bajaron la escalera como una avalancha.

—A casa del almirante! gritó Maurevel.

—A casa del almirante! repitió la Hurriere.

—A casa del almirante! pues que así lo queréis, dijo á su vez Coconnas.

Y los tres se lanzaron fuera de la fonda de la Buena Estrella, y dejando de guardia á Gregorio y á otros dos muchachos, se pusieron en marcha hácia el palacio del almirante, situado en la calle de Bethizy. Una llamarada brillante y los tiros de los arcabuces que sonaban hácia aquel lado, les servian de guía.

—Eh! quién viene? exclamó Coconnas; un hombre sin ropilla y sin bandal

—Uno que se salva, dijo Maurevel.

—Vos, vos, vos, que teneis arcabuz, gritaba Coconnas.

—No á fé mia! respondió Maurevel; yo guardo mi polvora para mejor caza.

—Y vos, la Hurriere?

—Aguardad, aguardad, dijo el fondista apuntando.

—Si, si, aguardad, gritó Coconnas, y mientras aguardais se salvará.



Y se lanzó en seguimiento del infeliz, á quien alcanzó al instante porque estaba herido; pero en el momento en que por no herirle por detras, le gritaba, «vuélvete, vuélvete,» sonó un tiro de arcabuz, silvó una bala en los oídos de Coconnas, y el fugitivo rodó como una liebre á quien alcanza el plomo del cazador en lo mas rápido de su carrera.

Resonó á espaldas de Coconnas un grito de triunfo, volvióse el piemontés, y vió á la Hurriere que balanceaba su arma gritando.

—Ah! al menos esta vez me estrené.

—Sí, pero poco ha faltado para que me pasáseis de parte á parte.

—Cuidado! caballero, cuidado! le gritó la Hurriere.

Coconnas dió un salto hácia atras. El herido se habia levantado sobre una rodilla, y ávido de venganza, iba á herir á Coconnas con su puñal, en el momento en que el grito de la Hurriere previno al piemontés.

—Ah! vívora! exclamó Coconnas.

Y arrojándose sobre el herido, le hundió por tres veces su espada en el pecho hasta la guarnición.

—Y ahora, gritó, dejando al hugonote agitando con las convulsiones de la agonía, ahora á casa del almirante!

—Hola! hola! caballero, dijo Maurevel, parece que os apacada?

—Sí, á fé mia! le respondió Coconnas, yo

no sé si es el olor de la pólvora que me alegra, ó la vista de la sangre que me escita; pero, Mordil voy tomando gusto á la matanza. Hasta ahora solo habia dado batidas al oso, ó al lobo, pero ¡por mi honor! que las batidas de hombres son mucho mas divertidas.

Y los tres volvieron á continuar la excursion que habian interrumpido.

## CAPITULO VII.

### *Los asesinos.*

**E**L palacio que habitaba el almirante, estaba como hemos dicho situado en la calle de Bethizy. Era una gran casa que se levantaba en el medio de un patio, y con dos álas que daban sobre la calle. Un muro abierto por una gran puerta y dos verjas de hierro formaban la entrada de este patio.

Apenas nuestros tres conspiradores llegaron al extremo de la calle de Bethizy que es la continuacion de la de Fossés-Saint Germain l'Auxerrois, vieron la casa del almirante rodeada de suizos, de soldados y de paisanos armados de pies á cabeza. Todos tenian en la mano derecha picas, arcabuces ó espadas, y algunos en la mano izquierda llevaban achones encendidos que derramaban sobre esta escena una claridad lúgubre y vacilante que

siguiendo el movimiento que le imprimian, se esparcía sobre el enlosado, subía á lo largo de las paredes, ó centelleaba sobre esta mar viviente, en la que cada arma arrojaba su brillo. Ejecutábase entonces la obra terrible en todas las calles de Tirechape, Esteban, Bertiripoirée, y sobre todo en rededor de la casa del almirante.

Oíanse gritos agudos, sonaban los tiros de los mosqueteros casi incesantemente, y de cuando en cuando veíase cruzar algún desgraciado medio desnudo, pálido, ensangrentado, que saltaba como un ciervo perseguido por aquel círculo de luz fúnebre, en el que parecía agitarse un mundo de demonios.

Coconnas, Maurevel y la Hurriere, conocidos de lejos por sus cruces blancas, y acogidos á su llegada con gritos de bienvenida, lograron penetrar al instante hasta lo mas espeso de esta muchedumbre anhelante y presurosa como una jauría.

Tal vez no hubieran logrado pasar, pero algunos reconocieron á Maurevel, y le hicieron sitio. Coconnas y la Hurriere se deslizaron trás él, y los tres lograron penetrar en el patio.

En el centro de este patio, cuyas tres puertas habian sido forzadas, estaba de pié un hombre, al rededor del cual, dejaban los asesinos un vacío respetuoso. Estaba apoyado sobre una larga espada desnuda, y los ojos fijos en un balcon que se elevaba com-

á unos quince pies del suelo, estendiéndose sobre la fachada principal de la casa.

Este hombre pateaba con impaciencia, y de cuando en cuando se volvía para interrogar á los que le rodeaban.

—Nada.... nada todavía, murmuraba.... Nadie! Le habrán prevenido.... habrá huido.... ¿qué pensais de esto, Du Gast?

—Imposible, monseñor.

—¿Y por qué? No me habeis dicho que un momento antes de llegar nosotros, un hombre sin sombrero, con la espada desnuda en la mano y corriendo como si fuese perseguido, habia llamado á la puerta del almirante, y que le habian abierto?

—Sí, monseñor; pero casi al mismo tiempo llegó Mr. de Besme, las puertas han sido forzadas, y la casa cubierta de tiros. El hombre ha entrado, pero es seguro que no sale.

—Eh! eh! dijo Coconnas á la Hurriere, no es Mr. de Guisa el que veo allí?

—El mismo, caballero mio. Sí, es el gran Enrique de Guisa en persona, que aguarda sin duda á que el almirante salga, para hacer con él, lo que el almirante ha hecho con su padre. A cada uno le toca su vez, caballero mio, y á Dios gracias hoy es la nuestra.

—Ola! Besme! ola! gritó el duque con voz potente, ¿no está concluido todavía?

Oyéronse entonces en la casa algunos gritos, luego tiros, y despues un gran ruido de

movimiento de pies, y armas que se chocaban unas con otras, á lo que sucedió un nuevo silencio.

El duque hizo un movimiento para precipitarse hácia la casa.

—Monseñor, monseñor, le dijo Du Gast acercándose á él y deteniéndole, vuestra dignidad os ordena quedar, y aguardar.

—Tiene razón, Du Gast; gracias! aguardaré, pero á la verdad, muero de impaciencia y de inquietud. Ah! si se me escapase!

De repente el ruido de pasos se acerca... los cristales del primer piso se iluminan con una claridad semejante á la de un incendio. La ventana sobre la que el duque había fijado los ojos tantas veces, se abrió, ó por mejor decir, voló en astillas, y apareció en el balcon un hombre con el rostro pálido y el corbatín blanco, todo salpicado de sangre.

—Bismel! gritó el duque. Al fin, eres tú! y bien!

—Héle aquí, héle aquí, respondió friamente el alemán que se inclinó y se volvió á incorporar al momento levantando al parecer un peso muy considerable.

—Pero ¿y los otros? preguntó con impaciencia el duque, ¿los otros?

—Los otros, acaban con los otros.

—Y tú qué has hecho?

—Yo? fais á fer! regulad un poco.

El duque dió un paso atrás.

Entonces pudo ya distinguirse el objeto que

Besme arrastraba con tanto esfuerzo.

Era el cadáver de un anciano. Levantóle con trabajo sobre el balcon; balanceóle un instante en el vacío, y le dejó caer á los pies de su amo.

El ruido sordo de la caída, y los borbotones de sangre que saltaron del cuerpo, y matizaron el piso á larga distancia, inspiraron pavor aun al mismo duque; pero este sentimiento duró poco, y la curiosidad hizo que cada uno se adelantase algunos pasos, y que la luz de un hachon viniese á oscilar sobre la víctima.

Distinguióse entonces una barba blanca, un rostro venerable, y unas manos crispadas por la muerte.

—El almirante! exclamaron á un tiempo veinte voces que callaron en el mismo instante.

—Sí, el almirante! dijo el duque acercándose al cadáver para contemplarle con una alegría silenciosa.

—El almirante! el almirante! repitieron á media voz todos los testigos de esta terrible escena, estrechándose unos contra otros, y acercándose tímidamente al gran viejo que yacía tendido en el suelo.

—Ah! héte aquí, Gaspar, dijo el duque de Guisa triunfante. Has hecho asesinar á mi padre, y yo me vengo.

Y osó poner el pié sobre el pecho del héroe protestante; pero entonces los ojos del moribundo se abrieron haciendo un esfuerzo, su

mano ensangrentada y mutilada se crispó por la última vez, y el almirante, sin salir de su inmovilidad, dijo al sacrilego con voz sepulcral:

—Enrique de Guisal! También tú sentirás un día sobre tu pecho el pié del asesino. Yo no he muerto á tu padre, ¡Maldito seas!

El duque pálido y temblando, á pesar suyo, sintió correr por sus venas el hielo; se pasó la mano por la frente como para alejar la fúnebre vision, y cuando la volvió á dejar caer, cuando osó fijar de nuevo los ojos sobre el almirante, *los del venerable anciano se habian ya cerrado, su mano estaba inerte, y una ola de sangre negra que se esparcia de su boca sobre su barba blanca, habia reemplazado á las terribles palabras que aquella boca acababa de pronunciar.*

El duque levantó su espada con un gesto de resolucion desesperada.

—Y bien, monsieur, le dijo Besme, ¿estais contento?

—Sí, bravo mio, sí, respondió Enrique, porque tú has vengado....

—Al duque Francisco, ¿no es verdad?

—A la religion! replicó Enrique con una voz sorda, y ahora, continuó volviéndose hácia los suizos, los soldados y los paisanos que llenaban el patio y la calle, ahora, amigos míos, á la obra! á la obra!

—Ola! buenas noches, Mr. de Besme, dijo Coconnas acercándose con una especie de admiracion al alemán, que colocado aun en el balcon enjugaba tranquilamente su espada.

—Con que sois vos el que le ha despachado! esclamaba la Harriere con entusiasmo. ¿Y cómo lo habeis hecho, caballero mio?

—Oh! bien sencillamente, bien sencillamente. Ha oído ruido; abrió su puerta, y yo entonces le pasé el cuerpo con mi espada: pero no es esto todo... creo que Teligay se resiste... le oigo gritar.

En efecto, oyéronse entonces algunos gritos de desconsuelo, que parecian exhalados por una muger, é iluminóse una de las álas de la galería con algunos reflejos rojizos. Viéronse entonces huir dos hombres, perseguidos por una larga hilera de asesinos: el uno cayó muerto de un arcabuzazo, el otro pudo llegar á una ventaua abierta, y sin medir la altura, sin reparar en los enemigos que le aguardaban, saltó intrépidamente al patio.

—¡atad! ¡matad! gritaron los asesinos viendo su victima proxima á escapárseles.

El hombre se levantó recojiendo su espada que al caer se le habia escapado de las manos, se hizo camino por medio de la multitud, derribó tres ó cuatro, hirió á uno con su espada, y en medio del fuego de los pistoletazos, en medio de las imprecaciones de los soldados furiosos, porque no le habian acertado, pasó como un relámpago por delante de Cocornas, que le aguardaba á la puerta con el puñal en mano.

—Le toqué, gritó el piamontés atravesándole el brazo con la boja fina y aguzada.

—¡Cobard! respondió el fugitivo azotando con



la hoja de su espada el rostro de su enemigo, ya que no tenia espacio bastante para atravesarle de punta.

—Mil demonios! gritó Coconnas, es Mr. de la Mole!

—Mr. de la Mole! repitieron á un tiempo la Hurriere y Maurevel.

—Es él que ha prevenido al almirante, gritaron á la vez muchos soldados.

—Mátale, mátale, gritaron de todos lados.

Coconnas, la Hurriere y diez soldados se lanzaron en seguimiento de la Mole, que cubierto de sangre, y llegado á ese grado de exaltacion que es el último recurso del valor humano, corría por las calles sin mas guía que su instinto.

Los pasos y los gritos de los enemigos que iban en pos de él, le espoleaban y parecian darle alas.

Algunas veces el ruido de una hacha silvaba á su mismo oido, daba nueva rapidez á su carrera, pronta ya á desfallecer. No era ya aliento, ni respiracion lo que salia de su pecho, sino un resuello sordo... un ronco rugido. El sudor y la sangre corrian de sus cabellos y se arrollaban confundidos sobre su rostro. Á los pocos minutos sintió que su repilla era muy estrecha para los latidos de su corazon y la arrancó. Su espada era ya muy pesada para su mano, y la arrojó lejos de sí. A veces le parecia que se alejaban los pasos y que pronto iba á verse libre de sus verdu-

gos, pero á los gritos de estos, los demás asesinos que pasaban cerca, llegaban, abandonando su sangrienta ocupacion.

Apareció de pronto á sus ojos el rio que rodaba silenciosamente á su izquierda, y creyò que lo mismo que el ciervo perseguido, hallaría un placer en precipitarse en él; solo la fuerza suprema de la razon pudo contenerle. A su derecha estaba el Louvre, sombrío, inmóvil, pero lleno de gritos y ruidos sordos y siniestros. Sobre el puente levadizo entraban y salian cascos y corazas que repetian en frios reflejos los pálidos rayos de la luna. La Mole pensò en el rey de Navarra, lo mismo que habia pensado en Coligny.

Ellos eran sus solos protectores. Reunió todas sus fuerzas, miró al cielo haciendo en su interior voto de abjurar si se libraba de la carnicería, hizo perder por un rodeo unos treinta pasos á la jauría, que le rodeaba, fuése derecho al Louvre, lanzóse sobre el puente confundiéudose entre los soldados, recibió otra puñalada, que le destizaron á lo largo de las costillas; y á pesar de los gritos, ¡mátale! ¡mátale! que resonaban en rededor, y al lado de él, á pesar de la actitud ofensiva que tomaban los centinelas, precipitóse como una flecha en el patio, pasó de un paso al vestíbulo, tomó la escalera, subió dos pisos, reconoció una puerta que halló, apoyóse en ella, y llamó fuertemente con pies y manos.

—Quién es? murmuró una voz de muger.

—Dios mio! Dios mio! murmuró tambien la Mole.... vieneni.... los oigo.... hélos ahí!.... los veo.... soy yo!.... soy yo!....

—¿Pero, quién sois vos?

La Mole recordó la contraseña.

—Navarra! Navarra! gritó.

La puerta se abrió al momento: la Mole sin ver, sin dar gracias á Gillona, hizo irrupcion en un vestibulo, atravesó un corredor, dos ó tres habitaciones, llegó en fin á una cámara iluminada por una lámpara suspendida al techo.

Bajo cortinas de terciopelo flordelisadas de oro, en un lecho de encina esculpido, una muger envuelta en una bata de noche, voluptuosamente apoyada sobre uno de sus brazos, abria unos ojos estraviados por el espanto.

La Mole se precipitó hácia ella.

—Señora, exclamó, están matando, están degollando á mis hermanos; quieren matarme, quieren degollarme á mí tambien. Ah! sois la reina.... salvadme.

Y precipitóse á sus pies dejando un largo rastro de sangre sobre la alfombra.

—Al ver este hombre pálido, desfallecido, arrodillado delante de ella, la reina de Navarra, que prevenida por la duquesa de Lorena, se habia acostado vestida, enderezóse espantada, ocultando su rostro entre las manos y pidiendo socorro.

—Señora, dijo la Mole haciendo un esfuerzo para levantarse, en nombre del cielo, no llameis, porque si os oyen.... soy perdido! los asesinos que me persiguen subian las escaleras tras de mí.... ya los oigo.... hélos ahí.... hélos ahí....

—Socorro! repitió la reina de Navarra fuera de sí; socorro!....

—¡Ah! vos sois quien me habeis muerto! dijo la Mole con desesperacion. Morir por causa de una voz tan dulce! morir por una mano tan bella! hubiera creído que era imposible!

Abrióse en el mismo instante la puerta, y una jauría de hombres furiosos, sin aliento, con el rostro lleno de sangre y polvo y armados de arcabuces, alabardas y espadas desnudas, se precipitaron en la cámara.

Cocoonas venia á la cabeza: con los cabellos rojos, erizados, con sus ojos de un azul pálido desmesuradamente dilatados, con la mejilla destrozada por la espada de la Mole que habia trazado sobre sus carnes un surco sangriento, el piemontés desfigurado de este modo estaba terrible.

—Mordi! gritó ¡hele aquí! hele aquí! ¡ah! esta vez no te me escaparás!

—De la Mole buscó en rededor suyo una arma y no la encontró. Fijó los ojos sobre la reina, y halló impresa en su semblante la compasion mas profunda. Comprendió entonces que solo Margarita podia salvarle, y se precipitó

hacia ella enlazándola en sus brazos.

Coconnas dió tres pasos adelante, hirió de nuevo con la punta de su larga espada la espalda de su enemigo, y algunas gotas de sangre tibias, y hermejas, salpicaron como un rocío, el ropage blanco y perfumado de Margarita.

Margarita vió correr sangre, Margarita sintió estremecerse este cuerpo enlazado al suyo, y se arrojó con él en la alzoba..... Tiempo era ya.....

La Mole, agotadas ya sus fuerzas, estaba imposibilitado para hacer un movimiento, ni para huir, ni para defenderse. Apoyó su cabeza lívida sobre la espalda de la jóven, y sus dedos crispados se agarraron desgarrándola, á la hermosa batista bordada que cubria como una ola de gasa el cuerpo de Margarita.

—Ah! señora! murmuró con una voz espirante, salvadme! Esto fuó todo lo que pudo decir. Sus ojos, velados por una nube semejante á la de la muerte, se oscurecieron. Su cabeza agobiada, se inclinó hácia atrás, sus brazos se estendieron, su espalda se dobló, y el jóven se estendió sobre el suelo en su propia sangre, arrastrando á la reina con él.

En este momento Coconnas, cesaltado por los gritos, embriagado por el olor de la sangre, desesperado por la carrera ardiente que acababa de hacer, alargó el brazo hácia la alcola real. Un instante mas, y su espada heria el corazon de la Mole, y tal vez al mismo tiempo el de Margarita.



Al aspecto de este hierro desnudo, y mas acaso todavía al aspecto de esta insolencia brutal, la hija de los reyes, se levantó con toda su arrogancia, y arrojó un grito, tan lleno de espanto, de indignacion y de rabia, que el piemontés permaneció petrificado por un sentimiento desconocido para él: es verdad que si esta escena se hubiese prolongado entre los mismos actores, ese sentimiento iba á desaparecer como una nieve matinal que se derrite al primer rayo del sol de abril.

Abrióse de repente una puerta oculta en la pared, y lanzóse á la escena un jóven de diez y seis á diez y siete años, vestido de negro, pálido y con los cabellos en desórden.

—Aguarda, hermana mia, aguarda, gritó, ¡heme aquí, heme aquí!

—Francisco! Francisco! socórreme, dijo Margarita.

—El duque de Alençon murmuró la Hurriere bajando su arcabuz.

—Mordi! un hijo de Francia! balbuceó Conon dando un paso atrás.

El duque de Alençon arrojó una mirada en rededor suyo. Vió á Margarita mas bella que nunca, desgredada, apoyada contra la pared, rodeada de hombres, veíase pintado en sus ojos el furor, su frente estaba cubierta de sudor, y su boca de espuma.

—Miserales! exclamó Francisco.

—Salvadme, hermano mio, decia Margarita sin aliento, quieren asesinar-me.

Una llama súbita iluminó el rostro pálido del duque.

Aunque estaba sin armas, sostúvole sin duda el convencimiento de su rango, y adelantóse con los puños crispados, contra Coconnas y sus compañeros, que retrocedieron espantados ante los relámpagos que salían de sus ojos.

—Asesinaréis también á un hijo de Francia? veamos! les gritaba.

Luego al ver que continuaban retrocediendo ante él:

—Eh! mi capitán de guardias, venid aquí, y que me ahorquen todos estos asesinos.

Coconnas, mas espantado á la vista de este jóven desarmado, que lo hubiera sido por una compañía de soldados á caballo, había tomado la puerta. La Hurriere bajaba las escaleras con piernas de ciervo, y los soldados se chocaban unos á otros en el vestíbulo, pareciéndoles la puerta demasiado estrecha para el gran deseo que tenían de verse fuera.

Durante esta escena, Margarita había arrojado instintivamente su colcha de damasco sobre el jóven desmayado y se había alejado de él.

Cuando el último asesino hubo desaparecido, el duque de Alençon se volvió.

—Hermana mía! exclamó viendo á Margarita cubierta de sangre, estarás herida?

Y se lanzó hácia su hermana con una inquietud que hubiese hecho honor á su ter-

nura, si esta ternura no fuese acusada de ser mayor de lo que correspondia á un hermano.

—No; respondió ella, no lo creo, ó si lo estoy será ligeramente.

—¿Pero esta sangre? dijo el duque recorriendo con sus manos convulsas todo el cuerpo de Margarita.... ¿esta sangre, de dónde viene?

—No lo sé, respondió la jóven. Uno de esos miserables osó poner la mano sobre mí, y tal vez estaba herido.

—¡Poner la mano sobre mi hermana! exclamó el duque. ¡Oh! si me le hubieras señalado con el dedo, si me hubieras dicho tan solo «aquel» yo sabria á donde hallarle!....

—Eh! dijo Margarita.

—¿Y por qué? preguntó Francisco.

—Porque si os viesen en mi cuarto á esta hora...

—Pues qué, Margarita ¿no puede un hermano visitar á su hermana?

La reina lanzó sobre el duque de Alençon una mirada tan fija y tan amenazadora al mismo tiempo, que el duque dió algunos pasos hácia atrás.

—Sí, sí, Margarita, la dijo, tienes razon, si, me vuelvo á mi cuarto, pero tú no puedes quedar sola durante esta noche terrible: ¿quieres que llame á Gillona?

—No, no, á nadie; vete Francisco, vete por donde has venido.

El jóven príncipe obedeció, y apenas habia



desaparecido, cuando Margarita, oyendo un suspiro que salía de detrás de su cama, se lanzó hácia la puerta del corredor secreto, la echó el cerrojo, corrió á la otra puerta, y la cerró también, á tiempo que pasaban como un huracán por el extremo del corredor un peloton de arqueros y soldados persiguiendo á los hugonotes que habitaban en el Louvre.

Entonces, despues de haber mirado en rededor suyo con atencion para ver si estaba bien sola, volvió hácia la alcoba, entró en el espacio que quedaba entre la cama y la pared, levantó la colcha de damasco, que habia ocultado el cuerpo de la Mole de las miradas del duque de Alençon, arrastró haciendo un esfuerzo, la masa inerte hasta el medio de la alcoba, y viendo que el infeliz respiraba todavia, se sentó, apoyó la cabeza del jóven sobre sus rodillas, y le arrojó agua en el rostro para hacerle volver en sí.

Solo entonces, cuando el agua hubo levantado el velo de pólvora y sangre que cubria las facciones del herido, solo entonces pudo Margarita reconocer en él, al hermoso gentil-hombre, que habia venido tres ó cuatro horas antes lleno de existencia y de esperanza, á implorar su proteccion para con el rey de Navarra, y que la habia dejado tan pensativa, al mismo tiempo que él tambien se retiraba deslumbrado por su hermosura.

Margarita arrojó un grito de espanto, porque lo que ella sentia en este momento por el herido

era mas que compasion, era interés; y en efecto, el jóven herido no era ya para ella un extranjero, era casi un conocido; el rostro hermoso de la Mole sostenido por su mano, estaba pálido y lánguido, á causa del dolor. Margarita, dominada por un estremecimiento mortal, y casi tan pálida como él, le puso la mano sobre el corazon; el corazon latía aun. Entonces estendió la mano hácia un pomo de sales que estaba sobre una mesa inmediata y se lo hizo respirar.

La Mole abrió los ojos.

—Oh Dios mio! murmuró, dónde estoy?

—Estais salvado! tranquilizáos, salvado! dijo Margarita.

La Mole hizo un esfuerzo, volvió sus miradas hácia la reina, la devoró un instante con los ojos y balbuceó:

—Oh! cuán bella sois!

Y volvió á cerrar los párpados lanzando un suspiro, como si le hubiesen deslumbrado.

Margarita arrojó un lijero grito. El jóven palideció, si era posible palidecer mas, y la reina creyó por un instante que aquel suspiro era el último.

—Oh! Dios mio! exclamó. Tened piedad de él.

En este momento llamaron violentamente á la puerta del corredor.

Margarita medio se levantó, sosteniendo á la Mole por debajo de los hombros.

—Quién vá? preguntó la reina.

—Señora, señora, soy yo; gritó una voz de muger.

—Yo, la duquesa de Nevers.

—Enriquetta! exclamó Margarita. Oh! no hay riesgo, es una amiga, ¿lo oís?

La Mole hizo un esfuerzo y se levantó sobre una rodilla.

—Procurad sosteneros en tanto que voy á abrir la puerta.

La Mole apoyó una mano en el suelo, y logró guardar el equilibrio.

Margarita dió un paso hácia la puerta; pero detúvose súbitamente temblando de espanto.

—Ah! no vienes sola! gritó al fin oyendo el ruido de las armas.

—No; vengo acompañada de doce guardias que me ha dejado mi cuñado el duque de Guisa.

—El duque de Guisa! murmuró la Mole. Oh! el asesino!

—Silencio, dijo Margarita: silencio; ni una palabra.

Y arrojó en rededor suyo una mirada, buscando dónde esconder al herido.

—Una espada, un puñal, murmuraba el jóven.

—Para defenderos? inútil: ¿quo lo habeis oido? son doce y vos sois solo.

—No es para defenderme, sino para no caer vivo en sus manos.

—No, no, dijo Margarita, no.... yo os salvaré.... ah! este gabinete.... venid, venid.

La Mole hizo un esfuerzo y se arrastró hasta el gabinete sostenido por la reina. Margarita cerró la puerta tras él, y guardando

la llave en su bolsillo: «ni un grito, ni una queja, ni un suspiro, le insinuó al través de los artesonados, y estais en salvo.»

Luego echándose sobre las espaldas una capa de noche, abrió la puerta á su amiga que se precipitó en sus brazos.

—Ah! le dijo Enriqueta, nada os ha sucedido, no es verdad, señora?

—No, nada, respondió Margarita cruzando la capa para que no pudiesen ver las manchas de sangre que maculaban su peinador.

—Tanto mejor; pero de todos modos, como el duque de Guisa me ha dado doce guardias para conducirme á su palacio, y que yo no tengo necesidad de tanta comitiva, quiero dejar seis á V. M. Seis guardias del duque de Guisa, valen mas esta noche que un regimiento entero de guardias del rey.

Margarita no se atrevió á rehusar; instaló sus seis guardias en el corredor, y abrazó dándole las gracias á la duquesa de Nevers, que acompañada de sus seis guardias se volvió al palacio del duque de Guisa que era donde habitaba en ausencia de su marido.

---

## CAPITULO VIII.

### *Los asesinos.*

**C**oconnas no habia huido, se habia retirado: la Hurriere no habia huido, se habia precipitado. El uno habia desaparecido á la manera del tigre, el otro á la manera del lobo.

Resultó que la Hurriere estaba ya en la plaza de Saint Germain l' Auxerrois, cuando Coconnas no habia salido aun del Louvre.

La Hurriere, viéndose solo con su arcabuz en medio de los pasantes que corrian, de las balas que silvaban, y de los cadáveres que caían de las ventanas, unos enteros y otros á pedazos, empezó á tener miedo, y á tratar de buscar prudentemente el camino de su hostería; pero al tiempo que desembocaba de la calle de Alveroni en la del Arbol Seco, encontró con una tropa de suizos y de caballos ligeros, á cuya cabeza estaba Maurevel.

—Y bien! exclamó este que se habia bautizado á si mismo con el nombre de asesino real, ¿habeis concluido? ¿Volveis á casa ya, huésped mio? Y qué diablos habeis hecho de nuestro caballero piemontés? No le habrá sucedido nada malo? Seria lástima, porque iba muy bien!

—No, no lo creo, replicó la Hurriere, y espero que pronto se reunirá con nosotros.

—De dónde venís?

—Del Louvre, donde debo deciros que nos han recibido de un modo un poco rudo.

—Y quién fué?

—El duque de Alençon. ¿Acaso no es de los nuestros?

—Monseñor el duque de Alençon no pertenece á nada mas que á lo que le toca personalmente: proponedle tratar á sus dos hermanos mayores como hugonotes, y consentirá, siempre que el negocio se haga sin comprometerle. Pero, ¿no vais con estos bravos, la Hurriere?

—Adónde van?

—Oh Dios mio! á la calle de Montorgueil; hay allí un ministro hugonote conocido mio; tiene muger y seis niños. Estos hereges procrean disparatadamente. Será muy gracioso.

—Y vos, adónde vais?

—Oh! yo voy á un negocio particular.

—Decidme adónde, y no vayais sin mí, dijo una voz que hizo estremecerse á Mau-revel; vos conocéis los buenos sitios, y yo quiero ir á ellos.

—Ah! es nuestro piamontés! dijo Mau-revel.

—Es Mr. de Coconnas, dijo la Hurriere. Creía que me seguíais.

—Pestel desenganchais demasiado presto para que yo pueda seguiros; luego me separé un poco de la línea recta, para ir á arrojar al río

un muchacho horrible que gritaba: «Abajo los papistas! viva el almirante! Desgraciadamente creo que el tunante sabía nadar. Si uno quiere ahogar á estos miserables parailots, es necesario arrojarlos al agua como á los gatos, antes que vean claro.

—Ah! con que venís del Louvre? Se habia refugiado en él vuestro hugonote? preguntó Mau-revel.

—Si, sí.

—Pues yo le envié un buen pistoletazo, al tiempo que recogia su espada en el patio del almirante, pero no sé cómo fué que no le acerté.

—Pues yo, dijo Coconnas, yo no le erré: le metí mi espada por la espalda hasta que la hoja estuvo húmeda, cinco pulgadas mas arriba de la punta. Por otra parte, le vi caer en los brazos de madama Margarita, linda mujer, Mordil. No obstante confieso que no me disgustaria saber de cierto que no existe. Ese tunante me parece de un caracter muy rencoroso, y seria capaz de aborrecerme toda la vida. Pero no decíais que íbais á alguna parte?

—Deséis venir conmigo?

—Desco, no quedarme así, Mordil no he matado todavia mas que tres ó cuatro, y cuando me enfrio me duelen las espaldas. En marcha! en marcha!

—Capitan, dijo Maurevel al comandante de la division, dadme tres hombres, é id á despachar vuestro ministro con el resto.

Destacáronse tres suizos del grupo, y vinieron á reunirse con Maurevel. No obstante, las dos partidas caminaron la una al lado de la otra, hasta la altura de la calle de Tirechape; allí los caballos ligeros y los suizos tomaron por la calle de la Tonelería, en tanto que Maurevel, Coconnas, la Harriere y sus tres hombres seguían la calle de la Ferronería, tomaban por la calle de Troussé-Vache, y llegaban á la de Santa Avoie.

—Pero, ¿adónde diablos nos conducís? dijo Coconnas, á quien empezaba á fatigar esta larga marcha sin resultado.

—A una expedición brillante y útil á la vez. Después del almirante, después de Teligny, después de los príncipes hugonotes, no puede ofrecerse cosa mejor. Es en la calle del Chaume, donde está nuestro negocio, llegaremos dentro de un momento.

—Decid, le preguntó Coconnas, la calle del Chaume no está cerca de la calle del Templo?

—Sí, por qué?

—Ahí es que hay allí un viejo que es acreedor de nuestra familia, un tal Lambert-Mercandon, al que mi padre me ha recomendado que entregase estos cien noble-à-la-rosa, que traigo ya en la faldriquera para el efecto.

—Bien! he aquí una hermosa ocasión de liquidar con él.

—Cómo?

—Porque hoy se arreglan todas las cuentas viejas. ¿Es hugonote vuestro Mercandon?



—Oh! oh! comprendo.... gritó Coconnas, comprendo.... debe de serlo.

—Chut! ya hemos llegado.

—¿Qué palacio es este que tiene una bandera flotando sobre la calle?

—El palacio de Guisa.

—En verdad, dijo Coconnas, no podía yo dejar de venir aquí, pues que llego á Paris bajo la clientela del gran Enrique. Pero, Mordi! qué tranquilidad reina en este cuartel, querido miol! A lo mas se oye de vez en cuando el ruido de algun arcabuz.... parece que está uno en provincia. El diablo me lleve ¡si todo el mundo duerme!

Y en efecto, hasta el mismo palacio de Guisa parecia estar tranquilo como en los tiempos de mas calma.

Todas las ventanas estaban cerradas, solo brillaba una luz detras de la celosía de la ventana principal del pabellon, que tanto había llamado la atención de Coconnas apenas entrara en la calle.

Un poco mas allá del palacio de Guisa, es decir, en la esquina de la calle del Petit-Chantier y de la de Quatre Fils, Maurevel se detuvo.

—He aquí la casa que buscamos, les dijo.

—Es decir, del que buscáis, dijo la Hurriere.

—Pues que me acompañais, la buscamos.

—Cómol ¿esta casa donde parecen dormir al mejor sueño?

—Justamentel vos, la Hurriere, vais á utilizar la hermosa figura que Dios os ha dado por

error, llamando á esa casa. Pasad vuestro arcabuz á Mr. de Coconnas; hace una hora que le estoy viendo devorársle con los ojos. Si os introducen, pedireis que os dejen hablar á Mr. de Mouy.

—Ah! ah! dijo Coconnas, comprendo; me parece que tambien vos teneis un acreedor en el cuartel del Templo?

—Ciertamente, continuó Maurevel. Subireis, pues, fingiéndoos hugonote: advertireis á de Mouy de todo lo que pasa, es un bravo, y bajará....

—Y luego que haya bajado? preguntó la Hurriere.

—Luego que haya bajado, le suplicaré que mida su espada con la mia.

—Por mi alma! dijo Coconnas, que es un rasgo de caballero, y yo cuento hacer exactamente lo mismo con Lambert-Mercandon, y si es ya muy viejo para aceptar, me batiré con uno de sus hijos ó de sus sobrinos.

La Hurriere, sin replicar, fué á llamar á la puerta. Sus golpes resonaron tristemente en el silencio de la noche; abriéronse las puertas del palacio de Guisa, y asonáronse algunas cabezas por las aberturas; vióse entonces que el palacio estaba tranquilo como lo están las ciudades, es decir, porque estaba lleno de soldados.

Estas cabezas volvieron á esconderse casi al mismo tiempo, conociendo sin duda de que se trataba.

—Vive, pues, ahí vuestro Mr. de Mouy? preguntó Coconnas, señalando la casa donde la Hurriere continuaba llamando.

—No, es la casa de su querida.

—Mordi! qué galante sois! vais á darle ocasion de sacar la espada á los ojos de su dama! Entonces seremos los jueces del campo. Sin embargo, yo desearia batirme en persona. Mi espalda se me abrasa.

Y vuestro rostro? preguntó Maurevel, está muy maltratado?

—Coconnas exhaló una especie de rugido.

—Mordi! dijo en seguida, tengo la esperanza de que ya está muerto, por que si no, volveria al Louvre para renatarle.

La Hurriere continuaba llamando.

Abrióse entonces una ventana del primer piso, y apareció sobre el balcon un hombre en calzoncillos, cubierta la cabeza con un gorro de dormir, y completamente desarmado.

—Quien vá? les gritó.

Maurevel hizo una seña á los suizos, que se colocaron silenciosamente á la sombra de un esquinazo, en tanto que Coconnas se aplastaba contra la pared.

—Ah! Mr. de Mouy! sois vos? preguntó el posadero con su voz melosa.

—Sí, soy yo, ¿luego?

—Es él es él murmuró Maurevel estremeciéndose de placer.

—Eh! señor, continuó la Hurriere, ¿no sabéis lo que pasa? Degüellan al señor almi-

rante, matan á nuestros hermanos correligionarios. Venid al instante en su ayuda, venid!

—Ah! esclamó de Mouy, ya adivinaba yo que se tramaba alguna cosa para esta noche. Ab! no debía yo haber abandonado mis bravos camaradas. Vedme aquí, amigo mio, vedme aquí, aguardadme.

Y sin volver á cerrar la ventana, por la que salieron algunos gritos de muger alarmada y algunas súplicas tiernas, Mr. de Mouy buscó su ropilla, su capa y sus armas.

—Ya baja, ya baja, murmuró Maurevel pálido de alegría. Atencion, les dijo á los suizos al oido; luego tomando el arcabuz de manos de Cocouñas y soplando la mecha para asegurarse de que estaba bien encendida, ten, la Hurriere, le dijo al fondista que habia hecho retirada hasta el grueso de la tropa, ten, vuelve á tomar tu arcabuz.

—Mordi! esclamó Cocouñas, he aquí la luna que sale de entre las nubes para ser testigo de este bello encuentro. Mucho daria porque Mr. Lambert-Mercandon estuviese ahí para secundar á Mr. de Mouy.

—Aguardad, aguardad, dijo Maurevel. Mr. de Mouy vale él solo tanto como diez hombres, y á pesar de que somos seis, tal vez tendremos bastante que hacer para desembarazarnos de él. Avanzad vosotros, continuó Maurevel haciendo seña á los suizos, para que se deslizasen hácia la puerta, á fin de herirle en el momento de salir.

—Oh! oh! dijo Coconnas al ver estos preparativos; parece que esto no será precisamente como yo esperaba que fuese.

Oíase ya el ruido de la barra que de Mouy levantaba para salir; los suizos saliendo de su rincón se habían situado cerca de la puerta. Maurevel y la Hurriere se acercaban andando sobre las puntas de los pies, al paso que Coconnas por un resto de honradez permanecía en su sitio, cuando la jóven, en la que nadie pensaba ya, apareció á su vez sobre el balcón, y lanzó un grito terrible, apercibiendo á los suizos, á Maurevel y á la Hurriere.

De Mouy que había ya entreabierto la puerta, se detuvo.

—Vuelve á subir! vuelve á subir! gritó la jóven; veo relucir algunas espadas, veo brillar la mecha de un arcabuz. ¡Es un lazo!

—Oh! oh! replicó rugiendo el jóven, aguardemos un poco á ver que quiere decir esto.

Y volvió á cerrar la puerta, colocó de nuevo la barra, volvió á echar el cerrojo, y subió.

Cuando Maurevel vió que Mr. de Mouy no salía ya, hizo mudar enteramente el plan de ataque. Los suizos fueron á colocarse del otro lado de la calle, y la Hurriere aguardó con arcabuz en mano que su enemigo volviese á aparecer á la ventana. No tuvo que aguardar largo tiempo. De Mouy se presentó precedido de dos pistolas, de un largo tan respetable, que la Hurriere que le estaba ya apuntando, reflexionó de pronto que las balas del hugonote no te-

dian mas camino que andar para llegar á él, que su bala para llegar al balcon. Ciertamente, se dijo á sí mismo, puedo matar á ese caballero pero este caballero puede matarme á mí del mismo tiro tambien.

Porque al fin, como al cabo de la cuenta mae-se la Hurriere el fondista, no era soldado mas que porque las circunstancias lo exigian, esta reflexion le determinó á retirarse y buscar un abrigo en un ángulo de la calle de Brae, bastante distante para que tuviese alguna dificultad en buscar desde allí, y sobre todo por la noche, la línea que debía seguir su bala para llegar hasta Mr. de Mouy.

De Mouy arrojó un grito en rededor suyo, y se adelantó enderezándose como un hombre que se prepara á un duelo.

Pero viendo que nadie venia:

—Olal dijo; parece, señor avisador, que habeis olvidado vuestro arcabuz á mi puerta. Aquí estoy; ¿qué me quereis?

—Oh! esclamó Coconnas, he aquí un bravo! Tenia razon Maurevel.

—Y bien! continuó de Mouy, amigos ó enemigos, cualquiera que seais, ¿no veis que os aguardo?

La Hurriere guardó silencio, Maurevel no respondió, y los tres suizos permanecieron tranquilos.

Coconnas aguardò un instante; luego viendo que nadie sostenia la acusacion empezada por la Hurriere, y continuada por de Mouy, dejó

su puesto, se adelantó hasta el medio de la calle, y con el sombrero en la mano:

—Caballero, dijo á de Mouy, no venimos aquí para un asesinato como tal vez creereis, sino para asistir á un duelo... Acompaño á uno de vuestros enemigos que quisiera veros para terminar galantemente una antigua discusión. Eh! Mordil avanzad. Mr. de Maurevel; en lugar de volveros la espalda, monsieur acepta.

—Maurevell exclamó de Mouy; Maurevel! el asesino de mi padre, Maurevel el asesino real! ah! si por Dios! acepto.

Y apuntando á Maurevel que iba á llamar al palacio de Guisa para pedir refuerzo, le pasó el sombrero con una bala.

Al ruido de la esplosion y á los gritos de Maurevel, los guardias que habian acompañado á la duquesa de Nevers, salieron con tres ó cuatro gentiles-hombres seguidos de sus pages, y avanzaron hácia la casa de la querida del jóven de Mouy.

Un segundo tiro de pistola lanzado en medio de la tropa, hizo caer muerto al soldado que se hallaba inmediato á Maurevel; luego de Mouy, hallándose sin armas, ó al menos con armas inútiles, pues que las pistolas estaban descargadas, y sus adversarios estaban fuera del alcance de su espada, se parapetó detrás de la galería del balcón.

Empezaban á abrirse aquí y allí las ventanas de la vecindad, y, segun el carácter paci-

fico ó belicoso de los habitantes, ó se volvian á cerrar ó se erizaban de mosquetes y arcabuces.

—A mí bravo Mercandon, gritó de Mouy haciendo señas á un hombre anciano ya, que desde una ventana que acababa de abrirse enfrente del palacio de Guisa, intentaba distinguir algo entre aquella confusion.

—Llamais, sire de Mouy? Es á vos á quien atacan?

—Sí á mí, á vos, á todos los protestantes; mirad, he aquí la prueba.

En efecto, de Mouy acababa de ver dirigirse contra él el arcabuz de la Hurriere. El tiro salió, pero el jóven tuvo tiempo para bajarse, y la bala fué á romper un cristal un poco mas arriba de su cabeza.

—Mercandon! exclamó Coconnas, que á la vista de esta pendencia se estremecia de placer y que habiéndose olvidado de su acreedor, le recordaba con el apóstrofe de de Mouy; ¡Mercandon! calle del Templo... el mismo; ah! con que vive ahí? Bueno, bueno; vamos á arreglarnos cada uno con el nuestro.

Y en tanto que las gentes del palacio de Guisa forzaban las puertas de la casa de de Mouy, en tanto que Maurevel con una antorcha en la mano trataba de incendiar la casa, en tanto que rotas ya las puertas se empeñaba un combate terrible contra un hombre solo, contra un hombre que de cada pistoletazo ó de cada tajazo derribaba un enemigo, Coconnas se esforzaba



en romper con ayuda de una piedra la puerta de Mercandon, el que sin inquietarse al ver este esfuerzo solitario, arcabuceaba desde su ventana lo mejor que podia.

Vióse entonces iluminado todo este cuartel solitario, como si fuese el mediodia, y poblado el interior como el interior de un homiguero; porque seis ú ocho caballeros hugonotes, acompañados de sus amigos y servidores, acababan de hacer una descarga terrible desde el palacio de Montmorency, y sostenidos por el fuego de las ventanas empezaban á hacer retirarse á los de Maurevel y á los del palacio de Guisa, á los que al fin acabaron por arrinconar en el mismo palacio de donde habian salido.

Cocornas que no habia concluido aun de forzar la puerta de Mercandon, aunque se esforzaba en conseguirlo, vióse arrastrado en este brusco refolon. Apoyando entonces la espalda á la pared empezó no solamente á defenderse sino á atacar, dando unos gritos tan terribles que dominaban toda la pelea, esgrimiendo la espada á derecha é izquierda é hiriendo á amigos y enemigos, hasta que logró dejar en torno suyo un ancho espacio. A medida que su larga espada traspasaba un pecho, y que la sangre tibia que salia de la herida salpicaba sus manos y su rostro, Cocornas, con los ojos dilatados, las narices abiertas y los dientes contraidos, volvía á ganar el terreno perdido, y se acercaba á la casa sitiada.

De Mouy despues de un combate terrible,

sostenido en la escalera y el vestíbulo, habia concluido por salir de su casa abrasada, como un verdadero héroe. En medio de la lucha no habia cesado de gritar: «A mí, Maurevell Maurevell ¿dónde estás?» é insultándole con los epítetos mas injuriosos.

Apareció en fin en la calle sosteniendo con un brazo á su querida medio desnuda y casi desmayada, y llevando un puñal entre los dientes.

Su espada radiante por el movimiento de rotacion que él le imprimia, trazaba círculos blancos ó encarnados, á medida que la luna plateaba la hoja, ó que la luz de una antorcha hacia brillar su sangrienta humedad. Maurevell habia huído, la Hurriere empujado por de Mouy hasta Coconnas, que no le reconoció y que le recibia con la punta de la espada, imploraba gracia á los dos lados. Apareció en este momento Mercandon, y al ver su cruz blanca, le reconoció por un asesino. El tiro partió. La Hurriere arrojó un grito, estendió los brazos, dejó escapar su arcabuz, y despues de haber ensayado llegar hasta la muralla para apoyarse en ella un momento, cayó dando con el rostro contra la tierra.

De Mouy aprovechó esta circunstancia, se lanzó en la calle del Paraiso y desapareció.

La resistencia de los hugonotes habia sido tal, que los del palacio de Guisa habian tenido que replegarse y volver á entrar en palacio, cerrando fuertemente las puertas de

miedo de verse sitiados y cojidos en sus casas.

Coconnas, embriagado de sangre y de ruido, habia llegado á ese grado de exaltacion, en que para las gentes del mediodia el ánimo se trueca en locura, y ni habia visto ni oido nada. Solo notó que sus oidos le zumaban con menos fuerza, que sus manos y su rostro se secaban un poco, y bajando la punta de su espada, no vió ya en rededor suyo mas que un hombre tendido, el rostro anegado en un arroyo encarnado, y á su lado casas ardiendo.

Corta fué esta tregua, porque en el momento en que iba á acercarse á ese hombre en quien le pareció reconocer á la Hurriere, abrióse la puerta de la casa que se habia vanamente esforzado en querer romper á pedradas, y el anciano Mercandon, seguido de su hijo y de sus dos sobrinos se lanzó sobre el piamontés, ocupado en tomar aliento.

—Héle aquí héle aquí gritaron todos á la vez.

Coconnas estaba entonces en medio de la calle, y temiendo verse rodeado por estos cuatro hombres que le atacaban á la vez, con el mismo vigor de una de esas gamuzas que habia perseguido tantas veces en las montañas, dió un salto atras, y se halló con la espalda apoyada en la pared del palacio de Guisa. Una vez tranquilo ya sobre las sorpresas, volvió á ponerse en guardia y á tomar su tono burlon.

—Ah! ah! padre Mercandon, le dijo, no me reconoccis?

—Ah miserable! exclamó el anciano hugonote, al contrario, bien te reconozco; y vienes contra mí, contra el amigo y compañero de tu padre!

—Y su aeredor, no es verdad?

—Sí, su aeredor, ya que tú lo dices.

—Pues bien! justamente, respondió Coconnas, vengo á que arreglemos cuentas.

—Cojámosle! liguémosle, dijo el viejo á los jóvenes que al oír su voz se lanzaron contra la pared.

—Un instante, un instante, dijo Coconnas riendo; para arrestar á las gentes, necesitáis una licencia, y os habeis olvidado de pedirla al prevoste.

A estas palabras, empezó á medir su espada con el joven que se hallaba mas inmediato á el, y al primer choque le abatió la muñeca con su largo espadon.

El infeliz retrocedió rugiendo.

—Uno! dijo Coconnas.

En el mismo instante la ventana bajo la cual se habia refugiado Coconnas se abrió chillando ágríamente sobre sus goznes. Coconnas se sobresaltó temiendo un ataque por este lado; pero en lugar de un enemigo apercibió una muger, y en lugar del arma homicida que ya se aprestaba á combatir, cayó á sus pies un precioso ramillete de flores.

—Ola! una muger exclamó.

Saludó á la dama con su espada, y se inclinó para recoger el ramillete.

—Cuidadol valiente católico, cuidado! le gritó la dama.

Coconnas se levantó, pero no antes que el puñal del segundo sobrino de Mercandon, no hubiese ya hendido su capa y herídole el otro hombro.

La dama exhaló un agudo grito.

Coconnas la dió las gracias, la tranquilizó con un gesto, y se lanzó sobre el sobrino segundo, que le respondió, pero al segundo choque, el pie que tenia echado hácia atras resbaló en la sangre. Coconnas se lanzó sobre él con la rapidez del gato-tigre, y le atravesó el pecho con la espada.

—Bien! bien! bravo caballero! gritaba la dama del palacio de Guisa; bien! allá os envió refuerzo.

—No merece la pena de que os incomodeis por esto, señora, dijo Coconnas. Mas bien, si el negocio os interesa, contemplad la escena hasta el fin, y vereis como arregla á los hugonotes Annibal Conde Coconnas.

En este momento el hijo del anciano Mercandon tiró casi á boca de jarro un pistolazo á Coconnas, que cayó sobre una rodilla. La dama de la ventana arrojó un grito, pero Coconnas se levantó; no se habia arrodillado mas que para evitar la bala, que fué á enterrarse en la pared á dos pies de la bella espectadora.

Abrióse casi al mismo tiempo la ventana de la casa de Mercandon, oyóse un grito de rabia, y una mujer anciana, reconociendo por la banda y la cruz blanca que Coconnas era un católico, le lanzó un florero que le hirió un poco mas arriba de la rodilla.

—Bueno! dijo Coconnas, una me arroja las flores y otra los floreros. Si esto continúa van á demoler las casas.

—Gracias, madre mia, gracias, gritó el jóven.

—Bueno, muger, bueno, dijo el anciano Mercandon; prosigue, pero cuidado no nos dés á nosotros.

—Aguardad, Mr. de Coconnas, aguardad, dijo la jóven dama del palacio de Guisa, voy á hacer que disparen contra las ventanas.

—Ah! esto es un infierno de mugeres, de las que unas soa en pro y otras en contra mia, dijo Coconnas. Mordí! acabemos de una vez.

La escena en efecto estaba bien cambiada, y tocaba evidentemente á su desenlace. Enfrente de Coconnas, herido, es verdad, pero con todo el vigor de sus veinticuatro años, habituado á las armas, irritado mas bien que debilitado, por los tres ó cuatro rasguños que habia recibido, ya no quedaban mas que Mercandon, y su hijo. Mercandon, anciano de sesenta á setenta años; su hijo un niño de diez y seis á diez y ocho años: este último, pálido, rubio y débil, acababa de arrojar su pistola descargada y por consiguiente inútil, y agitaba temblando una

espada mucho menos larga que la del piamontés. El padre armado solamente con un puñal y un arcabuz descargado pedia socorro. En frente una muger anciana, la madre del jóven, asomada á la ventana, tenia en la mano un pedazo de mármol que se disponia á lanzar. En fin, Coconnas escitado por un lado con su doble victoria, embriagado con la pólvora y la sangre, iluminado por el resplandor de una casa ardiendo, exaltado por la idea de que combatia á los ojos de una muger, cuya hermosura tan superior como su alto rango, le parecia incontestable; Coconnas, como el último de los floracios, habia sentido redoblar sus fuerzas, y viendo que el jóven dudaba, corrió hácia él, y cruzó sobre su espadita su terrible y sangriento espadon. Dos golpes bastaron para hácersela saltar de las manos. Entonces Mercandon trató de rechazar á Coconnas, para que los proyectiles que le lanzaban desde la ventana le acertasen mejor. Pero Coconnas, tratando por el contrario de paralizar el doble ataque del anciano Mercandon que se esforzaba en herirle con su puñal, y de la madre del jóven que trataba de romperle la cabeza con la piedra que se preparaba á lanzarle cojió á su adversario por medio del cuerpo, esponiéndole á todos los golpes como un escudo, y sofocándole en su presion hercúlea.

—A mí á mí me rompe el pecho! á mí! gritaba él jóven.

—Y su voz empezó á perderse en un sonido ronco y ahogado.

Mercandon cesó entonces de amenazar y suplicó.

—Gracia! gracia! M. de Coconnas. Gracia! es mi hijo único.

—És mi hijo! es mi hijo! gritaba la madre, la esperanza de nuestra vejez; no le mateis, no le mateis!

—¡tola! gritó Coconnas riendo á carcajadas, que no le mate! pues ¿qué queria hacerme con su espada y su pistola?

—Señor, continuó Mercandon juntando las manos, tengo en mi casa la obligacion firmada por vuestro padre, y es la devolveré; tengo diez mil escudos de oro, y os los daré; tengo todas las pedrerías de nuestra familia, serán vuestras; pero no le mateis! no le mateis!

—Y yo tengo mi amor, y os lo prometo, dijo á media voz la dama del palacio de Guisa.

Coconnas reflexionó un momento.

—Sois hugonote? preguntó al jóven.

—Lo soy, murmuró el niño.

—En ese caso es preciso morir, respondió Coconnas frunciendo las cejas y acercando al pecho de su adversario la hoja acerada y sangrienta.

—Morir! gritó el anciano; mi pobre niño! morir!

Y resonó en el espacio un grito de la madre, tan doloroso, tan profundo, que hizo balancear por un momento la resolucion salvaje de Coconnas.



—Oh! señora duquesa! gritaba el padre volviéndose hácia la jóven del palacio de Guisa, interceded por nosotros, y rogaremos por vos mañana y tarde en todas nuestras oraciones.

—Entonces que se convierta, contestó la dama.

—Soy protestante, dijo el niño.

—Pues muere! dijo Coconnas levantando su daga ¡muere! pues que no quieres la vida que te ofrece esa hermosa boca.

Mercandon y su esposa vieron la hoja terrible brillar como un relámpago sobre la cabeza de su hijo.

—Hijo mio! Olivero mio! gritó la madre, ¡abjura! abjura!

—Abjura! abjura! hijo querido, gritó Mercandon arrastrándose á los pies de Coconnas. No nos dejes solos... solos sobre la tierra.

—Abjurad todos juntos, gritó Coconnas, por un *credo* tres almas y una vida.

—Convengo, dijo el jóven.

—Y nosotros tambien, gritaron Mercandon y su muger.

—Entonces ¡de rodillas! dijo Coconnas, y que tu hijo recite palabra por palabra la oracion que voy á decirle.

El padre fué el primero que obedeció.

—Estoy pronto, dijo el jóven arrodiliándose á su vez.

Coconnas empezó entonces á dictarle las palabras del *credo*, pero sea casualidad ó sea cálculo, el jóven Olivero se habia arrodilla-

do cerca del sitio donde había volado su espada. Apenas vió que su arma estaba á tiro de mano, que sin cesar de repetir las palabras de Cocounas, estendió el brazo para apoderarse de ella. Cocounas percibió el movimiento, aunque fingía no verle. Pero en el momento en que el jóven tocaba con las puntas de sus dedos crispados, la empuñadura del arma, se lanzó sobre él, y le gritó derribándole:

—Ah! traidor!

Y le hundió el puñal en la garganta.

El jóven cesó un grito, se levantó convulsivamente sobre una rodilla, y volvió á caer.... estaba muerto!

—Ah! verdago! rugía Mercandon, tú nos degüellas á todos para robarnos los cien nobles-á-la rosa, que nos debes ...

—No, á fé mial dijo Cocounas, y la prueba...

Y diciendo estas palabras, Cocounas arrojó á los pies del anciano la bolsa que su padre le había entregado al partir, para liquidar la cuenta de su deuda con su acreedor.

—Y la prueba, es, continuó, que aquí tenéis vuestro dinero.

—Y tú, abí tienes tu muerte, gritó la madre desde la ventana.

—¡Cuidado, Mr. de Cocounas, cuidado! gritó la dama del palacio de Guisa.

Pero antes que Cocounas tuviese tiempo de volver la cabeza, para obedecer al último aviso, ó para sustraerse á la primera amenaza,

bendió el aire una masa pesada, silvando, y cayó como un rayo sobre el sombrero del piamontés, le rompió su espada entre las manos y le tendió en el suelo, sorprendido, aturcido, magullado, sin que pudiese oír el doble grito de gozo y de dolor, que cruzó el espacio de derecha á izquierda.

Mercandon se lanzó al instante puñal en mano sobre el cuerpo de Coconnas desmayado; pero abrióse entonces la puerta del palacio de Guisa, y el anciano, al ver relucir las partesanas y las espadas huyó, en tanto que la que él había llamado la señora duquesa bella, pero de una belleza terrible á la luz del incendio, destumbrante de pedrerías y de diamantes, alargaba la mitad del cuerpo fuera de la ventana, con el brazo estendido hácia Coconnas, y gritando á los reciénvenidos.

—Allí! allí! en frente de mí; un caballero vestido con una ropilla encarnada. Ese! ese! sí, ese!....

## CAPITULO IX.

### *Muerte, misa ó Bastilla.*

**M**ARGARITA, como ya hemos dicho, había vuelto á cerrar su puerta, y á entrar en su cuarto. Pero al tiempo que entraba toda palpitante apercibió á Gillona que inclinada hácia la puerta del gabinete contemplaba con ter-

ror las manchas de sangre esparcidas sobre la cama, sobre los muebles y sobre la alfombra.

—Ah! señora! exclamó al ver á la reina: oh! señora! ¿ha muerto?

—Silencio! Gillona, dijo Margarita con ese tono de voz que indica la suprema importancia de la recomendacion que se hace.

Gillona calló.

Margarita sacó entonces de su limosnero una pequeña llave dorada, abrió la puerta del gabinete y mostró con la mano el jóven á su camarera.

La Mole habia logrado levantarse y acercarse á la ventana. Habia encontrado á mano un puñalito de los que usaban las mugeres en aquella época, y al oír abrir la puerta, le habia empuñado.

—Nada temais, le dijo Margarita, porque os juro por mi alma que estais seguro.

La Mole se dejó caer sobre sus rodillas,

—Oh! señora, exclamó, vos sois para mí mas que una reina, sois una divinidad.

—No os agiteis así, caballero, exclamó Margarita, vuestra sangre corre todavía... ¡oh! mira, Gillona, mira qué pálido está.... Veamos, ¿dónde estais herido?

—Señora.... dijo la Mole, procurando fijar sobre algunos puntos principales el dolor que recorria todo su cuerpo; creo haber recibido una puñalada en la espalda, y otra en el pecho, las otras, no merecen la pena de que os ocupeis de ellas.

—Vamos á ver, dijo Margarita; Gillona, trae la cajita de los bálsamos.

Gillona obedeció, y volvió á entrar trayendo en una mano la cajita, y en la otra un jarro de esmalte, y algunos vendajes de tela fina de holanda.

—Ayúdame á levantarle, dijo la reina Margarita, porque al levantarse por sí solo este infeliz acabó de perder las fuerzas.

—Pero señora, dijo la Mole, yo estoy confuso, yo no puedo sufrir en verdad...

—Pero caballero, me vais á dejar que os cure, le dijo Margarita; seria un crimen dejaros morir, cuando puedo salvaros.

—Oh! esclamó la Mole, quiero mas morir que veros á vos, á la reina, manchar vuestras manos con una sangre indigna como la mia... ¡Oh! jamás! jamás!

Y retrocedió respetuosamente.

—Vuestra sangre, vuestra sangre, caballero mio; replicó Gillona sonriendo; ¡eh! si habeis manchado ya todo el lecho y la cámara de S. M.

Margarita cruzó su capa sobre su peinador que estaba todo salpicado con manchitas rojas. Este movimiento de pudor femenino, recordó á la Mole que él habia tenido entre sus brazos y estrechado contra su pecho esa reina tan envidiada, tan bella, tan amada, y este recuerdo hizo pasar sobre sus mejillas pálidas un arbol momentáneo.

—Señora! balbuceó ¿no podeis abandonar-

me á los cuidados de un cirujano?

—De un cirujano católico, no es verdad? preguntó la reina con una espresion que la Mole comprendió muy bien, y que le hizo estremecerse.

—¿Ignerais, continuó la reina con una voz y una sonrisa de una dulzura inaudita, que las hijas de Francia somos educadas de modo que conocemos la virtud de las plantas, y sabemos componer bálsamos? porque nuestro deber como mugeres y como reinas, ha sido siempre dulcificar los dolores. De modo que valemos tanto como los mejores cirujanos, al menos así nos lo dicen los aduladores. ¿No ha llegado á vuestro oído mi reputacion sobre este punto? Vamos Gillona, manos á la obra.

La Mole quiso aun resistir; repitió que queria mas morir que ocasionar á la reina esta pena, que podia empezar por la piedad y acabar por el disgusto. Esta lucha solo sirvió para estenuar completamente sus fuerzas. Se tambaleó, cerró los ojos, y dejó caer de nuevo su cabeza hácia atrás, desmayado por la segunda vez.

Cogiendo entonces Margarita el puñal que la Mole habia dejado escapar, cortó rápidamente el cordon que abrochaba su ropilla, en tanto que Gillona descosía ó mas bien rasgaba con otra hoja las mangas de la Mole.

Gillona tomó un lienzo embebido en agua fresca, y estancó con él la sangre que salia

del pecho y de la espalda del jóven, en tanto que Margarita armada de una aguja de oro, de punta roma, sondeaba las llagas con toda la delicadeza y la habilidad que hubiera desplegado el mismo *Ambrosio Paré* en iguales circunstancias.

La de la espalda era profunda; la del pecho se habia deslizado sobre las costillas, atravesando solamente las carnes; ninguna de las dos habia penetrado en las cavidades de esta fortaleza natural que protege el corazon y los pulmones.

Llaga dolorosa y no mortal, *acerrimum humeri vulnus non autem lethale*, murmuró la hermosa y sabia cirujana. Dame el bálsamo y prepárame las hilas, Gillona.

Entretanto Gillona, á quien la reina acababa de dar esta nueva órden, habia ya enjugado y perfumado el pecho del jóven, y lo mismo habia hecho con sus brazos, formados como un modelo antiguo, con sus hombros, graciosamente echados hácia atrás, y con su cuello sombreado por espesos bucles, y que pertenecia mas bien á una estátua de mármol de Paros que al cuerpo mutilado de un hombre moribundo.

—¡Pobre jóven! murmuró Gillona contemplando no ya su buena obra, sino al que acaba de ser el objeto de ella.

—¿No es verdad que es hermoso? dijo Margarita con una franqueza verdaderamente *real*.

—Oh! sí, señora, pero me parece que en lu-

gar de dejarle así acostado en el suelo, debíamos levantarlo y tenderle sobre ese canapé, contra el cual solo está apoyado.

—Si, sí, dijo Margarita, tienes razon.

Y las dos jóvenes se inclinaron, y reuniendo sus fuerzas lograron levantar á la Mole, y le colocaron sobre una especie de gran sofá esculpido que se estendia delante de la ventana que entreabrieron para darle aire.

El movimiento hizo volver en sí á la Mole; escaló un suspiro, y entreabriendo los ojos, empezó á experimentar ese increíble bienestar, que acompaña todas las sensaciones de un herido, cuando al volver á la vida, encuentra la frescura en lugar de las llamas devorantes, y los perfumes del bálsamo, en lugar del tibio y nauseabundo olor de la sangre.

Murmuró algunas palabras inconexas, y Margarita respondió á ellas con una dulce sonrisa y poniendo un dedo sobre sus labios.

Resonó entonces en la habitacion el ruido de varios golpes dados á una puerta.

—¿Llaman á la puerta secreta, dijo Margarita.

—¿Quién puede venir, señora? preguntó Gillona asustada.

—Voy á ver, dijo Margarita: quédate tú con él y no le dejes solo un instante.

—Margarita volvió á entrar en su habitacion, y cerrandola puerta del gabinete, fué á abrir la que daba á la cámara del rey y á la de la reina madre.



—Madama de Sauve! exclamó retrocediendo con una espresion que indicaba sino el terror, al menos el aborrecimiento; tan cierto es que una muger no perdona nunca á otra muger que le robe el corazon de un hombre, ni aun el de aquel á quien ella no ama. ¡Madama de Sauve!

—Sí, magestad! respondió esta juntando las manos.

—¡Vos aquí, señora! continuó Margarita mas y mas admirada, y con un tono mas y mas imperativo.

Carlota cayó de rodillas.

—Señora! exclamó, perdonadme. Yo sé muy bien hasta qué punto soy culpable para con vos; pero si supiéseis... no es mia toda la culpa... una órden espresa de la reina madre...

—Levantáos, dijo Margarita, y como no creo que hayais venido con la esperanza de justificaros conmigo frente á frente, decidme: ¿á qué habeis venido?

—He venido, señora, continuó Carlota siempre de rodillas, y con ojos casi estraviados, he venido á preguntaros si estaba aquí *él*.

—Aquí? quién? De quién hablais, señora?... porque á la verdad no os comprendo.

—Del rey!

—Del rey! y osais perseguirle hasta en mi cámara? Sabeis muy bien que no viene aquí.

—¡Ah, señora! continuó la de Sauve, sin responder á todos estos ataques, y fingiendo que ni aun los sentía; ¡ah! pluguiese á Dios que estuviese aquí!

—¿Y por qué?

—Dios mío!... señora! porque están degollando á los hugonotes y el rey de Navarra es su jefe.

—Oh! exclamó Margarita tomando la mano de la Sauve y obligándola á levantarse, oh! y yo lo habia olvidado. Por otra parte, yo creia que un rey no podia correr los mismos riesgos que los demas hombres.

—Mas, señora, mil veces mas, gritó Carlota.

—En efecto, madama de Lorena me habia ya prevenido; le he dicho que no saliese. ¿Habrá salido acaso?

—No, no está en el Louvre. No se le encuentra y si no está aquí...

—No está.

—Oh! exclamó Carlota con una esplosion de dolor. Entonces.... está perdido, porque la reina madre ha jurado su muerte.

—Su muerte! ah! dijo Margarita, me aterrais; imposible!

—Señora, replicó madama de Sauve con esa energía que solo inspiran las grandes pasiones, os aseguro que no se sabe donde está el rey de Navarra.

—¿Y la reina madre dónde está?

—La reina madre me ha enviado á buscar á Mr. de Guisa y de Tavannes que estaban en su oratorio, y luego me ha despedido. Entonces.... perdonad, señora.... he vuelto á subir á mi cuarto y allí esperé.....

—A mi marido ¿no es verdad?

—Pero no ha venido, señora. Entonces le busqué por todos lados, y pregunté á todo el mundo por él. Solo un soldado me dijo que creia haberle distinguido, con la espada desnuda, en medio de los guardias que le acompañaban, pero esto habia sido un poco antes de empezar la matanza, y esta ha principiado ya hace una hora.

—Gracias, señora, dijo Margarita; y aunque tal vez el sentimiento que os impulsa á obrar así, sea para mí una nueva ofensa, gracias.

—Obl en ese caso perdonadme, señora, y me creceré mas fuerte con vuestro perdon, porque no me atrevo á seguiros ni aun de lejos.

Margarita le tendio la mano.

—Voy á ver á la reina Catalina, le dijo; volvedos á vuestra habitacion. El rey de Navarra está bajo mi salvaguardia, le he prometido alianza, y seré fiel á mi promesa.

—Pero ¿y si no podeis llegar hasta la reina madre?

—Entonces me volveré á mi hermano Cárlos, y será preciso que me permitan hablarle.

—Id, id señora, dijo Carlota dejando el paso libre á Margarita: id, y que Dios guie á V. M.

Margarita echó á andar por el corredor á pasos precipitados, pero apenas llegó al estremo de él, se volvió para asegurarse de que la Saave no se habia quedado atras: Carlota la seguia.

Luego que la reina de Navarra la vió subir la escalera que conducia á su habitacion, vol-

vió á continuar su camino hácia la cámara de la reina madre.

Un gran cambio se habia operado allí. En lugar de ese tropel de cortesanos que diariamente abría sus filas para dejar paso á la reina madre, saludándola respetuosamente, Margarita solo encontró algunas guardias, con partesanas enrojecidas y los vestidos manchados de sangre, y gentiles-hombres con las capas desgarradas y los semblantes ennegrecidos por la pólvora, que llevaban órdenes ó despachos. Unos entraban, otros salían, y todas estas idas y venidas transformaban las galerías en un terrible é inmenso hormiguero.

No por eso dejó Margarita de seguir adelante, y logró llegar hasta la antecámara de la reina madre, pero esta antecámara estaba guardada por dos filas de soldados que solo dejaban entrar á los que llevaban cierta contraseña. En vano intentó Margarita traspasar esta barrera viviente.

Vió abrirse y cerrarse muchas veces la puerta, y cada vez que se abría veía por la abertura á la reina Catalina rejuvenecida por la actividad, como si no tuviese mas que veinte años, escribiendo, recibiendo cartas, abriéndolas, dando órdenes, dirigiendo á estos una palabra, á aquellos una sonrisa, y á les que dirigía una sonrisa mas amable, eran los que estaban mas cubiertos de sangre y de polvo.

En medio de este gran tumulto que resonaba en el Louvre, y le llenaba de rumores espán-

losos, oíanse estallar los arcabuces que se disparaban en la calle con mayor furia.

—¡No podré llegar hasta ella! se dijo Margarita despues de haber hecho tres tentativas inútiles hácia los alabarderos. En lugar de estar aquí perdiendo el tiempo, vamos á buscar á mi hermano.

Pasó entonces el duque de Guisa: acababa de llegar á participar á la reina madre la muerte del almirante, y se volvía á la carnicería.

—Enrique! gritó Margarita: Enrique! ¿dónde está el rey de Navarra?

El duque la contempló con una sonrisa de admiracion, se inclinó sin responder, y salió con sus guardias.

Margarita corrió hácia un capitán que iba á salir del Louvre, y que antes de partir hacia cargar los arcabuces de sus soldados.

—El rey de Navarra? le preguntó; caballero, ¿dónde está el rey de Navarra?

—No lo sé... señora, respondió este. No soy de las guardias de S. M.

—Ah! mi querido René! gritó Margarita, reconociendo al perfumista de Catalina, vos..... vos, que salís de la habitación de mi madre... ¿sabéis dónde está mi marido?

—S. M. el rey de Navarra no es mi amigo, señora, y debiais recordarlo. Al contrario, dicen, añadió con una contracción que se parecia mas bien á un gesto que á una sonrisa, bien que osa acusarme de haber envenenado á su madre por orden de la reina Catalina.

—No, no, exclamó Margarita, no lo creais, mi buen René.

—Oh! poco importa, señora; respondió el perfumista, ni el rey de Navarra ni los suyos son de temer en este momento.

Y volvió la espalda á Margarita.

—Oh Mr. de Tavannes! Mr. de Tavannes! gritó Margarita, una palabra, sola una palabra, os lo suplico.

Tavannes, que pasaba entonces, se detuvo.

—¿Dónde está Enrique de Navarra? preguntó la jóven.

—A fé mia, le respondió en alta voz, creo que recorre la ciudad en compañía de los señores de Alençon y Condé.

Luego, tan bajo que solo Margarita pudiese oírle:

—Bella reina, si quereis ver á ese en cuyo lugar quisiera hallarme aun á costa de mi vida, id á llamar al gabinete de armas del rey.

—Gracias, Tavannes! dijo Margarita, que de cuanto Tavannes le acababa de decir solo habia entendido la indicacion principal; gracias!.... voy allá.

Y volvió á echar á correr murmurando:

—Oh! despues de lo que le he prometido, despues de lo bien que se ha portado conmigo cuando aquel ingrato Enrique estaba escondido en el gabinete, no puedo dejarle perecer.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# MARGARITA DE VALOIS.





**MARGARITA DE VALOIS,**

**NOVELA HISTORICA, ESCRITA EN FRANCES**

**POR**

**ALEJANDRO DUMAS,**

**Y TRADUCIDA AL CASTELLANO**

*por*

**R. A. G.**

---

**TOMO II.**

---

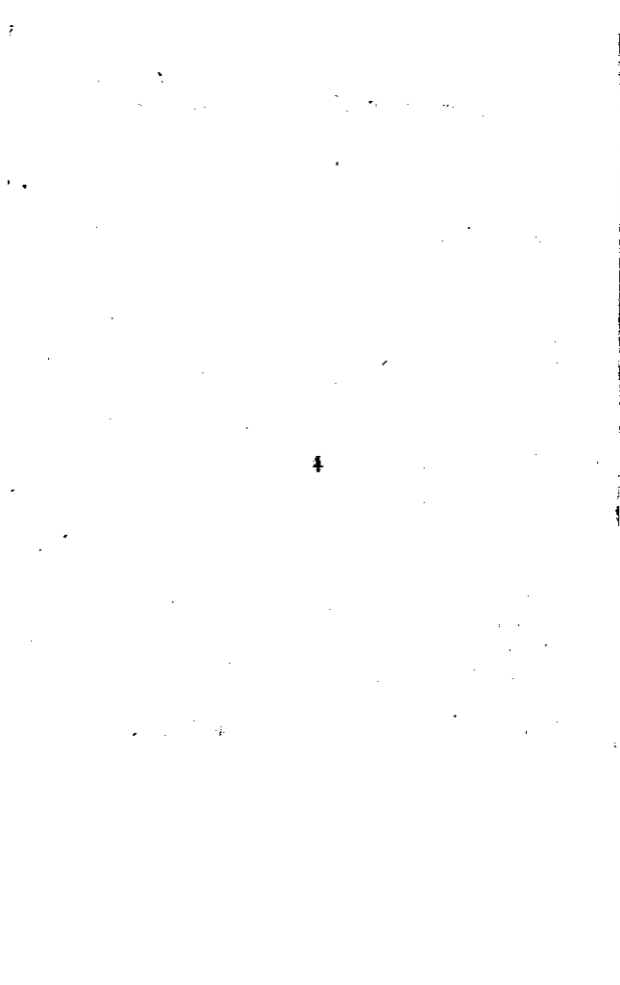
**SEVILLA.**

Imprenta de Gomez, editor, calle de la Muela,  
núm. 32. = 1849.





*La punta de la larga espada de la Mote, habia aparecido aguda y sangrienta por la espalda de Coconnas.*



---

# MARGARITA DE VALOIS.

---

## CAPITULO I.

*Muerte, misa ó Bastilla.*

**L**LAMÓ fuertemente á la puerta de las habitaciones del rey, pero estos aposentos estaban ceñidos interiormente por dos compañías de soldados.

—No se entra en la cámara del rey! gritó el oficial acercándose vivamente.

—Pero yo! dijo Margarita.

—La órden es general.

—Yo la reina de Navarra! yo su hermana!

—La consigna no admite escepciones, señora; tened la bondad de escusarme.

Y el oficial volvió á cerrar la puerta tras sí.

—Oh! está perdido, perdido! gritó Margarita alarmada á la vista de tantas figuras siniestras que cuando no respiraban venganza, indicaban la inflexibilidad: sí, sí, ya lo comprendo todo... se han servido de mí como de un mancebo..... yo soy el lazo, con que se coje, con que se degüella á los hugonotes... oh! entraré, entraré aunque me haga matar!

Y Margarita corria como una loca por los corredores y por las galerías, cuando al pasar por delante de una puertecita oyó un cántico dulce y tan monotonó, que casi era lúgubre. Era un salmo calvinista que entonaba en la estancia vecina una voz temblorosa.

La nodriza de mi hermano, la buena Madelon... ahí está! exclamó Margarita hiriéndose la frente como iluminada por una idea súbita, ahí está..... Dios de los cristianos, ayúdame!

Y Margarita llamó dulcemente á la puertecita con el corazón lleno de esperanza.

En efecto, despues del aviso que le habia dado Margarita, despues de su conversacion con René, despues de su salida de la cámara de la reina madre, á la que habia querido oponerse como un buen génio la pobre perrita Thibé, Enrique de Navarra habia encontrado

algunos gentiles-hombres católicos, que bajo el pretesto de hacerle los honores, habían vuelto á conducirlo á su habitacion, donde le aguardaban unos veinte caballeros hugonotes, que se habían reunido en la cámara del jóven príncipe, y que una vez reunidos, estaban resueltos á no abandonarle mas... Tan cierto es que el presentimiento de esta noche fatal había penetrado en el Louvre algunas horas antes. Estos caballeros permanecieron así largo rato, sin que nadie intentase turbarlos en lo mas mínimo; pero á la primera vibracion de la campana de Saint-Germain l' Auxerrois que resonó en todos estos corazones como un tañido fúnebre, entró súbitamente Tavannes, y en medio de un silencio sepulcral anunció á Enrique que el rey Carlos IX quería hablarle.

No había que intentar resistencia; nadie pensó en eso siquiera; oíanse crujir los techos, las galerías y los corredores del Louvre bajo los pies de los soldados, reunidos ya en los patios, ya en las habitaciones, en número de cerca de dos mil. Enrique despues de haberse despedido de sus amigos, á quienes no había de volver á ver, siguió á Tavannes que le condujo á una galería pequeña y contigua á la cámara del rey, donde le dejó solo, desarmado y con el corazon lleno de desconfianza.

El rey de Navarra contó de este modo minuto por minuto dos horas mortales, escuchando con un terror que se aumentaba por instantes, el ruido de la campana que tocaba á arrebato,

y el de los tiros de arcabuz que se oían sin interrupcion; viendo al través de un postigo envidriado, pasar al resplandor del incendio y á la oscilacion de las antorchas, los infelices que huían y los asesinos que corrian en pos de ellos; sin comprender nada de estos clamoreos de agonizantes, ni de estos gritos de desolacion, en fin, sin poder sospechar el horrible drama que se ejecutaba en este momento, á pesar del profundo conocimiento que tenia del carácter del rey Carlos IX, de la reina madre y de el duque de Guisa.

Enrique no tenia valor físico, pero tenia lo que valia mas que eso... tenia valor moral: al mismo tiempo que temia el peligro, le hacia frente sonriendo, pero era el peligro del campo de batalla, el peligro al aire libre y en dia claro, el peligro á la vista de todo el mundo, cuando le acompaña la ruidosa armonía de las trompetas, y la voz sorda y vibrante de los tambores.... Pero allí, allí estaba solo, desarmado, encerrado, perdido en una semi-oscuridad, apenas suficiente para distinguir al enemigo que podia deslizarse hasta él, y al hierro que quisiera herirle. Estas dos horas fueron para él tal vez las mas crueles de su vida.

En lo mas fuerte del tumulto, y cuando Enrique empezaba á comprender que segun todas las probabilidades se trataba de una matanza organizada, vino un capitán á buscar al príncipe, y le condujo por un corredor hasta la cámara del rey. Apenas se acercaron, abrióse la



puerta por sí sola, y cerróse tras ellos apenas entraron.... todo como por magia. Luego el capitán condujo á Enrique hasta Carlos IX que estaba entonces en su gabinete de armas.

Cuando llegaron estaba el rey sentado en un gran sillón, las dos manos apoyadas sobre los brazos de su asiento, y la cabeza caída sobre el pecho. Al oír el ruido que hicieron los recién-llegados, Carlos IX levantó su frente, sobre la cual vió Enrique correr abundantes gotas de sudor.

—Buenas noches, Enriquito! dijo brutalmente el joven rey: La Chastre, dejadnos.

El capitán obedeció.

Durante este momento, Enrique lanzó en redor suyo una mirada inquieta, y vió que estaba solo con el rey.

De repente Carlos IX se levantó.

—Por Dios! exclamó echando hácia atrás con un gesto rápido sus cabellos rubios, y enjugándose la frente al mismo tiempo, estais contento porque estais cerca de mí, ¿no es verdad Enriquito.

—Sin duda, sire, respondió el rey de Navarra, soy siempre feliz cuando me hallo cerca de V. M.

—¿Mas contento que de estar allá.... abajo, eh? replicó Carlos IX respondiendo mas bien á su propio pensamiento que al cumplido de Enrique.

—Sire, no os comprendo, dijo el rey de Navarra.

—Mirad y comprendereis.

Y con un movimiento rápido Carlos IX corrió, ó mas bien saltó hacia la ventana. Atrayendo hacia sí á su cuñado, mas y mas atemorizado, le mostró el horrible perfil de los asesinos que degollaban ó ahogaban sobre el pavimento de una lancha todas las víctimas que les traian á cada instante.

—Pero, en nombre del cielo! exclamó Enrique pálido y aterrado, qué es lo que sucede en esta noche?

—Esta noche, caballero, me desembarazan de todos los hugonotes. ¿Véis allá abajo, mas allá del palacio de Borbon, esa humareda y esa llama? Es el humo y la llama de la casa del almirante que están quemando. ¿Véis ese cuerpo que los buenos católicos arrastran sobre un jergon desgarrado? Pues es el cuerpo del yerno del almirante, el cadáver de vuestro amigo Teligny.

—Oh! qué quiera decir esto? exclamó el rey de Navarra buscando inútilmente á su lado la empuñadura de su daga, y temblando de vergüenza y de cólera á la vez, porque conocia que le amenazaban y se burlaban de él al mismo tiempo.

—Quiere decir, gritó Carlos IX furioso, sin transicion y palideciendo de una manera espantosa, quiere decir que no quiero ya mas hugonotes en rededor mio. ¿Lo oís, Enrique? Soy yo el rey? Soy yo el amo?

—Pero magestad....

—Mi magestad mata y destroza en esta hora todo lo que no es católico; es mi gusto. Sois católico? gritó Cárlos, cuya cólera creciente subía como una marea terrible.

—Sire, respondió Enrique, recordad vuestras mismas espresiones: «qué me importa que el que me sirve bien, pertenezca á una ó á otra religion.»

—Ah! ah! exclamó Cárlos soltando una carcajada siniestra; ¿dices, Enriquito, que recuerde mis espresiones? «Verba volant» como dice mi hermana Margarita. Y todos esos? añadió señalándole con el dedo la ciudad, esos no me habian servido bien? ¿No eran valientes en el combate, prudentes en el consejo, y prontos siempre á sacrificarse? Todos eran vasallos útiles; pero eran hugonotes, y yo no quiero mas que católicos.

Enrique permaneció mudo.

—Hola! comprended, Enriquito, gritó Cárlos IX.

—Sire, ya he comprendido.

—Y bien?

—Y bien! Sire, yo no veo una razon para que el rey de Navarra haga lo que tantos caballeros y tantos infelices no han hecho. Porque en fin, si mueren todos estos desgraciados, es porque tambien les han propuesto lo que V. M. me propone, y que se han negado á hacerlo como yo me niego.

Cárlos asió del brazo al jóven príncipe, y clavando sobre él una mirada cuyo débil bri-

llo se cambió poco á poco en una luz centelleante y leonada, le dijo:

—Ah! crees tú que yo me tome el trabajo de ofrecerles la misa á esos que degüellan allá abajo?

—Sire, le dijo Enrique desenlazando su brazo, ¿no morireis vos en la religion de vuestros padres?

—Sí! por la muerte de Dios! y tú?

—Pues bien, yo hago lo mismo, sire.

Cárlos lanzó un grito sordo de rábía, y tomó con mano temblorosa su arcabúz que estaba colocado sobre una mesa.

Enrique encolado contra los tapices, tenia la frente cubierta por el sudor de la angustia, pero gracias á ese poder que conservaba sobre sí mismo, tranquilo en la apariencia, observaba todos los movimientos del terrible monarca, con el ávido estupor del pájaro fascinado por la serpiente.

Cárlos armó su arcabuz, y pateando con un furor ciego:

—Quereis la misa? gritó deslumbrando á Enrique con el reflejo del arma fatal.

Enrique permaneció mudo aun.

Cárlos hizo estremecerse las bóvedas del Louvre con un juramento el mas terrible que han pronunciado nunca los labios de un hombre, y su tez algo pálida se puso completamente lívida.

—Muerte! misa! ó Bastilla! gritaba, apuntando con su arcabuz al rey de Navarra.

—Oh sire! exclamó Enrique, me matareis? á mí, á vuestro cuñado?

Merced á esa imaginacion incomparable que era una de las mas poderosas facultades de su organizacion, Enrique acababa de eludir la respuesta que le pedia Cárlos IX; porque sin duda, si la respuesta hubiese sido negativa, Enrique habria muerto.

De modo que como despues de los primeros parasismos de cólera se siente inmediatamente el dominio de la reaccion, Cárlos IX no reiteró la pregunta que acababa de hacer al príncipe de Navarra, y despues de un momento de duda durante el cual dejó oír un ruido sordo, se volvió hácia la ventana abierta y apuntó con su arcabuz á un hombre que corria sobre el lado opuesto del muelle.

—Es preciso que yo mate á alguno! gritó Cárlos IX lívido como un cadáver y con los ojos sanguinolentos, y soltando el tiro, abatió al hombre que pasaba corriendo.

Enrique lanzó un gemido.

Cárlos, animado por un ardor espantoso, cargó y disparó sin descanso su arcabuz, lanzando gritos de alegría cada vez que el tiro habia muerto alguno.

—Ya no hay esperanza! se dijo el rey de Navarra; cuando ya no tenga nadie á quien matar, me matará á mí.

—Y bien! dijo súbitamente una voz detras de los príncipes, ¿está hecho ya?

Era Catalina de Médicis, que durante la úl-

Una detonacion habia entrado sin ser vista.

—¡No! mil truenos de infierno! dijo Cárlos IX exhalando una especie de rujido, y arrojando su arcabuz por el suelo.... No!.... el porfiado! no quiere....

Catalina no respondió y volvió lentamente los ojos hácia el sitio donde permanecía Enrique, tan inmóvil como una de las figuras del tapiz contra el cual se habia apoyado.

Entonces lanzó sobre Cárlos una mirada que queria decir:

—Por qué vive todavia?

—Vive.... vive.... murmuró Cárlos IX que comprendió perfectamente la mirada de Catalina, y que se apresuró á responder á ella, sin dudar; vive, porque.... es mi pariente.

Catalina se sonrió.

Enrique vió esta sonrisa, y conoció que era Catalina á quien tenia que hacer frente.

—Señora, la dijo, ya veo que todo esto viene de vos, y no de mi hermano Cárlos; sí, sois vos, vos, la que habeis imaginado cogermé en el lazo; vos la que habeis imaginado hacer de vuestra hija el cebo que debia perdernos á todos; vos en fin, la que me habeis separado de mi esposa para que ella no tuviese el disgusto de verme matar á sus propios ojos.

—Sí! pero eso no será! exclamó otra voz palpitante y apasionada que Enrique reconoció al instante, y que hizo estremecerse á Cárlos IX y Catalina, á aquel de sorpresa y á esta de furor.

—Margarita exclamó Enrique.

—Margarita dijo Carlos IX.

—Mi hija! murmuró Catalina.

—Señor, dijo Margarita á Enrique, vuestras últimas palabras me acusaban... teniais razon, y al mismo tiempo érais injusto. Razon porque yo soy en efecto el instrumento de que se han servido para perderos á todos. Erais injusto, porque yo ignoraba que camináseis hácia vuestra perdicion. Yo misma, señor, tal como me veis, debo la vida á la casualidad. Tal vez al olvido de mi madre; pero apenas supe vuestro peligro, recordó mis deberes. El deber de una esposa es el de participar de la suerte de su marido. ¿Os destierran? Os sigo en vuestro destierro. ¿Os aprisionan? Me hago prisionera. ¿Os matan? Pues muero.

Y tendió á su esposo una mano, que Enrique estrechó, si no con amor, al menos con reconocimiento.

—Ah pobre Margarita! dijo Carlos IX, harías mucho mejor en aconsejarle que se hiciese católico.

—Sire, respondió Margarita con esa altiva dignidad que le era natural, creedme... por vuestro mismo honor no exijais una cobardía semejante de un príncipe de vuestra casa.

—Catalina lanzó sobre Carlos una mirada significativa. Hermano mio! exclamó Margarita que comprendia tan bien como Carlos IX la terrible pantomima de Catalina, hermano mio, recuerda que tú mismo le has hecho mi esposo.

Cárlos IX cojido entre la mirada imperativa de Catalina, y la mirada suplicante de Margarita, como entre dos principios opuestos, permaneció un instante indeciso... al fin, Oromasa pudo mas. (1)

—A la verdad, señora, dijo inclinándose hácia la oreja de su madre, Margarita tiene razon y Enrique es mi cuñado.

—Si, respondió Catalina aproximándose á su vez al oido de su hijo, sí... pero si no lo fuese?

## CAPITULO II.

### *La espina blanca del cementerio de los inocentes.*

**V**UELTA ya á su habitacion Margarita, trató en vano de adivinar la palabra que Catalina de Médicis habia pronunciado al oido de Cárlos IX, y que habia suspendido el terrible consejo de vida ó muerte que se celebraba en aquel momento.

Una gran parte de la mañana la empleó en curar á la Mole, y la otra en descifrar un enigma que su imaginacion no podia comprender.

---

(1) «Oromasa,» Dios, principio de todo bien, segun Zoroastro. (N. de la T.)



El rey de Navarra habia quedado preso en el Louvre.

Los hugonotes eran perseguidos sin descanso.

A la noche terrible habia sucedido un dia de matanza mas horrible todavia. Las campanas no tocaban ya á arrebato, sino que convocaban al *Te Deum*; y aquellos alegres acentos del bronce sonoro, resonando en medio del asesinato y del incendio, eran mas tristes á la luz del sol, que lo habia sido durante la oscuridad el tañido fúnebre de la noche precedente.

No era esto todo; acababa de suceder una cosa admirablemente estraña: una espina-blanca, que habia florecido en la primavera, y que como de costumbre habia perdido con el mes de junio su oloroso tocado, acababa de refloreecer durante la noche, y los católicos que veían un milagro en este suceso, y que para popularizar este milagro tomaban á Dios por su cómplice, iban en procesion al cementerio de los inocentes, que era donde florecia la espina-blanca, llevando á la cabeza de la comitiva todas sus cruces y banderas.

Esta especie de aprobacion del cielo por la degollacion que se estaba ejecutando, habia redoblado el ardor de los asesinos. En tanto que la ciudad ofrecia en cada calle, en cada callejon, en cada plaza una escena de desolacion, el Louvre habia servido de tumba comun á cuantos protestantes se habian hallado dentro de él en el momento de la señal.

Solo habian quedado vivos el rey de Navarra, el príncipe de Condé, y Mr. de la Mole.

Tranquila ya respecto á la Mole, cuyas heridas, como ella misma habia dicho, eran peligrosas pero no mortales, solo una idea preocupaba vivamente á Margarita. Salvar la vida de su esposo que continuaba aun en peligro. Sin duda que el primer sentimiento que se apoderó del corazon de la esposa era un sentimiento de compasion y lealtad hácia un hombre al cual acababa de jurar si no amor, al menos alianza, como ella misma se lo habia dicho al Bearnés. Pero en pos de este sentimiento *destizóse* otro menos puro en el corazon de la reina.

Margarita era ambiciosa; Margarita habia visto casi una certidumbre de reinar casandose con el jóven Enrique de Borbon. La Navarra, ostigada por los reyes de Francia de un lado, y por los de España del otro, acabaron por llevarse trozo á trozo, la mitad de su territorio, podia, si Enrique de Borbon realizaba las esperanzas de valor que habia hecho concebir en las pocas ocasiones que habia sacado la espada, llegar á ser un reino real, teniendo por vasallos á los hugenotes de Francia. Gracias á su imaginacion fina y elevada, Margarita lo habia calculado y previsto todo. Perdiendo á Enrique, no solo perdía un marido, sino un trono.

Estaba la jóven reina sumergida en lo mas profundo de sus reflexiones, cuando oyé llar-

mar á la puerta del corredor secreto. Margarita se estremeció, porque solas tres personas podian entrar por esta puerta, el rey, la reina madre y el duque de Alençon. Entreabrió la puerta del gabinete, llevó un dedo á los labios para recomendar el silencio á Gillena y á la Mole, y fué á abrir la puerta.

El que llegaba era el duque de Alençon. Este jóven habia desaparecido la víspera. Durante un segundo Margarita habia pensado en reclamar su intercesion en favor del rey de Navarra, pero una idea terrible le detuvo. Este matrimonio se habia hecho contra su voluntad, Francisco detestaba á Enrique, y solo se conservaba neutral para con el Bearnés, porque estaba convencido de que Margarita y su esposo estaban aun separados. La menor muestra de interés que Margarita manifestase hácia su esposo, podia en lugar de alejarlos, acercar á su pecho uno de los tres puñales que le amenazaban.

Al ver al jóven príncipe, Margarita se estremeció, mucho mas que si hubiera visto al rey Carlos IX, ó á la misma reina madre. Al verle, nadie diría que pasase ni en la ciudad, ni en el Louvre nada de terrible: estaba vestido con su elegancia acostumbrada. Sus vestidos cesaban esos perfumes que Carlos IX despreciaba, pero de los que hacian un uso continuo tanto él como el duque de Anjou. Solo un ojo ejercitado en observar como lo estaba el de Margarita, podia notar que á pesar de su pali-

dez, mayor que la de costumbre, á pesar del ligero temblor que agitaba las estremidades de sus manos, tan bellas y tan cuidadas como las de una muger, el duque de Alençon encerraba en el fondo de su corazon un sentimiento de gozo.

Su entrada fué como era siempre. Accreóse á su hermana para abrazarla, y Margarita, en lugar de ofrecerle sus mejillas para que las besase, como habria hecho si fuese al rey Carlos ó al duque de Anjou, se inclinó y le presentó la frente.

El duque de Alençon ecsaló un suspiro; y posó sus lábios pálidos sobre la frente que le presentaba Margarita.

Luego tomando un sillón, se puso á referir á su hermana los saugrientos pormenores de aquella noche. La muerte lenta y terrible del almirante, la muerte instantánea de Teligny, que herido de una bala lanzó en un segundo su último suspiro. Se detuvo, se complació en explicar menudamente todos esos saugrientos detalles de aquella noche, con ese amor á la sangre, que era una particularidad así en él, como en sus dos hermanos.

Margarita le dejó hablar.

Luego que el príncipe lo hubo dicho todo, calló.

—Si habeis venido á visitarme, no es solo para hacerme esta narracion, ¿no es verdad, hermano mio? preguntó Margarita.

—¿Teneis que comunicarme alguna otra cosa?

—No, respondió el duque; espero....

—¿Qué esperais?

—¿No me habeis dicho, querida Margarita, mi bien amada, respondió el duque acercando su sillón al de su hermana, que este matrimonio con el rey de Navarra se hacia contra vuestra voluntad?

—Sí, sin duda. Yo no conocia al príncipe de Bearnés cuando me le han propuesto por esposo.

—¿Y despues que le conoceis, no me habeis asegurado que no os inspiraba el mas ligero sentimiento de amor?

—Es verdad que os lo he dicho.

—¿No érais de opinion de que este matrimonio haria vuestra desgracia?

—Mi querido Francisco, dijo Margarita, cuando un matrimonio no es la felicidad suprema, es siempre la suprema desdicha.

—Y bien, querida Margarita, he ahí porqué os digo que espero.

—Pero ¿qué esperais? decid.

—Que me manifesteis vuestra alegría.

—De qué debo alegrarme?

—De esta ocasion inesperada que se os presenta de recobrar la libertad.

—Mi libertad! respondió Margarita que queria forzar al príncipe á descubrir hasta el fondo su pensamiento.

—Sin duda, vuestra libertad.... vais á ser separada del rey de Navarra.

—Separada! dijo Margarita fijando los ojos en el príncipe.

El duque de Alençon quiso sostener la mirada de su hermana, pero bien pronto separó sus ojos de ella con la mayor turbacion.

—Separada! repitió Margarita: veamos, hermano mio, veamos como es esto, porque me alegro mucho de que me pongais en el caso de profundizar la cuestion; ¿y cómo piensan separarnos?

—Pero.... marmuró el duque, Enrique es hugonote.

—Sin duda; pero él no hizo nunca misterio de su religion, y eso todo el mundo lo sabia cuando nos han casado.

—Sí, pero despues de vuestro matrimonio, ¿qué ha hecho Enrique, hermana mia? dijo el duque, sin poder evitar que un rayo de alegría iluminase su semblante.

—Lo sabeis mejor que nadie, Francisco, pues que ha pasado los días casi siempre con vos, tan pronto á caza como al mallo, como á la pelota.

—Los días, sin duda, replicó el duque: los días.... pero ¿y las noches?

Margarita calló, y entonces fué ella quien bajó los ojos.

—Las noches? continuó el duque de Alençon, ¿las noches?

—¿Y bien, qué? preguntó Margarita conociendo que al fin era preciso responder alguna cosa.

—Las noches las ha pasado con madama de Sauve.

—¿Y cómo lo sabeis vos? exclamó Margarita.

—Lo sé porque tenía interés en saberlo, respondió el joven príncipe palideciendo, y desgarrando los bordados de sus mangas.

Margarita empezó entonces á comprender la palabra que Catalina había dicho por lo bajo á Carlos IX, pero fingió ignorarlo todo.

—Por qué me decís esto, hermano mio? le respondió con una espresion melancólica perfectamente fingida. Es acaso para recordarme que nadie me ama aquí, nadie, ni los que la naturaleza me ha dado por protectores, ni el que la iglesia me ha dado por esposo.

—Sois injusta, dijo vivamente el duque de Alençon, acercando aun mas su sillón al de su hermana, yo os amo, y os protejo.

—Hermano mio! dijo Margarita mirándole fijamente, sin duda tenéis algo que decirme de parte de la reina madre.

—Yo! os engañais, hermana mia; os lo juro, pero, ¿qué es lo que puede haceros creer eso?

—Lo que puede hacérmelo creer es que rompéis la amistad que os ligaba á mi esposo, y el ver que abandonais la causa del rey de Navarra.

—La causa del rey de Navarra! repitió Francisco cortado.

—Sí; escuchad Francisco, hablemos francamente.

Veinte veces habeis convenido ambos en que no podeis elevaros ni aun sosteneros sino unidos. Esta alianza....

—Se ha hecho imposible, hermana mia, la

interrumpió el duque de Alençon.

—Y por qué?

—Porque el rey tiene algunos proyectos acerca de vuestro esposo.... ¡perdon! cuando digo vuestro esposo, me engaño. Respecto á Enrique de Navarra debia decir. Nuestra madre lo ha adivinado todo.

Yo me aliaba á los hugonotes, porque los creia en privanza. Pero he aquí que matan á los hugonotes, y dentro de ocho dias no quedarán cincuenta en todo el reino. Yo tendia la mano al rey de Navarra porque le creí vuestro marido.... pero hé aquí que ya no es vuestro marido. ¿Qué teneis que decir á esto vos, vos que sois no solamente la muger mas hermosa de Francia, sino el mayor genio del reino?

—Tengo que decir, respondió Margarita, que conozeo muy bien á mi hermano Carlos. Le he visto ayer en uno de esos accesos de frenesí que cada uno le roba diez años de vida. Tengo que decir que estos accesos se renuevan ahora por desgracia muy frecuentemente, por lo que segun toda probabilidad, mi hermano Carlos no vivirá largo tiempo. Tengo que decir que el rey de Polonia acaba de morir y que se trata con mucho interés de elegir en su lugar un príncipe de la casa de Francia: tengo que decir en fin, que cuando las circunstancias se presentan así, no es este el momento de abandonar aliados que en la hora del combate pueden sostenernos con el concurso de un pueblo y el apoyo de un reino.



—Y vos, exclamó el duque, no me habeis hecho una traicion mayor, prefiriendo un extranjero á vuestro hermano?

—Esplicáos, Francisco: ¿en qué y cómo os he hecho traicion?

—Habeis pedido ayer al rey la vida del rey de Navarra.

—Y bien? preguntó Margarita con una candidez fingida.

El duque se levantó preeipitadamente, dió dos ó tres vueltas por la habitacion con aire espantado, y luego volvió y tomó la mano de Margarita.

Esta mano estaba crispada y fria.

—Adios hermana mia, la dijo, no habeis querido comprenderme; no echeis pues la culpa á nadie de las desgracias que os sucedan.

Margarita palideció, pero permaneció inmóvil en su sitio y vió salir al duque de Alençon, sin hacerle la menor seña para detenerle; pero apenas le habia perdido de vista en el corredor, le vió volver.

—Escuchad, Margarita, le dijo, se me olvidaba deciros una cosa; mañana á estas horas el rey de Navarra estará muerto.

—Margarita arrojó un grito; la idea de que ella era el instrumento de un asesinato, le causaba un horror que no podia soportar.

—Y no impedireis esa muerte? le preguntó la jóven, ¿no salvaréis á vuestro mejor y mas fiel aliado!

—Desde ayer, ya no es mi aliado el rey de Navarra.

—Y quién es entonces vuestro aliado?

—Mr. de Guisa!... Destruyendo á los hugonotes, se ha hecho Mr. de Guisa rey de los católicos.

—¡Y el hijo de Enrique II reconoce por su rey á un duque de Lorena!...

—Es mal dia para vos, Margarita, no comprendéis nada.

—Confieso que me esfuerzo en vano en leer vuestros pensamientos.

—Hermana mia, vos sois de tan buena casa como la princesa de Porcian; Mr. de Guisa es un mortal como el rey de Navarra; y bien, Margarita, suponed ahora tres cosas, todas tres posibles: la primera, que el duque de Anjou sea elegido rey de Polonia; la segunda, que me ameis como os amo... y bien! yo soy rey de Francia, y vos... vos... reina de los católicos.

Margarita ocultó su cabeza entre las manos deslumbrada por los profundos cálculos de este adolescente, á quien nadie se atrevia á llamar «una inteligencia.»

—Pero, preguntó la reina despues de un momento de silencio, ¿no tenéis celos del duque de Guisa, como del rey de Navarra?

—Lo que está hecho, está hecho! dijo el duque de Alençon con voz sorda; y si tenia por qué tener celos del duque de Guisa... bien!... ya los he tenido.

—Una cosa hay, sin embargo, que puede impedir el buen éxito de este hermoso plan,

hermano mio, dijo Margarita levantándose.

—Cuál?

—Que ya no amo al duque de Guisa.

—Y á quien amais entonces?

—A nadie!

El duque de Alençon miró á Margarita con toda la espresion de un hombre que á su vez no podia comprender lo que se le decia, y salió de la habitacion exhalando un suspiro y oprimiendo con su mano helada su frente pálida, que parecia estar pronta á estallar de dolor.

Margarita se quedó sola y pensativa. La situacion empezaba á presentarse clara y precisa ante sus ojos; el rey habia permitido hacer la Saint-Barthelemy; la reina Catalina y el duque de Guisa la habian hecho. El duque de Guisa y el de Alençon iban á reunirse para sacar de ella el mejor partido posible. La muerte del rey de Navarra era una consecuencia natural de esta gran catástrofe. Una vez muerto el rey de Navarra, la Francia se apoderaba de su reino, Margarita quedaba, pues, viuda... sin trono y sin poder, no teniendo otra perspectiva que un cláustro, donde ni siquiera tendria el triste consuelo de llorar un esposo, que nunca habia sido su marido.

Aquí llegaba la jóven de sus reflexiones, cuando la reina Catalina le envió á preguntar, si no queria acompañar la córte en su peregrinacion á la espina-Blanca del cementerio de los Inocentes.

El primer pensamiento de Margarita fué rehusar esta cabalgata; pero la idea de que esta salida le daría quizá ocasión de saber algo de nuevo sobre el destino del rey de Navarra, la decidió. Respondió, pues, en consecuencia, que si querían tenerle un caballo pronto, tendría un gran placer en acompañar á sus magestades al cementerio de los Inocentes.

Cinco minutos despues llegó un page á anunciarle que si quería tomarse la molestia de bajar, la comitiva iba á ponerse en marcha. Margarita hizo una seña á Gillona recomendándole el herido; y bajó la escalera.

El rey, la reina madre, Tavannes y los católicos principales estaban á caballo ya. Margarita arrojó una mirada rápida sobre este grupo, que se componía de unas veinte personas poco mas ó menos: el rey de Navarra no estaba allí.

Pero estaba madama de Sauve: las dos jóvenes cambiaron una mirada, y Margarita comprendió que la querida de su esposo tenía alguna cosa que comunicarle.

Pusiéronse al fin en marcha, llegando á la calle de San Honoré por la de Lastruce. A la vista del rey, de la reina Catalina y de los católicos principales, el pueblo se había reunido, y siguiendo la comitiva, gritaba como una marea creciente: «Viva el rey! viva la misa! muerte á los hugonotes.»

Estos gritos iban acompañados de espadas

rojas de sangre que se blandian en el aire, y de arcabuces humeantes que indicaban la parte que cada uno habia tomado en el siniestro suceso que acababa de aterrar á Paris.

Al llegar á la altura de la calle de Prouvelles, hallaron algunos hombres que arrastraban un cadáver sin cabeza. Este cadáver era el del almirante, á quien estos hombres iban á ahorcar por los pies en Montfaucon.

Entraron en el cementerio de los Inocentes por la puerta que se abria enfrente de la calle de Chasps, hoy calle des Dechargeurs. El clero, prevenido ya de que iba á recibir una visita del rey y de la reina madre, aguardaba á sus magestades para arengarlas.

Madama de Sauve se aprovechó del momento en que Catalina escuchaba la arenga, para acercarse á la reina de Navarra y pedirle permiso para besar su mano. Margarita estendió el brazo hácia ella. Madama de Sauve acercó sus labios á la mano de la reina, y al mismo tiempo que la besaba, le introdujo en la abertura de la manga un papelito arrollado cuidadosamente.

Por muy rápida y muy disimulada que fuese la retirada de madama de Sauve, Catalina la percibió, y se volvió hácia ella en el momento en que su dama de honor besaba la mano de la reina.

Las dos jóvenes vieron esta mirada que penetraba hasta ellas como un relámpago, pero ambas permanecieron impasibles. Despues

madama de Sauve se alejó de Margarita, y volvió á ocupar su puesto cerca de Catalina. Luego que contestó al discurso que le habían dirigido, Catalina se sonrió, é hizo una seña con la mano á la reina de Navarra para que se acercase á ella.

Margarita obedeció,

—Hola! hija mia, dijo la reina madre con su dialecto italiano, grande amistad teneis con madama de Sauve.

Margarita se sonrió, y dando á su hermoso rostro la espresion mas amarga que le fué posible:

—Sí madre mia, le respondió, la serpiente ha venido á mordirme en la mano.

—Ah! ah! dijo Catalina sonriendo, me parece que teneis celos.

—Os engañais, señora, respondió Margarita. Tan cierto es que no tengo celos del rey de Navarra como que el rey de Navarra no me ama. Solamente que sé distinguir mis amigos de mis enemigos. Amo al que me ama y detesto al que me detesta. Sin eso, ¿seria yo vuestra hija?

Catalina se sonrió de un modo que hiciese comprender á Margarita que si habia tenido alguna sospecha ya se habia disipado.

La llegada de nuevos peregrinos atrajo en este momento la atencion de la augusta asamblea. El duque de Guisa llegaba escoltado por una tropa de gentiles-hombres, sofocados aun por la reciente carnicería. Estos caballeros es-

coltaban una litera ricamente entapizada que se detuvo enfrente del rey.

—La duquesa de Nevers! gritó Carlos IX. ¡Hola! veamos esa bella y fiera católica, que venga á recibir nuestras felicitaciones. ¿Sabeis, primita, que me han dicho que habíais disparado sobre los hugonotes desde vuestra ventana, y aun mas, que habíais muerto á uno de una pedrada?

La duquesa de Nevers se sonrojó extraordinariamente.

—Sire, respondió la jóven en voz baja y viniendo á arrodillarse delante del rey, al contrario, el que he tenido la dicha de recoger es un católico herido.

—Bien, bien, prima mia, hay dos maneras de servirme bien: una esterminando á mis enemigos, y la otra socorriendo á mis amigos. Se ha hecho lo que se ha pedido, estoy seguro de que si hubiérais podido hacer mas, lo habíais hecho.

Entretanto, el pueblo que veía la buena armonía que reinaba entre la casa de Lorena y Carlos IX, gritaba con el mayor ardor: «Viva el rey! Viva el duque de Guisa! Viva la misa!»

—Volveis al Louvre con nosotros, Enriqueeta? dijo la reina madre á la hermosa duquesa.

Margarita dió con el codo á su amiga que comprendió al instante esta seña y respondió.

—No señora, á no ser que V. M. me lo ordene. Porque tengo que hacer en la ciudad con S. M. la reina de Navarra.

—Y qué es lo que vais á hacer? preguntó Catalina.

—Vamos á ver unos libros griegos muy viejos pero muy curiosos que se hallaron en casa de un párroco protestante, y que se han trasportado ahora á la torre de Saint-Jacques-la-boucherie, respondió Margarita.

—Hariais mucho mejor en ir á ver arrojar los últimos hugonotes desde lo alto del puente de los Molinos al Sena, dijo Carlos IX. Allí es donde deben estar los buenos franceses.

—Si V. M. tiene placer en eso, iremos, respondió la duquesa de Nevers.

Catalina arrojó sobre las dos jóvenes una mirada de desconfianza. Margarita que estaba en acecho la interpretó, y volviéndose á un lado y á otro con aire preocupado, arrojó en rededor suye miradas inquietas.

Esta inquietud fingida ó real, fué al instante observada por Catalina.

—Qué buscais? la dijo.

—Busco.... lo que no veo ya.

—Y qué buscais que no veis ya?

—La Sauve! respondió Margarita. ¿Habrá vuelto acaso al Louvre?

—Cuando yo te digo que tienes celos.... dijo Catalina al oido de su hija. Oh! bestia!.... Vamos, vamos Enriqueta, llevaos la reina de Navarra, continuó alzando las espaldas.

Margarita fingió aun seguir mirando en rededor, luego inclinándose hácia el oido de Enriqueta:



—Llévame pronto, la dijo. Tengo que comunicarte cosas de la mas alta importancia.

La duquesa hizo una reverencia á Cárlos IX y á Catalina. Luego inclinándose delante de la reina de Navarra, la dijo:

—Tendrá V. M. la bondad de subir á mi litera?

—Con mucho placer. Solamente que os obligais á hacerme conducir al Louvre.

—Mi litera y mis gentes, están lo mismo que yo, á las órdenes de V. M.

La reina Margarita subió á la litera, é hizo una seña á la duquesa de Nevers, que subió tambien, y que se sentó respetuosamente en la delantera.

Catalina y sus gentiles-hombres se volvieron al Louvre por el mismo camino por donde habian venido. Durante el camino la reina madre hablaba sin cesar al oido del rey, designándole varias veces á madama de Sauve.

Y cada vez que Catalina hablaba, el rey se reia con esa risa peculiar á Cárlos IX, es decir, con una risa mas siniestra que una amenaza.

En cuanto á Margarita apenas sintió que la litera se ponía en movimiento y que ya no tenia que temer la investigacion de Catalina, sacó vivamente un papel de la manga de su vestido, y se puso á leer lo siguiente:

«Tengo órden de remitir esta noche dos llaves al rey de Navarra; una es de la habitacion en que está encerrado, y otra de la

nia. Cuando haya entrado en mi cuarto, se me ha ordenado que le detenga en él hasta las seis de la mañana.

«Reflexione V. M. y decida, contando mi vida por nada.»

Era el billete de la Sauve.

—Ya no tengo duda, murmuró Margarita, esta pobre jóven es el instrumento de que quieren servirse para perdernos á todos. Pero ya veremos, si de la reina Margarita, como dice mi hermano Cárlos, hacen tan fácilmente una religiosa.

—De quién es esta carta? preguntó la duquesa de Nevers mostrando el papel que Margarita habia leído y releído con tanta atención.

—Ah duquesa! respondió Margarita rompiendo el billete en mil pedazos.... muchas cosas tengo que decirte.

### CAPITULO III.

#### *Las confianzas.*

—Ante todo, adónde vamos? preguntó Margarita; espero que no será al puente de los Molinos.... desde ayer he visto ya demasiadas carnicerías como esa, mi pobre Enriqueta.

—Me he tomado la libertad de conducir á vuestra magestad.... á ....

—Ante todo, mi magestad te suplica que olvides el «su magestad» .... Me llevabas, pues....

—Al palacio de Guisa, á menos que vos no decidais otra cosa.

—No, no.... Enriqueta! vamos á tu casa.... No está allí el duque de Guisa? No está allí tu marido?

—Oh! no! exclamó la duquesa con una alegría que hizo brillar sus hermosos ojos, no! ni mi cuñado, ni mi marido, ni nadie! Soy libre, libre como el aire, como las aves, como las nubes.... libre, reina mía, ¿lo oís? ¿Comprendéis toda la felicidad que encierra esta palabra: libre?.... Yo voy, vengo, ordeno! ah! pobre reinal vos no sois libre.... de modo que suspirais....

—Tú vas, vienes y ordenas! y es esto todo? Y tu libertad no te sirve mas que para eso? Veamos.... estás bien contenta con solo ser libre?

—Vuestra magestad me ha prometido empezar sus confianzas.

—Todavía «su magestad;» acabaremos por enfadarnos, Enriqueta. Has olvidado nuestros convenios?

—No; soy vuestra respetuosa servidora delante del mundo, tu loca confidenta en nuestra intimidad. No es esto señora? No es esto Margarita.

—Sí, sí, dijo la reina sonriendo.

—Ni rivalidades de casas, ni perfidias amorosas; todo bueno, todo franco; una alianza en fin, ofensiva y defensiva, con la sola idea de ver si podemos hallar y cojer al vuelo, si

le hallamos, ese efímero, que se llama dicha.

—Bien duquesa mía, eso es; y para renovar el pacto, abrázame.

Y esas dos hermosas cabezas, una pálida y velada por la melancolía, otra rosada, blonda y riente, se acercaron graciosamente y unieron sus labios como habían unido sus pensamientos.

—Con que ¿qué hay de nuevo? preguntó la duquesa fijando sobre Margarita una mirada ávida y curiosa.

—No es todo nuevo desde hace dos días?

—Ob; yo hablo de amor y no de política. Cuando tengamos la edad de la señora Catalina, tu madre, trataremos de política; pero ahora tenemos veinte años, reina mía. Hablemos de otra cosa. Veamos.... estarás verdaderamente casada?

—Con quién? dijo Margarita riendo.

—Ah! en verdad que me tranquilizas.

—Y bien, Enriqueta, lo que a tí te tranquiliza á mí me espanta. Duquesa! es preciso que yo esté verdaderamente casada!

—Y cuándo?

—Mañana.

—Ah! bath! pobre amiga! pero es preciso?

—Absolutamente.

—Mordi! como dice uno que yo conozeo... eso es bien triste.

—Conoces á alguno que diga, mordi? preguntó riendo Margarita.

—Sí.

—Y quién es ese alguno?

—Tú me interrogas siempre cuando te toca hablar á tí. Acaba y yo empezaré.

—En dos palabras: el rey de Navarra está enamorado y no me ama. Yo no estoy enamorada, pero no le quiero. No obstante, sería preciso que mudásemos de ideas uno y otro, ó al menos que finjiésemos mudar de aquí á mañana.

—Y bien, muda tú de idea, y puedes estar segura de que él mudará.

—He ahí el imposible, porque estoy menos dispuesta que nunca á mudar.

—Pero tan solo respecto á tu marido ¿no es verdad?

—Enriqueta, tengo un escrúpulo.

—Un escrúpulo, de qué?

—De religion. ¿Existe para tí diferencia entre los hugonotes y los católicos?

—En política?

—Sí.

—Sin duda.

—Pero en amor?

—Mi querida amiga, las mugeres somos tan paganas, que en materia de sectas las admitimos todas; y en materia de dioses reconocemos muchos.

—En uno solo, no es verdad?

—Sí, dijo la duquesa con una mirada radiante de paganismo: sí, ese que se llama Ero, Cupido, Amor... sí, ese que tiene un carcáx,

una venda y unas álas... Mordi! viva la devocion!

—No obstante, tienes una manera de rezar muy esclusiva; arrojas piedras sobre los hugonotes.

—Dejémosles hablar.... ah! Margarita...las mejores ideas, las mas bellas acciones ¡cómo se disfrazan pasando por la boca del vulgo!

—El vulgo!...pero me parece que era mi hermano Cárlos quien te felicitaba.

—Tu hermano Cárlos, Margarita, es un gran cazador, que hace resonar el cuerno todo el día lo que á la verdad le ha puesto bien delgado.... protesto, pues, contra sus felicitaciones; por otra parte, yo respondí á lo que me dijo tu hermano Cárlos... No has oido mi respuesta?

—No! hablas tan bajo.

—Tanto mejor, así será mas nuevo para tí lo que tengo que decirte. Pero hola ¿y el fin de tu confidencia? Margarita.

—Es que... es que...

—Y bien, qué?

—Es que, dijo la reina riendo, si la piedra de que hablaba mi hermano Cárlos fuese un hecho histórico, me abstendría.

—Bueno! exclamó Enriqueta, has elegido un hugonote. Pues bien estate tranquila; para calmar tus escrúpulos de conciencia, te prometo escojer uno á la primera ocasion.

—Ah! con que parece ser que por esta vez has elegido un católico?

—Mordi! respondió la duquesa.

—Bien, bien, comprendo.

—Y como está nuestro hugonote?

—Yo no le he elegido; ese jóven no es nada para mí, y probablemente no lo será nunca.

—Pero en fin, cómo es? Eso no te impide el decírmelo; ya sabes cuan curiosa soy.

—Es un pobre jóven, bello como el Nisus de Benvenuto Cellini.... y que ha venido á refugiarse á mi habitacion.

—Oh! oh! no le habias tú convocado?

—Pobre jóven! Enriqueta no terias así, porque en este momento está todavía entre la muerte y la vida.

—Está enfermo?

—Herido de gravedad.

—Pero eso de tener un hugonote herido, y sobre todo en los tiempos en que estamos, es muy incómodo; ¿y qué haces de ese hugonote herido, que ni te interesa en nada, ni te interesará nunca?

—Está en mi gabinete, le oculto y quiero salvarle.

—Es bello, es jóven, y está herido. ¿Le ocultas en tu gabinete, y quieres salvarle? Ese hugonote será bien ingrato, si no es bien agradecido.

—Ya lo es.... lo temo.... y mas de lo que yo desearia.

—¿Te interesa... ese pobre jóven?

—Por humanidad, y nada más.

—Ah! la humanidad! pobre reina, esa virtud es siempre la que nos pierde.... ¡pobres mujeres!

—Sí, ya comprenderás que de un momento á otro el duque de Alençon, mi madre, mi marido mismo, pueden entrar en mi habitacion.

—Quieres pedirme que te guarde tu hugonotito, no es esto? que le guarde en tanto que esté enfermo, con la condicion de devolvértele cuando esté restablecido?

—Burlona! dijo Margarita. No, te juro que no preparo las cosas para tan lejos; ¿pero si pudieses hallar un medio de ocultar á ese pobre jóven? si pudieses conservarle la vida que yo le he salvado? pues bien, te confieso que quedaria verdaderamente reconocida. Tú estás libre en el palacio de Guisa, no tienes allí, marido ni cuñado que te espíe ó que te sujete, y ademas, queri-la Enriqueta, detrás de tu alcoba donde felizmente nadie tiene derecho de entrar, tienes un gran gabinete semejante al mio. Pues bien! préstame ese gabinete para mi hugonote; cuando esté restablecido, abres la jaula, y el pájaro echará á volar.

—No hay mas que una dificultad, reina querida, y es que la jaula está ocupada.

—Como! has salvado tú tambien á alguno?

—Eso es justamente lo que yo respondí á tu hermano.



—Ah! te comprendo, he aquí porque hablabas tan bajo que no te pude oír.

—Escucha Margarita, es una historia admirable, y no menos bella, ni menos poética que la tuya. Despues de haberte dejado seis guardias, habia vuelto con los otros seis al palacio de Guisa.

Mirando estaba yo como saqueaban y quemaban una casa que no está separada del palacio de mi hermano mas que por la calle de los Cuatro-hijos, cuando oigo gritos de mugeres y juramentos de hombres.

Adelántome sobre el balcon y veo brillar una espada que parecia iluminar con su fuego toda la escena. Admiro esta hoja furiosa, porque amo tanto las cosas bellas!... y trato naturalmente de distinguir el brazo que la movia, y el cuerpo á que pertenecia ese brazo. Al fin, en medio de las estocadas y de los gritos, distingo un hombre, le veo... ¡un héroe, reina mia! un Ajar Telamon. Oigo una voz, una voz de estentor. Me entusiasmo, permanezco en el balcon palpitante, estremeciéndome á cada golpe que le amenazaba, á cada estocada que repartía el valiente: créeme reina mia, fué un cuarto de hora de emocional como nunca le he experimentado, tal como nunca hubiera creído que existía. De modo que yo estaba allí, sin aliento, fascinada y muda, cuando he aquí que de repente desaparece mi héroe.

—Y cómo así?

—Al golpe de una piedra que le arrojó una muger anciana; entonces, como Ciro, recobré la voz....grité ¡ayuda! ¡socorro! llegaron nuestras guardias, le cogieron, le levantaron, y al fin le han transportado á la habitacion que tú me pides para tu protegido.

—Ay! Enriqueta, dijo Margarita, comprendo demasiado bien esa historia, porque es casi la mia.

—Con la diferencia, reina mia, de que como sirvo á mi rey y á mi religion, no tengo necesidad de despedir á Mr. Annibal de Coonnas.

—Se llama Annibal de Coonnas? replicó Margarita riendo á carcajadas.

—Es un nombre terrible, no es verdad? dijo Enriqueta, pues bien, el que le lleva es digno de él, ¡qué campeón, Mordi! y cuanta sangre ha hecho correr. Reina mía, ponte la máscara, que ya estamos en el palacio.

—Para qué me he de poner la máscara?

—Porque quiero enseñarte mi héroe.

—Es bello?

—Me ha parecido magnífico durante sus batallas. Es verdad que era de noche y á luz de las llamas. Esta mañana á la luz del dia, confieso que me pareció que habia perdido un poco. No obstante, creo que te gustará.

—¿Luego mi protegido no es admitido en el palacio de Guisa? lo siento en el alma, porque aquí es el último sitio donde vendrian á buscar un hugonote.

—De ninguna manera. Yo le haré traer aquí esta noche, y el uno dormirá en el extremo izquierdo de la habitación, y el otro en el extremo derecho.

—Pero si se reconocen el uno por protestante y el otro por católico van á devorarse.

—Oh! no hay peligro, Mr. de Coconnas ha recibido una estocada en el rostro, que casi no le deja ver claro; tu hugonote ha recibido una en el pecho, que casi no le permite moverse; luego, tú le recomendarás que guarde silencio tocante á la religion y todo irá bien.

—Vamos, sea.

—Entremos; ya es asunto concluido.

—Gracias; dijo Margarita estrechando la mano de su amiga.

—Aquí, señora, volveis á ser magestad, dijo la duquesa de Nevers; permitidme, pues, que os haga los honores en el palacio de Guisa, tal como deben hacerse á la reina de Navarra.

Y la duquesa bajándose de la litera, puso casi una rodilla en tierra para ayudar á Margarita á bajar á su vez; luego indicándole con la mano la puerta del palacio que estaba guardada por dos centinelas con arcabuces, siguió andando algunos pasos mas atrás á la reina que entró magestuosamente precediendo á la duquesa, la que guardó su humilde aptitud en tanto que pudo ser vista.

Apenas llegaron á la habitación de la duquesa, esta cerró la puerta, y llamando á su camarera, siciliana de las mas despejadas:

—Mica, la dijo en italiano, ¿cómo sigue el señor conde?

—Cada vez mejor, respondió esta.

—Y qué hace?

—Creo, señora, que en este instante está tomando algún alimento.

—Bueno, dijo Margarita, si el apetito vuelve ya es buena señal.

—Ah! es verdad... yo me olvidaba de que eres discípula de Ambrosio Paré. Idos, Mica.

—La despides?

—Sí... para que vele sobre nosotras.

Mica salió.

—Ahora, dijo la duquesa; ¿quieres entrar en su cuarto, ó que lo haga venir?

—Ni uno ni otro; desearia verle sin ser vista.

—¿Qué te importa, pues que traes máscara?

—Puede reconocerme por mis cabellos, por mis manos, por una joya cualesquiera.

—Oh! qué prudente es mi hermosa reina desde que se ha casado!

Margarita se sonrió.

—Muy bien, continuó la duquesa, pero no veo mas que un medio.

—Caál?

—El de mirar por el agujero de la cerradura.

—Sea! guíame.

La duquesa tomó de la mano á Margarita, la condujo á una puerta oculta bajo un tapiz, in-

clinó una rodilla y acercó un ojo á la abertura de la llave que no estaba entonces en la cerradura.

—Justamente está á la mesa, y con el rostro vuelto hácia este lado: mira.

La reina Margarita ocupó entonces el sitio de su amiga, y acercó á su vez el ojo al agujero de la cerradura. Como habia dicho la duquesa, Coconnas estaba sentado á una mesa admirablemente servida, y á la que hacia muy bien los honores á pesar de sus heridas.

—Oh Dios mío! exclamó Margarita retrocediendo.

—Qué háy pues? preguntó la duquesa admirada.

—Imposible! No! sí! oh! por mi alma! es el mismo.

—¿Quién es el mismo?

—Chut! dijo Margarita levantándose y tomando la mano de la duquesa. Es el que queria matar á mi bugonote, el que le persiguió hasta en mi cámara, el que le ha herido hasta en mis brazos! Oh! Enriquetal qué dicha que no me haya reconocido!

—Y bien, pues que le has visto en la pelea, ¿no es verdad que es hermoso?

—No sé, dijo Margarita, porque yo no miraba mas que al que él perseguía.

—Y el que él perseguía se llama!....

—No pronunciarás su nombre delante de él?

—No; te lo prometo.

—Lerac de la Mole.

—Y cómo te parece ahora?

—Mr. de la Mole?

—No; Mr. de Coconnas.

—A fé mia, dijo Margarita, confieso que hablo en él...

Y la reina se detuvo.

—Vamos, vamos, dijo la duquesa, conozco que no le perdonas la herida que hizo á tu hugonote.

—Pero me parece, replicó Margarita riendo, que mi hugonote no lo debe nada, y que la cuchillada que le badado en el rostro...

—Entonces se han desquitado; con que podemos reconciliarlos. Envíame tu herido.

—Todavía no; mas tarde.

—¿Cuándo?

—Cuando hayas prestado al tuyo otra habitacion.

—¿Cual?

Margarita miró fijamente á su amiga, la que despues de un momento de silencio, la miró tambien, y se echó á reir.

—Bien, sea, dijo la duquesa.

—Con que ¿alianza mas firme que nunca?

—Sí, amistad sincera para siempre.

—Y el santo y seña? y la señal de reconocimiento si tenemos necesidad una de otra?

—El triple nombre de Ero-Cupido-Amor.

Y las dos jóvenes se separaron despues de haberse abrazado por la segunda vez, y de haberse estrechado la mano por la ventésima.

---

## CAPITULO IV.

*De como hay llaves que abren las puertas á que no están destinadas.*

**A**L volver al Louvre, la reina de Navarra halló á Gillona con una gran emocion. Durante su ausencia habia vuelto madama Sauve y habia traído una llave que le hiciera entregar la reina madre. Esta llave era la de la habitacion donde estaba encerrado Enrique. Era pues evidente que la reina madre necesitaba por una causa cualquiera que el Bearnés pasase la noche en la habitacion de madama de Sauve.

Margarita tomó la llave, la volvió y la revolvió entre las manos, hizo que le refiriesen hasta las mas ligeras espresiones de la Sauve, las pesó letra por letra en su espíritu, y creyó haber comprendido el plan de Catalina.

Tomó una pluma y escribió sobre un papel:  
«En lugar de ir esta noche á la habitacion de la Sauve, venid á la de la reina de Navarra.

Margarita.»

Luego arrolló cuidadosamente el papel, le introdujo en el cañon de la llave, y ordenó á Gillona que apenas llegase la noche fuese á des-

lizar aquella llave por debajo de la puerta del prisionero.

Cumplido ya el primer deber, Margarita pensó en el pobre herido; cerró todas las puertas, entró en el gabinete, y con gran admiración suya halló á la Mole que se habia vuelto á poner sus vestidos desgarrados y manchados de sangre por todas partes.

Al verla quiso levantarse, pero muy débil aun no pudo sostenerse en pié y cayó sobre el canapé que las jóvenes habian trasformado en un lecho.

—Pero ¿qué sucede, señor conde? preguntó Margarita admirada, y por qué seguís tan mal las órdenes de vuestro médico? Os habia intimado el reposo, y he aquí que en lugar de obedecerme, hacéis todo lo contrario de lo que os he dicho.

—Oh! señora! dijo Gillona, no es culpa mia. He suplicado al señor conde que no hiciese esa locura; pero él ha declarado que nada sería ya capaz de retenerle en el Louvre por mas tiempo.

—Dejar el Louvre! dijo Margarita mirando con admiración al jóven que bajó los ojos; es imposible. No podeis andar, estais pálido y desfallecido; véense temblar vuestras rodillas. Vuestra herida de la espalda sangraba todavía esta mañana.

—Señora, respondió el jóven, tanto como agradezco á vuestra magestad el haberme dado asilo ayer noche, tanto le suplico ahora que me permita partir hoy mismo.



—Pero, dijo Margarita admirada, no sé cómo calificar una resolución tan loca; esto es peor aun que la ingratitud.

—Oh, señora! exclamò la Mole juntando las manos, creed que lejos de ser ingrato hay en mi corazon un sentimiento de reconocimiento que durará toda la vida.

—En ese caso no durará largo tiempo, dijo Margarita conmovida al oir este acento que no dejaba duda acerca de la sinceridad de sus palabras, porque, ó vuestras heridas se abrirán de nuevo, y morireis de la pérdida de sangre, ó si os reconocen como hugonote, no dareis cien pasos sin que os maten.

—Es preciso, sin embargo, que yo deje el Louvre, murmuró la Mole.

—Es preciso! dijo Margarita fijando sobre él su mirada limpia y profunda, y palideciendo despues ligeramente. Oh! sí.... os comprendo.... perdon, caballero. Sin duda existe fuera del Louvre una persona á quien vuestra ausencia causa crueles inquietudes. Esto es muy justo, señor de la Mole, es muy natural y lo comprendo perfectamente. ¡Que no lo hayais dicho antes! ó mas bien ¿cómo no he pensado yo en ello? Cuando se ejerce la hospitalidad, es un deber proteger las afecciones del huésped como se curan sus heridas, y cuidar el alma como se cuida el cuerpo.

—Ah! señora, respondió la Mole, os engañais. Estoy casi solo en el mundo, y completamente solo en Paris, donde nadie me conoce. El pri-

mer hombre á quien hablé en esta ciudad es mi asesino, y la primera muger que me ha dirigido la palabra, es vuestra magestad.

—Entonces, dijo Margarita sorprendida, por qué quereis dejar el Louvre, por qué quereis irros?

—Porque la noche pasada vuestra magestad no ha descansado nada, y que esta noche....

Margarita se sonrojó.

—Gillona, dijo, he aquí que ya es de noche; creo que es hora de que vayas á llevar la llave.

Gillona se sonrió y salió.

—Pero, continuó Margarita, ¿si estais solo en Paris, si no teneis amigos, qué hareis?

—Señora, si no les tengo, los tendré pronto; porque cuando me perseguian pensé en mi madre que era católica.... me pareció verla camino del Louvre con una cruz en la mano, é hice voto de que si Dios me conservaba la vida, abrazaria la religion de mi madre. Dios ha hecho mas aun que conservarme la vida, señora, me ha enviado uno de sus ángeles para hácermela mas preciosa.

—Pero no podeis andar, y antes de haber llegado á cien pasos de aquí caeréis desmayado.

—Señora, ya me ensayé hoy paseándome por el gabinete; ando lentamente y sufriendo, es verdad; pero que yo pueda tan solo llegar á la plaza del Louvre... una vez fuera, suceda lo que suceda.

Margarita apoyó su cabeza sobre una de sus manos, y reflexionó profundamente.

—Y el rey de Navarra? preguntó la jóven reina con intencion; ya no hablais nunca de él. Mudando de religion habeis perdido ya el deseo de entrar en servicio suyo?

—Señora, respondió la Mole palideciendo, habeis tocado la verdadera causa de mi partida... Sé que el rey de Navarra corre los mayores peligros, y que todo el crédito de vuestra magestad como hija de Francia, bastará apenas para salvar su cabeza.

—Cómo? preguntó Margarita; qué quereis decir, y de qué peligros hablais?

—Señora, respondió la Mole tartamudeando, desde este gabinete se oye todo...

—Es verdad, murmuró Margarita para sí, Mr. de Guisa me lo ha dicho ya.

Luego en voz alta:

—Y bien! qué habeis oido?

—Por de pronto, la conversacion que vuestra magestad tuvo con su hermano esta mañana.

—Con Francisco? esciamó Margarita sonrojándose.

—Con el duque de Alençon, sí, señora; luego, despues que habeis salido, la de la señorita Gillona con madama de Sauve.

—Y son esas dos conversaciones...?

—Sí, señora. Casada hace apenas ocho dias mais á vuestro esposo. Vuestro esposo vendrá á su vez como vinieron Mr. de Alençon y madama de Sauve. Os hablará de sus secretos... Y bien! yo no debo oir esos secretos; seria una

imprudencia... y no puedo, no debo, y sobre todo, no quiero oírlos.

Al ver el tono con que la Mole pronunció estas palabras, al ver la turbacion de su voz, y el embarazo de su continente, Margarita se sintió iluminada por una revelacion súbita.

—Ah! le dijo, con que habeis oído desde este gabinete todo lo que se ha dicho en esa habitacion hasta el presente?

—Sí, señora.

La Mole suspiró con dolor estas últimas palabras.

—Y quereis partir esta noche, esta tarde, por no oír mas?

—Al instante mismo me iré si vuestra magestad lo consiente.

—Pobre niño! dijo Margarita con un acento singular de dulce compasion.

La Mole sorprendido al oír una respuesta tan dulce, cuando aguardaba algun reproche brusco, levantó tímidamente la cabeza; sus miradas se encontraron entonces con las de Margarita, y permaneció clavado como por una potencia magnética, sobre la límpida y profunda mirada de la reina.

—Os sentís, pues, incapáz de guardar un secreto, Mr. de la Mole? dijo dulcemente Margarita, que inclinada sobre el respaldo de su sillón y medio oculta por la sombra de un espeso tapiz, gozaba de la dicha de leer claramente en aquella alma, al mismo tiempo que ella permanecía impenetrable.

—Señora, dijo la Mole, soy de una naturaleza miserable, y la dicha de otros me hace daño.

—La dicha de quién? dijo Margarita sonriendo... ah! sí, la dicha del rey de Navarra. Pobre Enrique!

—Ya veis que es bien dichoso, señora, exclamó vivamente la Mole.

—Dichoso?

—Sí, pues que vuestra magestad le compadece.

Margarita manoseaba la seda de su limosnero, y deshilando los bordados de oro que le adornaban:

—Con que rehusais ver al rey de Navarra? le dijo ¿estás ya decidido á ello?

—Temo importunar á vuestra magestad á estas horas.

—Pero mi hermano el duque de Alençon.....

—Oh! señoral no.... exclamó la Mole; el duque de Alençon no; menos aun el duque de Alençon que el rey de Navarra.

—Por qué? preguntó Margarita conmovida hasta el punto de temblar cuando hablaba.

—Porque aunque soy ya muy mal hugonote para ser un buen servidor del rey de Navarra, no soy todavía bastante buen católico para ser de los amigos de los señores de Guisa y Alençon.

Esta vez fué Margarita quien bajó los ojos

y quien sintió el golpe en el fondo del corazón: no podía ella misma decir si las palabras de la Mole le eran dulces ó dolorosas.

En este momento volvió á entrar Gillona. Margarita la interrogó con una mirada. La respuesta de Gillona, encerrada también en una mirada, fué afirmativa. Había logrado ya hacer pasar la llave al rey de Navarra.

Margarita volvió de nuevo los ojos sobre la Mole que permanecía indeciso delante de ella, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y pálido como un hombre que sufre á la vez de cuerpo y alma.

—Mr. de la Mole es muy altivo, dijo la reina, y temo hacerle una proposición que va sin duda á rehusar.

La Mole se levantó, dió un paso hácia Margarita y quiso inclinarse ante ella para demostrarle que estaba á sus órdenes; pero un dolor profundo, agudo, abrasador, vino á sacarle las lágrimas á los ojos, y conociendo que iba á caer se agarró á la tapicería para sostenerse.

—Ya veis, exclamó Margarita corriendo hácia él, y retenéndole entre sus brazos, ya veis, caballero, que aun tenéis necesidad de mí.

Un movimiento apenas perceptible agitó los labios de la Mole.

—Oh! sí! murmuró, como del aire que respiro, como de la luz del día.

Tres golpes dados á la puerta de la habitación, resonaron en este momento.

—Lo oís? señora, dijo Gillona asustada.

—¡Ya!... murmuró Margarita.

—Abriré?

—Aguarda. Tal vez es el rey de Navarra.

—Oh señora! exclamó la Mole que acababa de recobrar sus fuerzas con las últimas palabras que la reina había dicho á Gillona, aunque habían sido pronunciadas en voz tan baja, que ella creyó que solo su confidenta las había oído; señora, os lo suplico de rodillas; hacédme salir de aquí, sí... vivo ó muerto, señora. Tened piedad de mí! Oh! no me respondeis?... pues bien... voy á hablar, y espero que cuando haya hablado me echareis de aquí.

—Callad, desdichado! dijo Margarita que experimentaba un encanto inefable al oír los reproches del jóven. Callad!

—Señora, replicó la Mole que sin duda no hallaba en el acento de Margarita el rigor que esperaba hallar; señora, os lo repito, desde este gabinete se oye todo. No me hagais morir de una muerte que no osarian inventar los mas crueles verdugos.

—Silencio! silencio! dijo Margarita.

—Oh! señora, no teneis piedad... no quereis escuchar nada, no quereis oír nada. Pero comprended que os am....

—Silencio os digo! le interrumpió Margarita apoyando sobre la boca del jóven su mano tibia y perfumada, que él cojió entre las suyas estrechándola contra sus lábios.

—Pero.... murmuró la Mole.

—Pero.... calla, niño! qué rebelde es este que no quiere obedecer á su reina.

Luego lanzándose fuera del gabinete, cerró la puerta de él, y apoyándose de espaldas contra la pared y conteniendo los latidos de su corazón con su mano convulsiva:

—Abre, Gillona, dijo.

Gillona salió, y un instante despues apareció por debajo de un tapiz, la fisonomía fina, espiritual y algo inquieta del rey de Navarra.

—Me habeis escrito, señora? dijo á Margarita.

—Sí, señor. Ha recibido vuestra magestad mi carta?

—Sí, y confieso que no ha sido sin admiracion, dijo Enrique mirando en rededor suyo con una sospecha que se desvaneció bien pronto.

—Y no sin alguna inquietud, no es verdad, caballero? añadió Margarita.

—Os lo confesaré, señora. No obstante, á pesar de que tengo en rededor mio enemigos encarnizados y amigos mas terribles aun que mis enemigos, recordé que una noche habia visto brillar en vuestros ojos el fuego de la generosidad, era la noche de nuestra boda: que otro dia habia visto brillar en ellos la estrella del valor; este dia era el que estaba fijado para darme la muerte.

—Y bien, caballero, dijo Margarita sonriendo en tanto que Enrique parecia querer leer en el fondo de su corazón.



—Y bien, señoral recordando todo esto, me dije en el instante en que leí el billete en que me mandábais venir: «Sin amigos, prisionero y desarmado, el rey de Navarra solo tiene ya un medio para morir con gloria, de una muerte que haga célebre su nombre en la historia.... y es morir vendido por su esposa....» Luego he venido.

—Sire, respondió Margarita, espero que mudéis de lenguaje cuando sepais que todo lo que se hace por vos en este momento, es obra de una persona que os ama... y á quien amais.

Enrique casi retrocedió al escuchar estas palabras, y su ojo gris y penetrante brillando bajo su ceja negra, interrogó á la reina con la mayor curiosidad.

—Oh! tranquilizáos, sire, dijo la reina sonriendo. No tengo la pretension de creer que soy yo esa persona.

—Pero no obstante, señora, dijo Enrique, vos sois la que me habeis hecho entregar esta llave; esta letra es tambien la vuestra.

—Esta letra es la mia, lo confieso, este billete es mio, no lo niego. Pero en cuanto á la llave es otra cosa. Básteos saber que antes de llegar á vos, ha pasado por la mano de cuatro mugeres.

—De cuatro mugeres! exclamó Enrique con admiracion.

—Sí; entre las manos de cuatro mugeres, dijo Margarita: entre las manos de la reina madre, entre las de madama Sauve, entre las de Gillona y entre las mias.

Enrique se puso á descifrar este enigma.

—Hablemos ahora con formalidad, caballero, dijo Margarita, y sobre todo, hablemos con franqueza. Es verdad que como todos dicen hoy, consiente vuestra magestad en abjurar?

—El público se engaña, señora, no he contenido todavía.

—Pero estais ya decidido á ello?

—Lo estoy pensando: qué queréis? Cuando uno tiene veinte años, cuando uno es casi rey, ¡ventre saint gris! hay cosas que merecen bien que uno vaya á misa.

—Y entre otras cosas la vida, no es verdad?

Enrique no pudo reprimir una ligera sonrisa.

—No queréis comunicarme vuestros pensamientos, sire? le dijo Margarita.

—Tengo algunas reservas para mis aliados, señora; porque ya sabéis que no somos todavía mas que aliados: si fuéseis á la vez mi aliada y mi...

—Y vuestra esposa, no es verdad?

—Sí á té mía.... y mi esposa.

—Entonces?

—Entonces tal vez sería diferente, tal vez preferiría ser rey de los hugenotes, como ellos dicen... Ahora es preciso que me contente con vivir.

Margarita miró á Enrique de un modo tan extraño, que hubiera despertado sospechas aun en una imaginacion menos despejada que la del rey de Navarra.

—Y estais seguro al menos de llegar al resultado? le dijo la reina.

—Poco mas ó menos, respondió Enrique; ya sabeis, señora, que en este mundo de nada puede uno estar seguro.

—A la verdad, replicó Margarita, que vuestra magestad anuncia tal moderacion y desinterés, que despues de haber renunciado á su corona y á su religion, renunciará probablemente, al menos así se espera, á su alianza con una hija de Francia.

Estas palabras llevaban consigo una significacion tan profunda, que Enrique se estremeció á pesar suyo; pero dominando su emocion con la rapidez del relámpago:

—Tened la bondad, señora, la dijo, de pensar que en este momento no soy dueño de mi voluntad. Haré lo que me ordene el rey de Francia. En cuanto á mí, si me consultase en lo mas mínimo, para esta cuestion en que intereso nada menos que mi trono, mi honor y mi vida, primero que fundar mi porvenir sobre los derechos que me dá nuestro matrimonio forzoso, cazador como soy, preferiria encerrarme en algun castillo, ó lanzarme á un cláustro como penitente.

Esta tranquila resignacion de Enrique á su situacion, esta renuncia á todas las cosas de este mundo, asustaron á Margarita. Llegó á pensar que este rompimiento matrimonial estaba tal vez arreglado entre Cárlos IX, Catalina y el rey de Navarra. ¿Dejarian acaso

de elejirla por juguete ó por víctima, por ser hija de la una y hermana del otro? La experiencia le habia hecho ya conocer que esa no era una razon suficiente para fundar en ella su seguridad. Así, pues, la ambicion mor- dió el corazon de la muger, ó mas bien de la jóven reina, que se sobreponia demasiado á las debilidades vulgares para dejarse ar- rastrar por un despecho de amor propio: pa- ra toda muger, aun de las mas adocenadas, cuando ama, el amor no consiste en esas mi- serias, porque el amor verdadero es tambien una ambicion.

—Me parece, dijo Margarita con una espe- cie de desden burlesco, que vuestra mage- stad no tiene mucha confianza en la estrella que brilla sobre la frente de cada rey.

—Ah! dijo Enrique, es que por mucho que busco ahora la mia no puedo hallarla; tan oculta está entre la tempestad que rugo en este momento sobre mi cabeza.

—Y si el aliento de una muger disipase esa tempestad é hiciese brillar esa estrella mas hermosa que nunca?

—Es bien difícil, dijo Enrique.

—Negais, señor, la existencia de esa muger?

—No.... niego su poder.

—Queréis decir su voluntad?

—He dicho su poder, y repito la expresion. La muger solo es realmente poderosa cuando el amor y el interés están reunidos en ella en igual grado; si uno solo de estos pensamientos

la preocupa, como Aquiles, es vulnerable. Y esa muger... si no me engaño... no puedo contar sobre su amor.

Margarita calló.

—Escuchad, continuó Enrique. Al oír el último tañido de la campana de Saint-Germain l' Auxerrois, habeis debido pensar en recobrar vuestra libertad, que se habia hipotecado para destruir á los de mi partido. Yo he debido pensar en salvar mi vida. Era lo primero... perdemos la Navarra, bien lo sé. Pero la Navarra vale bien poco en comparacion de la libertad que se os devuelve, la libertad de poder hablar alto en vuestro cuarto, cosa que no os atrevíais á hacer cuando alguno os escuchaba desde el gabinete.

Aunque estaba fuertemente preocupada, Margarita no pudo menos de sonreirse. En cuanto al rey de Navarra, se habia ya levantado para volverse á su habitacion, porque hacia ya rato que habian dado las once, y todos parecian dormir en el Louvre.

Enrique dió tres pasos hácia la puerta; luego deteniéndose súbitamente como si solo entonces recordase el motivo que le habia traído á la habitacion de la reina, le dijo:

—A propósito, señora, no teníais que comunicarme ciertas cosas, ú ofrecirme la ocasion de daros gracias por el plazo que vuestra presencia en el gabinete de armas del rey, me ha concedido ayer? En verdad, señora, que ya era tiempo; no puedo negarlo, habeis des-

caído sobre el lugar de la escena como una diosa de la antigüedad, en el momento propio para salvarme la vida.

—Desdichado! exclamó Margarita con voz sorda y asiendo el brazo de su esposo. ¿Cómo no veis, que al contrario, nada se ha salvado? ni vuestra libertad, ni vuestra corona, ni vuestra vida?... Ciegol loco! pobre loco! No habeis visto en mi carta mas que una simple cita?... no es verdad? Habeis creído que Margarita cansada de vuestros desdenes deseaba una reparación!

—Pero, señora, dijo Enrique admirado, confieso...

Margarita alzó las espaldas con una expresión imposible de describir.

En este instante resonó en la puerta secreta un ruido extraño, como el de un rasguño agudo y apresurado.

Margarita arrastró al rey hácia donde sonaba el ruido.

—Escuchad, le dijo.

—La reina madre sale de su habitacion! murmuró una voz agitada por el terror, y que Enrique reconoció al instante por la de madama de Sauve.

—Y dónde vá? preguntó Margarita.

—Viene á la de vuestra magestad.

Y en el mismo instante el crujido de un vestido de seda que se alejaba, les probó que la Sauve habia ya desaparecido.

—Oh! oh! exclamó Enrique.

—Estaba segura de ello, dijo Margarita.

—Y yo lo temía, dijo Enrique, y la prueba... mirad.

—Y con un ademán rápido abrió su ropilla de terciopelo negro, y mostró á Margarita una fina cota de mallas de acero, y un largo puñal de Milan que brilló en su mano como una vívora al sol.

—Ciertamente se trata de hierro y de coraza, exclamó Margarita; vamos, vamos, sire, guardad esa daga, ocultadla; es la reina madre, pero la reina madre, sola.

—No obstante....

—Es ella.... la oigo.... silencio!

E inclinándose al oído de Enrique le dijo algunas palabras en voz baja. En el mismo instante Enrique se ocultó detrás de las cortinas del lecho.

Lanzóse Margarita con la agilidad de una pantera hácia el gabinete donde la Mole aguardaba estremeciéndose las consecuencias de esta escena, le abrió, y estrechándole la mano en la oscuridad:

—Silencio! le dijo acercándose tanto á él, que el jóven percibió su aliento. ¡Silencio!

Luego volviendo á entrar en la cámara y cerrando la puerta, desató su cofia, cortó con su puñal todos los cordones de su vestido y se arrojó sobre la cama.

Ya era tiempo, porque la llave daba entonces la vuelta en la cerradura. Catalina tenía llaves para todas las puertas del Louvre.

—Quién vá allá? gritó Margarita, en tanto que Catalina dejaba á la puerta de consigna una guardia de cuatro-gentiles hombres que la habia acompañado.

Y como si se hubiese asustado al ver esta brusca irrupcion en su cámara, Margarita salió de debajo de las cortinas del lecho, envuelta en su peinador blanco, saltó de la cama al suelo y reconociendo á Catalina, vino á besar la mano de su madre con una sorpresa tan bien imitada que logró engañar á la misma florentina.

## CAPÍTULO V.

### *Segunda noche de boda.*

**L**A reina madre lanzó en rededor suyo una mirada, con admirable rapidez. Babuchas de terciopelo al pié de la cama, los vestidos de Margarita esparcidos sobre las sillas, los ojos que la jóven reina frotaba sin cesar para alejar el sueño, convencieron á Catalina de que habia realmente despertado á su hija.

Sonrióse entonces como una touger que ha llevado á cabo sus proyectos y arrastrando un sillón.

— Sentémonos, dijo á su hija, sentémonos. Margarita, y hablemos un poco.



—Señora, ya os escucho.

—Ya es tiempo, dijo Catalina con esa lentitud peculiar á los que disimulan ó reflexionan profundamente, ya es tiempo, hija mia, de que sepais cuanto antes cuanto vuestro hermano y yo nos esforzamos en haceros dichosa.

El esordio era espantoso para el que conociese á Catalina.

—Qué irá á decirme? se preguntó Margarita.

—Casándoos, continuó la florentina, hemos cumplido con uno de esos actos de política que prescriben muchas veces los graves intereses á los que gobiernan, pero es preciso confesar, pobre niña, que no creíamos que la repugnancia del rey de Navarra por vos, tan jóven, tan bella tan seductora, llegaría hasta este punto.

Margarita se levantó, y cruzando su bata hizo á su madre una ceremoniosa reverencia.

—Solo esta noche he sabido, continuó Catalina, que si no ya hubiera venido antes, he sabido que vuestro esposo está muy lejos de tener con vos las atenciones que se deben no solo á una muger hermosa, sino á una hija de Francia.

Margarita cesó un suspiro, y Catalina animada por esta adhesion muda, continuó:

—En efecto, el rey de Navarra obsequia públicamente una de mis damas, á la que adora hasta con escándalo y desprecia el amor de la muger que han tenido la bondad de concederle. Esta es una desdicha que nosotros pobres todopoderosos no podemos remediar; pero que el

menor de vuestros gentiles-hombres sabria castigar, desafiando á mi yerno, ó haciéndole desafiar por uno de sus hijos.

Margarita bajó la cabeza.

—Hace ya largo tiempo, hija mia que al ver vuestros ojos siempre enrojecidos, al oir vuestras amargas espresiones contra la Saave, conozco que la llaga de vuestro corazon no puede sangrar siempre dentro, á pesar de los esfuerzos que haceis para ocultarla.

Margarita se estremeció: un ligero movimiento habia agitado las cortinas; pero felizmente Catalina no percibió nada.

—Esta llaga, prosiguió redoblando su afectuosa dulzura, esta llaga, hija mia, solo á la mano de una madre pertenece el curarla. Los que creyendo hacer vuestra felicidad casándoos con Enrique de Navarra han decidido vuestro matrimonio, los que siempre solícitos por vos, notan que Enrique equivoca todas las noches la habitacion; los que no pueden permitir que un reyezuelo como él, ofenda á cada instante una muger de vuestra hermosura, de vuestro rango y de vuestro mérito, desdeñando vuestra persona y mirando con negligencia su posteridad; los que ven en fin que al primer viento favorable, esa cabeza loca é insolente se volverá contra nuestra familia y os espulsará de su casa: ¿no tienen al menos el derecho de asegurar vuestro porvenir, de una manera mas digna de vos, y de vuestro rango, separándole del suyo?

—No obstante, señora, respondió Margarita, á pesar de todas estas observaciones, llenas de amor maternal, que me colman de gozo y de honor, á pesar de todo, me tomo la libertad de hacer presente á V. M. que el rey de Navarra es mi esposo.

—Catalina hizo un movimiento de cólera, y acercándose á Margarita, le dijo:

—Eh! él vuestro esposo! basta para ser marido y muger que la iglesia os haya bendecido? acaso la consagracion del matrimonio consiste solo en las palabras del sacerdote? Eh! él vuestro esposo! Eh! hija mia! si fuéreis madama de Sauve podriais responder así. Pero muy al contrario de lo que esperábamos, desde que habeis concedido á Enrique de Navarra el honor de llamaros su esposa, es á otra á quien ha dado sus derechos, y venid, venid conmigo al instante, añadió Catalina alzando la voz, esta llave abre la puerta de la habitacion de la Sauve, y ya vereis.

—Oh! mas bajo, mas bajo, señora, os lo suplico, dijo Margarita, porque no solamente os engañais, sino que....

—Y bien! qué?

—Y bien! qué? que vais á despertar á mi marido.

Y al decir estas palabras Margarita se levantó con una gracia enteramente voluptuosa, y dejando flotar entreabierta su bata de noche, cuyas mangas cortas dejaban desnudo su brazo formado como el modelo mas puro, y su mano

verdaderamente real, acercó al lecho una antorcha de cera rosada, y alzando las cortinas, mostró soñando á su madre el perfil fiero, los cabellos negros y la boca entreabierta del rey de Navarra, que parecía dormir con el mas profundo sueño sobre el lecho conyugal en desorden.

Pálida, los ojos estraviados y el cuerpo convulsivamente echado hácia atrás, como si viese un abismo abierto á sus pies, Catalina cesó no un grito, sino un rugido sordo.

—Ya veis, señora, dijo Margarita, que estábais mal informada.

Catalina arrojó una mirada sobre Margarita, y otra sobre Enrique. Unió en su pensamiento la activa imagen de esta frente pálida y húmeda, de estos ojos rodeados de un ligero círculo amoratado, á la sonrisa de Margarita, y mordió sus labios delgados con un furor silencioso.

Margarita dejó á su madre contemplar un instante esta escena que hacia en ella el efecto de la cabeza de Medusa, luego volviendo á dejar caer las cortinas y andando sobre las puntas de los pies, volvió adonde estaba Catalina, y sentándose de nuevo en su sillón:

—Deciais, pues, señora? la dijo.

La florentina se esforzó en vano en sondear la sencillez de la jóven durante algunos segundos; luego como si sus miradas aceradas se hubiesen estrellado contra la calma de Margarita:

—Nada! respondió; y salió de la habitacion á pasos precipitados.

Apenas el ruido de sus pasos se perdió en la profundidad del corredor, abriéronse de nuevo las colgaduras del lecho, y Enrique con los ojos brillantes, el pecho oprimido y la mano convulsa, vino á ponerse de rodillas delante de Margarita. Solo traía puestos sus calzones y su cota de malla, de suerte que al verle vestido con un traje tan singular, Margarita al mismo tiempo que le estrechaba la mano con la mejor cordialidad, no pudo menos que echarse á reir á carcajadas.

— Ah! señora! oh! Margarita! cómo podré nunca pagaros lo que os debo!

Y Enrique cubria de besos la mano de su esposa; besos que desde la mano subian insensiblemente á los brazos de la joven.

— Sí! dijo ella retirándose dulcemente, olvidáis que á estas horas una pobre muger á quien debeis la vida, sufre y gime por vos? Madama de Sauve, añadió en voz baja, os ha hecho el sacrificio de sus celos, enviándoos cerca de mí, y tal vez despues de haberos sacrificado sus celos, os ha hecho tambien el sacrificio de su vida; porque ya sabeis mejor que nadie, que la cólera de mi madre es terrible.

Enrique se estremeció, y levantándose hizo un movimiento para salir.

— Oh! dijo Margarita con admirable coquetería, he reflexionado y me tranquilizo. La llave se os ha dado sin indicacion y creerán que me habeis dado la preferencia esta noche.

—Y os la doy, Margarita: solo os pido que consintais en olvidar....

—Mas bajo! mas bajo! sire! replicó la reina parodiando las palabras que habia dicho á su madre diez minutos antes, os oyen desde ese gabinete, y como yo no soy aun enteramente libre, os suplico, sire, que habéis mas bajo.

—Oh! oh! dijo Enrique IV con un tono alegre y sombrío á la vez. Es verdad; me olvidaba de que probablemente no soy yo el que está destinado á representar el final de esta escena interesante. Este gabinete....

—Entremos en él, sire, dijo Margarita, porque quiero tener el honor de presentar á vuestra magestad un gentil-hombre herido durante la matanza, al tiempo que venia hasta el Louvre á advertir á vuestra magestad el peligro que corria.

La reina se adelantó hácia la puerta. Enrique siguió á su esposa. La puerta se abrió, y Enrique quedó estupefacto al ver un hombre dentro de este gabinete predestinado para las sorpresas.

Pero la Mole quedó aun mas sorprendido al hallarse así frente á frente con el rey de Navarra.

Resultó, pues, que Enrique lanzó una mirada irónica á Margarita que la sostuvo con arrogancia.

—Sire, le dijo Margarita, me veo reducida á temer que maten en mi misma cámara este gentil-hombre partidario de vuestra mages-

tad, y á quien pongo bajo su proteccion.

—Sire, replicó el jóven, soy el conde de Lerac de la Mole que vuestra magestad aguardaba, y que os habia sido recomendado por ese pobre Feligny y que ha sido muerto á mi lado.

—Ah! ah! dijo Enrique, en efecto, señor, y la reina me ha remitido vuestra carta; pero ¿no traiais tambien una carta del señor gobernador de Langüedoc?

—Ciertamente, sire, y con la recomendacion de entregarla á vuestra magestad apenas llegase.

—Y por qué no lo habeis hecho?

—Sire, yo he venido al Louvre ayer mismo por la noche, pero vuestra magestad estaba tan ocupada que no ha podido recibirme.

—Es verdad, dijo el rey; pero ¿por qué no me habeis hecho entregar esa carta?

—Porque tenia orden de Mr. d' Auriác para no entregarla sino á vuestra magestad; pues me aseguró que contenia un aviso tan importante que no se atrevia á confiarla á un mensajero cualquiera.

—En efecto, dijo el rey tomando la carta y leyéndola, era el aviso para dejar la córte y retirarme á Bearne. Mr. de Auriác era uno de mis buenos amigos, aunque católico, y es probable que como gobernador de provincia adivinase lo que pasaba. ¡Ventre saint gris! caballero, por qué no me habeis remitido esta carta hace tres dias en lugar de remitírmela hoy?

—Porque como he tenido el honor de decir á vuestra magestad, á pesar de las diligencias que hice no pude llegar hasta ayer.

—Es una lástima! una lástima! murmuró el rey, porque á estas horas ya estaríamos seguros, en la Rochela, ó bien en alguna buena llanura, con dos ó tres mil caballos en redor nuestro.

—Sire, le dijo Margarita á media voz, lo que está hecho, está hecho, y en lugar de perder tiempo en recriminar lo pasado, se trata de sacar el mejor partido posible del porvenir.

—¿Si estuviéseis en mi lugar, dijo Enrique interrogándola con los ojos, tendríais aun alguna esperanza?

—Ciertamente, miraría lo que acababa de pasar como un juego de tres bazas, donde hubiésemos perdido la primera.

—Ah! señoral dijo Enrique en voz baja, si estuviese seguro de que entrábais tan solo á medias en mi partido!

—Si hubiese querido pasarme al lado de vuestros adversarios, respondió Margarita, creo que no lo hubiera dejado para tan tarde.

—Es verdad, dijo Enrique, soy un ingrato, y como decís, todo puede aun repararse.

—Ah sire, replicó la Mole, yo deseo á vuestra magestad toda suerte de felicidades; pero hoy no tenemos ya al señor almirante!

Enrique se sonrió con esa sonrisa de paisano astuto, que no se comprendió en la corte hasta el día en que fué rey de Francia.



—Pero, señora, dijo el Bearnés mirando á la Mole con atencion, este caballero no puede permanecer en vuestra habitacion sin seros muy incómodo, y sin verse espuesto á raras sorpresas. ¿Qué hareis de él?

—Pero, sire, replicó Margarita, ¿no podríamos hacerlo salir del Louvre? porque soy de vuestra opinion en cualquier punto que sea.

—Es difícil.

—Sire, no podria Mr. de la Mole hallar un pequeño lugar en la habitacion ó en la servidumbre de vuestra magestad?

—Ah! señora! vos me tratais siempre como al rey de los hugonotes, y sobre todo, como si yo tuviese todavia un pueblo á mis órdenes. Bien sabeis que ya estoy medio convertido.

Otra que no fuese Margarita se habria apresurado á responder «es católico;» pero la reina queria hacer á Enrique suplicarle lo mismo que ella deseaba obtener de él. En cuanto á la Mole, al ver esta respuesta de su protectora, y no sabiendo aun dónde poner el pié en el terreno peligroso y resbaladizo de una córte tan intrigante como lo era entonces la córte de Francia, calló tambien.

—Pero, replicó Enrique IV volviendo á leer la carta que habia traído la Mole, ¿qué es lo que me dice el gobernador de Provenza de que vuestra madre era católica, y que de allí dimana el afecto que os profesa?

—Y qué me deciais, señor conde, dijo Margarita, qué me deciais de un voto que habeis he-

cho y de un cambio de religion? Mis ideas son confusas sobre este punto; ayudadme, señor conde de la Mole. ¿No se trataba de una cosa semejante á la que parece desear el rey?

—Sí. Pero vuestra magestad ha acojido mis esplicaciones sobre este punto con tal frialdad, replicó la Mole, que no me atreví...

—Es que nada me importaba, caballero. Esplicádselo al rey, esplicádselo.

—Y bien! qué voto es ese? preguntó el rey.

—Sire, dijo la Mole, perseguido por los asesinos, desarmado... casi espirando á causa de mis dos heridas, he creído ver la sombra de mi madre que me guiaba hácia el Louvre con una cruz en la mano. Entonces hice voto, de que si salvaba la vida abrazaria la religion de mi madre, á quien Dios habia permitido salir de la tumba para servirme de guia en esta noche terrible. Dios me ha conducido hasta aquí, sire. Me veo bajo la doble proteccion del rey de Navarra y de una hija de Francia. Mi vida se ha salvado milagrosamente; ya no me queda mas que hacer que cumplir mi voto. Estoy pronto á hacerme católico.

Enrique frunció las cejas. Escéptico como era comprendia la abjuracion por interés, pero dudaba mucho de la abjuracion por fé.

El rey no quiere encargarse de mi protegido, pensó Margarita.

La Mole entretanto permanecia tímido y fatigado entre dos voluntades contrarias. Aunque

no podía esplicársela, comprendia bien lo ridículo de su posicion. Margarita con su delicadeza de mujer, logró de nuevo sacarle del mal paso.

—Sire, dijo, nos olvidamos de que el pobre herido necesita descansar. Yo misma estoy cayéndome de sueño. Eh! mirad como palidece!

La Mole palidecia en efecto: pero lo que le hacia perder el color, eran las últimas palabras de Margarita que habia oido é interpretado á su manera.

—Y bien! dijo Enrique, nada mas sencillo; ¿no podemos dejar á Mr. de la Mole descansar?

El jóven dirigió á Margarita una mirada suplicante, y á pesar de hallarse en presencia de dos magestades, se dejó caer sobre una silla destrozado de dolor y de fatiga.

Margarita comprendió todo lo que habia de amor en esta mirada, y de desesperacion en esta debilidad.

—Sire, dijo, es muy regular que vuestra magestad conceda á este jóven caballero que ha arriesgado la vida por su rey, pues que ha sido herido cuando corria al Louvre á anunciar á vuestra magestad la muerte del almirante y la de Teligoy, es muy regular, digo, que le concedais un honor, al que os quedará reconocido durante toda su vida.

—¿Y cuál, señora? dijo Enrique; ordenad y estoy pronto á obedecer.

—Mr. de la Mole se acostará esta noche á los pies de vuestra magestad, la que dormirá

sobre este canapé. En cuanto á mí, con el permiso de mi augusto esposo, añadió Margarita sonriendo, voy á llamar á Gillona, y á acostarme de nuevo, porque, os juro, sire, que no soy la que tengo menos necesidad de descansar.

Enrique tenia imaginacion.... tal vez demasiada; sus amigos y sus enemigos se lo reprocharon mas tarde. Pero comprendió que la que así le desterraba del lecho conyugal, habia adquirido el derecho de hacerlo por la indiferencia que él le habia mostrado. Por lo demás, Margarita acababa de vengarse noblemente de esa indiferencia salvándole la vida. Así respondió sin que el amor propio entrase por nada en su respuesta:

—Señora, si Mr. de la Mole estuviese en estado de pasar á mi habitacion, le ofreceria mi propio lecho.

—Sí, replicó Margarita, pero á estas horas vuestra habitacion no puede protegeros ni á uno ni á otro, y la prudencia esige que V. M. permanezca aquí hasta mañana.

Y sin aguardar la respuesta del rey, llamó á Gillona, hizo preparar los almohadones para el rey y á los pies del rey un lecho para la Mole que parecia estar tan satisfecho y tan contento con este honor que se hubiera dicho que ni sentia sus heridas.

En cuanto á Margarita; hizo al rey una ceremoniosa reverencia, volvió á entrar en su cuarto, echó los cerrojos á todas las puertas, y se tendió sobre la cama.

—Ahora, se dijo Margarita, es preciso que Mr. de la Mole tenga pronto un protector en el Louvre, y algunos se hacen sordos esta noche que se arrepentirán mañana.

Luego hizo una seña á Gillona que aguardaba sus órdenes, para que se acercase.

Gillona se acercó.

—Gillona, le dijo Margarita á media voz, es preciso que bajo un pretexto cualquiera, venga aquí el duque de Alençon antes de las ocho de la mañana.

Las dos sonaban entonces en el Louvre.

La Mole habló un instante de política con el rey, el que poco á poco se quedó dormido, y á poco trecho roncaba estrepitosamente como si estuviese acostado sobre su lecho de cuero de Bearne.

La Mole se hubiera tal vez dormido como el rey, pero Margarita no dormía, volviase y revolvíase en su lecho, y este ruido turbaba el sueño y las ideas del jóven.

—Es bien jóven! murmuraba Margarita en medio de su insomnio, es bien tímido.... es preciso ver esto.... no obstante, hermosos ojos.... hermoso talle, tantos encantos.... pero si no fuese valiente! buia.... abjura.... esto es enojoso.... el sueño empezaba bien, vamos.... Dejemos marchar las cosas, y encomendémoslas al triple Dios de esta loca Enriqueta.

Y Margarita acabó por dormirse al alba, murmurando: Ero-Cupido-Amor.

---

## CAPITULO VI.

*Lo que quiere la muger, lo quiere Dios.*

**M**argarita no se habia engañado: la cólera reconcentrada en el corazon de Catalina con esta comedia, cuya intriga veía, sin que bastase su poder para cambiar en nada el desenlace, tenia que descargar sobre alguno.

En lugar de entrar en su cámara, la reina madre subió directamente á la habitacion de su dama de honor.

Madama de Sauve esperaba dos visitas, aguardaba con ansiedad la de Enrique, y temia la de la reina madre. Estaba aun en el lecho medio vestida, en tanto que Dariola velaba en la antecámara.

La Sauve oyó rodar la llave en la cerradura, y luego el ruido de una persona que se acercaba á pasos lentos, que hubieran parecido pesados á no ser por la espesura de la alfombra que los disminuía. Parecióle que no reconocia el andar ligero y apresurado de Enrique, adivinó que impedirian á Dariola que la viniese á advertir, y apoyada sobre una de sus manos se puso á escuchar, dilatados los ojos y atento el oido con la mayor ansiedad.

Levantóse el tapiz que cubria la entrada, y la jóven se estremeció al ver entrar á Catalina de Médicis.

Catalina parecia estar tranquila; pero madama de Sauve acostumbrada á estudiar su carácter hacia dos años, comprendió todo lo que pasaba, y cuantas preocupaciones sombrías, cuantas venganzas crueles se ocultaban bajo aquella calma aparente.

Al distinguir á Catalina, la Sauve quiso saltar de su lecho, pero Catalina levantó el dedo para indicarla que no se moviese, y la pobre Carlota permaneció clavada en su sitio, reuniendo interiormente todas las fuerzas de su alma para hacer frente á la tempestad que se preparaba silenciosamente.

—¿Habeis hecho entregar la llave al rey de Navarra? preguntó Catalina sin que el acento de su voz indicase la menor alteracion, solo que estas palabras eran pronunciadas con lábios cada vez mas lívidos.

—Sí, señora, respondió Carlota con una voz que se esforzaba en vano en hacer tan segura como la de Catalina.

—Y le habeis visto?

—A quién? preguntó la Sauve.

—Al rey de Navarra.

—No, señora, pero le aguardaba, y al oír dar vuelta á la llave en la cerradura, creí que era él que venia.

Al oír esta respuesta de madama de Sauve que indicaba ó una confianza perfecta ó una

disimulación suprema, Catalina no pudo retener un ligero estremecimiento, y sintió crisparse su mano gruesa y corta.

—Y no obstante, sabias muy bien, dijo Catalina con su infame sonrisa, sabias muy bien, Carlota, que el rey de Navarra no vendría esta noche.

—Yol señora, yo lo sabia! exclamó Carlota con un acento de sorpresa perfectamente fingido.

—Sí, tú lo sabias.

—Para no venir, replicó la joven estremeciéndose al hacer esta suposición, es preciso que haya muerto.

Lo que animaba á Carlota á mentir así, era la certidumbre de que la venganza sería terrible en el caso de que su traicioneita se descubriese.

—Pero ¿no has escrito al rey de Navarra, Carlota mía? preguntó Catalina con la misma risa silenciosa y cruel.

—No, señora, respondió Carlota con una admirable sencillez; vuestra magestad no me habia dicho nada... tal creo, al menos.

Hubo entonces un momento de silencio, durante el cual Catalina miró á madama de Sauvve como la serpiente mira al pájaro que fascina.

—Te crees hermosa, no es verdad? Te crees despejada? dijo entonces Catalina.

—No, señora, respondió Carlota; solo sé que vuestra magestad ha sido algunas veces de-



masiado indulgente cuando se trataba de mi discrecion ó de mi hermosura.

—Y bien, dijo Catalina animándose, si lo has creído te has engañado, si te lo he dicho, mentía; al lado de mi hija Margarita no eres mas que una fea, una tonta.

—Oh! eso es verdad, señora, dijo Carlota, y nunca lo negaré, sobre todo delante de vos.

—De modo, continuó Catalina, que el rey de Navarra prefiere con mucho á mi hija, y creo que no es eso lo que tú deseabas, ni lo que habíamos arreglado.

—Infeliz de mí exclamó Carlota deshaciéndose en gemidos, sin que tuviese que recurrir al fingimiento; oh! si es cierto, soy bien desdichada.

—Lo es! lo es! dijo Catalina penetrando con los rayos de sus ojos como con dos puñales hasta el corazon de madama Sauve.

—Pero, qué es lo que os lo hace creer? preguntó Carlota.

—Baja á la cámara de la reina de Navarra «pazza» y hallarás allí á tu amante.

—Oh! exclamó la Sauve.

Catalina alzó las espaldas.

—Tendrás acaso celos? preguntó la reina madre.

—Yo? respondió madama de Sauve reuniendo todas sus fuerzas que parecian abandonarla.

—Sí, tú! tengo curiosidad de ver unos celos á la francesa!

—Pero, dijo madama de Sauve, ¿cómo quiere vuestra magestad que yo tenga celos, á no ser que sean de amor propio? Yo no amo al rey de Navarra mas que lo que exige el servicio de vuestra magestad.

Catalina la contempló un momento, con ojos escudriñadores.

—Lo que me dices puede muy bien ser cierto, murmuró.

—Vuestra magestad lee en mi corazon.

—Y ese corazon es enteramente mio?

—Ordenad, y juzgareis.

—Pues bien! Carlota, ya que te sacrificas en servicio mio, es necesario que estés siempre enamorada del rey de Navarra, y sobre todo que seas muy celosa, celosa como una italiana.

—Pero, señora, de qué modo se encelan las italianas?

—Yo te le diré, replicó Catalina; y despues de haber hecho dos ó tres movimientos de cabeza de alto á bajo, salió silenciosa y lentamente como habia entrado.

Carlota turbada por la mirada límpida de esos ojos dilatados como los de una pantera ó de un gato, sin que esa dilatacion les hiciese perder nada de su profundidad, la dejó partir sin pronunciar una palabra, sin permitir á su aliento la facultad de estenderse, y solo respiró con libertad cuando oyó la puerta cerrarse tras la reina madre, y que Dariola vino á decirle que la terrible aparicion se habia ya disipado.

—Dariola, dijo entonces la Sauve, arrastra

un sillón hasta cerca de mi lecho, y pasa la noche sentada en él. Te lo suplico, porque no me atrevería á quedar sola.

Dariola obedeció; pero á pesar de la compañía de su camarera que permaneció á su lado, á pesar de la luz de la lamparilla que hizo dejar encendida para mayor seguridad, la Sauve no pudo quedarse dormida hasta rayar el alba; tal ruido hacia en su oído el metálico acento de la voz de Catalina.

Entretanto, aunque no se habia quedado dormida hasta el amanecer, Margarita se despertó al primer toque de las trompetas, al primer ladrido de los perros. Levantose al instante y empezó á vestir un traje negligé que rayaba en traje de pretension. Entonces llamó á sus doncellas, hizo introducir en la antecámara los gentiles-hombres del rey de Navarra que estaban de servicio; luego abriendo la puerta que encerraba bajo la misma llave á Enrique y á la Mole, saludó afectuosamente con sus miradas á este último, y llamando á su marido.

—Vamos, sire, le dijo, no basta haber hecho creer á mi señora madre lo que no es; es necesario convencer á toda la córte de la perfecta inteligencia que reina entre nosotros. Pero, tranquilizáos, añadió riendo, y retened bien mis palabras que las circunstancias hacen casi solemnes. Hoy es la última vez que espongo á vuestra magestad á esta prueba cruel.

El rey de Navarra se sonrió y dió órden para introducir á sus gentiles hombres de cámara.

En el momento en que le saludaban fué cuando fingió recordar que se le había olvidado la capa sobre el lecho de la reina; pidióles entonces que le excusasen por haberlos recibido de aquel modo. Tomó la capa de manos de Margarita estremadamente sonrojada, y la abrochó sobre el hombro. Luego, volviéndose hácia ellos, les pidió algunas noticias acerca de la corte y de la ciudad.

Margarita observaba disimuladamente la imperceptible admiración que producía sobre el rostro de los gentiles-hombres esta intimidad que acababa de revelarse entre el rey y la reina de Navarra, cuando entró un ngier seguido de tres ó cuatro gentiles-hombres, anunciando al duque de Alençon.

Para hacerle venir, Gillona no había tenido que hacer otra cosa que decirle que el rey había pasado la noche en la habitación de su esposa.

Francisco entró con tal rapidez, que faltó muy poco para que derribase á los que le precedían. Su primera mirada fué para Enrique. Margarita solo obtuvo la segunda.

Enrique le respondió con un saludo cortés: Margarita arregló su rostro de modo que expresaba la serenidad mas perfecta.

Francisco lanzó entonces otra mirada vaga y escrutadora que abrazó toda la cámara; vió el lecho de tapices desarreglado, las dos almohadas de la cabecera aplastadas y el sombrero del rey tirado sobre una silla.

Palideció, pero reponiéndose al instante:

—Enrique, hermano mio, le dijo, ¿quieres venir esta mañana á jugar con el rey á la pelota?

—¿Es el rey quien me hace el honor de haberme elegido? preguntó Enrique; ¿ó es tan solo una atencion de vuestra parte, cuñado mio?

—No; el rey no me ha dicho nada, dijo el duque un poco cortado; ¿pero no formais parte de su partida ordinaria?

Enrique se sonrió, porque desde la última partida que habia jugado con el rey, eran tantos y tan graves los acontecimientos que se habian sucedido, que no tendria nada de extraño que Carlos IX hubiese cambiado sus jugadores habituales.

—Allá voy, hermano mio, dijo Enrique sonriendo.

—Venid, replicó el duque.

—¿Os vais? preguntó Margarita.

—Sí, hermana mia.

—No obstante, ¿si yo os reclamase algunos minutos?....

Sem-jante peticion era tan rara en boca de Margarita, que su hermano la miró sonrojándose y palideciendo sucesivamente.

—¿Qué le irá á decir? pensó Enrique no menos admirado que el duque de Alençon.

Margarita se volvió hácia su esposo como si adivinase la idea que le ocupaba.

—Señor, le dijo con una sonrisa encantadora, podeis ir á reunirnos con el rey cuando

gustéis, pues el secreto que tengo que revelar á mi hermano no lo es ya para vos, pues que habeis casi rehusado la peticion que os hice ayer noche acerca de este secreto. Sentiria mucho, continuó Margarita, fatigar por segunda vez á vuestra magestad, emitiendo delante de ella un deseo que al parecer le es desagradable.

—¿Qué es esto, pues? preguntó Francisco mirando á los dos esposos con la mayor admiracion.

—Ah! ah! dijo Enrique sonrojándose de despecho; entiendo lo que quereis decir, señora; pero si no puedo conceder á Mr. de la Mole una hospitalidad que en el dia no podria ofrecerle la menor seguridad, no dejaré por eso de recomendar (despues de vos) á mi hermano Aleuçon, esa persona «por quien os interessais.» Tal vez, añadió para dar mas fuerza á las espresiones que hemos entrecomado, tal vez mi hermano hallará algun medio que os permita dejar á Mr. de la Mole... aqui.... cerca de vos.... lo que seria mejor que todo lo demas, ¿no es verdad, señora?

—Vamos, vamos, se dijo Margarita, entre los dos var. á hacer lo que ninguno de ellos hubiera hecho jamas por sí solo.

Abrió entonces la puerta del gabinete é hizo salir de él al jóven herido, despues de haber dicho á Enrique:

—A vos, señor, os toca esplicar á mi hermano el motivo del interés que nos inspira Mr. de la Mole.

Enrique, cogido en el garlito, refirió á Mr. de Alençon, que era medio protestante por oposicion, así como Enrique era medio católico por prudencia, la llegada de Mr. de la Mole á Paris, y cómo habiau herido al jóven á tiempo que venia á entregarle una carta de Mr. Auriac.

Cuando el duque se volvió, la Mole que habia salido ya del gabinete, estaba en pié delante de él.

Cuando Francisco le vió tan hermoso, tan pálido, y por consiguiente cien veces mas seductor con su belleza y su palidez, sintió que en el fondo de su corazón nacia un nuevo temor.

Margarita le heria en los celos y en el amor propio á la vez.

—Hermano mio, le dijo, yo respondo de que este gentil-hombre será muy útil al que le emplee en su servicio. Si le aceptais, él ballará en vos un amo poderoso, y vos en él un fiel servidor. En estos tiempos es preciso rodearse de gente fiel, hermano mio, sobre todo, añadió bajando la voz de modo que solo la oyese el duque de Alençon, sobre todo, cuando uno es ambicioso, y tiene la desgracia de ser el tercero de los hijos de Francia.

Y puso un dedo sobre sus labios para indicar á Francisco que á pesar de esta expansion, guardaba todavía en su pecho una grande é importante porcion de su pensamiento.

—Luego, añadió, tal vez pensareis todo al contrario de Enrique, es decir, que no es regular que este jóven habite tan cerca de mi cámara.

—Hermana mia, dijo vivamente Francisco, Mr. de la Mole puede estar dentro de media hora instalado en mi habitacion donde nada tendrá que temer. Esto es, si le conviene. Que me ame y le amaré.

Francisco mentía, porque en el fondo de su corazon detestaba ya á Mr. de la Mole.

—Bien, bien.... no me habia yo engañado murmuró Margarita que vió al rey de Navarra fruncir las cejas. Ah! para conduciros á ambos, es preciso conduciros uno por otro.

Luego completando su pensamiento:

—Vamos, vamos, continuó: bien, Margarita, me diria ahora Enriqueta, bien.

Media hora despues la Mole gravemente catequizado por Margarita, besaba la orla de su vestido, y subia la escalera que conducia á la habitacion de Mr. de Alençon, con bastante ligereza para estar berido.

—Pasáronse dos ó tres dias, durante los cuales pareció consolidarse mas y mas la buena armonía que reinaba entre Enrique y su esposa. Enrique habia obtenido la gracia de no abjurar públicamente, pero habia hecho renuncia entre las manos del confesor del rey, y oía todas las mañanas misa en el Louvre.

Por la noche tomaba ostensiblemente el camino de la habitacion de su esposa, entra-



ba por la puerta principal, hablaba con ella algunos instantes, salia por la puertecita secreta, y subia á la habitacion de madama Sauve, que no habia dejado de advertirle la visita de la reina madre y del peligro incontestable que corria. Enrique advertido por todos lados, redoblaba su desconfianza respecto á la reina madre, y con tanta mas razon, cuanto que el rostro de la reina madre, se iba insensiblemente despejando. Enrique llegó á ver un dia una amable sonrisa sobre los lábios pálidos de Catalina. Aquel dia no se atrevió á comer con seguridad mas que algunos huevos que habia visto él mismo cocer, y á beber agua que habian sacado del Sena en su presencia.

Los asesinatos continuaban aun, pero iban ya disminuyendo. Tantos bugonotes habian sido asesinados, que el número de los que quedaban era ya muy corto en comparacion de los que habia antes. La mayor parte de ellos habian muerto, otros habian huido, y algunos otros consiguieron permanecer ocultos. Oíase por intervalos en uno ú otro cuartel un gran clamoreo; y era cuando se habia descubierto alguno de los últimos. La ejecucion era entonces pública ó privada á medida de que el perseguido se veia cercado en algun rincon sin salida ó podia huir. En el último caso era una gran fiesta para el cuartel donde sucedia el drama, porque en lugar de calmarse con la estincion de sus enemigos, los

católicos eran cada vez mas feroces, y cuantos menos hugonotes quedaban, tanto mas cruelmente perseguian estos infelices restos.

Cárlos IX habia tomado gran aficion á cazar los hugonotes; luego cuando no habia podido continuar cazándolos por sí mismo, se deleitaba en ver cazar á los demas.

Volviendo un dia de jugar al mallo, que era juntamente con la caza y la pelota, su diversion favorita, entró en la habitacion de la reina madre, con el rostro radiante de alegria, y seguido de los cortesanos que estaban de servicio, y que le acompañaban siempre.

—Madre mia! dijo abrazando á la florentina, que se esforzaba en adivinar la causa de este gozo; ¡madre mia! una buena nueva! Muerte de todos los diablos! Sabeis una cosa? pues es, que el cadáver del almirante se acaba de hallar.... ese ilustre esqueleto que ya creíamos perdido.

—Ah! ah! dijo Catalina.

—¡Oh Dios mio! ¿no es verdad, madre mia, que habíais creido lo mismo que yo, que los perros habian hecho con él su banquete de boda? pues nada de eso. Mi pueblo, mi buen pueblo, mi querido pueblo, ha tenido una idea feliz, han aborcado al almirante en el garabato de Mont-faucon.

«De alto en bajo á Gaspar lanzar supieron, luego de bajo en alto le subieron.»

—Y bien, ¿qué? dijo Catalina.

—Y bien, madre mia, replicó Cárlos IX, he tenido siempre grandes descos de volver á ver al almirante despues de muerto; ¡amigo querido!... hace un tiempo bellissimo, todo me parece hoy lleno de flores. El aire está lleno de vida y de perfumes, y yo me encuentro bueno cual nunca. Si quereis, madre mia, montaremos á caballo, é iremos á Mont-faucon.

—Iria con todo mi corazon, hijo mio, dijo Catalina, si no hubiese dado una cita á la que no quiero faltar. Luego, para hacer una visita á un hombre de la importancia del señor almirante, añadió, es preciso convidar toda la corte. Será una buena ocasion para que los observadores puedan hacer anotaciones curiosas. Veremos quien viene y quien no.

—A fé mia que teneis razon, mi buena madre, pero dejémoslo para mañana, es mejor. Convidad á vuestros amigos, yo convidaré á los míos.... ó mas bien, no convidemos á nadie. Diremos tan solo «vamos,» y todo el mundo tendrá la libertad de ir ó no. Adios, madre mia, voy á tañer el cuerno.

—Cárlos, vais á consumiros. Ambrosio Paré os lo dice á todas horas, y tiene razon; es un ejercicio demasiado fatigoso para vos.

—Bathl bathl bathl dijo Cárlos, quisiera estar seguro de no morir de otra cosa. Enterraba yo entonces á todos los que hay aquí, hasta á ese Enriquito que debe sucedernos un dia segun dice Nostradamus.

Catalina frunció las cejas.

—Hijo mio, desconfiad siempre de las cosas que parecen imposibles, y en tanto cuidaos.

—Dos ó tres tocatas nada mas, para alegrar mis perros que se cansau de arañar la tierra con las uñas; ¡pobres bestias! hubiera debido lanzarles sobre los hugonotes, eso los habria alegrado.

Y Carlos IX salió de la habitacion de su madre, entró en su gabinete de armas, descolgó un cuerno de caza, y lo tocó con tal fuerza, que hubiera hecho honor al mismo Rolando. Nadie podia comprender como podia salir un sonido tan fuerte de aquellos lábios pálidos, ni de aquel cuerpo enfermo y débil.

Catalina aguardaba en efecto una «visita,» como habia dicho á su hijo. Apenas salió Carlos, vino una de sus doncellas á avisarla, hablándola en voz muy baja. La reina se sonrió, se levantó, saludó á las personas que le hacian la corte, y siguió á su mensajera.

Entretanto el florentino René, aquel á quien el rey de Navarra habia hecho una acogida tan diplomática la noche misma de la San Barthelemy, acababa de entrar en el oratorio de la reina madre.

—Ah! sois vos, René, le dijo Catalina, os aguardaba con impaciencia.

René se inclinó.

—Habeis recibido ya una cartita que os escribí ayer?

—He tenido el honor de recibirla.

—Habeis vuelto como yo os decia, á probar ese horóscopo, sacado por Rugieri, que concuerda tan bien con la profecia de Nostradamus, que dice que mis tres hijos reinarán todos?... hace algunos dias, René, que las cosas se han modificado bastante, y he llegado á pensar que tal vez el destino se presentará menos amenazador.

—Señora, respondió René sacudiendo tristemente la cabeza, vuestra magestad sabe muy bien, que no son las cosas las que modifican los destinos; al contrario, es el destino quien modifica las cosas.

—Pero sin embargo habeis renovado el sacrificio, ¿no es verdad?

—Sí señora, respondió René, porque mi primer deber es obedeceros.

—Y bien ¿el resultado?

—Siempre el mismo, señora.

—Cómo! el cordero negro, lanza siempre tres gritos?

—Lo mismo que siempre, señora.

—Indicio de tres muertes crueles en mi familia.... murmuró Catalina.

—Ah! dijo René.

—Pero ¿y despues?

—Despues, señora, tenia en las entrañas esa desnivelacion del hígado que hemos notado ya en los dos sacrificios anteriores; el hígado se inclina siempre en sentido inverso.

—Cambio de dinastía! siempre! siempre! siempre! murmuró Catalina, sin embargo, eso

es lo que es preciso cambiar. René continuó.

René sacudió de nuevo la cabeza.

—Ya lo he dicho á vuestra magestad, replicó, el destino es el que gobierna.

—Es tu opinion? dijo Catalina.

—Sí señora.

—Te acuerdas del horóscopo de Juana de Al-  
bret?

—Sí señora.

—Repítemele; le he olvidado.

—«Vives honorata,» dijo René, morieris re-  
formidata, regina ampliacaberel

—Lo que quiere decir, dijo Catalina, al me-  
nos tal creo, «vivirás honrada» y carecía hasta  
de las primeras necesidades de la vida ¡pobre  
muger! «Morirás temida,» y nos hemos bur-  
lado de ella, serás mas grande aun de lo que  
has sido como reina,» he aquí que ha muerto,  
y toda su grandeza se encierra en una tumba  
donde hasta nos hemos olvidado de colocar su  
nombre.

—Señora, vuestra magestad traduce mal,  
el «vives honorata,» la reina de Navarra ha vi-  
vido, en efecto, honrada, porque en tanto que  
vivió gozó del amor de sus hijos, y del res-  
peto de todos sus partidarios, amor y respeto  
tanto mas sinceros, cuanto que ella era pobre.

—Vaya, dijo Catalina, os pasaré el «viviréis  
dichosa» pero ¿y el morieris reformidata, cómo  
lo explicais?

—Cómo lo explico? nada mas fácil. «Morirós  
temida.»

—Y ha muerto temida?

—Y tan temida, señora, que no hubiera muerto, si vuestra magestad no le hubiera tenido miedo. En fin, «serás mas grande aun de lo que has sido como reina» esto es verdad, señora; porque en cambio de la corona perecedera, tiene tal vez á estas horas, como reina y como mártir, la corona del cielo; además, ¿quien sabe todavia el porvenir que está reservado en la tierra á su posteridad?

Catalina era en efecto supersticiosa: de modo que se espantó mas aun de la sangre fria de René, que de la persistencia de los augurios; y como para ella un mal paso era una ocasion para saltar atrevidamente por sobre la situacion, dijo bruscamente á René sin mas transicion que el ejercicio mudo de su pensamiento.

—¿Han llegado perfumes de Italia?

—Sí señora.

—Bien, pues enviadme un cofrecito surtido.

—De cuales?

—De los últimos de los...

Catalina se detuvo.

—¿De los que tanto agradaban á la reina de Navarra? replicó René.

—De los mismos.

—No hay necesidad de prepararlos, no es verdad, señora? porque vuestra magestad sabe á estas horas casi tanto como yo.

—Te lo parece, dijo Catalina. La verdad, que ellos aciertan.

—Tiene vuestra magestad algo mas que de-

cirme? preguntó el perfumista.

—No; respondió Catalina pensativa; al menos así lo creo. Pero si haceis nuevos sacrificios decidme! es decir, si hay en ellos alguna mudanza. Dejemos estar los corderos, y probemos las pollas.

—Ah, señora! temo que aunque cambiemos de víctima no logremos cambiar los presagios.

—Haz lo que te digo.

René saludó y salió.

Catalina permaneció un momento sentada y pensativa, luego se levantó y volvió á entrar en su alcoba, donde la aguardaban sus doncellas, á quienes anunció para el dia siguiente, el peregrinaje á Mont-faucon.

La nueva de esta partida de diversion, fué durante la noche la conversacion del palacio, y el rumor de la ciudad. Las damas hicieron preparar sus mas elegantes tocados, los gentiles-hombres sus armas y sus caballos de ceremonia. Los mercaderes cerraron sus tiendas y talleres, y los ociosos del populacho mataron aquí y allí algunos hugonotes que estaban guardados para una buena ocasion, á fin de dar al almirante un acompañamiento regular.

Todo esto motivó un gran ruido durante toda la tarde, y una gran parte de la noche.

La Mole habia pasado el dia mas triste del mundo, y á este dia se habian seguido otros tres ó cuatro igualmente tristes. Mr. de Alençon, tan solo por obedecer hasta los menores deseos de Margarita, había instalado á la



Mole en su habitación, pero él no había vuelto á verla.

La Mole se sentía, pues, como un niño abandonado, y privado de los cuidados tiernos, delicados y encantadores de dos mugeres, cuyo solo recuerdo, es decir, el de una de ellas, devoraba incesantemente su pensamiento. Había recibido noticias suyas por el cirujano Ambrosio Paré, por quien Margarita le había enviado espresiones; pero estas noticias trasmitidas por un hombre de cincuenta años, que ignoraba ó fingía ignorar el interés que inspiraban á la Mole, las menores espresiones que tuviesen relacion con Margarita, eran bien incompletas y muy insuficientes. Es verdad que Gillona habia venido una vez en su nombre á saber noticias acerca de la salud del herido. Esta visita habia hecho sobre él el efecto de un rayo de sol en un calabozo, y la Mole habia quedado como destumbrado, aguardando siempre una segunda aparicion; pero aunque ya se habian pasado dos dias despues de la primera, nadie pareció.

De modo, que cuando participaron al convaleciente esa reunion espléndida de toda la córte, señalada para el dia siguiente, hizo que pidiesen á Mr. de Alençon la gracia de que le permitiese acompañarle.

El duque ni se preguntó siquiera si Mr. de la Mole estaba en estado de soportar la fatiga, y respondió:

—Con mucho placer! que le dén uno de mis caballos.

Esto era todo lo que deseaba Mr. de la Mole; el señor Ambrosio Paré vino como siempre á curarle. La Mole le espuso el compromiso en que se veía de montar á caballo, y le rogó que pusiese doble cuidado al colocarle los vendages.

Tanto la herida de la espalda como la del pecho habian cerrado, solo la de la espalda le hacia sufrir un poco. Ambas estaban sonrosadas como deben estarlo las carnes que van curando. Maestro Ambrosio Paré le cubrió todas con un tafetan engomado, muy en boga en esta época para esta suerte de heridas, y le aseguró á la Mole, que con tal que no hiciese demasiados movimientos en la escursion que iba á hacer, que todo iria bien.

La Mole estaba en el colmo de su alegría; si se exceptúa cierta debilidad originada por la pérdida de sangre, y un ligero aturdimiento que dimanaba de la misma causa, se sentia tan bien como antes de su herida.

Además, Margarita formaba sin duda parte de esta cabalgata; volveria á ver á Margarita, y cuando pensaba en el bien que le habia hecho la vista de Gillona, no dudaba de que seria mucho mas eficaz la de su señora.

La Mole empleó una parte del dinero que su familia le habia dado al partir, en comprar la mas bella casaca de raso blanco, y la mas rica capa bordada que pudo procurarle el sastre de moda. Ese mismo le proporcionó las botas de cuero perfumadas que se llevaban en aquella época: trajéronle el vestido completo aquella

misma mañana, y tan solo media hora despues de la que habia fijado la Mole, es decir, que no tuvo mucho por qué reñir. Se vistió rápidamente, se miró al espejo, se halló bastante bien vestido, adornado y perfumado, para quedar satisfecho de sí mismo; en fin, dió algunos paseos con paso rápido por la habitacion, lo que le persuadió de que dejando aparte algunos dolores bastante vivos, la felicidad moral haria callar las incomodidades físicas.

En tanto que pasaba esta escena en el Louvre, sucedia otra del mismo género en el palacio de Guisa. Un caballero de alta estatura y cabellos de un rojo subido, examinaba delante de un espejo una gran raya encarnada que le atravesaba bien desagradablemente el rostro; peinaba y perfumaba sus bigotes, y estendía sobre esta desdichada raya, qué á despecho de todos los cosméticos que se usaban en esta época, se obstinaba en aparecer; estendia, digo, una triple capa de encarnacion; pero como esta aplicacion era inútil, ocurriósele una idea singular. El sol ardiente del mes de agosto, lanzaba sus rayos sobre el patio; bajó á él, y con el sombrero en la mano y los ojos cerrados, se paseó durante diez minutos, esponiéndose voluntariamente á esta llama deveradora que caía á torrentes del cielo.

Al cabo de diez minutos, gracias á una insolacion de primer órden, el caballero habia llegado á tener el rostro tan encendido, que

la raya encarnada no estaba ya en armonía con el resto del rostro, y parecía amarilla e comparación de él.

Nuestro caballero, quedó sin embargo bastante satisfecho con este arco iris, que igualó con el resto de su cara, dándole una capa de barniz; luego se vistió su magnífico traje que el sastre había dejado en la habitación, antes de que Coconas hubiese siquiera preguntado por el sastre. Adornado, armado de punta en blanco, bajó por segunda vez al patio donde se puso á acariciar un hermoso caballo, cuya belleza era sin igual, á no ser por una cortadura que á imitación de la de su amo, le había hecho en una de las últimas batallas civiles en sabte de Rettre.

Encantado y satisfecho de su caballo, como lo estaba de sí mismo, este caballero que nuestros lectores habrán sin duda reconocido, montó en su linda silla un cuarto de hora antes que todos, haciendo resonar el patio del palacio de Guisa con los relinchos del caballo, á los que él respondía sujetándole y modulando «Nardib» en todos los tonos. Al cabo de algun tiempo aunque corto, el caballo ya completamente domado, reconocia con su docilidad y obediencia, la legítima superioridad de su gñote; pero esta victoria no se había ganado sin ruido, y este ruido (tal vez contaba ya con él nuestro caballero) atrajo á las vidrieras una dama, que nuestro domador de caballos saludó profundamente, y la que se so-

rió con él de la manera mas graciosa.

Cinco minutos despues, madama de Nevers hacia llamar á su intendente.

—Señor, le preguntò, se ha hecho almorzar delicadamente al señor conde Annibal de Coconnas?

—Sí, señora, respondió el intendente, y ha comido con mejor apetito que de costumbre.

—Bien, caballero, dijo la duquesa.

Luego volviéndose hácia su primer gentil-hombre:

—Mr. de Arguzon, le dijo, vamos al Louvre, y os suplico que no perdáis de vista al señor conde Annibal de Coconnas, porque está herido, y por lo tanto debéis por todo cuanto hay en el mundo no quisiera que le sucediera nada. Haria reir mucho á los hugonotes, que sin duda le guardan rencor desde la bienaventurada tarde de la Saint-Barthelemy.

Y madama de Nevers, montando á caballo á su vez, partió radiante para el Louvre, donde era el punto de reunion general.

## CAPITULO VII.

*El cuerpo de un enemigo muerto huele siempre bien.*

**E**ran las dos de la tarde, cuando una fila de gentiles-hombres á caballo, deslumbrantes de

oro, de joyas y trages espléndidos, apareció en la calle de Saint Denis, desembocando en el ángulo del cementerio de los Inocentes, y desplegándose al sol, entre las dos filas de casas sombrías, como un inmenso reptil de brillantes anillos.

Ninguna cabalgata por rica y radiante que sea, puede darnos una idea de este espectáculo. Esos trages sedosos, ricos, y brillantes, legados como una joya espléndida, por Francisco I á sus sucesores, no se habian trasformado aun en esos vestidos sombríos y estrechos que fueron de moda bajo Enrique III, de moda que el trage de Carlos IX, menos rico, pero tal vez mas elegante que el de las épocas precedentes, brillaba en su mas perfecta armonía. En nuestros dias ya no puede hallarse comparacion con semejante comitiva, porque aun en nuestras magníficas reuniones, nos hemos sujetado á la uniformidad y á la simetría.

Pages, escuderos, gentiles-hombres de segundo órden, perros y caballos que marchaban á los lados y detrás, hacian del acompañamiento real un verdadero ejército. Detrás de este ejército, venia el pueblo, ó por mejor decir, el pueblo estaba en todas partes.

El pueblo seguia, escoltaba y precedia; gritando á la vez, ¡Noel! y ¡Harol! (1), porque entre la comitiva se distinguian algunos calvinistas reunidos, y el pueblo es rencoroso.

---

(1) *Navidad, y ayuda.*

Aquella misma mañana hallándose en presencia de la reina Catalina y del duque de Guisa, Carlos IX habia hablado delante de Enrique de Navarra, de ir á visitar el cadalso de Mont-faucon, ó mas bien el cuerpo mutilado del almirante que habian ahorcado en él, como de una cosa muy natural. El primer impulso de Enrique fué el de no tomar parte en esta visita. Eso era lo que aguardaba Catalina. A las primeras palabras que pronunció el Bearnés indicando su repugnancia, la reina madre cambió una mirada y una sonrisa con el duque de Guisa. Enrique notó ambas cosas, las comprendió, y volviendo sobre sí:

—Pero al fin, dijo, por qué no habia de ir? Soy católico, y pertenezco en todo á mi nueva religion.

Luego dirijiéndose á Carlos IX:

—Cuente vuestra magestad conmigo, le dijo, me contemplaré dichoso en ir siempre donde quiera que ella vaya.

Y arrojó en torno suyo una ojeada rápida, para contar las cejas que se fruncian.

De modo que la persona que mas llamaba la atencion en esta comitiva, era este hijo sin madre, este rey sin reino, este hugonote convertido en católico. Su rostro prolongado y característico, su aspecto un poco vulgar, su familiaridad para con los inferiores, familiaridad que Enrique llevaba hasta el grado de ser indecorosa en un rey, familiaridad que se resentía de los hábitos montañeses de su juventud, y que

conservó hasta su muerte, le señalaban á los ojos de todos los espectadores. Algunos de estos gritaban:

—A misa! Enriquito, á misa!

—Ya la oí ayer, vengo de oirla hoy, y volveré allá mañana. ¡Ventre saint gris! me parece es bastantel

En cuanto á Margarita, estaba á caballo, tan bella, tan fresca, tan elegante, que la admiración formaba en rededor de ella un concierito, del que es preciso confesar que se escapaban algunas notas para dirigirse á su compañera la duquesa de Nevers, que acababa de reunirse con la reina, y cuyo caballo blanco, como si se enorgulleciese del peso que sustentaba, sacudía furiosamente la cabeza.

—Y bien, duquesa! qué hay de nuevo? preguntó Margarita.

—Nada, señora, respondió Enriqueta en voz alta, nada.... al menos que yo sepa.

Luego mas bajo:

—Y el hugonote, qué se ha hecho? preguntó.

—Ya le hallé un retiro casi seguro, respondió Margarita; y el gran matador de gentes?... qué has hecho de él?

—Ha querido venir á la funcion; monta el caballo de batalla de Mr. de Nevers, un caballo grande como un elefante. Es un ginete espantoso. Le permití asistir á la reunion, porque hoy juzgo que tu hugonote habrá permanecido prudentemente en su cuarto, y así no tendremos el temor de que puedan encontrarse.



—Oh! á lé mia, dijo Margarita, que aunque estuviese aquí, que no está, no habría que temer el encuentro por eso. Mi hugonote es un bello jóven y nada mas, una paloma y no un milano; arrulla, pero no muerde. Además, añadió la jóven reina con un acento imposible de describir, y alzando ligeramente las espaldas; además, le hemos creído hugonote en tanto que tal vez será brahma, y su religion no le permitirá derramar sangre.

—Pero, ¿dónde está Mr. de Alençon, dijo Enriqueta, que no le veo?

—Vendrá á reunirse, tenia los ojos malos esta mañana, y no tenia gana de venir; pero como se sabe que se inclina á los hugonotes tan solo por llevar la contraria á Carlos y á Enrique, se le hizo presente que el rey podia interpretar mal su ausencia y se decidió. Pero, aguarda.... Todos miran y gritan allá á dajo. Sin duda es él, que viene por la puerta de Montmartre.

—En efecto, es él, dijo Enrique riendo, ya le reconocí. Y en verdad que tiene hoy buen semblante. Hace algun tiempo que se adorna de un modo singular; sin duda está enamorado. Ved, Margarita, que bueno es ser un príncipe de la sangre: galopa sobre el pueblo, y el pueblo le deja el paso.

—En efecto, dijo Margarita riendo, va á atropellarnos: ¡Dios me perdone! Pero, duquesa, haced guardar la línea á vuestros gentileshombres, porque he ahí uno que si no se

reune á la fila, vá á perecer atropellado.

—Ehl ehl es mi intrépido, exclamó la duquesa, mira, pues, miral

Coconnas habia en efecto abandonado la fila, para acercarse á madama de Nevers; pero en el momento en que su caballo atravesaba la especie de baluarte exterior que separa la calle del arrabal de San Denis, un caballero de los de la comitiva de Alençon, se estrelló contra Coconnas, á pesar de los esfuerzos que hacia para detener su caballo desbocado. Coconnas violentamente sacudido, vaciló sobre su montura colosal, su sombrero estuvo para caer, Coconnas le detuvo, y se volvió furioso.

—Dios mío! dijo Margarita inclinándose hácia el oido de su amiga, ¡Mr. de la Mole!

—Cómo! ese jóven hermoso y pálido? exclamó la duquesa sin poder reprimir la primera impresion.

—Sí, sí, ese que ha estado á pique de derribar á tu piemontés.

—Oh! dijo la duquesa, van á suceder aquí lances espantosos!.... se miran..... se reconocen.

En efecto, cuando Coconnas reconoció al voivense la figura de la Mole, fué tal su sorpresa, que dejó caer la brida de su caballo, porque creía ciertamente haber muerto á su antiguo compañero, ó al menos haberle puesto por algun tiempo fuera de combate. La Mole por su parte reconoció á Coconnas, y sintió un volcan subírsele al rostro. Durante algunos

segundos que bastaron para esprimir todos los sentimientos que animaban aquellos dos hombres, lanzáronse una mirada mútua, que hizo estremecerse á las dos jóvenes. La Mole, despues de haber mirado en rededor suyo, y de haber comprendido sin duda, que el sitio era muy poco apropósito para una esplicacion, picó su caballo, y se reunió á Mr. de Alençon.

Coconnas permaneció un momento en el mismo sitio, retorciendo sus bigotes, y haciendo subir el extremo de ellos hasta picarse los ojos; luego viendo que la Mole se alejaba sin decirle nada mas, volvió él tambien á ponerse en marcha.

—Ah! ah! dijo Margarita con un dolor desdoblado, no me habia engañado... oh! esto es demasiado fuerte!

Y se mordió los labios hasta derramar sangre.

—Es bien hermosol respondió la duquesa con conmiseracion.

En este mismo momento acababa Mr. de Alençon de ocupar su sitio detrás del rey y de la reina madre, de suerte que sus gentiles-hombres si querian reunirse con él, tenian que pasar por delante de Margarita y de la duquesa de Nevers. La Mole al pasar á su vez por delante de las princesas, levantó su sombrero, saludó á la reina inclinándose hasta el cuello del caballo, y permaneció con la cabeza desnuda aguardando á que su magestad le honrase con una mirada.

Margarita volvió fieramente la cabeza hacia otro lado.

La Mole leyó sin duda esa espresion de desden sobre el rostro de Margarita, y su rostro pálido se volvió lívido. Además, para no caer del caballo, se vió obligado á agarrarse de la erin.

—Oh! oh! dijo Enriqueta á la reina, mírale, cruel, mírale, va á desmayarse...

—Bueno! dijo la reina con una sonrisa amenazante, no nos faltaba ya mas que eso. Tienes sales?....

—Madama de Nevers se engañaba. Mr. de la Mole aunque tambaleando, recobró al fin las fuerzas, y fué afirmándose sobre su caballo á ocupar su puesto cerca de Mr. de Alençon.

En tanto la comitiva iba avanzando, y ya se dibujaba en el espacio el lúgubre perfil del cadalso erijido y estrenado por Enguerrand de Marigny. Nunca habia estado tan bien guarnecido como ahora.

Los alguaciles y los guardias marcharon delante, y formaron un ancho círculo enrededor del patíbulo. Al verlos acercarse, los cuervos que estaban anidados sobre las horcas, echaron á volar lanzando gritos de desesperacion.

La horca que se levantaba en Mot-faucon, ofrecia casi siempre detrás de sus columnas, un abrigo á los perros atraidos á aquel sitio por una presa casi continua, y á los bandidos ó filósofos, que venian allí á meditar sobre las vicisitudes de la fortuna.

No se hallaban entonces en Mont-faucon (aí menos en apariencia) ni perros, ni bandidos. Los alguaciles y los guardas habían echado de allí á los primeros al mismo tiempo que á los cuervos, y los segundos se habían confundido con el pueblo para ejecutar alguno de esos juegos de sutileza que son las rientes vicisitudes del oficio.

La comitiva avanzaba aun. El rey y Catalina llegaron los primeros, luego venían el duque de Anjou, el duque de Alençon, el rey de Navarra, el duque de Guisa, y sus gentiles-hombres; luego Margarita, la duquesa de Nevers y todas las damas que componían lo que se llamaba el escuadrón volante de la reina, después los pages, los escuderos, los lacayos y el pueblo, entre todos diez mil personas.

Pendía de la horca principal, una masa informe, un cadáver negro, manchado de sangre coagulada y de lodo, blanqueado por nuevas capas de polvo. Faltábale á este cadáver la cabeza, de modo que lo habían ahorcado por los pies. Por lo demás el populacho, ingenioso como siempre, había reemplazado la cabeza con un envoltorio de paja: á este envoltorio le habían puesto una máscara, y en la boca de esta máscara algún burlon que conocía las costumbres del señor almirante, había introducido un limpia dientes.

Era un espectáculo á la vez lúgubre y raro, ver todos esos caballeros elegantes, todas esas bellas damas desfilando como una procesion

pintada por Goya, en medio de los esqueletos ennegrecidos y de los brazos descarnados de las horcas. Cuanto mas brillante era la alegría de los peregrinos, tanto mayor contraste formaba con el sombrío silencio, y la fría insensibilidad de aquellos cadáveres, objeto de las mas picantes ironías que hacian estremecer á los mismos que las pronunciaban. Muchos soportaban con pena este horrible espectáculo, y al ver la gran palidez de Enrique que estaba en el grupo de los hugonotes convertidos, se conocia que á pesar del imperio que ejercia sobre sí mismo, á pesar del alto grado de disimulacion de que el cielo le habia dotado, no podia sostenerse por mas tiempo: pretestó el olor infecto que exhalaban aquellos restos humanos, y acercándose á Carlos IX que colocado al lado de Catalina permanecia delante de los restos del almirante:

—Sire, dijo, vuestra magestad conocerá que este pobre cadáver huele bien mal, para poder permanecer aquí por mas tiempo.

—Te lo parece, Enriquito? dijo Carlos IX, cuyos ojos brillaban con un gozo feroz.

—Sí, sire.

—Pues bien! yo no soy de la misma opinion... el cuerpo de un enemigo muerto huele siempre bien.

—A fé mia, sire, dijo Tavannes, pues que vuestra magestad sabia que íbamos á venir á hacer una visita al señor almirante, hubiera hecho mejor en ínvitar á Pedro Ronsard, su

maestro de poesía; en tanto que estábamos aquí, hubiera hecho el epitafio del viejo Gaspar.

—Para eso no hay necesidad de él, dijo Carlos IX, yo le haré... por ejemplo, escuchad, señores, añadió despues de haber reflexionado un momento.

«Aquí yace... (por Dios! mal espresado que yacer es palabra muy cortés;)  
aquí el noble almirante fué colgado,  
á falta de cabeza, por los pies.»

—Bravo! bravo! sire, exclamaron algunos gentiles-hombres católicos á la vez, en tanto que los hugonotes convertidos fruncian las cejas guardando silencio.

En cuanto á Enrique, como estaba entonces hablando con Margarita y madama de Nevers, fingió no haber oído nada.

—Vamos, vamos, señor, dijo Catalina á quien empezaba á intimidar el mal olor, á pesar de estar cubierta de perfumes; vamos, por muy buena que sea una compañía, se la deja. Despidámonos del señor almirante y volvamos á Paris.

Catalina hizo un gesto irónico con la cabeza, como cuando uno se despide de un amigo, y volviéndose á colocar á la cabeza de la columna, se puso de nuevo en camino, en tanto que la comitiva desfilaba delante del cadáver de Coligny.

El sol se ocultaba entonces en el horizonte.

El pueblo se deslizó detrás de sus magesta-

des, para gozar hasta el fin de la magnificencia de la comitiva y de los detalles del espectáculo. Los ladrones siguieron el pueblo, de modo que diez minutos despues de la partida del rey no habia ya una sola persona en rededor del cadáver mutilado del almirante, que comenzaban á bambolear las brisas de la tarde.

Cuando hemos dicho que no habia nadie, nos engañamos. Un caballero montado sobre un caballo negro, y que no habia podido sin duda contemplar á su gusto este trofeo informe y entegrecido en presencia de los príncipes, habia permanecido el último, y se divertía en contemplar y examinar en todos sus detalles estas cadenas, lañas, pilares de piedra, el cadalso en fin, que para un jóven como él, recién llegado á Paris, é ignorando la perfeccion que muestra en todas las cosas la capital, era todo lo que el hombre pudo inventar de mas terrible y de mas feo.

No hay necesidad de decir á nuestros lectores que este hombre era nuestro amigo Coconnas. El ojo ejercitado de una muger le habia buscado en vano en la cabalgata, y habia sondeado todas las filas sin poder hallarle.

Mr. de Coconnas permanecia, como hemos dicho, estasiado delante de la obra de Enguerand de Marigny.

No era solo esta muger la que buscaba á Coconnas. Otro caballero, notable por su hermosa ropilla de raso blanco, y por su elegante pluma, despues de haber mirado repetidas veces



adelante y á los lados, echó una ojeada háci atrás, y vió la altiva estatura de Coconnas, y el gigantesco perfil de su caballo que se dibujaban vigorosamente sobre el cielo enrojecido con los últimos reflejos del sol poniente.

Entonces el caballero de la ropilla de raso blanco abandonó el sendero que seguia toda la cabaigata, tomó un senderito, y describiendo una curva volvió hácia el cadalso.

Casi al mismo tiempo la dama á quien hemos reconocido por la duquesa de Nevers, así como hemos reconocido en el caballero á Mr. de Coconnas, montado en su gran caballo negro, se acercó á Margarita y le dijo:

—Margarita, ambas nos hemos engañado, porque el piamontés se quedó atrás, y Mr. de la Mole le ha seguido.

—Mordil replicó Margarita riendo, algo vá á suceder aquí. A fé mia! que no me disgustaria deshacer el engaño.

Margarita se volvió y vió á la Mole que ejecutaba efectivamente la maniobra que hemos dicho.

Entonces fueron las dos princesas las que desearon abandonar la fila; la ocasion era de las mas favorables: daban entonces vuelta por delante de un sendero bordado por altas cercas, el que subiendo cada vez mas pasaba á treinta pasos del cadalso. Madama de Nevers dijo una palabra al oido de su capitán de guardias, Margarita hizo una seña á Gillona, y los cuatro echaron á andar, por un

camino estraviado, y fueron á emboscarse detrás del matorral mas cercano al lugar en que iba á representarse la escena, de que al parecer descaban ser espectadores. Habria, como hemos dicho, unos treinta pasos desde este matorral al sitio en que Coconnas arrebatado en éstasis, gesticulaba delante del cadáver del almirante.

Margarita echó pié á tierra, madama de Nevers y Gillona hicieron lo mismo, el capitán bajó tambien á su vez y reunió en sus manos las bridas de los cuatro caballos. El césped fresco y espeso ofrecia á las tres damas un asiento que mil veces desean las princesas sin poderle obtener.

Hubo entonces una de esas claretas de crepúsculo, que les permitió observar hasta los menores detalles.

La Mole habia descrito su círculo: vino á colocarse detras de Coconnas, y alargando la mano le dió un golpecito sobre el hombro.

El piemontés se volvió.

—Oh! oh! dijo, luego no era un sueño, y vivís todavía?

—Sí, respondió la Mole, sí, vivo todavía. No es culpa vuestra, pero vivo al fin.

—Mordi! replicó Coconnas, os reconozco muy bien á pesar de vuestro rostro pálido. La última vez que nos vimos estábais mas encarnado que ahora.

—Y yo, dijo la Mole, tambien os reconozco á pesar de esa línea amarilla que os car-

ta el rostro; la última vez que nos vimos estábais mas pálido que ahora, es decir, cuando yo os lo tracé.

Cocornas se mordió los labios, pero determinado al parecer á proseguir la conversacion con el mismo tono de ironía, continuó:

—¿No es verdad, Mr. de la Mole, que es una cosa curiosa para un hugonote, poder contemplar al señor almirante ahorcado á este garfio de hierro? Y el decir que hay gentes tan exajeradas que nos acusan de haber dado la muerte á los hugonotes y hasta los hugonotinos de tetal

—Conde, dijo la Mole inclinándose, ya no soy hugonote, tengo la dicha de ser ya católico.

—Bath! exclamó Cocornas prorumpiendo en una carejada, os habeis convertido, caballero? Oh! eso es saber entenderlo.

—Caballero, continuó la Mole con la misma seriedad y la misma politica, hice voto de convertirme, si escapaba de la matanza.

—Conde, replicó el piemontés, es un voto muy prudente y os felicito por él: ¿y no habeis hecho algunos otros?

—Sí, señor, tambien hice un segundo voto, respondió la Mole acariciando á su caballo con la mas perfecta serenidad.

—¿Cuál? preguntó Cocornas.

—El de colgaros allá arriba, en ese clavito, un poco mas abajo del señor almirante, que parece que os está aguardando.

—Cómo? dijo Coconnas, vivo como estoy?

—No, señor, sino despues de haberos átravesado el cuerpo con mi espada.

Coconnas se puso como la púrpura; sus ojos verdes lanzaban llamas.

—Mirad, dijo Coconnas burlándose, mirad, á este clavo.

—Sí, repitió la Mole, á este clavo....

—No sois aun bastante atto para hacerlo, caballerito mio, dijo Coconnas.

—Entonces me pondré de pié sobre vuestro caballo, mi gran matador de gentes, respondió la Mole. Ah! creísteis acaso, mi querido Aníbal de Coconnas, que se asesinan así las gentes impunemente, con solo el honorable y leal pretesto de ser ciento contra uno? Nenni! llega siempre un dia en que el hombre halla al hombre, y creo que ese dia ha llegado ya. Desearia hacer pedazos vuestra infame cabeza de un pistoletazo; pero ¡bath! apuntaria mal; porque la mano me tiembla todavia de resultas de las heridas que me habeis hecho á traicion.

—Mi infame cabeza! rugió Coconnas saltando del caballo. A tierra! abajo! abajo! señor conde! desenvainemos.

Y echó mano á la espada.

—Me parece que tu lugonete ha dicho infame cabeza, murmuró la duquesa de Nevers al oído de Margarita; acaso te parece feo?

—Es encantador, dijo Margarita viendo, y me veo obligada á confesar que la cólera hace injusto á la Mole, pero ¡bath! miremos.

En efecto. la Mole se había bajado del ca-

ballo con tanta calma como prisa habia tenido Coconas, sacó su espada y se puso en guardia.

—Ay! dijo alargando el brazo.

—Oafl murmuró Coconas desplegando el suyo, porque debemos recordar que ambos estaban heridos en el hombro, y que un movimiento vivo les hacia sufrir.

Salió entonces detrás de los matorrales una carcajada mal reprimida. Las princesas no habian podido contenerse al ver á los dos campeones frotarse el homóplato haciendo gestos. Esta carcajada llegó hasta los dos caballeros, que ignoraban que su altercado tuviese testigos, y que al volver la cabeza reconocieron á sus queridas.

La Mole se puso de nuevo en guardia, firme como un autómata, y Coconas dió el primer golpe con un Mordil de los mas acentuados.

—Ehl ehl pero van á degollarse si no ponemos órden. Basta de chanzas! hola! caballeros!... hola!

—Déjalos, déjalos, dijo Enriqueta que veía á Coconas empeñado en la lucha, y creía de todo corazon que daría el mismo fin de la Mole, que de los dos sobrinos y del hijo de Mercandon.

—Oh! qué bellos están asil dijo Margarita; mira, se decía que alientan fuego.

Y en efecto, el combate que habia empezado con burlas y provocaciones, desde que los dos campeones habian cruzado los aceros, se habia vuelto silencioso. Ambos desconfiaban de sus propias fuerzas, y á cada movimiento un poco

vivo, se veían forzados á reprimir un estremecimiento doloroso ocasionado por las antiguas heridas. Entretanto la Mole con los ojos fijos y ardientes, la boca entreabierta y los dientes comprimidos, se avanzaba con paso firme y seco sobre Coconas, que reconociendo en él un maestro en punto á esgrima, rompía paso á paso, pero al fin rompía. Llegaron así hasta el borde del foso que los separaba de los espectadores.

Allí, como si esta retirada hubiese sido un cálculo para acercarse á su dama, Coconas se detuvo, y aprovechándose de un descanso un poco largo de la Mole, le dió con la rapidéz del relámpago una estocada tan diestra, que en el mismo instante brilló sobre la hermosa ropilla de raso blanco, una mancha roja que se extendía por momentos.

— Ah! pobre la Mole! dijo Margarita exhalando un grito de dolor.

La Mole, oyó este grito, lanzó sobre la reina una de esas miradas que penetran hasta el corazón como la punta de una espada, y fingiendo que formaba un círculo, se lanzó con todas sus fuerzas sobre su enemigo.

Esta vez arrojaron las dos jóvenes dos gritos, que formaron en el aire uno solo; la punta de la larga espada de la Mole, habia aparecido aguda y sangrienta por la espalda de Coconas.

Sin embargo, ni uno ni otro cayó; ambos permanecieron en pié, mirándose con la

boca abierta, y conociendo que al primer movimiento que hiciesen iba á faltarles el equilibrio. En fin, el piemontés que estaba mas peligrosamente herido que su adversario, y sintiendo que perdía las fuerzas con la sangre que derramaba, se dejó caer sobre la Mole, sujetándole con un brazo, y esforzándose con el otro en desenvainar su puñal. La Mole por su parte reunió todas sus fuerzas y dejó caer el pomo de su espada en medio de la frente de Coconnas, que aturdido con el golpe cayó; pero arrastró á su adversario con él, y ambos rodaron en el foso.

Margarita y la duquesa de Nevers al ver que aunque moribundos, se esforzaban todavía en acabarse de matar, se precipitaron en el momento hácia ellos ayudadas del capitán de guardias. Pero antes que pudiesen llegar hasta los heridos, las manos se estendieron, los ojos se cerraron, y ambos combatientes se agitaron con una convulsion suprema soltando los aceros que tenían en la mano, y quedándose yertos como cadáveres.

En rededor de ellos flotaba una ola de sangre espumosa.

—Oh! valientel la Mole! exclamó Margarita sin poder retener mas largo tiempo su admiracion. Perdon! por haber sospechado de tí!

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh! oh! murmuró la duquesa. ¡Valeroso Auniball... Decid, señora, ¿habeis visto nunca dos leones mas intrépidos?

Y estalló en gemidos.

—Todo Dios! que estocadas tan crueles! dijo el capitán tratando de estancar la sangre que corría á torrentes. ¡Holá! eh! V.l.. el que viene, adelantad el paso, llegad pronto!

En efecto, aparecía entonces entre la niebla de la tarde un hombre sentado en la delantera de un carro en forma de cajón, cantando esta antigua canción que le había hecho recordar sin duda, el milagro del cementerio de los Inocentes.

Blanca Espina que florida,  
Adornas con tu verdura  
La ribera.

Del pié á la copa ceñida  
Por la loca vestidura  
De silvestre enredadera.  
El músico ruiñeñor  
Que convida  
Cantando á su bien amada.  
Para cobijar su amor  
Todos los años anida  
Bajo tu linda enramada.

Vive, alba Espina gentil  
Goza de un eterno abril,  
Vive, sin que el trueno impío,  
El hacha, el viento bravío,  
O el sello rudo del tiempo  
Puedan echarte por.....

.....



— ¡Hola! ehl venid cuando se os llama! replicó el capitán, ¿no veis que estos caballeros necesitan socorro?

El hombre del carro, cuyo exterior repugnante y cuyo rostro grosero formaba un extraño contraste con la dulce canción bucólica que acabamos de citar, detuvo entonces su caballo, descendió, é inclinándose sobre los dos cuerpos:

— Qué hermosas heridas! dijo; pero las hago mejores yo aun.

— ¿Quién sois? preguntò Margarita que sentía cierto terror que en vano se esforzaba en vencer.

— Señora, respondió el hombre inclinándose hasta la tierra, soy maese Cabocho, verdugo del preboste de Paris, y vengo de colgar en la horca á algunos, para que hagan compañía al señor almirante.

— Pues bien! yo soy la reina de Navarra; dejad ahí vuestros cadáveres, estended en el carretoncillo las gualdrapas de nuestros caballos, y conducid despacito estos dos caballeros al Louvre. Seguidnos.

## CAPITULO VIII.

*El compañero de maese Ambrosio Paré.*

**E**L carro en que habian colocado á Coconas y la Mole, volvió á tomar el camino de

Paris, siguiendo entre las sombras al grupo que le servia de guía. Detúvose á las puertas del Louvre, y el conductor recibió una crecida recompensa. Entonces hicieron trasportar los heridos á la habitacion de Mr. de Alençon, y se envió á buscar á maese Ambrosio Paré.

Cuando este llegó, ninguno de los dos heridos habia recobrado aun el conocimiento.

La Mole era el que estaba menos maltratado: la estocada le habia herido debajo del sobaco derecho, pero no habia tocado ningun órgano esencial; respecto á Coconnas, este tenia el pulmon atravesado, y el aire que salia de su herida hacia vacilar la llama de una bugía.

Maese Ambrosio Paré, no respondia de Coconnas.

Madama de Nevers estaba desesperada; ella era la que confiada en la fuerza, la habilidad, y en el ánimo del piemontés, habia impedido que Margarita se opusiese al combate. Bien hubiera querido hacer llevar á Coconnas al palacio de Guisa, para renovar en esta segunda ocasion los cuidados que le prodigára en la primera, pero á causa de los sucesos que acababan de pasar, podia su marido llegar de Roma de un momento á otro, y tal vez hallar algo singular esta instalacion de un intruso en el domicilio conyugal.

Para ocultar mejor la causa de las heridas, Margarita habia hecho trasportar los he-

ridos á la habitacion de su hermano (donde la Mole se hallaba ya instalado) diciendo que eran dos gentiles-hombres que se habian dejado caer del caballo durante el paseo, pero la admiracion del capitán testigo del combate, divulgó la verdad, y bien pronto se supo en la corte que esos dos nuevos cortesanos acababan de salir á brillar á la gran claridad que dá la fama.

Asistidos por el mismo cirujano que dividia sus cuidados entre los dos, los jóvenes heridos recorrieron todas las diversas fases de convalecencia que resultaba de la mayor ó menor gravedad de sus heridas. La Mole que era el menos maltratado, recobró primero los sentidos. En cuanto á Coconnas apoderóse de él una fiebre terrible, y su vuelta á la vida se señaló con todos los indicios del mas funesto y espantoso delirio. Aunque estaba encerrado en la misma habitacion que Coconnas, la Mole al volver en sí, no habia visto á su compañero, ó al menos no hizo ningun gesto que indicase haberle conocido. Coconnas por el contrario apenas abrió los ojos los fijó sobre la Mole con tal espresion, que se conocia que la sangre que acababa de perder el piemontés, no habia disminuido en lo mas mínimo las pasiones de este temperamento de fuego.

Coconnas creia que soñaba, y que en su sueño volvía á encontrar al enemigo á quien creia haber dado la muerte por dos veces; pe-

ro el sueño se prolongaba demasiado.

Después de haber visto á la Mole acostado como él, curado como él, por el mismo cirujano, le vió levantarse sobre aquel lecho en que él estaba aun clavado por la fiebre, la debilidad y el dolor, le vió luego bajarse de la cama y pasearse del brazo del cirujano, luego, andar con solo el apoyo de un baston, después, en fin, andar solo.

Coconnas, aunque siempre en delirio contemplaba todos estos períodos de la convalecencia de su compañero con una mirada tan pronto atónita como furiosa, pero siempre amenazadora.

Todo esto se presentaba á la imaginacion del diamontés con una mezcla espantosa de realidad y de fantasía. La Mole habia muerto, y no solo una vez, sino dos.

No obstante, reconocia la sombra de ese mismo la Mole acostada en un lecho semejante al suyo; luego vió, como hemos dicho ya, que esta sombra se levantaba, después la vió andar, y lo que era mas espantoso aun, andar hácia su lecho. Esa sombra, de la que Coconnas hubiera querido huir aunque fuese al fondo de los infiernos, vino derecha á él, y se detuvo á su cabecera, permaneciendo en ella de pié y contemplándole; en sus facciones brillaba un sentimiento de dulzura y de compasion; pero Coconnas solo vió en él una expresion de ironía infernal.

Encendióse entonces en esta imaginacion, mas enferma tal vez que el cuerpo, una ciega pasion de venganza. Coconnas no estaba ya preocupado mas que con una idea, la de procurarse una arma cualesquiera y herir con ella el cuerpo ó la sombra de ese la Mole que tan cruelmente le atormentaba. En un principio habian colocado sus vestidos sobre una silla, pero ya no estaban allí, porque al verlos tan manchados de sangre habian creído prudente alejarlos del herido; pero habian dejado sobre la misma silla su puñal, suponiendo que en mucho tiempo no tendria ganas de usarle. Coconnas vió el puñal; durante tres noches consecutivas, aprovechándose del momento en que la Mole dormia, se esforzó en estender el brazo hacia él; tres veces le faltaron las fuerzas. En fin, la cuarta noche logró asir el arma, la cogió con el extremo de su dedos crispados, y exhalando un gemido arrancado por el dolor, la ocultó bajo su almohada.

Al dia siguiente, ofrecióse á sus ojos la escena mas inaudita. La sombra de la Mole, que parecia recobrar cada dia nuevas fuerzas en tanto que él gustaba las suyas con la eterna trama del complot que debía desembarazarle de ella; la sombra de la Mole, que recobraba por momentos su actividad, se paseó dos ó tres veces por la habitacion con aire pensativo; luego, despues de haber ajustado su capa, ceñido su espa-

da y cubierto su cabeza con un fieltro de anchas alas, abrió la puerta y salió.

Coonnas respiró: creyó que ya estaba libre de su fantasma. Durante dos ó tres horas, su sangre circuló por sus venas mas tranquila, mas fresca que nunca desde el instante de su duelo. Si la Mole hubiera prolongado su ausencia por solo un dia, Coonnas habria recobrado el uso de los sentidos; ocho dias hubieran bastado tal vez para curarle; desgraciadamente, la Mole volvió al cabo de dos horas.

El verle llegar fué para el piemontés una puñalada, y aunque la Mole no volvía solo, Coonnas ni siquiera se dignó echar una ojeada sobre el que le acompañaba.

Este, sin embargo, era digno de que se le contemplase. Era un hombre como de unos veinte años, bajo, grueso, vigoroso, con hermosos cabellos negros que le bajaban hasta las cejas, y una barba negra, que contra la moda de aquella época, le cubria toda la parte inferior del rostro; pero el reciénvenido parecia ocuparse poco de las modas. Traía una especie de casaca de cuero, toda la maculada de lunares ó manchas oscuras. Calzon de color de sangre de toro, una banda encarnada, gruesos zapatos de cuero que le subian mas arriba del tobillo, un gorro del mismo color que los calzones, y el talle ajustado con un cinturon muy ancho, del que colgaba un gran cuchillo, oculto en su vaina.

Este extraño personaje, cuya presencia en el Louvre parecerá una anomalía, arrojó sobre una silla la capa oscura en que venia cubierto, y se acercó brutalmente á Coconas, cuyos ojos, como si obedeciesen á una fascinacion singular, estaban fijos sobre la Mole, á pesar de que este se hallaba á larga distancia.— Contempló al enfermo, y sacudiendo la cabeza le dijo:

—Lo habeis dejado para bien tarde, caballero mio.

—No he podido salir antes, dijo la Mole.

—Por Dios! haberme enviado á buscar.

—Y por quien?

—Ah! es verdad, me olvidaba de dónde nos hallamos. Ya lo habia yo dicho á estas damas, pero no han querido escucharme. Si en lugar de obedecer las disposiciones de «ese asno albardado» á quien llaman Ambrosio Paré, se hubieran seguido mis órdenes, estaríais hace ya mucho tiempo en estado de correr aventuras juntos ó de batiros otra vez á estocadas, si tal era vuestro capricho; en fin, se hará lo que se pueda. ¿Conserva aun vuestro amigo el uso de sus sentidos? ¿se le puede hablar razonablemente?

—No mucho.

—Sacad la lengua, caballero mio.

Coconas sacó la lengua frente á la Mole, haciendo un gesto tan espantoso, que el examinador sacudió por segunda vez la cabeza.

—Oh! oh! murmuró, contraccion de múscu-

los! no hay que perder tiempo. Esta misma noche os enviaré una pocion ya preparada, la que se le hará tomar tres veces, de hora en hora; una vez á las doce de la noche, otra á la una y otra á las dos.

—Bien.

—Pero, quién se la hará tomar?

—Yo.

—Vos mismo?

—Sí.

—Empeñais vuestra palabra?

—A fé de caballero.

—Y si algun médico se empeñase en llevarse una pequeña porcion para descomponerla, y conocer los ingredientes de que está formada?

—Primero la derramaria hasta la última gota!

—Lo jurais tambien, á fé de gentil-hombre?

—Sí, os lo juro.

—Y por quién os enviaré la pocion?

—Por quien gustéis.

—Pero mi enviado....

—Y bien, ¿qué?

—Cómo podrá llegar hasta vos?

—Ya lo habia yo previsto. Dirá que viene de parte de Mr. René el perfumista.

—Ese florentino que vive sobre el puente de San Miguel?

—El mismo. Tiene entrada en el Louvre á todas horas, de dia como de noche.

El hombre se sonrió.

—En efecto, respondió, bien lo merece por



sus servicios á la reina madre. Está dicho: vendrán aquí de parte de Mr. René, perfumista. Bien puedo tomar por una vez su nombre sin escrúpulo; porque ejerce mi profesion con bastante frecuencia, y sin estar autorizado para ello.

—Conque, dijo la Mole, cuento con vos?

—Contad.

—Y en cuanto al pago?....

—Oh! ya nos arreglaremos con el caballero cuando esté restablecido.

—Bien, estad tranquilo, creo que se halla en estado de recompensaros generosamente.

—Yo tambien lo creo. Pero, añadió con una sonrisa singular, como no estoy acostumbrado á que los que me necesitan me queden reconocidos, no me admiraria de que despues de restablecido se olvidase, ó mas bien, que no pensase mas en acordarse de mí.

—Bueno! bueno! dijo la Mole sonriéndose á su vez; en ese caso, aquí estoy yo para refrescarle la memoria.

—Vamos! sea! dentro de dos horas tendreis la pocion.

—Hasta la vista.

—Qué decís?

—Hasta la vista.

El hombre se sonrió.

—Pues yo, replicò, yo tengo la costumbre de decir siempre: «adios.» Adios, pues, Mr. de la Mole; dentro de dos horas tendreis vuestra pocion. Ya sabeis, la primera toma á la

media noche, en tres dosis, de hora, en hora.

Dicho esto salió, y la Mole quedó solo con Coconnas.

Coconnas habia oido toda esta conversacion, pero no habia comprendido nada de ella: el sonido vago de las palabras, el ruido asonantado de las espresiones habia llegado hasta él, pero de todo este diálogo solo pudo retener la palabra «media noche.»

Continuó, pues, observando con sus miradas de fuego todos los movimientos de la Mole que permanecia en la habitacion, haciendo castillos en el aire, y paseándose.

El doctor desenoocido cumplió su palabra, y envió la pocion á la hora señalada. La Mole la colocó sobre un brasero de plata, y despues de haber tomado esta precaucion se acostó.

Esta accion de la Mole dió algun descanso á Coconnas; esforzóse en cerrar los ojos, pero su adormecimiento febril no era mas que una continuacion del delirio de la vispera. El mismo fantasma que le persiguiera durante el dia, vino á lanzarse sobre él durante la noche; al través de sus párpados ávidos, continuaba viendo á la Mole siempre burlándose de él, siempre amenazándole; luego le parecia escuchar una voz que vibraba en su oido: «media noche! media noche.»

De repente el sonido argentino del reloj se desprendió sobre el silencio de la noche, y vibró doce veces. Coconnas abrió sus ojos in-

llamados, el soplo ardiente que salía de su pecho devoraba sus labios áridos: una sed inextinguible le abrasaba la garganta; la lamparilla brillaba como siempre, y su luz pálida hacía danzar mil fantasmas mas ante los ojos vacilantes de Coconnas.

El enfermo vió entonces una cosa espantosa. Vió á la Mole bajarse de su lecho; luego despues de haberse paseado dos ó tres veces por la habitacion, como hace el gaviano delante del pájaro que fascina, le vió venir hácia él mostrándole el puño. Coconnas estendió la mano hácia su puñal, le cojió por el mango, y se preparó para rajar el vientre á su enemigo.

La Mole se acercaba cada vez mas.

Coconnas murmuraba.

—Ahl eres tú! todavia tú! siempre tú! me amenazas, me enseñas el puño, te souries, ven, ven, Ahl te vas acercando dulcemente, paso á paso; ven, ven! y que yo te degüelle: y en efecto, Coconnas unió el ademán á esta amenaza sorda, y en el momento en que la Mole se inclinaba hácia él, sacó de debajo de las sábanas la hoja luciente de un puñal; pero el esfuerzo que hizo el piemontés al querer incorporarse, destrozó sus fuerzas; el brazo estendido hácia la Mole, se paró á la mitad del camino; escapóse el puñal de entre su débil mano, y el moribundo volvió á caer sobre su almohada.

--Vamos, vamos, murmuró la Mole levan-

tando dulcemente la cabeza de Coconnas, y acercando una taza á los labios, bebed esto, pobre compañero mio, porque os abrazaís.

La taza que la Mole presentaba á Coconnas era lo que aquel habia tomado por el puño amenazador, que tanto habia trastornado el cerebro del pobre herido.

Al contacto de este licor aterciopelado que humedecía sus labios y refrescaba su pecho, Coconnas se sintió mejor que nunca, y halló en su interior un bienestar que jamás habia experimentado: recobró su razon, ó mas bien su instinto; lanzó una mirada inteligente sobre la Mole que le sostenia en sus brazos y le sonrécia, y de este ojo contraído antes por un furor sombrío, rodó una lágrima sobre su mejilla ardiente que la bebió con avidez.

—Mordi! murmuró Coconnas dejándose apoyar sobre la almohada, si escapo de esta, os aseguro, Mr. de la Mole, que seréis mi amigo.

—Y escapareis, compañero mio, dijo la Mole, siempre que bebais tres tazas como la que acabo de daros, y que no tengais mas sueños villanos.

Una hora despues, la Mole trastornado ya en enfermero, obedeciendo puntualmente las órdenes del doctor desconocido, se levantó por segunda vez, echó otra porcion en la taza, y la presentó á Coconnas. El piemontés en lugar de aguardarle puñal en mano, le recibió con los brazos abiertos, y bebió con delicia la medicina.

Luego, por la primera vez, se durmió con alguna tranquilidad.

La tercera taza hizo un efecto no menos maravilloso.

El pecho del herido empezó á lanzar una respiración regular, aunque violenta todavía. Sus miembros perdieron la tirantez, presentóse sobre la superficie de su piel abrasada un dulce sudor, y cuando al dia siguiente vino Ambrosio Paré á visitar al herido, dijo sonriéndose con satisfacción.

—Desde ahora respondo de Mr. de Coconnas; esta será una de mis mejores curas.

Resultó, pues, de esta escena, mitad dramática, mitad burlesca, pero que en su fondo no dejaba de contener algo de poesía y enternecimiento, si se tienen en cuenta las costumbres feroces de Coconnas, resultó, pues, que la amistad de los dos jóvenes, comenzada en la fonda de la Buena Estrella, y violentamente interrumpida por las escenas de la San Barthélemy, tomó desde entonces una nueva energía, dejando atrás muy pronto á la de Orestes y Píladéz, á costa de cinco estocadas y un pistoletazo repartidos entre los dos cuerpos.

De todos modos, tanto las heridas viejas como las nuevas, profundas ó ligeras, se hallaron al fin en camino de curacion. Aunque la Mole se habia restablecido primero, fiel á su mision de enfermero, no quiso dejar la habitacion hasta que Coconnas no estuviese completamente curado. En tanto que la debilidad le

tavo clavado en la cama, la Mole le levantaba entre sus brazos, le ayudaba á andar apenas empezó á poder sostenerse; en fin, le prestó cuantos cuidados le inspiraba su carácter dulce y amante por naturaleza, los que secundados por el vigor del piemontés, le procuraron una convalecencia mucho mas rápida de lo que se podia esperar.

No obstante, una sola idea atormentaba á los dos jóvenes; en el delirio de la calentura, ambos creían haber visto cerca de sí á la mujer que llenaba sus corazones; pero desde que habian recobrado el uso de los sentidos, ni Margarita ni madama de Nevers habian entrado en la habitacion. Esto era fácil de comprender: la una esposa del rey de Navarra, la otra cuñada del duque de Guisa, ¿podian dar acaso á los ojos de todos una muestra tan pública de interés á dos simples gentiles-hombres? No; y esta era la respuesta que la Mole y Coconnas debian darse. Pero esta ausencia, causada tal vez por un olvido total, no era por eso menos dolorosa.

Es verdad que el caballero que habia sido testigo del combate, habia venido de cuando en cuando y como si saliese de él, á saber noticias de los dos heridos. Es verdad que Gilloña habia hecho otro tanto por su propia voluntad; pero la Mole no habia osado hablar á la una de Margarita, y Coconnas no se habia atrevido á hablar al otro de madama de Nevers.

## CAPITULO IX.

### *Los aparecidos.*

**D**URANTE algun tiempo ambos jóvenes se esforzaron en guardar el secreto oculto en su pecho.

Al fin, en un día de expansion, esa idea que los preocupaba se les salió de los labios y corroboraron su amistad con esa prueba sin la cual la amistad no existe, es decir, con una fuerza ilimitada.

Ambos estaban perdidamente enamorados uno de una reina, otro de una princesa.

Habia para estos pobres amantes un no se

qué de espantoso en la distancia casi insuperable que los separaba del objeto de sus deseos. Sin embargo, la esperanza echó tan profundas raíces en el corazón del hombre que á pesar de lo infundadas y locas que eran sus esperanzas esperaban aun.

Por lo demás, á medida que se restablecían, ambos cuidaban mucho su rostro.

Todos los hombres, aun los que miran con mas indiferencia las ventajas físicas, tienen en ciertas circunstancias de su vida conversaciones mudas con su espejo y señas de inteligencia, despues de las cuales se alejan casi siempre satisfechos de su confidente.

Nuestros dos jóvenes no eran de aquellos á quienes tiene que hacer el espejo, agrias advertencias.

La Mole; delgado, pálido y elegante, tenía la belleza de las gentes distinguidas. Coconas, vigoroso, bien formado y de color subido, tenía la belleza de la fuerza. Había mas aun, la última enfermedad se había convertido para él en una ventaja. Había adelgazado y palidecido; en fin, la famosa cuchillada que le había dado en otro tiempo tanto afán por sus relaciones prismáticas con el arco iris, había desaparecido anunciando como el fenómeno diluviano, una larga serie de días puros y de noches serenas.

Por lo demás, los heridos continuaban rodeados de las atenciones mas delicadas; el día en que cada uno de ellos se halló en estado de levantarse, había encontrado sobre un sillón cer-



cano á la cama, una bata elegante, y el dia en que habia podido vestirse, un traje completo. Mas aun, en el bolsillo de cada ropilla, habia una bolsa muy bien fornida, la que cada uno guardó, con el bien entendido de volverla á su tiempo al protector incógnito que velaba sobre él.

Este protector incógnito, no podia ser el príncipe en cuyas habitaciones vivian los dos jóvenes, porque este príncipe, no solo no habia subido una vez á verlos, sino que aun habia enviado á saber como estaban.

Una esperanza vaga y secreta, indicaba á cada corazon que ese protector era la muger que amaba.

De modo que los dos heridos aguardaban el momento de salir con una impaciencia indecible. La Mole, mas restablecido y mejor curado que Coconnas, habria podido hacerlo mucho tiempo antes, pero una especie de convencion tácita, le ligaba á la suerte de su amigo. Estaba ya arreglado de que el dia de su primera salida, seria consagrado á hacer tres visitas.

La primera, al doctor desconocido que con su brevaaje aterciopelado habia operado tal mejoría en el pecho inflamado de Coconnas.

La segunda á la hostería del difunto la Hurriere, donde ambos habian dejado la maleta y el caballo.

La tercera al florentino René, que uniendo el titulo de mago al de perfumista, no solo

vendía cosméticos y venenos sino que componía filtros y explicaba oráculos.

En fin, después de dos meses de convalecencia y reclusión, llegó ese día tan esperado.

Decimos reclusión, y es la palabra á propósito, porque muchas veces en su impaciencia juvenil habían querido apresurar ese día, pero una centinela colocada á la puerta, les había impedido el paso constantemente y al fin habían sabido que no saldrían *sin una licencia espresa de maese Ambrosio Paré.*

Un día pues, habiendo conocido el habil cirujano que los dos enfermos estaban ya, si no completamente buenos, al menos en buen camino, para su perfecta curación, les había dado el «Exeat.» Era uno de esos hermosos días de otoño que París ofrece alguna vez á sus atónitos moralores, que han hecho ya provision de resignación para el invierno, cuando á eso de las dos de la tarde salieron los dos amigos del Louvre apoyados el uno en el brazo del otro.

La Mole se había constituido en guía de Cocornas, y Cocornas se dejaba guiar, sin resistencia y aun sin reflexión. Sabía que su amigo le conducía á casa del doctor desconocido cuya pocion, aunque no patentizada, le había curado en una sola noche, cuando las drogas de Ambrosio Paré le iban matando lentamente. Había dividido en dos partes todo el dinero que había en su bolsillo, es

decir, que de doscientos nobles-á-la-rosa, habia destinado ciento para recompensar al Esculapio anónimo, á quien debía su convalecencia. Coconnas no temia la muerte, pero sin embargo estaba muy contento con volver á vivir. De modo que como venia ya preparaba á recompensar generosamente á su salvador.

La Mole tomó la calle de la Astruce, la gran calle de San Honoré, la calle de Trouvelles, y se halló muy pronto en la antigua plazuela de los Mercados. Cerca de la antigua fuente y en el sitio que se designa hoy con el nombre de «Carreau des Halles,» se levantaba una obra de mampostería, de una construccion octógona, coronada con una ancha linterna de madera cubierta por un techo puntiagudo, en la cima del cual susurraba una veleta.

Esta linterna de madera presentaba ocho aberturas que atravesaban como la pieza heráldica que se llama faja atraviesa el campo del blason, una especie de rueda de madera, que se dividia por el medio á fin de coger en las cortaduras talladas al efecto, la cabeza y las manos del condenado ó condenados que esponian á una, á otra, ó á muchas de las ocho aberturas.

Esta construccion estraña que no tenia analogía con ningun edificio de los que la rodeaban, se llamaba la Picota.

Una casa informe, corcobada, hendida, tuer-

ta, coja y con el techo salpicado de mohos como la piel de un leproso, habia crecido como un hongo al pié de esta torre.

Esta casa era la del verdugo.

Un hombre que estaba espuesto en la piqueta sacaba la lengua frente á los que pasaban; era uno de los ladrones que ejercian su oficio en rededor del cadalso de Mont-faucon, y que por casualidad habia sido interrumpido en el ejercicio de sus funciones.

Coconnas creyó que su amigo le llevaba á ver este curioso espectáculo, y se mezeió entre el tropel del pueblo que respondia á los gestos del paciente con vociferaciones y gritos.

Coconnas era cruel por naturaleza, y este espectáculo le divertia mucho; solo hubiera deseado que en vez de gritos, respondiesen con piedras al insolente que tenia el atrevimiento de sacar la lengua á los nobles señores que le hacian el honor de visitarle.

De modo que cuando la linterna movible giró sobre su base para hacer gozar á otra parte de la concurrencia de la vista del paciente, el pueblo siguió el movimiento de la linterna. Coconnas quiso seguir al pueblo, pero la Mole le detuvo diciéndole en voz baja.

—No hemos venido aqui para esto.

—¿Y entonces para qué hemos venido? preguntó Coconnas.

—Vas á verlo, le dijo la Mole.

Los dos amigos se tuteaban desde el día

que siguió á la famosa noche en que Coconnas quiso apuñalar á la Mole.

La Mole condujo á Coconnas derecho á la ventanita de la casa inmediata á la torre. Sobre esta ventana tenia un hombre apoyados los codos.

—Ah! ah! ¿sois vos, caballeros míos? dijo aquel hombre quitándose su gorro de color de sangre de toro, y dejando descubrir su cabeza poblada de cabellos negros y espesos que le bajaban hasta las cejas. Seais bien venidos!

—¿Qué hombre es este? preguntó Coconnas procurando reunir sus recuerdos, porque le parecia haber visto aquella cabeza, en uno de sus momentos de calentura.

—Tu salvador, mi querido amigo, dijo la Mole, el que te ha llevado al Louvre esa bebida fresca que te ha hecho bien.

—Oh! oh! exclamó Coconnas, en ese caso, amigo mio...

Y le tendió la mano.

Pero el hombre en lugar de corresponder á este rasgo de franqueza con otro igual, se enderezó, separándose de los dos amigos tanto como ocupaba la curva de su cuerpo.

—Caballero, dijo á Coconnas, gracias por el honor que queriais hacerme; pero es probable que si me conociéscis no me lo hariais.

—A fé mia, dijo Coconnas, que aunque seais el diablo os estoy altamente reconoci-

do, porque sino es por vos, á estas horas ya estaba muerto.

—No soy enteramente el diablo, respondió el hombre del gorro encarnado; pero muchos querrian mas bien ver al diablo que verme á mí.

—¿Quién sois, pues? preguntó Coconnas?

—Señor, respondió el hombre, soy maese Caboche, verdugo del prebostazgo de Paris....

—Ah!.... exclamó Coconnas retirando su mano.

—Ya lo veis! dijo maese Caboche.

—Nol nol tocaré vuestra mano, ó el diablo me lleve, estendedla....

—De veras?

—Tan larga como es.

—Hela aquí!

—Mas estendida.... mas... ¡bien!

—Y Coconnas sacó de su faltriquera el puñado de oro preparado para su médico anónimo, y le depositó en la mano del verdugo.

—Hubiera estimado mas vuestra mano sola, dijo maese Caboche sacudiendo la cabeza, no me hace falta oro, sino manos que toquen la mia. ¡No importa, Dios os bendiga, caballero mio!

—Conque amigo mio, dijo Coconnas mirando al verdugo con la mayor curiosidad; con que sois vos el que dais tormento, el que enrueda, el que descuartiza, el que cor-

a cabezas, el que rompe los huesos? Ah! ah! me alegro mucho de conoceros.

—Señor, dijo maese Caboche, no lo hago yo todo; porque así como vosotros los señores, tenéis vuestros lacayos para hacer lo que os queréis hacer vosotros, yo tengo mis ayudantes que hacen el trabajo ordinario, y que despachan á los plebeyos.

Solamente trabajo yo cuando por casualidad me cae algun caballero... como vos y vuestro compañero por ejemplo. Oh! entonces ya es otra cosa, y tengo á mucho honor el emplearme hasta en los menores detalles de la ejecucion, desde el primero al último, es decir, desde el tormento hasta la degollacion.

Cocornas sintió que á pesar suyo, corría por sus venas un estremecimiento, como si la cuña brutal oprimiese sus piernas, y como si el filo del acero tocase su cuello.

La Mole experimentó la misma sensacion, sin poder explicarse la causa.

Pero Cocornas soportó esta emocion de que se avergonzaba, y queriendo despedirse de maese Caboche con un nuevo chiste:

—Bien! maestro, le dijo, retengo vuestra palabra: conque quando me llegue el turno de subir al cadalso de Enguerrand de Marigny, ó de Mr. de Nemours, solo vos me tocareis?

—Os lo prometo.

—Entonces, dijo Cocornas, he aquí mi mano en prenda de vuestra promesa, que acepto.

Y la estendió hácia el verdugo, que la tocó suavemente con la suya, aunque se le conocía que deseaba estrecharla francamente.

Con este tocamiento tan sencillo, Coconnas palideció ligeramente, pero pudo sostener la sonrisa en los labios, en tanto que la Mole desazonado, y viendo que la multitud se movía para ver voltear la linterna y acercarse á ellos, le tiraba de la capa.

Coconnas, que en su interior deseaba tanto como la Mole poner fin á esta escena, en la que, gracias á la violencia de su carácter, había ido mas allá de lo que hubiera querido, saludó con la cabeza y se alejó.

—A fé mial dijo la Mole cuando llegaron á la cruz del trabajo, créeme, respira uno mejor aquí, que en la plaza de los mercados.

—Convengo en ello, dijo Coconnas, pero sin embargo, me alegro mucho de haber hecho conocimiento con maese Caboche. Es bueno tener amigos en todas partes.

—Aun en la hostería de la Buena Estrella, dijo la Mole riendo.

—Oh! en cuanto al pobre maese la Hurriera, dijo Coconnas, está muerto y bien muerto. He visto la llama del arcabuz, he oido el golpe de la bala que resonó como si hubiera estallado sobre el bordon del órgano de Nuestra Señora, y le he dejado tendido en el arroyo que formaba la sangre que le salia de la nariz y la boca. Suponiendo que fuese un amigo, es un amigo que tenemos en el otro mundo.



Hablando así, los dos amigos entraron en la calle del Arbol Seco, y se encaminaron hacia la muestra de la Buena Estrella, que continuaba bamboleándose en el mismo sitio, y ofreciendo siempre al viajero su hogar gastronómico y su apetitoso cartelón.

Coconnas y la Mole esperaban hallar la casa sumida en la desesperación, la viuda enlutada, y los marmitones con la banda de crespon en el brazo; pero con gran admiración suya, hallaron la casa llena de actividad, madama la Hurriere radiante, y los galopines mas alegres que nunca.

—La infiel! exclamó la Mole, la infiel, se habrá vuelto á casar!

Luego, dirigiéndose á la nueva Artemisa.

—Señora! le dijo, somos dos caballeros conocidos del pobre la Hurriere. Hemos dejado aquí dos maletas y dos caballos, y venimos á reclamarlos.

—Caballeros, respondió la dueña de la casa, despues de haberse esforzado en vano en reunir sus recuerdos, como no tengo el honor de reconocerlos, voy con vuestro permiso á llamar á mi marido. «Gregorio! dí al amo que venga.»

Gregorio pasó de la primera cocina, que era el pandemonium general, á la segunda, que era el laboratorio, donde maese la Hurriere, cuando vivia, confeccionaba los platos que juzgaba dignos de ser preparados por sus delicadas manos.

—El diab'lo me lleve, murmuró Coconnas, si no me da pena ver esta casa tan alegre cuando

deberia estar tan triste. Pobre la Hurriere. Val

—Ha querido matarme, dijo la Mole, pero le perdono de todo corazon.

Apenas habia la Mole pronunciado estas palabras, cuando apareció un hombre, llevando en la mano una cacerola, en cuyo fondo tostaban algunas cebollas, que volteaba sin cesar con una cuchara de palo.

La Mole y Coconnas arrojaron un grito de sorpresa.

Al oír este grito el hombre levantó la cabeza, y respondió con otro grito igual, dejando escapar la cacerola, y conservando en la mano la cuchara de palo.

—«In nómine patris» dijo el hombre agitando la cuchara como si fuese un hisopo; «et fili, et Spíritus Sancti.»

—Maestro la Hurriere! exclamaron á la vez ambos jóvenes.

—Los señores de Coconnas y la Mole! dijo la Hurriere.

—Pero no habeis muerto? preguntó Coconnas.

—Pero, aun estais vivo? preguntó el huésped.

—Pero yo os he visto caer, dijo Coconnas; he oído el ruido de la bala que os rompía no sé qué... Os he dejado tendido en el arroyo, arrojando sangre por la nariz, por la boca, y aun por los ojos.

—Eso es tan cierto como el evangelio. Mr. de Coconnas; pero ese ruido que habeis oi-

do, era el ruido de la bala que se aplastaba sobre mi celada; el golpe, sin embargo, era rudo, y la prueba, añadió la Hurriere descubriéndose y enseñando su cabeza pelada como una rodilla, la prueba es que como veis, no me queda un solo cabello.

Los dos jóvenes soltaron una estrepitosa carcajada, al ver aquella figura tan grotesca.

—Ah! ah! os reis, dijo la Hurriere un poco mas tranquilo, luego no venís con mala intencion?

—Y vos, maese la Hurriere, estais ya curado de vuestras inclinaciones belicosas?

—Sí, si á fé mia, caballeros; y ahora...

—Y bien, ahora?

—Ahora hice voto de no volver á ver mas fuego que el de mi cocina.

—Bravo, dijo Coconnas, eso es prudencia. Ahora vamos al caso. Hemos dejado nuestros caballos en vuestra cuadra, y nuestras maletas en vuestras habitaciones.

—Ah diablo! dijo el huésped rascándose las orejas.

—Y bien?

—Dos caballos decís?

—Sí, y en vuestra caballeriza.

—Y dos maletas?

—Sí, en la habitacion.

—Es que, ya veis....me habeis creído muerto, no es verdad?

—Cierto.

—Confesad que así como vos os habeis engañado, podia yo tambien engañarme.

—Creyéndoos muertos tambien? Érais muy libre para hacerlo.

—Ah! ved ahí! . . . . es que como moriais abintestato. . . . continuó maese la Hurriere.

—Luego?

—He creído... hice mal yo lo conozco.

—Veamos... qué es lo que habeis creído?

—He creído que podia heredaros.

—Ah! ah! exclamaron los dos jóvenes.

—Sin embargo, señores estoy altamente satisfecho de veros vivos.

—De suerte que habeis vendido nuestros caballos? dijo Coconnas.

—Ay de mí exclamó la Hurriere.

—Y nuestras maletas? preguntó la Mole.

—Oh! las maletas no... exclamó la Hurriere, las maletas no, solo vendí lo que habia dentro de ellas.

—Dí, la Mole, dijo Coconnas, este hombre me parece un bribon atrevido. . . . destripémosle.

Esta amenaza produjo al parecer un gran efecto sobre maese la Hurriere, que se aventuró á pronunciar estas palabras:

—Pero, señores, creo que todavia se puede arreglar el asunto.

—Escucha, dijo la Mole, yo soy el que tiene mas por qué quejarse de tí?

—Ciertamente, señor conde, porque recuerdo que en un momento de locura, he tenido la audacia de amenazaros.

—Sí, y con una bala que ha pasado silbando á dos pulgadas de mi cabeza.

—Y lo creéis así, señor?

—Estoy seguro de ello.

—Si estais seguro de ello, Mr. de la Mole, dijo la Hurriere volviendo á tomar la cacerola con un aire el mas inocente del mundo, soy vuestro humilde servidor, y os aprecio demasiado para desmentiros.

—Pues bien, dijo la Mole, por mi parte no te reclamo nada.

—Cómo! caballero mio....

—Sino....

—Ay! ay! exclamó la Hurriere.

—Sino una comida para mí y mis amigos, siempre que me halle en este cuartel.

—Cómo! exclamó de nuevo la Hurriere, de todo corazón, á vuestras órdenes, caballero mio, á vuestras órdenes.

—Con que ¿es cosa hecha?

—De todo corazón.... y vos Mr. de Coconas, convenís en el ajuste?

—Sí; pero á ejemplo de mi compañero pongo tambien una ligera condicion.

—Cuál?

—El que volvais á Mr. de la Mole los cincuenta escudos que le debo y que os he confiado.

—A mí, señor? cuándo?

—Un cuarto de hora de antes de que vendiéseis mi caballo y mi maleta.

La Hurriere hizo un gesto de inteligencia.

—Comprendo, dijo.

Adelantóse hácia un armario, y sacó uno despues de otro, los cincuenta escudos que entregó á la Mole.

—Bien, muy bien, dijo el caballero, servidnos una tortilla. Los cincuenta escudos serán para Gregorio.

—Oh! esclamó la Hurriere; en verdad, caballeros míos, teneis corazones de principes, y podeis contar conmigo en vida y muerte.

—En ese caso, dijo Coconnas, hacednos la tortilla que hemos pedido, y no escaseeis ni la manteca, ni el tocino.

Luego volviéndose hácia el péndulo:

—Tienes razon, la Mole, dijo. Tenemos que aguardar tres horas todavia; tanto mas dá pasarlas aquí, que en otro lado. Tanto mas cuanto que si no me engaño, estamos á medio camino del puente de San Miguel.

Y los dos jóvenes volvieron á sentarse á la mesa en la piececita del fondo, ocupando el mismo sitio que ocupaban en la famosa noche del 24 de agosto de 2572, durante la cual Coconnas habia propuesto á la Mole jugar una contra otra la primera querida que tuviesen.

Confesemos en honor de la moralidad de ambos jóvenes, que esta noche ni uno ni otro pensó en hacer semejante proposicion á su compañero.

---

## CAPITULO X.

*La habitacion de maese René, el perfumista de la reina madre.*

**E**n la época en que pasa la historia que referimos á nuestros lectores, no se podia atravesar de un lado de Paris al otro, mas que por cinco puentes, los unos de piedra y los otros de madera, y estos cinco puentes todos salian á la Cité. Eran, el puente del Molinero, el puente del Cambio, el puente de nuestra Señora, el Puentecito y el puente de San Miguel.

En los demas sitios en que la circulacion

era esencialmente necesaria, habían establecido barcas, que bien ó mal, reemplazaban los puentes.

Estos cinco puentes estaban guarnecidos de casas como lo está hoy aun el Ponte-vecchio, en Florencia.

Entre estos cinco puentes que encierra cada uno su historieta, ocupámonos por ahora del puente de San Miguel.

El puente de San Miguel había sido edificado en piedra en 1373, pero á pesar de su solidez aparente fué destruido en parte por una salida que hizo el Sena, en el 31 de enero de 1408; en 1416 volvieron á construirle en madera; pero una nueva salida le arrebató por segunda vez durante la noche del 16 de diciembre de 1547; hácia el año de 1550, es decir, como dos años antes de la época á que nos referimos, volviósele á reedificar en madera y aunque ya tenía necesidad de reparacion, pasaba por bastante sólido.

En medio de las casas que bordaban la línea del puente, haciendo frente al pequeño islote donde han sido quemados los Temparios, y donde está hoy el terraplen del Puente-nuevo, veíase entonces una casa con paucos de madera, sobre la cual bajaba un ancho tejado, como el párpado de un ojo inmenso. Por la sola ventana que había en el primer piso, situada encima de otra ventana y una puerta herméticamente cerrada, traspasaba una claridad ro-



jiza que atraía las miradas de los que pasaban por la calle, haciéndoselas fijar en la base de la fachada ancha, pintada de azul, y ornada con ricas molduras doradas. Una especie de friso que separaba el piso bajo del primer piso, representaba un tropel de diablos en varias actitudes á cual mas grotescas, y entre el friso y la ventana del primer piso, estendiase una ancha cinta pintada de azul como la fachada, donde se leía esta inscripcion:

«René, el florentino, perfumista de la reina madre.»

La puerta de esta habitacion, estaba como lo hemos dicho, bien cerrada; pero lo que la defendia aun mas que los cerrojos, de los ataques nocturnos, era la reputacion del inquilino, reputacion tan espantosa, que los que atravesaban el puente por este sitio, describian siempre una curva que los llevaba hasta la otra fila de casas, como si temiesen que el olor de los perfumes llegase hasta ellos aun al través de las paredes. Habia mas aun; los inquilinos de derecha ó izquierda, creyendo comprometerse con tal veindad, apenas maese René se instaló en el puente de San Miguel, se fueron marchando uno tras otro, de modo, que las dos casas contiguas á la de René, quedaron desiertas y cerradas.

No obstante, á pesar de esta soledad y este abandono, algunas gentes que se retiraban bastante tarde, vieron brillar al través de las contraventanas cerradas de las casas

vacías, ciertos rayos de luz, y aseguraban haber oído ciertos ruidos, especie de lamentos, que probaban que esas casas estaban habitadas, ó eran frecuentadas por algunos seres; solo se ignoraba si esos seres pertenecían á este mundo ó al otro.

Resultaba, pues, que los inquilinos de las casas contiguas á las que estaban desiertas, se preguntaban de cuando en cuando, si no harían bien en seguir las huellas de los demás vecinos.

Era sin duda á este privilegio del terror público que habia adquirido, á lo que debia René el permiso de poder tener fuego encendido aun despues de la hora consagrada. Por otra parte, ni rondas, ni guardas de noche, habrían osado inquietar á un hombre doblemente apreciado de su magestad, como compatriota y como perfumista.

Como suponemos que el lector atrincherado en la filosofía del siglo XVIII, no creerá ya ni en la mágia, ni en los magos, le invitaremos á entrar con nosotros en esa habitacion que inspiraba tal espanto en aquella época de supersticiones y creencias misteriosas.

La tienda del piso bajo es sombría, y está siempre desierta despues de las ocho de la noche, hora en que cierra para no volverse á abrir hasta una hora bastante avanzada de la mañana siguiente; allí se hace todos los días la venta de los perfumes, de los unguentos y de los cosméticos de todas clases

que despacha el hábil químico.

Ayúdanle en la venta por menor dos aprendices, pero estos no duermen en casa, sino en la calle de la Calandria. Por la tarde salen un poco antes de que se cierre la tienda, por la mañana se pasean por delante de la puerta, hasta que la tienda está abierta ya.

Esta tienda del piso bajo, está como lo hemos dicho, sembría y desierta.

En esta tienda bastante ancha y profunda hay dos puertas; cada una de estas puertas sale á una escalera.

Una de estas escaleras que pasa por la misma pared maestra es lateral; la otra es exterior, y se distingue perfectamente desde el muelle, que hoy se llama el muelle de los Agustinos, y desde el ribazo que se llama hoy el muelle de los Plateros.

Ambas conducen al primer piso.

Esta habitacion es de la misma estencion que la del piso bajo; pero un tapiz tendido del techo al suelo, en la misma direccion del puente, la divide en dos habitaciones. En el fondo de la primera se abre una puerta que dá sobre la escalera exterior. Sobre el frontis lateral de la segunda, se abre la puerta que dá á la escalera secreta; pero esta puerta es invisible, porque está oculta tras un armario esculpido, sujeto á ella con garfios de hierro, que la misma puerta empuja al abrirse. Solo Catalina conoce el secreto de esta puerta de la casa de René; por

aquí es por donde ella sube y baja; allí es donde con el oído y el ojo aplicados á los agujeritos practicados en el armario, escucha y vé cuanto pasa en esta sala.

Sobre las paredes laterales de esta segunda habitacion, hay otras dos puertas perfectamente ostensibles. Una de ellas dá á un cuartito pequeño, que recibe la luz por el techo, y que no encierra mas mueble que un vasto hornillo, retortas, alambres y crisoles: es el laboratorio del alquimista.

La otra dá á una celdilla, mucho mas singular que el resto de la casa, porque ni tiene luz, ni tapices, ni muebles, sino una especie de altar de piedra.

El suelo es una gran losa inclinada del centro á las estremidades, y en estas corre al pié del muro una especie de regata, que dá á un embudo, por cuyo agujero se vé correr el agua sombría del Sena. En varios clavos hundidos por la pared, véense colgados varios instrumentos de formas caprichosas, todos agudos ó cortantes, la punta fina como la de una aguja, el filo cortante como una navaja de afeitar; los unos brillan como un espejo, los otros por el contrario, son de un azul sombrío. Distingúense en un rincon dos pollas negras que luchan amarradas por las patas. .. es el santuario del augurio.

Volvamos á la sala del medio, á la que tiene dos divisiones.

Allí es doade se introducen las gentes vul-

gares que vienen á consultar; allí es donde los ibis egipcios, las momias envueltas en ligaduras doradas, el cocodrilo que bestezca pegado al cielo raso, las calaveras con los ojos hundidos y los dientes tambaleando, en fin, los venerables pergaminos roídos por los ratones, ofrecen á la vista del espectador una mezcla, de donde resultan las diversas emociones que impiden al pensamiento que siga su camino.

Detrás de la cortina están las redomas, las cajas de una hechura singular, las ánforas de aspecto siniestro: todo iluminado por lámparas de plata que parecen haber sido robadas á algun altar de Santa María-Novella, ó á la iglesia de Dei servi de Florencia, tan iguales son á los templos. Estas lámparas alimentadas por un aceite perfumado, arrojan una claridad rojiza desde el fondo de la bóveda, á la que está cada una suspendida por tres cadenas ennegrecidas.

Paseábase René solo y con los brazos cruzados, por la segunda division de la sala del medio; caminaba á paso largo, y sacudia continuamente la cabeza.

En fin, despues de una meditacion larga y dolorosa, detúvose delante de un reloj de arena.

—Ah! ah! dijo, me olvidé de darle vuelta, y ahora hé aquí que toda la arena ha pasado, hace ya largo tiempo.

Mirando entonces la luna que se desprendia con trabajo de un graa nubarron negro

gares que vienen á consultar; allí es donde los ibis egipcios, las momias envueltas en ligaduras doradas, el cocodrilo que bestezca pegado al cielo raso, las calaveras con los ojos hundidos y los dientes tambaleando, en fin, los venerables pergaminos roídos por los ratones, ofrecen á la vista del espectador una mezcla, de donde resultan las diversas emociones que impiden al pensamiento que siga su camino.

Detrás de la cortina están las redomas, las cajas de una hechura singular, las ánforas de aspecto siniestro: todo iluminado por lámparas de plata que parecen haber sido robadas á algun altar de Santa María-Novella, ó á la iglesia de Dei servi de Florencia, tan iguales son á los templos. Estas lámparas alimentadas por un aceite perfumado, arrojan una claridad rojiza desde el fondo de la bóveda, á la que está cada una suspendida por tres cadenas ennegrecidas.

Paseábase René solo y con los brazos cruzados, por la segunda division de la sala del medio; caminaba á paso largo, y sacudia continuamente la cabeza.

En fin, despues de una meditacion larga y dolorosa, detúvose delante de un reloj de arena.

—Ah! ah! dijo, me olvidé de darle vuelta, y ahora hé aquí que toda la arena ha pasado, hace ya largo tiempo.

Mirando entonces la luna que se desprendia con trabajo de un graa nubarron negro

que parecia pesar sobre la punta del campanario de Nuestra Señora:

—Las nuevel dijo. Si *ella* viene vendrá como acostumbra.... dentro de una hora ú hora y media; habrá tiempo para todo.

Oyóse entonces cierto ruido sobre el puente. René aplicó el oído á la boca de un largo tubo, cuyo extremo contrario daba á la calle bajo la forma de una cabeza de bronce.

—No; se dijo René, ni es *ella* ni *ellas*. Son pisadas de hombres.... ya se detienen delante de mi puerta.... vienen aquí.

Y resonaron tres golpes secos, dados á la puerta de la calle.

René bajó rápidamente la escalera. Sin embargo, antes de abrir apoyó la oreja contra la puerta.

Resonaron entonces los tres golpes por segunda vez.

—Quién va? preguntó maese René.

—¿Es necesario que digamos nuestros nombres? preguntó una voz.

—Es indispensable, respondió René.

—En ese caso, me llamo el conde Annibal de Coconnas, dijo la misma voz.

—Y yo, el conde Lerac de la Mole, dijo otra voz que no habia hablado hasta entonces.

—Aguardad, aguardad, caballeros, soy con vuestras mercedes.

Y René apresurándose á descorrer los cerrojos, y á levantar las barras, abrió la puerta á los dos jóvenes, se contentó con volverla á cer-

rar con llave, les hizo subir la escalera exterior, y los introdujo en la segunda sala.

En el momento de entrar, la Mole se santiguó debajo de la capa; estaba pálido, y su mano temblaba sin que le fuese posible reprimir esta debilidad.

Coconnas examinó todas las cosas una tras otra, y hallándose en medio de su exámen con la puerta de la celdilla, quiso abrirla:

—Permitid, caballero, dijo René con voz grave, y deteniendo con su mano la de Coconnas, los que me hacen el honor de venir á visitarme, solo pueden disponer de esta sala.

—Ah! es diferente, replicó Coconnas, por otra parte, tengo deseos de sentarme.

Y se dejó caer sobre una silla.

Hubo un instante de profundo silencio; René aguardaba á que uno de los dos jóvenes se explicase. Durante este intervalo, solo se oía la respiracion de Coconnas, respiracion que era casi un silvido, porque no se habia restablecido aun.

—Maese René, dijo al fin Annibal, sois un hombre hábil, un adivino, con que decidme ¿quedaré estropeado de resultas de esta herida? es decir, tendré siempre esta respiracion tan oprimida, que me priva de montar á caballo, de jugar el florete, y de comer tortillas con tocino?

René acercó el oido al pecho de Coconnas, y escuchó atentamente el juego de los pulmones.



—No, señor conde, le dijo; sanareis.

—De veras?

—Os lo afirmo.

—Cuánto placer me causais.

—Hubo entonces otro momento de silencio.

—¿No deseais saber otra cosa, señor conde?

—Sí á fé mía, dijo Coconnas, desco saber, si **estoy** verdaderamente enamorado.

—Lo estais! dijo René.

—Y cómo lo sabéis?

—Porque me lo habeis preguntado.

—Mordi creo que teneis razon. Pero ¿de **quién?**

—De la que repite á cada instante el juramento que acabais de pronunciar.

—En verdad, dijo Coconnas estupefacto, en **verdad** maese René, que teneis habilidad.—Ahora tú, la Mole.

La Mole se sonrojó, y permaneció quieto.

—Eh, diablo! dijo Coconnas, habla.

—Hablad, dijo el florentino.

—Yo... balbuceó la Mole, cuya voz se iba tranquilizando por grados, no vengo á preguntaros, René, si estoy enamorado, porque **harto** cierto es que lo estoy, y no trato de ocultarlo; pero decidme si seré amado, porque á la verdad, todo lo que en un principio me inspiraba esperanzas, se vuelve ahora contra mí.

—Tal vez no habeis hecho todo lo que es necesario hacer para conseguirlo.

—Qué mas se puede hacer que probar á la **dama** de sus pensamientos que es verdadera-

mente amada, respetándola y estando siempre dispuesto á sacrificarse por ella?

—Ya sabeis, dijo René, que esas demostraciones son casi siempre bien insignificantes.

—Entonces ¿debo desesperar?

—No, sino recurrir á la ciencia. Hay en la naturaleza humana antipatías que se pueden vencer, y simpatías que se pueden forzar. El hierro no es el imán; pero aimantándole atrae el hierro como si lo fuese.

—Sin duda, sin duda, balbuceó la Mole; pero los conjuros me repugnan.

—Ah! dijo René; si os repugnan, no necesitábais venir aquí.

—Vamos, vamos, dijo Coconnas ¿quieres hacerle el niño?... Maese René ¿no podeis enseñarme el diablo?

—No, señor conde.

—Lo siento, porque tenia que decirle dos palabras, y eso habria tal vez animado á Mr. la Mole.

—Bien! seal dijo la Mole, abordemos el negocio frente á frente. Me han hablado de figuritas de cera, hechas á semejanza del objeto amado. ¿Es este uno de los medios?

—Infalible.

—Y en este experimento no hay nada que pueda atentar á la vida ó á la salud de la persona amada?

—Nada.

—Probemos.

—Quieres que empiece yo? dijo Coconnans.

—No, dijo la Mole, ya que me empeño en ello, iré hasta el fin.

—Deseáis mucho, con ardor, con anhelo, saber de cierto á qué ateneros, Mr. de la Mole? preguntó el florentino.

—Oh! exclamó la Mole, ese deseo me mata.

En este instante llamaron dulcemente á la puerta de la calle, pero tan quedito, que solo maese René percibió el ruido, y ese lo oyó, porque ya esperaba que llamasen.

Entonces haciendo á la Mole varias preguntas distraídas, acercóse sin afectacion al tubo que comunicaba con la calle, y percibió el sonido de algunas voces que parecían fijar su atencion.

—Reunid vuestros deseos, dijo á la Mole, y haced al objeto amado.

La Mole se arrodilló como si estuviese hablando con una divinidad, y René, pasando á la primera division de la sala, deslizóse sin ruido por la escalera exterior.

En momento despues atravesaban la tienda pisando tan ligeramente, que ni aun se percibía el ruido.

La Mole al volverse á levantar halló delante de sí á René; el florentino traía en la mano una figurita de cera medianamente trabajada, pero tenia manto y corona.

—¿Deseáis ser amado siempre por vuestra real querria? preguntó el perfumista.

—Oh! sí, aunque me costase la vida, aunque pierda el alma, respondió la Mole.

—Muy bien, dijo el florentino, y tomando con el extremo de sus dedos unas gotas de agua de un aguamanil, las sacudió sobre la cabeza de la figurita pronunciando algunas palabras en latin.

La Mole se estremeció, porque comprendia que era todo un sacrilegio.

—Qué haceis? preguntó á René.

—Bautizar á esta figura con el nombre de la que amais.

—Pero con qué objeto?

—Para establecer la simpatía.

—La Mole abria ya la boca, para decirle que no prosiguiese, pero una mirada burlesca de Cocornas, le detuvo.

René, que habia visto el movimiento, aguardó.

—Es preciso que sea de plena voluntad, dijo.

—¡Haced; respondió la Mole.

René trazó sobre una banderola de papel encarnado, algunos signos cabalísticos, pasó al traves de estos signos una aguja de acero, y picó con ella el corazon de la estatuita.

Cosa estraña, en la superficie de la herida, apareció una gotita de sangre... entonces René puso fuego al papel.

El calor de la aguja, fundió la cera que habia en rededor, y secó la gotita de sangre.

—Así, dijo René, vuestro amor ayudado de la fuerza de la simpatía, herirá y abrasará

el corazón de la mujer que amais.

Coconnas, parapetado en la fortaleza de su espíritu, se reía por debajo de su bigote, y se burlaba en voz baja; pero la Mole, amante y supersticioso, sentía correr por su cuerpo un sudor frío que humedecía con sus gotas la raíz de sus cabellos.

—Ahora, dijo René, apoyad vuestros labios sobre los de la estatuita, y decid: ¡Margarita, te amo; ven, Margarita!

La Mole obedeció.

Oyóse entonces que abrían la puerta de la segunda sala, y que los pasos ligeros se acercaban. Coconnas, curioso é incrédulo, sacó su puñal, y temiendo que si levantaba el tapiz viniese René á detenerle haciéndole la misma observacion que cuando quiso abrir la puerta, hendió con su puñal el espeso tapiz y acercando un ojo á la abertura, arrojó un grito, al que respondieron otros dos gritos de mujer.

—Qué hay? preguntó la Mole, casi movido á dejar caer la figurita, que René tomó entre sus manos.

—Hay, respondió Coconnas, que la duquesa de Nevers, y madama Margarita están ahí.

—Ahora bien, incrédulos, dijo René con una sonrisa austera ¿dudais aun de la fuerza de la simpatía?

Al ver á la reina, la Mole quedó petrificado, y Coconnas tuvo tambien un momento de deslumbrante admiracion al reconocer á la

hermosa madama de Nevers; uno creyó que las hechicerías del maese René habían evocado el fantasma de Margarita; el otro al ver abierta la puerta por donde habian entrado los hermosos fantasmas, halló bien pronto la esplicacion de este prodigio en este mundo vulgar y material.

En tanto que la Mole se santiguaba y suspiraba de modo que hubiera enternecido á una roca, Cocounas, que todo el tiempo habia estado haciéndose preguntas filosóficas, y que habia conseguido conjurar al espíritu maligno con ese hisopo que se llama incredulidad, Cocounas, viendo por la abertura de la cortina la admiracion de madama de Nevers, y la sonrisa un poco cáustica de Margarita, conoció que el momento era decisivo, y comprendiendo que se puede decir por un amigo lo que uno no se atreve á decir por sí mismo, en lugar de ir derecho á madama de Nevers, fué derecho á Margarita, y poniendo una rodilla en tierra al modo que representan á Artaxerges, exclamó con una voz, á la que el silvido de su herida prestaba cierto acento que no carecia de vigor:

—Señora, en este mismo instante ha evocado maese René vuestra sombra, por complacer á mi amigo Mr. de la Mole; pero con grande admiracion mia, vuestra sombra aparece acompañada de un cuerpo que me es muy querido, y que recomiendo á mi amigo.

Sombra de su magestad la reina de Navar-

ra, ¿quereis tener la bondad de decir al cuerpo de vuestra compañera, que se pase del lado de acá de la cortina?

Margarita se echó á reir, é hizo una seña á Enriqueta que pasó al instante al otro lado.

—La Mole, amigo mio, dijo Cocornas, sé elocuente como Demóstenes, como Ciceron, como el señor cauciller del hospital. y piensa que vá nada menos que mi vida, en que logres persuadir á la sombra de la duquesa de Nevers, de que soy su mas humilde, su mas obediente y su mas fiel servidor.

—Pero..... balbuceó la Mole.

—Haz lo que te digo: y vos, René, cuidad de que nadie nos incomode.

René hizo lo que le ordenaba Cocornas.

—Mordil caballero, sois hombre de imaginacion. Ya os escucho; veamos ¿qué teneis que decirme?

—Tengo que deciros, señora, que la sombra de mi amigo, porque es una sombra, y la prueba es que no habla una palabra. Tengo, pues, que deciros, que esa sombra me suplica que use de la facultad que tienen los cuerpos de hablar inteligiblemente, para deciros: Bella sombra, este caballero, ex-corporal, ha perdido su cuerpo y su aliento, con el rigor de vuestros ojos. Si fuéseis vos misma, pediria á maestro René que me abismase en cualquiera cima sulfúrea, antes que hablar con semejante lenguaje á la hija de Enrique II, á la hermana de Cárlos IX y á la esposa del rey de Navar-

ra. Pero las sombras están ya desnudas del orgullo terrestre, y no se enojan aunque se las ame. Con que suplicad á vuestro cuerpo que ame un poco al pobre la Mole, alma en pena mas abrasada que las del purgatorio, alma perseguida por la amistad, que le ha hundido repetidas veces algunas pulgadas de hierro en el vientre; alma abrasada por el fuego de vuestros ojos, fuego mil veces mas devorador que el fuego del infierno. Tened piedad de esa pobre alma. Amad un poco, al que fué el bello la Mole, y si no teneis el uso de la palabra, usad, expresáos con un gesto ó con una sonrisa. El alma de mi amigo es inteligente, y lo comprenderá todo. Expresáos, Mordí, ó paso mi espada al través del cuerpo de René, para que en virtud del poder que tiene sobre las sombras, obligue la vuestra (ya que la ha evocado tan á tiempo) á que no haga cosas poco decentes para una sombra de alto rango como me pareceis.

Al oír esta perorata de Coconnas que se había acampado delante de la reina como Eucis bajando á los infiernos, Margarita no pudo contener una enorme carcajada, y guardando silencio como convenia á una sombra real, tendió la mano á Coconnas.

Este la recibió delicadamente entre las suyas y llamando á la Mole:

—Sombra de mi amigo! exclamó, venid aquí al momento.

La Mole obedeció, estupefacto, palpitante y lleno de admiracion.



—Está bien, dijo Coconnas, cogiéndole por el cogote, ahora aceread el vapor de vuestro lindo y moreno rostro, á la blanca y vaporosa mano que veis.

Y Coconnas,, acompañando estas palabras con el ademán, unió esta fina y hermosa mano á la boca de la Mole, y las retuvo así un instante, apoyadas respetuosamente la una sobre la otra, sin que la mano tratase de desembarazarse de este dulce lazo.

Margarita no habia cesado de sonreirse, pero madama de Nevers no se sonreía, porque estaba todavia temblando, con la aparicion inesperada de los dos caballeros. Además, sentia aumentarse su incomodidad con toda la calentura que inspiran los celos nacies, porque le parecia que Coconnas no debia olvidarse así de sus negocios por los demás.

La Mole vió la contraccion de sus cejas, sorprendió el relámpago amenazador de sus ojos, y á pesar de la turbacion de embriaguez en que la voluptuosidad le aconsejaba permanecer, comprendió el peligro que corria su amigo, y adivinó todo lo que tenia que hacer para sustraerle de él.

Levantóse, pues, y dejando la mano de Margarita entre las de Coconnas, fué á tomar la de la duquesa de Nevers. y poniendo una rodilla en tierra:

—Oh! la mas bella y la mas adorable de todas las mugeres, dijo, hablo de las mugeres que existen, y no de las sombras, y dirijió una mi-

rada á Margarita, acompañada de una dulce sonrisa; permitiéndme, como que soy un alma desnuda ya de su grosera corteza, permitiéndme que repare las ausencias de un cuerpo absorto en una amistad material. Mr. de Coconnas, á quien veis ahí, no es mas que un hombre, un hombre de una estructura bella y atrevida, una carne hermosa á la vista tal vez, pero perecedera como toda humanidad: «*Omnis caro foenum.*» Aunque este caballero me dirige desde la mañana á la noche largas letanías suplicantes respecto á vos, aunque le hayais visto distribuir los mayores mandobles, que tal vez no tienen igual en toda Francia, ese campeon tan fuerte, tan elocuente para con una sombra, no se atreve á hablar á una muger.

He aquí por qué se ha dirigido á la sombra de la reina, concisionándose para hablar á vuestro hermoso cuerpo, y para deciros que ofrece á vuestros pies su alma y su corazon; que ruega á vuestros ojos divinos se dignen mirarle con piedad, á vuestros dedos rosados y ardientes que le llamen con un movimiento; á vuestra voz vibrante y armoniosa que le diga una de esas palabras que no se olvidan nunca; otra cosa me ha pedido aun, y es, que si no podia entereceros, le atravesase mi espada, que es una hoja real, porque las espadas no tienen mas sombra que la que hacen al sol, que le atravesase, digo, el corazon por la

En este momento vióse aparecer á René en el fondo de la puerta.

segunda vez, pues que no quiere vivir, si no le autorizais á que viva esclusivamente para vos.

Así como Coconnas habia echado su discurso con toda la verbosidad y la baladronada posible, así la Mole acababa tambien de desplegar en su súplica todo el poder de la sensibilidad alarmante y de una humildad sutil.

Los ojos de Enriqueta se apartaron entonces de la Mole, á quien habia escuchado con atencion en tanto que habia hablado, para fijarse sobre Coconnas, y observar si la expresion del rostro del caballero estaba en armonía con la oracion amorosa de su amigo. Sin duda quedó satisfecha de él, porque sonrosada, anhelante, vencida, dijo á Coconnas con una sonrisa que dejaba ver dos hileras de perlas engastadas en coral:

—Es verdad eso?

—Mordil exclamó Coconnas fascinado por esa mirada y abrasándose en el fuego del mismo fluido; si es verdad!.... oh! sí, sí, señora, es verdad, lo juro por vuestra vida, por mi muerte!

—Entonces, venid, dijo Enriqueta tendiéndole la mano con un abandono que se traslucía por la languidez de sus ojos.

Coconnas arrojó al aire su gorrita de terciopelo, y de un salto se puso al lado de la jóven, en tanto que la Mole, á quien Margarita habia llamado con un gesto, hacia con su amigo un cambio amoroso.

—Silencio! exclamó con un acento que estinguíó toda esta llama... silencio!

—Y oyóse en el grueso de la pared el roce del hierro chillando en la cerradura, y el chirrido de una puerta que rueda sobre sus goznes.

—Pero, dijo Margarita con seriedad, me parece que cuando nosotras estamos aquí nadie tiene derecho para entrar.

—Ni la reina madre? murmuró René al oído de Margarita.

Margarita se lanzó al instante por la escalera exterior arrastrando á la Mole tras ella; Enriqueta y Cocomas los siguieron también, medio abrazados.

Todos cuatro desaparecieron como vuelan, al primer ruido que perciben, los hermosos pájaros que han sido sorprendidos besándose, sobre una rama en flor.

---

## CAPITULO XI.

### *Las pollas negras.*

**Y**A era tiempo de que las dos parejas desapareciesen.

Catalina metia ya la llave en la cerradura, cuando Coconnas y la de Nevers salian por la puerta del fondo, y al entrar pudo oír todavia el ruido de la escalera, que chillaba bajo los pies de los fugitivos.

La reina madre arrojó en rededor suya una mirada escrutadora, y deteniendo al fin su pupila amenazadora sobre René que estaba en pie delante de ella:

—¿Quién estaba ahí? le preguntó.

—Unos amantes que han quedado satisfechos con una sola palabra, apenas sea he dicho que se amaban.

—Dejemos eso, dijo Catalina alzando las espaldas; ¿no hay nadie aquí?

Nadie mas que vuestra magestad y yo.

—¿Habeis hecho lo que os dije?

—¿En cuanto á las pollas negras?

—Sí.

—Están prontas, señora.

—¿Ah! si fuéreis judío!

—Judío yo, señora! y para qué?

—Porque entonces podríais leer en esos preciosos libros que han escrito los hebreos acerca de los sacrificios. Yo hice traducir uno de ellos, y entonces ví que los romanos, ni los hebreos, no buscaban los presagios en el corazon, ni en el hígado: era en la disposicion del cerebro, y en la configuracion de las letras que ha grabado en él la mano poderosa del destino.

—Es cierto, señora, así me lo ha dicho tambien un rabino anciano que era uno de mis mayores amigos.

—Hay caractéres trazados en el cerebro, que abren un camino perfecto de profecías. Solamente que los sábios Caldeos recomiendan....

—Recomiendan.... qué? preguntó René, viendo que la reina no se atrevia á continuar.

—Recomiendan que se haga la esperiencia sobre cerebros humanos, por estar estos mas desarrollados, y ser mas simpáticos con la voluntad del consultante.

—¡Ah! exclamó René; ya sabe vuestra magestad que eso es imposible.

—Al menos difícil, dijo Catalina; pero si hubiésemos sabido eso el día de la San Barthelemy.... eh! René, qué cosecha! A la primera ejecución:... yo me acordaré. Entretanto, permanezcamos en el círculo de lo posible. ¿Está ya preparada la sala de los sacrificios?

—Sí, señora.

—Vamos allá.

René encendió una bugía compuesta de elementos extraños, y cuyo olor, tan pronto sutil y penetrante, como humoso y nauseabundo, revelaba la reunión de materias muy diversas; luego alumbrando á Catalina pasó el primero á la celdita.

Catalina escogió por su mano entre todos los instrumentos de sacrificios un cuenillo de acero azulado, en tanto que René fué á buscar una de las dos pollas que hacían brillar desde un rincón, sus ojos inquietos y dorados.

—Cómo hemos de proceder para el sacrificio?

—Interrogaremos el hígado de la una, y el cerebro de la otra. Si ambas nos dan el mismo resultado será preciso creerlo, sobre todo, si este resultado se combina con los que hemos obtenido ya.

—Por donde empezaremos?

—Por el experimento del hígado.

—Está bien, dijo René, y desatando una

de las pollas la ligó á dos anillos colocados sobre las dos estremidades del altar, de modo que el animal echado de espaldas no podía moverse del sitio, ni aun luchar.

Catalina le abrió el pecho de una sola cuchillada.

La polla lanzó tres gritos y espiró despues de haberse agitado durante largo tiempo.

— Siempre tres gritos, murmuró Catalina, tres señales de muerte; luego abrió el cuerpo.

— Ya sé siempre inclinado á la izquierda, continuó, siempre á la izquierda; triple muerte seguida de decadencia! Sabes, René, que esto es espantoso?

— Veremos, señora, si los presagios de la segunda victima coinciden con los de la primera.

René desató el cadáver de la polla, y le arrojó á un rincon. Luego echó á andar hácia la otra, que conociendo su suerte por la que habia tenido su compañera, se esforzó en sustraerse á ella, corriendo al rededor de la celdilla, y que al fin viéndose cojida en un rincon echó á volar por sobre la cabeza de René, y fué á apagar con su vuelo la bugía mágica que Catalina tenía en la mano.

— Ya lo ves, René, dijo la reina, así se extinguirá nuestra raza. La muerte soplará sobre ella, haciéndola desaparecer de la superficie de la tierra. Pero... tres hijos! tres hijos! murmuró tristemente.

René tomó de manos de la reina la bugía



apagada, y fué á encenderla de nuevo en otra pieza inmediata.

Cuando volvió, la polla habia metido la cabeza en el embudo.

—Ahora, dijo Catalina, yo evitaré los gritos, porque le cortaré la cabeza de una sola cuchillada.

Y en efecto, apenas ataron la polla, Catalina cortó la cabeza de un solo golpe. Pero en la convulsión suprema, abrióse el pico por tres veces, cerrándose despues para no volverse á abrir.

—Ves? dijo Catalina espantada, cuando no son tres gritos, tres suspiros, Tres, siempre tres... Morirán todos... Todas las víctimas, cuentan y llaman «tres» antes de partir. Vamos, ahora los signos del cerebro.

## FIN DEL TOMO SEGUNDO.

---

### NOTA.

El tomo tercero llevará un pliego mas de lo prometido, á causa de llevarlo este de menos.

**MARGARITA DE VALOIS.**

oag

to

b

**MARGARITA DE VALOIS,**

NOVELA HISTORICA, ESCRITA EN FRANC.

POR

**ALEJANDRO DUMAS,**

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

*por*

R. A. G.

---

**TOMO III.**

---

SEVILLA.

Imprenta de Gomez, editor, calle de la Muela,  
n. 32.—1849.





*Y Coconnas señaló con el dedo al animal.*



MARGARITA DE VALOIS,

NOVELA HISTORICA, ESCRITA EN FRANC.

POR

ALEJANDRO DUMAS,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

*por*

R. A. G.

---

TOMO III.

---

SEVILLA.

Imprenta de Gomez, editor, calle de la Muela.  
n. 32.—1849.







*Y Coconnas señaló con el dedo al animal.*



---

# MARGARITA DE VALOIS.

---

## CAPITULO I.

### *Las pollas negras.*

**E**NTONCES Catalina abatió con su cuchillo la cresta pálida del animal, abrió con precaucion el cráneo, y separándole de modo que dejase descubiertos los lóbulos del cerebro, se esforzó en encontrar la forma de una letra cualquiera, sobre las sangrientas sinuosidades que trazan la division de la masa cerebral.

—Siempre! esclamó Catalina torciéndose los  
manos, siempre! y esta vez el pronóstico es  
mas claro que nunca. Ven y mira.

René se acercó.

—Que letra es esta? preguntó Catalina de-  
signándole uno de los signos.

—Una H, respondió René. (1)

—Y cuántas veces está repetida?

René contó.

—Cuatro, dijo.

—Bien! bien! esto es! Lo veo... es decir,  
Enrique IV. Oh! murmuró arrojando el cuchi-  
llo, soy maldita en mi posteridad!

Era una cosa espantosa ver á esta muger  
pálida como un cadaver, iluminada por una  
luz lúgubre, y crispando sus manos cubiertas  
de sangre.

—Reinará! dijo exhalando un suspiro de de-  
sesperacion, reinará!

—Reinará! repitió René sumergido en una  
profunda reflexión.

Entretanto á la luz de un pensamiento que  
parecia desarrollarse entonces en su cerebro,  
disipóse la expresion sombría que brillaba en  
las facciones de Catalina.

—René, dijo estendiendo la mano hácia el  
florentino, pero sin mover la cabeza que te-  
nia inclinada sobre el pecho, René, no hay  
una historia terrible de un médico de Perou-  
se, que por medio de una pomada enveaenó

---

(1) *Henri.*

de un golpe á su hija, y al amante de esta?

—Sí.

—Y este amante era....?

—El rey Ladislao, señora.

—Ah! sí.... es verdad, murmuró. ¿Teneis algunos detalles acerca de esta historia?

—Tengo un libro viejo que trata de ella, respondió René.

—Pues bien, pásenos á otra pieza, y me le prestareis.

Y ambos salieron de la celdilla cuya puerta cerró René con llave.

—Tiene vuestra magestad nuevos sacrificios que ordenarme?

—No, René, por ahora estoy convencida. Aguardemos hasta que se presente la cabeza de algun condenado, y el dia de la ejecución estás tú con el verdugo.

René se inclinó haciendo una señal de inteligencia y acercándose con la luz en la mano á los estantes en que estaban colocados los libros, subió sobre una silla, y tomó un libro que entregó á la reina.

Catalina le abrió.

—Qué es esto? dijo la reina madre.

«Del modo de enseñar y alimentar losalcones, torzuelos y gerifaltes para que sean valientes, y que estén siempre prontos á lanzarse al vuelo.»

—Ah! perdon, señora, me equivoqué. Este es un tratado de caza hecho por un sábio de Lura, para el famoso Castrucio Castraca-

ni. Como estaba colocado al lado del otro, encuadrado del mismo modo, me engañé. Es un libro precioso: solo existen tres ejemplares en el mundo: uno que pertenece á la biblioteca de Venecia, otro que ha sido comprado por vuestro abuelo Lorenzo, y presentado por Pedro de Médicis al rey Carlos VIII, cuando este pasó por Florencia, y el tercero, es este que veis.

—Le venero, dijo Catalina, le venero á causa de ser una rareza; pero como no le necesito, os le devuelvo.

Y tendió la mano derecha hácia René, en tanto que le devolvía con la mano izquierda el que habia recibido.

—Esta vez no se habia engañado René, era realmente el libro que buscaba la reina. René se bajó, le hojeó un instante y se le dió abierto.

Catalina fué á sentarse cerca de una mesa, René puso sobre ella la bujía mágica, y la reina leyó algunas líneas á la luz de esta flama azulada, pero las leyó á media voz.

—Bien, muy bien, dijo cerrando el libro. Hé aquí todo lo que deseaba saber.

Y se levantó dejando el libro sobre la mesa y llevando en el fondo de su imaginacion esa idea que habia germinado allí, y que allí debia de madurar.

René aguardaba respetuosamente, con la luz en la mano, á que la reina, que parecia disponerse á salir, le comunicase nuevas órdenes, ó le hiciese nuevas preguntas.

Catalina dió algunos pasos con la cabeza inclinada sobre el pecho, y un dedo sobre los labios guardando silencio.

Luego, deteniéndose de repente en frente de René, y fijando sobre él su ojo redondo y fijo como el de un ave de rapiña,

—Confíesame, le dijo, que has hecho un filtro para ella.

—Para quién? preguntó René estremeciéndose.

—Para la Sauve.

—Yo, señora! dijo René, jamás!

—Jamás?

—Os lo juro por mi alma.

—No obstante, aquí hay algo de magia, porque la ama como un loco.... ¡é! que nunca tuvo fama de muy constante.

—Quién es él, señora? preguntó René.

—Enrique el maldito. El que sucederá á mis tres hijos, el que se llamará un día Enrique IV, y que no obstante es el hijo de Juana de Albret.

Catalina acompañó estas palabras con un suspiro que hizo estremecer á René, porque le recordaba los famosos guantes que habia preparado para la reina de Navarra por orden de Catalina.

—Y va siempre á verla? preguntó René.

—Siempre, respondió Catalina.

—Pues yo creí que el rey de Navarra se habia vuelto á fijar completamente en su esposa.



—Comedias, René, comedias. No sé con qué objeto se hacen, pero si que todo se conjura para engañarme.

Hasta mi misma hija Margarita me engaña, se declara contra mí, y tal vez aguarda la muerte de sus hermanos, tal vez espera ser reina de Francia.

—Sí, tal vez, dijo René, que absorto en sus reflexiones era el eco de la terrible duda de Catalina.

—Pero nos veremos, dijo Catalina dirigiéndose á la puerta del fondo, pareciéndole que era inútil la salida secreta, pues que estaba sola.

René la precedió, y dentro de algunos instantes, ambos se hallaron en la tienda del perfumista.

—René, le dijo, tú me has prometido nuevos cosméticos y perfumes, para mis labios y mis manos. Hé aquí el invierno, ya sabes que mi tez es muy sensible al frío.

—Ya me ocupé en ellos, señora, y os los llevaré mañana.

—Mañana por la noche, no me hallarás antes de las nueve ó las diez. Durante el día rezo mis oraciones.

—Muy bien, señora, estaré en el Louvre á las nueve.

—Madama de Saufe tiene lindas manos y bellos labios, dijo Catalina con indiferencia ¿de qué pasta se sirve?

—Para las manos?

—Sí, para las manos.

—De pastillas de heliotropo.

—Y para los labios?

—Para los labios va á servirse de una nueva opiata que yo inventé, y de la que pensaba llevar mañana una caja á vuestra magestad, al mismo tiempo que se la llevo á ella.

Catalina quedó un momento pensativa.

—Por lo demas, es una hermosa criatura, y nada tiene de extraño esta pasion ciega del bearnés, dijo la reina, respondiendo á sus ideas secretas.

—Y sobre todo muy fiel á vuestra magestad, dijo René, al menos asi lo creo.

Catalina alzó las espaldas, y se sonrió.

—Cuando una muger ama, dijo al fin, ¿casi es fiel á nadie mas que á su amante? René, le has hecho algun filtro?

—¿Señora, os juro que no!

—Pues bien, no hablemos mas de eso. Enseñame esa opiata que debe ponerle los labios mas frescos todavia y mas rosados. Esa pasta de que hablaste.

René se acercó á un estante enseñando á Catalina seis cajitas de plata de la misma forma (es decir, redondas) colocadas en fila.

—Hé aquí, le dijo, el solo filtro que me ha pedido, es verdad, que, como he dicho á vuestra magestad, lo hice es resamente para ella, porque tiene los labios tan finos y tan tiernos, que el sol y el viento los dañan igualmente.

Catalina abrió una de las cajitas, y vió que

contenia una parte del carmin mas seductor.

—René, dijo, dame pasta para mis manos: me hace falta y yo misma la llevaré.

René se alejó con la bujía en la mano, y fué á buscar al cuarto inmediato lo que le pedia Catalina.

No obstante, volvi6se con tal presteza, que le pareció entrever que la reina acababa de tomar una cajita y ocultarla bajo su pañ6lon. René estaba demasiado acostumbrado á estas sustracciones de la reina madre, para tener la imprudencia de dar á entender que lo habia conocido. Envolvi6 en un saquito de papel f6rdelizado la pasta que Catalina le habia pedido, y le dijo:

—Aquí está, señora.

—Muchas gracias, René, respondi6 Catalina. Luego añadi6 despues de un momento de silencio: No lloves la opiata á madama de Sauvve, hasta dentro de ocho ó diez dias. Quiero yo usarla la primera.

—Y la reina se dispuso á salir.

—Quiere vuestra magestad que la acompañe?

—Nada mas que hasta el extremo del puente, respondi6 Catalina. Allí me aguardan los gentiles hombres con mi litera.

Y ambos salieron de la casa, y llegaron al rincon de la calle de la Barrilería, donde aguardaban á Catalina cuatro gentiles-hombres y una litera sin armas.

El primer cuidado de René apenas llegó

á su tienda, fué el de contar las cajas de opiata.

Faltaba una.

## CAPÍTULO II.

### *La habitacion de madama de Sauve.*

**C**atalina no se habia engañado en sus conjeturas.

Enrique volvió á sus antiguas costumbres y no se pasaba una noche sin que fuese á casa de la Sauve. En un principio habia ejecutado estas escapatorias con el mayor secreto; luego habia ido perdiendo poco á poco su desconfianza, habia mirado con negligencia todas las precauciones, de modo, que Catalina pudo sin mucho trabajo asegurarse de que Margarita era reina de Navarra en el nombre, pero que madama de Sauve lo era de hecho.

Al principio de esta historia hemos dicho dos palabras acerca de la habitacion de madama de Sauve; pero la puerta abierta por Dariola para dar entrada al rey de Navarra, se ha cerrado trás él herméticamente; y así esta habitacion, teatro de los misteriosos amores del Bearnés, nos es completamente desconocida.

Esta habitacion, del mismo género que las

los cerca de sí, era mucho mas pequeña y que los príncipes conceden á sus comensales en su mismo palacio, con el fin de tenermeos cómoda que lo hubiera sido una casa en la ciudad. Estaba, como hemos dicho ya, situada en el segundo piso, poco mas ó menos sobre la de Enrique, y la puerta daba á un corredor, cuya estremidad estaba iluminada por una ventana ojival formada con vidrios pequeños engastados en plomo, la que aun en los mas hermosos dias del año solo dejaba penetrar una claridad dudosa. Durante el invierno era preciso encender una lámpara á las tres de la tarde, y como esta lámpara no contenia en invierno mas cantidad de aceite que en el verano, estinguíase entonces á eso de los diez de la noche, dando mayor seguridad á los dos amantes, desde los primeros dias del invierno.

Una antecámara pequeña, tapizada con damasco de seda, cubierto de anchas flores amarillas, una sala de recibimiento tendida de terciopelo azul, y una alcoba cuyo lecho adornado con columnas retorcidas, y cortinas de raso de color de cereza, estaba engastado en un espacio, ornado tambien con un espejo guarnecido de plata y con dos hermosos cuadros que representaban los amores de Vénus y Adonis; tal era la habitación, ó como diríamos hoy, el nido de la encantadora camarera de la reina Catalina de Médicis.

Mirando con mucho cuidado podía obser-

yarse en un rincón sombrío de la habitación, y enfrente de un tocador guarnecido con todos sus accesorios, una puertecita que daba á una especie de oratorio, donde se levantaba sobre dos gradas un reclinatorio. En las paredes de este oratorio veíase colgados como para servir de correctivo á las pinturas mitológicas de que hemos hablado ya, tres ó cuatro cuadros del espiritualismo más exaltado. Intercaladas con estas pinturas, veíanse algunas armas de mujer, colgadas en clavos dorados, porque en esta época de intrigas y misterios las mujeres llevaban armas como los hombres, y algunas veces las empleaban con tanta habilidad como ellos.

Esta noche que era la del día siguiente á aquel en que habían posado en casa del maestro René las escenas que hemos referido, madama de Sauve, sentada en su alcaoba sobre un canapé, refería á Enrique sus temores y su amor, y le recordaba el valor que había mostrado en la noche que siguió á la San Barthélemy, noche, que como no habrá olvidado el lector, la pasó Enrique en la habitación de su esposa.

Enrique por su parte, le mostraba su inmenso agradecimiento. Madama de Sauve, estaba, pues, encantadora esta noche con su sencillo peinador de batista, y Enrique se manifestaba altamente reconocido.

En medio de todo esto, como Enrique estaba realmente enamorado, parecía estar pensativo;

y madama de Sauve que habia concluido por aceptar de todo corazón este amor ordenado por Catalina, le contemplaba con el mayor interés, para observar si sus ojos estaban de acuerdo con sus palabras.

—Vednos, Enrique, dijo madama de Sauve, sed franco; aquella noche que pasásteis en el gabinete de su magestad la reina de Navarra, y que teníais á Mr. de la Mole, echado á vuestros pies, no sentíais que ese digno caballero se hallase colocado entre vos y la alcoba de la reina?

—Sí en verdad, amiga mia, respondió Enrique, porque era preciso pasar por aquella alcoba para llegar á esta en que me hallo ahora, y en la que soy tan feliz.

Carlota de Sauve se sonrió.

—Y no habéis vuelto allá desde entonces?

—Nada mas que las veces que os he dicho.

—Y no entrareis nunca en ella sin decirme lo?

—Nunca.

—Lo juraríais?

—Sí..... si fuese aun hugonote..... pero.....

—Pero qué?

—La religion católica, cuyo dogma estoy aprendiendo, me dice que no se debe jurar nunca.

—Gascon! dijo la Sauve sacudiendo la cabeza.

—Y vos, Carlota, dijo Enrique, si yo os

interrogase á mi vez, responderíais á mis preguntas?

—Sin duda, respondió la jóven, porque nada tengo que ocultaros.

—Veamos, Carlota, dijo el rey, decidme de una vez. ¿Cómo es posible que despues de la resistencia desesperada que me hicisteis antes de mi matrimonio, sois ahora menos cruel para conmigo..... yo que soy un pobre Bearnés, un provincial ridiculo, un príncipe en fin tan pobre, que no puede conservar con brillo las joyas de su corona?

—Enrique, respondió Carlota, ¿me preguntáis la solucion del enigma que buscan hace tres mil años los filósofos de todas las naciones? Enrique, no preguntéis jamás á una muger por qué os ama; contentáos con preguntarle: ¿Me amais?

—Me amais, Carlota? preguntó entonces Enrique.

—Os amo, respondió la Sauve con una sonrisa encantadora, y dejando caer su hermosa mano sobre la de su amante.

Enrique la retuvo.

—Pero, replicó el jóven rey prosiguiendo su pensamiento, ¿y si yo hubiese hallado esa solucion que los filósofos buscan en vano hace tres mil años, al menos respecto á vos, Carlota?

Carlota se sonrojó.

—Me amais, continuó Enrique, por consiguiente no tengo que preguntaros mas, y me creo el hombre mas dichoso del mundo. Pero



ya lo sabeis, siempre falta alguna cosa para ser completamente feliz. Adán en medio del paraíso, no se contemplaba enteramente dichoso, y mordió esa miserable manzana que nos legó á todos esta necesidad de ser curiosos, que hace que el hombre pase la vida, buscando una incògnita cualesquiera. Decidme, querida amiga, para ayudarme á hallar la mia, ¿no es verdad que la reina Catalina, os ha dado en un principio la órden de amarme?

—Enrique, dijo madama de Sauve, hablad bajo siempre que habéis de la reina madre.

—Oh! dijo Enrique con un abandono y una confianza que engañó á la misma Carlota; era en otro tiempo cuando estábamos mal, mi buena madre y yó; entonces podia desconfiar de ella, pero ahora que soy el marido de su hija.....

—El marido de madama Margarita! dijo Carlota ardiendo de celos.

—Ahora os toca á vos hablar bajo, dijo Enrique. Ahora que soy el marido de su hija, somos los mejores amigos del mundo. Qué deseaban?... Que me hiciese católico? Y bien, ya me ha tocado la gracia de Dios, y me convertí, por la intercesion de San Bartolomé. Ahora todos vivimos reunidos como una sola familia que somos, como buenos hermanos, como buenos cristianos.

—Y la reina Margarita?

—La reina Margarita es el nudo que nos une.

—Pero me habeis dicho, Enrique, que la reina Margarita habia sido generosa conmigo en recompensa de los sacrificios que hice por ella? Si me habeis dicho la verdad, si esta generosidad, á la que consagro un inmenso reconocimiento, es real, no es mas que un nudo convencional muy fácil de romper. No podeis descansar sobre ese apoyo, porque á nadie habeis engañado con esa intimidad aparente.

—No obstante, descanso en él; hace tres meses que ese lazo es la almohada en que duermo.

—En ese caso, Enrique, exclamó la Sauve, me habeis engañado, y la reina Margarita es realmente vuestra esposa.

Enrique se sonrió.

Escuebad, Enrique, dijo madama de Sauve; he ahí una de esas sonrisas que me exasperan, y que me inspiran algunas veces crueles deseos de arrancaros los ojos, á pesar de que sois un rey.

—En ese caso, dijo Enrique, ya voy consiguiendo engañar con mi intimidad fingida, porque hay momentos que creyendo que existe queréis arrancarme los ojos, á pesar de ser rey.

—Enrique! Enrique! exclamó la Sauve, creo que ni Dios mismo sabe cómo pensais!

—Pienso, amiga mia, dijo Enrique, que Catalina os ha dado en un principio la orden de amarme, que vuestro corazon se confor-

rió con esa órden, y que cuando las dos voces hablan solo escuchais la de vuestro corazón. Ahora yo tambien os amo, y os amo con toda el alma, y ese mismo amor es la causa de que yo os oculte mis secretos, temiendo comprometeros.... entendámonos, porque la amistad de la reina es mudable, es la de una madre política.

No era eso lo que deseaba Carlota; parecíale que ese velo espeso que existia entre ella y su amante, siempre que trataba de penetrar en los abismos de aquel corazón insondable, tomaba ahora toda la consistencia de un muro que los separaba. Carlota sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas al oír la respuesta de Enrique... en este momento sonaron las diez.

—Sire! dijo Carlota, he aquí la hora de que yo me retire á descansar. Mañana estoy de servicio muy temprano en la cámara de la reina madre.

—Luego me despedís esta noche, amiga mia? dijo Enrique.

—Enrique, estoy triste; estando triste, os parecíais que estaba de mal humor, no me amaríais. Ya veis que es mejor que os retiréis.

—Sea! dijo el bearnés; si lo osigís, Carlota, me retiraré, pero ¡ventre Saint gris! al menos me permitiréis que asista á vuestro tocador.

—Pero, y la reina Margarita? no veis que

si asistis á mi tocador le hareis esperar?

—Carlota, replicó Enrique con seriedad, nos habíamos convenido en que no hablaríamos nunca de la reina de Navarra, y me parece que esta noche no hemos hablado de otra cosa.

Madama de Sauve suspiró, y fué á sentarse en frente de su tocador. Enrique tomó una silla, la arrastró hasta la que servia de asiento á su querida, y poniendo una rodilla encima y apoyándose en el respaldo:

—Vamos, Carlotita mia, le dijo, que yo os vea poneros hermosa, y hermosa para mí, por mas que digais. Dios mio! cuantas cosas! cuántos frascos de perfumes! cuántos saquitos de polvos! cuántas fiolast! cuántas cazoletast!

—Os parece mucho, dijo Carlota suspirando, y no obstante es muy poco, pues que con todo esto no he podido conseguir reinar sola en el corazon de vuestra magestad.

—Vamos, vamos, dijo el rey, no volvamos á la política ¿para qué es este pincel tan fino y tan delicado? ¿será para pintar las cejas de mi Júpiter olimpico?

—Sí, sire, respondió la Sauve sonriendo, habeis adivinado al primer golpe.

—Y este rastrillito de marfil?

—Para trazar las líneas de la division del cabello.

—Y esta cajita de plata con la cubierta cincelada?

—Oh! esa me la envió René, sire, es la famosa opiata que me prometió hace tiempo para suavizar estos labios que vuestra magestad ha tenido la bondad de bollar dulces algunas veces.

Y Enrique queriendo aprobar lo que acababa de decir la muger encantadora, cuya frente se despejaba á medida que iba entrando de nuevo en el terreno de la coquetería apoyó sus labios sobre los que la condesa contemplaba con atencion en el espejo.

Carlota llevó la mano á la cajita que acababa de motivar la esplicacion anterior, sin duda con el objeto de hacer ver á Enrique el modo de emplear la opiata encarnada, cuando resonó en la puerta de la antecámara un golpe seco, que hizo estremecer á los dos amantes.

—Llaman, señora, dijo Dariola asomando la cabeza por la abertura de la puerta.

—Ve á informarte de quien llama, y vuelve, dijo la Saufe con inquietud.

Lanzáronse entonces los dos jóvenes una mirada inquieta, y Enrique iba á retirarse al oratorio donde ya se había refugiado en mas de una ocasion, cuando apareció de nuevo Dariola.

—Señora, dijo, es maese René, el perfumista.

Al oír este nombre, frunció Enrique las cejas, y se mordió los labios involuntariamente.

—Quereis que le rehusé la entrada? preguntó Carlota.

—No, no, respondió Enrique, maese René, no hace nada sin haber pensado antes en lo que hace: si viene á nuestro cuarto, es que tiene motivos para ello.

—Quereis, pues, ocultaros?

—Me guardaria muy bien de eso, respondió Enrique, maese René lo sabe todo, y por lo tanto, sabe que estoy aqui.

—Pero vuestra magestad tiene, si no me engaño, algunos motivos para que la presencia de René le sea dolorosa.

—Yo! dijo Enrique (haciendo un esfuerzo que no pudo ocultar á pesar del dominio que ejercia sobre sí mismo) ¿yo? ninguno; estábamos algo serios, pero desde la noche de San Barthelomy, nos hemos reconciliado.

—Que entre, dijo la Sauve á Dariola.

Un momento despues apareció René, lanzando en rededor suyo una mirada que abrazaba toda la habitacion.

Madama de Sauve permanecia delante de su tocador.

Enrique habia vuelto á ocupar su sitio en el canapé.

Carlota estaba á la luz, Enrique se hallaba colocado á la sombra.

—Señora, dijo René con una familiaridad respetuosa, vengo á pedirós que me escuseis.

—¿Y de qué, René? preguntó la Sauve con esa afabilidad que tienen siempre las mugeres

hermosas para ese enjambre de proveedores que las rodea, y que tienden á hacerlas mas bellas aun.

—De que hace largo tiempo que os he prometido trabajar para esos lindos labios, y de que.....

—¿De que no habeis cumplido hasta hoy vuestra promesa? dijo Carlota.

—Hasta hoy! repitió René.

—Sí, hasta hoy, hasta esta noche, no he recibido la cajita que me enviásteis.

—Ah! es verdad, dijo René mirando de un modo extraño la cajita de opiate que estaba sobre la mesa de madama de Saucy, y que era tan semejante en todo á las que tenia en su almacén.....

—¡Ya lo habia yo adivinado! murmuró René ¿y habeis empezado á usarla?

—Todavía no, iba á probarla cuando entrásteis.

El rostro de René tomó una espresion mediatubunda que no se escapó á la penetracion de Enrique, al que muy pocas cosas se le escapaban.

—Y bien! René, qué teneis, le preguntó el rey.

—Yo! nada, sire, dijo el perfumista. Aguardo humildemente á que vuestra magestad me dirija la palabra, antes de despedirme de la señora baronesa.

—Vamos, vamos, dijo Enrique sonriendo ¿necesitais que os dirija la palabra, para cono-

¿ver que os veo siempre con placer?

René lanzó una mirada en rededor suyo, dió una vuelta por la habitación, como para sondear con los ojos y los oídos las puertas y los tapices, y deteniéndose de nuevo, y colocándose de modo que abrazaba con su mirada á madama de Sauve y á Enrique:

—No lo sé, dijo.

Enrique, advertido por este instinto admirable que le guió durante la primera parte de su vida, en medio de los peligros que le amenazaban, advertido digo, por ese instinto que pudiéramos llamar un sexto sentido, de que habia entonces en la imaginacion del perfumista una cosa extraña parecida á una lucha interior, se volvió hácia él, y permaneciendo en la sombra, en tanto que el rostro del florentino brillaba en la luz, le dijo:

—René! vos aquí, á estas horas!

—Habré tenido la desgracia de incomodar á vuestra magestad, dijo el perfumista dando un paso atrás.

—No; solo deseo saber una cosa.

—Cuál, sire?

—Creiais hallarme aquí?

—Estaba muy seguro de ello.

—Luego me buscabais?

—Al menos me felicito de hallaros.

—Teneis algo que decirme? insistió Enrique.

—Tal vez, respondió René.

Carlota se sonrió, porque temia que esa revelacion que indicaba el perfumista fuese rela-



tiva á su conducta pasada respecto á Enrique; fingió, pues, que ocupada solo en pensar en los dijes de su tocador, no habia oido nada, é interrumpiendo la conversacion:

—Ahl en verdad, René, esclamó abriendo la cajita de opiata, en verdad que sois encantador; esta pasta tiene un color precioso, y pues que estais ahí, quiero haceros el honor de experimentar en vuestra presencia vuestra nueva produccion.

Y tomó la cajita con una mano, en tanto que con la otra llevaba el extremo de uno de sus dedos á la parte rosada que desde el dedo iba á pasar á sus labios.

René se estremeció.

La baronesa acercó la opiata á la boca sonriéndose.

Enrique colocado á la sombra con los ojos fijos y ardientes, no perdía ni un movimiento de la una, ni un estremecimiento del otro.

La mano de Carlota no tenia ya mas que recorrer algunas líneas para tocar á sus labios, cuando René le detuvo fuertemente el brazo, á tiempo que Enrique se levantaba para hacer otro tanto.

Enrique se volvió á dejar caer sin ruido sobre el canapé.

—Un momento, señora, dijo René con una sonrisa forzada, esta opiata no puede usarse sin ciertas recomendaciones particulares.

—Y quién me hará esas advertencias?

—Yo.

—Cuando?

—Apenas haya concluido lo que tengo que decir al rey de Navarra.

Carlota abrió sus grandes ojos, no pudiendo comprender nada de este lenguaje misterioso que se hablaba en rededor suyo, y permaneció con la caja de la opiata en una mano y contemplando la estremidad de su dedo, coloreado por la pasta encarnada.

Enrique se levantó, y alimentado por una idea que como todas las del jóven rey, tenia dos sentidos, uno superficial en la apariencia, y otro que era realmente profundo, fué á tomar la mano de Carlota, y á pesar de que estaba manchada con la opiata hizo un movimiento para llevarla á los labios.

—Un instante, dijo vivamente René, un instante, tened á bien, señora, lavar vuestras lindas manos con este jabon de Nápoles, que me olvidé de enviaros á casa, y que tengo el honor de traer yo mismo.

Y sacando de una cubierta plateada, una pastilla de jabon verdoso, la puso en una jofaina de esmalte, echó en ella una poca de agua, y poniendo una rodilla en tierra, la presentó á madama de Sauve.

—A la verdad, maese René, dijo Enrique, que apenas os conozco; estais tan galante, que dejais atrás á todos los petimetres de la córte.

—Oh! qué aroma tan delicioso! exclamó Carlota frotando sus lindas manos en la espuma

nacarada que se desprendia de la pastilla, perfumada con la mayor finura.

René llenó sus funciones de caballero hasta el fin: presentó á madama de Sauve una servilleta de finísima tela de frisa, y la jóven se enjugó las manos con ella.

—Ahora, dijo el florentino á Enrique, haced lo que gustéis, monseñor.

Carlota presentó su mano á Enrique, que la besó, y en tanto que Carlota se volvia para escuchar lo que René iba á decir, el rey de Navarra volvió á ocupar su sitio mas convencido que nunca de que pasaba algo de extraordinario en la imaginacion del florentino.

—Y bien, qué? preguntó Carlota.

René pareció reunir toda su resolucion, y se volvió hácia el rey de Navarra.

### CAPITULO III.

#### *Sire, sereis rey.*

**S**IRE, dijo René á Enrique; vengo á hablaros de una cosa que me ocupa hace largo tiempo.

—De perfumes? preguntó Enrique sonriendo.

—Y bien, sí, sire.... de perfumes, respondió René con un gesto de afirmacion singular.

—Hablad, ya os escucho; es un asunto que me ha interesado siempre mucho.

René miró á Enrique, creyendo leer en aque-

lla alma impenetrable, á pesar de las palabras que acababa de pronunciar, pero viendo que era inútil, continuó:

—Sire, un amigo mio acaba de llegar de Florencia: este amigo conoce mucho la astrología.

—Sí, le interrumpió Enrique, ya sé que esa ciencia es una pasión florentina.

—En union con los primeros sábios del mundo ha sacado el horóscopo de los principales caballeros de Europa.

—Ah! ah! dijo Enrique.

—Y como la casa de Borbon está á la cabeza de las mas nobles, pues que descende del conde de Clermont, quinto hijo de San Luis, ya puede vuestra magestad conocer que no hemos olvidado el sayo.

Enrique escuchó entonces con mas atención.

—Y recordais ese horóscopo? dijo el rey de Navarra esforzándose en dar á su sonrisa cierto aire indiferente.

—Oh! respondió René meneando la cabeza, vuestro horóscopo no es de los que se pueden olvidar.

—Es verdad, dijo Enrique con un gesto irónico.

—Sire, segun las señales del horóscopo, vuestra magestad está reservada para ocupar un dia el destino mas brillante.

Los ojos del jóven príncipe lanzaron un relámpago involuntario que se estinguió casi

a! mismo tiempo en una nube de indiferencia.

—Todos los oráculos italianos adulan, dijo Enrique, con que quien dice adulado dice embustero; pues no me han predicho algunos que mandaria un dia los ejércitos yo!

Y se echó á reir; pero un observador, menos preocupado que se hallaba entonces René, habria visto y conocido el esfuerzo que le costaba esta risa.

—Sire, dijo friamente René, el horóscopo anuncia otra cosa mejor.

—Anuncia acaso que cuando me halle á la cabeza de uno de esos ejércitos sabré vencer en las batallas?

—Mas que eso, sire.

—Vamos, dijo Enrique, es decir, que seré conquistador. —Sire, sereis rey!

—Eh! ventre saint gris, dijo Enrique reprimiendo un violento latido que se escapaba de su corazon, no lo soy ya?

—Sire, mi amigo sabe muy bien lo que promete; no solo sereis rey, sino que reinareis.

—En ese caso, dijo Enrique con el mismo tono irónico, vuestro amigo necesita diez escudos de oro, no es verdad, René? porque semejante profecía es bastante ambiciosa, sobre todo en estos tiempos. Vamos, René, como no soy rico, daré ahora la mitad de los diez escudos á vuestro amigo, y los otros cinco cuando se realice la profecía.

—Sire, dijo madama de Sauve, no olvidéis

que habeis dado vuestra palabra á Dariola, y así no empeñeis mas promesas.

—Señora, dijo Enrique, cuando llegue ese trato, espero que se me trate como rey, y que todos quedarán satisfechos, si cumplo la mitad de lo que prometo.

—Sire, dijo René, continúo.

—Oh! con que no es esto todo! dijo Enrique entusiasmado. ¡Seal si soy emperador pago doble.

—Sire, mi amigo ha traído de Florencia ese horóscopo, le ha renovado en Paris, y dió siempre el mismo resultado. Luego, me ha confiado el secreto.

—Un secreto que interesa á su magestad? preguntó vivamente Carlota.

—Tal creo, dijo el florentino.

—Reune sus ideas, pensó Enrique sin ayudar en nada á René, parece que la cosa es difícil de explicar.

—Entonces hablad replicó la baronesa de Saucé, de qué se trata?

—Se trata, dijo el florentino pesando sus palabras, de esas voces de envenenamiento que han corrido hace algun tiempo por la córte.

Dilatáronse ligeramente las narices del rey de Navarra, único indicio de que prestaba una atencion creciente al nuevo giro que tomaba la conversacion.

—Y vuestro amigo el florentino, dijo Enrique, sabe alguna cosa acerca de esos envenenamientos?

—Sí, sire.

—Cómo me confiais un secreto que no es vuestro, René, sobre todo cuando este secreto es tan importante? dijo Enrique con el tono mas natural que podia tomar.

—Este amigo tiene que pedir un consejo á vuestra magestad.

—A mí?

—Qué tiene eso de extraño, sire? recordad al anciano soldado de Actium, que teniendo un pleito pedia consejo á Augusto.

—Augusto era abogado, René; yo no lo soy.

—Sire, cuando mi amigo me confió este secreto, perteneciais aun al partido calvinista, del que érais el jefe principal, y Mr. de Condé el segundo.

—Y luego?

—Este amigo esperaba que ejerciéseis vuestra influencia todo poderosa sobre el príncipe de Condé, para suplicarle que no se mostrase hostil con él.

—Esplicadme bien eso, René, si quereis que lo comprenda, dijo Enrique sin manifestar la menor alteracion ni en sus facciones, ni en su voz.

—Sire, vuestra magestad comprenderá á las primeras palabras; este amigo sabe todas las particularidades de la tentativa que se ha hecho para envenenar al príncipe de Condé.

—Se ha tratado de envenenar al príncipe de Condé! dijo Enrique con un asombro perfectamente fingido. De veras! y cuándo?

René miró fijamente al rey, y respondió tan solo estas palabras:

—Hace ocho días, magestad.

—Algun enemigo? preguntó el rey.

—Sí, respondió René, un enemigo que vuestra magestad conoce, y que conoce á vuestra magestad.

—En efecto, dijo Enrique, creo haber oido hablar de eso, pero ignoro los detalles que vuestro amigo quiere revelarme, según decís.

—Pues bien, ofrecieron al príncipe una manzana perfumada, pero por fortuna cuando la trajeron estaba allí su médico. Tomóla este de las manos del mensajero, y la olfateó para probar el olor y su virtud. Dos días después, una inflamación gangrenosa en el rostro, una erupción de sangre y una llaga viva que le devoró toda la cara, fueron el premio de su fidelidad y el resultado de su imprudencia.

—Desgraciadamente, respondió Enrique, como soy ya medio católico, he perdido toda mi influencia sobre el príncipe de Condé, y vuestro amigo haría mal en dirigirse á mí.

—No era solo por su influencia sobre el príncipe de Condé por lo que vuestra magestad podía ser útil á mi amigo sino por el príncipe de Porciae, hermano del que ha sido envenenado.

—Holá! dijo Carlota, sabéis, René, que vuestras historias huelen á miedo, vuestra solicitud es inoportuna, es tarde ya, vuestra conversación tiene mucho de mortuoria. A la ver-



dad, que vuestros perfumes valen mas que ella.

Y Carlota estendió de nuevo la mano sobre la caja de la opiata.

—Señora, dijo René, antes de probar esa opiata como lo vais á hacer, escuchad los crueles efectos que pueden sacar de ella los malvados.

—Vaya, René, que estais lúnebre esta noche, respondió la baronesa.

Enrique fruncia las cejas, pero comprendió que René queria llegar á un término que él no podia entrever, y se resolvió á llevar á cabo esta conversacion que despertaba en él recuerdos tan dolorosos.

—Y, replicó Enrique, conocéis tambien los detalles del envenenamiento del príncipe de Porcian?

—Sí, respondió René. Se sabia que dejaba ardiendo una lamparilla todas las noches cerca de su lecho; envenenaron el aceite, y el príncipe fué asfixiado por el olor.

Enrique crispó uno sobre otro sus dedos húmedas de furor.

— Luego... murmuró el jóven rey, ese que llamais vuestro amigo, no solo sabe el envenenamiento con todos sus detalles, sino que conoce el autor de él?

—Sí, y por eso queria saber si tendíais bastante influencia sobre el príncipe de Porcian, para hacerle perdonar al asesino la muerte de su hermano.

—Desgraciadamente, respondió Enrique, como soy todavía medio hugonote, no tengo ninguna influencia sobre el príncipe de Porcian, y así, vuestro amigo haría mal en dirigirse á mí.

—Pero, qué pensais de la predisposicion del señor príncipe de Condé y de la del de Porcian?

—Cómo he de conocer sus predisposiciones, René? No me ha dado Dios el privilegio de poder leer en los corazones.

—Vuestra magestad puede interrogarse á si mismo. ¿No hay en la vida de vuestra magestad algun acontecimiento tan sombrío que pueda poner á prueba la clemencia? Tan doloroso, que sea una piedra de toque, para la generosidad?

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono, que hizo estremecer á la misma Carlota; era una alusion tan directa, tan sensible, que la jóven se volvió para ocultar la alteracion de su semblante, y para evitar el encontrarse con las miradas del Enrique.

Enrique hizo un esfuerzo supremo sobre si mismo, su frente, que durante las palabras del florentino se habia empañado con una nube de amenazas, se despejó; y cambiando el noble dolor filial que le oprimia el corazon, en una meditacion vaga:

— a mi vida, dijo, un acontecimiento sombrío!.... no, René... no... solo recuerdo de mi

juventud la locura y la negligencia, mezcladas con las necesidades mas ó menos crueles que imponen á los hombres las exigencias de la naturaleza, y las pruebas á que Dios los sujeta.

René se contuvo á su vez, y fijando la atención alternativamente en Enrique y Carlota, como para escitar al uno y contener el otro, pues que Carlota habiéndose vuelto á colocar á su tocador para ocultar la incomodidad que le inspiraba esta conversacion, acababa de estender de nuevo la mano hácia la caja de opiato.

—Pero en fin, sire, si fuérais el hermano del príncipe de Porcia, ó el hijo del príncipe de Condé, y que hubiesen envenenado á vuestro hermano, ó asesinado á vuestro padre...

Carlota arrojó un ligero grito, y acercó de nuevo la opiatá á sus labios.

René vió este movimiento, pero no la detuvo con sus palabras, ni con sus gestos. Solo exclamó:

—En nombre del cielo, sire, responded. Si os halláreis en su lugar, que haríais?

Enrique reflexionó algunos instantes, enjugó con mano temblorosa su frente, por la que corrían algunas gotas de sudor fino, y poniéndose en pié, respondió en medio del silencio que suspendia hasta la respiracion de René y de Carlota:

—Si estuviese en su lugar, y que tuviese

se seguridad de llegar á ser rey, es decir, de ser representante de Dios sobre la tierra haría lo que Dios; perdonaría!

—Señoral exclamó René arrancando la opiatá de manos de madama de Sauve. Señoral devolvedme esta caja... veo que mi criado se ha equivocado al traérosla; mañana os enviaré otra.

## CAPITULO V.

### *Otro convertido.*

**A**l día siguiente debía verificarse una gran partida de caza á caballo en el bosque de San German.

Enrique habia ordenado que para las ocho de la mañana le tuviesen ensillado y aparejado un hermoso caballito de Bearn que pensaba dar á madama de Sauve, pero el cual deseaba probar antes de dárselo. Cuando Enrique bajó daban las ocho.

El caballo fiero y ardiente, á pesar de su poca altura, enderezaba las crines y pateaba el suelo con impaciencia.

La noche habia sido fría, y la tierra estaba cubierta de una ligera capa de hielo.

Enrique se dispuso á atravesar el patio para llegar al lado de las cuadras, donde le aguardaban el caballo y el palafrenero, cuan-

do al pasar por delante de un soldado suizo que estaba de centinela delante de la puerta, este soldado le presentó las armas diciendo:

—Dios guarde á su magestad el rey do Navarra!

Al oír esta esclamacion, ó mas bien, el acento de voz que acababa de emitirla, el Bearnés se estremeció, se volvió, y dió un paso atrás.

—De Mouy! murmuró

—Sí, sire. De Mouy.

—Qué venís á hacer aquí?

—Os husco.

—Qué me quereis?

—Es preciso que yo hable con vuestra magestad.

—Desgraciado! dijo el rey acercándosele, no sabes que arriesgas tu cabeza?

—Lo sé.

—Y bien! entonces?

—Bien... vedme aquí.

Enrique palideció ligeramente, porque comprendió que él tambien participaba del peligro á que se esponia el ardiente jóven. Miró, pues, en rededor suyo con la mayor inquietud, y reculó con no menos viveza que la primera vez.

Acababa de apereibir el duque de Alenzon que estaba en una ventana.

Mudando al instante de idea, Enrique tomó el mosquete de manos de de Mouy, que estaba como hemos dicho de centinela, y finjiendo que le examinaba:

—De Mouy, le dijo, sin duda tenéis un motivo bien poderoso para venir así á arrojaros en la boca del lobo.

—No, sire. He aquí ocho días que os acecho. Solo ayer he sabido que vuestra magestad debía probar este caballito esta mañana, y por eso me puse de centinela á la puerta del Louvre.

—Pero cómo bajo este traje?

El capitán de la compañía es protestante y amigo mio.

—He aquí vuestro mosquete, volved á colocaros de centinela. Nos observan. Cuando vuelva á pasar, procuraré deciros una palabra, pero si yo no os hablo, no me detengais. Adios.

De Mouy volvió á tomar su aire mesurado, y Enrique se adelantó hácia el caballo.

—Qué animalito es ese? preguntó el duque de Alençon desde su ventana.

—Un caballito que yo pensaba probar esta mañana, respondió Enrique.

—Pero ese caballo no es de hombre.

—Es que estaba destinado á una hermosa dama.

—Cuidado, Enrique, porque en la partida de caza hemos de ver á esa hermosa dama, y si no sé de quien sois caballero, sabré al menos de quien sois escudero.

—Eh! Dios mio! no lo sabreis, dijo Enrique con su fingida hombría de bien, porque la bella dama no podrá salir á causa de hallarse

muy indispuerto esta mañana; y al decir esto se puso en silla.

—Bah! dijo Alenzon riendo; pobre madama de Sauvel!

—Francisco! Francisco! vos sois el indiscreto.

—Y qué tiene la hermosa Carlota? preguntó Alenzon.

—Yo..... continuó Enrique lanzando su caballo á un galope ligero, y haciéndole describir un círculo de picadero, no lo sé; es una gran pesadez de cabeza, segun me ha dicho Dariola, una especie de adormecimiento por todo el cuerpo, una debilidad general.

—Y esto os impedirá ser de los nuestros? preguntó el duque.

—Por qué? ya sabeis que soy loco por la caza, y que nada tendria bastante influencia sobre mí para hacerme faltar á una partida.

—Sin embargo, Enrique, faltareis á esta, dijo el duque despues de haberse vuelto á hablar un instante con una persona que Enrique no pudo ver, en atencion á que esta persona hablaba con Francisco desde el fondo de la habitación; porque hé aquí que su magestad me ha enviado á decir que no puede efectuarse hoy la partida.

—Bah! dijo Enrique con el aire mas descontento del mundo; ¿y por qué?

—A causa de unas cartas importantes del

duque de Nevers, según parece. Hay consejo entre el rey, la reina madre y el duque de Anjou.

—Ah! ah! se dijo á sí mismo Enrique, habrán llegado noticias de Polonia?

Luego, mas alto:

—En ese caso, continuó, es inútil que me esponga por mas tiempo sobre este hielo. Hasta la vista hermano mio.

Y deteniendo el caballo enfrente de de Mouy:

—Amigo mio, le dijo, llama uno de tus camaradas para que concluya tu centinela. Ayuda al palafrenero á desenjaezar este caballo, pónle la silla sobre la cabeza, y llévala á casa del platero de la sillicia. Tiene que ponerle un bordado que aun no estaba concibiendo para esta mañana. Vuelve á traerme la respuesta á mi cuarto.

De Mouy se apresuró á obedecer, porque el duque de Alenzon habia desaparecido de su ventana, y era evidente que habia concebido alguna sospecha.

En efecto, apenas habia dado vuelta al postigo, apareció el duque de Alenzon. Un verdadero suizo estaba ya ocupando el lugar de de Mouy.

Alenzon examinó con grande atencion al nuevo centinela, y volviéndose hácia Enrique le dijo:

—No era este hombre con el que hablabais hace un rato. No es verdad, hermano?



—Ah! el otro es un muchacho de los de mi servicio, que hice entrar en la guardia de suizos; ha ido á ejecutar una comision que yo le dí.

—Ah! repitió tambien el duque como si aquella respuesta no le pareciese suficiente, Y Margarita, como está?

—Voy á saberlo, hermano mio.

—No la habeis visto desde ayer?

—No. Me presenté en su habitacion esta noche, á eso de las once; pero Gillona me dijo que estaba causada y que dormia.

—No la encontrareis en su cuarto, porque ha salido.

—Si, respondió Enrique, es muy posible, tenia que ir al convento de la Anunciata.

No habia ya medio de llevar la conversacion mas léjos, pues que Enrique parecia decidido á no hacer mas que responder.

Los dos hermanos se separaron, el duque de Alenzon para ir á saber las nuevas que corrian, como él decia; y el rey de Navarra para volver á su habitacion.

En el momento en que los dos hermanos acababan de separarse, llamaron á la puerta de la cámara de Enrique.

—Quién está ahí, preguntó.

—Sire, respondió una voz que Enrique conoció ser la de de Mouy, es la respuesta del platero de la sillería.

Enrique, visiblemente conmovido, hizo entrar al jóven, y cerró la puerta trás él.

—Sois vos de Mouyl dijo Enrique. Esperaba que reflexionaríais.

—Sire, respondió de Mouy, hace tres meses que reflexiono; basta, ahora es ya tiempo de obrar.

Enrique hizo un movimiento de inquietud.

—No temais, sire. Estamos selos, y me apresuro, porque los momentos son preciosos. Vuestra magestad puede volvernos con una sola palabra todo lo que los sucesos que han tenido lugar en este año han hecho perder á la causa de la religion. Seamos claros, seamos breves y francos.

—Ya escucho, mi valiente de Mouy, respondió Enrique viendo que le era imposible eludir una explicacion.

—Es verdad que vuestra magestad ha abjurado la religion protestante?

—Es verdad, dijo Enrique.

—Sí? pero es de boca ó de corazon?

—Siempre debemos estar reconocidos á Dios cuando nos salva la vida (dijo Enrique dando otro giro á la pregunta, como acostumbraba á hacer en casos semejantes) y Dios me ha salvado visiblemente en este cruel peligro.

—Sire, replicó de Mouy, confesemos una cosa.

—Cuál?

—Que vuestra abjuracion no es un negocio de conviccion, sino de cálculo. Habeis abjurado para que el rey os dejase vivir, y no porque

Dios os habia conservado la vida.

—Sea la que quiera la causa de mi conversion, de Mouy, respondió Enrique, no soy por eso menos católico.

—Sí, pero lo seréis siempre? A la primera ocasion que se os presense de recobrar vuestra libertad de existencia y de conciencia, no la aceptareis? Pues bien: esa ocasion se os presenta ya: la Rochela está insurreccionada, el Rosellon y el Bearne, no aguardan mas que una palabra para obrar; en la Guyena todos gritan: «guerra.» Decidme solo que sois católico por fuerza, y os respondo del porvenir.

—No se convierte por fuerza un caballero de mi nacimiento, bravo de Mouy. Lo que hice, lo hice de propia voluntad.

—Pero, sire, añadió el jóven con el corazon oprimido al hablarse con esa resistencia inesperada, ¿no reflexionais que obrando así, nos abandonais y nos haceis traicion?

Enrique permaneció impassible.

—Sí, replicó de Mouy, sí, nos haceis traicion, sire: porque entre nosotros hay muchos que han venido con peligro de muerte, á salvar vuestra libertad y vuestro honor. Todo lo hemos ya dispuesto para dades un trono, sire ¿lo oís? un trono. No solo la libertad, sino el poder. El trono que querais, porque dentro de dos meses podreis elegir entre Francia y Navarra.

—De Mouy, dijo Enrique haciendo un esfuerzo para velar su pupila que á despecho suyo habia brillado al oír la proposicion. De Mouy,

estoy en salvo, soy católico, soy el esposo de Margarita, hermano del rey Carlos, y sobre todo yerto de la buena madre Catalina. De Mouy, al aceptar estas posiciones diversas, he calculado las ventajas, pero también he calculado las obligaciones.

—Pero, sire, replicó de Mouy, á quién he de creer? Me han dicho que no se ha consumado vuestro matrimonio, que en el fondo del corazón sois libre; me han dicho que el ódio de la reina Catalina....

—Mentira, mentira, interrumpió vivamente el Bearnés. Sí, os han engañado impunemente, amigo mío. Esta mi cara Margarita, es realmente mi esposa; Catalina es mi verdadera madre; el rey Carlos IX es el señor de mi vida y de mi corazón.

De Mouy se estremeció, y brilló sobre sus labios una sonrisa casi despreciativa.

—En ese caso, sire, dijo, dejando caer los brazos con desaliento y esforzándose en sondear con sus miradas aquella alma llena de tinieblas, he aquí la respuesta que llevaré á mis hermanos. Les diré, que el rey de Navarra tiene su mano, y dá su corazón, á los que están degollado; les diré que se ha convertido en adúlador de la reina madre y en amigo de Mau-revel.

—Mi querido de Mouy, dijo Enrique, el rey vá á salir del consejo, y es preciso que yo vaya á tomar informes acerca de él, de los motivos que ha tenido para diferir una cosa tan im-

portante como una partida de caza. Adios, imitadme, amigo mio, abandonad la politica, volveos al rey y oid misa.

Y Enrique acompañó, ó mas bien, empujó hasta la antecámara al jóven, cuya estupefaccion empezaba á trocarse en furor.

Apenas de Mouy cerró la puerta, que no pudiendo resistir á la idea de vengarse en alguna cosa, ya que no en alguna persona, estrujó su sombrero entre sus manos, le arrojó al suelo, y le pateó como hace el toro con la capa del torero.

—Por la muertel esclamó; he ahí un miserable príncipe: casi me dá la idea de hacerme matar aquí para mancharle por siempre con mi sangre.

—Chut! caballero de Mouy, dijo una voz que se deslizaba por la rendija de una puerta entreabierta, chat! porque también podia oiros otro que no fuese yo.

De Mouy se volvió vivamente, y distinguió al duque de Alenzon envuelto en una gran capa, y alargando su cabeza pálida por el corredor para asegurarse de que estaban solos.

—El señor duque de Alenzon! esclamó de Mouy. Soy perdido!

—Al contrario, murmuró el príncipe, tal vez habeis hallado lo que buscábais; y la prueba es, que yo no quiero que os hagais matar aquí, como era vuestra idea. Creedme, vuestra sangre puede emplearse en otra cosa me-

por, que en mauchar los umbrales de la habitacion del rey de Navarra.

Y al decir estas palabras, el duque abrió completamente la puerta de la habitacion que tenia entreabierta.

—Esta habitacion es la de dos de mi gentiles-hombres, dijo el duque, nadie vendrá á interrumpirnos, podremos hablar con toda libertad. Venid, caballero.

—Heme aquí, monseñor, dijo el conspirador estupefacto.

Y entró en la habitacion, cuya puerta cerró tras él, el duque de Alençon, con nomenos vivacidad que lo habia hecho el rey de Navarra.

De Mony habia entrado cesasperado, furioso y echando maldiciones, pero la mirada fija del jóven duque Francisco, hizo poco á poco, sobre el capitan hugonote, el mismo efecto que esos espejos mágicos que disipan la embriaguez.

—Monseñor, dijo, si no he comprendido mal, vuestra alteza quiere hablarme.

—Sí, de Mony, respondió Francisco. A pesar de vuestro disfraz habia creido reconocer, y cuando presentásteis las armas á mi hermano Enrique, os he reconocido completamente. Y bien! De Mony, ¿no estais contento con el rey de Navarra?

—Monseñor!

—Vamos, vamos, hablad francamente. Aunque no lo adivináis tal vez soy vuestro amigo.

—¡Vos, monseñor!

—Sí, yo. Hablad, pues.

—No sé que decir á vuestra alteza, monseñor. Los negocios de que yo venia á tratar con el rey de Navarra corresponden á intereses que vuestra alteza no podria comprender. Por otra parte, añadió de Mouy, esforzándose en tomar una espresion indiferente, se trataba de bagatelas.

—De bagatelas? preguntó el duque.

—Sí, monseñor.

—¿Pero bagatelas que os han hecho arriesgar vuestra vida volviendo al Louvre, donde ya sabéis que vuestra cabeza será comprada á peso de oro? porque creedme, nadie ignora que sois uno de los gefes principales como el rey de Navarra, ó el príncipe de Condé, entre los hugonotes.

—Si lo creéis así, monseñor, obrad respecto á mí como debe hacerlo un hermano de Carlos IX, un hijo de la reina Catalina.

—¿Y por qué queréis que obre así, cuando os he dicho que soy uno de vuestros amigos? decidme, pues, la verdad.

—Monseñor, dijo de Mouy, os juro...

—No jureis, caballero; la religion reformada prohibe jurar, y sobre todo jurar en falso.

—De Mouy fració las cejas.

—Os digo que lo sé todo replicó el duque.

De Mouy continuó callando.

—Dudáis? continuó el príncipe con una insistencia dulce y afectuosa: ¡pues bien! mi querido de Mouy, es preciso convencerlos. Veamos, vos mismo juzgareis si me engaño. ¿No habeis propuesto á mi hermano Enrique.... allí, ahora mismo, (y el duque estendió la mano en direccion á la cámara del bearnés,) vuestro socorro y el de vuestros hermanos, para reinstalarle en su trono de Navarra.

De Mouy miró al duque con aire de espanto.

—¿Proposiciones que él ha desechado con terror?

—De Mouy permaneció estupefacto.

—¿No habeis invocado entonces el poder de vuestra antigua amistad, y el recuerdo de la religion? No habeis animado entonces al rey de Navarra con una esperanza brillante? (tan brillante que le ha deslumbrado) ¿Con la esperanza de aspirar á la corona de Francia? ¡Hein! decid, ¿no estoy bien informado? ¿No es esto lo que habeis venido á proponer al bearnés?

—Monseñor! exclamó de Mouy, es tanta verdad, que yo me pregunto á mí mismo si no debo decir á vuestra alteza real que miente, provocar en esta habitacion un combate sin cuartel, y asegurar con la muerte de uno de los dos la estincion de tan terrible secreto.

—Poco á poco, valiente de Mouy, poco á poco, dijo el duque de Alençon sin inmu-



tarse, sin hacer el menor movimiento al oír la terrible amenaza; el secreto se extinguirá mejor entre nosotros, si vivimos ambos, que si el uno muere. Escuchadme y cesad de atormentar el puño de vuestra espada. Por la tercera vez os digo que estais con un amigo. Respondedme, pues, como tal. ¿El rey de Navarra no ha rehusado cuanto le habeis ofrecido?

—Sí, monseñor, lo confieso, pues que esta confesion solo puede comprometerme á mí.

—No habeis esclamado al salir de su cámara, pateando vuestro sombrero, que era un príncipe cobarde é indigno de ser vuestro gefe?

—Es verdad, monseñor, eso he dicho.

—Ah! con que es verdad? al fin lo confesais?

—Sí.

—Y es esa vuestra opinion?

—Mas que nunca, monseñor.

—Y bien! yo, yo, caballero de Mouy, yo, tercer hijo del rey Enrique II; yo, hijo de Francia ¡soy bastante buen caballero para mandar vuestros soldados? Veamos. ¿Juzgais que yo sea bastante leal, para que podais contar sobre mi palabra?

—Vos, monseñor! vos el gefe de los hugonotes!

—Y por qué no? Esta es la época de las conversiones, ya lo sabeis. Enrique se ha hecho católico, bien puedo yo hacerme protestante.

—Sí, sin duda, monseñor: de modo que yo aguardo que me expliquéis...

—Nada mas sencillo; voy á deciros en dos palabras toda la política del mundo. Mi hermano Cárlos mata los hugonotes para reinar mas largo tiempo. Mi hermano de Anjou los deja matar porque debe suceder á Cárlos, y que como sabeis Cárlos está enfermo muchas veces, pero yo... es muy diferente, yo que no reinaré jamás en Francia, al menos atendiendo á que tengo dos hermanos delante de mí; yo, á quien el odio de mi madre y de mis hermanos aleja del trono, mas aun que la ley de la naturaleza; yo, que no debo aspirar á ninguna afeccion de familia, á ninguna gloria, á ningun reino: yo, que á pesar de todo lo que llevo dicho, tengo un corazon tan noble como el de mis hermanos mayores; pues bien! de Mouy, yo quiero buscar y hallar con mi espada un reino... en esta Francia que ellos cubren de sangre. He aquí lo que yo quiero, de Mouy. Escuchad.

Quiero ser rey de Navarra, no por nacimiento, sino por eleccion. Y notad que ninguna objecion me podeis hacer, porque yo no soy un usurpador, pues que mi hermano rehusa vuestras ofertas, y torpemente ciego, reconoce en alta voz que el reino de Navarra no es mas que una ficcion. Con Enrique de Bearn nada teneis; conmigo, teneis una espada y un nombre. Francisco de Alenzon, hijo de Francia, es la salvaguardia de todos sus compañeros ó de todos sus

cómplices, como queráis llamarlos. Ahora bien! ¿qué decís de esta oferta, de Mouy?

—Que me deslumbra, monseñor.

—De Mouy, de Mouy, tendremos muchos obstáculos que vencer. No os mostréis tan cesigente, tan difícil de persuadir para con un hijo de rey, un herecano rey que viene á buscaros.

—Monseñor, todo ostaría ya arreglado si yo fuese solo en sostener mis ideas; pero tenemos un consejo, y por brillante que sea vuestra oferta, tal vez por esa misma causa no querrán los gefes del partido adherir á ella sin condicion.

--Eso es otra cosa, y la respuesta es de un corazon honrado y de un espíritu prudente. Por las maneras que usé para con vos, de Mouy, habreis reconocido mi probidad. Tratadme no como á un príncipe que se adula, sino como á un amigo que se estima. ¿De Mouy, tengo probabilidades?

—Sobre mi palabra, monseñor, y pues que vuestra alteza quiere que le dé mi parecer, las probabilidades están todas de vuestra parte desde que el rey de Navarra ha rehusado la oferta que vine á hacerle; pero, os lo repito, monseñor; es indispensable que me ponga de concierto con mis gefes.

—Hacedlo pues, respondió el de Alenzon. Pero, decidme, ¿para cuándo la respuesta?

—De Mouy miró al príncipe en silencio. Luego, pareciendo tomar una resolucion:

—Monseñor, dijo, dadme vuestra mano. Tengo necesidad de que un hijo de Francia toque la mía, para estar seguro de que no me hacen traición.

El duque no solamente tendió la mano hácia de Mouy, sino que estrechó la del joven entre las suyas.

—Ahora, monseñor, ya estoy tranquilo, dijo el joven hugonote. Si nos hacen traición, diré que no entráis en ella, porque si no, monseñor, por muy corta parte que tuviéseis en esa traición, quedaríais deshonrado.

—¿Por qué me decís eso de Mouy, antes de decirme cuando me traereis la respuesta de vuestros gefes?

—Porque, monseñor, preguntándeme cuando os traeré la respuesta, me preguntáis al mismo tiempo donde están mis gefes, y que si os digo «esta noche,» sabéis que los gefes están ocultos en París.

Y diciendo estas palabras con un gesto de desconfianza, de Mouy, fijaba su pupila penetrante sobre la mirada falsa y vacilante del joven duque.

—Vamos, vamos, replicó el de Alençon, todavía tenéis dudas, de Mouy, pero al primer golpe, no puedo cesigir de vos una confianza completa? Ya me conoceréis mas tarde. Vamos á estar ligados por una comunidad de intereses que nos pondrá á cubierto de toda sospecha. ¿Con que decís que esta noche, Mr. de Mouy?

—Sí monseñor, porque el tiempo apura. Esta noche, pero dónde?

—En el Louvre, aquí, en este cuarto, ¿os conviene?

—¿Está habitado este cuarto? dijo de Mouy mostrando con sus miradas los dos lechos que estaban colocados uno frente a otro.

—Sí, por dos de mis gentiles-hombres.

—Monseñor, me parece imprudente volver al Louvre.

—Por qué?

—Porque si vos me habeis reconocido, otros tendrán tan buenos ojos como vuestra alteza, y me reconocerán á su vez. Sin embargo, volveré al Louvre siempre que me concedais lo que voy á pedir.

—Qué?

—Un salvo conducto.

—De Mouy, dijo el duque, si os cojen un salvo conducto firmado por mí, me pierdo y no os salva. Yo no puedo hacer algo por vos, sino con la condicion de que á los ojos de todos somos estrangeros el uno para el otro. La menor relacion que mediase entre vos y yo, probada por mi madre ó por uno de mis hermanos me costaria la vida. Vos estais protegido por mi propio interés desde el momento en que yo esté comprometido con los otros, como lo estoy con vos desde este instante. Libre en mi esfera de accion, fuerte si soy desconocido, en tanto que permanezca impene-trable, os garantizo á todos; no lo olvideis.

Haced, pues, un postrer llamamiento á vuestro valor; tentad sobre mi palabra, lo que tentábais sin la palabra de mi hermano. Venid esta noche al Louvre.

—Pero cómo quereis que venga? yo no puedo arriesgarme con este traje á penetrar por las habitaciones de palacio. Era bueno tan solo para los vestibulos y los patios. El mio es todavia mas peligroso, porque todo el mundo me conoce aquí, y que no me disfraza en nada.

—Entonces.... yo busco... aguardad... yo creo que.... si... héle aquí.

En efecto, el duque habia fijado la vista en el traje de ceremonia de Mr. de la Mole, estendido en este momento sobre la cama: es decir, en una magnífica capa de color de cereza bordada en oro, una gorra adornada con una pluma blanca rodeada de un cordon de margaritas de oro y plata entremezcladas, y en fin sobre una ropilla de raso gris-perla bordada en oro.

—Veis esta capa, esta pluma y esta ropilla? dijo el duque; pertenecen á Mr. de la Mole, uno de mis gentiles-hombres; un pisaverde de los de mas tono. Este traje ha hecho ruido en la corte, y cuando Mr. de la Mole le lleva, le reconocen á cien pasos. Voy á daros las señas del sastre que se le ha hecho; pagándole el doble de lo que vale, tendreis uno igual para esta noche. ¿Retendreis bien el nombre de Mr. de la Mole?

Apenas concluía el duque esta recomendación, que se oyeron pasos en el corredor y una llave dió vuelta á la cerradura.

—Eh! quien va? gritó el duque lanzándose hácia la puerta y echando el cerrojo.

—Por Dios! respondió una voz de la parte de afuera, que la pregunta es singular! quién va allél preguntato yo. Es lindo esto! que voy á entrar en mi cuarto y me preguntan quien va!

—Sois vos, Mr. de la Mole!

—Ya se ve que soy. Pero vos... quién sois?

En tanto que la Mole demostraba la admiración que le causaba encontrar su cuarto habitado, y trataba de descubrir quien era el nuevo comensal, el duque de Alenzon se volvió con viveza, y poniendo una mano sobre el cerrojo y otra en la cerradura.

—Conocéis á Mr. de la Mole? preguntó á de Mouy.

—No, monseñor.

—Y élos conoce?

—Creo que no.

—Entonces todo va bien: fingid que estais mirando por la ventana.

De Mouy obedeció sin responder, porque la Mole comenzaba á impacientarse y llamaba con toda la fuerza de su brazo.

El duque de Alenzon echó una mirada sobre de Mouy, y viendo que estaba vuelto de espaldas, abrió la puerta.

—El señor duque! exclamó la Mole reculan-

do con sorpresa. Oh! perdon, monseñor!

—No es nada caballero. He tenido necesidad de vuestro cuarto para recibir á cierta persona.

—Muy bien, monseñor, haced lo que gustéis. Pero permitidme que tome mi capa y mi sombrero que están sobre la cama, porque he perdido uno y otro esta noche sobre el muelle de la Gróve.

—En efecto, caballero, dijo el príncipe sonriendo y entregando él mismo á la Mole los objetos que le pedía, he aquí que estais bien mal parado, sin duda habeis tenido que lidiar con ladrones bien testaduros.

Y el duque alargó á Mr. de la Mole la capa y la gorra. El jóven saludó y salió para mudar de vestido en la antecámara, sin inquietarse en lo mas mínimo de lo que el duque hacia en su cuarto, porque era ya una costumbre en el Louvre, que las habitaciones de los gentileshombres, fuesen para los príncipes á quienes servian, posadas que empleaban para toda clase de decepciones.

De Mouy se acercó entonces al duque, y ambos se pusieron en acceho para saber el momento en que la Mole concia su tocador y volvía á salir; pero, apenas mudó el vestido, él mismo los sacó del apuro, porque acercándose á la puerta:

—Perdon, monseñor, dijo: pero vuestra alteza habrá encontrado por casualidad en el camino al señor conde de Cocomas?



—No, señor conde, y sin embargo Coconnas estaba de servicio esta mañana.

—Entonces me le han asesinado, se dijo la Mole alejándose.

El duque escuchó el ruido de los pasos que iban debilitándose, luego abrió la puerta, y arrastrando á Mr. de Mouy tras sí:

—Miradle marchar, le dijo, y tratad de imitar ese aire inimitable.

—Haré cuanto me sea posible, dijo de Mouy, por desgracia no soy un hombre adamado, soy un soldado.

—De todos modos, os aguardo antes de la media noche en este corredor. Si la habitacion de mis gentiles hombres está libre, os recibiré en ella; si no lo está, hallaremos otra.

—Sí, monseñor.

—Con que, hasta la noche, antes de las doce.

—Hasta la noche, antes de las doce.

—Ah! se me olvidaba, de Mouy, menead bien el brazo derecho al andar; es una manera peculiar de Mr. de la Mole.

---

## CAPITULO V.

### *La calle del Tizon y la calle de la Campana Agujereada.*

**L**A Mole salió del Louvre corriendo como un gamo, y se puso á huronear por todo Paris en busca del pobre Coconnas.

Su primer cuidado fué trasladarse á la calle del Arbol Seco, y entrar en casa de maese la Hurriere, porque la Mole recordaba haber citado muchas veces al piemontés cierto aforismo latino que tendia á probar que el Amor, Baco y Céres son de absoluta necesidad, y tenia la esperanza de que Coconnas por seguir el aforismo romano, se habria instalado en la Buena Estrella, despues de una noche que debia haber sido para su amigo no menos tempestuosa que para él.

La Mole no encontró en casa de la Hurriere mas que el recuerdo de una obligacion, y un almuerzo servido con bastante gracia, que nuestro caballero aceptó con gran apetito, á pesar de su inquietud.

Tranquilizado el estómago, ya que no la imaginacion, la Mole se volvió á poner en marcha, remontando el Sena como un marido que

busea su muger ahogada. Al llegar al muelle de la Grève, reconoció al instante el sitio donde había sido detenido tres ó cuatro horas antes, y encontró sobre el campo de batalla un pedacito de la pluma de su sombrero. El sentimiento de la propiedad es innato en el hombre. La Mole tenía diez plumas á cual mas bellas; pero no dejó por eso de detenerse á recoger esta, ó mas bien, este pequeño fragmento que le quedaba, y estaba considerándole con aire estremadamente compasivo, cuando sintió algunos pasos que se acercaban resonando torpemente, y algunas voces brutales que le ordenaban dejar paso. La Mole levantó la cabeza, y percibió una litera preciosa de dos pages y acompañada de un escudero.

La Mole creyó reconocer la litera, y se puso en fila vivamente.

El jóven gentil-hambre no se engañaba.

—Mr. de la Mole? dijo una voz llena de dulzura que salia de la litera, en tanto que una mano blanca y suave como el raso, separaba las cortinas.

—Sí, señora, yo mismo, respondió la Mole inclinándose.

—Mr. de la Mole con una pluma en la mano.... continuó la dama de la litera: ¿estais enamorado, caballero mio, y hallais las huellas que habeis perdido?

—Sí, señora, respondió la Mole, estoy enamorado y fuertemente á la verdad; pero en este momento son mis pasos, mis propias hue-

llas las que encuentro, aunque no sean estas las que busco; pero, me permite vuestra magestad que le pregunte por el estado de su salud?

—Eseelente, caballero; me parece que jamas estuve mejor: esto dimana de que he pasado la noche en el retiro.

—Ah! en el retiro, dijo la Mole mirando á Margarita de un modo extraño.

—Y bien! sí; que tiene eso de particular?

—Puedo, sin ser indiscreto, preguntaros en que convento?

Ciertamente, caballero, no hago ningun misterio de eso. En el convento de la Anunciacion. ¿Pero, qué hacéis aquí con ese aire tan espantado?

—Señora, busco á mi amigo que ha desaparecido, y buscándole hallé esta pluma que tambien habia perdido.

—Pero, esa pluma es suya? A la verdad que me espantais pensando en lo que le habrá sucedido: el sitio es malo.

—Seréuse vuestra magestad, la pluma es mía; la he perdido esta mañana á eso de las cinco y media en este mismo sitio, queriendo salvarme de las manos de cuatro bandidos que me querian asesinar, al menos, por lo que yo pude inferir.

Margarita reprimió un movimiento de espanto.

—Oh! contadme todo eso, eseñamó.

—Nada mas sencillo, señora. Eran, como he tenido el honor de decir á vuestra magestad, las cinco de la mañana poco mas ó menos.

—Y á las cinco de la mañana habíais salido ya? interrumpió Margarita.

—Vuestra magestad me escusará, dijo la Mole, no habia salido, sino que aun no habia entrado en el Louvre.

—Ah caballero! no haber vuelto á casa á las cinco! dijo Margarita con una sonrisa que cualesquiera hubiera creído maliciosa; pero que la Mole tuvo la fatuidad de hallar adorable; volver tan tarde! bien merecíais ese castigo.

—Por eso no me quejo, señora, dijo la Mole inclinándose con respeto, y aunque me hubiesen reventado me consideraria cien veces mas dichoso de lo que merezco ser. Pero en fin, yo volvía tarde ó temprano, como vuestra magestad quiera, cuando cuatro pilluelos han desembocado por la calle de la Mortellerie, y me han perseguido con largas hoces. Esto es grotesco, ¿no es verdad, señora? Pero en fin, así fué, tuve que huir, porque se me habia olvidado la espada en la casa donde pasé la noche.

—Oh! comprendo, dijo Margarita con un aire de sencillez admirable, y volveis por vuestra espada?

La Mole miró á Margarita, como si una duda cruzase por su mente.

—Señora, yo volvería de muy buena gana, porque mi espada es una hoja escelente; pero no sé donde está la casa.

—Cómo, caballero, replicó Margarita, no sabéis dónde está la casa en que habeis pasado la noche?

—No, señora; y que Satan me esterminé si lo adivino.

—He aquí una cosa singular. Luego vuestra historia es una novela?

—Una verdadera novela; vos lo habeis dicho, señora.

—Contádmela.

—Es un poco larga.

—No importa! tengo bastante tiempo para escucharla.

—Y es muy creíble.

—Vamos, vamos: yo soy una de las mas crédulas.

—Vuestra magestad lo ordena?

—Sí, sí, es preciso.

—Obedezco. Ayer tarde, cenábamos en casa de maese la Hurriere.

—Por de pronto, preguntó Margarita con un tono de naturalidad perfecta, quién es maese la Hurriere?

—Maese la Hurriere, señora, dijo la Mole mirando por segunda vez á Margarita con esa expresion de duda que se habia notado en él la primera vez, maese la Hurriere es el dueño de la hosteria de la Buena Estrella, situada en la calle del Arbol Seco.

—Bien: ya veo de aquí lo que es... cenábais en casa de maese la Hurriere, con vuestro amigo Coconnas sin duda?

—Sí, señora, con mi amigo Coconnas; cuando entró un hombre y nos remitió un billete á cada uno.

—Igual? preguntó Margarita.

—Éxáctamente igual.

—Y qué contenía?

—Solo esta línea:

«Os aguardan en la calle de San Antonio, frente á la calle de Jouy.

—Y ninguna firma al fin del billete? preguntó Margarita.

—No; pero tenia estas tres palabras, palabras encantadoras, que prometian la misma cosa tres veces repetida, es decir, una felicidad triplicada.

—Y qué palabras eran esas?

—«Eros,» «Cupido,» «Amor.»

—En efecto, son tres nombres dulcísimos; ¿y han cumplido lo que prometian?

—Oh señora! cien veces mas, exclamó la Mole con entusiasmo.

—Continuad, tengo curiosidad de saber lo que os aguardaba en la calle de San Antonio frente á la calle de Jouy.

—Dos dueñas, cada una con su pañuelo en la mano. Se trataba de vendarnos los ojos. Vuestra magestad adivinará que no opusimos resistencia. Tendimos valerosamente el cuello. Mi guía me hizo volver á la izquierda, el guía

de mi amigo le hizo volver á la derecha, y nos separamos.

—Y entonces... continuó Margarita que parecia estar decidida á llevar las investigaciones hasta el fin.

—Yo no sé, continuó la Mole, donde condujeron á mi amigo. Al infierno tal vez. Pero en cuanto á mí, lo que sé es, que mi guía me condujo á un lugar que tomé por el paraíso.

—Y que os hizo ser arrojado de él vuestra gran curiosidad, no es cierto?

—Justamente, señora, y sin duda teneis el don de adivinar. Yo aguardaba con impaciencia que llegase el dia, para ver dónde me hallaba, cuando á las cuatro y media, volvió á entrar la misma dueña, me vendó de nuevo los ojos, me hizo prometer que no levantaria el vendaje, me condujo fuera, me acompañó cien pasos, y me hizo jurar que no quitaria mi venda hasta que hubiese contado otros cincuenta. Los conté, y me encontré en la calle de San Antonio frente á la calle de Jouy.

Luego, señora, continuó la Mole, al encontrar aquí un pedacito de mi pluma, mi corazón ha palpitado de gozo, y la recojí prometiéndome guardarla como un recuerdo de esta noche feliz. Pero en medio de esta dicha, hay una cosa que me atormenta vivamente, y es el pensar qué pudo haber sido de mi compañero.

—No ha vuelto al Louvre?

—Ah! no, señora. Le he buscado por todas partes donde podia estar, en la Estrella de Oro,



en el juego de pelota, y en cuantos sitios honrosos podia encontrarle, pero de Annibal nada... y de Coconnas menos...

Y al decir estas palabras que acompañó con un gesto lamentable, la Mole abrió los brazos y separó su capa, bajo la cual se vió hostezar por diversas partes su ropilla que mostraba como tantas elegantes cuchilladas, su aforro por los rasgones.

—Pero os han acerbillado, dijo Margarita.

—«Acerbillado,» esa es la espresion, señora, dijo la Mole, que se alegraba de que el peligro que habia corrido le sirviese de mérito. Ved, señora, ved.

—Cómo no habeis mudado de ropilla en el Louvre, pues que habeis vuelto á él? preguntó la reina.

—Ah! dijo la Mole, es que habia gente en mi cuarto.

—Cómo gente en vuestro cuarto! dijo Margarita, cuyos ojos espresaron la admiracion mas viva; y quién estaba en vuestro cuarto?

—Su alteza.

—Chut! exclamó Margarita.

El jóven obedeció.

—(1) *¿Qui ad lecticam mean stan?* preguntó Margarita á la Mole.

---

(1) —*Quién está á la portezuela?*

—*Dos pages y un escudero.*

—*Bueno, son unos bárbaros; decidme, la Mole, ¿á quién habeis encontrado en vuestro cuarto?*

—Duo pueri, et unus eques.

—Optime barbari, dijo ella, dic Moles, quem inveneris in cubiculo tuo?

—Franciscum ducem.

—Agentem?

—Nescio quid.

—Quo cum?

—Cum ignoto.

—Es singular, dijo Margarita. ¿Con que no habeis podido encontrar á Coconnas? continuó ella sin pensar evidentemente en lo que decia.

—De modo, que como he tenido el honor de decir á vuestra magestad, muero de inquietud.

—Pues bien, dijo Margarita sonriendo, no quiero deteneros mas tiempo, buscadle; pero no sé por qué se me figura que parecerá él solo, sin que le busquen. No importa id.

Y la reina apoyó un dedo sobre su boca. Luego, como la bella Margarita no habia revelado ningun secreto, ni hecho ninguna confesion á la Mole, el jóven comprendió que este gesto encantador no pudiendo tener por objeto recomendarle el silencio, debia tener alguna otra significacion.

La comitiva se puso en marcha, y la Mole

---

—*Al duque Francisco.*

—*Qué hacia?*

—*No sé.*

—*Y con quién estaba?*

—*Con un desconocido.*

con la idea de proseguir en sus investigaciones, continuó remontando el muelle, hasta la calle del Puente Largo, que le condujo á la de San-Antonio.

Al llegar enfrente de la calle de Jouy se detuvo.

Allí era donde la vispera dos dueñas le habían vendado los ojos á él y á Coronas. El había caminado hácia la izquierda, despues había contado veinte pasos; hizo, pues la misma ceremonia, y se encontró enfrente de una casa, ó mas bien de una pared, detrás de la cual se levantaba una casa: en medio de la pared había una puerta con un tejadillo y guarnecida de grandes clavos y troneras.

La casa estaba situada en la calle de la Campana Agujereada, calle pequeña y estrecha, que empieza en la calle de San Antonio y sale á la del Rey de Sicilia.

—Por la sangre azul! dijo la Mole, aquí es... lo juraría!... al salir estendí la mano y sentí los clavos de la puerta, luego bajé dos escalones. Este hombre que corria gritando «socorro» y que han asesinado en la calle del Rey de Sicilia, pasaba cuando yo ponía el pié en la primer grada. Veámos.

Y la Mole fué derecho á la puerta y llamó.

La puerta se abrió, y el que vino á abrir era un especie de conserge con grandes bigotes.

—Was ist dast? preguntó el conserge.

—Ah! ah! parece que estamos en Suiza.

Amigo mío, dijo la Mole tomando el aire más amable del mundo, quisiera recibir mi espada que se me ha olvidado en esta casa donde he pasado la noche.

—Ich verstehe nicht, respondió el conserje.

—Mi espada, replicó la Mole.

—Ich verstech nicht, repitió el conserje.

—Que he dejado .. mi espada que he dejado...

—Ich verstehe nicht.

—En esta casa donde he pasado la noche.

—Gehe zum Teufel...

Y le dio con las puertas en las narices.

—Mondieu! dijo la Mole, si yo tuviese la espada que me falta, se la pasaba por el cuerpo á ese hombre pero no la tengo, y será fuerza dejarlo para otro día.

La Mole continuó su camino hasta la calle del Rey de Sicilia, tomó á la derecha, dió cincuenta pasos, poco más ó menos, tomó de nuevo á la derecha, y se encontró en la calle de Tizon, calle pequeña y paralela á la de la Campana Agujereada, y en todo semejante á ella. Hubo mas, apenas dió treinta pasos cuando volvió á encontrar la puertecita de los clavos grandes con su tejadillo, sus troneras, los dos escalones y la pared. Habiécase dicho que la calle de la Campana Agujereada se había vuelto para verle pasar.



La Mole reflexionó entonces que podia muy bien haberse equivocado y tomado su izquierda por su derecha, y fué á llamar á la puerta para hacer la misma reclamacion que habia hecho en la otra. Esta vez llamó hasta que se cansó, pero no le abrierou.

La Mole dió dos ó tres veces el mismo pasco que acababa de dar, y concluyó por fijarse en la idea harto natural, de que la casa tenia dos entradas, una sobre la calle de la Campana Agujereada, y otra sobre la calle de Tizon.

Pero por muy lógico que fuese este razonamiento, no le volvia su espada, ni le decia donde estaba su amigo.

Tuvo por un momento la idea de comprar una espada y destripar con ella al miserable portero que se obstinaba en no hablar mas que alemán; pero pensó que si este portero pertenecia á Margarita, y que si Margarita le habia escogido así, sus razones tendria para ello, y que tal vez le seria muy desagradable verse privada de él.

La Mole por nada del mundo hubiera querido hacer una cosa que desagradase á Margarita.

De miedo de ceder á la tentacion, tomó el camino del Louvre como á eso de las dos de la tarde.

Como no hallè su habitacion ocupada esta vez, pudo entrar en ella. La cosa era bastante urgente respecto á la ropilla, que co-

mo le habia hecho observar la reina, estaba considerablemente deteriorada.

Adelantóse, pues, hácia su lecho, para sustituir la hermosa ropilla de raso gris-perla, á la que llevaba; pero con gran admiracion suya la primera cosa que halló cerca de la ropilla gris-perla, fué la famosa espada que habia dejado en la calle de la Campana Agujereada.

La Mole la tomó, la volvió y la revolvió: era la suya.

—Ah! ah! dijo, habrá aquí algo de magia? luego con un suspiro: ah! si yo pudiese encontrar al pobre Coonnas como miespadal!

Dos ó tres horas despues de que la Mole cesó de hacer su ronda circular alrededor de la casita doble, la puerta de la calle de Tizon se abrió. Eran ya las cinco de la tarde poco mas ó menos, y por consiguiente noche cerrada.

Una muger envuelta en una larga capa guarnecida de pieles, y acompañada de una doncella, salió por aquella puerta que abriera una dueña como de unos cuarenta años, se deslizó rápidamente hasta la calle del Rey de Sicilia, llamó á una puertecita del palacio de Argenson que se abrió al primer golpe, salió por la puerta principal de la misma casa que daba á la calle Vieja del Templo, caminó aceleradamente hasta llegar á una pequeña poterna del palacio de Guisa, la abrió con una llave que

llevaba en el bolsillo, y desapareció.

Como una media hora despues salia por la misma puerta un jóven con los ojos vendados, y guiado por una muger que le condujo al rincón de la calle de Geoffroy, Lasnier y de la Mortellería. Allí le invitó á contar hasta cincuenta pasos, y despues quitarse la venda.

El jóven cumplió escrupulosamente la recomendacion, y al llegar al guarismo convenido, se quitó la venda que le cubria los ojos.

—Mordil esclamaba arrojando en torno suyo miradas escrutadoras, si sé dónde estoy que me ahorquen!... Las seis! esclamó oyendo el reloj de Nuestra Señora... Y este pobre la Mole! qué será de él? Corramos al Louvre, quizá me darán allí noticias suyas.

Y diciendo esto, Coconnas bajò corriendo por la calle de la Mortellería, llegó á las puertas del Louvre en menos tiempo del que emplea regularmente un caballo; conmovió y descompuso al pasar esa fila movible de gentes honradas que se paseaban tranquilamente al rededor de las tiendas de la plaza de Baudoyer, y entró en el palacio.

Interrogó al suizo y al que estaba de centinela. Al suizole parecia que habia visto entrar á Mr. de la Mole por la mañana, pero que no le habia visto salir. El centinela hacia tan solo hora y media que estaba allí y nada habia visto.

Subió corriendo á su habitacion y abrió la puerta precipitadamente, pero solo encontró

en ella la ropilla de la Mole, toda lacerada, lo que redobló sus inquietudes.

Acordóse entonces de Mr. de la Harriere, y corrió á casa del digno hostelero de la Buena Estrella. La Harriere habia visto á la Mole; la Mole habia almorzado en casa de la Harriere. Coconnas quedó, pues, tranquilo, y como tenia grande hambre, pilló de cenar á su vez.

Coconnas tenia las dos mejores disposiciones que pueden tenerse para cenar bien, tenia espíritu tranquilo y el estómago vacío; cenó tan bien, que su cena duró hasta las ocho. Entonces confortado con dos botellas de un vinillo de Anjou, que le gustaba mucho, y que devoraba con una sensualidad que se demostraba con las guiñadas y los movimientos de lengua reiterados, se puso de nuevo á buscar á la Mole, acompañando esta nueva explotación á través del gentío, con puntapiés y puñetazos, proporcionados al acrecentamiento de amistad que le inspiraba el bienestar que sigue siempre á una buena cena.

Esta correría duró como una hora; durante esta hora Coconnas recorrió todas las calles que rodeaban el muelle de la Gréve, el puerto del carbon, la calle de San Antonio, y las calles de Tizon y la Campana Agujereada, donde pensaba que podia su amigo haber vuelto. En fin, comprendió que habia un sitio por el cual tenia que pasar, era el postigo del Louvre, y se resolvió á ir á esperar bajo este postigo hasta que volviese á entrar.



No estaba ya mas que á cien pasos del Louvre, y ponía de pié á una muger, cuyo marido habia ya derribado Coconnas en la plaza de Saint-Germain l' Auxerrois, cuando al horizonte percibió á la claridad dudosa de un gran fanal clavado cerca del puente levadizo del Louvre, la capa de terciopelo color de cereza y la pluma blanca de su amigo, que ya desaparecía como una sombra bajo el postigo del Louvre, volviendo un saludo al centinela.

La famosa capa de color de cereza habia hecho tanto ruido en el mundo, que no podia nadie engañarse respecto á ella.

—Eh! Mordi! exclamó Coconnas, es él, ahora es él.... héle ahí que vuelve á entrar. Eh! eh! la Mole! eh! amigo! pestel pues yo tengo buena voz! Cómo no me habeis oído? Pero afortunadamente tengo tan buenas piernas, como buena voz, y voy á reunirme con él.

Con esta esperanza Coconnas echó á correr con toda la ligereza de que era capaz, y llegó al momento al Louvre; pero por muy diligente que anduvo, en el momento en que ponía el pié en el patio, el de la capa de color de cereza, que parecia tener prisa, desapareció bajo el vestíbulo.

—Eh! eh! la Mole! gritó Coconnas volviendo á emprender la carrera, aguardame, soy yo, soy Coconnas. ¿Cómo diablos corres así? Ácáso corres para salvarte?

En efecto, la capa de color de cereza subia el segundo piso como si tuviese alas.

—Ah! no quieres aguardarme! gritó Coconnas. Ah! está enfadado conmigo! pues bien, vete al diablo, Mordil yo no lo estoy!

Coconnas estaba al pié de la escalera, y desde allí lanzaba este apóstrofo al fugitivo que renunciaba á seguir con sus piernas, pero que continuaba observando con sus ojos al través de la escalera.

El de la capa de color de cereza, habia llegado entonces á la altura de la habitacion de Margarita. De repente salió de esta habitacion una muger, y cojió por el brazo al que perseguia Coconnas.

—Oh! oh! exclamó entonces Coconnas, esto tiene trazas de ser cosa de la reina Margarita! Le aguardaban! Entonces es otra cosa, comprendo que no haya querido responderme.

Y se inclinó sobre el balustre lanzando su mirada por la abertura de la escalera.

Entonces, despues de haber cambiado algunas palabras el de la capa de color de cereza, siguió la reina á su habitacion.

—Bueno! bueno! dijo Coconnas, eso es. No me engañaba. Hay momentos en que basta la presencia de nuestro mejor amigo nos importuna, y mi querido la Mole está en uno de estos momentos.

Coconnas subió lentamente las escaleras: y se sentó sobre un banco de terciopelo que guarnecía el descanso, diciendo:

—Sea! en lugar de reunirme á él, le aguardaré, sí; pero añadí: estoy pensando que está

en la cámara de la reina de Navarra, de manera que tendré que aguardar largo tiempo.... y hace frío. Mordil Vamos, vamos, será igual aguardarle en mi cuarto. Al fin, tarde ó temprano ha de venir, aunque estuviese allí el diablo.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, y se disponia á ponerlas en ejecucion, cuando resonó sobre su cabeza un paso alegre y ligero, acompañado de una cancion tan familiar á su amigo, que Coconnas alargó al instante el pescuezo para ver de donde venia el ruido de los pasos y de la cancion. Era la Mole que bajaba del piso alto al de su habitacion, y que al distinguir á Coconnas se puso á saltar las escaleras cuatro á cuatro, para salvar mas pronto los pasos que le separaban de su amigo, y que terminada esta operacion se arrojó en sus brazos.

—Oh! Mordil! esclamó Coconnas, ¿eres tú? y por dónde diablos has salido?

—Ehl! por la calle de la Campana Agujereada; por Dios!

—No. No hablo de la casa de allá abajo....

—Pues de dónde?

—De la cámara de la reina.

—De la cámara de la reina?

—De la cámara de la reina de Navarra.

—Si no entré allá.

—Vamos! vamos!

—Querido Annibal, dijo la Mole, no estás en tu juicio. Salgo ahora de mi cuarto, donde te aguardo hace ya dos horas.

—Sales de tu cuarto?

—Sí.

—No erés tú el que yo he seguido en la plaza del Louvre?

—Cuándo?

—Ahora mismo.

—No.

—No eres tú el que desapareció bajo el postigo hace diez minutos?

—No.

—No eres tú el que acababa de subir esa escalera, como si te viniesen persiguiendo legiones de demonios?

—No.

—Mordil exclamó Coconnas, el vino de la Buena Estrella no es tan malo que me haya descompuesto la cabeza de ese modo. Te digo que acabo de distinguir tu capa de color de cereza y tu pluma blanca bajo el postigo del Louvre, que he perseguido una y otra hasta el pie de esta escalera, y que á tu pluma, tu capa y hasta tu brazo que llevas siempre balanceando, los estaba aguardando aquí una dama, que sospecho y con razon, que fuese la reina de Navarra, la que se lo llevó todo por esa puerta, que si no me engaño, es la de la bella Margarita.

—Mordieu! exclamó la Mole palideciendo, habrá en esto alguna traicion?

—Enhorabuena! dijo Coconnas, jura cuanto quieras, pero no vuelvas á decirme que me engaño.

La Mole dudó un momento, apretando la cabeza entre sus manos, y vacilando entre su respeto y sus celos; pero al fin vencieron estos últimos, y echó á correr hácia la puerta, á la que empezó á llamar con todas sus fuerzas, lo que produjo un ruido muy poco decoroso, atendiendo á la magestad del lugar en que se hallaban.

—Nos van á llevar arrestados, dijo Coconnas, pero no importa; el caso no es para menos. La Mole, ¿habrá por ventura aparecidos en el Louvre?

—No sé nada, respondió el jóven tan pálido como la pluma que sombreaba su frente; pero he deseado siempre verlos á las claras; y como la ocasion se presente, yo haré por hallarme cara á cara con este.

—No me opongo, dijo Coconnas; solo te advierto que llames menos fuerte si no quieres espantarle.

La Mole, á pesar de la exasperacion que le dominaba, conoció que la observacion era justa, y continuó llamando á la puerta mas dulcemente.

## CAPÍTULO VI.

### *La capa de color de cereza.*

**C**oconnas no se habia engañado. La dama que detuvo al caballero de la capa de color de cereza, era la reina de Navarra; en cuanto al ca-

ballero, el lector habrá adivinado ya que era el bravo Mr. de Mouy.

Al reconocer á la reina de Navarra, el jóven comprendió que habia en esto alguna equivocacion, pero no se atrevió á decir una palabra de miedo de que un grito de Margarita le hiciese traicion.

Prefirió, pues, dejarse conducir hasta la habitacion con la intencion de decir á su bella protectora una vez en su cámara:

«Silencio por silencio, señora.»

En efecto, Margarita habia estrechado dulcemente en la semi-oscuridad, el brazo del que habia tomado por la Mole, é inclinándose hácia su oreja, le habia dicho en latín:

—Estoy sola entrad, querido mio.

De Mouy se dejó guiar sin responder, pero apenas se cerró la puerta tras él, apenas se halló en la antecámara que estaba mejor iluminada que la escalera, cuando Margarita reconoció que no era la Mole el que ella habia introducido.

Esaló entonces Margarita ese grito que tanto temia el hugonote.

—Mr. de Mouy! dijo dando un paso atrás.

—Yo mismo, señora, y suplico á vuestra magestad que me permita seguir libremente mi camino sin comunicar á nadie que estoy en el Louvre.

—Oh Mr. de Mouy! luego yo me habia engañado! murmuró Margarita.

—Si, dijo de Mouy, lo comprendo. Vuestra magestad me habrá tomado por el rey de Navarra: la misma talla, la misma pluma blanca, y muchos que quieren adularme me dicen que tengo las mismas maneras.

Margarita miró fijamente á de Mouy.

—Sabeis latín, Mr. de Mouy? le preguntó.

—Lo he sabido en otro tiempo, respondió el jóven, pero se me ha olvidado.

Margarita se sonrió.

—Mr. de Mouy, le dijo, podeis estar seguro de mi discrecion. Entretanto, como me parece que adivino la persona que buscais en el Louvre, os ofrezco mis servicios, para guiaros con seguridad hasta ella.

—Escuchadme, señora, dijo de Mouy, creo que os engañais, y que al contrario, ignorais completamente....

—Cómo! exclamó Margarita, ¿no buscais al rey de Navarra?

—Ah! señora! respondió de Mouy, tengo el sentimiento de deciros que os suplico, que la persona á quien mas interesa que oculteis mi presencia en el Louvre, es á su magestad vuestro esposo el rey de Navarra.

—Escuchad, Mr. de Mouy, dijo Margarita con sorpresa; hasta aquí, os he tenido siempre por uno de los gefes mas valientes del partido hgonote, por uno de los mas fieles partidarios del rey mi esposo; me habré engañado por ventura?

—No señora, porque esta mañana era yo aun, todo lo que decis.

—Y por qué motivo han cambiado vuestras ideas desde esta mañana?

—Señora, dijo de Mouy inclinándose, tened la bondad de escusarme la respuesta, y admitir homenajes.

Y de Mouy tomando una actitud respetuosa pero firme, dió algunos pasos hácia la puerta por donde habia entrado.

Margarita le detuvo.

—Sin embargo, caballero, si me atreviese á pedir os una palabra de esplicacion, creo que mi palabra tiene algun valor.

—Señora, respondió de Mouy, yo debo callar, y es preciso que este deber sea bastante real, para que yo no haya respondido todavía a vuestra magestad.

—Sin embargo, caballero...

—Vuestra magestad puede perderme, señora; pero no debe querer que haga traicion á mis nuevos amigos.

—Y los antiguos, caballero, sostienen tambien algun derecho sobre vos?

—Los que permanecen fieles sí; los que no solamente nos han abandonado, sino que se han abandonado á sí mismos, no.

Margarita pensativa ó inquieta, iba á responder sin duda con otra nueva interrogacion, cuando se presentó Gillona aceleradamente en la cámara real.

—El rey de Navarra! gritó.



—Por dónde viene?

—Por el corredor secreto.

—Haced salir á este caballero por la otra puerta.

—Imposible! ¿ois señora?

—Sí.

—A la puerta por donde queréis que haga salir á ese caballero.

—Y quién llama?

—No sé.

—Id á ver, y volved á decírmelo.

—Señora, dijo de Mouy, me atreveré á esponer á vuestra magestad, que si el rey de Navarra me encuentra á estas horas y bajo este traje en el Louvre, soy perdido?

Margarita cogió á de Mouy, y arrastrándose hácia el famoso gabinete:

—Entrad aquí, caballero, le dijo; estais tan bien oculto, y sobre todo tan seguro como en vuestra misma casa, porque estais bajo la fé de mi palabra.

De Mouy se lanzó en él precipitadamente, y apenas se cerró la puerta tras él, apareció Enrique.

Esta vez, Margarita, no tenia que ocultar ninguna turbacion: su espresion era sombría, y el amor estaba cien leguas lejos de su pensamiento.

En cuanto á Enrique, entró con esa desconfianza minuciosa que en los momentos de menos peligro le hacia notar hasta los menores detalles; ahora con mas razon lo observaba todo

profundamente á causa de las circunstancias en que se hallaba.

De modo que al instante percibió la nube que oscurecia la frente de Margarita.

—Estábais ocupada, señora? le preguntó.

—Yo... sí, sire.... reflexionaba.

—Y tenéis razon, señora, la meditacion os sienta muy bien. Yo tambien meditaba, pero pienso de muy diverso modo que vos, pues vos buscábais la soledad, y yo he bajado espresamente para participaros mis pensamientos.

Margarita hizo al rey una señal de bienvenida, y mostrándole un sillón, se sentó ella tambien en una hermosa silla de ébano esculpida, tan fuerte y fina como el acero.

Hubo entre los dos esposos un instante de silencio, luego rompiendo el primero:

—He recordado, señora, dijo Enrique, que mis sueños sobre el porvenir tienen algo de comun con los vuestros, y que separados como esposos, deseábamos sin embargo unir nuestra fortuna.

—Es verdad, sire.

—Creo haber comprendido tambien, que en todos los planes que yo forme de elevacion comun, encontraré en vos no solamente una fiel, sino tambien una activa aliada.

—Sí, magestad, y solo os pido una cosa, y es que poniendo manos á la obra, lo mas pronto posible, me deis ocasion á que trabaje tambien sin perder tiempo.

—Soy muy feliz, señora, al hallar en vos tan bellas disposiciones, y creo que no habreis pensado ni un instante que yo perdiese de vista el plan cuya ejecucion he resuelto el dia mismo en que gracias á vuestra generosa intervencion, me consideré casi seguro de poder salvar mi vida.

—Caballero, yo creo que vuestra indiferencia no es mas que una máscara, y no solo tengo fé en las predicciones de los astrólogos, sino en vuestro génio.

—Y qué diriais, señora, si alguno viniese á trastornar vuestros planes, y nos amenazase con reducirnos á una situacion mediana?

—Diria que estoy pronta á luchar con vos ya sea á la sombra, sea abiertamente contra cualesquiera que fuese.

—Señora, continuó Enrique, no podeis entrar á cualesquiera hora en la habitacion de Mr. d' Alençon: no es verdad? poseis su confianza y os profesa la mas tierna amistad.

Me atreveré á suplicaros que os informeis de si está ahora en conferencia secreta con alguno?

Margarita se estremeció.

—Con quien, señor? preguntó.

—Con de Mony.

—Y por qué? volvió á preguntar Margarita reprimiendo su emocion.

—Porque si así fuese, señora... adios todos nuestros proyectos, al menos adios todos los míos.

—Sire, hablad mas bajo, dijo Margarita haciéndole señas con los ojos y los labios á la vez, y designándole con el dedo el gabinete.

—Oh! oh! dijo Enrique; todavía hay alguien? A la verdad ese gabinete está habitado con tanta frecuencia, que hace inhabitable vuestra cámara.

Margarita se sonrió.

—Al menos, será siempre Mr. de la Mole? preguntó Enrique.

—No, sire, es Mr. de Mouy.

—El exclamó Enrique con una sorpresa mezclada de gozo: entonces ¿no está en el cuarto de Alençon? ¡oh! hacedle venir, que le hable...

Margarita corrió al gabinete, le abrió, y tomando la mano de Mr. de Mouy, le condujo sin preámbulos al rey de Navarra.

—Ah! señora! dijo el jóven hugonote con un acento de reproche mas bien triste que amargo; á pesar de vuestra promesa, me haceis traicion, eso es obrar mal. Qué diríais si yo me vengase diciendo....

—No os vengareis, de Mouy, dijo Enrique interrumpiéndole, y estrechando la mano del jóven, ó al menos me escucharéis antes de venguros. Señora, continuó Enrique, cuidad de que nadie nos escuche, os lo suplico.

Apenas acababa Enrique de pronunciar estas palabras, cuando llegó Gillona toda espantada, y dijo algunas palabras á Margarita al oído. La reina saltó de su silla, y en tanto que corria

hacia la antecámara con Gillona, Enrique, sin inquietarse por la causa que la llamaba fuera de su habitación, registraba el lecho, los tapices, y sondeaba con sus dedos las paredes. En cuanto á Mr. de Mouy, asustado con tanto preámbulo, se aseguraba prudentemente de que su espada no estaba pegada á la vaina.

Margarita salió de su alcoba, y se lanzó en la antecámara, donde se encontró frente á frente con la Mole, que á pesar de todas las súplicas de Gillona, se empeñaba en entrar por fuerza en la habitación de Margarita.

Cocconas estaba detras de la Mole pronto á empujarle si avanzaba, y á sostenerle si se retiraba.

—Ah! con que sois vos, Mr. de la Mole? pero qué teneis? por qué estais pálido y convulso?

—Señora, dijo Gillona, Mr. de la Mole ha llamado á la puerta en tales términos, que á pesar de las órdenes de vuestra magestad, me he visto precisada á dejarle entrar.

—Ola! ola! qué es esto? dijo severamente Margarita: es verdad lo que oigo, Mr. de la Mole?

—Señora, es que queria prevenir á vuestra magestad que un estrangero. un desconocido, un ladron tal vez, se ha introducido en vuestra cámara con mi capa, y mi sombrero.

—Estais loco, caballero, dijo Margarita, porque si no me engaño, veo que traeis puesta vuestra capa; y Dios me perdone! como veo tambien que traeis puesto el sombrero cuando hablais á una reina...

—Perdon! perdon, señoral exclamó la Mole descubriéndose vivamente, Dios me es testigo de que no es por falta de respeto.

—No.... es por falta de fé, ¿no es verdad?

—Qué quereis! exclamó la Mole; cuando sé que hay un hombre en la real cámara de vuestra magestad, cuando ha logrado entrar en ella tomando mi traje, y tal vez mi nombre, quién sabe?...

—¡Un hombre! dijo Margarita estrechando dulcemente la mano del pobre enamorado; un hombre!... Sois bastante modesto, Mr. de la Mole. Acercad vuestra cabeza á la abertura del tapiz, y vereis dos.

Margarita abrió en efecto el tapiz bordado de oro que cubría la puerta, y la Mole reconoció á Enrique hablando con el hombre de la capa consabida: Coconnas, que tenia tanta curiosidad como si se tratase de su persona, miró tambien, y vió y reconoció á de Mouy; ambos quedaron estupefactos.

—Ahora que ya estais tranquilo (al menos así lo espero) dijo Margarita, colocáos á la puerta de mi habitacion, y por vuestra vida, mi querido la Mole, no dejeis entrar á nadie. Si se acerca alguno á la meseta de la escalera avisadme.

La Mole débil y obediente como un niño, salió mirando á Coconnas que le contemplaba con admiracion, y ambos se encontraron fuera de la cámara sin haber vuelto aun de su enagenamiento.

—De Mouy! exclamó Coconnas.

—Enrique! murmuró la Mole.

—De Mouy, con tu capa de color de cereza, tu pluma blanca y balanceando el brazo como tú!

—Ah! ah!... replicó la Mole, pues que no se trata de amor, sin duda se trata de complot.

—Mordi! henos aquí ya metidos en política, dijo Coconnas entre dientes. Felizmente no veo en todo esto á la bella madama de Nevers.

Margarita volvió á sentarse cerca de los dos interlocutores; su desaparicion solo habia durado un minuto, pero Margarita utilizaba bien el tiempo. Gillona, puesta de centinela en el corredor secreto, y los dos caballeros como gentiles-hombres á la entrada principal, le daban toda la seguridad que podia necesitar en aquel momento.

—Señora, dijo Enrique, creéis que sea posible, oirnos, ú espiarnos por algun medio?

—Caballero, dijo Margarita, esta habitacion está acolchonada, y el doble artesonado que la rodea me responde de que aquí no resuena la voz.

—Descanso en vuestra esperiencia, respondió Enrique sonriendo.

Luego volviéndose hácia de Mouy:

—Veamos, dijo el rey en voz baja, y como si las razones de Margarita no bastasen á calmar sus temores ni á disipar sus recelos: ¿qué venís á hacer aquí?

—Aquí? dijo de Mouy.

—Sí, aquí á esta cámara real, repitió Enrique.

—Nada venia á hacer aquí, respondió Margarita; soy yo la que le atraje.

—Sabiais pues? . .

—Lo adiviné todo.

—Ya veis, de Mouy, que se puede adivinar.

—Mr. de Mouy estaba esta mañana con el duque Francisco en la habitacion de dos de sus gentiles hombres.

—Ya veis, de Mouy que todo lo sabe.

—Es verdad, respondió de Mouy.

—Estaba muy seguro de que os habia atrapado Mr. de Alenzon.

—Vuestra es la culpa, sire. ¿Por qué habeis rehusado con tal obstinacion lo que os veniamos á ofrecer?

—¿Habeis rehusado? esclamó Margarita: luego la renuncia que yo presentía era real?

—Señora, dijo Enrique sacudiendo la cabeza, y tú tambien valiente de Mouy, á la verdad que me haceis reir con vuestras exclamaciones. Como yo estoy en mi habitacion, entra en ella un hombre, me habla de trono, de revolucion, de trastornos políticos, á mí, á mí, Enrique, príncipe tolerado con tal de que lleve los ojos bajos, hugonote que han perdonado con la condicion de que hará el papel de católico, y habia yo de aceptar en una habitacion que ni está acolchona-



da, ni tiene artesones dobles! *Ventre Saint Gris!* ó sois unos niños, ó estais locos.

—Pero, sire, podiais dejarme alguna esperanza, sino de palabra, al menos con un gesto, con una seña.

—Qué os ha dicho mi hermano, de Mouy? preguntó Enrique.

—Oh! sire, ese secreto no es mio.

—Dios mio! replicó Enrique con cierta impaciencia al ver que trataba con un hombre que tan mal comprendia sus espresiones. No os pregunto qué proposiciones os ha hecho, solo os pregunto si escuchaba, si ha oido alguna cosa?

—Escuchaba, sire, y ha oido.

—Decís, de Mouy, que escuchaba y que ha oido. Pobre conspirador! si yo hubiese dicho una sola palabra érais perdido. Porque aunque yo no sabia que estaba allí, lo adivinaba, y si no él, algun otro, el duque de Anjou, Carlos IX ó la reina madre; no conocéis las paredes del Louvre, de Mouy; para ellas se ha hecho el proverbio, de que las paredes oyen; y conociéndolas habia yo de hablar? Vamos, vamos de Mouy, haceis poco honor á la inteligencia del rey de Navarra, y me admira que teniéndole en un lugar tan poco elevado respecto á su imaginacion, hayais venido á ofrecerle una corona.

—Pero, sire, replicó de nuevo de Mouy, al mismo tiempo que rehusábais la corona, no podiais hacerme una seña? Al menos no lo

hubiera creído todo perdido, no me hubiera desesperado.

—Eh! ventre saint gris! lo mismo que podía oír, podía ver, pues que estaba en acecho, ¿y no nos perdería lo mismo una palabra que un gesto? Aguardad, de Mouy, continuó el rey mirando en rededor suyo, á esta hora y hallándome tan cerca de vos, que mis palabras no van mas allá del círculo que forman nuestras tres sillas, temo aun que me oigan cuando te digo: de Mouy, repíteme tus proposiciones.

—Pero, sire, exclamó de Mouy desesperado, ahora ya estoy empeñado con Mr. de Alençon.

Margarita batió una contra otra sus hermosas manos con el mayor despecho.

Luego exclamó:

—Entonces ¿es tarde ya?

—Al contrario, murmuró Enrique, comprended que se muestra visiblemente la protección de Dios. Prosigue tu empeño, de Mouy, porque el duque Francisco es la salvación para todos. Crees que el rey de Navarra garantizaría vuestras cabezas? Al contrario, desgraciado! Yo tengo la desdicha de hacerlos matar á todos hasta el último, y por la menor sospecha. Pero un hijo de Francia es otra cosa; ten pruebas, de Mouy; pide garantías; pero como eres un imbécil, te habrás empeñado en la lucha sin mas garantía que una palabra.

—Oh! sire! esclamó de Mouy, creedme, fué la desesperacion de que me hubiéscis abandonado, la que me arrojó en brazos del duque, fué tambien el miedo de verme vendido, porque al fin, él sabia nuestro secreto.

—Tén tú el suyo tambien á tu vez, de Mouy, eso no depende mas que de tí solo. Qué desea? ser rey de Navarra! prométele la corona. Qué quiere? abandonar la corte! proporcióname los medios de huir, trabaja por él, de Mouy, como si trabajases por mí: dirige el escudo para que él pare los golpes que nos dirijan. Que sea necesario huir..... huiremos ambos; cuando sea preciso combatir y reinar, lo haré yo solo.

—Desconfiad del duque, dijo Margarita: es un caracter sombrío y penetrante, sin ódio y sin amistad, siempre pronto á tratar á sus amigos como enemigos, y á sus enemigos como amigos.

—Y os aguarda? preguntó Enrique á de Mouy.

—Sí, sire;

—Dónde?

—En la habitacion de sus dos gentileshombres.

—A qué hora?

—Hasta la media noche.

—Todavía no son las once, dijo Enrique, aun no habeis perdido tiempo, id de Mouy.

—Tenemos vuestra palabra, caballero, dijo Margarita.

—Vamos, vamos, señora, dijo Enrique con esa confianza que sabia mostrar tan bien con ciertas personas, y en ciertas ocasiones, con Mr. de Mouy, esas cosas, ni se preguntan.

—Teneis razon, sire, respondió el jóven, pero yo necesito la vuestra porque es preciso que diga á los gefes que la he recibido. No sois católico, no es verdad?

Enrique alzó las espaldas.

—¿No renunciáis á la corona de Navarra?

—No renuncio á ninguna corona, de Mouy; solamente me reservo el derecho de elegir la mejor, es decir, la que sea mas conveniente para mí y para vosotros.

—Y si en tanto arrestan á vuestra magestad, me prometeis no revelar nada, aun en el caso de que violasen con la tortura la magestad real?

—De Mouy, lo juro por Dios mismo.

—Una palabra, sire. Cómo os volveré á ver?

—Desde mañana tendreis una llave de mi cámara, y entrareis en ella cuantas veces sea necesario y á las horas que gustéis. El duque de Alenzon es el que responderá en adelante de vuestra presencia en el Louvre. En tanto volved á subir esa escalerita, yo os serviré de guía. La reina hará entrar al mismo tiempo aquí, el de la capa de color de cereza igual á la vuestra, que estaba ahora en la antecámara. Es preciso que no hagan diferencia entre los éos, y que no se conozca que sois duplicado,

no es verdad de Mouy? No es verdad, señora?

Enrique pronunció estas últimas palabras riendo y mirando á Margarita.

—Sí, dijo la reina sin conmoverse, porque al fin ese Mr. de la Mole es de los del duque mi hermano.

—Pues bien, tratad de ganárnosle, señora, dijo Enrique con una serenidad perfecta. No escuscis ni el oro, ni las promesas. Pongo á su disposición todos mis tesoros.

—En ese caso, dijo Margarita con una de esas sonrisas que no pertenecen mas que á las mugeres de Bocacio, pues que tal es vuestro deseo, haré cuanto esté de mi parte por secundarle.

—Bien, bien, señora; y vos, de Mouy, volved hácia donde está el duque y sondeadle.

## CAPITULO VII.

### *Margarita.*

**D**URANTE la conversacion que acabamos de referir, la Mole y Coconnas permanecian de centinela. La Mole un poco triste, Coconnas un poco inquieto.

Es que la Mole habia reflexionado y Coconnas le habia ayudado maravillosamente en sus reflexiones.

—Qué piensas de todo esto, amigo mio? habia preguntado la Mole á Coconnas.

—Pienso, respondió el piamontés, que hay alguna intriga cortesana.

—Y si llega el caso, estás dispuesto á tomar parte en esta intriga?

—Querido mio, respondió Coconnas, escucha bien lo que voy á decirte, y procura sacar partido. En todas estas intrigas de príncipes, en todas estas maquinaciones reales, no podemos, y sobre todo, no debemos hacer otra cosa que pasar como sombras: donde el rey de Navarra deje un pedazo de la pluma de su sombrero, donde el duque de Alenzon deje un giron de su capa, nosotros dejaremos la vida. Pierde la cabeza en amores, querido amigo, pero no la pierdas en política.

Este consejo, era el consejo de un hombre prudente, de modo que la Mole le escuchó con la tristeza de aquel que conoce que está colocado entre la razon y la locura, pero que es la última la que vá á seguir.

—Pero yo amo á la reina, Annibal, la amo, y por fortuna ó por desgracia, la amo con toda el alma. Es una locura, me dirás. Concedo; estoy loco. Pero tú que eres prudente, Coconnas, no debes sufrir ni mis tonterías, ni mis desgracias. Vé á estar con nuestro amo y no te comprometas.

Coconnas reflexionó un instante, luego levantando la cabeza:

—Querido, le respondió, lo que has dicho

es muy justo, estás enamorado y obras como tal. Yo soy ambicioso y creo que la vida vale mas que la sonrisa de una muger. Cuando arriesgue mi vida, pondré mis condiciones. Pon tú las tuyas, pobre Medoro.

Tendió la mano á la Mole, y se fué despues de haber cambiado con su compañero otra mirada cuando se alejaba.

Habrian pasado unos diez minutos que Connas habia dejado su puesto, cuando se abrió la puerta con precaucion y apareció Margarita. Tomando la mano de la Mole, y sin decirle una palabra, le condujo hasta el lugar mas íntimo de su habitacion, cerrando ella misma las puertas con un cuidado que indicaba la importancia de la conferencia secreta que se preparaba.

Al llegar á su cámara se detuvo, se sentó en su silla de ébano, y atrayendo á la Mole hasta sí, y estrechando ambas manos del jóven entre las suyas:

—Ahora que estamos solos, le dijo, hablemos sériamente, amigo mio.

—Sériamente, señora? dijo la Mole.

—Sí, íntimamente.... veamos, vais mejor? Puede haber cosas muy sérias en la íntimidad, y sobre todo, en la íntimidad de una reina.

—En ese caso... hablemos de cosas sérias; pero con la condicion de que vuestra magestad no se enojará por las locuras que voy á decirle.

—No me enojaré por nada, mas que por una cosa, la Mole: y es si me llamis señora ó magestad. Para vos, amigo mio, no soy mas que Margarita.

—Sí, Margarita, sí Margarita, dijo el jóven devorando á la reina con sus miradas.

—Bien, bien, así, dijo Margarita; conque teneis celos, mi hermoso jóven?

—Oh! tantos que pierdo la razon.

—Todavía!...

—Hasta volverme loco, Margarita.

—Y celos de quién? veamos.

—De todo el mundo.

—Pero, en fin, ¿de quién?

—Por de pronto, del rey.

—Me parecia que despues de haber visto y oido podiais estar tranquilo respecto á eso.

—Luego de ese Mr. de Mouy que he visto por la primera vez esta mañana, y que encuentre esta noche tan adelantado en vuestra intimidad.

—De Mr. de Mouy?

—Sí.

—Y qué os hace sospechar de Mr. de Mouy?

—Escuehad... le reconocí por su estatura, por el color de sus cabellos, por un sentimiento natural de ódio; él es, el que estaba esta mañana en el cuarto de Mr. de Alenzon.

—Y bien! qué tiene que ver él conmigo?

—Es lo que no puedo saber; pero de todos



modos, señora, sed franca; á falta de otro sentimiento, un amor como el mio, tiene derecho á exigir en pago la franqueza.

Veid, yo me prosterno á vuestros pies. Si lo que habeis experimentado por mí, no es mas que un sentimiento pasajero, os devuelvo vuestra fé y vuestras promesas; devuelvo á Mr. de Alenzon sus atenciones y mi cargo de gentil-hombre, y voy á hacerme matar en el sitio de la Rochela, si es que el amor no me mata antes de llegar allá.

Margarita escuchó sonriendo estas palabras llenas de encanto, y signió con los ojos esta accion llena de gracia, luego inclinando su hermosa cabeza meditabunda sobre su mano ardiente:

—Me amais? le preguntó.

—Oh señora! mas que á mi vida, mas que á mi salvacion, mas que á todo... pero vos... vos no me amais.

—Pobre loco! murmuró la reina.

—Sí, sí, señora, exclamó la Mole siempre á sus pies; ya os he dicho que lo estaba!

—Con que el primer interés de vuestra vida es vuestro amor, mi querido la Mole?

—Es el solo, el único, señora.

—Pues bien, sea! sin embargo, yo no haré de este amor mas que un accesorio. Me amais, pues? Quereis permanecer cerca de mí?

—Mi sola plegaria, la sola que elevo á Dios, es que no me aleje mas de vos.

—Pues bien! no me dejareis nunca, os necesito, la Mole.

—Me necessitais! el sol necesita del gusano de luz!

—Si os digo que os amo, os sacrificareis por mí?

—Oh señora! no estoy ya pronto á hacerlo ahora mismo?

—Sí, pero dudais todavía, Dios me perdone!

—Si, hago mal, soy un ingrato, ó mas bien, como yo he dicho y vos habeis repetido, soy un loco. Pero, por qué estaba esta noche en vuestro cuarto Mr. de Mouy? Por qué le he visto esta mañana en la habitacion de Mr. de Alenzon? Por qué esa capa de color de cereza, esa pluma blanca, esa afectacion de imitar mis maneras?....

—Desgraciado! dijo Margarita, desgraciado! que se dice coloso y nada adivina! Sabeis, la Mole, que el duque de Alenzon os mataria mañana con su propia espada, si supiese que estais aquí esta noche á mis piés, y que en lugar de arrojaros de aquí, os digo: «permaneced ahí como estais, la Mole! porque os amo, mi hermoso jóven: lo oís? os amol! Pues bien! sí, os lo repito, os mataria!

—Gran Dios! exclamó la Mole echándose hácia atrás, y mirando á Margarita con espanto, sería posible!

—En nuestra época y en esta córte, todo es posible, amigo mio. Ahora una sola palabra: si Mr. de Mouy venia al Louvre revestido con vuestra capa, y cubierto el ros-

tro con vuestro fieltro, no era por mí, era por el duque de Alenzon. Pero yo, que no estaba prevenida, le tomé por vos, le conduje aquí creyendo que érais vos, y en esa creencia le hablé. La Mole, Mr. de Mouy sabe nuestro secreto, y es preciso tratarle con consideración.

—Mejor es que yo le mate, dijo la Mole, es mas breve y mas seguro.

—Y yo, dijo la reina, yo, mi valiente caballero, mas quiero que viva y que lo sepais todo, porque su vida no solo nos es útil sino necesaria. Escuchad, y pesad bien vuestras palabras antes de responderme. La Mole, me amais lo bastante para regocijaros si yo llegase á ser una verdadera reina, es decir, señora del reino real?

—Ay de mí señora, exclamó la Mole, os amo bastante para desear todo lo que vos deseais, aunque ese deseo hiciese la desgracia de toda mi vida.

—Y bien! quereis ayudarme á realizar ese deseo que os hará aun mas dichoso de lo que sois?

—Oh! si llega ese caso, os perderé, señora, exclamó la Mole ocultando la cabeza entre sus manos.

—No, no, al contrario; en lugar de ser el primero de mis servidores, seriais el primero de mis súbditos. He ahí todo el cambio.

—Oh! nada de intereses.... nada de ambicion, señora.... no mancheis el sentimien-

to que me inspirais... sacrificarme por vuestro amor, nada mas que por vuestro amor!

—Nobteza de alma! dijo Margarita. Pues bien! sí, acepto vuestro sacrificio, y yo sabré recompensarle.

Y le tendió ambas manos que la Mole estrechó entre las suyas.

—Luego?

—Luego... sí, respondió la Mole. Sí Margarita, comienzo á comprender este vago designio de que se hablaba entre nosotros los hugonotes ya antes de la San Barthelemy. Este proyecto para cuya ejecucion me habian enviado á Paris con otros tantos, mucho mas dignos que yo de tal comision.

Ese reino real de Navarra, que debia reemplazar un reino ficticio y nominal, vos le ambicionais: el rey Enrique os incita. De Mouy conspira con vosotros, no es verdad? Pero qué tiene que hacer en todo este negocio el duque de Alençon? Qué trono háy vacante para él? Yo no le veo al menos. Luego os... estima tanto el duque de Alençon que se compromete á ayudaros en vuestro complot, sin exijiros nada en recompensa del peligro que corre?

—El duque, amigo mio, conspira por su cuenta. Dejémosle que se estravie: su vida responde de la nuestra.

—Pero yo, yo que soy su gentil-hombre, puedo hacerle traicion?

—Hacerle traicion! y en qué se la haceis? Qué os ha confiado? No es él quien os ha hecho

traicion dando á de Mouy vuestra capa y vuestro sombrero, como un medio de penetrar hasta él? Decís que sois suyo. No érais mio antes de ser suyo, caballero mio? Os ha dado acaso una prueba de amistad, mayor que la prueba de amor que yo os de dado?

La Mole se levantó pálido y como herido por el rayo.

—Oh! murmuró, Coconnas decia bien. La intriga me envuelve entre sus pliegues tenebrosos, y me ahogará!

—Luego?

—Luego.... dijo la Mole, he aquí mi respuesta. Dicen, y yo lo tengo oído tambien en el otro extremo de la Francia, donde vuestro nombre ilustre y vuestra reputacion de belleza universal habian llegado como un deseo vago y desconocido hasta mi corazon, dicen que habeis amado alguna vez, y que vuestro amor ha sido siempre fatal á los objetos amados, pero tanto, que la muerte celosa sin duda, os los arrebató casi siempre.

...No me interrumpais, Margarita! porque añaden tambien, que conservais en cajas de oro los corazones de esos fieles amigos (1), y

---

(1) Margarita llevaba siempre un gran verdugado que tenia faldriqueras todo al rededor, y en cada una de ellas ponía una caja, donde estaba encerrado el corazon de uno de sus amantes, porque á medida que moría cuidaba de hacer embalsamar su corazon. Este

que algunas veces concedéis á sus fristes restos un recuerdo melancólico ó una mirada compasiva. Suspirais, reina mía, vuestros ojos se velan, es verdad.

Pues bien! hacedme el mas amado, y el mas feliz de vuestros favoritos. A otros les habeis herido el corazon, y guardais su corazon: de mí haceis mas aun, esponéis mi cabeza.... Pues bien, Margarita! juradme delante de la imágen de ese Dios que me ha salvado la vida aquí mismo, juradme que si muero por vos, como me anuncia un presentimiento sombrío, juradme que conservareis esta cabeza que el verdugo habrá separado de mi cuerpo, para fijar en ella alguna vez vuestras miradas; jurad, Margarita, y la promesa de semejante recompensa hecha por mi adorada reina, me hará ser mudo, traidor y hasta cobarde, si es preciso, es decir, todo vuestro, y pronto á sacrificarme como debe estarlo vuestro preferido y vuestro cómplice.

—Oh! qué locura tan lúgubre! dijo Margarita, pensamiento fatal!

—Jurad.

—Qué jure?

—Sí, jurad sobre este cofrecito de plata que

---

*verdugado se colgaba todas las noches en un guardarropa oculto trás de la cabecera de su cama, que cuidaba bien de cerrar con un candado. (Tallemant des Reaux. Historiette de Marguerite de Valois.)*

tiene una cruz encima. Jurad!

—Pues bien! dijo Margarita; si, lo que Dios no quiera, se realizan tus sombríos presentimientos, yo te juro, mi hermoso jóven, sobre esta cruz, que vivo ó muerto estarás siempre cerca de mí en tanto que yo viva; y si no te puedo salvar del peligro donde te arrojas por mí, por mí sola, daré al menos á tu pobre alma el consuelo que me pides, y que tanto mereces.

—Una palabra mas, Margarita. Puedo morir ahora, ya estoy tranquilo respecto á mi muerte; pero tambien puedo vivir, podemos triunfar. El rey de Navarra puede ser rey, vos podeis ser reina; entonces el rey os llevará consigo: ese voto de separacion que existe entre vosotros se romperá un dia, y motivará la nuestra. Vamos, Margarita, querida Margarita, bien amada, con una palabra me habeis tranquilizado respecto á mi muerte, ahora una palabra. Tranquilizadme respecto á mi vida.

—Oh, no temas nada! exclamó Margarita estendiendo de nuevo la mano sobre la cruz del cofrecito; si parto, me seguirás, y si el rey se resiste á llevarte, soy yo entonces la que se quedará. No partiré.

—Pero no os atreveréis á resistir.

—Jacinto mio, querido, dijo Margarita, tú no conoces á Enrique: Enrique solo en una cosa piensa ahora, es en ser rey, á este deseo sacrificaría él todo lo que posee, y con

mucha mas razon lo que no posee. Adios.

Desde aquella noche la Mole no fué ya un favorito vulgar, y llevó la cabeza alta y orgullosa, pues que viva ó muerta la aguardaba un porvenir tan dulce.

Sin embargo, algunas veces, su cabeza se inclinaba pesada hácia la tierra; su mejilla palidecia, y la meditacion austera labraba un surco entre las cejas de ese jóven tan alegre en otro tiempo, y ahora tan dichoso!

## CAPITULO VIII.

### *La mano de Dios.*

**E**NRIQUE habia dicho á madama de Sauve al despedirse:

—Carlota, quedaos en la cama. Fingid que estais gravemente enferma, y bajo ningun pretesto, mañana en todo el dia no recibais á nadie.

Carlota, obedeció, sin poder esplicarse el motivo que tenia el rey para hacerle semejante recomendacion. Pero la baronesa empezaba á habituarse á sus escentridades como diríamos hoy, y á sus fantasías como decian entonces.

Por otra parte, sabia que Enrique encerraba en su corazon secretos que jamás comunicaba, y en su pensamiento proyectos que



temía revelar aun en sus sueños, de suerte que Carlota obedecía á todos sus mandatos, segura de que todas sus ideas, aun las mas estrañas, tenían un objeto marcado.

La misma noche se quejó á Dariola de una grande pazadez de cabeza, acompañada de desvanecimientos. Eran los síntomas de que Enrique le habia recomendado quejarse.

Al dia siguiente fingió quererle levantar, pero apenas puso un pié en el suelo, se quejó de una debilidad general, y volvió á acostarse.

Esta indiposicion que Enrique habia ya anunciado al duque de Alençon, fué la primera nueva que dieron á Catalina, cuando preguntó con aire de tranquilidad, por que no se presentaba la Saufe como de costumbre á ayudarla á vestirse.

—Está enferma, respondió madama de Lorena que se hallaba allí entonces.

—«Enferma,» repitió Catalina sin que un músculo de su casa denunciase el interés que tomaba en esta respuesta. Alguna indiposicion de perezosa.

—No, no, señora, respondió la princesa. Se queja de un gran dolor de cabeza, de una debilidad que no le permite andar.

Catalina no respondió nada, pero, para ocultar su alegría se volvió hácia la ventana, y viendo á Enrique que atravesaba el patio despues de su conferencia con Mr. de Mouy, se levantó para verle mejor, y obligada por

esa conciencia que hierve siempre aunque invisible, en el fondo de los corazones mas endurecidos por el crimen:

—No os parece, preguntó á su capitán de guardias, que mi hijo Enrique está mas pálido esta mañana que de costumbre?

No habia nada de eso, Enrique estaba muy inquieto, pero su cuerpo gozaba de completa salud.

Poco á poco las personas que asistian á la reina madre cuando se levantaba, se retiraron, y quedaron tan solo tres ó cuatro de las de mas confianza. Catalina impaciente, las despidió diciendo que queria quedar sola.

Cuando salió el último cortesano, Catalina cerró la puerta tras él, y acercándose á un armario secreto oculto en uno de los paneles de su cámara, hizo correr la puerta del armario por un eccage del artesonado, y sacó de él un libro, cuyas hojas bastante ajadas, demostraban que estaba con frecuencia de servicio.

Puso el libro sobre una mesa, le abrió por un registro, apoyó el codo sobre la mesa, y la cabeza sobre su mano.

—Es estol esto mismo! murmuró leyendo; dolor de cabeza, debilidad general, dolor de ojos, inflamacion de paladar. No me han hablado aun mas que del dolor de cabeza y de la debilidad.... los demás síntomas no tardarán.

Luego continuó:

—Despues la inflamacion llega á la garganta, se estiende al estómago, envuelve el corazon como un anillo de fuego, y hace estallar el cerebro como un rayo.

Leyó esto en voz baja, luego continuó á media voz:

—Para la calentura seis horas; para la inflamacion general doce horas; para la gangrena doce horas; para la agonía seis horas; para todo treinta y seis.

Ahora supongamos que la absoreion sea mas lenta que la desglucion, y que en lugar de las treinta y seis horas tengamos que aguantar cuarenta, aunque sean cuarenta y ocho; síl cuarenta y echo deben bastar. Pero cómo está Enrique en pié todavía? Porque es hombre, porque es de un temperamento robusto; porque tal vez habrá bebido despues de haberla besado, y habrá enjugado los lábios despues de haber bebido.

Catalina aguardó con impaciencia la hora de comer. Enrique comia todos los dias á la mesa del rey.

—Llegó al fin, se quejó á su vez de ataques al cerebro, no comió, y se retiró al instante despues de comer diciendo, que como habia velado una gran parte de la noche anterior, tenia grande necesidad de dormir.

Catalina escuchó cómo se alejaba el paso de Enrique, é hizo que le siguiesen. Pronto supo que el rey de Navarra habia toma-

do el camino de la habitación de madama de Sauve.

—Enrique, se dijo ella, vá á concluir esta noche la obra de una muerte que un azar desgraciado ha dejado quizá incompleta:

—El rey de Navarra estaba en efecto en la habitación de madama de Sauve, pero era para decirle que continuase representando su papel.

Al día siguiente Enrique no salió de su cuarto en toda la mañana, y no compareció á la mesa del rey.

Se decía que madama de Sauve iba de mal en peor, y el ruido de la enfermedad de Enrique, esperecido por la misma Catalina, corria como uno de esos presentimientos cuya causa nadie se explica, pero que pasan por el aire.

Catalina se aplaudia su proyecto; desde la mañana de la víspera habia cuidado de alejar á Ambrosio Paré para ir á curar á uno de sus lacayos favoritos que estaba enfermo en San German. Era preciso que el hombre que llamasen para Enrique y madama de Sauve fuese de su confianza; y este hombre no diria mas que lo que ella quisiese.

Si lo que no esperaba, se encontraba mezclado en este negocio algun doctor, y si alguna declaración de veneno venia á espantar de nuevo esta córte, donde tantas declaraciones de este género habian resonado ya, contaba sobre el ruido que hacian los celos

de Margarita, respecto á los amores de su marido. El lector recordará que Catalina habia hablado á todo el mundo de estos celos que habian estallado en diversas circunstancias, y en otras en el paseo de la Espina blanca, donde habia dicho á su hija en presencia de muchas personas:

—Quó celos teneis, Margarita!

Catalina aguardaba, pues, con un rostro al parecer tranquilo, el momento en que se abriese la puerta, y en que algun page pálido y espantado entrase gritando.

—Magestad! el rey de Navarra espira, y madama de Sauve ha muerto!

Sonaron las cuatro de la tarde. Catalina acababa de refrescar en la pajarera desmigajando bizcochos á algunos pájaros raros que alimentaba por su mano. Aunque su rostro estaba como siempre tranquilo y sombrío, su corazon latia violentamente al menor ruido.

Abrióse de repente la puerta.

—Señora, dijo el capitan de guardias, el rey de Navarra...

—Enfermo? preguntó vivamente Catalina.

—No, señora, á Dios gracias! su magestad parece estar mejor que nunca.

—Qué decíais pues?

—Que el rey de Navarra está ahí.

—Qué me quiere?

—Trae un monito de la especie mas rara.

Y entró Enrique con un canastillo en la

mano y acariciando un cuistiti echado en el canastillo.

Enrique se sonreía al entrar, y parecía ocuparse tan solo del animalito encantador que traía consigo, pero por muy preocupado que al parecer estuviese, no perdió sin embargo esa primer ojeada que le bastaba en las circunstancias difíciles. En cuanto á Catalina estaba pálida, pero una palidez que aumentaba á medida que veía sobre las mejillas del jóven que se le acercaba el bermellon de la salud.

La reina madre quedó ataralida con este golpe. Aceptó maquinalmente el presente de Enrique, se turbó, le cumplimentó sobre su buen semblante, y añadió:

—Me alegro tanto mas de veros bueno y sano, hijo mio, cuanto que habia oido decir que estábais enfermo, y que si no me engaño os quejásteis en mi presencia de hallaros indispuesto; pero ahora comprendo, añadió esforzándose en mostrar una sonrisa: era un pretesto para que os dejasen en libertad.

—Estuve en efecto muy malo, señora, respondió Enrique, pero me curé de mi indisposicion con un específico que usan en nuestras montañas, y que me ha recomendado mi madre.

—Ah! me enseñaréis la receta, no es verdad Enrique? dijo Catalina sonriendo realmente esta vez, pero con una ironía que no pudo disfrazar.

—Algun contraveneno, murmuró; ya veremos... y sino... no... Al ver á madama de Sauve enferma, habrá tomado miedo. A la verdad! parece que la mano de Dios está tendida sobre este hombre.

Catalina aguardó con impaciencia la noche. Madama de Sauve no pareció. En el juego, preguntó por ella, y le respondieron que sufría cada vez mas. Toda la noche estuvo inquieta, y todo el mundo se preguntaba con ansiedad qué pensamientos podían agitar aquel rostro tan inmóvil siempre.

Todo el mundo se retiró. Catalina se hizo desnudar y acostar por sus damas; luego, cuando todos dormían ya en el Louvre, se levantó, se puso una larga bata negra, tomó una lámpara, escogió entre todas las llaves la que abría la habitación de madama de Sauve, y subió al cuarto de su dama de honor.

—Había Enrique previsto esta visita? estaba ocupado en su cuarto? estaba oculto en alguna parte? esto es que la jóven estaba sola.

Catalina abrió la puerta con precaucion, atravesó la antecámara y entró en el salon; depositó su lámpara sobre un mueble, porque ardía una lamparilla cerca de la enferma, y se deslizó como una sombra en la alcoba donde dormía Carlota.

Dariola estendida sobre un gran sillón, dormía cerca de la cama de su señora.

La cama estaba enteramente cerrada con las cortinas.

La respiracion de la jóven era tan débil, que durante un momento Catalina creyó que ya no respiraba.

Al fin percibió un soplo ligero, y fué con una sonrisa maligna á levantar la cortina, á fin de examinar por sí misma el terrible efecto del veneno, estremeciéndose ya antes de verlo, al aspecto de esa palidez lívida, ó de ese color de púrpura deverante, de una calentura mortal; pero en lugar de todo esto, tranquila, con los ojos cerrados por sus blancos párpados, la boca de rosa suavemente entreabierta, y con su mejilla húmeda dulcemente apoyada sobre uno de sus brazos graciosamente rollizos, en tanto que el otro fresco y nacarado, se extendia sobre la colcha de damasco carmesí, la jóven dormia casi sonriendo aun. Porque sin duda algun sueño encantador hacia brillar sobre sus labios la sonrisa, y sobre sus mejillas el colorido de un bienestar que nada turba.

Catalina no pudo menos de cesalar un grito de sorpresa que despertó á Dariola por un momento.

La reina madre se escondió tras de las cortinas de la cama.

Dariola abrió los ojos, pero estaba muerta de sueño. Sin ocuparse siquiera en buscar en su imaginacion entorpecida la causa que la habia hecho despertar, la jóven volvió á dejar caer sus pesados párpados, y se durmió de nuevo.



Salió entonces Catalina de entre las cortinas, y volviendo sus miradas hácia los demas puntos de la habitacion, vió sobre una mesita un frasco de vino de España, frutas, pastas azucaradas y dos vasos. Enrique habia cenado sin duda con la baronesa que al parecer estaba tan buena como él.

Catalina fué derecha al tocador de Carlota, y tomó en la mano la cajita de plata, á la que faltaba ya como una tercera parte del contenido. Era esactamente la misma ó al menos semejante en un todo á la que habia hecho reunir á madama de Sauve. Tomó un poquito, como del tamaño de una perla, y colocándolo en la punta de una aguja de oro, se volvió á su cuarto y se lo dió al mono que le habia dado Enrique la misma noche. El animal entusiasmado con el olor aromático lo devoró al instante, y redondeándose en su canastilla se durmió. Catalina aguardó un cuarto de hora.

—Con la mitad de lo que este acaba de comer, dijo Catalina, mi perro Brunot murió hinchado en un minuto. Me la han jugado. Es acaso René? René! Es imposible. Entonces es Enrique: ¡oh! fatalidad! es claro, pues que debe reinar, no puede morir.

Pero tal vez el veneno solo es impotente; veremos, se ensayará el hierro.

Catalina se acostó torciendo en su imaginacion una nueva idea que sin duda completó al dia siguiente; porque ella llamó á su capitan de guardias, le entregó por sí misma una carta, y

le dió orden de llevarla á donde indicaba el sobre, y de no entregarla á no ser en propia mano á quien iba dirigida.

La carta decia. Al sire de Louviers Maurevel, capitán de petarderos del rey, calle de la Guindalera, cerca del Arsenal.

## CAPITULO IX.

### *La carta de Roma.*

**H**ABIAN ya pasado algunos dias despues de los sucesos que acabamos de referir, cuando una mañana entró en el Louvre una litera escoltada por varios gentiles-hombres, que llevaban los colores del duque de Guisa, y vinieron á anunciar á la reina de Navarra, que la señora duquesa de Nevers, solicitaba el honor de hacerle la corte.

Margarita recibia entonces la visita de la señora baronesa de Sauve. Era la primera vez que la hermosa Carlota salia despues de su fingida indisposicion. Sabia que la reina habia manifestado á su marido una gran inquietud por esta enfermedad que habia hecho tanto ruido en la corte casi durante una semana, y venia á darle las gracias.

Margarita la felicitaba por su convalecencia y por la dicha que habia tenido de escapar del acceso súbito de esa enfermedad, cuya gra-

vedad no podía menos de conocer como verdadera princesa de Francia.

—Espero que vendreis á esta gran partida de caza, que ya se ha diferido una vez, le dijo Margarita, y que debe al fin verificarse definitivamente mañana.

El tiempo está bastante templado para ser invierno. El sol ha puesto la Tierra mas preparada, y los cazadores aseguran que tendremos un dia de los mas agradables.

—Pero, señora, dijo la baronesa, no sé si estaré ya bien restablecida.

—Bah! replicó Margarita, hareis un esfuerzo; luego como soy una amazona, he autorizado al rey para que dispusiese un caballito de Bearn que yo debía montar, y que os llevará perfectamente. ¿No habeis oido hablar de él?

—Sí, señora; pero ignoraba que ese caballito tenia el honor de haber sido dispuesto para vuestra magestad; si no, nunca le hubiera aceptado.

—Por orgullo, baronesa?

—No, señora, todo al contrario, por humildad.

—Luego vendreis?

—Vuestra magestad me colma de honores. Iré, pues que lo ordenais.

Entonces fué cuando anunciaron á madama de Nevers. Al oir este nombre, Margarita dejó escapar un movimiento de gozo tan marcado, que la baronesa comprendió que las dos

jóvenes tenían que hablar, y se levantó al momento para retirarse.

—Hasta mañana, dijo Margarita.

—Hasta mañana, señora.

—A propósito, ya sabeis, baronesa, continuó Margarita despidiéndola con un apretón de mano, que en público os detesto, en atencion á que soy horriblemente celosa.

—Pero en particular? preguntó madama de Sauve.

—Oh! en particular, no solamente os perdono, sino que os doy gracias.

—Entonces vuestra magestad me permitirá....

Margarita le tendió la mano, la baronesa la besó con respeto, hizo una profunda reverencia, y salió.

En tanto que madama de Sauve volvía á subir la escalera saltando como un cabrito montés que rompe sus ligaduras, madama de Nevers cambiaba con la reina algunos saludos ceremoniosos que dieron tiempo á que se retirasen los gentiles-hombres que la habían acompañado hasta allí.

—(El qual gritó Margarita cuando se cerró la puerta tras el último cortesano, Gillonal cuida de que nadie nos interrumpa.

—Sí, dijo la duquesa, porque tenemos que hablar de asuntos de los mas graves.

Y tomando una silla, se sentó sin ceremonia alguna, segura de que nadie vendria á interrumpir esta intimidad convenida entre ella y la

reina de Navarra, tomando el mejor sitio tanto respecto al fuego, como respecto al sol.

—Y bien! dijo Margarita con una sonrisa, qué hacemos de nuestro famoso matachín?

—Mi querida reina, dijo la duquesa, por mi alma que es un ser mitológico. Su imaginación es incomparable, y no se agota jamás. Tiene ocurrencias que harían desmayarse de risa á un santo metido en su nicho. Por lo demás, es el pagano mas furioso que se haya cosido jamás en la piel de un católico. Me vuelvo loca. Y tú que haces de tu Apolo?

—Ah! exclamó Margarita con un suspiro.

—Oh! oh! qué «ay» es ese, reina querida? me espanta! Es acaso demasiado respetuoso ó sentimental ese la Mole tan gentil? En ese caso, me es preciso confesar que su amigo Coconnas es el reverso de la medalla.

—No, tiene sus cuartos de hora, dijo Margarita; este «ay» no se refiere mas que á mí.

—Entonces qué significa?

—Significa, querida duquesa, que temo mucho llegar á amarle realmente.

—De veras?

—A fé de Margarita.

—Tanto mejor! exclamó Enriqueta. Es tan dulce, reina mia, descansar de las fatigas del espíritu con los goces del corazón, no es verdad? Ah! Margarita! tengo el presentimiento de que vamos á pasar un buen año.

—Lo creéis así? dijo la reina; pues yo to-

do al contrario, no sé como es, que veo todas las cosas al través de un crespon fúnebre. Toda esta intriga política me preocupa de una manera espantosa. A propósito, sabes si tu Annibal es tan partidario de tu hermano como lo parece? Infórmate, porque es una cosa que importa mucho saber.

—El partidario de alguno, ó de alguna cosa! bien se vé que tu no le conoces como yo. Si alguna vez se sacrifica será por su ambicion y nada mas. ¿Es tu hermano capaz de hacerle grandes promesas? Oh! en ese caso será su partidario; pero aunque tu hermano sea un hijo de Francia, un principe real, que tenga cuidado de no faltar á las promesas que le haga, ó por mi fé le aseguro que debe temblar!

—De veras?

—Como te digo, es la pura verdad, Margarita; hay momentos en que ese tigre domesticado me dá miedo. El otro dia le decia yo: Annibal, guardaos de engañarme, porque si tal hiciéseis!.... Sin embargo, le decia esto con mis ojos de esmeralda, que han hecho decir á Ronsard:

La duquesa de Nevers  
con sus ojos de esmeralda,  
bajo aquel párpado blando  
mas relámpagos nos lanza,  
que Jupiter en los aires  
irritado,  
cuanto tempestades violentas  
suelta airado.

—Y qué?

—Y qué! creí que iba á responderme: Yo engañaros! jamás! etc., etc, etc. Sabes lo que me ha respondido?

—No.

—Pues bien! juzga: Y, respondió, si vos me engañais, temblad tambien; porque á pesar de que sois una princesa.... Y al decir esto, no solo me amenazaba con sus ojos, sino con un dedo, con un dedo seco y aguzado, armado con una uña cortada á manera de hierro de lanza, y llegó con él casi hasta debajo de mi nariz. Entonces, mi pobre reina te lo confieso, tenia una fisonomia tan poco á propósito para tranquilizar, que me estremezo, y sin embargo sabes que no soy miedosa.

—Pero ha osado amenazarte á tí! á tí Enriqueta!

—Eh! Mordi! tambien yo le amenacé. Al fin, si bien se considera tuvo razon. Con que así, ya véis, no se sacrifica mas que hasta cierto punto, ó mas bien, no sabe hasta qué punto.

—En ese caso, veremos, dijo Margarita; hablaré á la Mole. No tenias otra cosa que decirme!

—Sí, en verdad: una de las cosas mas interesantes, y que es la que me ha traído aquí. Pero qué quieres! me has hablado de cosas mas interesantes aun. He recibido algunas noticias.

—Do Roma?

—Sí, un correo me ha enviado mi marido.

—Y bien! el negocio de Polonia?...

—Vá perfectamente, y dentro de poco te verás libre de tu hermano el duque de Anjou.

—Pues qué! ha ratificado el Papa su elección?

—Sí, querida mia.

—Y no me lo decias! exclamó Margarita. Eh! pronto, pronto detalles.

—Oh! á fé mia! no tengo mas detalles que los que te trasmito. Por otra parte... aguarda, voy á darte la carta de Mr. de Nevers. Ten, ahí está!... Eh! no... no... que esos son versos de Annibal, versos atroces. Margarita mia; pero no sabe hacerlos de otra manera. Tén... esta es. No, no... tampoco: es un billete mio, para que se le bagas entregar por mano de la Mole... Ah! al fin, he aquí la carta en cuestion.

Madama de Nevers entregó la carta á la reina.

Margarita la abrió vivamente y la recorrió con la vista; pero efectivamente, nada decia mas que lo que habia ya sabido por boca de su amiga.

—Y cómo has recibido esta carta?

—Por un correo que me ha enviado mi marido, y que tenia órden para ir al palacio de Guisa antes que al Louvre, y de en-



tregarme la carta antes de la del rey. Sabia yo muy bien la importancia que daría mi querida reina á esta noticia, y habia ya escrito á Mr. de Nevers para que obrase así. Ya vés cómo me ha obedecido; no es como ese mónstruo de Coconnas. Ahora no hay en todo París mas que tres personas que sepan esta nueva; á menos que el hombre que seguia á nuestro correo...

—Qué hombre?

—Oh! qué oficio tan malo! discurre, que ese infeliz mensajero llegó cansado, desecho y polvoroso; ha corrido siete dias y siete noches, sin detenerse un momento.

—Pero, ese hombre, ese hombre de quien hablabas ahora.

—Aguarda. Seguido constantemente por un hombre de rostro feroz, que remudaba caballos como él, y que corria tanto como él, durante las cuatrocientas leguas de camino que recorrieron, el pobre correo estaba sin cesar aguardando que le disparasen una bala en los riñones. Ambos llegaron á un tiempo á la barrera de San Marcelo, ambos bajaron á galope la calle de Monffetard, ambos atravesaron la ciudad. Pero al llegar al extremo del puente de Nuestra Señora, nuestro correo tomó á la derecha, en tanto que el otro tomaba á la izquierda por la plaza de Chatelet, y costeaba los muelles por la parte del Louvre como á un tiro de ballesta.

—¡Gracias! mi querida y buena Enriqueta,

gracias! exclamó Margarita. Tenias razon, hs ahí bastantes noticias interesantes. Para quién seria ese otro correo? Yo lo sabré. Pero déjame. ¿Con que esta noche á la calle de Tizon, no es verdad? Y luego mañana á caza; sobre todo, toma un caballo cobarde que no se altere, y que podamos estar solas. Yo te diré esta noche todo lo que es preciso que bagas decir á Coconnas.

—No olvidarás mi carta? dijo la duquesa de Nevers riendo.

—No, no, estáte tranquila; la recibirá.... y á su tiempo.

Madama de Nevers salió, y Margarita envió al momento á buscar á Enrique, que llegó al instante, y al cual entregò la carta de Mr. de Nevers.

—Oh! oh! exclamó el rey.

Margarita le refirió la historia del correo doble.

—En efecto, dijo Enrique, le he visto yo mismo entrar en el Louvre.

—Seria acaso para la reina madre?

—No, no... estoy seguro de que no; porque á todo riesgo fuí á colocarme en el corredor, y no he visto pasar á nadie.

—Entonces, dijo Margarita mirando á su marido, es preciso que sea...

—Para vuestro hermano el de Alençon, ¿no es verdad? dijo Enrique.

—Sí, pero cómo lo sabremos?

—No podríamos, dijo Enrique con negli-

gencia, enviar á buscar uno de esos dos gentiles-hombres, y saber por él...

—Teneis razon, sire, dijo Margarita que estaba ya mas tranquila con esta proposicion; voy á enviar á buscar á Mr. de la Mole. Gillona! Gillona!

La jóven se presentó al instante.

—Es preciso que yo hable ahora mismo con Mr. de la Mole, le dijo la reina. Haced por hallarle y traédmele al instante.

Gillona partió. Enrique se sentó delante de una mesa, sobre la cual estaba un libro alemán con láminas de Alberto Durer, y se puso á repasarle con tal atencion, que cuando entró la Mole, al parecer no le sintió llegar, y ni siquiera levantó la cabeza.

El jóven por su parte, hablando al rey en la habitacion de Margarita, permaneció de pié sobre el dintel de la puerta, mudo de sorpresa, y palideciendo de inquietud.

Margarita fué derecho á él.

—Mr. de la Mole, le preguntó, podeis decirme quién está hoy de guardia en la habitacion de Mr. de Alenzon?

—Coconnas, señora, respondió la Mole.

—Tratad de saber de él si ha introducido en la habitacion de su señor un hombre cubierto de lodo, y que parece haber hecho una larga jornada á toda brida.

—Ah! señora, teme que no me lo diga; hace algunos dias que anda triste y taciturno.

—De veras? Pues dándole este billete, me

parece que os debe dar en cambio alguna cosa.

—De la duquesa! Dadmele, señora, dadmele, dijo la Mole palpitando de emoción; con este billete os respondo de todo.

Y partió.

—Ya sabremos mañana si el duque de Alençon está instruido del negocio de Polonia, dijo tranquilamente Margarita volviéndose hacia su marido.

—En verdad que Mr. de la Mole es un servidor muy gentil, dijo el Bearnés con esa sonrisa que le era peculiar; y... juro por la misa! que he de hacer su fortuna.

## CAPITULO X.

### *La partida.*

**C**UANDO al día siguiente un sol hermoso y rojizo, pero sin rayos como acostumbra en los días privilegiados del invierno, se levantó por detrás de las colinas que ciñen á Paris, hacia ya dos horas que todo estaba en movimiento en el patio del Louvre.

Un magnífico caballo africano, nervioso aunque algo largo, con piernas de ciervo sobre las cuales se cruzaban las venas como los hilos en un encaje, aguardaba á Carlos IX hiriendo el suelo con el pié, enderezando las orejas y echando fuego por las narices; pero todavía

estaba menos impaciente que su amo, detenido por Catalina que le habia interceptado el paso para hablarle, segun decia, de un negocio de alta importancia.

Ambos estaban en la galería de las vidrieras; Catalina, fria, pálida é impassible como siempre, Carlos IX bramando, mordiéndose las uñas, y azotando sus dos perros favoritos revestidos de corazas de malla, para que el colmillo del javalí no pudiese hacer presa en ellos, y que pudiesen atacar de frente al terrible animal. Sobre el pecho de los dos perros estaba cosido un escudito de las armas de Francia, poco mas ó menos como el que llevan en el pecho los pages, que mas de una vez habian enviado los privilegios de estos dichos favoritos.

—Considerad, Carlos, dijo Catalina, que nadie sabe todavía la próxima llegada de los poloneses. No obstante, el rey de Navarra obra como si lo supiese. Dios me perdone!

A pesar de su abjuracion (de la que siempre desconfié) conserva todavía relaciones con los hugonotes. ¿Habeis notado cuántas veces entra y sale desde hace algunos dias? Ahora tiene plata.... él, él, que no ha tenido jamás dinero; compra caballos, armas, y los dias de lluvia se ejercita en la esgrima desde la mañana á la noche.

—Eh! Dios mio! madre mia! dijo Carlos IX impaciente, no creéis que tenga tal vez la intencion de matarme ó de matar á mi her-

masno el de Anjou? En ese caso necesita todavía algunas lecciones porque ayer le conté con mi florete once oiales sobre su ropilla, aunque no tiene mas que seis. Y en cuanto á mi herma o el de Anjou, ya sabeis que tira aun mejor que yo, ó al menos tan bien.

—Escuchad, Carlos, replicó Catalina y no trateis tan ligeramente las cosas que os dice vuestra madre. Los embajadores van á llegar; pues bien! cuando llegen á Paris, Enrique hará cuanto le sea posible para cautivar su atencion. Es insinuante, es astuto, sin contar que su muger, que le protege no sé por qué, vá á charlar con ellos, á hablarles en latin, en griego, en húngaro... qué sé yo? Oh! yo os aseguro, Carlos, y ya sabeis que no me engaño jamás, os digo que Enrique trae alguna cosa entre manos.

Sonó entonces el reloj, y Carlos IX cesó de escuchar á su madre para escuchar la hora.

—Muerte de mi vidal las siete! exclamó; una hora para ir, las ocho; una hora para llegar al lugar citado y lanzar los perros, no podremos ponernos á cazar hasta las nueve! En verdad, madre mia, que me haceis perder una infinidad de tiempo. Abajo, Risque-tout.. ¡Muerte de mi vidal abajo tunante.

Y un vigoroso latigazo cimbrado sobre los riñones del perro, arrancó al pobre animal, aturdido al ver que recibia un castigo en vez de una caricia, un grito de dolor.

—Carlos, continuó Catalina, escuchadme en

nombre de Dios! y no arrojéis así al azar vuestra fortuna y la de la Francia. La caza! la caza! la caza! decís.... Eh! ya tendreis tiempo para cazar cuando hayais cumplido vuestra tarea de rey.

—Vamos! vamos! madre mia, dijo Cárlos pálido de impaciencia, espliquémonos pronto, porque me hacis arder. En verdad que hay dias en que no os comprendo.

Y se detuvo hiriendo la bota con el mango de su látigo.

Catalina conoció que el momento crítico habia llegado, y que era preciso no dejarle pasar.

—Hijo mio, dijo, ya tenemos pruebas de que Mr. de Mouy está en Paris. Mr. de Mau-revel, á quien ya conocéis, le ha visto aquí. Esto no puede ser mas que por el rey de Navarra. Esto nos basta, me parece, para que nos sea mas sospechoso que nunca.

—Vamos, ya estamos otra vez trás de mi pobre Enriquito; quereis que le haga matar? no es verdad?

—Oh! nol

—De-terrarle? Pero cómo no comprendéis que desterrado se hace mucho mas terrible que aquí en el Louvre á nuestros ojos, donde nada puede hacer que no lo sepamos al instante?

—Tampoco quiero desterrarle.

—Qué quereis, pues! decidlo pronto.

—Quiero que se le ponga en lugar seguro, en tanto que los poloneses permanezcan aquí; en la Bastilla por ejemplo.

—Oh! no á fé mial exclamó Carlos IX; hoy casamos al javalí: Enriquito es uno de mis mejores auxiliares. Sin él, adios caza. Mordieu madre mia, no pensais mas que en contrariarme.

—Ehl mi querido hijo, no digo yo esta mañana!... los enviados no llegarán hasta mañana ó pasado.... Arrestémosle despues de la caza!... esta tarde.... esta noche....

—Eso es indiferente.

—Pues bien! ya volveremos á hablar de ese negocio. Veremos, despues de volver de caza no digo que no. Adios! Vamos! aquí, Risque-tout! vás tú tambien á enojarte á tu vez?

—Carlos, dijo Catalina deteniéndole por el brazo y esponiéndose á la esdlosion que necesariamente debia resultar de este nuevo retardo, creo que aunque no ejecutásemos el arresto hasta la noche, seria mejor firmar la órden ahora.

—Firmar, escribir una órden, ir á buscar el sello de los pergaminos, cuando me aguardaban para ir á caza, á mí, que no me hago nunca aguardar! Al diablo!

—No, no, os amo demasiado para deteneros ya lo he prevenido todo: entrar en mi cuarto.

Y Catalina, ágil como si no tuviese mas que veinte años, empujó una puerta que comunicaba con su gabinete, y señaló al rey un tintero, una pluma, un pergamino, un sello y una bugía encendida.

El rey tomó el pergamino y le leyó con rapidez:



«Orden etc., etc., etc, para hacer arrestar y conducir á la Bastilla, a nuestro hermano Enrique de Navarra.

—Buenol ya está! dijo firmando de un rasgo. Adios, madre mia.

Y se lanzó fuera del gabinete seguido de sus perros y loco de alegría al verse ya libre de Catalina con tanta facilidad.

—Todos aguardaban á Carlos IX con impaciencia, y como conocian su exactitud en materia de caza, todos se admiraban de su tardanza. De modo que euando apareció, los cazadores le saludaron con sus vivas, los picadores con sus fanfarras, los caballos con sus relinchos, y los perros con sus gritos; todo este ruido, todo este fracaso hizo subir un encarnado vivo á sus mejillas pálidas, su corazon se inflamó, y Carlos IX fué dichoso durante un segundo.

Apenas saludó á la brillante sociedad reunida en el patio, hizo un saludo con la cabeza al duque de Alençon, con la mano á la reina Margarita, y pasando por delante de Enrique fingiendo no haberle visto, se lanzó sobre el caballo africano que se conmovió, al sentir su peso, con impaciencia. Pero á las tres ó cuatro corvetas comprendió quien era el escudero y se calmó.

Resonaron de nuevo los clarines, y salió el rey del Louvre, seguido del duque de Alençon, del rey de Navarra, de Margarita, de madama de Nevers, de madama de Sauve, de

Tavannes y de los principales señores de la corte.

No hay necesidad de decir que la Mole y Coconnas no eran de la partida.

En cuanto al duque de Anjou, hacia ya tres meses que estaba en el sitio de la Rochela.

En tanto que aguardaban al rey, habia venido Enrique á saludar á su esposa, que al devolverle su saludo le habia dicho al oido:

—El correo que llegó de Roma, ha sido introducido por el mismo Coconnas en la cámara de Mr. de Alenzon, un cuarto de hora antes que el enviado del duque de Nevers hubiese sido introducido en la del rey.

—Luego, o sabe todo, dijo Enrique.

—Al menos debe saberlo, respondió Margarita, por otra parte, observable, y ved como á pesar de su disimulacion habitual, brillan sus ojos como faros.

—Ventre saint gris! murmuró el Bearnés, creo y con fundamento, que el duque de Alenzon cas. hoy tres presas; Francia Polonia y Navarra, sin contar el javalí.

Saludó á su esposa, volvió á su fila, y llamando á uno de sus pages, bearnés de origen, cuyos abuelos eran pages de los suyos hacia ya mas de un siglo, y al que empleaba casi siempre en sus mensajes amorosos:

—Orthon, le dijo, toma pronto esta llave y llévala á casa de ese primo de madama de Sauve, que ya ves que vive en casa de su que-

rida á la esquina de la calle de los Cuatro Hijos, y le dirás que su prima desea hablarle esta noche, que entre en mi cuarto, y si no estoy allí que me aguarde; si tardo que se tire sobre mi cama mientras llego.

—Aguardo respuesta, sire?

—Ninguna, mas que decirme si le has hallado: la llave es para él solo, comprendes?

—Sí, sire.

—Aguarda, y no te separes de mí en este sitio, peste! Antes de salir de Paris, te llamaré como para apretar la cincha de mi caballo, te quedarás atras, harás con naturalidad tu comision, y te reunirás con nosotros en Bondy.

El lacayo hizo una señal de obediencia y se alejó.

Pusieronse en marcha por la calle de San Honoré, la de San Denis y el arrabal; al llegar á la calle de San Lorenzo se le alojó la cincha al caballo del rey de Navarra, Orthon acudió al punto, y todo pasó como se habia convenido entre él y su señor, el que continuó, siguiendo la comitiva real por la calle de las Recoletas, en tanto que su fiel servidor ganaba la calle del Templo.

Cuando Enrique se reunió al rey, Cárlos estaba tan entretenido hablando con el duque de Alenzon de asuntos interesantes, tales, como el tiempo, la edad del javalí que habia tomado otro camino, que era lo que él llamaba «un solitario;» en fin, sobre el

lugar donde habia establecido su cueva, que no se apercibió ó fingió al menos, no haber notado que Enrique se habia quedado un instante atrás.

Durante este tiempo, Margarita observaba de léjos el continente de cada uno, creia notar en los ojos de su hermano cierto embarazo, cada vez que los fijaba sobre Enrique. Madama de Nevers se dejaba poseer de una alegría loca, porque Cocomas, eminentemente chistoso en aquel dia, hácia en rededor suyo mil chanzonetas para hacer reir á las damas.

En cuanto á la Mole, habia ya encontrado ocasion de besar la banda blanca con franjas de oro que llevaba Margarita, sin que hubiesen visto esta accion (hecha con la destreza que se pone por lo regular en las intriguillas) mas que tres ó cuatro personas.

Llegaron á Bondy como á las ocho y cuarto.

El primer cuidado de Cárlos IX fué el de informarse de si el javalí habia resistido. El javalí estaba en su guarida, y el picador que lo habia ojeado respondia de él.

Tenian ya dispuesto un refresco. El rey bebió un vaso de vino de Hungría. Cárlos IX invitò á las damas á ponerse á la mesa, y dando rienda á su impaciencia, se fué por matar el tiempo á visitar las perreras y las perchas recomendando á sus servidores que no desensillaron su caballo, en atencion, decia él, á que jamás habia montado uno mas fuerte ni mejor.

En tanto que el rey daba sus vueltas, llegó el duque de Guisa. Estaba armado para guerra mas bien que para caza, y traía consigo veinte ó treinta gentiles-hombres equipados como él. Informóse al instante de donde estaba el rey, fué á reunirselo, y volvió hablando con él á poco rato.

A las nueve dió el rey la señal de tocar el cuerno y de lanzarse, y montado cada uno á caballo, se encaminaron al sitio de la cita.

En el camino Enrique halló medio de acercarse de nuevo á su esposa.

—Y bien! le preguntó, sabéis algo de nuevo?

—No, respondió Margarita, sino que mi hermano Cárlos os mira de un modo muy extraño.

—Ya lo he percibido, respondió Enrique.

—Habeis tomado algunas precauciones?

—Traigo sobre el pecho mi cota de malla, y á mi lado un excelente cuchillo de caza español, afilado como una navaja de afeitar, puntiagudo como una aguja, y con el cual paso los doblones.

—Entonces, dijo Margarita, Dios nos proteja!

El picador que dirigia la comitiva hizo una seña: habian llegado á la guarida del javalí.

CAPITULO XI.

*El pabellon de Francisco; I.*

**A**LLÁ cuando los reyes casi eran semi-dioses, cuando la caza, á mas de ser una diversion, formaba un arte, una caza boreal hecha por reyes era cosa digna de verse.

Fuerza es, sin embargo, que abandonemos este régio espectáculo para penetrar en un paraje de la selva, en que todos los actores de la escena que acabamos de narrar deberán en breve reunirse.

A la derecha del pasco de las Violetas, larga galeria de follaje, espeso albergue en que entre los espliegos y matorrales empina de vez en cuando las orejas una inquieta liebre mientras que el errante gamo alza la enastada cabeza, dilata la nariz, y aplica el oido, hay un sitio al raso bastante estraviado para que desde el camino no se le pueda ver, pero no tanto que no se divise desde él el camino.

En medio de esta especie de plazoleta, hay dos hombres tendidos sobre la yerba; tienen debajo una capa de viage; al costado un largo espadon, y al alcance de su mano un mosquete muy ancho de boca, de los que entonces se llamaban *pectorales*. Por la ele-

gancia del traje se parecian de lejos á los festivos interlocutores del Decameron (1), y de cerca, por lo imponente de sus armas á esos salteadores de caminos que cien años despues retrató Salvator Rosa en sus paisajes.

Uno de ellos estaba apoyado sobre una rodilla y una mano, como las liebres y gamos de que hemos hecho mencion.

—Paréceme, dijo, que se ha acercado singularmente á nosotros la caceria; antes oí hasta los gritos de los cazadores que azuzaban al halcon.

—Y ahora, contestò el otro, que aguardaba al parecer los sucesos con mucha mas filosofia que su compañero, ya nada oigo; deben haberse alejado... Ya te dije que este es mal sitio para estar de acecho. Verdad es que no nos ven, pero tampoco vemos.

—¡Qué diantrel amigo Anibal, dijo el primer interlocutor, en alguna parte habíamos de poner nuestros dos caballos, los otros dos que traemos del diestro y las mulas, que vienen tan cargadas que no sé cómo podrán seguirnos. Estas antiguas hayas, estas centenarias encinas son, á mi entender, muy á propósito para tan difícil empeño. Me atreveré por tanto á decir, lejos de inculpar como tú á Mr. de Mouy, que reconozco en todos los preparativos de esta empresa, dirigida por él, profundo tacto de un verdadero conspirador.

---

1)) *Coleccion de ouentos de Bocacio.*

—¡Bravo! exclamó el segundo caballero, ya salió la palabra que yo aguardaba. Te cogí, ¿Con que conspiramos?

—No hay tal; servimos al rey y á la reina....

—Que conspiran: para nosotros es exactamente lo mismo.

—Ya te lo he dicho, Coconnas, repuso la Mole, de ninguna manera pretendo obligarte á que me acompañes esta ventura que emprendo movido por una causa particular, en que no tienes, en que no puedes tener parte.

—¿Y quién dice ¡voto á Sanes! que me obligues? No hay hombre en el mundo que pueda obligar á Coconnas á hacer lo que á él no se le antoje; pero ¿crees que te he de dejar marchar sin seguirte, sobre todo viendo que vas camino del infierno?

—Annibal, Annibal, dijo la Mole, me parece que allá á lo lejos diviso su blanca bandera. ¡Oh! ¡es extraño cómo me late el corazón solo de pensar en ella!

—Extraño es en efecto, dijo Coconnas bostezando; á mí, maldito si me late.

—No es ella, repuso la Mole. ¿Qué habrá sucedido? Me parece que estaba todo dispuesto para las doce.

—Ha sucedido que no son las doce todavía, y que, según veo, tenemos tiempo para echar un sueño.

Con esta convicción se tendió Coconnas sobre su capa, como para unir el ejemplo al precepto; mas no bien tocó la tierra con las



orejas, se quedó inmóvil con un dedo alzado al aire haciendo seña á la Mole de que callara.

—¿Qué hay? preguntó este.

—¡Silencio! ahora oigo algo; no me engañe.

—Es particular; yo, aunque escucho, nada oigo.

—¿Nada?

—No.

—Pues mira ese gamo, dijo Coconnas incorporándose y poniendo una mano sobre el brazo de la Mole.

—¿Dónde?

—Allá abajo.

Y Coconnas señaló con el dedo al animal.

Efectivamente.

—Ahora verás.

Miró la Mole al animal, el cual tenia la cabeza inclinada cual si fuera á paecer, pero en realidad para escuchar. No tardó en alzar la frente cargada de una soberbia cornamenta; aplicó el oido á la parte de donde venia sin duda el ruido y de pronto, sin causa aparente, rompió á correr con la rapidez del relámpago.

—¡Oh! dijo la Mole, creo que tienes razon; el gamo huye...

—Y cuando huye, repuso Coconnas, es porque oye lo que tú nó.

Alzábase, en efecto, vagamente entre la yerba un rumor sordo y apenas perceptible para

oidos menos prácticos, hubiera sido efecto del viento; para nuestros caballeros era un galope lejano.

La Mole se incorporó rápidamente.

—Ahí están, dijo, ¡alerta!

También se levantó Coconnas, pero mas despacio; parecía que la vivacidad del piamontés se había trasladado al corazón de la Mole, apoderándose de aquel la indolencia de su amigo. Y era que en esta ocasión el uno obraba por entusiasmo, y el otro contra su voluntad.

En breve llegó á los oídos de entrambos amigos un ruido igual y acompasado. El relincho de un caballo hizo empinar las orejas á los que la Mole y Coconnas tenían dispuestos á diez pasos de distancia. Como una sombra blanca atravesó luego el paseo una muger, que volviéndose hácia los dos amigos, hizo una seña singular y desapareció.

—¿La reina! exclamaron á la par.

—¿Qué significa eso? dijo Coconnas.

—Ha hecho así, con el brazo respondió la Mole lo cual significa: *Ahora mismo...*

—Ha hecho así, dijo Coconnas, lo cual significa: *Idos...*

—Quiere decir: *Esperadme.*

—Quiere decir: *Escapaos.*

—E laborabuena, dijo la Mole, aténgase cada uno á su convicción. Vete tú, yo me quedaré.

Coconnas se encogió de hombros y se tendió en el suelo.

En el mismo instante, y en sentido inverso

del camino que habia tomado la reina, pero por el mismo pascó, pasó á toda rienda una tropa de ginetes que los dos amigos conocieron ser protestantes; sus caballos, enardecidos y casi furiosos, brincaban como las langostas de que habla Job:—Aparecieron y desaparecieron.

—¡Diantre! esto se va poniendo serio, dijo Coconnas levantándose. Vamos al pabellon de Francisco I.

—Nada de eso, respondió la Mole. Si nos han descubierto, ese pabellon será el primero que llame la atencion del rey, puesto que era el punto de reunion general.

—En eso puedes tener razon, murmuró Coconnas.

No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando pasó un gabinete como un relámpago por entre los árboles; y atravesando fosos, matorrales y barreras, llegó junto á los dos caballeros. Llevaba una pistola en cada mano, y guiaba tan solo con las rodillas á su caballo en aquella furibunda carrera.

—¡Mr. de Mouyl exclamó Coconnas mas inquieto y alborotado ya que la Mole. ¿Mr. de Mouyl huyendo? ¿Tocan á escaparse?

—¡Éh! ¡aprisal! ¡aprisal! gritó el hugonote; marchaos; todo se ha perdido; he dado un rodeo para deciroslo; ¡á caballo!

Y como no habia cesado de correr mientras pronunciaba estas palabras, ya se hallaba lejos cuando las terminó, y por consiguiente,

cuando se penetraron la Mole y Coconnas completamente de su sentido.

—¿Y la reina? gritó la Mole.

Pero la voz del jóven se perdió en el espacio; Mouy estaba ya á sobrada distancia para oírle, y mas para contestarle.

Coconnas tomó muy pronto su partido: en tanto que la Mole permanecía inmóvil siguiendo con la vista á Mouy, que desaparecía por entre las ramas que se abrían á su paso y se volvían á unir despues, corrió á donde estaban los caballos, los acercó, montó en el suyo, tiró las riendas del otro á la Mole, y se dispuso á arriar la espuela.

—Ea, gritó, te repito lo que ha dicho Mouy. ¡A caballo! Mouy es hombre que lo entiende. ¡A caballo, á caballo, la Mole!

—Un instante, respondió este, para algo hemos venido aquí.

—Como no quieras que sea para que nos ahorquen, repuso Coconnas, te aconsejo que no pierdas tiempo. Ya te entiendo; vas á empezar con retóricas, á perifrarsear la palabra huir: á hablar de Horacio que tiró su escudo, y de Epaminondas que volvió á su hogar sobre el suyo: yo no te diré mas que una cosa, y es que donde huye Mr. de Mouy de Saint-Phale, puede huir todo el mundo.

—Mr. de Mouy de Saint-Phale, dijo la Mole, no está encargado de llevarse á la reina Margarita; Mr. de Mouy de Saint-Phale no ama á la reina Margarita.

—¡Voto á Sanes! y hace bien si habia ese amor de inducirle á cometer disparates como los que tú proyectas, ¡Carguen quinientos mil demonios del infierno con el amor que puede costar la cabeza á dos buenos caballeros! ¡Cuerpo de Cristol como dice el rey Carlos; somos conspiradores, querido, y cuando se conspira mal, fuerza es escaparse bien. ¡Arriba, arriba, la Mole!

—Vete, amigo; lejos de estorbarlo, te lo ruego. Tu vida es mas preciosa que la mia. Defiéndela.

—Debieras decir: Coconnas, vamos á que nos ahorquen juntos; y no: Coconnas, escapate solo.

—¡Bah! respondió la Mole, la soga, amigo, es para los plebeyos, no para caballeros como nosotros.

—Empiezo á creer, dijo Coconnas con un suspiro, que no es mala la precaucion que he tomado.

—¿Cuál?

—La de hacerme amigo del verdugo.

—Siniestro estás, querido Coconnas.

—Pero en suma, ¿qué hacemos? exclamó este perdiendo la paciencia.

—Vamos á buscar á la reina.

—¿A donde?

—No lo sé.... ¡Busquemos al rey!

—¿A dónde?

—Tampoco lo sé..... pero ya los encontraremos, y entre los dos haremos lo que no se

han atrevido á hacer cincuenta personas.

—Me atacas por el amor propio, Jacinto; es mala señal.

—Ea, pues, montemos á caballo y marchemos.

—Gracias á Dios.

Volvióse a Mole para asir el arzon de la silla pero en el instante en que ponía el pié en el estribo se oyó una voz imperiosa:

—¡Alto ahí! Rendios.

Al mismo tiempo asomó un semblante humano tras una encina; luego otro, luego treinta; eran soldados de caballería ligera, que echando pié a tierra se habían deslizado rastreando por entre las zarzas, y andaban registrando el bosque.

—¿Qué te digo? murmuró Coconnas.

Una especie de rugido sordo fué la respuesta de la Mole.

Aun distaban los ligeros treinta pasos de nuestros amigos.

—¡Eh! continuó el piemontés hablando en alta voz al teniente de la tropa, y en voz baja á la Mole: ¿qué ocurre, señores?

El teniente mando á sus soldados que apuntasen á los dos amigos.

Coconnas continuó por lo bajo:

—¡A caballo, la Mole! todavía es tiempo; monta como te he visto montar cien veces, y marchemos.

Y volviéndose á los soldados, añadió:

—¡Eh! ¿qué diantre, señores! no hay que ti-

rar; pudiérais matar á gente amiga.

—Por entre los árboles se apunta mal, prosiguió diciendo á la Mole; aunque tiren no nos acertarán.

—Es imposible respondió la Mole; no podemos llevarnos el caballo de Margarita ni las dos mulas: el encontrarlas aquí comprometería á la reina y yo puedo disparar con mis contestaciones toda sospecha. Vete amigo, vete.

—Señores, dijo Coconnas desenvainando la espada y alzándola al aire, señores, nos rendimos.

—Los ligeros se echaron sus mosquetes al hombro.

—Pero sepamos ante todo por qué nos hemos de rendir.

—Ya se lo preguntareis al rey de Navarra.

—¿Qué crimen hemos cometido?

—Mr. de Alencon os lo dirá.

Miráronse Coconnas y la Mole; el nombre de su enemigo en tales momentos no era propio para tranquilizarlos.

Con todo, ninguno de los dos hizo resistencia. Coconnas fué invitado á apearse, maniobra que ejecutò sin hacer la menor observacion. Colocáronse en seguida los dos en medio de los ligeros y se encaminaron al pabellon.

—¿No querias ver el pabellon de Francisco I? dijo Coconnas á la Mole, al divisar al través de los árboles las tapias de un bellissimo edificio gótico: pues parece que te se cump'le el deseo.

Nada respondió la Mole, pero apretó la mano á Cocounas.

Al lado de aquel lindo pabellon, construido en tiempo de Luis XII y que se llamaba de Francisco I porque siempre le escogia este monarca para sus reuniones de caza, habia una especie de choza construida por los monteros y que desaparecia en cierto modo entre los mosquetes, alabardas y espadas, como una tovera entre las blanquecinas mieses.

A aquella choza fueron conducidos los prisioneros.

Demos ahora alguna luz á la situacion algo anubarrada, sobre todo para los amigos, refiriendo lo que habia pasado.

Habíanse reunido, como estaba determinado, los caballeros protestantes en el pabellon de Francisco I, cuya llave se proporcionó Mouy segun sabemos.

Dueños de la Selva, al menos así lo creian, establecieron centinelas en varios puntos, centinelas de que los ligeros se apoderaron sin resistencia, gracias á una vigorosa sorpresa y á un cambio de bandas blancas en bandas rojas, precaucion debida al ingenioso celo de Mr. de Nancy.

Continuaron los ligeros su batida cercando el pabellon; pero Mouy que como ya hemos dicho, esperaba al rey de la estremidad del paseo de las Violetas, vió á los soldados disfrazados con bandas rojas marchar á paso de lobo, y desde aquel momento le pare-



cieron sospechosos. Apartóse, pues, á un lado para no ser visto y notó que aquel vasto círculo se iba estrechando del modo mas á propósito para bloquear la selva y rodear el sitio de la cita.

Al mismo tiempo observó además que al fondo del paseo principal asomaban los blancos penachos y brillaban los arcabuces de la guardia del rey. Vió por fin al monarca en persona y al otro lado divisó al rey de Navarra.

Entonces hizo una cruz en el aire con el sombrero, seña convenida de antemano para dar á entender que todo estaba perdido.

A esta seña volvió el rey grupas y desapareció.

Clavando inmediatamente Mouy las dos anchas estrellas de sus espuelas en los hijares de su caballo, se puso en fuga y de paso dijo á la Mole y Coconnas las palabras que atrás hemos copiado.

El rey, que habia notado la desaparicion de Enrique y de Margarita, llegó al pabellon acompañado del duque de Alenzon, para ver salir á entrambos de la choza en que habia mandado encerrar cuanto se encontrase no solo en el pabellon, sino tambien en la selva.

Lleno Alenzon de confianza, cabalgaba junto al rey, cuyo mal humor se aumentaba mas y mas con sus agudos dolores. Dos ó tres veces habia estado á pique de desmayarse y

una de ellas le dió un vómito en que arrojó alguna sangre.

—Vamos, vamos, dijo el rey al llegar; despachemos; me urge volver al Louvre: sacadme de la gazapera á esos renegados: hoy es San Blas, primo de San Bartolomé.

A estas palabras del rey se puso en movimiento todo aquel hormiguero de picas y arcabuces, y los lugonotes presos, ora en la selva ora en el pabellon, tuvieron que salir unos tras otros de la cabaña.

No asomaban, empero, ni el rey de Navarra, ni Margarita, ni Mouy.

—¿Qué es esto? preguntó el rey: ¿donde está Enrique, donde está Margarita? Me los habeis prometido, Alenzon, y ellos han de parecer. ¿cuerpo de Cristo!

—¡El rey y la reina de Navarra contestó Mr. de Naucy: ni siquiera los hemos visto.

—Ahí vienen, dijo madama de Nevers.

En efecto, en aquel mismo momento aparecieron en la estremidad de una arboleda que conducia al rio, Enrique y Margarita tan tranquilos cual si nada hubiera ocurrido; ambos con el halcon sobre el puño y amorosamente emparejados con tanto arte, que al galopar sus caballos no menos unidos que ellos, parecia que se acariciaban con las fauces.

Entonces fue cuando endurecido Alenzon mandó registrar las cercanías y fueron halla-

dos la Mole y Coconnas en su albergue de yedra.

Tambien ellos hicieron su entrada en el corro que formaban los guardias con la mas fraternal union. Mas como no eran reyes no pudieron hacerlo con tanta serenidad como Enrique y Margarita. La Mole estaba muy pálido y Coconnas muy encendido.

## CAPITULO XII.

### *La investigacion.*

**E**L espectáculo que se ofreció á los ojos de entrambos jóvenes al entrar en el corro, fué de aquellos que nunca se olvidan, aun cuando no se vean mas que una vez y un solo instante.

Ya hemos dicho que Carlos IX habia visto desfilar á todos los caballeros encerrados en la choza de los monteros y sacados uno á uno por sus guardias.

El y Alenzon observaban la escena con ávidos ojos, esperando ver salir á su vez al rey de Navarra.

Frustróse su esperanza.

Mas no bastaba esto; era necesario saber lo que de él habia sido.

Así es que cuando aparecieron los dos esposos á la estremidad del paseo, Alenzon se

demudó y Carlos sintió que se le dilataba el corazón, pues instintivamente deseaba que se volviese contra su hermano cuanto este le había obligado á hacer.

—Con que al fin se escapará? murmuró Francisco, poniéndose pálido.

En aquel momento atacaron al rey tan violentos dolores de vientre que, soltando las riendas, se puso las manos en los costados y empezó á gritar como un frenético.

Enrique se le acercó solícitamente; mas durante el tiempo que tardó en recorrer los doscientos pasos que de su hermano le separaban, Carlos se había serenado algo.

—De dónde venís? preguntó el rey con una dureza que paralizó á Margarita.

—De la cacería, hermano, respondió esta.

—La cacería estaba á orillas del río, y no en la selva.

—Mi halcon se cebó en un faisán, señor, cuando nos quedamos atrás para examinar la garza.

—Y dónde está ese faisán?

—Aquí: ¿buena pieza, eh?

Y con la mayor candidéz presentó Enrique á Carlos el pájaro matizado de púrpura, azul y oro.

—Bien, dijo Carlos; pero ¿por qué no os reunisteis á nosotros despues de cazar el faisán?

—Porque habia volado hácia el parque, señor, de modo que cuando bajamos á la orilla

del río os vimos á media legua de debantera volviendo ya hácia la selva; entonces pusimos los caballos al galope para seguirlos, porque viniendo de caza con V. M. no queríamos perdernos.

—Y todos estos caballeros; reposo Carlos, estaban convidados tambien?

—Qué caballeros? preguntó Enrique paseando en torno suyo una indagadora mirada.

—Vuestros hugonotes, ¿pardiez! dijo Carlos; en todo caso, si alguien les ha convidado, no he sido yo.

—No señor, respondió Enrique, pero tal vez haya sido Mr. de Alenzon.

—Mr. de Alenzon! ¿pues cómo?

—Yo! exclamó el duque.

—Por qué no, hermano? reposo Enrique. ¿No anunciásteis ayer que érais rey de Navarra? Pues los hugonotes que os pedian por soberano vienen á daros las competentes gracias, á vos por haber aceptado la corona, y al rey por habérsela conferido. ¿No es así, señores?

—Sí, sí, gritaron veinte voces: ¡Viva el duque de Alenzon! ¡viva el rey Carlos!

—Yo no soy rey de los hugonotes, dijo Francisco, poniéndose pálido de cólera, y echando á hurtadillas una mirada á Carlos, añadió: y espero no serlo nunca.

—Como quiera, dijo Carlos, habeis de saber, Enrique, que todo esto me parece muy extraño.

—Señor respondió con firmeza el rey de

Navarra, cualquiera diria ¡por Dios! que estoy sufriendo un interrogatorio.

—Y si os dijera que sí ¿qué responderíais?

—Que soy tan rey como vos, señor, dijo altaneramente Enrique, porque la cuna y no la corona es la que constituye la dignidad real, y que responderé a un hermano y a un amigo, pero nunca a un juez.

—Mucho desee, murmuró Carlos, saber a qué atenerme una vez en mi vida.

—Que traigan a Mr. de Mouy, dijo Alenzon, y lo sabreis. Deben haberle cogido.

—Está Mr. de Mouy entre los prisioneros? preguntó el rey.

Enrique tuvo un momento de inquietud y cambió una mirada con Margarita; pero aquel momento fué de corta duracion.

—Nadie contestó.

—Mr. de Mouy no está entre los prisioneros, dijo Mr. de Nancy: algunos soldados creen haberle visto, mas ninguno lo sabe de cierto.

Alenzon murmuró una blasfemia.

—Señor, dijo Margarita, señalando a la Mole y a Cocannas, que habian oido todo el diálogo, y con cuya inteligencia creia poder contar; señor, aquí hay dos caballeros que sirven a Mr. de Alenzon; interrogadles y contestarán.

El duque conoció el tiro.

--Los he mandado prender justamente para

probar que no me sirven, dijo.

Miró el rey á los dos amigos y se sobresaltó al ver á la Mole.

—Oh! otra vez este provenzal! murmuró.

Coonnas hizo un atento saludo.

—En qué estábais ocupados cuando os prendieron? preguntó el rey.

—Platicábamos, señor, de guerras y amores.

—A caballo! Armados de pies á cabeza  
¡Dispuestos para huir!

—No, señor, repuso Coonnas; han infermado mal á V. M. Estábamos recostados á la sombra de una aya: *sub tegmine fagi*..

—A la sombra de una aya?

—Y aun hubiéramos podido huir, si hubiésemos tenido algun motivo para sustraernos á la cólera de V. M. Señores, bajo palabra de soldados, dijo Coonnas volviéndose á los ligeros, ¿creeis ó no que hubiéramos podido huir si tal hubiese sido nuestro deseo?

—Es muy cierto, dijo el teniente, que estos señores no han hecho el menor movimiento para fugarse.

—Porque tenian léjos los caballos, dijo el duque de Alenzon.

—Dispense monseñor, respondió Coonnas, yo estaba montado en el mio, y mi amigo el conde de Lerac de la Mole tenia cojidas las riendas del suyo.

—Es verdad esto, señores? preguntó el rey..

—Es verdad, repuso el teniente, y aun debo añadir que Mr. de Coconnas se apeó al vernos.

Coconnas se sonrió haciendo un mohín que significaba:

—Ya lo veis, señor.

—¿Pero, y esos caballos de refresco, y esas mulas, y esas arcas con que iban cargadas? preguntó Francisco.

—Somos por ventura mozos de caballeriza? dijo Coconnas; que busquen al palafrero que los guardaba.

—No está, exclamó el duque enfurecido.

—Habrá tenido miedo, y se habrá escapado, repuso Coconnas, no se puede exigir de un villano que demuestre el mismo valor que un caballero.

—Siempre el mismo sistema! dijo Alenzon rechinando los dientes. Afortunadamente, señor, hace ya algunos días que os participé que estos caballeros habian dejado de pertenecer á mi servidumbre.

—Yol dijo Coconnas: ¿he tenido la desgracia de dejar de servir á V. A?

—Pardiez! señor mio, mejor que nadie podeis saberlo, puesto que hicisteis dimision en una carta, no poco descomedida, que he conservado á Dios gracias, y que por fortuna traigo conmigo.

—Oh! dijo Coconnas, yo confiaba en que V. A. me perdonase el haber escrito esa carta cediendo á un primer impulso de enfado. Su-



pe que V. A. había querido ahorcar en un corredor del Louvre á mi amigo la Mole...

—Qué está diciendo? preguntó el rey.

—Cree que V. A. hubiese acometido solo esta empresa, prosiguió ingenuamente Coconnas, mas cuando supe que otras tres personas...

—Silencio! dijo Carlos, estamos suficientemente enterados. Enrique, añadió volviéndose al rey de Navarra, dadme palabra de no huir.

—Se la doy á V. M.

—Volved á Paris con Mr. de Nancy, y quedaos arrestado en vuestra cámara. Señores, prosiguió dirigiéndose á los dos amigos, entregad las espadas.

La Mole miró á Margarita, la cual se sonrió. Inmediatamente dió el provenzal su espada al capitán que mas cerca tenia.

Coconnas le imitó.

—¿Y Mr. de Mouy, ha parecido? preguntó el rey.

—No, señor, dije Mr. de Nancy: ó no estaba en la selva ó se ha escapado.

—¡Malol! repuso el rey. Demos la vuelta. Tengo frio, me desvanzco.

—Señor, será la cólera, dijo Francisco.

—Si, puede ser, vacilan mis ojos. ¿Dónde están los prisioneros? No veo. ¿Es ya de noche por ventura? ¡Oh! ¡misericordia! ¡me abraza!... ¡Socorro!

Y soltando el infeliz monarca las riendas del caballo, alargó los brazos, y cayó de espaldas sostenido por los cortesanos aterrados con aquel segundo ataque.

Francisco se enjugaba retirado á un lado, el sudor de la frente, pues él solo sabia la causa del mal que á su hermano aquejaba.

A la otra parte, el rey de Navarra, vigilado ya por Mr. de Nancy, contemplaba toda aquella escena con progresivo asombro.

—¡Eh! murmuró con la prodigiosa intuición que á veces le convertía, por decirlo así, en un profeta, ¿sí habrá sido una fortuna para mí que hayan estorbado mi fuga?

Y miró á Margarita, cuyos rasgados ojos dilatados por la sorpresa, pasaban de él al rey, y del rey á él.

Carlos IX estaba sin conocimiento. Acercaron unas angarillas y le tendieron en ellas. Cubriéronle en seguida con una capa que se quitó un caballero, y la comitiva emprendió tranquilamente el camino de Paris, de donde por la mañana habian visto salir á una turba de festivos conspiradores y á un rey alegre, y á donde entraban entonces un rey moribundo y un sin número de rebeldes prisioneros.

Margarita, que á todo esto no habia perdido ni su libertad de cuerpo ni su libertad de espíritu, hizo una última seña de inteligencia á su marido, y en seguida pasó tan cerca de la Mole, que este pudo oír las siguientes palabras griegas pronunciadas á media voz:

—*Me deide.*

Es decir:

—Nada temas.

—¿Qué te ha dicho? preguntó Coconnas.

—Que no tenga miedo, respondió la Mole.

—¡Malo! murmuró el piemontés; ¡malol! Eso quiere decir que corremos peligro. Siempre que me han dicho esas palabras como para animarme, he recibido ya un balazo, ya una estocada en el cuerpo, y aun algun tiesto en la cabeza. Nada temas, en hebreo, en griego, en latin y en francés, significa siempre para mí: ¡Mucho cuidado!

—En marcha, señores, dijo el teniente de lijeros.

—Sin indiscrecion, señor teniente, preguntó Coconnas, ¿á donde vamos?

—Creo que á Vincennes.

—Mas quisiera ir á cualquiera otra parte, repuso Coconnas; pero al fin, no todo ha de salir á medida del deseo.

En el camino volvió el rey de su desmayo y recobró algunas fuerzas. En Nanterre se empeñó en montar á caballo, mas no se lo permitieron.

—Que avisen á maese Ambrosio Paré, dijo Cárlos al llegar al Louvre.

Y bajándose de la litera, subió apoyado en el brazo de Tavannes á su aposento, donde prohibió que entrase nadie.

Todos notaron que estaba muy serio; por el camino fué absorto en una profunda meditacion sin dirigir la palabra á nadie, sin pensar en la conspiracion ni en los conspiradores. Era evidente que le preocupaba su enfermedad.

Enfermedad tan súbita, tan rara, tan aguda

y que tenia algunos síntomas semejantes á los que se notaron su hermano Francisco II poco antes de su muerte.

—No causó sorpresa por tanto la prohibicion de que nadie entrase, excepto maese Paré, en la cámara real. Sabido era que la misantropia formaba el fondo del carácter del príncipe.

Entró Cárlos en su alcoba, se sentó en una silla muy larga, apoyó la cabeza en una almohada, y pensando que maese Ambrosio Paré podia no estar en casa y tardar en presentarse, quiso aprovechar el tiempo.

En consecuencia, dió una palmada y se presentó un guardia.

—Decid al rey de Navarra que quiero hablarle, dijo Cárlos.

Inclinóse el guardia y obedeció.

Cárlos echó la cabeza atras; una espantosa pesadez en el cerebro le permitia apenas coordinar sus ideas; flotaba ante sus ojos una especie de sangrienta nube; tenia reseca la boca y ya habia apurado, sin satisfacer su sed, toda una jarra de agua.

En medio de su somnolencia se abrió la puerta, y se presentó Enrique; Mr. de Nancy le seguia, mas se quedó en la antecámara.

Esperó el rey de Navarra á que cerrasen la puerta, y se acercó.

—Señor, dijo, me habeis mandado llamar. Aquí me teneis.

Estremecióse el rey á aquel acento, é hizo

el movimiento maquinal de presentarle la mano.

—Señor, dijo Enrique sin apartar los suyos de sus costados, V. M. se olvida de que ya no soy su hermano sino su prisionero.

—¡Ah! es verdad, respondió Carlos; agradezco que me lo recuerdeis. Hay mas; me prometisteis responderme francamente cuando estuviésemos solos.

—Estoy pronto á cumplir mi promesa. Interrogadme, señor.

El rey se echó un poco de agua fria en la mano, y se llevó la mano á la frente.

—¿Qué parte de verdad tiene la acusacion del duque de Alenzon? Vamos, respondedme, Enrique.

—La mitad tan solo. Mr. de Alenzon debia huir, y yo acompañarle.

—¿Y por qué le ibais á acompañar? preguntó Carlos; ¿estais descontento de mí, Enrique?

—No, señor, por el contrario; V. M. no me ha dado mas que motivos de elogio, y Dios que lee en los corazones, sabe cuan profundo es el afecto que me inspira mi hermano y señor.

—Pues no es natural, repuso Carlos, huir de las personas que nos inspiraban y nos profesaban cariño.

—Y aun por eso no huia yo de los que me aman, sino de los que me aborrecen. ¿Me permite V. M. que le hable sin rebozo?

—Hablad.

—Los que aquí me aborrecen, señor, son Mr. de Alençon y la reina madre.

—En cuanto al duque de Alençon, repuso Carlos, no digo que no, pero la reina madre es trata con las may res atenciones.

—Justamente por eso desconfío de ella, señor. Y buena cuenta me ha tenido el desconfiar.

—¿De ella?

—De ella ó de los que la rodean. Ya sabeis, señor, que una de las desgracias de los monarcas consiste á veces en que les sirvan no demasiado mal, sino demasiado bien.

—Esplicáos: os habeis comprometido á decírmelo todo.

—Ya vé V. M. que lo cumplo.

—Continuad.

—¿Me ha dicho V. M. que me tenia afecto?

—He dicho que os lo tenia antes de vuestra traicion, Henriot.

—Suponed que seguis teniéndomele.

—Enhorabuena.

—Si me lo tencis, señor, debeis desear que viva, ¿no es así?

—Me hubiera desesperado si te hubiese sucedido una desgracia.

—Pues bien, señor, dos veces ha estado V. M. á punto de desesperarse.

—¿Cómo así?

—Sí, porque dos veces la Providencia tan solo me ha salvado la vida. Verdad es que la segunda vez tomó la Providencia las facciones de V. M.

—¿Y la primera, qué máscara tomó?

—La de un hombre á quien causaría no poca sorpresa el verse confundido con ella, la de René. Si, señor; vos me salvásteis del hierro...

Arrugó Cárlos el entrecejo, recordando la noche en que se llevó á Enrique á la calle des Barres.

—¿Y René? preguntó.

—René me salvó del veneno.

—¡Vive Dios que tienes suerte, Henriot! dijo el rey procurando sonreirse y contrayendo nerviosamente los lábios en fuerza de un agudo dolor. No es ese su oficio.

—Dos milagros me han salvado, señor. Un milagro de arrepentimiento por parte del florentino y un milagro de bondad por parte de V. M. Pero confieso francamente que recelé se cansára Dios de hacer milagros, y quise huir fundado en el axioma de: ayúdate y te ayudaré.

—¿Por qué no me digiste antes de ahora todo eso, Enrique?

—Porque diciendo ayer estas mismas palabras, hubiera sido un delator.

—¿Y diciéndolas hoy?

—Hoy es otra cosa: me acusan y me defiendo.

—¿Estás seguro de la primera tentativa, Henriot?

—Tanto como de la segunda.

—¿Y quisieron envenenarte?

—Sí, señor.

—¿Con qué?

—Con opiata.

—¿Como se envenena con opiata?

—¡Pse! preguntádselo á René, señor, ¿no se envenena con guantes?

Cárlos frunció el ceño; pero poco á poco se desarrugó su frente.

—Sí, sí, dijo cual si hablara consigo mismo, es natural en los seres creados el buir de la muerte; ¿por qué no ha de hacer la inteligencia lo que hace el instinto?

—Vamos, señor, preguntó Enrique, ¿queda satisfecho V. M. de mi franqueza? ¿cree que se lo he dicho todo?

—Sí, Henriot, sí, eres un buen muchacho. Y dime; ¿piensas que los que tan mal te quieren no se han cansado aun, que pueden haber hecho nuevas tentativas?

—Señor, todas las noches me admiro de verme todavía vivo.

—Mira, Henriot, desean matarme porque saben que yo te tengo cariño pero pierde cuidado, ya sufrirán la pena de su mala intencion. Por lo pronto quedarás en libertad.

—¿Para marcharme de Paris, señor? preguntó el rey de Navarra.

—¡No! bien sabes que me es imposible pasarme sin tí. ¡Voto á una legion de demonios! Yo necesito de alguien que me quiera.

—En ese caso, señor, y puesto que vuestra magestad desea tenerme á su lado, dígnese con-



cederme una gracia...

—¿Cuál?

—La de no detenerme aquí á título de amigo sino de prisionero.

—¿De prisionero?

—Sí por cierto. ¿No vé V. M. que su amistad es la que me pierde?

—¿Prefieres que te odie?

—Un odio aparente, señor. Estaré mas seguro si me creen en desgracia; no les correrá tanta prisa mi muerte.

—Henriot, dijo Carlos, no se lo que deseas, ni cual fin te propones, pero gran chasco me llevaria si no se cumpliesen tus deseos, si no alcanzases tu fin.

—¿Puedo contar con la severidad de rey?

—Sí.

—Ya estoy mas tranquilo, ¿qué manda ahora V. M?

—Vuelve á tu aposento, Henriot. Estoy malo, voy á ver mis perros y á acostarme.

—Señor, dijo Enrique, debia V. M. mandar llamar á un médico; su indisposicion es acaso mas grave de lo que parece.

—He mandado avisar á maese Ambrosio Paré.

—Siendo asi, me voy mas descuidado.

—Júrote por mi alma, dijo el rey, que entre toda mi familia, creo que eres el único que me quiere de veras.

—¿Eso pensais, señor?

—A te de caballero.

—Pues recoméndame á Mr. de Nancy como hombre destinado por vuestra cólera á no vivir un mes solo, así os podré querer mucho tiempo.

—Mr. de Nancy, gritó Cárlos.

Entró el capitán de guardias.

—En vuestras manos pongo al mayor delincuente del reino, continuó el rey: me respondeis de él con vuestra cabeza.

Y Enrique salió con abatida faz en pos de Mr. de Nancy.

### CAPITULO XIII.

#### *Acteon.*

**S**orprendió á Cárlos, luego que se quedó solo, el advertir que no se le presentaba ninguno de sus dos leales; sus dos leales eran su nodriza Magdalena y su perro Acteon.

—La nodriza habrá ido á cantar salmos con algun bugonote conocido suyo, dijo para sí, y Acteon estará enfadado todavia por el lañigazo que le di esta mañana.

Con esto cogió Cárlos una bugía y pasó al cuarto de la buena muger. No estaba allí. Una puerta del aposento daba, como recordará el lector, á la sala de armas. El rey se acercó á esta puerta.

Pero en el camino le dió otro ataque de los que ya antes habia tenido, y que tan inopina-

damente le acometían. El rey sufría cual si le revolvieran las entrañas con un hierro candente; devorábale una inestinguible sed, vió una taza de leche en una mesa, la apuró de un trago, y se quedó algo mas tranquilo.

Entonces tomó la luz que habia dejado sobre la mesa y entró en la sala de armas.

Gran sorpresa le causó el que no saliese Acteon á su encuentro. ¿Le habrían encerrado? En ese caso, al conocer que habia vuelto su amo de la carcería debía haber ladrado.

Cárlos le llamó con voces y con silbidos: nadie parecia.

Dió cuatro pasos adelante, y al iluminar la luz de la bujía los rincones de la estancia, divisó en uno de ellos una masa inerte tendida en el suelo.

—¡Hola, Acteon, hola! dijo Cárlos.

Y volvió á silvar.

El perro no se movió.

Corrió Cárlos á él y le tocó: el pobre animal estaba tieso y frio. De su boca, contraída por el dolor, salían algunas gotas de hiel, mezcladas con una espumosa y sanguinolenta baba. Habia el perro encontrado en el aposento una vareta de su amo y en ella tenia apoyada la cabeza cual si hubiese querido morir sobre aquel objeto que le recordaba á un amigo.

A este espectáculo que le hizo olvidar sus propios dolores y le devolvió toda su energía, fermentó la cólera en las venas de Cárlos; quiso gritar, mas los reyes encadenados por

su grandeza no están á cubierto del primer movimiento que todo hombre convierte en pro de sus pasiones ó de su propia defensa. Reflexionando Cárlos que quizá se ocultaría allí alguna traicion se contuvo.

Arrodilióse entonces junto á su perro y examinó el cadaver con atencion. Tenia los ojos vidriosos y la lengua encendida y llena de pústulas; enfermedad estraña que hizo estremecer á Cárlos.

El rey se puso los guantes que antes se habia quitado y guardado en el cinto; alzó los lívidos labios del perro para examinar los dientes, y vió en los intersticios algunos fragmentos blanquizeos pegados á las puntas de los agudos colmillos.

Los cogió y se cerciorò de que eran fragmentos de papel.

Junto á este papel era mas violenta la hinchazon, las encías estaban inflamadas, y la piel ulcerada como por efecto del vitriolo.

Cárlos miró atentamente en torno suyo. Sobre la alfombra se veian dos ó tres pedazos de papel semejantes al que tenia el perro en la boca; en uno de estos pedazos mas anchos que los demas, se advertian los restos de un grabado en madera.

Erizáronse los cabellos del rey al conocer que aquel pedazo pertenecia á la estampa que representaba á un caballero cazando, estampa arrancada por Acteon del libro de caza.

—Ah! dijo perdiendo el color, el libro estaba envenenado.

Y reuniendo sus recuerdos, exclamó de repente:

—Voto á mil demonios! ¡y yo he tocado á todas las hojas con el dedo, y á cada una me he llevado el dedo á la boca para mojarle! Estos desmayos, estos dolores, estos vómitos.... Muerto soy!

Un momento permaneció Cárlos inmóvil, oprimido bajo el peso de esta horrible idea. Levantándose luego y dando una especie de sordo rujido, se precipitó á la puerta del aposento.

—Maese Renél gritó, maese Renél que vayan corriendo al puente de San Miguel y me traigan al florentino; dentro de diez minutos ha de estar aquí. Que monte á caballo uno y lleve otra cabalgadura del diestro para volver mas aprisa. Si viene Ambrosio Paré, que espere.

Un guardia marchó corriendo á obedecer esta orden.

—Oh! murmuró Cárlos, aun cuando sea necesario dar tormento al mundo entero, he de saber quien ha prestado este libro á Enrique.

Y bañada la frente en sudor, crispadas las manos, dificultosa la respiracion, Cárlos se quedó mirando fijamente el cadáver de su perro.

Diez minutos despues llamó el florentino tímidamente y no sin inquietud á la puerta del rey. Hay ciertas conciencias para las que nunca está despejado el cielo.

—Adelante, dijo Carlos.

Presentóse el perfumista, el rey salió á su encuentro, contraídos los labios y con impetuoso ademán.

—V. M. ha mandado que me llamen, dijo René temblando.

—Sí, ¿sois químico muy diestro, eh?

—Señor....

—Y sabéis cuanto saben los médicos mas doctos?

—V. M. esagera.

—No, mi madre me lo ha dicho. Además tengo confianza en vos, y os he preferido á los demás para consultaros. Mirad, continuó descubriendo el cadáver del perro; mirad lo que tiene ese animal entre los dientes y hacedme el favor de decirme de qué ha muerto.

Entanto que René con una luz en la mano, se inclinaba hasta el suelo; tanto para disimular su emocion como para obedecer al rey, Carlos de pié, con los ojos fijos en él, esperaba con una impaciencia fácil de concebir la palabra que debia ser su sentencia de muerte, ó prenda de su salvacion.

Sacó René una especie de escalpelo del bolsillo, le abrió, cogió con la punta las partículas de papel adherentes á las encias del galgo, y contempló largo tiempo y con atencion la hiel y la sangre que destilaban las úlceras.

—Señor, dijo temblando, tristes síntomas son estos.

Cárlos sintió discurrir por sus venas y penetrar hasta su corazón un glacial calofrío.

—Sí, dijo, ese perro ha muerto envenenado, ¿no es verdad?

—Lo recelo, señor.

—Y con qué clase de veneno?

—Con un veneno mineral, según parece.

—Podrías saber de fijo si le han envenenado?

—Sí, por cierto, abriéndole y examinándole el estómago.

—Abridle, no quiero que me quede la menor duda.

—Será preciso llamar á alguien para que me ayude.

—Yo os ayudaré, dijo Cárlos.

—¡Vos, señor!

—Sí, yo. ¿Y si está envenenado, qué síntomas hallaremos?

—Manchas rojas y herborizaciones en el estómago.

—Ea, dijo Cárlos, manos á la obra.

René abrió de una sola cuchillada el pecho del galgo y le separó con fuerza, en tanto que Cárlos le alumbraba hincada una rodilla en tierra y sosteniendo la luz con trémulas y crispadas manos.

—Vedlo, señor, dijo René, hé aquí unas señales evidentes. Estas manchas rojas son las que os dije; estas venas sanguinolentas, semejantes á las raíces de una planta, son las que designé con el nombre de herborizaciones.

Aquí encuentro cuanto buscaba.

—Es decir que le han envenenado?

—Sí, señor.

—Con un veneno mineral?

—Segun todas las probabilidades.

—¿Y qué sentiría un hombre que por casualidad tomase ese mismo veneno?

—Gran dolor de cabeza; ardor interno como si hubiese tragado carbones encendidos; dolores en los intestinos; vómitos....

—Y tendrá sed? preguntó Carlos.

—Una sed inestinguible.

—Eso es, eso es, murmuró el rey.

—Señor no adivino el objeto de tantas preguntas.

—Adivinarlo? ¿Y qué necesidad tenéis de saberlo? Reducíos á responderme.

—Pregunte V. M.

—¿Qué contraveneno se debería administrar á un hombre que tomase la misma sustancia que ese perro?

René reflexionó un momento y dijo:

—Hay varias especies de venenos minerales; antes de contestar desearia en extremo saber de cual se trata. ¿Tiene V. M. alguna idea del modo con que han envenenado al perro?

—Sí, dijo Carlos: ha comido una hoja de un libro.

—Una hoja de un libro.

—Sí.

—¿Se halla ese libro en poder de V.M?



—Aquí está, dijo Carlos cogiendo el manuscrito de caza del estante en que le había puesto y enseñándoselo á René.

El florentino hizo un movimiento de sorpresa que no pasó desapercibido para el rey.

—¿Y ha comido una hoja de este libro? tartamudeó René.

—Esta.

Y Carlos le enseñó el pedazo de la hoja arrancada.

—¿Permitís que arranque otra señor?

—Hacedlo.

Arrancó René una hoja y la acercó á la bugía: inflamóse el papel y un fuerte olor aliáceo se esparció por el aposento.

—Le han envenenado con una mistura de arsénico, dijo René.

—Estais seguro?

—Como si yo mismo lo hubiera preparado.

—Y el contraveneno?....

René movió la cabeza.

—¿Cómo! dijo Carlos con ronca voz, ¿no sabeis el remedio?

—El mejor y mas eficaz es leche con clara de huevo; pero...

—Pero... ¿qué?

Habria que administrarle sin pérdida de tiempo, pues si no...

—Adelante.

—Señor, es un veneno terrible, repitió René.

—Sin embargo, no mata al instante, dijo Carlos.

—No, pero mata sin remision; poco importa el tiempo que tarde y á veces depende de un cálculo.

Cárlos se apoyó en la mesa de marmol.

—Parece, dijo poniendo una mano sobre el hombro de René, que conocéis este libro.

—¿Yo, señor? preguntó René perdiendo el color.

—Sí, vos cuando le visteis, me lo reveló vuestro semblante.

—Señor juro á V. M....

—René, repuso Carlos escuchad con atención lo que os voy á decir. Envenenásteis á la reina de Navarra con unos guantes; envenenásteis al príncipe de Poitiers con el humo de una lámpara quisisteis envenenar á Mr. de Condé con una manzana de olor. René, os he de mandar arrancar la carne tira á tira con unas tenazas candentes sino me decís de quien es este libro.

Convencido el florentino de que no era la ocasion propicia para chancearse con la cólera de Carlos IX, resolvió declararlo todo.

—¿Y si digo la verdad señor, quien me asegure que no seré castigado mas cruelmente aun que si me callo.

—Yo.

—Me dais vuestra palabra real?

—Por la fé de caballero prometo no atentar contra vuestra vida, dijo el rey.

—En ese caso, sabed que ese libro es mio.

—¡Vuestro! esclamó Carlos retrocediendo y

mirando al envenenador con espantados ojos.

—Sí, mio.

—¿Y cómo ha salido de vuestras manos?

—S. M. la reina madre lo sacó de mi casa.

—¡La reina madre! exclamó Carlos.

—Sí.

—Pero ¿con qué fin?

—Con el fin, segun creo, de dársele al rey de Navarra que habia pedido al duque de Alenzon un libro de esta clase para estudiar la cetrería.

—¡Oh! exclamó Carlos, eso es. Todo lo he descubierto. En efecto, este libro estaba en la habitacion de Henriot. Hay un destino y soy victima de él.

En aquel momento atacó á Carlos una tos seca y violenta á la que sucedió un nuevo dolor en los intestinos. Lanzó dos ó tres ahogados gritos y se recostó en un sillón.

—Qué teneis, señor, preguntò René atemorizado.

—Nada, dijo Carlos, tengo sed; dadme de beber.

Llenó René un vaso de agua y se le presentó con trémula mano á Carlos, el cual apuró de un trago.

—Ahora, dijo Carlos cogiendo una pluma y mojándola en tinta, escribid en ese libro.

—¿Qué he de escribir?

—Lo que yo os dicte.

«Este libro de cetrería ha sido dado por mi

á la reina madre Catalina de Médicis.»

Tomó René la pluma y lo escribió.

—Firmad.

El florentino firmó.

—Me habeis prometido no atentar contra mi vida, dijo el perfumista.

—Y por mi parte os cumpliré la palabra.

—Pero, ¿y por parte de la reina madre?

—¡Oh! repuso Cárlos, nada tengo que ver con eso; si os atacan defendéos.

—Señor, ¿podré salir de Francia cuando crea que está mi vida en peligro?

—Os responderé dentro de quince dias, pero hasta tanto....

Y frunciendo el entrecejo se llevó Cárlos un dedo á sus lívidos lábios.

—¡Oh! perded cuidado, señor.

Con esto y despues de saludar se marchó el florentino, congratulándose por haber librado tan bien.

Poco despues apareció la nodriza á la puerta del aposento.

—¿Qué te pasa, Carlitos mio? preguntó.

—Me pasa, nodriza, que el andar sobre la escarcha me ha hecho daño.

—En efecto estás muy pálido.

—Es que estoy muy débil. Dame el brazo, nodriza, para llegar á la cama.

La nodriza se acercó rápidamente. Apoyóse Cárlos en ella y marchó á su alcoba.

—Ahora, dijo Cárlos, yo solo me meteré en el lecho.

—¿Y si viene maese Ambrosio Paré?

—Dile que estoy mejor y que no le necesito.

—Pero, ¿qué vas á tomar entretanto?

—¡Oh! un remedio muy sencillo, dijo Carlos, claras de huevo batidas con leche. Oye, nodriza, continuó, el pobre Acteon se ha muerto. Mañana habrá que enterrarle en un rincón del jardín del Louvre. Era uno de mis mejores amigos.... He de mandar construirle un sepulcro si tengo tiempo.

## CAPÍTULO XIV.

### *El bosque de Vincennes.*

**A**QUELLA misma noche fué conducido Enrique, segun las órdenes de Carlos IX, al bosque de Vincennes. Así se llamaba en la época á que nos referimos el famoso castillo de que hoy dia solo quedan algunos restos, fragmento colosal que basta para dar una idea de su pasada grandeza.

El viage se hizo en litera. Al lado de esta marchaban cuatro guardias, y Mr. de Nancy, portador de la órden que debia abrir á Enrique las puertas de su protector encierro, iba delante.

Hizose alto junto á la poterna del torreón. Mr de Nancy, se apeó, abrió la portezuela cerra-

da con un candado, é invitó respetuosamente al rey á que bajase.

Enrique obedeció sin hacer la menor observacion. Cualquier albergue le parecia mas seguro que el Louvre, y diez puertas que tras él se cerrasen, se cerraban así mismo entre él y Catalina de Médicis.

Atravesó el régio prisionero el puente levadizo entre dos soldados, pasó una tras otra por las tres puertas de la parte inferior del torreón y las otras tres de la escalera, y subió un tramo. Viendo allí el capitán de guardias que iba á seguir subiendo, le dijo:

—Deteneos aquí, monseñor.

—¡Holá! dijo Enrique deteniéndose, parece que me hacen los honores de piso principal.

—Os tratan, señor, respondió Mr. de Nancy como á una testa coronada.

—Diantre! diantre! murmuró Enrique, no me hubiera yo resentido por subir dos ó tres pisos mas. Voy á estar aquí demasiado bien, y acaso sospecharán algo.

—Quiere seguirme V. M.? dijo M. de Nancy.

—¿Pardiez! continuó el rey de Navarra; bien sabeis, señor mio, que aquí no se trata de que yo quiera ó no quiera sino de lo que mande mi hermano Carlos.

—¿Manda que os siga?

—Si señor.

—En ese caso vamos allá.

Con esto entraron en una especie de corredor á cuya estremidad habia una sala bastau-

te capaz, de paredes sombrías y de aspecto sumamente lúgubre.

Enrique paseó á su alrededor una mirada no exenta de zozobra.

—Dónde estamos? preguntó.

—Pasamos por la sala del tormento, monseñor.

—Ah! dijo el rey.

Y miró con mas atencion.

En aquella estancia habia un poco de todo: colodras y caballetes para el tormento del agua; cuñas y mazos para el del borceguí; bancos de piedra para los infelices que esperaban su turno, bancos que daban casi enteramente la vuelta á la pieza; y sobre ellos, en ellos y á sus pies argollas de hierro fijas en las paredes sin otro sistema que el del arte de dar tormento, aunque su proximidad á los asientos revelaba suficientemente que estaban destinados á los miembros de las personas que en ellos se colocáran!

Continuó Enrique su camino sin decir una palabra, pero tambien sin perder un solo detalle de todo aquel repugnante aparato que escribia, por decirlo así, la historia del dolor en las paredes.

La atencion con que en torno de sí miraba, hizo que Enrique no mirase á sus pies, y tropezase.

—Eh! dijo, ¿que es esto?

Y apuntaba á una especie de surco abierto en las húmedas losas que formaban el pavimento.

—Es el desaguadero, señor.

—¿Pues qué, llueve aquí?

—Sí, señor; sangre.

—Oh! dijo Enrique; muy bien... ¿Llegaremos pronto á mi habitacion?

—Sí, monseñor; en ella estamos, dijo una sombra que se dibujaba en la oscuridad y que conforme se acercaban á ella, iba siendo mas visible y palpable.

Enrique, que creyó conocer la voz, dió algunos pasos y conoció el semblante.

—Calle! ¿vos por aquí, Beaulieu? dijo ¿qué diablos haceis?

—Señor, he sido nombrado gobernador de la fortaleza de Vincennes.

—Empezais de un modo honorífico, caro amigo; gran cosa es tener por prisionero á un monarca.

—Con perdon de V. M., dijo Beaulieu, ya he recibido antes á dos caballeros.

—A quienes? Oh! perdonad; tal vez cometeré una indiscrecion.

—En ese caso suponed que nada he dicho.

—Monseñor, no me han encargado el secreto. Son Mr. de la Mole y Mr. de Coconnas.

—Ah! es verdad! los ví prender; pobres hombres! ¿y cómo sobrellevan esta desgracia?

—Del modo mas encontrado; el uno está alegre y el otro triste; el uno canta y el otro gime

—Quien es el que gime?



—Mr. de la Mole.

—A fé, dijo Enrique, que mas comprendo al que llora que al que canta. Por lo que veo, una prision no es cosa divertida. ¿Y en qué piso están alojados?

—Allá arriba, en el cuarto piso.

—Eesható Enrique un suspiro. Allí era donde deseaba estar.

—Vamos, Mr. de Beaulieu, prosiguió, tened la bondad de guiarme á mi habitacion. Ya anhelo verme en ella; hoy me he fatigado mucho.

—Aquí es, monseñor, dijo Beaulieu señalando á Enrique una puerta abierta de par en par.

—Número 2? preguntó Enrique: ¿y por qué no es el número 1.º?

—Porque está tomado, monseñor.

—Oh! ¿esperais á algun prisionero de mas acrisolada nobleza que yo?

—Yo no he dicho, monseñor, que esté reservado para un prisionero.

—Pues para quien?

—No insista V. M. porque me vería precisado á faltar, guardando silencio, á la obediencia que le debo.

—Ah! eso es otra cosa, dijo Enrique.

Y se quedó aun mas meditabundo que antes; aquel número 1.º le daba visiblemente en qué pensar.

Por lo demas, el gobernador no desmintió su primera cortesanía. Instalò á Enrique en su

apoyado con mil precauciones oratorias, le pidió disimulase las incomodidades que podía padecer, apostó dos soldados á la puerta y se fué.

—Ahora, dijo el gobernador al carcelero, pasemos á los otros.

El carcelero echó á andar delante. Marchando por el mismo camino que acababan de recorrer, atravesaron la sala del tormento, pasaron el corredor, llegaron á la escalera; y siguiendo siempre á su guia, Mr. de Beaulieu subió tres pisos mas.

En la última meseta de estos tres pisos que, contando el principal formaban cuatro, el carcelero abrió sucesivamente tres puertas, ornadas cada cual con dos cerraduras y tres enormes cerrojos.

Apenas tocó á la tercera se oyó una alegre voz que decia:

—Eh! voto á Sanes! abrid aunque solo sea para darme aire; si no voy á morir sofocado en esta estufa.

Y Coconnas, á quien sin duda habrá conocido ya el lector por su exclamacion favorita, se plantó de un brinco en la puerta desde el sitio en que se hallaba.

—Poco á poco, señor caballero, dijo el alcaide, no vengo á sacaros, sino á entrar, acompañado del señor gobernador.

—Del señor gobernador? dijo Coconnas; ¿y á qué viene su señoría?

—A visitaros.

—Grande honor es ese, repuso Coconnas; sea el señor gobernador bien venido.

Mr. de Beaulieu entró efectivamente y puso pronto término á la cordial sonrisa de Coconnas con uno de esos glaciales saludos propios de los gobernadores de fortaleza, de los carceleros y de los verdugos.

—Teneis dinero? le preguntó.

—Yo, dijo Coconnas, ni un escudo.

—Y joyas?

—Esta sortija.

—Permitís que os registre?

—Voto á Sanes! exclamó Coconnas ruborizándose de cólera, cuenta os tiene el estar en una cárcel y el que yo lo esté tambien.

—Fuerza es sufrirlo todo en servicio del rey.

—Es decir, repuso el piamontés, que esa buena gente que alivia los bolsillos á los transeuntes en el Puente Nuevo está asimismo al servicio del rey. Pues ¡voto á Sanes! señor mio, que ha sido muy injusto, pues hasta la presente los habia tenido por ladrones.

—Dios os guarde, dijo Beaulieu. Encerradle, carcelero.

Y el gobernador se marchó llevándose la sortija que tenia engastada una hermosa esmeralda, y era regalo de madama de Nevers á Coconnas para recordarle el color de sus ojos.

—Vamos al otro, dijo al salir.

Atravesaron una pieza inhabitada, y se re-

pitó el juego de las tres puertas, las seis cerraduras y los nueve cerrojos.

—Abrióse la última puerta, y un suspiro fué el primer rumor que llegó á oídos de los que entraban.

Aun era mas lúgubre el aspecto de este aposento que el del que acababa de abandonar Mr. de Beaulieu. Cuatro largas y estrechas troneras que iban disminuyendo de adentro afuera, alumbraban débilmente aquel triste recinto. A mayor abundamiento, varios barrotes de hierro cruzados con el suficiente arte para que la vista se encontrase siempre con una línea opaca, estorbaban que el prisionero pudiera ver por ellas el cielo.

De cada ángulo de la estancia arrancaba filetes ojivales que se reunían en mitad del techo, y terminaban en un roseton.

La Mole estaba sentado en un rincón, y á pesar de la visita y de los visitantes, permaneció inmóvil cual si nada hubiera oído.

Detúvose el gobernador en el umbral, y contempló por algunos instantes al prisionero, que estaba sin movimiento con la cabeza entre las manos.

—Buenas noches, Mr. de la Mole, dijo Beaulieu.

El jóven alzó lentamente la cabeza.

—Buenas noches, caballero, contestó.

—Vengo á registraros, continuó el gobernador.

—Es inútil, dijo la Mole; os entregaré cuanto tengo.

—Qué es lo que tenéis!

—Unos trescientos escudos; estas joyas, estas sortijas.

—Dádmelas, dijo el gobernador.

—Aquí están.

Vació la Mole sus bolsillos, y se quitó las sortijas y el cintillo de la toca.

—Nada mas?

—Nada mas recuerdo.

—¿Y qué sostiene ese cordon de seda que llevais al cuello? preguntó el gobernador.

—Caballero, esto no es una joya, sino una reliquia.

—Dádmela.

—Cómo! escijís?...

—Tengo orden de no dejaros mas que los vestidos y las reliquias no forman parte de ellos.

Hizo la Mole un movimiento de cólera que en medio de la dolorosa y noble calma que le distinguia, fué mas espantoso para aquellos hombres avezados á fuertes emociones.

Serenóse empero casi en el mismo momento.

—Enhorabuena, caballero, contestó, os enseñaré lo que me pedís.

Volviéndose entonces como para acercarse á la luz se quitó la supuesta reliquia que no era otra cosa que un medallon con un retrato que la Mole sacó y se llevó á los labios. Pero despues de besarle repetidas veces, fingió que se le caia, y dándole violentamente con el

tacon de su bota, le rompió en mil pedazos.

—Caballero!... dijo el gobernador.

Y se bajó por ver si podia salvar de la destruccion al desconocido objeto que pretendia sustraerle la Mole; mas la miniatura estaba literalmente hecha polvo.

—El rey queria esta joya, dijo la Mole, mas no tenia derecho alguno al retrato. Abi teneis el medallon, lleváoslo.

—Señor miol dijo Beaulieu, me quejaré á S. M.

Y sin despedirse del prisionero con una sola palabra se retiró tan enojado que dejó á cargo del alcaide el cerrar la puerta sin presidir al acto.

Dió el carcelero algunos pasos como para salir, y viendo que Mr. de Beaulieu bajaba ya los primeros escalones:

—Por mi fé, señor caballero, dijo volviéndose á la Mole, que anduve acertado en proponeros que me diérais sin tardanza los cien escudos en virtud de los cuales he consentido en que hableis con vuestro compañero; de lo contrario os los habria quitado el gobernador con esos trescientos, en cuyo caso no me hubiera ya permitido mi conciencia hacer nada en vuestro favor; pero la paga ha sido adelantada... os he prometido que veriais á vuestro camarada... venid conmigo, un hombre de bien no tiene mas que una palabra... Tan solo os ruego, tanto por vos como por mí, que si es posible no hableis de política.

Salió la Mole de su encierro y se encaró con Coconnas que estaba contando á pasos las losas de la habitacion de en medio.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente.

Hizo el alcaide que se enjugaba los ojos, y se marchó para cuidar de que no sorprendieran á los prisioneros, ó mejor dicho, de que no le sorprendieran á él mismo.

—Oh! aquí estás? dijo Coconnas: dime, ¿te ha visitado ese horrendo gobernador?

—Lo mismo que á tí, segun presumo.

—Y te ha despojado de todo?

—Tambien, como á tí.

—Oh! yo no tenia gran cosal una sortija de Enriqueta nada mas.

—Y dinero contante?

Se lo habia dado todo á ese buen carcelero para que nos proporcionase esta entrevista.

—Holal dijo la Mole, parece que come á dos sarrillos.

—Qué? tú tambien le has pagado?

—Le he dado cien escudos.

—Me alegre.

—Te alegras de que sea tan avaro?

—Sí, porque de ese modo se hará de él con dinero cuanto se quiera; y creo que dinero no nos ha de faltar.

—Pero ¿entiendes tú lo que nos está pasando?

—Mucho que sí... nos han vendido.

—Quién?

—Ese miserable duque de Alenzon. Por al-

go queria yo retorcerle el pescuezo.

—Te parece que sea grave el negocio?

—Lo recelo.

—De suerte que pueden recurrir... al tormento.

—No quiero ocultarte que he pensado en ello.

—Qué dirás si llega ese caso?

—Y tú?

—Yo guardaré silencio, dijo la Mole con febril sonrojo.

—Callarás? exclamó Coconnas.

—Si tal, si es que tengo la suficiente fuerza.

—Pues yo, repuso Coconnas, te prometo que si hacen conmigo tal infamia, he de decir hartas cosas.

—Qué cosas? preguntó vivamente la Mole.

—Oh! pierde cuidado; cosas que han de quitar el sueño á Mr. de Alençon por algun tiempo.

Iba la Mole á replicar, cuando el alcaide que oyó sin duda algun rumor, se interpuso, empujó á cada cual á su encierro y corrió la puerta.



CAPITULO XV.

*La figura de cera.*

**O**cho dias hacia que estaba Cárlos postrado en el lecho por una fiebre de languidez, complicada con accesos violentos semejantes á ataques de epilepsia. En estos accesos lanzaba á veces ahullidos que escuchaban con terror los guardias apostados en la antecámara y que repetian en sus profundidades los ecos del Louvre, escitados algun tiempo hacia por tan siniestros rumores. Luego que pasaban estos accesos se dejaba caer, rendido de cansancio y con apagados ojos en brazos de su nodriza en medio de un silencio que á las veces revelaba, tanto desprecio como terror.

Decir los siniestros pensamientos que se agitaban en el fondo del corazon de Catalina de Médicis y del duque de Alençon, sin comunicarse empero el uno al otro sus sensaciones, pues la madre y el hijo antes se huian que se buscaban, seria pretender describir el asqueroso hormigueo que se vé rebullir en el fondo de un nido de víboras.

Continuaba Enrique encerrado, y segun habia rogado á Cárlos, á nadie, ni á la misma Margarita se concedia permiso para verle; aquello era, en concepto de todos, una completa

caída. Creyéndonle perdido, Catalina y Alen-  
zon respiraban libremente, y Enrique bebía  
y comía con mas tranquilidad creyéndose ol-  
vidado.

Nadie sospechaba en la corte la causa de  
la enfermedad del monarca. Macse Ambrosio  
Paré y su colega Mazilio la calificaron de una  
inflamacion de estómago sin mas equivocacion  
que dar por causa el efecto. Prescribieron en  
consecuencia un régimen atemperante que no  
podia menos de ser favorable al brevage par-  
ticular indicado por René, brevage que toma-  
ba Carlos tres veces al dia de manos de la no-  
driza y que formaba su único alimento.

La Mole y Coconnas estaban en Vincennes  
en la mas rigurosa incomunicacion. Apesar  
de las tentativas que hicieron Margarita y ma-  
dama de Nevers para verlos ó cuando no pa-  
ra enviarles una carta, nada pudieron conse-  
guir.

Una mañana, en medio de las eternas alter-  
nativas de mejoría y empeoramiento que sufría  
se sintió Carlos algo mas aliviado y mandó que  
entrára á su presencia la corte que, como era  
de costumbre, concurría todas las mañanas á  
verle levantarse, aunque ya no se levantaba.  
Abriéronse, pues, las puertas, y por la pali-  
dez de sus mejillas, por la amarilléz de su  
ebúrnea frente, por las febriles llamaradas que  
despedían sus ojos hundidos ya y rodeados de  
un azulado cerco, fueron palpables para todos  
los espantosos efectos que en el monarca habia

hecho la incógnita enfermedad que le aquejaba.

En breve se llenó la real cámara de curiosos é interesados cortesanos.

Catalina, Alenzon y Margarita tuvieron noticia de que el rey recibía.

Los tres entraron con pocos minutos de intervalo, Catalina tranquila, risueño Alenzon, abatida Margarita.

Sentóse Catalina á la cabecera del lecho de su hijo, sin hacer alto en la mirada con que este la vió acercarse.

Mr. de Alenzon se colocó á los pies sin sentarse.

Margarita se recostó en un mueble, y al ver la pálida frente, el flaco semblante y los hundidos ojos de su hermano, no pudo contener un suspiro y una lágrima.

Atento Carlos á todo, vió aquella lágrima, oyó aquel suspiro, é hizo con la cabeza una imperceptible seña á Margarita.

Esta seña aunque tan imperceptible, animó el rostro de la pobre reina de Navarra, á quien nada habia dicho Enrique, tal vez por no tener tiempo, tal vez por no juzgarlo conveniente. Margarita temia por su esposo, temblaba por su amante.

Nada recelaba en cuanto á sí misma pues conocia sobrado á la Mole, y sabia que podia contar con él.

—¿Como os sentís, amado hijo? preguntó Catalina.

—Mejor, madre, mejor.

—¿Y qué os dicen vuestros médicos?

—¿Mis médicos? ¡oh! son grandes doctores, madre dijo Cárlos con una carcajada, y os confieso que me causa un indefinible placer el oírles discutir sobre mi enfermedad. Nodri-za dame de beber.

La nodriza llevó á Cárlos una taza de su ordinaria bebida.

—¿Qué os hacen tomar, hijo mio?

—¡Oh! señora, ¿quién entiende una palabra de sus preparaciones? preguntó Cárlos apurando vivamente el brevaje.

—Lo que mi hermano necesitaria, dijo Francisco, seria poder levantarse y tomar el sol; la caza, que tanto le gusta, le haria mucho provecho.

—Sí, respondió Cárlos con una sonrisa cuya significacion no pudo adivinar el duque; la última, empero, me hizo mucho daño.

Pronunció Cárlos estas palabras de un modo tan particular que la conversacion en que no tomaron los circunstantes la menor parte no pasó de allí. Poco despues hizo el rey un leve movimiento de cabeza. Conociendo los cortesanos que habia terminado la recepcion, se retiraron unos tras otros.

Alenzon se movió como para acercarse á su hermano, mas un interno impulso le detuvo. Saludó y salió del aposento.

Margarita cogió con afliccion la descarnada mano que su hermano le presentaba, la apre-

tó la besó y se marchó igualmente.

—¿Qué buena es Margarita! murmuró Carlos.

Sola Catalina con el rey, permaneció sin moverse á la cabecera de la cama. Viéndose Carlos frente á frente con ella, se arrimó á la pared con la misma sensacion de terror que nos hace retroceder ante una serpiente.

Porque Carlos, prevenido por las declaraciones de René, y quizá mejor todavia por el silencio y la meditacion, no tenia siquiera la dicha de dudar.

Sabia perfectamente á qué y á quién debía atribuir su muerte.

Así es que cuando se aproximó Catalina al lecho y presentó á su hijo una mano, fría como sus miradas, este tembló y tuvo miedo.

—¿Os quedais, señora? le dijo.

—Sí, hijo mio, contestó Catalina; tengo que hablaros de cosas importantes.

—Hablad, señora, repuso Carlos apartándose mas todavia.

—Señor, dijo la reina, os he oido afirmar no ha mucho que vuestros médicos eran grandes doctores.

—Y lo afirmo todavia.

—Sin embargo, ¿qué han hecho desde que estais enfermo?

—Nada en verdad.... pero si hubiéseis oído lo que han dicho.... por cierto, señora, que dan tentaciones de estar malo, solo para oír tan sabias disertaciones.

—Pues bien: ¿permitís que yo os diga una cosa, hijo mio?

—¿Pues no? hablad, madre.

—Sospecho que todos esos grandes doctores no entienden un ápice de vuestra enfermedad.

—¿De veras, señora?

—Creo que quizá ven un resultado, mas que no dan con la causa.

—Es posible, dijo Cárlos sin comprender á donde queria ir á parar su madre.

—De suerte que combate los síntomas en vez de combatir el mal.

—¡Voto á mi alma! repuso Cárlos con asombro, creo que tenéis razon, madre.

—Ahora bien, hijo mio, siguió Catalina, como no conviene á mi corazon ni al bien del estado que esteis enfermo tanto tiempo, en atencion á que podia afectarse al fin en vos la parte moral, he reunido á los hombres mas doctos....

—¿En el arte médico?

—No, en otro mas profundo, en el arte que permite leer, no solo en los cuerpos, sino en los corazones.

—¡Oh! que arte tan bello, señora, y qué bien hacen en no enseñársele á los reyes. ¿Y han producido resultados vuestras pesquisas? continuó el rey.

—Sí.

—¿Cuál?

—El que yo esperaba, aquí traigo á V.

M. el remedio con que deben sanar su cuerpo y su espíritu.

Estremeci6se C6rlos. Crey6 que persuadida su madre de que era muy lenta su muerte, iba resuelta 6 terminarla sabiendo lo que, sin saberlo, habia comenzado.

—¿Y d6nde est6 ese remedio? pregunt6 recost6ndose sobre un codo y mirando 6 su madre.

—En la misma enfermedad, respondi6 Catalina.

—Decidme entonces d6nde est6 la enfermedad.

—Escuchadme, hijo mio. ¿Nunca habeis oido contar que hay enemigos secretos, cuya venganza asesina desde cierta distancia 6 sus v6ctimas?

—¿Por medio del hierro 6 por medio del veneno? pregunt6 C6rlos sin perder de vista un solo instante la impasible fisonomía de su madre.

—No, sino por otros medios mucho mas seguros, mucho mas terribles, dijo Catalina.

—Explicaos.

—Hijo, pregunt6 la florentina, ¿teneis fé en las pr6cticas de la c6bala y de la magia?

Comprimi6 C6rlos una sonrisa de desprecio 6 incredulidad, y contest6:

—Mucha.

—Pues bien, prosigui6 vivamente Catalina, de ahí proceden vuestros dolores. Un enemigo de V. M., que no se hubiera atrevido 6

atacaros frente á frente, ha conspirado en las tinieblas. Ha dirigido contra la persona de V. M. una conspiracion tanto mas terrible cuanto que era imposible asir sus misteriosos hilos.

—¡Oh! dijo Cárlos irritado con tanta astucia.

—Pensad bien, hijo mio, repuso Catalina, recordando ciertos proyectos de evasion que debian dar por consecuencia la impunidad del asesino.

—¡Del asesino! exclamó Cárlos. ¡Del asesino! ¿luego han pretendido asesinarme madre?

Los cambiantes ojos de Catalina se movieron hipócritamente bajo sus entornados párpados.

—Sí, hijo mio; ves dudareis tal vez; pero yo estoy segura de ello.

—Nunca dudo yo de lo que me decís, respondió amargamente el rey. ¿Y cómo han querido matarme? Tengo curiosidad de saberlo.

—Por la magia, hijo.

—Explicaos, señora, repuso Cárlos volviendo, merced á su hastío, al papel de observador.

—Si despues de disponer todas sus baterías y asegurarse del buen éxito, hubiese conseguido escaparse el conspirador á quien me refiere, y que ya ha designado V. M. en lo interior de su corazon, nadie quizás hubiera penetrado la causa de los padecimientos de V. M.: pero afortunadamente, señor, velaba



sobre vos vuestro hermano.

—¿Qué hermano? preguntó Cárlos.

—Vuestro hermano Alenzou.

—¡Ah! sí, verdad es; siempre se me olvida que tengo un hermano, murmuró el rey riéndose amargamente. ¿Decíais, pues, señora?....

—Que afortunadamente ha descubierto la parte material de la conspiración. Pero en tanto que él, niño al fin sin experiencia, solo buscaba en esto huellas de un complot ordinario, pruebas de una escapatoria juvenil, buscaba yo pruebas de una acción mucho más importante: porque sé á cuánto alcanza el espíritu del culpable.

—¡Oiga! madre, cualquiera diría que habláis del rey de Navarra, observó Cárlos con propósito de ver hasta dónde llegaba aquel disimulo florentino.

Catalina bajó hipócritamente los ojos.

—Ya veis que le he mandado prender y llevar á Vincennes por la escapatoria á que os referís, continuó el rey; ¿será tal vez aun más culpable que yo creía?

—¿Sentís una fiebre devoradora? preguntó Catalina.

—Sí por cierto, dijo Cárlos frunciendo el ceño.

—¿Sentís ese fuego abrasador que mina el corazón y las entrañas?

—Sí señora, respondió Cárlos poniéndose más y más torvo.

—¿Y esos agudos dolores de cabeza que pasan por los ojos para llegar al cerebro, como

otros tantos flechazos?

—Sí, sí, señora; ¡oh! todo eso siento; bien sabéis describir mi enfermedad.

—Es muy sencilla, dijo la florentina, mirad...

Y sacó de debajo del manto un objeto que presentó al rey.

Era una figura de cera amarillenta, de unas diez pulgadas de largo. Estaba vestida con un ropage estrellado de oro, de cera también, sobre el cual tenía un manto real de la misma materia.

—¿Qué estatua es esa? preguntó Carlos.

—Ved lo que tiene en la cabeza, dijo Catalina.

—Una corona, respondió el rey.

—Y en el corazón?

—Una aguja. Adelante.

—¿Adelante? ¿no os reconocéis en ella, señor?

—¿Yo?

—Sí, con vuestra corona y vuestro manto.

—¿Y quién ha hecho esta figura? preguntó Carlos cansado ya de aquella farsa. Sin duda el rey de Navarra.

—No, señor.

—¡No!... pues entonces no os comprendo.

—He dicho que *no*, repuso Catalina, porque V. M. pudiera atenerse á la estricta verdad del hecho. Hubiera dicho que *sí*, si S. M. me hubiese hecho la pregunta de diferente manera.

No respondió Carlos, procurando penetrar todos los pensamientos de aquella alma tene-

bresa que siempre se le cerraba cuando mas cerca creia estar de leer en ella.

—Señor, continuó Catalina, merced al celo de vuestro procurador general Lagueste, ha sido encontrada esta estatua en la morada del hombre que el dia de la caza de aves llevaba un caballo de reserva preparado para el rey de Navarra.

—¿En casa de Mr. de la Mole? dijo Carlos.

—Justamente; y ahora, si os place, mirad con atencion esa aguja de acero y ved qué letra hay escrita en el papel que de ella pende.

—Aquí veo una M, dijo Carlos.

—Es decir, *muerte*; es la fórmula mágica, señor, así escribe el inventor su deseo en la misma llaga que abre. Si hubiera querido volver loco, como el duque de Bretaña á Carlos VI, hubiera clavado la aguja en la cabeza y puesto una L en vez de la M.

—¿De manera, señora, dijo Carlos IX, qué á vuestro parecer Mr. de la Mole es el que intenta contra mi vida?

—Sí, como el puñal contra el corazon; pero detras del puñal está el brazo que le impele.

—¿Y esa es toda la causa de la enfermedad que padezco? ¿Y qué hacemos ahora? preguntó Carlos; vos debéis de saberlo, madre, porque os habeis dedicado á esas cosas toda vuestra vida; pero yo soy muy ignorante en materias de cábala y de magia.

—Basta la muerte del inventor para romper el hechizo. El dia en que se destruya el hechizo cesará el mal, dijo Catalina;

—¿De veras? preguntó Cárlos con faz de sorpresa.

—¡Qué! ¿no lo sabiais?

—Como no soy hechicero... dijo el rey.

—Supongo que ahora estará convencido V. M., repuso Catalina.

—Si por cierto.

—¿Y que la conviccion desterrará toda inquietud?

—Completamente.

—No lo digais por deferencia.

—No, madre, sino de todo corazon.

Desarrugóse el rostro de Catalina.

—¡Dios sea loado! exclamó cual si creyera en él.

—Sí, loado sea Dios, repuso irónicamente Cárlos. Ahora se, tan bien como vos, á quién debo atribuir el estado en que me encuentro, y por consiguiente, á quién debo castigar.

—Y castigaremos....

—A Mr. de la Mole; ¿no decís que es el culpable?

—He dicho que era un instrumento.

—Bien, dijo Cárlos; atenderemos primero á Mr. de la Mole, que es lo mas importante. Estos ataques que padezco pueden dar margen en torno nuestro á peligrosas sospechas. Urje que brote la luz, y que á su resplandor se descubra la verdad.

—¿Con que Mr. de la Mole?....

—Me cuadra admirablemente como culpable, y le acepto por tal. Comencemos por él; si tiene cómplices ya hablará.

—Si murmuró Catalina; y si no habla, se le obligará á ello; para lo cual poseemos medios infalibles.

Y levantándose, añadió en voz alta:

—¿Permitís, pues, señor, que se instruya proceso?

—Lo deseo, señora, respondió Carlos; cuanto antes sea, mejor.

Estrechó Catalina la mano de su hijo sin comprender el nervioso estremecimiento que la agitó al apretar la suya propia, y se marchó sin oír la sardónica risa del rey y la sorda y terrible imprecación que la siguió.

Dudaba el rey si seria peligroso dejar marcharse así á aquella muger, que en pocas horas podia trabajar tanto que fuese imposible ya el remediarlo.

En aquel momento, y cuando estaba Carlos mirando cerrarse la mampara despues de dar paso á Catalina, oyó un leve crujido á sus espaldas, y volviéndose vió á Margarita que alzaba el tapiz puesto á la entrada del pasadizo que conducia á la habitacion de la nodriza.

A Margarita, cuya palidez, cuyas vagas miradas, cuya oprimida respiracion revelaban la emociion mas violenta.

—¡Oh! ¡señor! ¡señor! exclamó Margarita corriendo desalada hácia el lecho; ¡bien sabeis que miente!

—¿Quién? preguntó Carlos.

—Escuchadme, Carlos: cierto que es terrible el acusar á una madre; pero sospeché que

se habia quedado á vuestro lado para perseguirlos con mas encarnizamiento. Y por mi vida, por la vuestra, por nuestras dos almas, os digo que mientel

—¡Perseguirlos!.... ¿A quién persigue?

Ambos hablaban bajo como por instinto; parecia que tenian miedo de oirse el uno al otro.

—A Enrique primeramente, á vuestro Henriot que os quiere, que está dispuesto á hacer mas sacrificios por vos que nadie en este mundo.

—¿Tal crees, Margarita? dijo Carlos.

—¡Oh! estoy segura de ello, señor.

—Pues yo tambien, repuso el rey.

—Y si era así, hermano, dijo Margarita con asombro, ¿por qué le mandásteis prender y llevar á Vincennes?

—Porque él mismo me lo pidió.

—¿Tal os ha pedido, señor?

—Sí; Henriot tiene ideas muy singulares. Puede equivocarse, y puede tener razon; de todos modos, una de sus ideas es que se halla mas seguro estando en desgracia que en prianza mia, lejos que cerca de mí, en Vincennes que en el Louvre.

—¡Ahl comprendo dijo Margarita. De manera que está asegurado.

—¡Pardiez! cuanto puede estarlo un hombre de quien me responde Beaulieu con su cabeza.

—¡Oh! gracias, hermano; esto con respecto á Enrique. Pero...

—¿Pero qué? preguntó Carlos.

—Hay otra persona, señor, por la que hago quizás mal en interesarme, pero por la que me intereso sumamente.

—¿Y quien es?

—Tened compasion de mí, señor.... apenas me atreveria á nombrarla ante mi hermano no me atrevo á nombrarla ante mi rey.

—¿Mr. de la Mole, eh? preguntó Cárlos.

—¡Ay! dijo Margarita ya una vez quisiste matarle, señor, y solo por milagro se sus-trajo á vuestra régia venganza.

—Y eso fué, Margarita, cuando solo era culpable de un crimen, pero ahora que lleva cometidos dos....

—No es culpable del segundo, señor.

—¡Pobre Margarita! exclamó Cárlos; ¿no has oido lo que me ha contado nuestra excelente madre?

—¡Oh! ya os he dicho, Cárlos, repuso Margarita bajando la voz, que mentía.

—¿No sabeis que existe una figura de cera hallada en casa de Mr. de la Mole?

—Sí, hermano, lo sé.

—Que esa figura tiene atravesado el pecho con un punzon; y que del punzon que así la atraviesa pende una pequeña banderola con una M?

—Tambien lo sé.

—¿Que esa figura lleva sobre los hombros un manto real y en la cabeza una corona?

—Lo sé todo.

—¿Pues qué podeis decir?

—Que esa figura que tiene un manto real sobre los hombros y una corona en la cabeza, representa á una mujer y no á un hombre.

—¡Bah! dijo Carlos, y la aguja que le atraviesa el pecho?

—Es un hechizo para inspirar amor á una dama, y no un maleficio para matar á un hombre.

—¿Pero y esa M?

—No significa MUERTE, como ha dicho la reina madre.

—¿Pues qué significa? preguntó Carlos.

—Significa... significa el nombre de la mujer á quien amaba Mr. de la Mole.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama MARGARITA, exclamó la reina de Navarra cayendo de rodillas ante el rey, cogiéndole una mano y apoyando en ella su rostro cubierto de lágrimas.

—¡Silencio hermanal! dijo Carlos paseando en torno suyo una chispeante mirada y frunciendo las cejas; así como vos oísteis antes os pueden oír ahora.

—¡Oh, qué me importa! exclamó Margarita alzando la cabeza; ¿por qué no está aquí para escucharme el mundo entero? delante de todo el mundo diría yo que es cosa infame abusar así del amor de un caballero para manchar su reputacion con una sospecha de asesinato.

—¿Y si yo te digera Margarita, que sé tan bien como tú lo cierto y lo incierto?

--¡Hermano!

—Si te digera que Mr. de la Mole es inocente.



—¿Lo sabeis?

—Si te digera que conozeo al verdadero culpable...

—¡Al verdadero culpable! esclamó Margarita; luego se ha cometido un crimen.

—Sí, se ha cometido voluntaria ó involuntariamente.

—¿Contra vos?

—Contra mí.

—¿Es imposible!

—¿Imposible?... Mirame, Margarita.

—Miró la jóven á su hermano y tembló al observar su palidéz.

—Margarita, no me quedan tres meses de vida, dijo Carlos.

—¡A vos, hermano! ¡A tí Carlos mio! esclamó Margarita.

—Estoy envenenado, Margarita.

La reina lanzó un grito.

—¡Cállatel dijo Carlos: debe creerse que muero por mágia.

—¿Y conoceis al culpable?

—Le conozeo.

—¿Digisteis antes que no era la Mole.

—No, no era él.

—Seguramente tampoco será Enrique.

—No.

—¡Gran Dios! ¿será...?

—¿Quién?

—Mi hermano.... Alenzon.... murmuró Margarita.

—Tal vez...

—O acaso, acaso... (Margarita bajó la vista

eual si á ella misma la aterrorizara lo que iba á decir) ó acaso... nuestra madre?

Cárlos calló.

Miróle Margarita, leyó en sus ojos cuanto deseaba saber, y continuando de rodillas cayó de espaldas sobre un sillón.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! murmuró, ¡es imposible!

—¡Imposible! dijo Cárlos con resonante risa; lástima que no esté aquí René para contarte mi historia.

—¿René?

—Sí. Te referiría, por ejemplo, que una muger á quien nada se atreve él á rebusar fué á pedirle un libro de caza perdido en su biblioteca, que en cada hoja de este libro se derramó un veneno sutil; que el veneno, destinado á una persona, no sé á quien, obró por un capricho de la casualidad ó por un castigo del cielo, sobre otra persona, que no era aquella á quien estaba destinado. Pero si quieres, ya que no á René, ver el libro, ahí le tienes, en mi gabinete, y escrito del propio puño del florentino: verás allí que ese libro que contiene todavía en sus hojas la muerte de veinte personas, fué donado por él á su compatriota.

—¡Silencio! Cárlos, ¡callate tú ahora! dijo Margarita.

—Ya ves que es preciso que crean que muero por magia.

—¡Oh! ¡pero es cosa inícuo, horrendo! ¡perdon, perdon! bien sabeis que es inocente.

—Sí que lo sé, pero debe aparecer culpable.

Polera, pues, la muerte de tu amante; para cosa es para salvar el honor de la casa real de Francia. Tambien sufro yo mi propia muerte, porque muera el secreto conmigo.

Margarita dobló la cabeza conociendo que por parte del rey nada debia esperar en favor de la Mole, y se retiró llorando sin confiar ya en otra cosa que en sus propios recursos.

Entretanto, y conforme habia previsto Carlos, no perdía Catalina un momento y escribia al procurador general Lagneau una carta que nos ha conservado la historia palabra por palabra, y que arroja sangrientos resplandores sobre todo este asunto:

«Señor procurador, me dan esta noche por cierto, que la Mole ha cometido sacrilegio. En su habitacion de Paris se han encontrado muchas cosas malas como libros y papeles Ruégoos que llameis al primer presidente y lleveis adelante á toda prisa el negocio de la figura de cera que tiene en el corazon una punzada contra el rey.

FIN DEL TOMO TERCERO.

**MARGARITA DE VALOIS.**

234 229  
54

234 233 49 23

586

554

602345

245

MARGARITA DE VALOIS,

NOVELA HISTORICA, ESCRITA EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

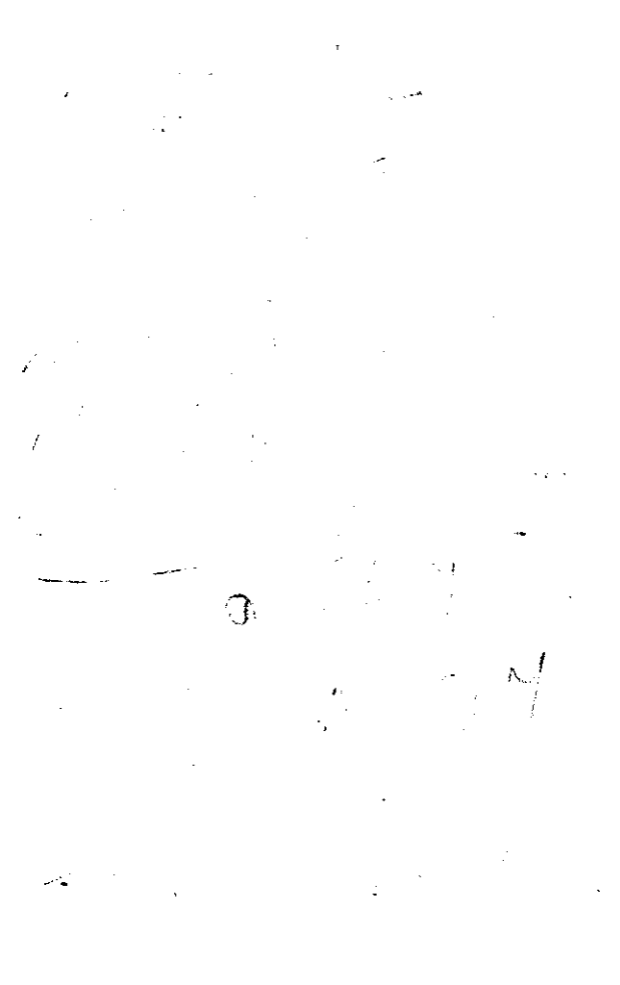
*por*

R. A. G.

TOMO IV

SEVILLA.

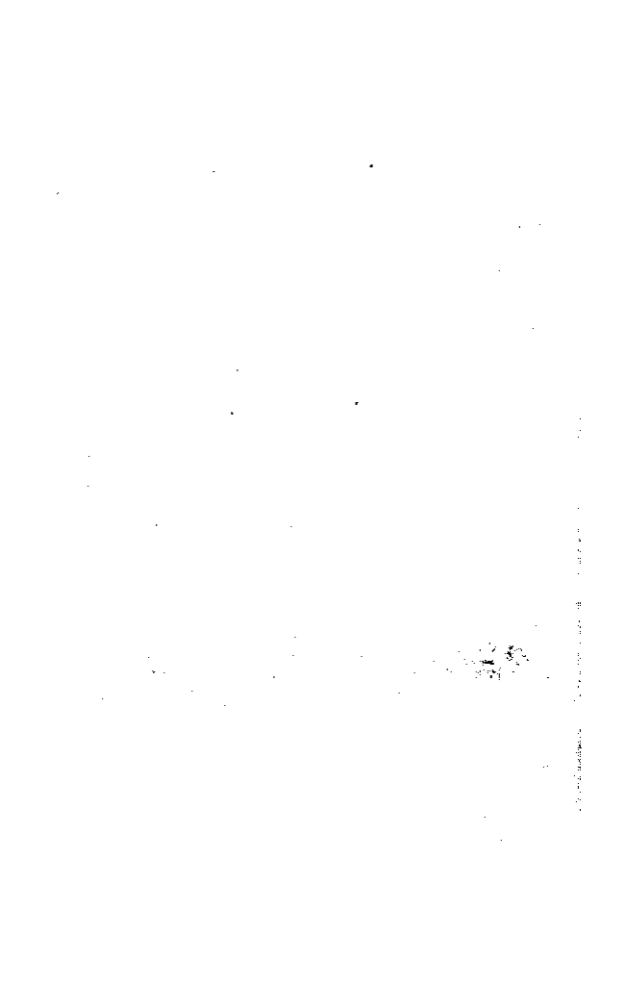
Imprenta de Gomez, editor, calle de la Muela,  
n. 32.—1849.





*No hay miedo, querida, dijo el bearnés: tres espadas velan por nosotros en las tinieblas.*





---

# MARGARITA DE VALOIS.

---

## CAPITULO I.

### *Las egidas invisibles.*

**A**l día siguiente de haber escrito Catalina la anterior carta, entró el gobernador en el calabozo de Coconnas con un séquito de los mas imponentes, compuesto de dos alabarderos y de cuatro golillas.

Invitaron á Coconnas á bajar á un salon en que le esperaban el procurador Lagueste y dos jueces para interrogarle segun las instrucciones de Catalina.

Mucho habia reflexionado Coconnas durante los ocho dias que en su encierro habia pasado; esto sin contar con que reunidos diariamente lo More y él algunos instantes por el alcaide que, sin decirles nada les habia dado aquella sorpresa, no enteramente debida segun todas las probabilidades á su filantropía; sin contar, decimos, con que la More y él se habian puesto de acuerdo sobre la conducta que en lo sucesivo debian observar, y que se reducía á negarlo todo. Estaba, pues, persuadido de que con un poco de destreza su asunto tomaría el mejor giro posible, porque los cargos que resultaban contra ellos no eran mas fuertes que los que contra los demas existían. No habiendo hecho Enrique y Margarita ninguna tentativa de fuga, no podian ellos quedar comprometidos en un negocio cuyos principales culpables estaban libres. Ignoraba Coconnas que Enrique habitase en el mismo castillo que él, y la complacencia de su carcelero le revelaba que sobre su cabeza velaban protectores á que daba el nombre de *ejidas invisibles*.

Habian hasta entonces versado los interrogatorios sobre los intentos del rey de Navarra, sobre sus proyectos de fuga y sobre la parte que en ella debian tomar los dos amigos. Coconnas habia respondido constantemente de un modo mas que vago y mucho mas que diestro; estaba resuelto á seguir contestando de la misma manera, y llevaba preparadas de antemano sus réplicas, cuando notó

de repente que el interrogatorio variaba de objeto.

Tratábase de una ó varias visitas hechas á René, de una ó varias figuras de cera hechas por instigacion de la Mole.

Predispuesto Coconnas, como lo estaba, creyó que la acusacion perdía mucho de su intensidad, pues se trataba, no de haber hecho traicion á un rey, sino de haber hecho una estatua de reina, estatua que cuando mas tenía ocho ó diez pulgadas de largo.

Respondió, pues, muy jovialmente, que hacia mucho tiempo que ni él ni su amigo jugaban á las muñecas, y observó con placer que en varias ocasiones lograron sus respuestas el privilegio de hacer reir á los jueces.

Aun no se habia dicho en verso: *Río, desarmado estoy*, pero en prosa se habia repetido muchas veces. Y Coconnas creyó haber desarmado á medias á sus jueces, porque se habian sonreido.

Terminado su interrogatorio, subió á su encierro cantando tan alborotadamente, que la Mole, á quien se dirigia todo aquel ruido, debió sacar de él las mas favorables consecuencias.

Hiciéronle bajar tras su amigo. La Mole vió con la misma admiracion que Coconnas, que la acusacion abandonaba su primer terreno, y entraba en una nueva via. Interrogáronle sobre sus visitas á René, y contestó que so-

lo una vez habia estado en casa del florentino. Preguntado si le habia encargado una figura de cera, contestó que René se la habia enseñado hecha; preguntado si aquella figura representaba á un hombre, dijo que representaba á una muger; preguntado si el hechizo habia tenido por objeto matar á aquel hombre, dijo que el objeto del hechizo habia sido el hacerse amar de aquella muger.

Estas preguntas fueron hechas y repetidas de cien diferentes maneras, pero á todas ellas dió la Mole las mismas respuestas, cualquiera que fuese el modo con que se las dirigieran.

Miráronse los jueces con una especie de indecision, sin saber á punto fijo lo que hacer en un asunto tan trivial, cuando una esquila que entregaron al procurador general cortó todas las dudas.

Estaba concebida en estos términos:

«Si niega el acusado, recurrid al tormento.—C.»

Metióse el procurador la esquila en el bolsillo, saludó con una sonrisa á la Mole y le despidió políticamente. La Mole volvió á su calabozo casi tan tranquilo, ya que no casi tan alegre como Cocomas.

—Creo que todo va bien, dijo para sí.

Una hora despues oyó pasos y vió que introducian un papel por debajo de su puerta, mas sin poder ver la mano que lo empu-

jaba. Cogiólo, sin embargo, pensando que no debía proceder de nadie sino del carcelero.

Al ver aquella carta se llenó su corazón de una esperanza casi tan dolorosa como una decepcion; esperaba que fuese de Margarita, de quien no había recibido noticias desde que estaba preso. La tomó temblando, pero al abrirla faltó poco para que la letra le hiciese morir de alegría.

«Animo, decía la carta, estoy alerta.»

—¡Oh! si ella está alerta, exclamó la Mole cubriendo de besos aquel papel tocado antes por manos tan queridas; ¡oh! si ella está alerta, me he salvado.»

Para que la Mole comprenda este billete, y para que tenga fe como Ceconomos en lo que este llamaba sus *ejidas invisibles*, fuerza es que llevemos al lector á la casita y alcoba en que tantos perfumes aun no bien evaporados, en que tantos recuerdos convertidos de dulces en angustiosos, desgarraban el corazón de una muger, medio tendida sobre almohadones de terciopelo.

—¡Ser reina! decía esta muger, ser fuerte, jóven, rica y hermosa, y sufrir lo que yo sufro, ¡oh! es imposible.

Y en medio de su agitacion se levantaba, andaba, se paraba de súbito, apoyaba su ardorosa frente en algun helado mármol, se incorporaba, cubierto de lágrimas el pálido rostro, se retorcia los brazos dando gritos, y vol-

via á caer desfallecida sobre un sillón.

De repente se alzó el truíz que separaba el aposento de la calle de la Campana-Agujereada del aposento de la calle Tizon; resbaló por la pared un crujido de seda, y apareció la duquesa de Nevers.

—¡Oh! exclamó Margarita; ¿eres tú? ¡Con cuánta impaciencia te esperaba! Dime, ¿qué noticias hay?

—Malas, malas, pobre amiga mía, Catalina en persona acelera el proceso, y en este mismo momento se halla en Vincennes.

—¿Y René?

—Está preso.

—¿Antes de haberlo tú podido hablar?

—Sí.

—¿Y nuestros amos los cautivos?

—Sé de ellos.

—¿Por conducto del alcaide?

—Como siempre.

—¿Qué hacen?

—Se ven todos los dias. Anteaer los registraron. La Mole rompió tu retrato por no entregarle.

—¡Querido la Mole!

—Annibal se rió en las barbas de los jueces.

—¡Buen Annibal! Pero, ¿qué mas?

—Esta mañana les interrogaron sobre la fuga del rey, sobre sus proyectos de rebelion en Navarra, y nada han dicho.

—¡Oh! bien sabia yo que guardarían silen-

cio; pero ese silencio los mata lo mismo que si hablaran.

—Sí; pero nosotros los salvaremos.

—Supongo que habrás pensado en nuestra empresa.

—Desde ayer no he pensado en otra cosa.

—¿Y qué has adelantado?

—Acabo de cerrar el trato con Beaulieu. ¡Ay amada reina! ¿qué hombre tan inaccesible y tan avaro! Nos cuesta la vida de un hombre y trescientos mil escudos.

—Inaccesible y avaro le llamas, y no pide mas que la vida de un hombre y trescientos mil escudos... ¡Es de balde!

—¿De balde... trescientos mil escudos?... Todas tus joyas y las mías no valen tanto.

—¡Oh! no quede por eso. Pagaró el rey de Navarra, pagaró el duque de Menzon, pagará mi hermano Carlos, ó sino....

—¡Eh! eso es racionar como una loca. Yo tengo los trescientos mil escudos.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿De dónde los has sacado?

—Oh! ahí está el cuento.

—Es un secreto?

—Para todos menos para tí.

—Dios mio! dijo Margarita sonriéndose en medio de sus lágrimas ¿tos has robado?

—Tú juzgarás.

—Sepamos.

—Te acuerdas de Nantouillet, el feo?



—¿De ese ricacho, de ese usurero?

—Todo lo que quieras.

—Adelante.

—Sucedió que un día viendo pasar á cierta dama rubia y de ojos verdes, adornada con tres rubies, uno en la frente y dos en la sienes, tocado que tan bien la sienta, é ignorando que aquella muger fuese una duquesa, dijo el ricacho, el usurero.

«Con tres besos en el sitio en que están esos tres rubies, haré que nazcan tres diamantes de cien mil escudos cada uno.»

—Y ahora, Enriqueta.

—Ahora han nacido los diamantes y están vendidos.

—Oh Enriqueta, Enriquetal murmuró Margarita.

—Buena es esa! exclamó la jóven con un acento ingénuo y sublime, á la par que resumia su siglo y su carácter... buena es esa! ahí verás que quiero á Annibal.

—Verdad es, dijo Margarita risueña y ruborizada, le quieres mucho, le quieres demasiado.

Esto no obstante la cogió la mano y se la apretó.

—Merced á nuestros tres diamantes, continuó Enriqueta, ya están listos los escudos y el hombre.

—El hombre! qué hombre?

—El que hay que matar. Ya lo has olvidado?

—Y has encontrado el hombre que, te hace al caso?

—Mucho que sí.

—Por el mismo precio? preguntó Margarita sonriéndose.

—Por el mismo precio hubiera encontrado ciento, respondió Enriqueta. No, no, por quinientos escudos, ni mas ni menos.

—¿Por quinientos escudos has hallado quien consienta en dejarse matar?

—De algun modo se habia de buscar la vida.

—Querida, no te entiendo una palabra. Vamos habla claro; no perdamos el tiempo en adivinar enigmas en la situacion en que nos hallamos.

—Pues escucha: el carcelero á cuya vigilancia están confiados la Mole y Cocornas es un soldado viejo que sabe lo poco que supone una herida, y consiente en auxiliarnos para salvar á nuestros amigos, pero no quiere perder su plaza. Una puñalada descargada con cierta destreza, lo concilia todo: nosotros le damos una recompensa y el estado una indemnizacion. El buen hombre comerá así á dos carrillos y repetirá la fábula de pellicano.

—Pero una puñalada.... dijo Margarita.

—No te apures, se la dará Aníbal.

—Verdad es, repuso Margarita riéndose, que aunque le hirió tres veces á la Mole con su espada y su daga, la Mole no murió de ellas; lo cual siempre da alguna esperanza.

—Maliciosa, mereces que no diga mas.

—Oh! no, no, todo lo contrario, dime cuanto

falta te lo suplico. ¿Y cómo lo salvaremos?

—De este modo. La capilla es el único sitio de la fortaleza en que pueden penetrar las mujeres que no están prisioneras. Nos escondemos detras del altar, y debajo del paño de este ponemos dos puñales. La puerta de la sacristía se halla abierta de antemano. Cocomas hiere al carcelero, el cual cae en tierra y hace la mortecina; aparecemos nosotras; cada cual cubre los hombros de su amigo con una capa; huimos con ellos por la puerta falsa de la sacristía, y como sabemos el santo y seña salimos sin ningun tropiezo.

—Y luego que estemos fuera?

—A la puerta les esperan dos caballos: montan, salen de la isla de Francia y se refugian á Lorena, de donde vendrán de incógnito alguna que otra vez.

—Oh! tú me devuelves la vida! dijo Margarita. ¿Con que los salvaremos?

—Casi te respondo de ello.

—Y muy pronto?

—Pse! dentro de tres ó cuatro dias. Beaulieu nos avisará.

—Es que si te conocen en las cercanías de Vincennes pueden trastornarse todos nuestros proyectos.

—Cómo quieres que me conozcan? Salgo disfrazada de monja con una toca que no deja se me vea siquiera la punta de las narices.

—Ya sabes que ninguna precaucion es sobrada.

—No lo he de saber? voto á Sanes! como diría el pobre Arribal.

—Y del rey de Navarra has tomado informes?

—Por supuesto que sí.

—Y qué sabes?

—Que nunca ha estado tan alegre, según dicen; ríe, canta, come bien, y solo pide que le guarden con toda vigilancia.

—Tiene razón. ¿Y mi madre?

—Ya te lo he dicho, a; resura lo que puede el proceso.

—Pero de nosotras nada sospecha!

—Y cómo pudiera sospechar? Todos los que están en el secreto tienen interés en guardarle. ¡Ah! he sabido que ha enviado recado á los jueces de París para que estén dispuestos.

—Démonos prisa, Enriqueta. Si mudasen de cárcel nuestros pobres cautivos, habría que volver á empezarlo todo.

—Pierde cuidado; tantos deseos como tú tengo yo de verlos fuera.

—Oh! sí, ya lo sé; gracias mil veces por lo que haces para conseguirlo.

—Adios, Margarita, adios. Vuelvo á ponerme en campaña.

—Y estás segura de Beaulieu?

—Creo que puedo estarlo.

—Y del carcelero?

—Lo ha prometido.

—Y de los caballos?

—Serán los mejores de la caballeriza del duque de Nevers.

—Eres adorable, Enriqueta.

Y Margarita se arrojó en brazos de su amiga, después de lo cual se separaron entrambas, dándose palabra de verse al siguiente día y todos los demás en el mismo sitio y á la misma hora.

Estas dos leales y encantadoras criaturas eran las que con tanta razón designaba Coconas con el nombre de sus «egidas invisibles.»

## CAPÍTULO II.

### *Los jueces.*

—Ea, caro amigo, dijo Coconas á la Mole, luego que se reunieron los dos compañeros, después del interrogatorio en que por primera vez se trató de la figura de cera; páreceme que todo marcha perfectamente y que no tardarán los jueces en abandonarnos, diagnóstico enteramente opuesto al del abandono de los médicos, porque cuando el médico deshaucia al enfermo es porque ya no puede salvarle, y cuando el juez deshaucia al acusado es porque pierde toda esperanza de cortarle el cuello.

—Sí, respondió la Mole, y hasta en esa cortesanía, en esa amabilidad de los carceleros en esa elasticidad de las puertas, creo reconocer á nuestras nobles amigas; á quien no conozco, por los informes que me habían dado,

es á Mr. de Bealien.

—Ye sí, dijo Coconas, carillo nos costará; pero, ¿qué importa? la una es princesa, y la otra es reina; ambas son ricas y nunca se les ha de presentar mejor ocasión de emplear el dinero. Recapitulemos bien ahora nuestra lección; nos llevan á la capilla, nos dejan allí bajo la inspección de nuestro alcalde; encontramos los puñales en el sitio indicado; abro un agujero en el vientre á nuestro guía....

—Oh! en el vientre no; sería robarle sus quinientos escudos; en el brazo.

—En el brazo? No faltaba mas para perder al pobre hombre; ¿quién dudaría de que él había tenido complacencia con nosotros, y yo con él? No, no, en el costado derecho, deslizándolo diestramente el puñal á lo largo de las costillas; golpe verosímil é inocente.

—Sea en el costado; adelante.

—En seguida atrancas tú con bancos la puerta principal, en tanto que nuestras dos princesas salen del altar en que están escondidas y Enriqueta abre la puerta falsa.

—Y luego, dijo la Mole con esa vibrante voz que pasa como una música por entre los labios, y luego nos acogemos al bosque. Un beso á cada uno nos llena de alegría y fortaleza. ¿No te parece, Amutal, que ya nos vemos tendidos sobre nuestros veloces caballos, dulcemente oprimido el corazón? ¡Oh! ¡qué buena cosa es el miedo! ¡el miedo al aire libre!

vando desnuda al costado una leal espada, gritando ¡hurra! al corcel que aguijado por la espuela arranca mas rápido á cada grito.

—Sí, repuso Coconnas; ¿pero qué te parece, la Mole, del miedo entre cuatro paredes? De ese te puedo yo hablar, porque he sentido una cosa que se le parece: cuando asomé por primera vez en mi encierro el livido rostro de Bealieu, brillaban tras él y en la sombra varias partesanas, y se oía un siniestro ruido de hierros chocando unos con otros. Júrote que me acordé al momento del duque de Alençon, y que creí ver su repugnante faz asomando entre dos disformes cabezas de alabarderos. Me llevé chasco, y este fué mi único consuelo: mas no todo se me pasó, pues por la noche soñé con esta escena.

—Todo, dijo la Mole dando curso á sus risueños pensamientos sin acompañar á su amigo en las escursiones que hacia en los campos de lo fantástico, todo lo han previsto, hasta el sitio á que debemos refugiarnos. Vamos á Lorena, querido. Mas me habria complacido en verdad ir á Navarra que es su reino; pero Navarra está muy léjos; vale mas Nancy; solo distaremos cincuenta leguas de Paris. ¿Sabes que tengo una pesadumbre, Annibal, al salir de aquí?

—¡Buen capricho! Pues las mias aquí se quedan todas.

—Sien'o que no podamos llevarnos á ese buen alcaide en vez de...

—No querrá, dijo Coconas. ¿no ves que perdería mucho? quinientos escudos nuestros, una recompensa del gobierno, un ascenso acaso, ¿qué feliz va á vivir el tunante así que yo le maté!... ¿Pero qué tienes?

—Nada! Me ha pasado por la mente una idea.

—No debe de ser muy graciosa, porque te pones horribilmente pálido.

—No entiendo por qué nos han de llevar á la capilla.

—Buena es esa! Para comulgar. Justamente es ahora tiempo.

—Es que, repuso la Mole, á la capilla no llevan mas que á los condenados á muerte ó á los que sacan del tormento.

—Oh! dijo Coconas **n**ustándose **l**evemente. Eso merece llamar la atencion. Interroguemos sobre el asunto al **p**erfido á quien he de desjarretar dentro de poco. Eh! amigo llavero!

—Llamais? preguntó el alcaide que estaba de accebo en lo alto de la escalera.

—Sí, ven acá.

—Aquí me teneis.

—Está resuelto que nos escapemos desde la capilla, eh?

—Chiton! dijo el carcelero mirando con terror en torno suyo.

—No hay cuidado; nadie nos escucha.

—Sí, señor, desde la capilla.

—Luego nos llevarán á ella?

—Tal es la costumbre.



—La costumbre?

—Sí; despues de toda sentencia de muerte se permite al reo que pase toda la noche en la capilla.

Coconnas y la Mole se miraron con sobresalto.

—Con que creéis que seremos condenados á muerte?

—Pues no?... supongo que vos también lo creeréis.

—Cómol nosotros también? dijo la Mole.

—Cierto que sí... no creyéndolo no os habierais decidido á fugaros.

—Sabes que tiene mucha razon? preguntó Coconnas á la Mole.

—Sí... y sé también desde ahora que, á lo que parece, jugamos el todo por el todo.

—Pues y yo? dijo el carcelero, ¿creéis que no arriesgo nada?... Si este caballero fuera á equivocarse de sitio en un momento de emocion!

—Voto á Sanes! en tu lugar quisiera yo estar, dijo lentamente Coconnas, y no tener relaciones con otras manos que con esta, con otro acero que con el que á tí te toque.

—¡Condenados á muerte! murmuró la Mole, ¿es imposible!

—Imposible! dijo cándidamente el carcelero, ¿y por qué?

—Chiton! interrumpió Coconnas, creo que abren la puerta de abajo.

—En efecto, repuso vivamente el alcaide; ¡adentro, señores, adentro!

—Cuándo creéis que se celebre el juicio? preguntó la Mole.

—Mañana á mas tardar. Pero descuidad; las personas que deben recibir el competente aviso, lo recibirán.

—Abracémonos, pues, y despedámonos de estas paredes.

Abrazáronse estrechamente los dos amigos y volvió cada cual á su calabozo, la Mole suspirando, y Coconnas cantando entre dientes.

Nada notable ocurrió hasta las siete de la noche, que se desplomó mustia y lluviosa sobre el terreón de Vincennes: era una verdadera noche de evasion. Cuando llevaron su colacion nocturna á Coconnas, este cenó con su ordinario apetito, sin dejar de pensar en el placer que le causaria el verse calado por aquella lluvia que azotaba las paredes. Disponíase ya á dormir al sordo y monótono murmullo del viento, cuando le pareció que aquel viento que solía escuchar con un impulso de melancolía nunca sentido por él antes de estar encarcelado, sibaba mas fuerte que lo regular por debajo de las puertas y que la estufa mugía con mas furia que de costumbre. Este fenómeno ocurría siempre que abrian algun calabozo del piso superior, y sobre todo el de enfrente. Por aquel ruido conocia Annibal cuando debía ir á visitarle el carcelero, pues le re-

velaba que estaba saliendo del encierro de la Mole.

Aquella vez, sin embargo, en vano alargó Coconnas el pescuezo y aplicó el oído.

Trascurrió el tiempo y nadie parecía.

—¡Cosa rara! dijo Coconnas, han abierto á la Mole y á mí no me abren. ¿Habrá llamado? ¿estará enfermo? ¿qué habrá sucedido?

Todas son sospechas é inquietudes, así como todas son alegrías y esperanzas para un prisionero.

Pasó media hora, pasó una; pasó hora y media.

Ya empezaba Coconnas á dormirse despedido, cuando le hizo estremecerse un ruido en la cerradura.

—¡Hola! dijo, ¿es ya hora de marchar? ¿nos van á llevar á la capilla sin sentenciarnos? ¡Voto á Sanes! gran placer sería huir en una noche como esta; está oscura como boca de lobo, ¡quiera Dios que no sean ciegos los caballos!

Iba á interrogar jovialmente al carcelero, cuando vió que este se llevaba un dedo á los labios, moviendo sus saltones ojos del modo mas elocuente.

En efecto, á espalda del alcaide se oía ruido y se veían sombras.

De repente divisó el piemontés en medio de la oscuridad dos cascós en que la humeante luz trazaba una espiga de oro.

—¡Oh! preguntó á media voz, ¿qué signi-

fican estos siniestros preparativos? ¿á donde vamos?

Solo respondió el carcelero con un suspiro muy semejante á un gemido.

—¡Voto á Sanes! murmuró Coconnas, ¡qué existencia tan endiablada! ¡siempre estremos y nunca tierra firme! ¡ó buccar bajo cien pies de agua ó mecerse sobre las nubes! no hay medio. ¿Puedo saber á dónde vamos?

—Seguid á los alabarderos, dijo una voz tartajosa, por la que vino Coconnas en conocimiento de que los soldados que habia entrevisto iban a-ompañados de algun golilla.

—¿Y Mr. de la Mole? preguntó el piemontés, ¿dónde está? ¿que es de él?

—Seguid á los alabarderos, repitió la misma tartajosa voz, en el mismo tono.

Era preciso obedecer. Coconnas salió de su encierro, y vió al enlutado cuya voz le habia sido tan desagradable. Era un escribano diminuto y giboso, que sin duda habia entrado en la curia para que el repon no permitiera ver que tambien era patiestevado.

Bajó lentamente por la escalera espiral. En el piso principal se detuvieron los guardias.

—Mucho bajamos, murmuró Coconnas, pero aun no basta.

En esto se abrió la puerta; Coconnas tenia ojos de lince y olfato de perro perdiguero; olió á los jueces y vió en la sombra la silueta de un hombre con los brazos desnudos, espectáculo que bañó en sudor su fren-

te. Mas no por eso dejó el piemontés de tomar la mas risueña expresion; inclinó la cabeza á la izquierda, con arreglo al código de la mas refinada moda de aquella época, y entró en la estancia, puestos los brazos en jarras.

Alzaron un tapiz y Coconnas se vió en efecto frente á frente con jueces y escribanos.

A corta distancia de ellos estaba la Mole sentado en un banco.

Fué Coconnas conducido ante el tribunal. Al llegar frente á los jueces se detuvo, saludó á la Mole moviendo la cabeza y sonriéndose, y quedó en expectativa.

—¿Cómo os llamais? preguntó el presidente.

—Marco-Annibal de Coconnas, respondió el caballero con esquisito agrado, conde de Montpantier, Chevaux y otros parages; bien que harto conocidos son nuestros títulos.

—¿De dónde sois?

—De Saint-Colomban, en las cercanías de Zuze.

—¿Qué edad teneis?

—Veinte y siete años y tres meses.

—Bien, dijo el presidente.

—Parece que le gusta, murmuró Coconnas.

—Ahora, repuso el presidente despues de un momento de silencio, que dió tiempo al escribano para anotar las re-puestas del acusado; decid, ¿qué objeto os proponíais al abandonar la casa de Mr. Alenzon.

—El de unirne con mi amigo Mr. de la Mole,

que está presente y que la abandonó algunos días antes que yo.

—¿Qué hacíais en la cacería en que se os aprehendió?

—Cazar, respondió Coconnas.

—También el rey estaba, y allí fué donde sintió los primeros síntomas de la enfermedad que actualmente padece.

—En cuanto á eso, yo no estaba cerca de S. M. y nada puedo decir. Y aun ignoraba que se hallase enfermo.

Los jueces se miraron unos á otros con incrédula sonrisa.

—¡Oh! ¿lo ignorábais? dijo el presidente.

—Sí, señor, y lo que es la noticia me aflige. Aunque el rey de Francia no sea mi soberano, me inspira muchas simpatías.

—¿De veras?

—Palabra de honor. No me sucede lo mismo con su hermano el duque de Alenzon. Lo que es ese, confieso....

—Aquí no se trata del duque de Alenzon, sino de S. M., caballero.

—Pues bien, ya he dicho que soy su mas humilde servidor; respondió Coconnas contoneándose con la mas adorable indolencia.

—Si en efecto sois, como suponeis, servidor suyo, ¿teneis la bondad de decirnos lo que sepais acerca de cierta estatua mágica?...

—¡Bien! ¿ya parece que volvemos á la historia de la estatua?

—Sí, señor: ¿os desagrada por ventura?

—Todo lo contrario, me agrada mas que lo otro. Adelante.

—¿Por qué estaba la estatua en casa de Mr. de la Mole?

—¿De Mr. de la Mole? Direis en casa de René.

—¿Luego confesais que existe?

—Si me la en-ñáran....

—Aquí está.... ¿La conocéis?

—Es la misma.

—Escribano, dijo el presidente, poned que el acusado reconoce la estatua por haberla visto en casa de Mr. de la Mole.

—No, no, interrumpió Coconnas; no hay que confundirnos: por haberla visto en casa de René

—En casa de René, enhorabuena. ¿Qué día?

—El único día que estuvimos en ella Mr. de la Mole y yo.

—¿Confesais haber estado en casa de René con Mr. de la Mole?

—¡Buena es esa! ¿cuándo he tratado de negarlo?

—Escribano, poned que el acusado confiesa haber estado en casa de René para hacer conjuros.

—Poco á poco, poco á poco, señor presidente; os suplico que modereis vuestro entusiasmo: no he dicho una palabra de eso.

—¿Negais que estuvisteis en casa de René para hacer conjuros?

—Sí. El conjuro se hizo por casualidad mas sin premeditacion.

—¿Pero lo hubo?

—No puedo negar que hubo algo parecido á un hechizo.

—Escribano, poned que el acusado confiesa haberse hecho en casa de René un conjuro contra la vida del rey.

—¿Cómo contra la vida del rey! Ese es un embuste infame. No se ha hecho hechizo ninguno contra S. M.

—Ya lo veis, señores dijo la Mole.

—¡Silencio! exclamó el presidente, y volviéndose al escribano, añadió:

—Contra la vida del rey, ¿estamos?

—No hay tal, no hay tal, dijo Coconnas. Además, la estatua no era de hombre, sino de muger.

—¿Que os dije yo, señor? repuso la Mole.

—Mr. de la Mole, exclamó el presidente, responded cuando os interrogemos, pero no interrumpais otros interrogatorios.

—¿Decis que era de muger?

—Sí que lo digo.

—¿Y entonces por qué tiene corona y manto real?

—¡Pardiez! dijo Coconnas, es muy sencillo; porque era....

Levantóse la Mole y se llevó un dedo á los labios.

—¡Verdad es! repuso Coconnas; y yo que lo iba á contar, como si á estos señores les interesára....

—¿Persistís en afirmar que la estatua es de muger?



—Sí, señor, persisto.

—¿Os negais á manifestar qué mujer es esa?

—Una dama de mi tierra, dijo la Mole á quien yo amaba, y cuya correspondencia pretendia.

—No sois vos el que sufre el interrogatorio, Mr. de la Mole, gritó el presidente; callad ó se os pondrá una mordaza.

—¿Una mordaza! dijo Coconnas: ¿como es eso, señor enlutado? ¿Poner una mordaza á mi amigo, á un caballero? ¡Bah!

—Que entre René, dijo el procurador general Lagueste.

—Sí, que entre René, prosiguió Coconnas, que entre, veremos quien tiene razon aquí, si vosotros tres ó nosotros dos.

Entró René, pálido, avejentando, casi desconocido para los dos amigos, y agoviado bajo el peso del crimen que iba á cometer, mas aun que por los que llevaba cometidos.

—Maese René, dijo el presidente; ¿conoccis á los dos acusados que teneis delante?

—Sí, señor, respondió René con voz que revelaba elaradamente su emoción.

—¿Dónde los habeis visto?

—En varias partes, y particularmente en mi casa.

—¿Cuántas veces han estado en vuestra casa?

—Una sola.

Conforme iba hablando René, se serenaba el

rostro de Coconnas: la Mole, por el contrario, permanecía grave cual si tuviera algun presentimiento.

—¿Y con qué motivo os preguntaron?

René vaciló un momento, y contestó por fin:

—Para encargarme una figura de cera.

—Con permiso, maese René, con permiso, dijo Coconnas, incurris en un ligero error.

—¡Silencio! exclamó el presidente, y continuó volviéndose á René: ¿esta figura es de hombre ó de muger?

—De hombre, respondió el florentino.

Dió Coconnas un brinco como si sintiera una conmocion eléctrica.

—¡De hombre! exclamó.

—De hombre, repitió René, pero con tan flaca voz que apenas le oyó el presidente.

—¿Y por qué tiene esta estatua de hombre un manto sobre los hombros y una corona?

—Porque representa á un monarca, dijo René.

—¡Ah infame, embusterol! gritó Coconnas exasperado.

—Calla, Coconnas, calla, interrumpió la Mole; deja que hable ese hombre; dueño es de perder su alma.

—Sí, pero no el cuerpo de los demás, ¡voto á Sanes!

—¿Y qué significaba la aguja de acero que tenía la estatua clavada en el pecho con un papel en que se leía la letra M?

—La aguja simulaba una espada ó un puñal, y la letra M quiere decir MUERTE.

Coconnas hizo un movimiento para arrojarse sobre René, pero le contuvieron cuatro guardias.

—Bien está, dijo el procurador Laguesle, el tribunal queda suficientemente enterado. Que pasen los presos al cuarto de espera.

—Es imposible, exclamaba Coconnas, oír tales acusaciones sin protestar.

—Protestad, caballero, nadie os lo estorba. Guardias, obedeced.

Cercaron los guardias á los acusados, y los sacaron por diferentes puertas.

Incontinenti hizo el procurador una seña al hombre á quien habia divisado Coconnas entre las tinieblas, y le dijo:

—No os alejéis mucho, maestro, esta noche tendreis trabajo.

—¿Por cuál de los dos he de empezar? preguntó el desconocido quitándose respetuosamente la gorra.

—Por ese, dijo el presidente apuntando á la Mole, á quien todavia se distinguia como una sombra entre dos guardias.

Y acercándose en seguida á René que permanecía de pié, trémulo y esperando que le lleváran al Chatelet donde estaba su encierro:

—Bien, maese René, le dijo; perder cuidado la reina y el rey sabran que á vos se debe el haber descubierto la verdad.

Pero en vez de devolver esta promesa las

fuerzas á René, pareció que le aterrizzaba, pues solo contestó á ella con un profundo suspiro.

### CAPITULO III.

#### *El tormento del borceguí.*

**A**bandonado el piemontés á si mismo, luego que le llevaron á su nuevo calabozo y le encerraron en él, y no sostenido ya por su lucha contra los jueces ni por su cólera contra René, dió principio á una série de tristes reflexiones.

—Me parece, decia á sus solas, que esto vá malo y que ya seria tiempo de ir á la capilla. No tengo fé en las sentencias de muerte, pues indudablemente á estas fechas tratan de imponernos esa pena, y menos que en ninguna, en los que se pronuncian á puerta cerrada en una fortaleza, y por ante rostros tan feos como los que circundaban.

Ello es que pretenden sériamente cortar-nos la cabeza; ¡hum, hum!.... Vuelvo á mi tema.

Ya seria tiempo de marchar á la capilla.

A estas palabras pronunciadas á media voz se siguió un rato de silencio, y este silencio fué interrumpido por un grito sordo, ahogado, lúgubre, que nada tenia de humano: grito que

parecía atravesar la espesa muralla y que fué á vibrar en los hierros de sus ventanas.

Estremecióse Cocennas involuntariamente, y eso que era hombre tan animoso, que el valor en él se parecía al instinto de las bestias feroces. Quedóse inmóvil en el sitio adonde le había cogido el sop, dudando si aquella queja podía haber sido proferida por lábios humanos, y tomándola por un gemido del viento entre los árboles, ó por uno de esos mil ruidos nocturnos que parecen subir ó bajar de los dos mundos ignotos entre los cuales gira nuestro mundo; y entonces oyó otro segundo quejido, mas doloroso, mas profundo, mas desgarrador aun que el primero; en él, no solo distinguió positivamente la espresion que tiene el dolor en la voz humana, sino que creyó conocer en aquella voz la de la Mole.

Al oirla olvidó el piemontés que le contenian dos puertas, tres rejas y una pared de doce pies de espesor, y se precipitó con todo su peso contra aquella pared como para derribarla y volar en auxilio de la víctima, esclamando:

—¿Qué, degüellan por ahí á alguien?

Pero tropezó en el camino con la tapia en que no habia pensado, y cayó de rechazo sobre un banco de piedra, en el cual quedó sin movimiento.

No oyó mas.

—¡Oh! ¡le han muerto! murmuró; esto es abominable; aquí no le puedo defender.... ¡Nada, ni un arma!

Y alargaba los brazos en derredor.

—¡Oh! esta argolla de hierro, esclamó, la arrancaré, y ¡desgraciado del que se me acerque!

Levantóse Coonnas, asió la argolla, y la conmovió tan violentamente de una sola sacudida, que era evidente que con otras dos mas la hubiera arrancado.

Mas de repente se abrió la puerta y penetró en el calabozo una luz producida por dos haces.

—Venid, caballero, dijo la misma voz tartajosa que tan particularmente le habia antes desagradado, y que no parecia haber adquirido el atractivo que le faltaba, para hacerse oír desde tres pisos mas abajo: venid; os está aguardando el tribunal.

—Bien, respondió Coonnas soltando la argolla, ¿me van á notificar mi sentencia?

—Sí, señor.

—¡Oh! respiro; marchemos.

Y siguió al alguacil, que le precedia con acompañados pasos, y con su vara negra en la mano.

A pesar de la satisfaccion que en el primer momento habia manifestado Coonnas, lanzaba al andar inquietas ojeadas á derecha y á izquierda, atrás y adelante.

—¡Oh! murmuró, no veo por aquí á mi digno carcelero, y confieso que hecho de menos su presencia.

Llegaron por fin á la estancia de donde aca-

baban de salir los jueces, y en la cual estaba solo y de pié un hombre en quien reconoció Coconas al procurador general, que habia llevado muchas veces la palabra en el trascurso del proceso, y siempre con una animosidad palpable.

En efecto, á él le habia encargado Catalina particularmente el proceso, ya de viva voz, ya por escrito.

Una cortina levantada permitia ver el fondo de aquel aposento, cuyas profundidades se perdian en la oscuridad, y era tan terrible el aspecto de la parte iluminada, que hizo flaquear las piernas de Coconas y le obligó á esclamar:

— ¡Oh Dios mío!

No sin causa exhaló Coconas este grito de terror.

El espectáculo era en efecto de los mas lúgubres. El recinto, encubierto durante el interrogatorio por aquella cortina que á la sazón estaba levantada, aparecia como el vestibulo del infierno.

En primer término se veia un caballete de madera guarnecido de cuerdas, poleas y otros accesorios de la tortura. Chispeaba mas lejos un brasero que reflejaba sus rogizes resplandores sobre los objetos inmediatos, haciendo aun mas marcada la silueta de los que entre él y Coconas se hallaban colocados. Recostado en una de las columnas que sostenian la bóveda, estaba de pié un hombre inmóvil como una estatua y con una cuerda en la mano.

Parecia formado de la misma piedra que la columna en que se apoyaba. De las paredes pendian sobre los bancos y entre argollas de hierro, cadenas y relucientes aceros.

—¡Oh! murmuró Coconnas, el cuarto del tormento preparado, como si solo esperase al paciente. ¿Qué significa esto!

—De rodillas, Marco Annibal Coconnas, dijo una voz que hizo alzar la cabeza al caballero; de rodillas para oír la sentencia que contra vos acaba de pronunciarse.

Invitacion era esta de aquellas contra las cuales se rebelaba instintivamente.

Mas al ir á hacerlo, pusieron dos hombres las manos sobre sus hombros de un modo tan imprevisto, y tan pesado sobre todo, que cayó de hinojos en las losas.

La voz continuó:

«Sentencia pronunciada por el tribunal establecido en el torreón de Vincennes contra Marco Annibal de Coconnas, acusado y convicto del crimen de lesa-majestad, de cenato de envenenamiento, de sortilegio y de magia contra la persona del rey, del crimen de conspiracion contra la seguridad del estado, como tambien de haber impelido á la rebelion con perniciosos consejos á un principe de la sangre.

A cada una de estas imputaciones movía Coconnas la cabeza, llevando el compás como hacen los estudiantes indóciles.

El juez prosiguió:



«En consecuencia de lo cual, dicho Marco Annibal de Coconnas será conducido desde su prision á la plaza de San Juan en Greve, donde será decapitado; se le confiscarán sus bienes, se cortarán sus montes á la altura de seis pies, se arrasarán sus castillos y se colocará en el centro una pilastra con una placa de cobre en que se espese el crimen y el castigo.»

—Si creo que me corten la cabeza dijo Coconnas, porque la tengo en Francia y está en bastante aprieto: pero en cuanto á mis montes y á mis castillos, desafío á todas las sierras y picas del reino á que les binquen el diente.

—¡Silencio! dijo el juez y continuó:

«Será además dicho Coconnas...»

—¡Cómo! interrumpió este, ¿me han de hacer algo despues de la decapitacion? ¡Obl mucha severidad me parece esa.

—No señor, sino antes, dijo el juez.

Y prosigió.

«Será además dicho Coconnas: antes de la ejecución de la sentencia, puesto al tormento extraordinario que es diez cuñas.»

Coconnas dió un salto y fulminó al juez una chispeante mirada.

—¿Y para qué? exclamó sin acertar á espresar de otro modo que con esta caudidez la multitud de ideas que acababan de surgir en su mente.

En efecto, aquella circunstancia trastorna-

ba todos los planes de Coconnas; solo despues del tormento le conducirian á la capilla, y de resultas del tormento solian morir muchos, con tanto mas motivo quanto mas animoso y fuerte era el que lo sufría. Entonces se consideraba como una cobardía el declarar; no declarando, continuaba la tortura, y no solo continuaba sino que duplicaba su rigor.

El juez se dispensó de contestar á Coconnas, pues el final de la sentencia respondia por él; así es que continuó.

«Para obligarle á declarar sus cómplices, y los detalles de sus tramas y maquinaciones.»

—Voto á...! gritó Coconnas; eso es lo que se llama una infamia; eso es lo que se llama mucho mas que una infamia, una cobardía.

Acostumbrado á la cólera de las víctimas, cólera que calma el dolor caubióndola en lágrimas, el impasible juez no hizo mas que un ademán.

Cogiendo á Coconnas por los pies y por los hombros, le sujetaron, llevaron, tendieron y ataron en el lecho del tormento, antes de que tuviera tiempo para mirar siquiera a los que así le violentaban.

—Miserables! ahullaba Coconnas, sacudiendo en un paroxismo de furor el lecho y los caballetes de un modo capaz de hacer retroceder á los mismos que habian de apli-

carle el tormento. Miserables! atormentadme, quebrantadme, hacédme pedruzcos, pero nada sabreis, os lo juro. Oh! ¿queris que con trozos de madera y con trozos de hierro se obligá á hablar á un caballero de mi nombre? Empezad, empezad, á todos os desafío.

—Preparaos á escribir, escribano, dijo el juez.

—Preparate, sí, alulló Coconnas, y si escribes caanto yo os digo, infames verdugos, trabajo te mando. Escribe, escribe.

—Queris hacer revelaciones? dijo el juez sin salir de su ítema.

—Nada, ni una palabra; ídos al demonio.

—Ya reflexionareis durante los preparativos. Ea, maese, poned los botines al señor.

A estas palabras, el hombre que hasta entonces habia permanecido de pié é inmovil con las cuerdas en la mano, se apartó de la columna y se dirigió lentamente á Coconnas, el cual volvió la cabeza para hacerle una mueca.

Era maese Caboche, verdugo de la prebostía de Paris.

Pintóse una dolorosa sorpresa en las facciones de Coconnas, quien lejos de gritar y agitarse se quedó inmóvil sin poder apartar los ojos del rostro de aquel olvidado amigo que en tan críticos momentos se le aparecía.

Sin que se contrajera un solo músculo de su

faz; sin que pareciese que habia visto á Coconnas en otra parte que sobre aquel caballete, le introdujo Caboche dos tablas sobre las piernas, le puso otras dos iguales á la parte exterior, y lo ató todo con la cuerda que en la mano tenia.

A este aparato se daba el nombre de los borceguies.

En el tormento ordinario se introducian seis cuñas entre las dos tablas interiores que al apretarse trituraban las carnes.

En el tormento extraordinario se introducian diez cuñas, y las tablas entonces no solo trituraban las carnes sino que rompian los huesos.

Terminada la operacion preliminar, maese Caboche introdujo la estremidad de una cuña entre tabla y tabla, y con su mazo en la mano y una redilla en tierra miró al juez.

—Quereis declarar? preguntó este.

—No, respondió enérgicamente Coconnas, aunque ya sentia gotear sobre su frente el sudor y erizársele los cabellos en la cabeza.

—En ese caso, vamos adelante, dijo el juez: primera cuña ordinaria.

Alzó Caboche el brazo armado con un pesado martillo, y descargó un terrible golpe sobre la cuña que dió un sonido hueco.

Tembló el caballete.

Coconnas no exhaló una sola queja en esta primera cuña, que por lo regular arrancaba gemidos á los mas resueltos.

Hubo mas, la única expresion que en su rostro se pintó fué la de un indolecible asombro. Miró con estupefaccion á Caboche, el cual, medio vuelto hácia el juez y con el brazo levantado, se disponia á repetir.

—¿Con qué intencion os ocultásteis en la selva? preguntó el juez.

—Para sentarme á la sombra, respondió Coconnas.

—Adelante, respondió el magistrado.

Caboche descargó un segundo golpe que resonó como el primero.

Pero lo mismo en el uno que en el otro permaneció Coconnas sin pestañear, y sus ojos continuaron mirando al verdugo con igual expresion.

El juez feunció el ceño.

—Vaya un cristiano duro! murmuró: ¿ha entrado toda la cuña, maese?

Bajóse Caboche como para examinarlo y dijo á Coconnas al oido:

—Gritad, desgraciado!

—Y enderezándose añadió:

—Toda, sí señor.

—Segunda cuña ordinaria, repuso friamente el juez.

Todo se lo explicaron á Coconnas las dos palabras de Caboche.

El buen verdugo acababa de hacer á su amigo el mayor favor que puede mediar entre un verdugo y un caballero.

Le ahorraba mucho mas que el dolor; ahor-

robaie la lengua de dentro, introduciendo entre las tablas e rãs de cocconas, que solo tenían de un lado un agujero, en vez de introducir en sus dos lados. Con esto le dejaba ademas toda libertad para presentarse en el campo.

—Ah! buen Cocconal! dijo Coconnas, pierde cuidado; entó, me desahogado de las cargas, y descontentadizo las cosas si no que los satisfecho.

En aquel intermedio introdujo Caboche la estremidad de otra cuba con un grueso que la primera.

—Adelante, dijo el juez.

A esta palabra, los rães Caboche un golpe tan formidable, en esta cuba se derribó el torreon de Vincentes.

—Ahi! ahi! ahi! gritó Coconnas con el mas variado diapason; ¡Rayos del cielo! ved que me rompeis los huesos.

—Hola! dijo el juez sonriéndose: hace efecto la segunda; ya me estrañaba á mí.

Cocconnas respiró con la fuerza de un fuelle de fragua.

—Qué haciais en la selva? repitió el juez.

—Ya lo he dicho, ¡voto á cribas! tomar el fresco.

—Adelante, repuso el juez.

—Declarad, le dijo Caboche al oido.

—Qué?

—Lo que os acomode, pero decid algo.

—Y dió el segundo golpe con no menor fuerza que el primero.

Cocounas empezó á dar desaforados gritos.

—Oh! ¡basta, basta! ¿Qué deseais saber, señor mio? ¿por qué estaba en el bosque?

—Sí.

—Por órden de Mr. de Alenzon.

—Escribid, dijo el juez.

—Si he cometido algun crimen, armando un lazo al rey de Navarra, continuó Cocounas, yo no pasaba de ser un instrumento, obedecía á mi amo.

El escribano se puso á escribir.

—Oh! me has denunciado, cara de materia, murmuró el paciente; espera, espera.

Y refirió las visitas de Francisco al rey de Navarra, las entrevistas de Mory con el duque de Alenzon, y la historia de la capa encarnada, gritando por reminiscencia en medio de su narracion y haciendo que de vez en cuando le aplicasen un nuevo martillazo.

Dió en fin tantos pormenores precisos, verídicos, incontestables y terribles contra el duque de Alenzon; fingió tan bien que solo cedía á la fuerza del dolor, hizo gestos, dió bramidos, y exhaló quejas tan naturales y en tan distintos tonos, que el mismo juez se espantó á la postre de tener que anotar detalles que tanto comprometian á un príncipe francés.

—Perfectamente, decía Caboche, á este buen señor no hay que decirle las cosas dos veces; á la primera da sobrado que hacer al escribano. ¡Jesus, Dios mio! ¿qué sucederia si en vez de ser las cuñas de cuero fuesen de madera?

Así fué que Coconnas quedó dispensado de la última ruña extraordinaria, pero sin él, le llevaban apiladas nueve, número mas que suficiente para hacerle harina las piernas.

El juez encargó á Coconnas la benignidad con que le tratase, merced á sus declaraciones, y se retiró.

Quédese solo el paciente con Caboche.

—Vamos, preguntó este ¿qué tal va, señor caballero?

—Oa amigo! oh excelente amigo! oh querido Caboche! dijo Coconnas, ten por seguro que toda mi vida te agradeceré lo que por mí acabas de hacer.

—No es falta razon, ¡pardiez! pues si llegaran á descubrirlo ocuparía yo vuestro lugar en ese caballete y no me tratarían con las consideraciones que con vos he usado.

—Pero, ¿cómo te ha ocurrido la ingeniosa idea...

—Así, respondió Caboche, envolviendo entre tanto las piernas de Coconnas en un lienzo empapado en sangre; supe que estábais preso, que os iban á juzgar y que la reina Catalina deseaba vuestra muerte; adiviné que os darian tormento y tomé mis precauciones.

—Arriesgándote á cuanto te podía suceder...?

—Sí señor, dijo Caboche; sois el único caballero que me ha dado la mano, y todos tenemos memoria y corazon, aunque verdugos, y tal vez por ser verdugos veréis mañana con



qué habilidad os saco del paso.

—Mañana? dijo Coconnas.

—Mañana, sí por cierto.

—De qué paso?

Caboche miró á Coconnas con estupor.

—Cómo de qué paso? ¿Ya se os ha olvidado la sentencia?

—Ah! sí, en efecto, la sentencia, dijo Coconnas; ya se me había olvidado.

—La verdad era que no se le había olvidado, sino que no pensaba en ella.

En lo que pensaba era en la capilla, en el puñal escondido bajo el sagrado paño, en Enriqueta y en la reina, en la puerta de la sacristía y en los dos caballos que debían esperarle á la salida del bosque; en lo que pensaba era en la libertad, en su carrera al aire libre, en salvar las fronteras de Francia.

—Ahora, dijo Caboche, es necesario que paiseis con destreza del caballete á la litera. No olvideis que para todo el mundo, incluso mis ayudantes, teneis rotas las piernas y que á cada movimiento debeis lanzar un grito.

—Ay! gritó Coconnas, solo de ver que se le acercaban con la litera.

—Vamos, vamos, un poco de valor, repuso Caboche, si gritais ya, ¿qué direis dentro de poco?

—Querido Caboche, dijo Coconnas, os ruego que no dejeis que me toquen vuestros estimables acólitos; tal vez no tengan la ma-

no tan ligera como ves.

—Dejad esa litera junto al caballete, dijo maese Caboche.

Obedecieron los dos criados. Maese Caboche cogió á Coconnas en brazos como á un niño y le tendió sobre las naribuelas, mas á pesar de todas sus precauciones Coconnas lanzó feroces gritos.

A este tiempo se presentó el buen carcelero con una linterna en la mano.

—A la capilla, dijo.

Y los dos mozos se pusieron en marcha, no sin que antes diese Coconnas á Caboche otro apretón de manos.

Sebrado bien le habia probado el primero al piemontés para que anduviese entonces con reparos.

## CAPITULO IV.

### *La capilla.*

**E**N medio del mas profundo silencio, atravesó la lúgubre comitiva los dos puentes levadizos del torreón, y el patio principal del castillo por donde se va á la capilla, en cuyos cristales daba una pálida luz que iluminaba los lívidos rostros de los apóstoles y sus purpúreos ropajes.

Coconnas aspiraba ávidamente el aire de

la noche, aunque estaba cargado de lluvia. Observando las profundas tinieblas que le circundaban, se congratulaba de que todas las circunstancias favoreciesen su fuga y la de su compañero.

Puólo preciso apelar á todo su teson, á toda su prudencia, á todo su imperio sobre sí mismo para no saltar de la litera cuando entró en la capilla, y vió en el coro á tres pasos del altar una masa que yacía envuelta en una ancha capa blanca. Era la Mole.

Los dos soldados que escoltaban la litera se detuvieron á la parte exterior de la puerta.

—Ya que nos conceden por última gracia el reanirnos aquí dijo Coconnas con lánguida voz, llevadme al lado de mi amigo.

No teniendo los mozos orden ninguna que lo prohibiese, no opusieron dificultad á la pretension de Coconnas.

La Mole estaba torvo y pálido; tenia la cabeza recostada en un pedazo de mármol de la pared, y sus negros cabellos, bañados en un abundante sudor que alba á su rostro la palidez mate del marfil, parecía que habian conservado su rigidez despues de habersele erizado en la cabeza.

A una seña del Haverero se alejaron los dos criados en busca del sacerdote que pidió Coconnas.

Este era el momento convenido.

Mirábalos Coconnas con ansia marcharse; mas no era el único que tuviese fijos en ellos

los ardientes ojos. No bien desaparecieron los criados, salieron de detrás del altar dos mugeres, y corrieron al coro anunciándose con muestras de júbilo y precedidas por el aire que agitaban, como precede á la tempestad un cálido y revoltoso viento.

Margarita corrió precipitada hácia la Mole, y le estrechó en sus brazos.

El provenzal dió un grito terrible; grito parecido á los que habia oido Coconnas desde su calabozo y que estuvieron á punto de volverle loco.

—¡Dios mío! ¿qué es esto, la Mole? dijo Margarita retrocediendo espantada.

Lanzó la Mole un hondo gemido, y se llevó la mano á los ojos como para no ver á Margarita.

Aun mas aterrada por aquel silencio y aquel ademán, que por el grito de dolor que antes lanzara, exclamó Margarita:

—¡Oh! ¿qué tienes? ¿estás bañado en sangre?

Coconnas, que ya habia cogido el puñal del altar y que tenia abrazada á Enriqueta, volvió la cara.

—Levántate, decía Margarita, levántate por Dios; mira que es llegado el momento.

Una sonrisa cuya tristeza espantaba pasó por los lívidos labios de la Mole, ya no podía sonreirse.

—¡Amada reina mío! dijo el jóven, contásteis sin Catalina, y por consiguiente sin

un crimen. Me han dado tormento, me han roto los huesos, mi cuerpo es una úlcera viva, y el momento que en este instante hago para poner los labios en vuestra frente me causan dolores peores que la muerte.

Y en efecto, haciendo un esfuerzo y poniéndose muy pálido, acercó la Mole los labios á la frente de la reina.

—¡Tormento! exclamó Coconnas; á mí también me le han dado; pero, ¿no ha hecho contigo el verdugo lo que conmigo?

Y lo refirió todo.

—¡Oh! dijo la Mole, fácilmente se comprende eso; tú le diste la mano el día que le visitamos, yo olvidé que todos los hombres somos hermanos, y me hizo el desdichado. Dios me castiga; loado sea Dios.

La Mole juntó las manos.

Coconnas y las dos mugeres se dirigieron una mirada de indecible terror.

—Vamos, vamos, dijo el carcelero que hasta entonces habia estado de acecho á la puerta y que volvió en aquel momento no hay que perder tiempo, querido Mr. de Coconnas; dadme esa puñalada y arregládmelo todo cumplidamente, ved que van á venir.

Margarita estaba de rodillas junto á la Mole como una estatua de mármol inclinada sobre una tumba junto á la imágen de la persona que dentro de ella descansa.

—Vaya, amigo, dijo Coconnas, ánimo; yo soy fuerte y te llevaré; te pondré á caballo;

irás delante de mi, en el mio si no puedes sostenerte; pero vámonos, vámonos, ya oyes lo que dice este buen hombre; nos va en ello la vida.

Hizo la Mole un esfuerzo sobrehumano, un esfuerzo sublime.

—Es verdad, dijo: nos va en ello *tu* vida.

Y procuró levantarse.

Cogióle Annibal por debajo de los brazos y le puso en pié. En aquel intermedio no dejó oír la Mole mas que una especie de sordo rugido mas cuando le soltó Coconnas para acercarse al carcelero, y quedó el paciente abandonado á los brazos de las dos mugeres, se doblaron sus piernas, y á pesar de los esfuerzos de la llorosa Margarita, cayó como una inerte masa, sin poder contener un grito desgarrador que resonó en la capilla y vibró largo tiempo en sus bóvedas como un lúgubre eco.

—Ya lo veis, dijo la Mole con desesperado acento, ya lo veis; reina mia; dejadme aquí, abandonadme dandome el último adios. Nada he dicho, Margarita; vuestro secreto vá envuelto en mi amor y morirá conmigo. Adios, reina mia, adios....

Margarita, que tambien yacia casi inanimada, rodeó con los brazos aquella bellísima cabeza, y le dió un beso que rayaba en religioso.

—Tú, Annibal, dijo la Mole, tú que te has librado de tantos dolores, que eres jóven y puedes vivir, huye, amigo, huye; dame el

último consuelo con saber que te has salvado.

—Se pasa la hora, gritó el carcelero, vamos, despachad.

Enriqueta procuraba suavemente llevarse á Annibal; Margarita, puesta de rodillas junto á la Mole, desgredados los cabellos y bañada en un mar de lágrimas, parecía una Magdalena.

Rechazó Cocomas con blandura á Enriqueta, que le arrastraba hácia la puerta, y dijo en tan solemne actitud que se convirtió en magestuosa:

—Señora, ante todo dad á este hombre los quinientos escudos que le hemos prometido.

—Aquí están, dijo Enriqueta.

Volviéndose entonces á la Mole, y moviendo suavemente la cabeza, añadió Cocomas:

—Tú, buen la Mole, me has injuriado con pensar un solo momento que me es posible abandonarte. ¿No tengo jurado vivir y morir contigo? Pero padeces tanto, amigo mio, que te perdono.

Y se tendió resueltamente junto á su amigo, acercándose á él y tocando su frente con los labios.

En seguida tiró suavemente, muy suavemente, como haria una madre con su hijo, de la cabeza de su amigo, la cual se deslizó resbalando por la pared, y cayó sobre su pecho.

Margarita estaba ceñuda. Vió el puñal que

había dejado caer Corcovas y lo recogió.

—¡Oh reina mía! dijo alzando á ella los brazos la Mole, que a livió su idea; ¡oh reina mía! no olvidéis que muero porque no exista la menor sospecha de nuestros amores.

—¿Y qué he de hacer por tí, exclamó la desesperada Margarita, si no me es lícito siquiera morir contigo?

—Puedes hacer, dijo la Mole, puedes hacer que me sea dulce la muerte y se me presente en cierto modo con faz risueña.

Acercósele Margarita y juntó las manos, como instándole á que hablara.

—¿Te acuerdas, Margarita, de aquella noche en que en cambio de una vida que entonces te ofrecí y que te doy ahora, me hicistes una promesa sagrada?

Margarita se estremió.

—¡Ah! sí, te acuerdas, dijo la Mole, porque has temblado.

—Me acuerdo, sí, respondió Margarita, y por mi alma te juro, Jacinto, que cumpliré esa promesa.

Y desde el sitio en que estaba, tendió la reina la mano hacia el altar como poniendo nuevamente á Dios por testigo de su juramento.

Iuminèse el rostro de la Mole cual si entreabriéndose la bóveda de la capilla, hubiera descendido á él un rayo celeste.

—¡Qué vienen! ¡qué vienen! dijo el carcelero.

Margarita dió un grito y corrió hacia la Mo-



le: mas el temor de aumentar sus dolores, la detuvo trémula delante de él.

Aplicó Enriqueta los labios á la frente de Coconnas y le dijo:

—Te comprendo, Aníbal, y me infundes orgullo. Bien sé que tu heroísmo te mata, pero yo te amo por tu heroísmo. Delante de Dios te prometo amarte siempre sobre todas las cosas; y juro hacer por tí lo que Margarita ha jurado hacer por la Mole, aunque ignoro lo que es.

Y dió la mano á Margarita.

—¡Bien dicho! ¡gracias! dijo Coconnas.

—Antes de separarnos, reina mía, dijo la Mole, concededme el postrer favor: dadme un recuerdo de vos para besarle al subir al caldoso.

—¡Oh! ¡sí! esclamó Margarita, toma...

Y se quitó del cuello un pequeño relicario de oro, pendiente de una cadena del mismo metal.

—Toma, prosiguió, es una santa reliquia que llevo conmigo desde la infancia; mi madre me la puso, cuando yo era niña, cuando aun me quería: era regalo de nuestro tío el papa Clemente; nunca me la he quitado. Toma, tómala.

La Mole la tomó y le dió ansiosos besos.

—Que abren la puerta, dijo el carcelero; huid señoras, huid.

Las dos mugeres corrieron desaladas al altar y desaparecieron.

Al mismo tiempo entraba el sacerdote.

---

## CAPITULO V.

### *La plaza de san Juan en Greve.*

**E**RAN las siete de la mañana; la hirviente multitud esperaba agrupada en las calles, en las plazas y en los muelles.

A las seis habia salido de Vincennes la misma carreta en que, despues de su desafio, fueron conducidos desmayados los dos amigos al Louvre, y atravesaba lentamente la calle de San Antonio. Los espectadores, tan apiñados en el tránsito que no podian moverse, parecian estatuas de ojos fijos y de helados lábios.

Porque en efecto: aquel dia regalaba la reina madre al pueblo de Paris un espectáculo desgarrador.

En la carreta de que hablamos y que habiendo salido de Vincennes por la madrugada, seguia su camino por las calles, iban, apoyándose uno en otro y tendidos sobre un poco de paja, dos jóvenes con la cabeza descubierta y completamente vestidos de negro. Coconnas sostenia sobre sus rodillas á la Mole, cuya cabeza salia por encima de los travesaños del chirrion y cuyos errantes ojos miraban vagamente en torno suyo.

Y la multitud, por clavar mejor sus ávidos

ojos en el fondo del carruaje, se apiñaba, se empujaba, se empuñaba, sonía á los guardacantones, se aferraba á las hendiduras de las paredes y no se mostraba satisfecho sino cuando lograba no dejar vírgen de sus ojos un solo punto de aquellos dos cuerpos que salían del dolor para marchar á la destrucción.

Había corrido á voz de que la Mole moría sin confesar ni solo hecho de los que se le imputaban, y se aseguraba por el contrario que Cocornas lo había declarado todo, pudiendo resistir al dolor del tormento.

Así es, que por todas partes gritaban:

—Mirad, mirad al mas colorado, ese es el que ha hablado, el que lo ha dicho todo: es un cobarde que tiene la culpa de la muerte del otro. Su compañero, por el contrario, es un valiente; nada ha confesado.

Bien oían los dos jóvenes, el uno los elogios y el otro las injurias que acompañaban su fúnebre marcha, y en tanto que la Mole estrechaba las manos de su amigo, brillaba un sublime desden en el rostro del piromántes, que desde su inmundada carreta miraba á la estúpida plebe como desde un carro triunfal.

El infortunio había consumado su celeste obra, ennobleciendo el semblante de Cocornas así como la muerte debía divinizar su alma.

—¿Llegaremos pronto? preguntó la Mole. No puedo mas, atágo: creo que voy á desmayarme.

—Espera, espera, la Mole: ahora vamos á

pasar por delante de la calle Tizon y de la calle de la Campana Agujereada: mira, mira.

—¡Oh! ayúdame á levantar; vea yo por última vez esa venturosa casa.

Alargó Coconas el brazo y tocó con la mano el hombro del verdugo que sentado en la delantera de la carreta guiaba los caballos.

—Ma se le dijo, haznos el favor de pararte un poco frente á la calle Tizon.

Movió Caboche la cabeza en muestra de asentimiento, y al llegar frente á la calle Tizon se detuvo.

La Mole se incorporó penosamente auxiliado por Coconas, y con ojos en que brillaba una lágrima, miró aquella silenciosa casita, muda y cerrada como un sepulcro; un suspiro dilató su pecho y murmuró en voz baja:

—¡Adios! ¡adios! ¡juventud, amores, vida!... Y debió la cabeza sobre el pecho.

—Animo, dijo Coconas, puede que lo encontremos todo allá arriba.

—¿Tal crees? murmuró la Mole.

—Lo creo porque me lo ha dicho el sacerdote, y sobre todo porque lo espero así. Pero no te desmayes, amigo; no serian de nosotros esos miserables que nos están mirando.

Oyó Caboche estas últimas palabras, y mientras azotaba con una mano al caballo, alargó con la otra á Coconas sin que nadie

puddiera verlo, una esponjita empapada en un revulsivo tan violento, que apenas le aspiró la Mole y se restregó con él las sienes, se sintió mas fresco y reanimado.

—¡Ah! dijo la Mole, me parece que resucito.

Y besó el relicario que llevaba al cuello, pendiente de su cadena de oro.

Al llegar á la esquina del muelle y al dar la vuelta al lindo y pequeño edificio construido por Enrique II, se dejó ver el cadalso que se alzaba como una desnuda y sangrienta plataforma, y dominaba todas las cabezas.

—Amigo, dijo la Mole, desearia morir el primero.

Coconnas tocó por segunda vez el hombro del verdugo.

—¿Qué ocurre señor caballero? preguntó este volviendo la cara.

—Buen hombre, dijo Coconnas, ¿es cierto que quieres complacerme como me has dicho?

—Sí, y lo repito.

—Mi amigo ha sufrido mas que yo, y por consiguiente tiene menos fuerza.

—¿Y qué pretende?

—Dice que le alligiria mucho el verme morir. Además, si muriese yo primero, no habria quien le subiese al patíbulo.

—Bien, bien, dijo Caboche enjugándose una lágrima con el dorso de la mano; no tengais cuidado, se hará como descais.

—¿Y de un solo tajo, eh? preguntó en voz baja el piemontés.

—De uno solo.

—Bien está... si teneis que repetir, que sea conmigo.

Detúvose la carreta; habian llegado al sitio de la ejecucion. Coconas se cubrió la cabeza.

Llegó á oídos de la Mele un murmullo semejante al de las olas del mar. Fué á levantarse, mas le faltaron las fuerzas, y Gaboche y Coconas tuvieron que sostenerle por debajo de los brazos.

La plaza estaba empedrada de cabezas, y las gradas de la casa consistorial parecian un anfiteatro lleno de espectadores. Cada ventana daba paso á una multitud de rostros animados cuyos ojos centelaban.

Cuando vió la multitud al gallardo jóven que ya no podia sostenerse sobre sus quebrantadas piernas, hacer un desesperado esfuerzo para marchar por si mismo al cadalso, se alzó un inmenso clamor como un grito de desolacion universal. Los hombres gemian sordamente, las mugeres lanzaban lastimeros ahullidos.

—Era uno de los primeros elegantes de la córte, decian los hombres, y no debia morir en San Juan-en-Greve sino en el Pre-aux-Clercs (1).

---

(1) Sitio célebre por los desafíos que en él se verificaban.

—Qué hermoso es! qué pálido está! decían las mugeres. Ese es el que no ha declarado.

—Amigo, dijo la Mole, no puedo tenerme, ¡llévamel!

—Espera, respondió Coconnas.

Hizo seña al verdugo de que se apartara, se inclinó, cogió en brazos á la Mole como á un niño, y subió, con esta carga y sin vacilar, la escalera del tablado, donde dejó á la Mole en medio de los frenéticos gritos y de los aplausos de la turba.

Quitóse Coconnas el sombrero, é hizo un saludo.

En seguida le arrojó á un lado del caldoso.

—Echa una mirada, dijo la Mole; ¿no las ves por ahí?

Paseó lentamente Coconnas una ojeada circular en torno de la plaza, y llegado á cierto sitio se detuvo y alargó sin volver los ojos una mano con que tocó el hombro de su amigo.

—Mira, le dijo, mira á la ventana de esa torrecilla.

Y con la otra mano mostraba á la Mole el pequeño monumento que todavía se alza hoy entre la calle de la Vannerie y la del Mouton como un resto de los pasados tiempos.

No en el antepecho de la ventana, sino algo mas atrás, estaban dos mugeres vestidas de negro, sosteniéndose mutuamente.

—Ah! exclamó la Mole; no temia mas que

una cosa: morir sin volverla á ver; la he visto, ya puedo morir.

Y clavando avaratamente los ojos en la estrecha ventana, se levantó el relicario á los labios, y le cubrió de besos.

Cocornas saludó á las dos damas con toda la gracia de que hubiera usado en un salón.

En respuesta á esta seña, agitaron ellas sus pañuelos empapados en lágrimas.

En esto tocó Gaboche con un dedo la espalda de Cocornas, y le hizo una significativa seña con los ojos.

—Sí, sí, dijo el piemontés.

Y volviéndose á la Mole.

—Abrazame, le dijo, y muere en regla. No será difícil, amigo; ¿eres tan valiente!....

—Ah! dijo la Mole; poco mérito tendré en morir bien. Padezco tanto!....

Acercóse el sacerdote y presentó un crucifijo á la Mole, el cual le enseñó sonriéndose el relicario que en la mano tenía.

—No importa, dijo el religioso, pedid siempre fuerzas al que padeció lo que vais á padecer ahora.

La Mole besó los pies del crucifijo.

—Encomendadme, dijo, á las oraciones de las Hermanas de la Santísima Virgen.

—Despacha, la Mole, despacha, dijo Cocornas, me haces tanto daño que temo desfallecer.

—Estoy pronto, repuso la Mole.



—Podreis tener bien derecha la cabeza? preguntó Caboche, preparando su cuchilla por detrás de la Mole que ya estaba arrodillado.

—Creo que sí, respondió este.

—Entonces todo irá bien.

—No olvidéis vos, dijo la Mole, lo que os he encargado: con este relicario os abrirán las puertas.

—Perded cuidado. Pero haced un esfuerzo para tener derecha la cabeza.

Enderezó la Mole la garganta y volviendo los ojos á la torrecilla:

—Adios, Margarita, dijo; bendita se....

No pudo acabar; de un solo revés de su cuchilla, rápido y flameante como un relámpago, le cortó Caboche la cabeza que fué rodando hasta los pies de Coconnas.

El cuerpo se tendió blandamente cual si fuera á descansar.

Resonó un inmenso clamor formado de mil clamores, y entre todas aquellas voces femeniles le pareció á Coconnas oír un acento mas desgarrador que todos los otros.

—Gracias, buen amigo, gracias, dijo Coconnas dando por tercera vez la mano al verdugo.

—Hijo mio, dijo el sacerdote al piemontés, ¿no teneis nada que revelar á Dios?

—No á fé, padre, respondió Coconnas; cuanto tenia que deciros lo dije ya ayer.

Y volviéndose á Caboche, añadió:

—Vamos, verdugo, último amigo mio, hazme el postrer favor. Y antes de arrodillarse

pascó sobre la multitud una mirada tan tranquila y serena que un murmullo de admiración fué á acariciar sus oídos y á alhagar su orgullo. Estrechando entonces la cabeza de su amigo y aplicando un beso á sus cardenos labios, echó la última ojeada á la torrecilla, y arrodillándose sin soltar de las manos aquella amada prenda:

—Ahora á mí, dijo.

Antes de que acabara estas palabras había hecho Caboche saltar su cabeza.

Descargado este golpe, embargó al buen hombre un convulsivo temblor.

—Ya era tiempo de acabar! murmuró: ¡pobre muchacho.

Y después de sacar penosamente de las crispadas manos de la Mole el relicario de oro, tendió su capa sobre los triste restos que debían volver á su casa en la carreta.

Terminado el espectáculo, se dispersó la turba.

## CAPITULO VI.

### *La torre de la picota.*

**A**cababa la noche de tenderse sobre la ciudad en que aun vibraba el ruido de aquel suplicio cuyos pormenores, corriendo de boca en boca, entristecian en todas las casas la alegre hora de la cena doméstica.

En contraposición á la ciudad que estaba silenciosa y lúgubre, el Louvre se mostraba alegre, bullicioso é iluminado. Había gran función en palacio; función dispuesta por Cárlos IX; función mandada disponer para la noche, al mismo tiempo que se mandaba disponer el suplicio para la mañana.

La noche anterior había recibido la reina de Navarra órden de presentarse en cila, y confiando en que se escapasen la Mole y Cononas, convencida de que estaban bien tomadas todas las medidas para el objeto, respondió á su hermano que se atendría á sus deseos.

Mas luego que la escena de la capilla desvaneci6 todas sus esperanzas; luego que, cediendo á un impulso postrero de compasion en favor de aquel amor, el mayor y el mas profundo que en su vida habia sentido, presenci6 la ejecucion, hizo firme propósito de no ceder ni á suplicas ni á amenazas para concurrir á una alegre fiesta en el Louvre el mismo dia en que tan lúgubre fiesta se habia visto en la Greve.

El rey Cárlos IX di6 en aquella ocasion una nueva prueba de la fuerza de voluntad que nadie quizá posey6 en tan alto grado. Llevando quince dias de cama, débil como moribundo, lívido como un cadáver, se levant6 á eso de las cinco y se visti6 su mas rico trage, verdad es que mientras se vestia se desmay6 tres veces.

A cosa de las ocho preguntó si habian visto á su hermana, y si se sabia en qué se ocupaba. Nadie le contestó; porque la reina se habia recojido á sus aposentos á las once de la mañana, y encerrándose en ellos habia prohibido absolutamente que introdujesen á nadie á su presencia.

Mas para Carlos no habia puertas cerradas. Apoyándose en el brazo de M. de Nancy se encaminó á la habitacion de la reina de Navarra, y entró súbitamente por el pasadizo secreto.

Aunque ya se esperaba un triste espectáculo y se habia dispuesto de antemano para presenciarte, lo que vió fué mas deplorable aun que lo que habia imaginado.

Medio muerta Margarita, tendida sobre un canapé, con la cabeza sepultada entre almohadones, no lloraba ni rezaba, sino que desde su regreso daba roncós quejidos semejantes al estertor de un moribundo.

Al otro extremo del aposento, Enriqueta de Nevers, á pesar de toda su intrepidez, yacia sin conocimiento sobre la alfombra. De vuelta de la Greve la faltaron las fuerzas, como á Margarita, y la pobre Gillona pasaba de una á otra sin atreverse á dirijirlas una sola palabra de consuelo.

En las crisis que siguen á estas grandes catástrofes, son los que las sufren avaros de su dolor como de un tesoro, y tienen por enemigo á todo el que pretende disminuirle en lo mas mínimo.

Empujó Cárlos IX la puerta, y dejando á Nancy en el pasadizo, entró palido y trémulo.

Ni una ni otra le vieron. Solo Gillona, que en aquel momento estaba socorriendo á Enriqueta, levantó una rodilla y miró aterrada al rey.

A un ademán de este se incorporó Gillona, hizo una cortesía y se marchó.

Dirijiéndose entonces Cárlos adonde estaba Margarita, la contempló en silencio por espacio de un instante, y con una entonacion de voz sumamente agena de su natural aspereza:

—Margarita! la dijo, hermana!

Estremecióse la jóven y se incorporó exclamando:

—Señor!

—Vamos, hermana, ánimo.

Margarita alzó los ojos al cielo.

—Sí, dijo Cárlos, ya lo sé, pero escucha.

La reina de Navarra hizo seña de que le escuchaba.

—Me has prometido, venir al baile, dijo Cárlos.

—Yol exclamó Margarita.

—Sí, y como lo has prometido, te esperan todos; de modo que si no vinieras causaria sorpresa el no verte.

—Disimulad, hermano, dijo Margarita; ya lo veis, padezco mucho.

—Haced un esfuerzo.

Margarita procuró al parecer reunir sus fuerzas, mas desfalleciendo de repente y de-

jando caer la cabeza sobre los almohadones:

—No, no, dijo, no iré.

Cogióla Cárlos la mano, se sentó á su lado, y la dijo:

—Acabas de perder á un amigo, ya lo sé, Margarita; pero mírame, ¿no he perdido yo también á todos los míos? y además á mi madre! Tú siempre has podido llorar como lloras en este momento; yo, en la hora de mis mayores dolores he tenido que sonreirme; tú padeces; mírame, yo me muero. ¡Vamos, Margarita, vamos, valor! ¡Te lo ruego, hermana mía, en nombre de nuestra gloria! Llevamos como una angustiosa cruz el peso de nuestro nombre, llevémosle, como el Señor, basta el Calvario, y si como él tropezamos en el camino, levantémonos como él animosos y resignados.

—¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Margarita.

—Si, dijo Cárlos adivinando su pensamiento sí, el sacrificio es penoso, hermana, pero todos tienen que hacer el suyo; los unos el de su honor, los otros el de su vida. ¿Te parece que no siento yo morir, con mis veinte y cinco años y el mas hermoso trono del mundo? Pues mírame... los ojos, la tez, los labios son propios de un moribundo, verdad es; pero ¿y mi sonrisa? ¿no induce mi sonrisa á creer que aun tengo esperanzas? Y sin embargo, dentro de ocho dias, de quin-

ce ó de un mes á lo sumo, me llorarás hermana, como al que hoy ha muerto.

—¡Hermano!..... exclamó Margarita enlazando con sus brazos el cuello de Carlos.

—Vamos, vestíos, querida Margarita, dijo el rey, disimulad vuestra palidez y concurrid al baile. Acabo de dar orden de que os traigan pedrerías nuevas y adornos dignos de vuestra hermosura.

—¡Oh! ¡diamantes, adornos!... dijo Margarita; ¿qué me importa ahora nada de eso?

—La vida es larga, Margarita, repuso Carlos sonriéndose; á lo menos para ti.

—Nunca, nunca!

—Ten presente una cosa hermana; el mejor modo de honrar a los muertos es á veces el abogar, ó por mejor decir, el disimular la pena que nos causan.

—Bien está, señor... dijo Margarita temblando; iré.

Una lágrima humedeció los ojos de Carlos. Sus resecos párpados la absorbieron al punto.

Acercóse á su hermana, la dió un beso en la frente, se paró un momento delante de Enriqueta, que no le habia sentido y dijo:

—¡Pobre muger!

Con esto se marchó silenciosamente.

Tras el rey entraron varios pages con cofrecillos y cajas de joyas.

Margarita hizo seña de que lo dejaran todo en el suelo.

Fuéronse los pages. Solo Gilonna se quedó.

—Sí, dijo Margarita con acento cuya amargura sería imposible describir. Sí, me visto, voy al baile... me están esperando. Despacha, el día va á ser completo: función por la mañana en la Greve, función por la noche en el Louvre.

—¿Y la señora duquesa? dijo Gillona.

—Oh! la duquesa es muy feliz; puede quedarse aquí, puede llorar; puede sufrir á su gusto. No es hija de un rey, hermana de un rey. No es reina. Ayúdame á vestir, Gillona.

Obedeció la jóven. El aderezo era magnífico; espléndido el traje. Nunca había estado Margarita tan hermosa.

Miróse á un espejo y dijo:

—Razon tenga mi hermano: ¡pauiserable cosa es la criatura humana!

En aquel momento entró Gillona.

—Señora, dijo, ahí está un hombre que pregunta por V. M.

—¿Por mí?

—Sí, señora.

—Quién es?

—No lo sé, pero tiene un aspecto terrible; solo el verle me ha hecho temblar.

—Ve á preguntarle su nombre, dijo Margarita inmutándose.

Fuese Gillona y volvió pocos segundos después.

—No ha querido decirme como se llama, señora, pero me ha dicho que os diera esto.



Y Gillona presentó á Margarita el relicario que esta habia dado la noche anterior á la Mole.

—¡Oh! que entre, que entre, dijo vivamente la reina, y se quedó aun mas pálida y helada que antes.

Resonaron en el pavimento pesados pasos. Indignado el eco sin duda de repetir tales sonidos, murmuraba bajo los arcos. Un hombre se presentó en el umbral.

—¿Sois?... dijo la reina.

El mismo á quien un dia encontrásteis junto á Montfaucon, señora, y que trajo al Louvre en su carreta á dos caballeros heridos.

—Sí, sí, ya os conozco, sois maese Caboché...

—Verdugo de la prebostía de Paris, señora.

Estas fueron las únicas palabras que oyó Enriqueta, de cuantas en una hora se habian pronunciado.— Apartó de su rostro las dos manos con que le cubria, y miró al verdugo con sus ojos de esmeralda, de que brotaban rayos de luz.

—¿Y á qué venís? preguntó Margarita temblando.

A recordaros la promesa que hicisteis al mas joven de los dos, al mismo que me encargó entregaros este relicario. ¿Os acordais, señora?

—¡Ah! sí, sí, exclamó la reina, y nunca ob-

tendrá sombra mas generosa, satisfaccion mas noble. Pero dónde la teneis?

—Está en mi casa con el cuerpo.

—¡En vuestra casa! ¿y por qué no la habeis traído?

—Podian detenerme en el postigo del Louvre y mandarme que me desembozara, ¿y qué se hubiera dicho al ver que traia una cabeza bajo la capa?

—¡Bien! guardadla, mañana la iré á buscar.

—¿Mañana, señora, mañana? dijo maese Caboche: acaso sea demasiado tarde.

—¿Por qué?

—Porque la reina madre me ha mandado reservar para sus experimentos cabalísticos las cabezas de los dos primeros rees que decapitase.

—¡Oh profanacion! ¡las cabezas de nuestros amados! Enriqueta, gritó Margarita corriendo á su amiga, á quien encontró de pié cual si la hubiera enderezado un oculto resorte. Enriqueta, ángel mio, ¿oyes lo que dice ese hombre?

—Sí, ¿y qué debo hacer?

—Vámonos con él.

Lanzando Enriqueta ese afflictivo grito con que en los grandes dolores se anuncia la vuelta á la vida:

—¡Ay! exclamó, ¡estaba tan bien! estaba casi muerta.

Entretanto, echó la reina sobre sus desnudos hombros un manto de terciopelo y le dijo:

—Ven, aun los volveremos á ver!

Mandó Margarita cerrar todas las puertas, y llevar su litera á la puerta secreta; cogió á Enriqueta del brazo y bajó por el pasadizo haciendo seña á Caboche de que las siguiera.

La litera estaba ya á la puerta del piso bajo; junto al postigo se hallaba el criado de Caboche con una linterna.

Los conductores de Margarita eran hombres de confianza, mudos, sordos y mas seguros que de carga.

La silla de manos anduvo diez minutos, precedida por macese Caboche y por su ayudante, que llevaba la linterna; luego se paró.

El verdugo abrió la portezuela en tanto que el criado seguia adelante.

Bajó Margarita y ayudó á bajar á la duquesa de Nevers. En medio del gran dolor que á entrambas oprimia, su nerviosa organizacion era la mas fuerte.

Alzabase la torre de la Picota ante las dos mugeres como un sombrío y enferme gigante, despidiendo una rojiza luz por dos agujeros abyectos en la parte superior.

El criado del verdugo apareció nuevamente en la puerta.

—Podeis entrar, señoras, dijo Caboche, todos duermen en la torre.

En el mismo instante se apagó la luz de las torreas.

Ayudadas una en otra las dos mugeres, -

saron por una pequeña puerta ojival hollando á oscuras un pavimento húmedo y resbaladizo. Al fondo de un pasadizo que hacia esquina vieron una luz, y guiadas por el repugnante dueño de aquella mansion, se dirigieron á ella. La puerta se cerró á sus espaldas.

Caboche, con una hacha de cera en la mano, las introdajo en una sala baja y ahumada. En su centro se veía una mesa con los restos de una cena y tres cubiertos. Estos tres cubiertos pertenecian sin duda al verdugo, á su muger y á su principal ayudante.

En el sitio mas visible pendia de la pared un pergamino sellado con el sello real. Era el diploma patibulario.

En un rincon habia un gran sable de larga empuñadura. Era la flamante espada de la justicia.

Diseminadas por la estancia se veian algunas groseras estampas que representaban á los santos martirizados por toda clase de suplicios.

Llegado allí, Caboche se inclinó profundamente.

—Disimule V. M., dijo, si me he atrevido á penetrar en el Louvre y á traerla aquí. Mas como era la última voluntad del difunto caballero, creí de mí deber...

—Habeis hecho bien, maese, habeis hecho bien, dijo Margarita; tomad esto en recompensa de vuestro celo.

Caboche miró tristemente el bolsillo Re-

no de oro que dejó Margarita sobre la mesa.

—¡Oro! ¡siempre oro! murmuró. ¡Ay señora! ¡papá pudiera yo rescatar con dinero la sangre que hoy he tenido que derramar!

—Maese, dijo Margarita con dolorosa zozobra y mirando en torno suyo; maese, maese, ¿tendremos que andar mas todavía? aquí nada veo...

—No, señora, no, aquí están; pero es un espectáculo muy triste, y yo podría libraros de él trayendo tapado con una capa lo que venís á buscar.

Margarita y Enriqueta se miraron simultáneamente.

—No, dijo Margarita, leyendo en las miradas de su amiga la misma resolución que acababa ella de tomar; no, enseñadnos el camino y os seguiremos.

Cogió Caboche el achon y abrió una puerta de encima que daba á una corta escalera que se internaba en tierra. En el mismo instante pasó una ráfaga de aire llevándose algunas chispas del blandon, y azotó el rostro de las princesas con el nauseabundo olor del moho y de la sangre.

Pálida Enriqueta como una estatua de alabastro, se apoyó en el brazo de su amiga, que demostraba mas firmeza; pero en el primer escalon vacitó.

—¡Oh! ¡me es imposible! dijo.

—Cuando se ama de veras, Enriqueta, re-

plicó la reina, se debe amar hasta mas allá de la muerte.

Espectáculo horrible y tierno á la par era el que presentaban aquellas dos mugeres que tanto brillaban por su juventud, su hermosa cara y sus adas, que se inclinaban bajo el horrible y caliza feroz peso de la mas dura y la mas fuerte, que se sostenia en el brazo del verdugo.

Llegaron al último escalon.

En el fondo del sótano yacian dos formas humanas cubiertas con un ancho paño de sarga negra.

Atzó Caboche una punta de aquel velo, acercó la luz y dijo.

—Mirad, señora reina.

Vestidos con su negro traje los dos jóvenes, reposaban uno junto á otro con la horrible simetria de la muerte. Sus cabezas, inclinadas y colocadas junto al tronco, solo parecian hallarse divididas de él por una línea de color de púrpura que rodeaba la garganta. No habia la muerte desunido sus manos, pues, fuese casualidad ó piadosa atencion del verdugo, la mano derecha de la Mote descansaba sobre la izquierda de Coconas.

Bajo los párpados del primero brillaba una mirada de amor; en los labios del segundo vagaba una sonrisa de desden.

Arrodillóse Margarita junto á su amante, y con sus manos cubiertas de deslumbradoras pedrerías, levantó suavemente aquella cabeza que tanto habia amado.

La duquesa de Nevers, recostada en la pared no podía apartar los ojos de aquel pálido rostro, en que tantas veces había buscado la alegría y el amor.

— ¡La Mole! ¡querido la Mole! murmuró Margarita.

— ¡Annibal! ¡Annibal! exclamó la duquesa de Nevers: ¡tan gallardo! tan noble! ¡tan valiente! ¿no me respondes?

Y brotó de sus ojos un torrente de lágrimas.

Aquella muger tan desdeñosa, tan intrépida, tan insolente en los tiempos de felicidad: aquella muger, que llevaba el escepticismo hasta la última duda y la pasión hasta la crueldad, aquella muger nunca había pensado en la muerte.

Margarita le dió el ejemplo.

Guardó en un saco, recaudado de perlas y perfumado con las mas delicadas esencias, la cabeza de la Mole, que parecia mas hermosa al lado del terciopelo y del oro, y que merced á una preparacion particular usada en aquella época para los embalsamamientos régios, debía conservar toda su hermosura.

Enriqueta se acercó tambien y envolvió la cabeza de Coconnas en una punta de su manto.

Y agoviadas entrambas por su dolor aun mas que por el peso, subieron la escalera echando la última mirada á los restos que que-

daban á merced del verdugo en aquel siniestro asilo de los criminales vulgares.

—Nada temais, señora, dijo Caboche, comprendiendo aquella mirada; serán sepultados santamente, yo os lo juro.

—Y mandarás que les digan misas con esto, respondió Enriqueta, quitándose del cuello un magnífico collar de rubíes y entregándose al verdugo.

Volvieron al Louvre por el mismo orden con que de él habian salido. En la puerta se dió á conocer la reina; al pié de la escalera de su habitacion se apeó, entró en su estancia, guardó la triste reliquia en el gabinete contiguo á la alcoba y destinado desde aquel momento á convertirse en un oratorio, dejó á Enriqueta de centinela en su cuarto, y mes pãlla y hermosa que nunca entró á casa de los diez de la noche en el gran salon del baile, en el mismo salon en que unos dos años y medio antes vimos inaugurarse el primer capítulo de nuestra historia.

Volviéronse á ella todos los ojos, pero Margarita sostuvo aquella mirada universal con altanero y casi alegre ademán. Era que habia cumplido religiosamente el último deseo de su amigo.

Al verla Carlos, atravesó vacilando la dorada turba que le rodeaba.

—Gracias, hermana, dijo en voz alta.

Y murmuró á su oído.



—¡Cuidado! ved que teneis en el brazo una mancha de sangre.

—¡Ah! ¿qué importa, señor, dijo Margarita, como tenga una sonrisa en los labios?

## CAPITULO VII.

### *El sudor de sangre.*

**P**ocos dias despues de la terrible escena que acabamos de narrar, ó sea el 30 de mayo de 1574, hallándose la corte en Vincennes, se oyó de repente un gran ruido en la cámara del rey, quien habiéndose puesto peor que nunca en medio del baile doto el mismo dia de la muerte de nuestros jóvenes, habia pasado al campo de órden de los médicos, con el fin de respirar aires mas puros.

Eran las ocho de la mañana. Discarria agitado por la antecámara un pequeño grupo de cortesanos, cuando resonó súbitamente aquel grito, y apareció en el umbral del aposento la nodriza de Carlos, bañados los ojos en lágrimas y gritando con desesperado acento:

—¡Socorro al rey! ¡socorro al rey!

—¿Está peor S. M.? preguntó el capitán Nancy, á quien, como ya hemos visto, habia el monarca dispensado de toda obediencia á Catalina para agregarlo á su servicio.

—¡Oh! ¡cuánta sangre! ¡cuanta sangre! dijo la nodriza. ¡Los médicos! ¡Que llamen á los médicos!

Mazilio y Ambrosio Paré alternaban en la asistencia del augusto enfermo, y Ambrosio Paré, que estaba de guardia, viendo que se dormía el rey, se aprovechó de su aletargamiento para apartarse de la cabecera algunos instantes.

En aquel intermedio empezó el rey á sudar en abundancia, y como Cárlos padecía una relajacion de los vasos capilares, y esta relajacion producía una hemorragia en la piel, la nodriza se asustó de aquel sangriento sudor, pues no pudiendo habituarse á tan extraño fenómeno, y siendo por otra parte protestante, como recordará el lector, repetía sin cesar que la sangre de los hugonotes vertida el día de San Bartolomé era la que atraía afuera la sangre del monarca.

Corría la gente en todas direcciones; el doctor no debía de estar lejos, y era imposible no encontrarle. En consecuencia, la antecámara se quedó desocupada, pues todos ansiaban demostrar su celo volviendo con el anhelado médico.

Abrióse entonces una puerta y apareció Catalina. Atravesando con rapidez la antecámara, entró vivamente en el aposento de su hijo.

Yacía Cárlos tendido en su lecho, apagados los ojos, fatigosa la respiracion. De todo

su cuerpo manaba un sudor rojizo; su abierta mano pendía fuera de la cama, y á la estremidad de cada dedo brillaba un líquido rubí.

Era un espectáculo horrible.

Sin embargo, al ruido de los pasos de su madre, y cual si los conociera, Cárlos se incorporó.

—Perdonadme, señora, dijo mirando á Catalina, desco morir en paz.

—¿Morir, hijo mío, por una pasajera crisis de esa maldita enfermedad? ¿así perdeis la esperanza?

—Os digo, señora, que siento que se me marcha el alma. Os digo, señora, que viene la muerte, ¡voto á una legión de demonios!... Siento lo que siento, y sé lo que digo.

—Señer, repuso la reina, en vuestra imaginacion existe vuestra mas grave enfermedad: desde el merecido suplicio de esos dos hechiceros, de esos dos asesinos llamados la Mole y Coconnas, deben haberse disminuido vuestros padecimientos físicos. Solo persevera el mal moral, y si yo pudiera conversar con vos tan solo diez minutos, os probaria....

—Nodriza, dijo Cárlos, ponte de centinela á la puerta, y que nadie entre. La reina Catalina de Médicis quiere hablar con su amado hijo Cárlos IX.

Obedeció la nodriza.

—Ello es, continuó Cárlos, que esta conversacion habia de tener lugar algun dia;

mas vale hoy que mañana; además, mañana acaso sería tarde. Pero á nuestra explicacion debe asistir otra persona....

—¿Por qué?

—Porque os repito que la muerte está en camino, repuso Carlos con espantosa solemnidad; porque de un momento á otro puede entrar en esta alcoba, pálida y muda como vos, y sin anunciarse. Hora es, pues, ya que esta noche he puesto en orden mis asuntos, de que le ponga esta mañana en los del reino.

—¿Y quién es esa otra persona á quien deseáis ver? preguntó Catalina.

—Mi hermano, señora; que le llamen.

—Señor, dijo la reina, a lvierto con plaacer que esas acusaciones, dictadas por el odio antes que arrancadas por el dolor, se borran poco á poco de vuestra mente y no tardarán en borrarse de vuestro corazon. Nodriz, gritó Catalina; nodriz.

La buena muger, que estaba en la parte de afuera, abrió la puerta.

—Nodriz, prosiguió Catalina, cuando venga Mr. de Nancy, decidle de orden de mi hijo que vaya á buscar al duque de Alençon.

Carlos hizo una seña que detuvo á la anciana á tiempo de ir á obedecer esta orden.

—He dicho á mi hermano, señora, repuso el rey.

Dilatárouse los ojos de Catalina como los de hembra del tigre cuando vá á encolerizarse. La ro Carlos alzó imperiosamente la mano.

—Quiero hablar á mi hermano Enrique, dijo; solo Enrique es mi hermano; no el que reina allá en lejanas tierras, sino el que está aquí prisionero. Enrique sabrá mi última voluntad.

—Y qué! exclamó la florentina oponiéndose con desusada audacia á la terrible voluntad de su hijo, tanto la serbia de su habitual disimulo el odio al Borbón, si estais como decís, tan cercano al sepulcro, ¿os parece que he de ceder á nadie, y menos á un extranjero, los derechos que tengo á asistirlos en vuestra última hora, mis derechos de madre?

—Señora, dijo Carlos, todavía soy rey, todavía mando, señora; y cuando os digo que quiero hablar á mi hermano Enrique no llamas á mi capitán de guardias?... ¡Voto al demonio! sabed que aun tengo las suficientes fuerzas para irle á buscar yo mismo.

Y haciendo un movimiento para salir de la cama, descubrió su cuerpo, semejante al de Jesucristo despues de la flagelacion.

—Señor, exclamó Catalina conteniéndole, eso es injuriarnos á todos, olvidar las afrentas hechas á nuestra familia, renegar de nuestra sangre: solo un príncipe francés debe arrodillarse junto al lecho de muerte de un rey de Francia. Mi lugar está señalado aquí por las leyes de la naturaleza y de la etiqueta; en él me quedo.

—¿Y con qué títulos, señora, os quedais en él preguntó Carlos IX.

—Con el de madre.

—No sois mi madre, así como el duque de Alençon no es mi hermano.

—Delirais, dijo Catalina; ¿desde cuando la que da el ser deja de ser madre del que le recibe?

—Desde el momento, señora, en que esa madre desnaturalizada quita lo mismo que ha dado, contestó Carlos enjugándose la sangrienta espuma que humedecía sus labios.

—¿Qué queréis decir, Carlos? no os comprendo, murmuró la reina mirando á su hijo con ojos dilatados por el asombro.

—Ahora me comprenderéis señora.

Metió Carlos la mano bajo la almohada y sacó una llavecita de plata.

—Tomad esta llave, y abrid mi cofre de viaje; contiene ciertos papeles que hablarán por mí.

Y Carlos mostró con la mano un cofre magníficamente labreado con cerradura de plata como la llave que le abría, y colocado en la parte trasera visible del aposento.

Domnada Catalina por la supremacía que tomaba Carlos sobre ella, se acercó lentamente al cofre, le abrió y echó una ansiosa mirada al interior, retrocediendo de súbito cual si en alguno de los ángulos del mueble hubiese visto á un reptil dormido.

—Vamos, dijo Carlos que no la perdía de vista, ¿qué hay en ese cofre que tanto os espanta?

—Nada respondió Catalina.

—En ese caso, introducid en él la mano, señora y sacad un libro: ahí debe haber un libro, ¿no es cierto? añadió Carlos con su mortuoria sonrisa mas terrible en él que la mayor amenaza en otro.

—Sí, tartamudeò Catalina.

—Un libro de caza.

—Sí, sacadle y traédmele.

Apesar de toda su presencia de espíritu Catalina se inmutó, y alargó, temblando, la mano al interior del cofre.

—Fatalidad! murmuró cogiendo el libro.

—Bien, dijo Carlos. Escuchadme ahora. Este libro de caza... yo era un insensato... amaba la caza sobre todas las cosas... y le leí demasiado: ¿comprendeis, señora?

Catalina lanzó un sordo gemido.

—Era una debilidad, continuó Carlos; quemadle, señora: no conviene que sepan las debilidades de los reyes.

Acercóse Catalina á la encendida chimenea, dejó caer el libro sobre las brasas, y permaneció de pié inmóvil y muda mirando con inmóviles ojos á la azul llama que devoraba las envenenadas paginas.

Conforme se iba quemando el manuscrito, se esparcia por el aposento un fuerte olor á ajo.

En breve quedó enteramente consumido.

—Ahora, señora, llamaid á mi hermano, dijo Carlos con irresistible magestad.

Llena Catalina de estopor, abrumada bajo el peso de una múltiple emoción que no podía analizar su profunda sagacidad, ni combatir su fuerza casi sobrehumana, dió un paso hácia adelante y quiso hablar.

La madre sentia un remordimiento; la reina sentia un terror; la envenenadora sentia renacer su ódio.

Prevaleció este último sentimiento.

Maldito sea! exclamó precipitándose fuera de la alcoba; al fin triunfal se cumplen sus propósitos! ¡Sí, maldito, maldito sea!

—Ya lo oís; á mi hermano, á mi hermano Enrique, gritó Carlos perigiendo á su madre con la voz; á mi hermano Enrique, con quien quiero hablar en este mismo instante sobre los asuntos del reino.

Casi al mismo tiempo entró maese Ambrosio Paré por la puerta opuesta á la que acababa de dar paso á Catalina, y deteniéndose en el umbral para aspirar el tufo aliáceo de la alcoba;

—Quién ha quemado arsénico? preguntó.

—Yo, respondió Carlos.



---

## CAPITULO VIII.

### *La plataforma del torreon de Vincennes.*

**P**ASEABASE entretanto Enrique de Navarra solo y pensativo por la azotea del torreon: sabia que la corte estaba en el castillo que veia á cien pasos de distancia, y al través de las gruesas murallas sus penetrantes ojos adivinaban á Carlos no ibundo.

Hacia un tiempo magnifico: brillaba en las lejanas llanuras un ancho rayo de sol, y bañaba con fluido oro las copas de los árboles de la selva, orgullosos con la riqueza de su primer folaje. Las mismas piedras cenicientas del torreon parecia que se impregnaban del dulce calor del cielo, y los alhelios llevados por los soplos del Este á las quiebras de la muralla, abrían sus discos de rojo y amarillo terciopelo á los besos de la tibia brisa.

No se fijaban empero las miradas de Enrique ni en aquellas verdes llanuras, ni en las viejas y doradas copas de los árboles; sus ojos salvaban los espacios intermedios, é iban mas allá á fijarse ardientes de ambicion en la capital de Francia, destinada á ser un dia la capital del mundo.

—Paris, murmuraba el rey de Navarra, ahí está Paris, es decir, la alegría, el triunfo, la gloria, el poder y la felicidad; Paris, donde está el Louvre, y el Louvre donde está el trono; y pensar que de ese Paris tan deseado solo me separan las murallas que á mis pies se extienden y que encierran conmigo á mi enemiga!

Y volviendo los ojos de Paris á Vicennes, vió á su izquierda, en un valle á que daban sombra mil floridos almendros, á un hombre en cuya coraza se reflejaba obstinadamente un rayo de sol, punto inflamado que se agitaba en el espacio á cada movimiento de aquel hombre.

Cabalgaba el desconocido en un fogoso corcel, y llevaba de la rienda otro, al parecer no menos impaciente.

Ejó el rey de Navarra los ojos en el jinete y le vió sucesivamente desenvainar su espada, poner un pañuelo á la punta y agitarle como haciendo una seña.

Casi al mismo tiempo se repitió esta seña en la colina de enfrente, y en breve ondearon en torno del castillo hasta unos cien pañuelos.

Eran Mouy y sus hugonotes, que noticiosos de que el rey se estaba muriendo, y recelando que se tramase algo contra Enrique, se habian reunido y estaban dispuestos á defenderle ó á atacar.

Volvió Enrique los ojos al primer caballero

sacó el cuerpo fuera de la balaustrada, se cubrió los ojos con la mano, y cortando así el paso á los rayos del sol que le deslumbraban, reconoció al hugonote.

—¡Mouy! exclamó como si este pudiera oírle.

Y cediendo al júbilo que le causaba el verse rodeado de amigos, se quitó la toca y agitó en el aire su bandera.

Nuevamente se movieron todas las banderolas blancas con una vivacidad que demostraba su alegría.

—Me esperaba ¡ay! dijo Enrique; y no puedo volverme con ellos... ¿Por qué no lo hice cuando quizá estaba en mi mano? Ahora es ya tarde.

Y les dijo una cosa de desesperación, á que ellos se inclinaron con una que significaba: *esperare*.

En aquel momento oyó Enrique pasos en la escalera de piedra, y se retiró rápidamente. Como en efecto los hugonotes la razón de este movimiento, envainaron las espadas y ocultaron los palcos.

No tardó Enrique en volver á la escalera á una mujer cuya religiosa respiración era indicio de una cámara oculta. No sin el secreto terror que siempre le acometa al verla, reconoció en ella á Catalina de Médicis.

Detrás de ambos guacillas que se detuvieron en la parte alta de la escalera.

—¡Mouy! exclamó Enrique, grandes nove-

ñades deben ocurrir para que venga así la reina madre á buscarme á la plataforma del torreón de Vincennes.

Catalina se sentó en un banco de piedra construido junto á las almenas, para tomar aliento.

Aproximóse Enrique, y con la mas agradable sonrisa:

—¿Me buscáis á mí por ventura, bondadosa madre mia? le preguntó.

—Sí, señor, respondió Catalina, vengo á daros una prueba mas de mi afecto. Hemos llegado á un momento sumamente crítico; el rey se muere y desea hablaros.

—¿A mí? preguntó Enrique con un estremecimiento de alegría.

—A vos, sí. Tengo certidumbre de que le han dicho que no sólo ansiais volver á ocupar el trono de Navarra, sino que ambicionais el de Francia.

—¡Oh! exclamó Enrique.

—Bien sé que no hay tal cosa, pero él así lo cree, y no dudo que la entrevista á que os convoca tenga por objeto tenderos una red...

—¿A mí?

—Sí, antes de morir quiere Carlos saber lo que puede esperar ó debe temer de vos, y advertid que de vuestra contestacion han de depender las últimas órdenes que dé, esto es, vuestra muerte ó vuestra vida.

—Pero, ¿qué ha de ofrecerme?

—¿Qué sé yo? cosas imposibles probablemente.

—¿Y no las adivináis vos, madre?

—No, aunque las supongo..... por ejemplo...

Catalina se detuvo.

—¿Qué?

—Imaginando que abrigáis las ambiciosas ideas que le han dicho, deseará tal vez obtener de vuestra misma boca una prueba positiva. Suponed que os tiene como en tiempos pasados se tentaba á los culpables para provocar una declaracion sin recurrir al tormento; suponed, continuó Catalina mirando fijamente á Enrique, que os ofrezca un gobierno; la regencia misma.

Inundó el oprimido corazon de Enrique una indecible alegría; mas adivinando el artificio, su alma vigorosa y elástica rechazó el ataque.

—¿A mí? dijo, muy grosero seria el lazo; ¿ofrecerme á mi la regencia, cuando estais aquí vos y mi hermano el duque de Alençon?

Catalina se mordió los lábios por ocultar su satisfaccion.

—¿Luego renunciaríais á ella? preguntó vivamente.

—El rey ha muerto, dijo Enrique entre sí, y su madre es la que quiere armarme un lazo.

Y contestó:

—Ante todo necesito oír al rey de Francia, pues vos misma confesáis, señora, que cuan-

to meaos dicho no pasa de una suposición.

—Inicuamente, dijo Catalina, pero siempre podreis responder de vuestras intenciones.

—Dios es testigo, repuso inocentemente Enrique, de que, como no abrigó pretensión ninguna, tampoco tengo intenciones.

—Esa no es respuesta, dijo Catalina, viendo que urjía el tiempo, y dejándose llevar de su cólera: decidios en pró ó en contra.

—No puedo fundar mi decision en suposiciones, señora; es cosa muy difícil y muy grave una resolución positiva, para no aguardar á la realidad antes de adoptarla.

—Escuchadme, dijo Catalina: no podemos perder tiempo y le estamos perdiendo en discusiones vanas y en recíprocas sutilezas. Llevemos adelante nuestro juego cual ejemplo á un rey y á una reina. Si aceptais la regencia, sois muerto.

—El rey vive, pensó Enrique.

Y dijo con firmeza.

—Señora, Dios dispone de la vida de los hombres y de los reyes; él me inspirará. Que digan á S. M. que estoy dispuesto á comparecer á su presencia.

—Reflecionadlo.

—En dos años que llevo de proscripción, en un mes que llevo de encierro, respondió Enrique gravemente, he tenido tiempo para reflex-

sionar, señora, y he reflexionado. Digoos precederme y anunciar al rey que os sigo. Estos dos veteranos, añadió Enrique mostrando á los soldados, cuidarán de que no me escape. No es tal mi intencion.

Tenian tal acento de firmeza las palabras de Enrique, qu Catalina conoció que por muy embozadas que fuesen sus tentativas, ninguna influencia podrian ejercer sobre él. En consecuencia bajó precipitadamente la escalera.

No bien desapareció, corrió Enrique al parapeto é hizo á Mouy una seña que significaba: acereáos y estad dispuestos á todo evento.

Mouy que se habia apeado, montó otra vez á caballo, y llevando al otro del diestro marchó de un galope á situarse á dos tiros de mosquete del torreón.

Dióle Enrique las gracias con un ademán, y bajó.

En la primera meseta encontró á los dos soldados esperándole.

Dos retenes de suizos y de caballeria ligera guardaban la puerta de los patios, y era preciso pasar por entre dos filas de partesanas para entrar y salir del castillo.

Allí se habia detenido Catalina, y aguardaba al Bearnés.

Hizo seña á los dos soldados que seguian á Enrique de que se apartaràn, y poniendo sobre el brazo de este una mano le dijo:

==Este patio tiene dos puertas; en esta que veis á espaldas de los aposentos del rey, os

esperan un buen caballo y la libertad, si rehusais la regencia; en esta otra que acabais de atravesar, si dais oídos á la ambicion.... ¿Qué decís?

—Digo, señora, que si el rey me hace regente, yo seré quien ordene á los soldados y no vos. Digo, que si salgo del castillo subrepticamente, todas esas picas, todas esas alabardas, todos esos mosquetes se volverán contra mí.

—Insensato! murmuró Catalina exasperada; créeme, y no te aventuras con Catalina en el terrible juego de la vida ó la muerte.

—Por qué no? preguntó Enrique mirando fijamente á la reina madre; ¿por qué no me he de aventurar con vos como con otro cualquiera, si he ganado hasta ahora?

—Subid, pues, á la cámara del rey, señor mío, ya que nada queréis creer ni oír, dijo Catalina mostrándole con una mano la escalera, y acariciando con la otra uno de los dos puñales envenenados que llevaba en aquella vaina de zapa negra de que hace mencion la historia.

—Pasad delante, señora, dijo Enrique: hasta que yo sea regente, os corresponde tal honra.

Viendo Catalina penetradas todas sus intencions, desistió de su empeño, y precedió á Enrique.



---

## CAPITULO IX.

### *La Regencia.*

**Y**A empezaba el rey á perder la paciencia. Estaba dando orden á Mr. de Nancy, á quien habia mandado llamar, de que fuera á buscar á Enrique, cuando llegó este.

Al ver á su cuñado aparecer en la puerta de la alcoba, lanzó Carlos una exclamacion de alegría. Enrique se quedó inmóvil, tan sobrecogido cual si hubiera visto á un cadáver.

Los dos médicos que estaban al lado del monarca se retiraron, como así mismo el sacerdote que acababa de disponer al desgraciado príncipe para un fin cristiano.

No era Carlos IX querido de sus vasallos y sin embargo, en las antecámaras se horroraba mucho. Cualesquiera que sean los príncipes, siempre hay personas que pierden algo con su muerte y que temen que su sucesor se lo quite.

Aquel luto, aquellos sollozos, las palabras de Catalina, el siniestro y magestuoso aparato de los últimos momentos de un rey, y por fin, el aspecto de este mismo rey, víctima de una enfermedad que despues se habia

reproducido, pero de que aun no habia tenido ejemplos la ciencia, produjeron sobre el espíritu, joven todavía y por consiguiente impresionable, de Enrique, un efecto tan terrible, que á pesar de su resolucion de no difundir nuevas zozobras á Carlos acerca de su estado, no pudo, segun dejamos dicho, contener un impulso de terror que se pintó en su rostro, al ver á aquel moribundo verter sangre por todo su cuerpo.

Carlos se sonrió con tristeza. Ninguna impresion de cuantas producen los moribundos sobre los que les rodean se les escapa.

—Venid acá, Henriot, dijo presentando la mano á su cuñado con una dulzura que nunca habia observado en él Enrique. Venid, porque me dolia el no veros: mucho os he atormentado en el trascurso de mi vida, pobre amigo mio, y ahora me lo echo en cara mas de una vez: creedlo. En varias ocasiones he auxiliado á los que os perseguian: pero un rey no puede disponer de los acontecimientos, y ademas de mi madre Catalina, ademas de mi hermano el de Anjou, ademas de mi hermano el de Alençon, influía sobre mí y me dominaba otra cosa que cesa en el dia en que tan próximo estoy á la muerte, es, á saber, la razon de Estado.

—Señor, respondió Enrique, de nada me acuerdo ya sino del amor que siempre me ha inspirado mi hermano; el respeto que siempre he tenido á mi rey.

—Sí, sí, tienes razon, dijo Cárlos, y te agradezco que me hables así, Henriot, pues indudablemente has sufrido mucho durante mi reinado, aparte de que bajo él ha muerto tu pobre madre. Pero ya debiste conocer que muy amenudo me impelían otros á ello. A veces me resistia; otras hubo que cedi al cansancio. En fin, tú lo has dicho; no hablemos de lo pasado; lo que ahora me aterra es el porvenir.

Y al decir estas palabras, el pobre monarca se cubrió el lívido rostro con sus descarnadas manos.

Moviendo la cabeza, despues de un momento de silencio, para desterrar aquellas siniestras ideas, y rociando con sangre el lecho en torno suyo:

—Es necesario salvar el Estado, continuó en voz baja y acercándose á Enrique; es necesario estorbar que caiga en manos de fanáticos ó de mugeres.

Segun acabamos de decir, Cárlos pronunció estas palabras en voz baja, y sin embargo, á Enrique le pareció oír detras de la cortina de la cama, una exclamacion de cólera. Acaso alguna rendija abierta en la pared sin saberlo el mismo Cárlos, permitiria á Catalina oír aquella decisiva conversacion.

—¿De mugeres? repuso el rey de Navarra para promover una esplicacion.

—Sí, Enrique, dijo Cárlos; mi madre aspira la regencia hasta que vuelva de Polonia

mi hermano. Mas atiende á lo que te digo: no volveré.

—¿Cómo! ¿no volverá? exclamó Enrique con el corazón sordamente agitado de júbilo.

—No, no volverá, continuó Carlos; no le dejarán venir sus vasallos.

—¿Y creéis, hermano, repuso Enrique, que no le haya escrito anticipadamente la reina madre?

—Sí, pero Nancy ha sorprendido al correo en Chateau-Thierry y me ha traído la carta: en ella le decía que yo estaba próximo á morir. Mas yo tambien he escrito á Varsovia: mi carta llegó de seguro y mi hermano será vigilado. De suerte, Enrique, que segun todas las probabilidades, el trono va á quedar vacante.

Otro rumor, aun mas sensible que el primero, se dejó oír en la alcoba.

—Resueltamente, dijo Enrique, está la reina escuchando y esperando.

Carlos nada oyó.

—Ahora bien, prosiguió, muero sin herederos varones.

Aquí se detuvo; un dulce pensamiento animó su rostro, y poniendo la mano sobre el hombro del rey de Navarra:

—¡Ay! continuó, ¿te acuerdas, Henriot, te acuerdas del pobre niño que te enseñé una noche, dormido en su cuna de seda y velado por un ángel? ¡Ay, Henriot! ¡me lo van á matar!

—¡Oh! exclamó Enrique con los ojos bañados en lágrimas, por Dios os juro, señor consagrar mis días y mis noches á velar sobre su vida; ordenad, rey mio.

—Gracias, Henriot, gracias, dijo el monarca con una efusion muy ajena de su carácter, pero inspirada por la situacion. Acepto tu promesa. No le hagas rey; afortunadamente no ha nacido para el trono; pero hazle feliz. Le dejo un capital independiente; que tenga la nobleza de su madre, la del corazon. Quizá le convendria mas que le consagrarán á la iglesia, inspiraria menos recelos. ¡Oh! me parece que yo moriria, si no feliz, por lo menos tranquilo, si tuviera aquí para consolarme las caricias del hijo y la dulce luz de la madre.

—Señor, ¿no podeis hacer que vengan?

—¡Calla, infeliz! no saldrian de aquí. Tal es la condicion de los reyes, Henriot; no pueden vivir ni morir á su gusto. Pero tu promesa me ha devuelto la tranquilidad.

Enrique se quedó reflexivo.

—Es cierto, señor, que lo he prometido; pero, ¿podré cumplirlo?

—¿Qué quieres decir?

—¿No me veré yo mismo prescrito, amenazado como él y mas todavía? Porque al fin yo soy un hombre y él lo es mas que un niño.

—Te equivocas, respondió Carlos; muerto yo, serás fuerte y poderoso; esto te dará fuerza y poderío.

Diciendo así, sacó el moribundo un pergamino de su cabecera.

—Toma, le dijo.

Enrique recorrió con la vista el pliego revestido con el real sello.

—¿A mí la regencia, señor? exclamó perdiendo el color en fuerza de su júbilo.

—Sí, la regencia á tí, hasta que regrese el duque de Anjou, y como, segun todas las probabilidades, el duque de Anjou no regresará, no es la regencia lo que en este papel te dejó, sino el trono.

—¡El trono á mí! murmuró Enrique.

—Sí, dijo Carlos, el trono á tí, que eres el único digno, y sobre todo el único capaz de gobernar á esos desenfrenados gaianes, á esas mozas perdidas que se mantienen de sangre y de lágrimas. Mi hermano Alenzon es un traidor y lo será con todos. Déjale en el torreón en que le tengo. Mi madre querrá matarte, destiérala. Dentro de tres meses, de cuatro, ó tal vez de un año, saldrá de Varsovia mi hermano Enrique y vendrá á disputarte el poder; respóndele con un breve del papa. Ya he arreglado este negocio por medio de mi embajador el duque de Nevers, y sin tardanza recibirás el breve.

—¡Oh rey mio!

—No temas mas que una cosa, Enrique; la guerra civil. Pero podrás evitarla insistiendo en tu conversion, porque el partido hugonote solo tendrá consistencia si tú te pones á su cabeza, y Mr. de Condé no es capaz de luchar contigo. Francia es pais de

lianuras, Enrique, y por consiguiente católico. El rey de Francia debe ser rey de los católicos y no rey de los hugonotes; porque el rey de Francia debe serlo de la mayoría. Dicen que tengo remordimientos por la jornada de San Bartolomé: dudas, sí; remordimientos, no. Dicen también que estoy sudando por todos mis poros la sangre de los hugonotes. Lo que sudo es arsénico, que no sangre.

—¡Oh! ¿qué decís, señor?

—Nada. Si ha de ser vengada mi muerte, Henriot, solo Dios debe vengarla. No hablemos de ella mas que para prever los acontecimientos que deben seguirla. Te lego un buen parlamento, un ejército aguerrido. Apoyate en el parlamento y en el ejército para resistir á tus dos únicos enemigos, mi madre y el duque de Alençon.

En aquel momento se oyó en el vestíbulo un sordo ruido de armas y de voces militares.

—Muerto soy, murmuró Enrique.

—¿Temes; vacilas! dijo Carlos con zozobra.

—¿Yo, señor? repuso Enrique, ni temo ni vacilo; acepto.

Carlos le apretó la mano. Y viendo que se le acercaba la nodriza con una pócima que acababa de preparar en la vecina estancia sin cuidarse de que á tres pasos de ella se estaba decidiendo la suerte del reino:

—Llama a mi madre, buena nodriza, le dijo, y que venga también Mr. de Alençon.

---

## CAPITULO X.

*El rey ha muerto: ¡viva el rey!*

Lívidos de espanto y trémulos de furor entraron poco despues en la estancia Catalina y Alenzon. Segun las previsiones de Enrique, Catalina lo sabia todo, y todo se lo habia referido en pocas palabras á Francisco. Dieron algunos pasos y se pararon, quedando en expectativa.

Enrique estaba de pié á la cabecera del lecho de Carlos.

Ignorando el rey lo que acababa de pasar, les declaró su voluntad.

—Señora, dijo á su madre, si yo tuviera hijos, seriais vos regente y en defecto vuestro el rey de Polonia, y en defecto del rey de Polonia mi hermano Francisco: pero no los tengo y muerto yo corresponde el trono á mi hermano Anjou que se halla ausente. Como un dia ú otro ha de venir á reclamar ese trono, no quiero que encuentre en su sitio á un hombre que pueda disputarle sus derechos oponiéndole derechos casi iguales, y esponiendo por consiguiente al reino á una guerra de sucesion. Por esta razon, señora, no os nombro regente, porque tendríais que elegir entre dos



hijos, cosa muy sensible al corazón de una madre. Tampoco nombro á mi hermano Francisco, porque podría decir á su primogénito: «Teníais un trono, ¿porqué le abandonasteis?» No, quiero nombrar un regente que pueda aceptar en depósito la corona, y que la guarde bajo su mano y no sobre su cabeza. Este regente, saludadle, señora; saludadle, hermano; este regente es el rey de Navarra.

Y con ademán de irresistible impero, hizo un saludo á Enrique.

También Catalina y Alenzon hicieron un movimiento, que era el término medio entre un estremecimiento nervioso y un saludo.

—Tomad, señor regente, dijo Carlos al rey de Navarra, este es el pergamino que hasta el regreso del rey de Polonia os contiene el mando de los ejércitos, las llaves del tesoro, el poder y los derechos régios.

Catalina devoraba á Enrique con los ojos; Francisco estaba tan trémulo que apenas podía sostenerse: mas en vez de tranquilizar al bearnés la debilidad del uno y la firmeza de la otra, le mostraban el peligro que corría, inevitable, inminente.

Hizo sin embargo un violento esfuerzo; sobreponiéndose á sus temores cogió el rollo de manos del rey y alzando la cabeza fijó en Catalina y Francisco una mirada que significaba:

—Guay de vosotros! soy vuestro dueño.

Comprendiólo Catalina.

—No, no, dijo: nunca doblará mi estirpe la

cabeza ante una raza estrangera: ¡nunca mientras exista un Valois reinará un Borbon en Francial

—Madre, madre, gritó Cárlos IX incorporándose en el lecho, envuelto en las enrojeadas sábanas y mas espantoso que nunca, idos con tiento; todavia soy rey; bien sé que no duraré mucho, pero no se necesita tanto tiempo para dar una órden; no se necesita tanto para castigar á los asesinos y á los envenenadores.

—¡Dadla enhorabuena, si os atreveis! Tambien yo voy á dar las mias. Venid, Francisco, venid.

Y salió rápidamente de la estancia, llevándose al duque de Alençon.

—Nancy! gritó Cárlos; Nancy! á mí á mí! yo lo mando, Nancy; prended a mi madre, prended á mi hermano!

Una bocanada de sangre cortó la palabra á Carlos justamente cuando abria la puerta el capitan de guardias. Sofocado el rey, cayó dando un quejido sobre su lecho.

Nancy solo habia oido su nombre; las órdenes que les siguieron, como pronunciadas con voz mas confusa se habian perdido en el espacio.

—Guardad la puerta, dijo Enrique, y que nadie entre.

Saludó Nancy y se marchó.

Enrique volvió los ojos á aquel inanimado cuerpo que hubiera podido equivocarse con

un cadáver, si un leve hálito no hubiese agitado la franga de espuma que humedecía sus labios.

Contemplóle por espacio de algun tiempo, y luego dijo calliendo á sus reflexiones:

—Este es el momento crítico; ¿deberé todavía vivir?

En el mismo instante se alzó la cortina; apareció tras ella una pálida cabeza, y una voz vibró en medio del silencio de muerte que reinaba en la cámara real.

—Vivid! dijo esa voz.

—René! exclamó Enrique.

—Sí, señor.

—¿Luego era falsa tu prediccion? ¿luego no seré rey? exclamó Enrique.

—Lo seréis, señor, pero aun no es hora.

—Cómo lo sabes? habla, sepa yo si debo creerte.

—Escuchadme.

—Ya os escucho.

—Inclinaos.

Enrique se inclinó por encima del cuerpo de Carlos. René le imitó por su parte. Solo les separaba la cama, y aun esta distancia era menor, merced á su doble movimiento.

Entre los dos yacia tendido y siempre mudo é inmóvil, el cuerpo del moribundo monarca.

—Escuchad, dijo René; la reina madre me ha puesto aquí para perderos; pero yo prefiero servirlos, porque tengo confianza en vuestro horóscopo, y en obrar así están interesados á la par mi cuerpo y alma.

—¿Te ha encargado también la reina madre que digas eso? preguntó Enrique lleno de dudas y de angustias.

—No, repuso René; pero escuchad un secreto.

Y se inclinó mas todavía. Hizo lo mismo Enrique, de suerte que casi se tocaban sus dos cabezas.

Tenia un *no sé qué* tan siniestro aquel dialogo de dos hombres encorvados sobre el cuerpo de un rey en la agonía, que al supersticioso florentino se le erizaron los cabellos, y Enrique sintió gotear de su frente un abundante sudor.

—Escuchad, continuó René, escuchad un secreto que nadie sabe mas que yo y que os revelaré si me jurais sobre este moribundo perdonarme la muerte de vuestra madre.

—Ya te lo he prometido una vez, dijo Enrique con ceñudo rostro.

—Prometido sí, pero no jurado, repuso René haciendo un movimiento como para retirarse.

—Lo juro dijo Enrique poniendo la mano derecha sobre la cabeza del rey.

—Pues bien, señor, repuso precipitadamente el florentino; el monarca de Polonia va á llegar á Vincennes.

—No hay tal, respondió Enrique; el rey Carlos interceptó el correo.

—El rey Carlos interceptó un correo en

el camino de Chateau-Thierry; pero la reina madre; llena de prevision, había enviado tres por diferentes caminos.

—¡Oh mísero de mí! dijo Enrique.

—Esta mañana ha llegado un emisario de Varsovia. El rey debía ponerse en marcha tras él sin que se lo estorbára nadie, pues aun se ignoraba en aquella corte la enfermedad de Carlos IX. Dicho emisario por lo tanto, solo llevaba á Enrique de Anjou algunas horas de delantera.

—¡Oh! si tuviese á mi disposicion siquiera ocho dias, dijo Enrique.

—Sí, pero no teneis ni ocho horas. ¿Oísteis antes ruido de preparar armas?

—Sí.

—Para vos las preparaban. Vendrán á mataros hasta aquí, hasta la alcoba del rey.

—Aun no ha muerto.

René miró fijamente á Carlos.

—Morirá dentro de diez minutos. Diez minutos teneis de vida y acaso menos.

—¿Y qué he hacer?

—Huir sin perder un minuto, sin perder un segundo.

—Pero ¿por dónde? si me están esperando en la antecámara, me matarán cuando salga.

—Escuchadme, á todo me arriesgo por vos; nunca lo olvideis.

—Desenida.

—Seguidme por este pasadizo secreto; os

geiató hasta la poterna. En seguida para que ganeis tiempo, iré á decir á la reina madre que estais bajando; creerán que habeis descubierta esta salida y que os valeis de ella para lugares: venid, venid.

Enrique se acercó á Cárlos y le besó en la frente.

—Adios, hermano, dijo, nunca olvidaré que tu último deseo fué que yo te sucediera. Nunca olvidaré que tu última voluntad fué hacerme rey. Muere en paz; en nombre de nuestros hermanos te perdono la sangre derramada.

—¡Alerta, alerta! que vueve en sí, dijo René; huid antes de que abra los ojos; huid.

—Nodriza; murmuró Cárlos, nodriza.

Cojió Enrique de la cabecera la espada, ya inútil del exánime monarca, metióse en el pecho el pergamino que le nombraba regente, besó por última vez la frente de Cárlos, pasó al otro lado del lecho, y se lanzó por el bucco que, despues de darle paso, volvió á cerrarse.

—Nodriza, gritó el rey en voz mas fuerte, nodriza.

Acudió la anciana.

—¿Qué es eso? ¿qué ocurre, Cárlos mio? le preguntó.

—Nodriza, dijo el rey, abiertos los párpados y dilatados los ojos con la terrible fijeza de la muerte: algo debe de haber pasado durante mi sueño; veo una gran luz: veo á Dios nuestro señor, veo á nuestro señor Je-

sucristo y á la santísima vírgen María. Le ruegan por mí; el señor Todopoderoso me perdona... Me llama... ¡Dios mío! ¡Dios mío! recibidme en vuestra misericordia... ¡Dios mío! olvidad que fui rey, porque vengo á vos sin cetro y sin corona... olvidad, Dios mío, los crímenes del rey y recordad tan solo los padecimientos del hombre... ¡Dios mío! aquí me teneis.

Y Cárlos, que al pronunciar estas palabras se habia ido incorporando poco á poco, como para salir al encuentro de la voz que le llamaba, lanzó un suspiro al concluiras, y cayó inmóvil y helado en brazos de su nodriza.

En aquel intermedio, y en tanto que, segun las instrucciones de Catalina, marchaban algunos soldados al sitio por donde se suponía que saliese Enrique, guiado este por René, se escapaba por el pasadizo secreto, ganaba la poterna, montaba en el caballo que le habian prevenido y galopaba hácia el paraje donde tenia certidumbre de encontrar á Mouy.

Al ruido que su caballo hacia hiriendo con los cascos el sonoro pavimento, volvieron de repente algunos soldados la cabeza, y gritaron:

—¡Qué huye! ¡qué huye!

—¿Quién? exclamó la reina madre acercándose á una ventana,

—El rey Enrique, el rey de Navarra, dijeron los centinelas.

—¡Fuegol gritó Catalina, ¡fuego en él!

Apuntaron los soldados, pero ya estaba Enrique muy lejos.

—Huye, exclamó la reina madre, luego está vencido.

—Huye, murmuró el duque de Alençon, luego soy rey.

Pero en el mismo instante, y hallándose todavía en el balcon Francisco y su madre, crujió el puente levadizo bajo el peso de algunos caballos, y precedido por un grande estruendo de armas y de voces, entró á galope en el patio un jóven con el sombrero en la mano y gritando «¡Francial» seguido de cuatro caballeros cubiertos como él de sudor, de polvo y de espuma.

—¡Hijo mio! gritó Catalina sacando los dos brazos por la ventana.

—¡Madre! respondió el jóven apeándose.

—¡Mi hermano Anjou! exclamó Francisco aterrado y echando el cuerpo atrás.

—¿Es tarde? preguntó Enrique de Anjou á su madre.

—No, vienes en la mejor ocasion, y aunque Dios te hubiera traído por la mano, no hubieras llegado mas á tiempo; mira y escucha.

En efecto, Mr. de Nancy, capitan de guardias, salia entonces al balcon de la real cámara.

Fijáronse en él todas las miradas.

Rompió el capitan una varita por la mi-



tañ, y tendiendo los brazos con un pedazo en cada mano:

—¡El rey Carlos IX ha muerto! el rey Carlos IX ha muerto! ¡el rey Carlos IX ha muerto! gritó tres veces.

Y dejó caer los dos fragmentos de la varita.

—¡Viva el rey Enrique III, esclamó entonces Catalina persignándose con religiosa conformidad; ¡viva el rey Enrique III!

Todos repitieron á una este viva, excepto el duque de Alenzon.

—¡Ah! me ha engañado, dijo clavándose las uñas en el pecho.

—¡Vencid! esclamó Catalina. ¡No reinará ese aborrecido bearnés!

## CAPITULO X

### *Epilogo.*

**U**n año habia pasado desde la muerte del rey Carlos IX, y el advenimiento de su sucesor al trono.

El rey Enrique III, felizmente reinante por la gracia de Dios y de su madre Catalina, estaba en una hermosa procesion hecha en honor de Nuestra Señora de Clery.

Habia ido á ella á pié con la reina su esposa y toda la corte

Bien podía el rey Enrique tomarse este pequeño pasatiempo; ningún cuidado sério ocupaba su espíritu. El rey de Navarra se hallaba en su reino, cumplidos ya sus fervientes deseos, y obsequiaba mucho, según era público, á una linda jóven de la sangre de los Montmorency á quien llamaba la *Fosseuse*. Acompañábale Margarita, triste y torva, hallando tan solo en sus magníficas montañas, ya que no una distracción, cuando menos un lenitivo á los dos grandes dolores de la vida; la ausencia y la muerte.

Estaba París muy tranquilo, y la reina madre, verdaderamente regente desde que reinaba su amado hijo Enrique, moraba, ya en el Louvre, ya en el palacio de Soissons, situado en el terreno que ocupa el mercado de granos, y del cual solo queda la elegante columna que enfrente de la calle se puede ver todavía.

Hallábase la reina una noche muy ocupada en estudiar los astros con René, cuyas leves traiciones había ignorado siempre y que merced á la falsa declaración que tan á punto dió en el negocio de Coconnas y la Mole, había vuelto á su gracia, cuando entraron á anunciarla que un hombre la esperaba en su oratorio, diciendo que tenía que manifestarla una cosa de la mayor importancia.

Bajó precipitadamente y encontró á Mr. de Maurevel.

—¿Está aquí exclamó el antiguo capitán del polvorista, contraviniendo á la etiqueta real en no dar á Catalina tiempo para dirigirla la palabra.

—¿Quién? preguntó Catalina.

—¿Quién quereis que sea, señora, sino el rey de Navarra?

—¡Aquí dijo Catalina: ¡aquí Enrique! ¿y á qué viene el imprudente?

—Segun las apariencias, viene á ver á madama de Sauve y nada mas. Pero segun las probabilidades, viene á conspirar contra el rey.

—¿Y cómo sabeis que está aquí?

—Ayer le ví entrar en una casa en que un instante despues entró tambien madama de Sauve.

—¿Estais seguro de que era él?

—Esperé á que saliese y me quedé en acecho parte de la noche. A las tres se volvieron á poner en camino los dos amantes. El rey acompañó á madama de Sauve hasta el postigo del Louvre, donde, gracias al portero, á quien sin duda han ganado; entró sin que nadie la molestara, y el rey se marchó talarando una cancion, y andando con tanto desembarazo como si estuviera en sus montañas.

—¿A dónde fué?

—A la calle del Arbol Seco, fonda de la Hermosa Estrella, donde vivian los dos hechiceros ajusticiados por órden de V. M. el año pasado.

—¿Por qué no vinisteis á decírmelo al momento?

—Porque no tenía una plena certidumbre del hecho.

—¿Y ahora?

—Ahora la tengo.

—¿Le has visto?

—Perfectamente. Me embosqué en casa de un mercader de vinos que hay enfrente; primero le ví entrar en la misma casa que ayer; y como tardaba madama de Sauve, asomó imprudentemente la cara á un vidrio del balcon del piso principal, de modo que no me quedó le menor duda. Además, un instante despues entró nuevamente madama de Sauve á buscarle.

—¿Y crees que se estén juntos como anoche hasta las tres de la mañana?

—Es probable.

—¿Dónde está esa casa?

—Junto á la Cruz de Petits-Champs, hácia San Honorio.

—Bien, dijo Catalina. ¿Conoce Mr. de Sauve vuestra letra?

—No.

—Sentaos y escribid.

Obedeció Maurevel y dijo tomando una pluma:

—Estoy pronto, señora.

Catalina le dictó:

«Mientras que el baron de Sauve desempeña su servicio en el Louvre, la baronesa se

halla con un pisaverde amigo suyo en una casa inmediata á la Cruz de Petits-Champs, hácia San Honorio; el baron de Sauve podrá conocer la casa por una cruz roja que habrá pintada en la pared.»

—Ya está, dijo Maurevel.

—Sacad una copia de esa carta, dijo Catalina.

Maurevel obedeció pasivamente.

—Ahora, dijo la reina, haced que por medio de un hombre hábil llegue esta carta á manos del baron de Sauve, y que se deje caer la otra en los corredores del Louvre.

—No comprendo, repuso Maurevel.

Catalina se encogió de hombros.

—¿No comprendéis que se enfade un marido que recibe un aviso de esta naturaleza?

—Como no se enfadaba cuando estaba aquí el rey de Navarra....

—Hay cosas que se toleran de un rey y quizá no de un simple caballero. De todos modos, si él no se enoja, os enojareis vos.

—¿Yo?

—Si por cierto. Tomais cuatro ó seis hombres; os enmascarais, derribais la puerta, como si os enviase el baron, sorprendéis á los amantes en medio de su diálogo, herís en nombre del marido, y al siguiente día, la carta perdida en los corredores del Louvre y encontrada por alguna alma caritativa que la haga circular, prueba que el marido se ha vengado. La casualidad habrá hecho que sea

víctima el rey de Navarra; pero ¿quién hubiera podido adivinarlo cuando suponíamos que estuviese en Pau?

Maurevel miró con admiración á Catalina, hizo una cortesía y salió del aposento.

A tiempo que él salía del palacio de Soissons, entraba madama de Sauve en la casita de la Cruz de Petits-Champs.

Ya la esperaba Enrique con la puerta entreabierta.

No bien la vió en la escalera, la preguntó:

—¿Os han seguido?

—No, dijo Carlota; por lo menos no lo he notado.

—Es que se me figura que á mí sí me han seguido, no solo anoche, sino esta tarde.

—Ay Dios mío! exclamó Carlota; no me asustéis, señor; nunca me consolara de que os acarrease malas consecuencias el bondadoso recuerdo que consagrais á una antigua amiga.

—No hay miedo, querida, dijo el bearnés: tres espadas velan por nosotros en las tinieblas.

—Tres? pocas son, señor.

—No son pocas, llamándose, como se llaman, Mouy, Saucourt y Barthelamy.

—Está Mouy en Paris?

—Sí, por cierto.

—Se ha atrevido á venir á la capital! Tiene por ventura como vos, á alguna pobre muger loca por él?

—No, pero tiene un enemigo cuya muerte ha jurado. Solo el odio, querida, mueve á cometer tantos disparates como el amor.

—Muchas gracias.

—Oh! no lo digo por los disparates presentes, repuso Enrique, sino por los pasados y los venideros. Pero no disputemos sobre esto, no tenemos tiempo que perder.

—Con que os vais?

—Esta noche.

—Ya han terminado los negocios que os trajeron á Paris?

—Solo por veros he venido.

—Gascon!

—Voto á cribas, querida, que digo la verdad! Pero abandonemos estos recuerdos; aun me quedan dos ó tres horas para ser feliz; despues llegará el momento de una separacion eterna.

—Ah señor! dijo madama de Sauve, nada hay eterno, sino es mi amor.

Como Enrique acababa de decir que no tenia tiempo para disputar, no disputó: creyó este aserto ó si no se lo permitió así su escepticismo, finjó que lo creía.

Hallábanse entretanto apostados Mouy y sus compañeros en las cercanías de la casa, segun lo dicho por el rey de Navarra. Estaba convenido que Enrique se retirase á las doce de la noche en vez de hacerlo á las tres de la mañaua, y que despues de acompañar á madama de Sauve hasta el Louvre irian á la calle

de la Cerisaie á buscar á Maurevel.

Hasta aquel día no habia podido Mouy descubrir á ciencia cierta donde vivía su enemigo.

Una hora haría que estaban allí, cuando vieron á un hombre seguido á poca distancia por otros cinco, acercarse á la puerta de la casita y probar en la cerradura varias llaves una tras otra.

No bien le divisó Mouy, que estaba oculto en el hueco de una puerta inmediata, dió un salto y le cojió por un brazo.

—Poco á poco, dijo; aquí no se entra.

Dió el desconocido un brinco hácia atrás y en este movimiento se le cayó el sombrero.

—Mouy de Saint Phalel exclamó.

—Maurevel gritó el hugonote alzando su espada. Yo te buscaba y sales á mi encuentro! ¡tracias!

Su cólera empero no le hizo olvidar á Enrique; volvió la cabeza hácia el balcon y dió un silbido al modo de los pastores bearneses.

Esto basta, dijo á Saucourt. Ahora ¡á mí, sesino, á mí!

Y se arrojó sobre Maurevel.

Ya habia este tenido tiempo para sacar una pistola del cinto.

—Lo que es ahora, dijo el *mata-hombres* del rey apuntando al jóven, creo que eres muerto.

Y disparó. Pero Mouy se apartó á la derecha y la bala pasó sin darle.



—Ahora me toca á mí exclamó el jóven. Y asestó á Maurevel tan tremenda estocada, que aunque le dió en el cinturón de cuero, la acerada punta atravesó aquel obstáculo y se hundió en la carne.

Lanzó el asesino un feroz grito que revelaba profundo dolor que los esbirros sus colegas, creyéndole herido mortalmente, huyeron atemorizados por la calle de San Honorio.

Maurevel no era valiente. Viéndose abandonado por sus compañeros y frente un adversario como Mouy, trató también de escaparse y echó á correr por la misma parte gritando ¡socorro!

Mouy, Saucourt y Barthelemy le siguieron con rápidos pasos.

Al entrar en la calle de Grenelle á la que se dirigieron para cortarle el camino, se abrió tras ellos un balcon y saltó un hombre desde el piso principal hasta el suelo regado por la reciente lluvia.

Era Enrique.

Prevenido por el silvido de Mouy de que existia un peligro, y habiéndole probado el pistoletazo que este peligro era grave, iba á socorrer á sus amigos.

Ardiente y vigoroso se arrojó en pos de ellos con espada en mano.

Un grito que salió de la barrera de los sargentos le guió. Era Maurevel, que seguido muy de cerca por Mouy, llamaba por se-

gunda vez en su auxilio á sus compañeros dominados por el terror.

Preciso le era hacer frente ó morir á puñaladas por las espaldas. Maurevel volvió la cara y se encontró con el acero de su enemigo, quien le tiró inmediatamente una estocada con tal acierto, que le atravesó la banda. Sin perder momento hundió Mouy nuevamente su espada en el cuerpo, ya herido de su adversario, y de entrambas heridas brotaron dos chorros de sangre.

—Aun resistel gritó Enrique que llegaba á la sazón. A él á él Mouy.

Mouy no necesitaba que le azuzasen. Dió otro ataque á Maurevel, pero este no le esperó. Cubriéndose la herida con la mano izquierda emprendió una desesperada carrera.

—¡Mátale pronto! ¡Mátale! gritó el rey. Ya se paran sus soldados, mas la desesperacion de los cobardes nada significa para los valientes.

Maurevel, cuyos pulmones se le saltaban del pecho, que silvaba en vez de respirar, pues á cada resoplido derramaba un sangriento sudor, cayó de repente en tierra rendido de cansancio; pero casi al mismo tiempo se levantó, y sosteniéndose sobre una rodilla presentó la punta de su espada á Mouy.

—¡Amigos, amigos! gritó Maurevel, no son mas que dos. ¡Fuego, fuego en ellos!

En efecto, Saucourt y Barthelemy se habian apartado persiguiendo á dos esbirros que

iban por la calle de las Garruchas, y el rey y Mouy estaban solos para hacer frente á cuatro hombres.

—¡Fuego! continuaba abullando Maurevel, en tanto que un soldado preparaba efectivamente su mosquete.

—Sí, pero antes morirás, traidor; morirás miserable; morirás condenado como asesino.

Y apartando con una mano la afilada espada de Maurevel, metió con la otra la suya hasta la empuñadura en el pecho de su enemigo, con tanta fuerza que le clavó en tierra.

—¡Defiéndete! ¡defiéndete! gritó Enrique.

Mouy dió un salto hácia atrás, dejando su arma en el cuerpo de Maurevel, pues le estaba apuntando un soldado, y le iba á tirar á boca de jarro.

Mas en el mismo instante atravesó Enrique de una estocada al soldado, el cual cayó junto á Maurevel lanzando un grito.

Los otros dos se fugaron.

—Ven, Mouy, ven, dijo Enrique. No hay que perder un instante; si nos conocen somos perdidos.

—Aguardad, señor, respondió Mouy; ¿creeis que he de dejar mi espada en el cuerpo de ese miserable?

Y se acercó á Maurevel que yacia al parecer sin movimiento; mas al empuñar Mouy su espada que efectivamente se había quedado en el cuerpo del asesino, este se levan-

to armado con el mosquete que soltó el esbirro al caer, y le disparó á boca de jarro contra el pecho de Mouy.

El jóven cayó redondo sin dar un grito.

—Arrojóse Enrique sobre Maurevel, mas ya habia este caido otra vez en tierra y era tambien cadáver.

Era necesario huir; al ruido se habia reunido mucha gente y podia acudir alguna patrulla. Enrique buscó entre los curiosos una cara conocida y de repente lanzó una exclamacion de júbilo.

Habia visto á maese la Hurriere.

Como esta escena pasaba al pié de la cruz del Trabajo ó sea frente á la calle del Arbol seco, nuestro antiguo conocido, cuyo carácter naturalmente triste se habia vuelto mas y mas melancólico desde la muerte de la Mole y Coconnas, sus predilectos huéspedes, habia abandonado sus hornillos y cacerolas en que justamente estaba disponiendo la cena del rey de Navarra, para acudir al ruido.

—Amigo la Hurriere, os recomiendo á Mouy aunque me temo que sea inútil cuanto por él se haga. Llevadle á vuestra casa y nada economicéis si vive todavía; ahí va mi bolsillo: en cuanto al otro dejadle en medio del arrollo y que se pudra ahí como un perro!

—Pero ¿y vos? dijo la Hurriere.

—Yo tengo que despedirme de una persona. Voy allá y dentro de diez minutos vuelvo á vuestra casa; tenedme preparados los caballos.

Y efectivamente, Enrique echó á correr en direccion á la casita de la Cruz de Petits Champs; mas al desembocar por la calle de Granelle se detuvo lleno de terror.

Habíase reunido delante de la puerta un numeroso grupo de gente.

—¿Qué hay en esa casa? preguntó Enrique: ¿qué ha sucedido?

—¡Oh! respondió la persona á quien se dirigía, una gran desgracia, caballero. Un marido acaba de dar de puñaladas á su muger, jóven muy linda, á consecuencia de haber recibido una carta en que le decían que la encontraría aquí con su amante.

—¿Y el marido? preguntó Enrique.

—Se ha escapado.

—¿Y la muger?

—Abí está.

—¿Muerta?

—Aun no, pero lo mismo que si lo estuviera.

—¡Oh! exclamó Enrique, llevo una maldicion conmigo.

Y entró corriendo en la casa.

Estaba la alcoba llena de gente agrupada en torno de una cama en que se hallaba la pobre Carlota atravesada por dos puñaladas.

Su marido, precisado á disimular por espacio de dos años los celos que le daba Enrique; habia aprovechado aquella ocasion de vengarse de ella.

—¡Carlota, Carlota! gritó Enrique hendiendo la turba y cayendo de rodillas junto al lecho.

Abrió Carlota sus hermosos ojos, velados ya por la muerte, lanzó un grito que hizo brotar sangre de sus dos heridas, y haciendo un esfuerzo para incorporarse:

—¡Oh! bien sabia yo, dijo, que no podia morir sin volverle á ver.

Y en efecto, cual si solo hubiese aguardado á aquel momento para entregar á Enrique el alma con que tanto le habia amado, aplicó sus lábios á la frente del rey de Navarra, murmuró por ú'tima vez «te amo» y cayó exánime.

Enrique no podia detenerse mas sin perderse. Sacó su daga, cortó un rizo de aquellos hermosos y rubios cabellos que tantas veces habia desenlazado para admirar su profusion, y se alejó sollozando en medio de los sollozos de los circunstantes, muy ajenos de pensar que deploraban infortunios de tan elevada esfera.

—¡La amistad, el amor! exclamó Enrique fuera de sí, todo me abandona, todo buye de mí, todo me falta á un tiempo.

—Sí, señor, le dijo al oido un hombre que apartándose del grupo de curiosos apiñados frente á la casita, le habia seguido; pero os queda el trono.

—¡René! exclamó Enrique.

—Sí, señor; René, que vela sobre vos. Ese miserable ha pronunciado vuestro nombre al espirar: ya se sabe que estais en París y os andan buscando los arqueros; huid, huid.

—¿Y decís que he de ser rey, René? ¿yo que ando fugitivo?

—Mirad, señor, repuso el florentino mostrando al rey una estrella que se iba alzando brillante sobre una negra nube, ella lo dice, yo no.

Dió Enrique un suspiro y desapareció en la oscuridad.

FIN.

LOS BAÑOS  
DE ALBANO.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

D. A. T. CORDONCILLO.



SEVILLA.

Imprenta de Gomez, editor, calle de la Muela,  
n. 32.—1849.





---

## LOS BAÑOS DE ALBANO.

---

### I.

**D**os hombres se hallaban sentados en el interior de una gruta campestre, circuida de frondosas ramas, apoyando sus codos sobre una rústica mesa y fumando aromáticos cigarrillos. El de mas edad parecia de unos cuarenta años, de alta estatura y pálido semblante; su buen trage, aunque sencillo, tenia algo de grave y de militar. El mas joven se diferenciaba por la suntuosidad y elegancia de la moda francesa é italiana. Este fué el que primero rompió el silencio, volviendo á entablar una conversacion, que indudablemente interrumpieron durante algunos minutos.

—En verdad, mi querido Alfieri,—dijo, sa-

endiendo con el dedo meñique la ceniza de su cigarro,—que no esperaba haber tenido el placer de encontrarte en los baños de Albano.

—Sin embargo, es el lugar mas apropiado de hallar á un enfermo.

—En efecto,—continuó Celini, fijando sus ojos en los del conde,—estás desconocido; jamás te ví tan pálido... ¿Has consultado con algunos médicos acerca de tu enfermedad?

—Sí.

—Y qué te han dicho?

—Lo que siempre... En el invierno me prometen el restablecimiento para el próximo verano, y en el verano para el invierno. Los facultativos de Milan me aconsejan los aires de Nápoles, y los de Nápoles los aires de Milan! Hago todo cuanto me dicen, y lo que se les antoja, y veo con tranquilidad aproximarse el fin de mi vida.

—Escoiente idea por cierto! ¿Piensas tú que tan fácilmente se muere á tu edad?

—No es lo mas comun; pero tampoco es un caso raro!—replicó el conde con aire meditabundo, fijando su vista en el suelo.

—Ah! ya lo entiendo,—repuso el jóven:—apostaria que estás pensando en lo que te predijo aquella mala bruja.

—Y bien, Celini; ¿crees tú que sea sin motivo? Cuando aquella muger me anunció todo lo que despues me ha sucedido, solo contaba ya doce años... Dijome que saldria del

Piamonte.... ¿quéllegaria á ser poeta... que mi nombre seria célebre.

—Y que debías morir á los treinta y cinco años!... ¿Acaso hay quien ignore tu historia? ¿No compusiste tú mismo, acerca de la tal prediccion, un hermoso soneto, que toda la Italia sabe de memoria?... Pero ¡qué diantrel tú eres demasiado ilustrado para ser supersticioso!...

Un profundo suspiro, al que se siguieron algunos momentos de silencio, fué la sola respuesta del conde.

—Quieres saber cuál es tu enfermedad?—continuó Celini;—no es mas que una pura manía; tú no tienes nada... tú no estás malo...

—Varios médicos me han asegurado lo mismo,—contestó el conde, sonriéndose,—y me hallo convencido de que he de morir en la mas perfecta salud...

—¿Por qué, dí, no te procuras algunas distracciones...? Cuando saliste de Milan me hablaste sobre un proyecto de viaje... yo te creia en España.

—Vengo de allí.

—Bien; pero debiste haber ido á Francia.

—Vengo de allí.

—A la Alemania.

—Vengo de allí.

—Entonces di que vienes de todas partes!—dijo Celini, mirándole fijamente.—Por cierto que eres un excelente viajero! Atraviesas todos los paises al galope de tu ca-

ballo, y este es, sin disputa, el mejor modo de viajar para no ver nada.

—Te equivocas: he visto montañas, carreteras, ciudades; y en medio de todo esto, muchos hombres, al parecer, muy ocupados en no hacer nada.

—Y de todo cuanto has visto, ¿qué es lo que mas ha llamado tu atencion?

—Tres instituciones, á cual mas buenas. El *schcaque* de Alemania, la *policia* de Francia y la *inquisicion* de España.

—Siempre el mismo!—repuso Celini,—misántropo y republicano; un verdadero descendiente de Bruto y vasallo del papa...—Y añadió, tomando un tono mas sério:—¿Sabes, Alfieri, que tú no mereces los favores de que la suerte te ha colmado? No hay teatro que no resuene con el eco de los aplausos que se tributan á tu talento, que no sea testigo de tus triunfos; la Italia entera tiene los ojos fijos en tí; has nacido noble y rico; eres jóven aun, y con todo, parece que estás disgustado de la vida... ¿Qué es lo que quieres? qué te falta para ser feliz?

—Qué sé yo! algo quizás de lo que posee el mas ínfimo de esa multitud, que, dices, tiene en mí fijos los ojos... Una felicidad oscura, una choza oculta entre las ramas de un espeso bosque y una encantadora muger sentada en mis rodillas...

—Pero ¿quién te impide que lo tengas?

Otro suspiro y un ligero movimiento de hombros fueron la contestacion de Alfieri. Luego añadió:

—Tú no tienes en cuenta que el destino ha querido hacer de mí un *hombre célebre*, y un *hombre célebre* es un animal muy raro, que todo el mundo desea ver. En vano busco la soledad; es indispensable que viva espuesto siempre á las miradas del público y en continua representacion. Nadie hay que no se crea con derecho á penetrar hasta el fondo de mi existencia... Mis libros son como mis lacayos, que en todas partes me anuncian antes de entrar ó salir... apenas llego á un sitio, desaparece la libertad de disension...el que desde donde está no alcanza á verme, se levanta sobre la punta de los pies, alzando la cabeza por encima del hombro del que ante sí tiene... las mugeres en mi presencia callan por temor ú obran por vanidad... y... en fin, Celini, tú lo sabes; educado en el fondo de las montañas, separado por tanto tiempo del gran mundo, este solo me inspira ideas tristes y melancólicas. Todas estas miradas, que en mí se fijan, me incomodan, me hacen sufrir... y como no es posible distinguir á aquellos que me buscan por una verdadera simpatía, ó á los que lo hacen por mera curiosidad, me aparto de todos y los recibo con indiferencia... Y me juzgan, orgulloso cuando no soy mas que un desdichado! Ah! viérame pobre y oscuro, y entonces creyéra el interés que se me manifestase, mien-

tras que ahora dudo siempre de la sinceridad de todo afecto, y nunca puedo discernir si se me quiere por mí mismo, ó por la posición que ocupo.

—Te entiendo... Es necesario convenir en que eres desgraciado como un rey.

—Aunque lo tomes á risa, sin embargo, es la pura verdad. Cuando llegé aquí, creí poder evitar este fastidio: en los primeros días he vivido como los demás hombres; libre, independiente y feliz; pero toda esta dicha, toda esta felicidad la ha destruido la presencia de una sola persona, que me había conocido, no sé en donde...

—Tal es la injusticia de la suerte!—dijo Celini:—tu celebridad te aflige, ínterin yo, que con tanto afán la busco, jamás puedo salir del profundo abismo de la nada.

—Tú tienes la culpa, porque no quieres dedicarte á asuntos formales.

—Bah! bueno estoy yo para ello. ¿Olvidas acaso mis compromisos con el *empresario*, y que tengo que escribir á lo menos tres piezas originales cada mes? ¿No sabes, querido, que los escritores de teatro son como las abejas, que tienen que chupar de una y otra parte?

—Espuestos á no hallar recursos para ello. ¿No es cierto?

—Precisamente es lo que á mí me ha sucedido, despues de haber harto tiempo vivido sobre una docena de ideas... Ya sabes que un pensamiento puede presentarse de distintos

modos; se coloca el principio al fin, el medio al principio, y á esto el público lo llama fecundidad. Tres años consecutivos he seguido este sistema; los espectadores han llegado á conocerlo, y me han silbado...

—Qué hiciste entonces?

—Lo único que me restaba hacer. Cuando fué necesario producir algo nuevo, he resuelto viajar para regenerar mis inspiraciones y buscar materia..... De modo, querido conde, que ya ves no soy yo, sinó el teatro de Milan el que, ahora está enfermo y tomando los baños.

—¿Y te figuras que con ese plan saldrás adelante con tu empresa?

—Estoy seguro. Entre la numerosa concurrencia que aquí se encuentra, no pueden dejar de haber bastantes entes originales. Sabré algunas anécdotas, descubriré varias intrigas, y como apenas pasa dia en que no se representen cincuenta comedias y otros tantos dramas, difícil será que no halle materia, siquiera para uno; mayormente, cuando el papel que trato de adoptar aquí, no ha de ser otro que el de un verdadero espía.

—Pero con todo, supongo que nada habías descubierto aún....

—No ignoras que solo hace un dia que estoy aquí..... Veo que, te sonries... pues bien; si te dijiera que ya estoy á la pista de una intriga, ¿qué dirias entonces?

Allieri hizo un gesto de incredulidad.



—Atiende,—continuó Celini, bajando la voz,—anoche, algo tarde ya, no pudiendo dormir á causa de la agitacion del viaje, bajé al jardin..... ¿Sabes aquella lonjita que se encuentra al extremo?...

—Sí por cierto.

—Acababa de llegar allí ó iba á pasar al lado opuesto, cuando oigo repentinamente el ruido de una puerta ó ventana, que alguien cerraba con estrépito:esto me hizo volver atrás, y hé aquí que me encuentro cara á cara con un desconocido.

—Hola!

—Apenas me vió, se detuvo, ó hizo ademán de quererme hablar; pero parece que cambió de proyecto; me volvió la espalda y desapareció.

—Y viste su fisonomía?

—Como estoy viendo la tuya, porque hacia una luna bastante clara.

—Entonces podrás conocerle?

—Ya lo creo... tambien le he visto despues. Esta mañana le encontré con otros junto á los baños.

—Sabes su nombre?

—Sí; se llama Mariliano.

—¿Estás seguro que cuando le viste salia de la lonjita? dijo el conde, levantándose precipitadamente.

—No puedo afirmarlo; pero es muy probable.

—Aseguras que es al extremo del jardin, cerca de los álamos donde le hallaste...?

—Debajo de las ventanas de la marquesa de Alcaño.

El rostro de Alfieri se cubrió de una mortal palidez, y sus labios se agitaron convulsivamente... y sin embargo, al momento dominó todas sus emociones.

—Ya ves que no he perdido mi tiempo,—continuó Celini, que ocupado únicamente en su narración, no había observado el interés que en ella tomaba el conde;—y que como te he dicho, estoy ya á la vista de un *imbroglio* amoroso, que puede prestar materia para excelentes escenas. El tal Mariñano me ha chocado por su fealdad y aire socarron, y como veo que á todas partes sigue á la marquesa, á quien su presencia parece serle fastidiosa, creí fuera su marido; pero me han asegurado que no. Aquí, amigo, hay un misterio, que es preciso me ayudes á poner en claro.

Efectivamente habia un misterio; pero no era aquel el momento en que el conde queria profundizarlo. Celini, por otra parte, estaba muy léjos de sospechar del grande interés que su amigo tenia en aquella historia, ni la terrible incertidumbre en que su relación le habia sumergido.

---

## II.

**H**ACIA UNOS tres meses que la marquesa de *Alcanzo* habia llegado á los baños sola y enferma. Alfieri trató desde el principio de huir de sa presencia, sin dejar por eso de buscar la ocasion en que pudiese dárselo á conocer. Semejante conducta hizo que la jóven viuda desease saber los motivos que le indujeran á obrar de tal suerte. Al cabo de algun tiempo, el aire frio y reservado del conde se trocó en una cortés y afable urbanidad, y despues en una confianza é intimidad, que cada dia tomaba mayor incremento. Esta era la primera vez que Alfieri habia hallado las gracias y hermosura de una muger embellecidas por una inteligencia, que parecia ignorarse en sí misma, sin que desmereciese su brillo. La mayor armonía reinaba entre ellos; y no tardó el conde en apercibirse de que la marquesa entraba en su vida y existencia como una parte necesaria y tal vez la mas preciosa.

Un dia se disponia sin duda á manifestárselo, cuando de repente apareció Mariliano. Su presencia turbó de tal modo á Blanca, que

apenas fué dueña de ocultarlo, á pesar de la afectada amabilidad con que le recibió. Signióse entre ambos un mudo combate, del que la marquesa salió vencida y humillada!

Desde aquel momento conoció Alfieri el cuidado con que ella le huía, y el poder arbitrario con que Mariliano la dominaba. ¿Cuáles, pues, podían ser sus derechos? Si era el amante de la marquesa, ¿qué motivos podría esta tener para temerle?... Y si no lo era, ¿á qué debía atribuirse aquel poder que sobre ella ejercía? El conde quiso hacer sobre esta materia algunas investigaciones; pero inútilmente, porque la marquesa se obstinaba siempre en guardar el mas riguroso silencio sobre este particular. El relato de Celini desvaneció de pronto todas estas dudas, en perjuicio del carácter de la marquesa; pero semejante suposición no fué mas que instantánea: se negaba á dar cabida en su bello corazón á injuriosas sospechas, y prefirió mas bien no comprender las causas, que dudar de la virtud de Bianca.

No obstante, su inquietud se aumentaba por momentos. No es suficiente creer en la pureza de un objeto amado, es menester una convicción íntima para que nuestro corazón se tranquilice. Además, ¿quién era este Mariliano? ¿Qué esperanzas ó temores podía inspirarle? A primera vista podía tomársele por uno de esos hombres ociosos y vulgares, que emplean el tiempo en frivolidades y desórdenes mundanos; pero observándole mas atenta-

mente, era fácil descubrir bajo este disfraz venal un carácter violento y tenáz, aunque dotado de una inteligencia mediana y sin nobleza. En vano quiso Alfieri sondear el abismo de esta alma oscura; el genovés, con el aire de una política fría y reservada, supo contenerle siempre y hacerse invulnerable. La marquesa, por su parte, evitaba, en cuanto le era posible, toda discusion, cuyo resultado parecia temer, y que casi siempre tenia la habilidad de interrumpir.

Una mañana en que el conde bajó al jardin mas temprano de lo que acostumbraba, vió á la marquesa sentada en un banco de césped. Era la primera vez que, desde la llegada de Mariliano, habia podido hallarla sola, y quiso aprovechar este momento. A su vista, Blanca se sonrojó. Alfieri le rogó le dispensase el haber turbado su soledad. La conversacion fué al principio algo indiferente y frívola; despues el conde, interrumpiéndola repentinamente y tomando la mano de la marquesa,

—¿Qué os he hecho yo, señora,—le dijo,—para que con tanto empeño huyais de mí?

—Yo huíros, conde?—contestó ella temblando.—Ignoro qué sea lo que os induzca á creerlo!

—Acaso soy ciego? Esta es la primera vez, despues de quince dias, en que he podido veros y hablaros.

—¿Y podeis asegurar,—repuso la marquesa, que habia recobrado su serenidad,—que tenga yo la culpa de ello? El no hallar á

los que no se buscan suele suceder muy á menudo, conde:—añadió con una graciosa sonrisa.

—Dudais, según eso, de mi afecto, señora?

—Por qué no? Yo sé lo mucho que mi venida á los baños contrarió vuestros deseos en un principio, y después de algunos días de intimidad podríais haber vuelto al mismo estado.

El conde quedó absorto al oír una acusación, que, aunque justa, no la esperaba, é iba á excusarse, cuando la marquesa le interrumpió.

—Oh! no os toméis la molestia de negármelo: no falta quien os haya denunciado. Me hallo bien penetrada de que solo la necesidad de esperar algunas cartas ha sido lo único que pudo prolongar vuestra permanencia aquí y haceros tolerar mi sociedad.

—Ignoro quién haya podido enteraros tan detalladamente,—dijo el conde con sencillez y dignidad;—pero creed, señora, que soy incapáz de negar cualquiera falta en que pueda haber incurrido, ni de ocultar lo que pienso. Es positivo que en los primeros días vuestro nombre despertó en mí emociones bastante sensibles, de que os hice ostentación. Si es esta la causa de la indiferencia que me manifestais hace algunos días, en verdad, señora, que castigais con bastante severidad estas mismas preveniciones, que solo vuestra presencia fué suficiente para disiparlas.

—¿Y podré saber, caballero, cuáles son esas preveniciones?

—Si rehusára esplicároslos, sería haceros creer alguna repugnancia injuriosa. Debo confesároslo: cuando llegísteis, quise abandonar estos sitios, porque vuestra presencia avivó el sentimiento de un recuerdo para mí muy doloroso.

—Dios mio! Decid, conde, ¿qué recuerdo...?

—El de un antiguo compañero de colegio, con quien me habia criado, y al que amaba como se ama en la niñez. Hacía tiempo que vivíamos separados, sin olvidarnos. Se hallaba en Génova, y sabia que era feliz; algunos de sus amigos me daban de cuando en cuando noticias suyas. Hace un año me dijeron amaba á una muger hermosa, noble y de todos envidiada... dos veces le escribí, sin haber obtenido contestacion. Al cabo recibí una carta de su madre... su amor le fué funesto! un rival le atravesó el pecho de una estocada.

—Y ese amigo se llamaba...

—Julio Aidi...!

Ai oír este nombre, la marquesa esbaló un profundo suspiro.

—Entonces fué tambien la primera vez que oí pronunciar vuestro nombre!—continuó Alfieri.

La afligida viuda, entregada á las mas tristes ideas, ocultaba con ambas manos su hermosísimo rostro.

—Perdonadme, señora,—añadió el conde con voz enternecida y suplicante,—el haberos re-

novado una memoria tan fatal... pero era indispensable... Ahora podreis conocer lo que me movió á evitar el encontraros.

—Ay! Alfieri; cuánto me habreis aborrecido!—esclamó la marquesa, derramando un torrente de lágrimas.

—No por cierto, señora. Sé muy bien que hicisteis todo cuanto estuvo de vuestra parte para impedir ese duelo, del que solo fuisteis causa inocente, y que hasta os arrojásteis al lugar del combate.

—Ah! demasiado tardel...

—La culpa no fué vuestra, y la misma madre de Aldi os hace justicia. No os acusa ella á vos, en medio de su afliccion, sino á su hijo, á quien una loca temeridad precipitó delante de la espada, siempre desnuda de ese baron de Roccá... Ah! cuántas veces le he condenado yo mismo por haber voluntariamente espuesto á los azares de un duelo una vida llena de esperanzas! Entonces ignoraba yo el furor que inspiran los celos... no sabia lo terrible que es el encontrar continuamente cerca del objeto que uno ama á otro que se aborrece, y cuya posibilidad es un sarcasmo, un nuevo insulto! Ahora no extraño que Aldi prefiriese una muerte segura á semejante tormento!... pues que yo propio, hombre de ideas y de inspiraciones, que jamás he manejado una espada, me siento impulsado hace algunos dias de deseos de combatir!... Mas de veinte veces la palabra



*desafío* ha salido de mis labios, y otras tantas hubiera querido encontrarme con una espada en la mano, comprando con el peligro de mi vida el derecho de amar solo...!

La voz de Alfieri era fuerte y sonora; sus ojos brotaban fuego y su semblante estaba cubierto de una palidez mortal. Al pronunciar las últimas palabras, tenía el brazo tendido en ademán de blandir una espada. La marquesa hizo un movimiento maquinal para contenerle.

—Oh! nada temais,—añadió el conde con un amargo suspiro:—toda mi cólera se ha reconcentrado ya dentro del corazón! ¿Con qué derecho puedo yo hacerme rival de nadie?... No... no lo creais; los celos no me atormentan... Este privilegio es esclusivo únicamente para aquellos que pueden inspirar amor... Además,—repuso después de un corto intervalo,—¿qué aventuraria yo en los azares de un duelo? ¿Es por ventura ménos temible la lucha que inútilmente sostengo con mi enfermedad, cuyo funesto fin se me ha profetizado?

La marquesa, que habia permanecido largo rato con los ojos fijos en el suelo, los levantó llenos de ternura y amor hácia Alfieri, y asiéndole ambas manos, exclamó con la espresion del mas profundo sentimiento:

—¿Será posible, conde, que os entregueis á semejantes ideas.... que cerreis así vuestro corazón á la esperanza?...

—Sufro mucho! contestó Alfieri con aire melancólico.

Acercósele entonces la viuda insensiblemente: sus ojos observaron con indecible inquietud el lívido semblante del poeta, y con voz entrecortada y conmovida, solo pudo decirle:

—Dios mío! Dios mío! ¿Qué teneis, amigo.

—¿Y sois vos quien me lo preguntais, señora?—repuso Alfieri.—¡Ah! ya veo que no comprendeis mi enfermedad, ni conoceis los remedios que pueden curarle!... Bastaba un poco de afecto que me diese el deseo y el placer de vivir... ¡Hubo un momento en que creí haberlo hallado... la sangre que en mis venas circula no era ya un liquido abrasador... principiaba á respirar con calma... habia sentido renacer de nuevo mi juventud y mis fuerzas, y la aurora de un dichoso porvenir habia brillado otra vez para mí...! Todas estas ilusiones no han durado mas que algunos dias.... pronto, demasiado pronto he conocido cuán efímeras eran mis esperanzas!

—Tal vez os equivocásteis...—balbució Blanca.

Estas palabras, apenas pronunciadas, que del corazon se transmitieron á sus lábios, hallaron eco en Alfieri, que, cojiendo con amoroso transporte su hermosa mano,

—Blanca!—esclamó.—Qué... qué has dicho?... ah, por Dios... por Dios, concluye...

La marquesa iba á responder: de repente se separó del lado del conde, soltando un

ligero grito de sorpresa. Levantó el poeta los ojos, y vió á Mariliano, que, en pié y parado á la entrada del bosquecillo, le saludó, aunque con bastante frialdad. Blanca, á su vista, se volvió á sentar en el banco de césped. El genovés, sin dar á conocer que habia advertido su agitacion, se le acercó y le preguntó por su salud sumamente atento.

Por lo que hace á Alfieri, la presencia de aquel hombre en el instante precioso en que iba sin duda á oír una declaracion, tanto tiempo apetecida, le arrancó un ademan de cólera, que apenas fué dueño de contener; pero bien pronto toda su atencion la fijó en Blanca, cuyas inciertas miradas parecian implorar á Mariliano.

Lo animado de la conversacion en que este les habia sorprendido, no podia excusar semejantes emociones de parte de la marquesa. ¿Acaso era algun crimen el que les hubiese visto darse las manos, ó el que hubiese adivinado el objeto de su conversacion? En el amor de Alfieri nada habia que pudiera menoscabar el honor de Blanca. ¿No eran ambos dueños de su voluntad? ¿Por qué, pues, temblaba ella delante de aquel hombre? Es innegable que en todo esto habia un gran misterio. Todas estas reflexiones hicieron renacer las dudas en el alma del poeta. Un instinto sobrenatural le hacia mirar á Mariliano como á un rival, y decididamente se resolvió á arrostrarlo todo para salir de este estado de incertidumbre.

Mas tranquila estaba ya la marquesa, y habia vuelto á recobrar su natural serenidad; sin embargo, de cuando en cuando dirigia sus ojos hácia el genovés de un modo algo dudoso. Alfieri le recordó que ya era hora de ir al baño, y se ofreció á acompañarla.

—Os doy mil gracias, conde,—contestó ella con voz confusa:—debo permanecer; pero no quisiera que por mí abandonáseis vuestros proyectos.

—Mis proyectos son los vuestros, señora, vos lo sabéis: las únicas horas dichosas de mi vida son aquellas que paso á vuestro lado.

—Veo, caballero conde, que vuestro talento no es menor en el madrigal que en la tragedia;—contestó la marquesa, haciendo un esfuerzo.

Alfieri movió la cabeza con gravedad, y continuó:

—¿Queréis acaso ridiculizar la espresion de un sentimiento, cuya sinceridad os es tan conocida? Oh! no ignorais, señora, el cambio que vuestra presencia ha operado en mí. Antes de conoceros era muy desgraciado!... Al derredor mio no se escuchaba mas que ese vano ruido que llaman *glori d.*.... Pero os vi, y tristeza, fastidio, todo desapareció.... vuestra sin igual hermosura ha reflejado como un nuevo sol sobre mi existencia, y todos mis sentidos han vuelto á renacer.....

—Señor conde!—esclamó la marquesa, levantándose, poseida de un temblor convulsivo

y fijando sus ojos llenos de espanto en los de Mariliano.

Este conservaba siempre su aire impasible y tranquilo. Ninguno de estos movimientos y miradas habian pasado desapercibidos para Alfieri.

—Dispensadme, caballero,—repuso, dirigiéndose al genovés:—sé muy bien que declaraciones semejantes no se hacen comunmente delante de testigos; confieso que he sido muy imprudente en hacerlo, y que en cierto modo he violado las leyes convencionales.

—Me tengo por muy dichoso,—contestó Mariliano,—de inspirar al señor conde bastante confianza para que abra su corazon en mi presencia.

—No es ménos plaentero para mí, caballero, el que sepais mis sentimientos.

—Al contrario, esta satisfaccion es mia. Vos lo sabeis; un grande poeta encuentra, para hablar de su pasion, una elocuencia, que en vano los demás hombres buscarian en los sentimientos de su corazon.

El tono irónico con que fueron espresadas estas últimas palabras, encerraba algo tan frio, que el efecto que produjeron sobre Alfieri, puede compararse al que nos causa una de esas heridas, cuyos dolores no se sienten en el momento; mas apenas comprendió el sentido, se sintió súbitamente arrebatado por un impulso de cólera, y sus ojos se encontraron con los de Mariliano. Blanca se

adelantó con viveza, colocándose entre estos dos hombres, en cuyas miradas, uno y otro, se manifestaban su ódio, y dirigiéndose á Alfieri,

—Basta de bromas, señor conde,—le dijo; —os dispense de toda galantería; pero desearía que por mí no dejáseis vuestro paseo á los baños; y espero que á vuestra vuelta me traereis un ramillete de malva silvestre.

Dudaba aun el conde; pero los ojos de la marquesa le suplicaban. Hizo, por último, un esfuerzo sobre sí mismo, y despues de haberla saludado con aire resignado y un ligero movimiento de cabeza, les dejó. Mariliano quiso seguirle.

—Señor baron, acordáos que me prometisteis una lectura, dijo la marquesa.

El genovés se volvió hácia ella: una maligna sonrisa asomó á sus labios.

—Mucho temeis por él, señora marquesa.....

Puso Blanca su mano sobre el corazon y se sentó sin poder articular una palabra.

—Sin embargo, no teneis motivos para estar quejosa de mí,—añadió Mariliano con alguna aspereza:—he dejado que os manifestára su amor; he sufrido sus insultos... porque, vos lo habeis visto, su idea era insultarme. He tenido con él toda la calma posible para que me juzgue un cobarde..... Marquesa, ¿aun no os basta esto?

—Debo ausentarme,—contestó ella sumamente consternada.—No puedo permanecer

mas aquí.... quiero regresar á Génova...

—Estoy pronto.

Blanca echó sobre Mariliano una mirada llena de miedo y de indignacion.

—Sí,—repitió;—volveré á Génova; pero será para renunciar al mundo. Algunas veces he pensado en ello.... por fin, ya lo he determinado; me retiraré á un convento.

—Qué decís, señora? Vos á un convento!

—Estoy decidida á ello.

Es imposible! Tan jóven y tan bella quererse sepultar para siempre en una prision...! Jamas!

—¿Por ventura no soy aun árbitra de mis acciones....? ¡Dios mio!

—Decid, pues,—repuso el genovés, mirándola con aire sombrío,—que es únicamente por huir de mí, por lo que queréis abandonar el mundo. Veo que me odiais todavía mas de lo que amais los placeres con que este pueda brindaros.

—Y aun cuando así fuera, ¿no sois vos el que á hacerlo me obliga?

—Señora...? Qué mal os hecho yo?

—Ah! ¿sois vos el que me lo preguntais!...—contestó la infeliz, mirándole con la mayor indignacion y sorpresa.—¿Ha echado en olvido el baron de Rocca todo lo pasado? ¿No sois vos el que ha trazado á mi alrededor este círculo fatal, que nadie ha podido translimitar sin que le haya costado la vida?... ¿Me preguntais qué es lo que me ha-

beis hecho, despues de haberos aprovechado de vuestra malvada habilidad de espadaclín para constituïros en curador mio, sin derecho alguno, y pedir satisfaccion de su audacia á cuantos se han atrevido á acercárseme...? ¡Ay! Sola en este mundo, sin familia, sin amigos, no he podido resolverme á implorar la proteccion de nadie contra semejante tiranía; ni aun la de aquellos que hubiesen tenido valor para defenderme, porque era esponerlos á una pérdida infalible; porque, al abrigo de la palabra honor, hubiéseis aguardado á que os provocasen, y despues, con la eleccion de arma y las condiciones les habriais asesinado, como lo hicisteis con el desgraciado Aldí!... ¡Tres años ha que vivo sujeta á vuestro tiránico yugo, temblando siempre en vuestra presencia, recibiendo por temor y alejando á los demas por prudencial. En vano he querido huir de vos; en todas partes me habeis perseguido. Aquí mismo, donde creía vivia ignorada, habeis sabido encontrarme; os habeis presentado ante mí con el falso nombre de Mariliano, como si hubiérais temido que, sabiendo el que verdaderamente llevais, recurriera yo á la fuga!... ¿Y aun me preguntais qué es lo que me habeis hecho?...

Durante el tiempo que de esta suerte hablaba la marquesa, el rostro del baron palidiecia cada vez mas: su fisonomía contrajo una espresion indefinible: veíase en él pintada



una afliccion, que tenia algo de cruel; una desesperacion, que penetraba, sin inspirar piedad: en fin, era la imágen de Lucifer, constituido en soberano del crimen y del sufrimiento.

—Vos no habeis querido amarme!—dijo, clavando en ella una sombría mirada:—no os quejeis, pues, de todo lo que ha acontecido. Esta dicha hubiera domesticado mi corazon, y vos le habeis desesperado... La habilidad de espadachin, que me echais en cara, son los hombres los que me han obligado á adquirirla. Mi fealdad ha sido causa de que me viese despreciado; y como tenia necesidad de una defensa contra el desprecio, me hice hábil en el arte de matar... Luego lo que al principio no fué mas que un cálculo, llegó á ser una costumbre, y puse mi honor bajo la salvaguardia de una ciencia, que solo habia adquirido como un medio de defensa. Además, ¿debia yo compadecerme de los mismos que me aborrecian? El ódio de los demas nos hace malos... juzgadlo bien, marquesal... Ah! Dios es testigo de que cuando os conocí, estaba bien léjos de mí la idea de haber de derramar sangre... pero ¿tuve acaso la suficiente calma para borrar de mi mente todo lo ocurrido?... Mi amor fué rechazado... ví vuestro desprecio al través de vuestro miedo, y la rabia me volvió frenético! ¿Habia de permitir á otro que gozára de la dicha que á mí se me re-

busaba? ¿Me lo habiéseis siquiera agradecido en el fondo de vuestro corazón? Ah! os habiéseis reído de mí en los brazos del rival preterido!... Ved ahí lo que yo no he querido... porque es necesario que lo sepais: no puedo sobrellevar ni la idea siquiera de que otro sea amado por vos.

—Luego soy esclava de vuestra pasión... ¿no es eso?

—Os amo y estoy celoso.

—Pero también es preciso que convengais en que yo no os amo.

—Ah!... bien persuadido estoy!... Sin embargo, este amor podría cambiar mi existencia, y hacerme olvidar lo pasado!...—Y añadió, cojiéndole ambas manos y apretándolas con violencia sobre su corazón.—Si supiérais, Blanca, cuánto os amo!... ¿Por qué no habeis de tener piedad de mí?

—Dejadme!—gritó la marquesa, procurando hacerle soltar sus manos.

—¿No queréis oírme? por piedad!... por piedad!

—Soltadme.... soltadme, os repito.

—Blanca, vos no podeis rehusaros siempre á oír mis ruegos; vuestra obstinacion cederá á la violencia de mi amor!

—Antes un convento!—esclamó la infeliz.

—Aun de allí os arrebatara!...

—Entonces.... la tumba!!

—Ya lo veo; amais al conde!...—dijo Mariano con un acento terrible, soltando con

prontitud las manos de la marquesa.

Esta desventurada se hallaba en un estado el mas deplorable: en vano quiso esforzarse á hablar; un torrente de lágrimas inundó sus hermosas mejillas.

El genovés permaneció un momento inmóvil, contemplando á su víctima.

—Mañana, señora, partiréis para Génova,— le dijo al fin.

Iban aprocsimándose ya algunas personas. Mariliano entonces ofreció el brazo á la marquesa, y ambos se alejaron.

Luego que desaparecieron por entre los árboles, un hombre salió de un espeso bosque de acacias contiguo á aquel sitio. Era Celini. Habia llegado poco despues que Alfieri se ausentó de allí, y habiendo reconocido la voz de Blanca y la de Mariliano, como la discrecion no era la virtud favorita del *maestro*, quiso aclarar las dudas que le habia sugerido el encuentro del genovés debajo de las ventanas de la marquesa. En fin, todo lo habia oido.

Sorprendióle el principio de la conversacion, y, segun su idea, no vió en ello mas que un escenario simple, sin mas que un objeto; pero el final le hizo conocer la parte que tambien tenia en él Alfieri. Al momento fué á buscarle, y le refirió todo lo que acababa de oir.

Para el conde fué este relato tanto mas agradable, cuanto inesperado. Sus recelos se habian desvanecido enteramente; ya no podia dudarlo, era amado! Todo se esplicaba entonces muy sencillamente: la sorpresa de Blanca á la lie-

gada de Mariliano; su suscricion á la voluntad de este hombre; el repentino cambio que observó en la marquesa cuando fueron sorprendidos por el genovés; todo esto justificaba la conducta de Blanca. El conde no podia disimular ni contener la alegría en el fondo de su corazon.

—Tú te olvidas, amigo —le recordó Colini,—que Blanca debe partir mañana, segun ella misma ha prometido á Mariliano, ó mas bien, al baron de Roccà.

—Qué hablar de partir?—esclamó Alfieri:—ella no se irá, porque yo así lo quiero..... Ah!... loado sea Dios por haberme dejado conocer la verdad! El baron de Roccà encontrará esta vez una persona entre él y la muger que pretende subyugar!...

—Veo que olvidas tambien que tú no conoces el manejo de las armas, y que este hombre puede impunemente asesinarte.

—Qué me importa?

—Tienes razon: eres demasiado feliz en este momento para apreciar tu vida; pero si sucumbes, la marquesa queda sin defensa y abandonada á su perseguidor.

—Es cierto; pero ¿será menester batirme con él para librar á la marquesa de sus persecuciones? ¿no es suficiente acaso el publicar la verdad?

—Esta verdad es perjudicial al baron; te provocará y no podrás rehusar darle una satisfaccion, sin ser tenido por un cobarde.

—Se la daré.

—Indudablemente te matará, y la marquesa quedará como antes. Este es un laberinto, que no conduce siempre al mismo punto.

—¿Será verdad,—esclamó Alfieri con cólera, dando una patada en el suelo,—que los mayores crímenes puedan ocultarse detrás de esta palabra honor? Qué! ¿será suficiente el saber esgrimir una espada para obligar á cualquier hombre honrado á sufrir ó á morir?... ¡O mundo! ¿cuál es tu justicia? Si rebuso hacerme asesinar por un miserable, ¿al voces se levantarán contra mí, llamándome cobarde, y toda mi celebridad servirá únicamente para hacer mas pública mi deshonra, mas general el desprecio! Ya que la vida es una palestra de gladiadores, ¿por qué no se me ha enseñado á mí tambien el arte de derramar sangre? ¿De qué me sirve lo que soy ni lo que sé? Toda mi ciencia, toda mi gloria la daría hoy por saber lo que un maestro de armas. Qué haré...qué haré!

—En otro tiempo, un valiente cualquiera te hubiera sacado del apuro; pero desgraciadamente esto ha caído en desuso.

Alfieri se quedó un momento pensativo: despues, con aire resuelto, dijo:

—Sí, sí; es forzoso que así sea..... es el único medio...

—¿Qué piensas hacer?—le preguntó Celini.

—Esta noche lo sabrás!—respondió el conde, y se retiró.

El poeta empleó las horas que siguieron en arreglar sus negocios y en escribir su testamento.

---

### III.

**A**un cuando el hombre se halle dotado de un valor á toda prueba, es difícil que, á la vista de los preparativos que le manifiestan el terrible fin de su preciosa existencia, su imaginacion no se ve asaltada de continuo de encontrados sentimientos, y que por mas aislado que se encuentre en este mundo, no tenga algun objeto, cuyos dulces recuerdos le hagan sentir la pérdida, y derramar algunas lágrimas ...; Cuántas dudas le ocurren entonces! cuántas inquietudes le atormentan! ¿Quién llorará su muerte? ¿Será observado siquiera el vacío que deja? ¿Vivirá mucho tiempo su nombre cuando ya no exista? De esta suerte discurría Alfieri, recordando las montañas en que habia pasado su infancia, sus primeros afectos, sus primeros versos y, por último, las predicciones de aquella vieja, que pronto, tal vez muy pronto, iban á tener cumplido efecto.

Púsose á examinar sus papeles; separó las composiciones ya concluidas, echando una melancólica mirada sobre las que quedaban aún incompletas. Oh! de cuántas inspiraciones se hallaba entonces poseído! Cuántas veces llevó convulsivamente su mano á la frente, como para arrancar este tesoro de ideas que iba á perecer con él! Tal es el deseo de la perpetuidad. El hombre no puede determinarse á se-

pultar consigo un solo pensamiento, porque dentro de sí mismo hay una voz que le dice, que cuanto su inteligencia encierra es herencia de la humanidad, y que el guardarse la menor parte, es cometer un robo. Así que hubo concluido de ponerlo todo en orden, escribió á su hermana; se despidió mentalmente de todo cuanto había amado, y bajó al salón.

Celini y Mariliano estaban allí: ocupábase aquel en hacer el elogio de Maquiavelo, cuyo libro tenía en la mano.

—No conozco sus obras,—contestó friamente Mariliano.

—Quereis leerlas?—le dijo Celini, presentándole el libro.

—No leo jamás.

El amigo de Alfieri quedó admirado al oír semejante contestacion.

Acababa de entrar el conde, y observando la sorpresa de Celini,

—El señor Mariliano tiene razon,—dijo:—¿qué pueden enseñar los libros á la gente honrada?

El genovés le miró, como para asegurarse del tono satírico con que estas palabras fueron pronunciadas; pero el rostro de Alfieri permanecía tan impassible, que no supo qué pensar.

—Entonces, querido conde,—repuso Celini, riendo,—ignoro por qué te quemas tú las pestañas, leyendo todas las noches.

—Ah! ya... Esto es distinto... yo soy un poeta... un loco! Soy partidario de Plutarco; ad-

mito como formales algunas palabras *ridículas*, como las de patria, de libertad y otras... Yo quisiera una ley y derechos iguales para todos... deseára que á cada cual se le mirase *segun su capacidad*, y no *segun su nacimiento*. En fin, yo sueño un mundo en que las recompensas sean el patrimonio de los mas dignos; el poder, el de los mas virtuosos é inteligentes, y la felicidad, el de todos... Ya ves que, segun lo que acabo de decirte, no tengo ni siquiera sentido comun, ínterin el señor es un portento.

Comprendió Mariliano lo irónico de este discurso; pero como habia resuelto evitar en lo posible toda querrela, por miedo de que sus consecuencias indujesen á la marquesa á tomar un partido extremo, contuvo su cólera, y respondió con tono algo impaciente.

—Ya que no admita los elogios que el señor conde me prodiga, debo decir, sin embargo, que, en efecto, dejó á otras manos mas diestras que las mias, á aquellos que creo se dan el título de filántropos y filósofos, el cuidado de regenerar el mundo, como suelen hacerlo con una tragedia ó un drama en medio de sus banquetes.

—Cómol gentes diestras decís, hablando de filósofos y filántropos?—esclamó Alfieri.— Ah! sois por cierto bastante indulgente... ¡Vaya! Esos hombres que dicen que quieren ilustrar al género humano... miserables! que aman á sus semejantes... imbéciles!... Los hombres sábios son os que se aprovechan de



los abusos en vez de combatirlos; los que desean su duracion, por el provecho ó el placer de subyugar á los demas, y los que, si fuese menester, prenderian fuego á una ciudad solo para calentarse las manos... esos, esos son los que debiéramos imitar! ¿Hay, por ventura, alguna persona de buen tono que no piense así? Se contraen deudas y no se pagan; se deshounran cuántas mugeres sea posible; se matan unos cuantos amigos en desafios, y se muere con la reputacion de un *hombre honrado*...!

Cada vez se aumentaba mas la irritacion de Mariliano entretanto que Alfieri hablaba; pero á las ultimas palabras, no pudiéndose aquel contener, le volvió bruscamente la espalda, y, como si á toda costa quisiera evitar un rompimiento, tomó el sombrero para marcharse.

—Sentiria vivamente, señor Mariliano, el haber herido vuestra susceptibilidad en materia de opiniones, y mas que todo el obligaros á cederme el terreno.

—Yo no cedo el terreno,—dijo el genovés con tono altanero, arrojando con violencia el sombrero sobre el sofá.

Hizole Alfieri una leve inclinacion acompañada de una vaga sonrisa. Los tres interlocutores guardaron silencio durante algunos momentos. Estupefacto estaba Celini, y no podia adivinar cuál era el objeto del conde. Discurria sin duda Mariliano el modo de evitar una provocacion, así es que se aproximó

á la ebimenea como para respirar al perfume de unas flores que habia en un jarro de porcelana, y fijando su vista en una cajita de pistolas, que Celini dejó á su regreso del tiro, la abrió, cojió una, la examinó, y, jugueteando con ella, se acercó á la ventana.

—Son buenas estas pistolas?—preguntó á Celini.

—Son excelentes; como que son de Cosimo.

—¿Me permitireis que las pruebe?

—Podeis hacerlo.

—Allí veo una flor por cima de aquel rosal,—dijo Mariliano, mirando hácia el jardin con aire indiferente.

—En efecto... pero está fuera de tiro,—objetó el amigo de Alfieri.

Mariliano disparó.

—Bien! bien!—esclamó Celini.

—Ya cayó,—dijo tranquilamente el conde desde el interior del salon, de donde no se habia menecado.

—Aunque lo tomeis á chanza,—repuso el genovés.

Conociendo Alfieri que el objeto del baron no habia sido otro que el demostrar su habilidad para atemorizarle, se sonrió.

—Por quien soy, señor Mariliano,—dijo Celini,—que si alguna vez nos batimos, no elegiré la pistola.

—Por qué? por aquella flor que he derribado...?

—No por aquella flor, sino por mí.

—Bah! bah! Quien sabe!—repuso Alfieri;

—muchas veces suele acontecer que, en el momento del peligro, desaparecen esas habilidades que tanto nos admiran!...

El genovés hizo un movimiento como para contestarle.

No digo esto por vos, señor Mariliano,—prosiguió el conde;—pero el mas hábil espadachin tiembla á veces cuando se vé frente á frente con un hombre decidido. Muchos hay tambien que hacen ostentacion de su habilidad, dando pruebas de ella para aterrar, y évitar de este modo el que sea conocida su cobardía.

—Conde!—gritó Mariliano, dirigiéndose á Alfieri.

—Os digo otra vez,—replicó este con frialdad,—que no aludo á vos.

—Es inútil que lo aseguréis,—repuso el genovés, agitado por la cólera.—Sé muy bien señor conde que no osaríais dirigirme semejantes invecivas. Los poetas son prudentes; no insultan mas que por ilusion, ni provocan sinó á cubierto de precauciones oratorias; y cuando alguna vez encuentran alguno que se cause de su enmascarada insolencia, finjen no entenderlo, y si llegase el caso... pretestarian estar enfermos, diciendo que el estado de su salud no les permite tener honor...

—Creo que tampoco vos diréis esto por mí, ¿no es verdad?—dijo el conde con voz afable.

—Juzgado vos mismo.

—Oh! no,—replicó Alfieri;—porque si así fuese, el señor Mariliano sabe muy bien que

podria pedirle una satisfaccion.

—Quién os lo impide?

—¿Luego vos reconocereis que tendria este derecho?... que vuestros ultrages se dirijen á mí... que yo soy el insultado...?

—Sea pues.

Alfieri corrió hácia el genovés y le cojió de la mano.

—Caballero: tengo la eleccion de arma!—  
esclamó.

—Y bien!

—Vais á saberlo,—dijo el conde, soltando la mano de su antagonista.

Dirigióse á la chimenea, cojió las pistolas de Celini, y volvió junto á Mariliano.

—Tomad, escoged la que gustéis.

—Una de ellas está vacia y no es posible...

—La otra está cargada!

—Qué! quereis batiros?...

—El arma de cada uno al pecho de su adversario, y Dios decidirá!

—Esto es imposible,—dijo el genovés.

—Oh! dispensadme, caballero; yo soy el insultado, vos mismo lo habeis dicho: tengo por consiguiente el derecho de imponer las condiciones, y no podeis rehusarlo sin ser un cobarde! La palabra *honor*, de que tantas veces os habeis servido, hoy está en contraposicion á vuestro carácter. ¿Esperábais quizás que iria yo, como tantos desgraciados lo han hecho, á serviros de blanco para recibir un balazo ó una estocada? ¿Esperábais poderme derribar impunemente y sonrién-

doos, como lo hicísteis con aquella flor del jardín?... Éstais equivocado, baron de Rocca!

—Sablais mi nombre!

—Sí; y no juzgeis por ello que renuncie á mis ventajas. Yo no me bato por el solo hecho de hacer alarde de valor ni de generosidad; me bato para libertar á la marquesa de vuestra tiránica persecucion; me bato en fin, porque quiero mataros.

—¡Tal vez salgan fallidas vuestras esperanzas!—dijo el baron, cuya sorpresa se habia trocado en furor.

—Es dable; pero sea cual fuere el resultado, Blanca no tendrá que temer ya vuestras persecuciones; porque mis medidas están bien tomadas. Si sucumbo, toda la Italia sabrá la causa de mi muerte, y con mi sangre habré adquirido el derecho de patentizar quien sois; y seré creído, porque los muertos jamás mienten!... Entonces la maledicencia no me asustará sus tiros, y todos tendrán compasion de mí, mientras que vuestra funesta celebridad quedará unida á la mia, cual la de un miserable lazarillo... Con mi muerte, quedará roto el yugo con que esclavizais á la marquesa, que, colocada bajo la salvaguardia de la opinion pública, os echará en cara vuestras vilezas, y nadie entonces tendrá necesidad de morir por defenderla; porque no se os concederá ya el privilegio que tienen los hombres de honor... y cualquiera podrá rehusar el daros satisfacion!...

—Basta! basta!—esclamò el baron, arreba-

tado por la cólera.—Es forzoso que uno de los dos muera!... Vámonos!

—Éstoy pronto.

Dirigíanse ambos á la puerta; pero deteniéndoles Celini,

—Juzgo que no debéis batiros sin testigos,—dijo;—y sobre todo, con semejantes condiciones!... esto es imposible.

—Tú lo serás por mi parte; que el señor baron busque otro,—dijo el conde.

—Voy en seguida.

—Dentro de una hora os esperamos en el manantial.

—Allí me encontraréis.

Celini y el baron se marcharon juntos.

Cuando Alfieri se vió solo, un sentimiento moral se apoderó de sus sentidos. Al cabo de una hora Marignano ó él se verian privados de la vida, y era menester aprovecharse de este corto intervulo para echar aún una ojeada sobre su pasada existencia, y para pensar en la suerte de Blanca. A juzgar por la relacion de Celini, no hay duda, su amor era correspondido; pero esta certidumbre no era suficiente en el momento en que por ella iba á abandonar un mundo, en el que tan risueño porvenir entreveia. Tal vez su amigo habia interpretado los sentimientos de humanidad por los de un interés mas tierno. Cuánto le atormentaba esta duda! Si tuviera la seguridad de ser amado, ¿con cuánto gusto no daría por ella la vida?

Tales eran sus pensamientos, cuando entró la marquesa en el salon con un libro en la ma-

no. La presencia de Alfieri le turbó algun tanto; pero al momento recobró su serenidad, y le dijo con afectuoso acento, mostrándole el libro:

—Estaba con vos, conde. Vuestros libros no son como los demás, que suelen tomarse como un objeto de distraccion, no; son amigos verdaderos, cuyos pensamientos y sensaciones penetran hasta el fondo del alma.

—Por esto mismo estoy celoso de ellos, señora.

—¿Celoso de vuestros libros de-ís?

—Oh! sí; porque á ellos son á quienes se quiere y no á mí... Antes de conocerme se me busca en mis obras, y al través de mi poesía se interpretan mis sentimientos. Se me cree semejante á los héroes que hago hablar, y cuando aparece el autor, causa á todos estrañeza el ver en él un hombre como los demás: entonces cae el ídolo desde la altura á que habia sido encumbrado. Vos misma podeis juzgarlo: decís que mis libros son excelentes, que mis versos os agradan, y, sin embargo, huís de mí!

La marquesa quiso hablar.

—No lo negueis, señora,—continuó Alfieri;—huís de mí.... No obstante, hubo un momento en que creí ser correspondido... ah! ¡entonces sí que amaba mi gloria y me creia feliz, con la idea de haceros partícipe de ella! ¿Por qué me habeis arrebatado tan lisonjera esperanza?

Habia en las miradas del conde tanta expresion, tanto cariño en sus palabras, que Blanca ya no era árbitra de contener su emociou; pero

era tal su situación, que casi pudo articular algunas palabras inconcesas.

—Ahl hablad, señora, no me hagais padecer, hablad,—repuso, cogiéndole las manos y apretándolas contra su corazón,—contiadme vuestros sentimientos! ¡Vos sabéis cuánto os amo! Si este amor no os es odioso, ¿por qué no quereis confesármelo! ¿por qué me arrebatáis esta dicha, la última quizás que podré gozar?

—Conde! ¿por qué... por qué habláis así?...

—¡Quién sabe, señora, los decretos de la Providencial! ¿Ignorais la prediccion que se me hizo?

—Oh! no me lo recordeis! Vos no sabéis los motivos....

—Y bien... si esta prediccion debiera realizarse; si esta fuese la última vez que os viera, ¿vacilaríais aún en acceder á mis ruegos? ¿Querriais verme morir desgraciado?... Mi Blanca; vos temblais... ¡Eterno Dios!... una palabra, una sola palabra... Blanca... ¿me amais?

—Y me lo preguntal—dijo, derramando un torrente de lágrimas.

Alfieri dió un grito de alegría.

—Es cierto, me ama!... ¡Gracias, Dios Supremo! ¡Blanca, querida Blanca!

—¡Ahl ¿por qué me habeis hecho hablar? .. Si supiérais lo fatal.....

—Nada; no quiero saber nada, sino que tú me amas... ¡Pero no llores; yo no quiero que llores... no quiero que tiembles..... Oh! tú me amas!..... ¡Ahora, que mi suerte se cumplal!...



Y el reloj dió la hora.

El conde hizo un movimiento convulsivo; cojió la mano de la marquesa; le dió el último adios, acompañado de un prolongado beso, y salió del salon.

Entregada enteramente la marquesa á las sensaciones de amor y temor, de que su razon se hallaba poseido, habia permanecido un momento inmóvil; pero recordando las palabras del conde, su turbacion y su precipitada huida, mil presentimientos, á cual mas terribles, asaltaron su agitada imaginacion. Salió precipitadamente al jardin, reconociéndolo todo... Alfieri no estaba! Llamó á los criados, á quienes preguntó por Mariliano... tambien este habia salido. ¡Qué agonía era entonces la suya! Sube al cuarto del conde, sin saber ya lo que se hacia; entra en él... nadie! Se precipita hácia el balcon, y en este momento se oye un pistoletazo!.....

La infeliz dá un grito y tiene que apoyarse contra la pared. Ya estaba Mariliano en la puerta del patio llamando á voces:

—Un médico, un médico!

Apenas podia sostenerse la marquesa; su imaginacion se estraviaba, y perdía su aplomo por momentos, cuando de repente se oye una voz y ruido de pasos en la escalera, abriéndose la puerta con estrépito.

Era Alfieri!...

FIN.

—

